

La visión trágica en el pensamiento marxista argentino

Silvio Frondizi y Milcíades Peña

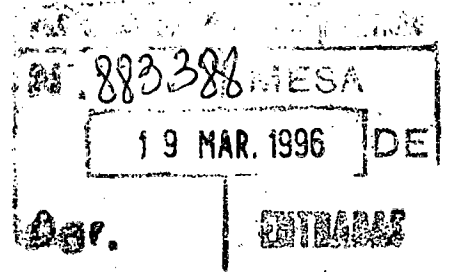
Autor:
Tarcus, Horacio

Tutor:
Sazbón, José Isidoro

1996

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Grado



Horacio A. Paglione *TESIS 7-5-4*

**La visión trágica
en el pensamiento marxista argentino:
Silvio Frondizi y Milcíades Peña**

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIRECCION DE BIBLIOTECAS

Tesis de Licenciatura
Carrera de Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Director de tesis: José Sazbón

Diciembre de 1995

TESIS
7-5-4

A la memoria de mi padre,
Cayetano Paglione (1912-1980),
de cuyos labios escuché por primera vez,
en la mesa familiar,
los rudimentos del socialismo
y en cuya biblioteca descubrí
los primeros libros que me fueron llevando
a través de esta trama.

"Articular históricamente el pasado no significa conocerlo 'como verdaderamente ha sido'. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro. Para el materialismo histórico se trata de fijar la imagen del pasado tal como ésta se presenta de improviso al sujeto histórico en el momento del peligro. El peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a aquellos que reciben tal patrimonio. Para ambos es uno y el mismo: el peligro de ser convertidos en instrumento de la clase dominante. En cada época es preciso esforzarse por arrancar la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla. El Mesías viene no sólo como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo. Sólo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza *aquel* historiador traspasado por la idea de que *ni siquiera los muertos* estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer".

Walter Benjamin
Tesis de filosofía de la historia (VI)

INDICE

Introducción / 4

1. El marxismo olvidado en la Argentina. 2. Una tradición de marxistas críticos. 3. La visión trágica en el marxismo argentino. 4. Cuestiones de método (Apuntes para una futura historia de la izquierda y de los intelectuales revolucionarios en la Argentina)

I. La crisis del liberalismo y el primer Silvio Frondizi (1930-1945) / 27

1. El mundo de entreguerras y la crisis de la sociedad liberal. 2. La crisis de la intelectualidad liberal. 3. Bajo el espíritu de la duda. 4. En la casa paterna. 5. Los años de formación. 6. Libertad y propiedad: las contradicciones del legado liberal. 7. Una concepción trágica del mundo. 8. El marxismo como salida a la crisis.

II. La sociedad populista y la reconfiguración de las izquierdas (1945-1955) / 47

1. El marxismo y América Latina. 2. La izquierda argentina en los años previos al peronismo. 3. El intelectual marxista asoma a la política: Silvio Frondizi, 1943-55. 4. El trotskismo argentino en los '30. 5. El debate Gallo-Justo sobre la liberación nacional. 6. Los estudios agrarios de José Boglich. 7. El trotskismo argentino ante la irrupción del peronismo. 8. Milcíades Peña y el trotskismo argentino.

III. El intelectual revolucionario o la precaria unidad de la praxis/I (1955-1960) / 96

1. La recomposición del campo intelectual en el posperonismo. 2. Un programa revolucionario para el país: **La realidad argentina**. 3. Una perspectiva estratégica de la teoría. 4. Una evaluación de **La realidad argentina**. 5. Bajo el signo de la praxis: Silvio Frondizi en la segunda mitad de los '50. 6. Una organización política de nuevo tipo. 7. La búsqueda de una nueva identidad política. 7. En el ojo de la tormenta: las polémicas con populistas, comunistas y trotskistas.

IV. La visión trágica de la historia en Milcíades Peña / 130

1. Introducción. 2. España o el origen de la tragedia. 3. La tragedia se replantea: la América Colonial. 4. Contra los mitos de Mayo. 5. El mito de la balcanización de América Latina. 6. Unitarios y Federales, o el trágico desencuentro de la nación argentina. 7. Los mitos del nacionalismo rosista. 8. De Urquiza a Mitre. 9. La tragedia del Paraguay. 10. *Excursus* sobre José Hernández y el **Martín Fierro**. 11. De Mitre a Roca: la consolidación de la clase dominante argentina. 12. Alberdi y Sarmiento, o la tragedia del intelectual. 13. El mito del radicalismo como gobierno de la clase media. 14. La década del 30: nuevos mitos sobre el Estado, la industrialización y la "restauración oligárquica". 15. Los mitos de la "revolución peronista". 16. El legado historiográfico de Peña: olvido y presencia.

V. El intelectual revolucionario o la precaria unidad de la praxis/II - Silvio Frondizi y Milcíades Peña (1960-1965) / 261

1. La revista **Estrategia** y los dilemas del "entrismo" en el peronismo (1956-58). 2. Lecturas del marxismo. 3. La puesta a prueba de la teoría: la revolución cubana. 4. M. Peña: la ruptura con Moreno y la experiencia de **Liberación** (1959-1963). 5. La crisis del MIR-Praxis. 6. La trayectoria de la revista **Fichas** (1963-66). 7. El testamento político de Milcíades Peña.

Epílogo. **El último Silvio Frondizi (1965-1974) / 350**

Bibliografía/361

AGRADECIMIENTOS

Theda Skocpol señaló, al presentar **Los Estados y las revoluciones sociales**, que al "elaborar y reelaborar el argumento de este libro durante los últimos años me ha parecido, a menudo, una interminable lucha solitaria con un gigantesco rompecabezas". No encuentro palabras más ajustadas en momentos de presentar el mío.

Este libro trata el problema del laborioso e intrincado itinerario que recorrió cierta tradición olvidada del pensamiento marxista argentino para abrirse camino frente a las otras tradiciones del pensamiento de izquierdas, principalmente stalinista y populista. Todos sus exponentes han sido pensadores independientes, en el pleno sentido del término: de las clases dominantes, de las organizaciones políticas hegemónicas, y aun de las instituciones universitarias. Hoy, en tiempos en que la investigación se ha acotado dentro de estrictos marcos institucionales, haciéndose casi impensable por fuera de las modalidades vigentes de la financiación y legitimación institucional, nos produce una mezcla de extrañeza y admiración aquel espíritu independiente con que esos hombres casi solitarios, pensando a contracorriente, sin ningún respaldo institucional, a menudo hostigados por las propias organizaciones de la izquierda, proyectaron y emprendieron gigantescos esfuerzos de investigación, que luego se irradiaron a toda una generación.

Nuestra metodología de trabajo, queriendo ser fiel a su objeto de estudio, buscó nutrirse en esta tradición libertaria y en su espíritu independiente. Quiero dejar constancia del hecho de que la motivación original de esta tesis, presentada hoy para acceder a la licenciatura en historia en la Universidad de Buenos Aires, no fue académica sino política. Su punto de partida fue un ajuste de cuentas con mi propia tradición de pensamiento, la trotskista, y la necesidad de un balance de los alcances y los límites de esta corriente me fue conduciendo, casi sin darme cuenta, a los umbrales de esta investigación. Demás está decir que buceando en la vida y la obra de estos marxistas olvidados he intentado comprender muchos problemas aún vigentes de la teoría y de la política, de la historia de mi país y de mi condición de intelectual de izquierdas.

Soy plenamente consciente de que mis preocupaciones teóricas y políticas responden poco a las principales orientaciones de las investigaciones recientes sobre historia de las ideas o de la izquierda argentina, tanto las partidarias como las académicas. No me propuse encarar esta investigación para deslindar las posturas políticas "incorrectas" de las "correctas", ni determinar el punto preciso hasta el que una corriente es legítima y a partir del cual se "desvía" de la senda justa. Este libro no es la historia oficial ni oficiosa de ninguna corriente política ni se inscribe en ese registro de discurso. Pero tampoco busqué indagar el pasado de la cultura de izquierdas para detectar la ausencia de tradiciones democráticas o para rastrear los signos de su inevitable barbarización posterior, sino que intenté mostrar que hubo, dentro de la nueva izquierda intelectual, tradiciones que marcharon a contrapelo de ciertas tendencias epocales. He intentado, claro está, indagar al pasado desde las preguntas de mi presente, pero buscando respetar la especificidad de las problemáticas que se planteaban en ese pasado, buscando no forzar esta metodología en un sentido historicista. En suma, me propuse tomar distancia tanto de una estrategia que apuntase a rehabilitar o exhumar la "línea correcta" frente a las "incorrectas", a buscar darle la "razón" a alguno de los actores históricos, como de otra que, de antemano, clausure los múltiples discursos bajo el "signo de una época", época que habría necesariamente desembocado en el autoaniquilamiento de la cultura (pero atención: tampoco la vertiente académica, aún por la negativa, no deja de insinuar una suerte de "línea correcta"). La estrategia de investigación escogida, pues, ni rehabilitadora de un sector particular ni demonizadora del conjunto, y sin desmedro de una indagación propia sobre fuentes primarias, ha intentado construir su trabajo en un diálogo crítico con estas dos vertientes.

Soy consciente también de los límites y de los costos de la independencia. La opción por el modelo en desuso del intelectual-artesano no es gratuita, y mucho menos en los tiempos de la globalización. En primer lugar, los costos de tiempo: alternado con la docencia y la labor editorial, el trabajo de investigación se hizo más prolongado y discontinuo de lo que hubiese querido.

Por otra parte, está el problema de los recursos escasos de un investigador independiente que debe reunir fuentes dispersas en distintos puntos del mundo. El trabajo de búsqueda de fuentes, propio de toda investigación, encontró en nuestro caso una doble traba. En primer lugar, gran parte de las fuentes escritas utilizadas -en especial periódicos, folletos y revistas, pero en algunos casos también libros- son inaccesibles en nuestras bibliotecas y hemerotecas públicas. Los archivos hemerográficos en manos de partidos políticos de izquierda, cuando existen, no están abiertos al investigador, siempre sospechoso de revisionismo. Fue necesario, por lo tanto, un largo trabajo de rompecabezas, de recolección de publicaciones a través de préstamos o donaciones de particulares y de compras de ejemplares sueltos en librerías de viejo.

El armado del rompecabezas, me temo, dista de ser todo lo completo que hubiese deseado. Pero a las dificultades de cualquier investigador para obtener publicaciones antiguas, aquí se sumaron otras, dado que nuestras fuentes eran principalmente publicaciones de izquierda aparecidas entre los años 30 y 70 y desaparecidas durante los años de dictadura militar, ya sea por las requisas de las fuerzas de seguridad o la destrucción por parte de los poseedores de un material altamente comprometedor bajo el terrorismo de Estado. Es así que este trabajo apenas pudo enriquecerse, salvo excepciones, con numerosos documentos imprescindibles en toda biografía intelectual: manuscritos, cartas y papeles personales. Abrigo la esperanza de cubrir ciertas lagunas con la aparición de nuevos documentos, de modo que estaría sumamente agradecido con todo aquel que me proporcionase testimonios orales o escritos acerca de esta historia o me señalase en ella errores u omisiones.

Es posible, pues, que los más completos archivos de publicaciones de izquierda se encuentren en las universidades europeas o norteamericanas, o en manos de las fuerzas de seguridad argentinas. Dado que, por obvias razones, no hemos podido acceder a estos últimos, hemos trabajado durante años en un proyecto de recolección de revistas y periódicos políticos que hoy constituyen un verdadero archivo de la izquierda argentina. Además, en la medida de nuestras posibilidades, consultamos archivos en el extranjero. En primer lugar, debo agradecer al CERMTRI de París (Centro de Estudios de Investigación sobre el Movimiento Trotskista y Revolucionario Internacional) el permitirme acceder a su valioso archivo de publicaciones trotskistas de la Argentina y del mundo. También el trabajo se ha beneficiado, si no con el intercambio de ideas, al menos con el de documentación, realizado con Osvaldo Coggiola, de la Universidad de Campinas, Brasil, donde se halla otro de los mejores archivos de la izquierda y el movimiento obrero latinoamericanos. Quiero dejar testimonio de la generosidad y la paciencia con que el profesor Horacio Pereyra soportó mis asedios a su nutrida biblioteca.

Pero en lo fundamental, han sido antiguos militantes de izquierda quienes me han ofrecido generosamente sus publicaciones, celosamente conservadas durante años difíciles. Guardo un cálido recuerdo de Ignacio Moiraghi, militante sindical, dirigente trotskista, preso político durante la última dictadura militar, que me facilitó el acceso a su archivo personal y estuvo siempre dispuesto a testimoniar y reflexionar sobre esta historia. También quiero agradecer al librero Juan Carlos Gianantonio, por la generosidad con que me cedió el archivo personal y parte de la biblioteca de Milcíades Peña que, por esos azares de la vida, fue a parar a sus manos. También quiero agradecer a Martín Blasco, quien me hizo conocer, desde Estados Unidos, la correspondencia entre Raya Dunayevskaya y Silvio Frondizi. Liborio Justo y Alfredo Alonso me facilitaron invaluables folletos y revistas trotskistas de los años 30 y José Luis Manghieri me regaló la colección de **Fichas** en aquellos tiempos de oscuridad.

Otras dificultades aparecieron en la búsqueda de testimonios orales. A los problemas que debe sortear cualquier historiador para localizar los actores de una época pasada, para lograr que pierdan sus reservas, para que se suelten y hablen saliéndose de un relato demasiado racionalizado, se presentaron otros específicos, propios de los tiempos de tragedia que se vivieron recientemente en nuestro país. Después de la tormenta, no siempre fue posible identificar algunos personajes, resguardados a menudo detrás de innumeralbes seudónimos, y luego perdidos, vaya a saberse por qué otros caminos. No siempre fuimos eficaces en conseguir que vuelquen su testimonio algunas figuras que sobrevivieron a esta experiencia. En algunos casos, como el de la esposa y los hijos de Silvio Frondizi, radicados desde mediados de los años 70 en Roma, hemos respetado su doloroso y comprensible silencio. Para otros, los izquierdistas de aquellos tiempos que se han reciclado como personas respetables, el investigador es un aguafiestas que viene a recordarles lo que no quieren recordar. Lamentamos que este trabajo no pudiera enriquecerse con el testimonio del Dr. Marcos Kaplan.

Pero no todas fueron dificultades. Otros actores de la época nos recibieron con una mezcla de curiosidad y simpatía, y entendieron también la entrevista como una posibilidad de elaborar su propia historia. Para reconstruir la trayectoria de Silvio Frondizi fueron decisivos los recuerdos de: Jorge Frondizi, Marcelo Frondizi y su compañera Susana, José Luis Díaz Colodrero, Ricardo Napurí, Eduardo Luis Duhalde, Alberto Guilis, Marcelo Norwestern, Héctor Requejo y Ricardo Sidicaro. Para reunir la información sobre la vida y los escritos de Peña quiero recordar la generosidad de su esposa Regina Rosen de Peña, de sus hijos Clara y Milcíades, de sus colaboradores: Daniel Horacio García y Félix Kierbel, de su amigo el escritor Luis Franco, de sus camaradas de militancia: Daniel Pereyra, Ignacio Moiraghi, Luis Vitale, Miguel Olivera. Quiero destacar sobre todo la generosidad con que Jorge Schvarzer me facilitó todos los materiales y la información de que disponía, y me ayudó a conocer y evaluar toda esta tradición de pensamiento.

Debo agregar que para la evaluación de las corrientes trotskistas en la Argentina, fue para mí estimulante poder recoger los testimonios y debatir sobre el tema con figuras como Liborio Justo, Alejandro Dabat, Domeq, Helios Prieto, Adolfo Gilly y Carlos Brocato. El descubrimiento de Héctor Raurich se lo debo a Juan José Sebrelí, mientras que Abraham Smetana, Isai Klase y Cherny me ayudaron a reconstruir el pensamiento y el clima de debate en torno a los grupos trotskistas de la época. Quiero dejar constancia de que fue José Pico Vazeilles, lector de Hegel y Sartre, quien me llamó la atención sobre la visión trágica de la historia en Peña, allá a principios de los 80.

Sin embargo, en la elaboración de muchos de los temas tratados aquí fueron muy importantes para mí los testimonios y los debates con anónimos militantes de la izquierda, que no han dispuesto quizás de los medios o de la posibilidad de escribir su propia versión de la historia, aunque hayan contribuido a enriquecer la mía.

La versión original se vio considerablemente enriquecida gracias a las agudas observaciones de tres lectores implacables: Laura Klein, Blas de Santos y Jorge Cernadas. Horacio González y Alfredo Pucciarelli me hicieron sugestivos comentarios tras una ponencia en que presenté algunas de mis ideas en las Jornadas sobre los años 60 realizadas en 1994 en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales. José Sazbón fue un exigente y estimulante padrino de tesis y Michael Löwy, a pesar de la distancia, ha sido para mí, desde hace veinte años, un maestro, en el viejo sentido del término.

Buenos Aires, diciembre de 1995

INTRODUCCION

1. El marxismo olvidado en la Argentina

Se ha observado más de una vez que, por encontrarse aislado en una cárcel fascista, Gramsci pudo en los años treinta hacer avanzar la teoría marxista por fuera de los trillados caminos del "marxismo oficial". Esta paradoja sintetiza toda una época del pensamiento marxista, y aun del pensamiento socialista y del movimiento obrero en general, durante el cual tan sólo individuos aislados o pequeños grupos lucharon, bajo la doble presión del stalinismo y la burguesía, por preservar y desarrollar esta herencia teórica (1).

Probablemente en los años treinta esa doble presión haya sido particularmente intensa —Víctor Serge, una de esas solitarias figuras, los recordó luego como *les annés sans pardon*—, pero la situación de aislamiento de las mentalidades más creativas, libres y rebeldes continuó, al menos, las dos décadas siguientes. Algunos de ellos fueron retratados por Hannah Arendt como "hombres en tiempos de oscuridad".

Los escasos y casi desconocidos desarrollos del pensamiento marxista argentino también han sido, durante esas décadas, el fruto de la labor solitaria de personalidades que impulsaban formaciones políticas o culturales —revistas, pequeños cenáculos— de precaria estructura institucional. Se puede recordar en ese sentido el aislamiento, la falta de interlocutores, aun el medio hostil en que trabajaron un Carlos Astrada, un Rodolfo Puiggrós, un Silvio Frondizi, o figuras menos conocidas como un Héctor Raurich, una Angélica Mendoza o un José Boglich.

A diferencia de lo sucedido en otros países, el marxismo argentino no ancló en la universidad ni en los partidos políticos. No puede hablarse pues de un marxismo universitario argentino, a pesar de que algunos intelectuales marxistas —como Silvio Frondizi, o bien intelectuales influidos por el marxismo, como Rodolfo Mondolfo— dictasen durante años cátedra en la universidad, cuyo ejercicio por otra parte no estuvo exento de presiones, conflictos y exclusiones. La trayectoria universitaria de Astrada fue previa a su filiación marxista. La trayectoria docente de Silvio Frondizi estuvo sujeta a todo tipo de vaivenes políticos. Figuras del marxismo de distintas épocas de la Argentina como H. Raurich, J. Boglich, M. Peña o José Aricó fueron ajenas a la universidad. La expulsión de Aníbal Ponce de la Universidad de Buenos Aires, en los años 30, acusado de "propaganda comunista", es quizás el caso emblemático.

Tampoco los partidos de izquierda promovieron los desarrollos teórico-políticos de los intelectuales que militaban en su seno o de los que funcionaban como "compañeros de ruta". El fenómeno europeo de los intelectuales marxistas que disimulaban sus diferencias políticas frente a la dirección del partido circunscribiéndose a preocupaciones de índole teórico-filosófica —al estilo de un Lukács, un Lefebvre o un Althusser (2)— no se repitió en la Argentina. En nuestros partidos de izquierda, sin excepción, desde el viejo Partido Socialista hasta la más pequeña organización trotskista, pasando, desde luego, por el entonces poderoso Partido Comunista, el control de la dirección sobre la totalidad de la producción escrita fue muy estricto y el margen de tolerancia para con las "desviaciones de la línea" en los "intelectuales pequeñoburgueses" que querían tomar vuelo propio, fue sumamente escaso. La relación de los intelectuales marxistas argentinos con las direcciones políticas, pues, fue siempre tensa, y colocaba a los primeros en un dilema costoso: quedarse en las filas del partido para ilustrar teóricamente la línea oficial bajo la tutela de la dirección, o alejarse a producir en libertad al precio de un aislamiento gravoso, cuando no al del hostigamiento de los aparatos políticos. Carlos Astrada y Silvio Frondizi desarrollaron su obra con independencia de los partidos de izquierda (3), mientras que la productividad que despliega, por ejemplo, Puiggrós tras su ruptura con el Partido Comunista, Milcíades Peña después de su alejamiento del partido trotskista —entonces denominado Palabra Obrera—, o Ernesto Laclau luego

de su distanciamiento del partido que lideraba Jorge Abelardo Ramos —el Frente de Izquierda Popular—, parece indicativa de que los intelectuales marxistas argentinos de esta época liberan sus potencialidades creativas cuando, no sin dificultades y costos graves, logran romper con las estructuras políticas que los constriñen (4).

Sin embargo, estas rupturas no fueron sencillas ni se consumaron de la noche a la mañana. Es indudable que la difusión de obras marxistas y la agitación política de estos grupos o partidos fue decisiva en los procesos de politización de estos intelectuales provenientes de la pequeñoburguesía, y así como afirmamos contundentemente que llegado cierto punto esas formaciones constituyeron una traba para el ulterior desarrollo de los intelectuales, debemos destacar también que la deuda política de ellos con sus partidos no era en ningún sentido desdeñable. No es casual que Puiggrós, desde 1946 hasta su muerte (en 1980) no haya dejado de disputar con el comunismo argentino en que se había formado; asimismo, a Peña le llevó varios años elaborar el duelo de su ruptura con el morenismo, hasta lograr racionalizar una verdadera ruptura política; también debe señalarse que Laclau se destacó en el extranjero con una teoría del populismo que, acudiendo a un sofisticado aparato intelectual ajeno a sus ex camaradas, hundía sus raíces en ciertas tesis de la "izquierda nacional".

Para cualquier militante de izquierdas, pues, renunciar al partido era gravoso en varios sentidos: significaba renunciar a la seguridad de recibir una "línea política", a un lugar reconocido dentro de la estructura, a un espacio de contención entre los camaradas. Pero para el intelectual militante existía un *plus*: el partido era el vehículo idóneo para que la producción teórico-política llegase —vía el libro, el periódico, la revista, el curso de formación política— a un destinatario que entendían como natural: las "masas". A pesar de todas estas relativas ventajas, la presión y control por parte de las direcciones era tal, que sólo sobrevivían en sus cargos ciertos "intelectuales de aparato", caracterizados por una menor autonomía política y personal, generalmente de menor formación teórica y que no vivían con la misma intensidad el drama que desgarraba a los intelectuales más auténticos, cuyo conflicto tematizó muchas veces la literatura de la época, como por ejemplo el teatro de Sartre (4 bis).

El intelectual marxista tenía que pagar los costos de su independencia creando, si no un partido a su medida —como intentaron a su turno Puiggrós o S. Frondizi—, al menos un cenáculo que contribuyese a construir un aparato de difusión cultural. La ambición que acarició todo intelectual marxista independiente fue la revista propia, cuando no la propia editorial. Así lo hicieron Astrada, Puiggrós, S. Frondizi, Peña, Raurich y otros, quienes buscaron afanosamente rodearse de colaboradores (casi siempre jóvenes, atraídos a sus cursos de historia o de teoría marxista por el halo de prestigio que rodeaba a estas personalidades dentro de ciertos círculos), con los que sostuvieron una intensa actividad editorial independiente.

Pero dentro de estos ya reducidos núcleos de marxistas argentinos, algunos de ellos constituyen un fenómeno aparte: se trata de aquellos que además produjeron y difundieron ideas a contrapelo de las corrientes hegemónicas del pensamiento de la izquierda, que se enfrentaron no sólo con la hegemonía del enorme aparato cultural del comunismo argentino, sino que resistieron simultáneamente los embates de la cultura populista, progresivamente hegemónica desde los años cuarenta. Ajenos a los aparatos políticos, contestatarios a las ideologías hegemónicas de la izquierda, eran hombres y mujeres de sólida formación cultural que soportaron la hostilidad o el aislamiento de esos años oscuros entregándose obsesivamente a sus estudios e investigaciones. Héctor Raurich, Angélica Mendoza, Liborio Justo, José Boglich, primero, y Silvio Frondizi y Milcíades Peña después, son algunos de estos olvidados. A propósito del primero de ellos, J.J. Sebreli recreó el clima de muchas de estas personalidades y de los grupos que animaron:

"Es fácil ironizar sobre esa bohemia político-literaria arrastrándose por los cafés de la calle Corrientes o de la Avenida de Mayo. La imposibilidad de realización práctica de sus teorías los

llevaba a perderse frecuentemente en pasiones personales y estériles polémicas en una atmósfera obsesiva de secta de maniáticos, similar a la de los exilados románticos del siglo XIX descritos por E.H.Carr. Pero sus aspectos ridículos no deben impedirnos ver el coraje intelectual que significaba entonces enfrentar a la *intelligentsia* stalinista y sus compañeros de ruta, que se autoproclamaban la única izquierda posible y a la vez denunciaban como agentes del imperialismo y la reacción a todo quien se animara a desmitificar el régimen ruso. En esos años de apogeo de Stalin, sólo esos pequeños grupúsculos o individuos aislados como Raurich, se atrevían a ir contra la corriente como francotiradores, asumiendo la marginación a que los condenaba el resto de la izquierda, a su vez marginada por el resto de la sociedad...

“Las nuevas generaciones de intelectuales de izquierda (...) están más acostumbradas a la discusión abierta acerca de la naturaleza de los sistemas llamados socialistas, y les es difícil imaginar el clima agobiante que se respiraba en el mundo cerrado de la izquierda de los años 30 y 40, y la bocanada de aire fresco que hacían sentir individuos o grupos como los de Raurich...” (5).

Los intelectuales orgánicos a los partidos o que, al menos, acompañaban los grandes procesos políticos, ocuparon el centro del escenario político-cultural de la izquierda. Los otros, sin embargo, desde los márgenes del escenario, desplegaron a contracorriente una actividad febril. Muchas veces lograron influir con sus ideas en el campo intelectual —y a menudo anticiparse a sus grandes debates—, aunque de modo menos visible, menos espectacular, desarrollando unos efectos más moleculares, aunque no por ello carentes de significación y relevancia. Lo que ha observado Perry Anderson para la tradición trotskista europea, puede hacerse extensivo a estas figuras y grupos argentinos hoy olvidados:

“Algún día esta otra tradición —perseguida, injuriada, aislada y dividida- tendrá que ser estudiada en toda la diversidad de sus canales y corrientes subterráneas. Puede sorprender a los historiadores futuros con sus riquezas”(6).

2. Una tradición de marxistas críticos

Este trabajo se ocupa de los avatares del pensamiento marxista argentino, intentando reconstruirlos y repensarlos a partir del itinerario teórico-político de dos intelectuales marxistas: Silvio Frondizi (1907-1974) y Milcíades Peña (1933-1965). No se trata de dos biografías intelectuales inscriptas en el *contexto* del pensamiento marxista argentino, en los términos de una relación extrínseca entre el pensamiento de los autores tratados y un marco general que le sirva de evanescente telón de fondo, sino un intento de volver sobre los grandes debates teórico-políticos que van de los años 30 a los 60 a partir de la peculiar perspectiva de estos autores. Si algo justificó la trabajosa labor de reconstrucción de dichos itinerarios, fue la convicción de que tienen algo novedoso y actual que decir en relación a las otras tradiciones del pensamiento izquierdista en general, y la marxista en particular. La apuesta que animó esta investigación fue, pues, que estos autores hoy olvidados, en su momento marginales, constituyen soterradamente una *tradición* de pensamiento en nuestro país. Entre las tantas tradiciones de pensamiento izquierdista, una de las más sólidas, originales y actuales. Este trabajo puede leerse también como un intento de constituir una tradición de marxistas críticos en nuestra cultura, así como un replanteo del conjunto de las tradiciones del pensamiento izquierdista que atraviesan el campo intelectual argentino, a partir de la exhumación de esa tradición olvidada, subterránea, casi diríamos maldita. Porque la dimensión de ese olvido es sólo comparable a la de su actualidad

Las tradiciones, claro está, no son meras sobrevivencias del pasado en el presente, sino construcciones hechas desde el propio presente sobre el pasado. No existen *per se*, perdidas en las brumas del pasado y a la espera de que alguien las reconozca para recuperarlas. Para Raymond

Williams la tradición siempre “es algo más que un segmento histórico inerte; es en realidad el medio de incorporación práctica más poderoso”. Por eso el autor de **Marxismo y Literatura** prefiere hablar de *tradición selectiva*: “una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social”. En un sentido instrumental del término, puede decirse que no constituyen una herencia sino más bien —como ha señalado sugestivamente Hobsbawm— una *invención*, una modalidad singular de invención que intenta establecer determinada continuidad entre el pasado y el presente, que hace aparecer como *necesaria* una continuidad *deseada* (7).

La pertenencia a una tradición no es algo gratuito o superfluo, sino que constituye un elemento central en la justificación de una ruptura, una refundación, o bien, en términos más generales, en la configuración de una identidad. Su construcción no es, pues, inocente: las tradiciones inventadas, dice Hobsbawm, “utilizan la historia como legitimador de acción y cementador de cohesión de grupo”.

Son muchas las tradiciones reconocidas en el campo del pensamiento izquierdista argentino, y todas ellas fueron el fruto de persistentes intentos de constituir las en relación a un presente político. Sumariamente, podrían reconocerse dentro de la llamada izquierda tradicional, u orgánica, las tradiciones anarquista, socialista, comunista, de “izquierda nacional”, nacionalista de izquierda, trotskista. Se les podrían agregar otras más efímeras, o vertientes internas que las atravesasen, pero cada una de éstas puede ser identificable como una tradición del pensamiento izquierdista en el sentido de contar con su propio itinerario histórico, sus núcleos doctrinarios, sus principales figuras públicas, su identificación con ciertos hitos de la historia del pueblo argentino, sus referentes políticos y teóricos internacionales, su cristalización en organizaciones políticas o en formaciones culturales, su capacidad para proyectarse sobre el pasado para explicar la historia del país —y confundándose en parte con ella, la suya propia— y para proyectarse sobre el futuro, pasible de convertirse en proyecto convocante y creíble para un sector de la sociedad (8).

La más antigua de ellas, la tradición anarquista argentina, no sólo había logrado relevancia política en el movimiento obrero de las primeras décadas del siglo, sino que había alcanzado una significativa penetración social y cultural en la sociedad de la época. Dispersa en un sinnúmero de grupos, periódicos y figuras, a menudo gravemente enfrentados entre sí, puede afirmarse que fue el militante anarquista Diego Abad de Santillán una de las personalidades que, a través de su labor como político, investigador, periodista y editor, más contribuyó a instituir la como tradición. Relegada a mero preludio por la historiografía comunista, y eclipsada durante décadas de hegemonía populista, recién a partir de los años 70, una nueva generación de anarquistas intentó recuperar y renovar el acervo libertario a través de la Editorial Proyección. Pero acaso sea la obra de investigación y divulgación que desde entonces viene desplegando Osvaldo Bayer, la que volvió a instalarla en el horizonte de las tradiciones del pensamiento y las corrientes de izquierdas.

La tradición socialista, con mayor irradiación política, social y cultural sobre la sociedad argentina en las primeras cuatro décadas del siglo, contó en cambio desde un principio con el poder instituyente de una vasta organización política, el Partido Socialista Argentino. Los esfuerzos por echar raíces en la historia y la cultura argentinas fueron aquí más sistemáticos, y la tradición socialista buscó instituirse como consumación y superación de las mejores tradiciones democráticas del liberalismo argentino; la historia de la tradición socialista entroncaba con la historia argentina de fines del siglo pasado y desde entonces casi se confundía con ella. Esta orientación será reafirmada en el congreso partidario de Santa Fe (1934) en momentos en que se edita la **Historia del socialismo argentino** de Jacinto Oddone y las conferencias de Américo Ghioldi acerca de **El socialismo en la evolución nacional**. También eclipsada a partir de la

hegemonía populista y reducida su organización a un archipiélago de pequeños partidos, fue reconsiderada y revalorizada por políticos e investigadores a partir de los años 80, en el contexto de la “transición democrática”. Fue entonces cuando Julio Godio reinterpretó desde una perspectiva socialdemócrata la historia del movimiento obrero argentino, y José Aricó rescató la figura y el pensamiento de Juan B. Justo.

Un esfuerzo titánico para instituir una tradición comunista que entroncase con el pensamiento y las luchas del pasado fue la desplegada por el Partido Comunista argentino, que nace como diferenciación y ruptura del socialismo. Después de numerosas vicisitudes políticas a lo largo de los años 20 y 30, a mediados de esta última década comienza un período marcado por un particular interés en instituir una tradición de comunismo local, entroncado —de manera similar al intento socialista— con las tradiciones jacobinas, democráticas y liberales del pasado siglo. Los artículos sobre historia argentina comienzan a aparecer desde entonces en las revistas partidarias, y el interés por la constitución de una historia oficial de su propia trayectoria, aparece reflejado en el ya célebre **Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina** (1947), texto característico por el uso y abuso que hace de un registro discursivo propio de la época, estableciendo justos y réprobos frente a la línea comunista oficial. Además de este tipo de textos redactados por equipos colectivos destinados *ad hoc* por la dirección, los esfuerzos de los comunistas argentinos por instituir una tradición propia están ligados a los nombres de ciertas figuras como Rodolfo Ghioldi, Luis Sommi, el primer Puiggrós, Juan José Real, Héctor Agosti y, posteriormente Leonado Paso. No existen estudios de conjunto sobre este notable fenómeno de un aparato político que, sin escapar a la regla referida antes sobre el control y la vigilancia de la producción intelectual, generó una profusa y diversificada labor de promoción cultural, expresada en innumerables periódicos, revistas, folletos y libros de edición partidaria o parapartidaria, sin parangón con otras tradiciones. Es de destacar el hecho de que a pesar de que las políticas culturales del PCA se guiaban por rígidos criterios de selección y exclusión, entre los años 40 y 50 figuraron entre sus ediciones obras de autores como Rosa Luxemburg, los socialistas utópicos, Henri Lefebvre o Antonio Gramsci, que formarán parte obligada del universo de lecturas de la “nueva izquierda intelectual” en los 60.

Otro vigoroso esfuerzo por constituir una tradición por derecho propio fue el desplegado por la llamada “izquierda nacional” a partir de mediados de los años 40. Su punto de partida fue una caracterización del peronismo distinta de la del resto de la izquierda, cuya originalidad consistía en considerarlo como un momento necesario —y por lo tanto, susceptible de ser superado— en el proceso de formación de una conciencia nacional, condición para la realización de un “socialismo nacional” con arraigo de masas. Si la tradición comunista argentina buscó instituirse a expensas del socialismo, disputándole ideas, valores, acontecimientos y figuras del pasado, también aquí la “izquierda nacional” buscó forjar una identidad propia a partir de un ajuste de cuentas con la izquierda pre-existente, especialmente la comunista. Sin embargo, a diferencia de socialistas y comunistas, esta corriente posee un andamiaje institucional sumamente débil —su organización política, particularmente reducida, cambia muchas veces su denominación—, pero no obstante esto desarrolla una influyente acción político-cultural a través de la edición de periódicos, revistas, libros, el dictado de cursos de formación, etc. Cuenta al frente con una figura de enorme audacia política e intelectual y pluma ligera —el inefable Jorge Abelardo Ramos— y con dos laboriosos epígonos —Jorge Enea Spilimbergo y Norberto Galasso—, que se dan a las tareas de buscar las raíces de su “socialismo nacional” en las montoneras y sus caudillos, en las vertientes más estatistas de la élite oligárquica del 80 —como el general Roca—, o en las figuras más destacadas del pensamiento antimperialista —Ingenieros, Ugarte, Scalabrini Ortíz... Mientras constituían esta tradición, simultáneamente diseñaban como contraparte un “socialismo cipayo”, cuyas figuras emblemáticas eran el socialista Juan B. Justo y el comunista Victorio Codovilla. Por la difusión y

el arraigo que alcanzaron en su tiempo, merecen citarse en ese sentido **El socialismo en Argentina** de Spilimbergo, **El Partido Comunista en la política argentina**, de Ramos, el volumen colectivo **El revisionismo histórico socialista**, así como las obsesivas investigaciones de N. Galasso que se extienden hasta nuestros días.

Los años que van desde la caída del peronismo en 1955 hasta la irrupción de las organizaciones armadas a fines de la década del 60 son testigos de la constitución de la tradición del llamado "nacionalismo popular revolucionario". Aprovechando ciertas sendas abiertas por la "izquierda nacional", pero dando otra vuelta de tuerca sobre ella —renunciando inclusive en el discurso al internacionalismo proletario y colocando el socialismo en un lejano horizonte futuro—, esta tradición recupera las interpretaciones historiográficas del revisionismo histórico, estableciendo en muchos casos un relato histórico cuyos hitos son Rosas, Yrigoyen y Perón. Si el puente entre estos dos últimos lo representó el grupo FORJA, ampliamente revalorizado en los 60 y 70 después de haber caído en el olvido durante el peronismo, el nacionalismo de izquierda de esos años se pensaba como una transición entre el peronismo y alguna forma de "socialismo nacional". La figura emblemática de esta corriente es John William Cooke, inspirador del "peronismo de la resistencia", aunque los ideólogos más sistemáticos e influyentes en aquellos años serán el último Puiggrós, y Juan José Hernández Arregui, autor de obras claves como **Nacionalismo y Peronismo o La formación de la conciencia nacional**.

El trotskismo vernáculo fue, de las corrientes políticas argentinas, el más renuente a concebirse a sí mismo como una tradición político-cultural local, o bien como heredero de alguna tradición del pasado argentino. Su esfuerzo por destacar un internacionalismo militante, lo condujo a instituirse imaginariamente como continuidad pura y simple del bolchevismo internacional, mostrando un franco desinterés por disputar con otras tradiciones el pasado histórico argentino, aún el de sus propias organizaciones. Habrá que esperar a estos últimos años para que las corrientes herederas de Trotsky se ocupen, cada una a su manera, de ajustar cuentas con su pasado (Osvaldo Coggiola, **Historia del trotskismo argentino**; Ernesto González, **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**).

Es cierto que autores marxistas fuertemente influidos por las ideas de Trotsky hicieron considerables aportes a la historia argentina: el caso mismo de Milcíades Peña, o el menos conocido aún de José Boglich, autor de precursoras investigaciones sobre el agro argentino (9), pero sus esfuerzos fueron individuales, nunca encuadrados en el marco de una política cultural partidaria. Una excepción, sin embargo, parece constituirla el titánico esfuerzo de un Liborio Justo, quien desde los años 30 dedicó numerosos libros y folletos a la historia argentina, la historia de las ideas y aún a la historia de los remotos orígenes del trotskismo argentino; la otra excepción la representaría el ya mencionado Jorge Abelardo Ramos, a quien no se puede adscribir sin más a la tradición trotskista, aunque su iniciación política con el "nacional-trotskismo" de Justo fue el punto de partida para que recalase años después en la "izquierda nacional". Sin embargo, habría que añadir que a medida que estos autores desarrollan su interés por la historia argentina, van tomando distancia del movimiento trotskista como tal, para terminar rompiendo ostentosamente con él —Justo primero, Ramos después. Estos itinerarios parecían revelar los paradójicos desencuentros entre el trotskismo argentino y la tradición histórica: los trotskistas argentinos que demostraban un interés por lo "nacional", terminaban deviniendo —como Justo o Ramos—, pura y simplemente, "nacionalistas" de izquierda. (Y con el tiempo, "nacionalistas" a secas, como Ramos). Pero el trotskismo orgánico, partidario, nunca dio muestras de orientar una política intelectual destinada al estudio de la historia argentina, la estructura de clases de su sociedad, o sus tradiciones políticas (10).

Durante los últimos años, muchos investigadores, políticos y periodistas han renovado los intentos en reconsiderar las tradiciones señaladas, o han rastreado ciertos itinerarios que

distinguen vertientes dentro de cada tradición o que atraviesan a varias de ellas. Dentro de la tradición socialista, no faltaron quienes intentaron recuperar el “socialismo democrático” de Justo o Repetto, quienes buscaron en cambio en figuras como Ugarte o Palacios las raíces de un “socialismo popular”, o aún quienes vieron en De Tomasso y los “socialistas independientes” de los 20 y 30 un ensayo trunco de realismo político. Desde principios de los 70 la tradición comunista fue discutida a partir diversos intentos que buscaron rescatar figuras o proyectos que habían quedado marginados por la hagiografía oficial: desde una perspectiva maoísta lo ensayó José Ratzler (**Marxistas argentinos del 90, El movimiento socialista en Argentina**), mientras que Emilio J. Corbière hizo, a propósito de la formación del PCA, un rescate político de la figura de José Penelón (**Orígenes del Comunismo argentino**). Más recientemente, José Aricó realizó en **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina** un notable esfuerzo por constituir el recorrido de los gramscianos argentinos a través de un corte transversal de muchas de esas tradiciones.

Desde distintos ángulos también se ha intentado recuperar esa peculiar convergencia de tradiciones —trotskista, populista, guevarista— que dio por resultado el PRT-ERP: Julio Santucho (**Los últimos guevaristas**) y Luis Mattini (**Hombres y mujeres del PRT-ERP**) trazaron sendos recorridos de esta historia, y María Seoane realizó una biografía que rescata la figura de su principal líder, Mario R. Santucho (**Todo o Nada**).

Volviendo al tema central de nuestro trabajo, queremos llamar la atención sobre el hecho de que desde ninguna de estas tradiciones constituidas *a posteriori* —“inventadas”, Hobsbawm *dixit*— hayan existido intentos de recuperar para sí el pensamiento de Silvio Frondizi y Milcíades Peña. Y esto es tanto más llamativo cuando se tiene en cuenta que su obra ha permeado durante muchas décadas el campo cultural de izquierdas —lo que es visible tanto por las influencias como por las resistencias que generaron—, que sus libros han contribuido a la formación de tres generaciones de militantes políticos y que muchos de sus aportes más significativos han sobrevivido al olvido en numerosas investigaciones de los últimos años. Aparece pues como un hecho sintomático el que no se los haya podido pensar desde ninguna de ellas, que persistan como los heterodoxos, los inclasificables, los malditos. Como los *marxistas olvidados* de la Argentina, para recuperar la afortunada expresión de Michael Löwy.

En parte este olvido es explicable porque ya en su propio tiempo S.Frondizi y Peña ocuparon un lugar de *outsiders*, enfrentados con el conjunto del arco político-cultural. Pusieron en entredicho el optimismo y las certezas de una época, y se movieron a contracorriente de toda la cultura política de la izquierda. Pusieron en discusión que la vieja oligarquía argentina fuese una clase meramente parasitaria y en decadencia, y que frente a ella se alzara como virtual enemiga una dinámica burguesía nacional, de vocación democrática e industrialista, la cual, apoyada por los sectores progresistas del ejército y por la clase obrera, sería portadora de un nuevo tipo de sociedad. Casi todas las vertientes políticas de la época —socialistas, comunistas, izquierda nacional, nacionalismo revolucionario— idealizaban alguna forma de burguesía local y propugnaban algún tipo de frente que combinara según distintas fórmulas algebraicas esa misma composición social —burguesía nacional, ejército, clase obrera—; ya se tratase de un “frente democrático” o un “frente nacional”, unos como otros terminaban subordinando a la clase trabajadora como fuerza de apoyo, sostén o “columna vertebral” de un frente hegemonizado por otras clases. Tanto Peña como Frondizi sostuvieron con audacia la paradoja de que el único proyecto de nación vertebrado hasta el momento, por módico que haya sido, fue el levantado por la “generación del 80”, y que ninguno de los proyectos de masas de este siglo había logrado constituir una alternativa que alterase en lo sustancial ese diseño. La oligarquía había sido mucho más “nacional” —a su manera, claro está— que lo que las izquierdas querían admitir, mientras que el

“nacionalismo antioligárquico y antimperialista” de la burguesía industrial brillaba por su ausencia.

En un contexto político-cultural crecientemente antiintelectualista, uno y otro murieron creyendo en la fuerza de las ideas; en una cultura política fuertemente sustituita, apostaron hasta el final por el potencial emancipador de los trabajadores y de los oprimidos. Sin embargo, su fe en el socialismo no era dogmática, y en esto se diferenciaron del trotskismo vernáculo. Su amplia formación teórica, así como sus análisis históricos y políticos, mucho más sutiles y sofisticados que los de las corrientes trotskistas locales, les permitieron evitar los vicios más típicos de esta tradición en sus formas más rutinarias: el “triumfalismo en la causa de la clase obrera y el catastrofismo en el análisis del capitalismo” (11). Peña y Frondizi vislumbraron que el orden capitalista que se quería cuestionar era más complejo de lo que se admitía entonces. Trataron de comprender la dinámica del capitalismo contemporáneo, de periodizar las etapas por las que discurría y de desentrañar el sentido de sus crisis, que siempre aparecían como “finales”, pero que hasta el momento el sistema venía resolviendo a su favor. Sostuvieron que la clase obrera no era ontológicamente revolucionaria ni el triunfo del socialismo fatal e ineluctable: entendían que la clase trabajadora podía constituirse en sujeto revolucionario de la sociedad, pero sólo bajo determinadas condiciones. Cuestionaron las concepciones “sustituitas” de los partidos de izquierda en relación a la clase obrera y denunciaron sus mecanismos de burocratización, los modos en que la dominación de la sociedad se reproducía entre quienes pretendían combatirla.

Este ajuste de cuentas con el trotskismo argentino —Peña recién en sus últimos años—, y el hecho de que no fueran pensadores estrictamente “trotskistas”, pues el influjo que sobre ellos ejerció la obra de Trotsky era compatible con la influencia de otros marxistas, debe haber pesado para que tampoco la tradición trotskista los haya reconocido como propios. Es cierto que O. Coggiola, en la obra citada arriba, les hace un lugar, si no en el centro, al menos en el margen de la trayectoria del trotskismo argentino. Pero no deja de enjuiciarlos desde la perspectiva de un presunto “trotskismo ortodoxo”, y si bien les reconoce algunos méritos teóricos parciales, insiste en sus límites políticos en tanto que intelectuales pequeñoburgueses que escriben “desde fuera del movimiento real de la clase obrera”, que no comprenden la dinámica del movimiento de masas y la necesidad de su partido.

Si el desencuentro de Milcíades Peña y Silvio Frondizi con las tradiciones de la vieja izquierda es manifiesto, su encuadramiento dentro de la llamada “nueva izquierda intelectual” de los años 50 y 60 también presenta problemas. Esta es la perspectiva de dos obras recientes que han contribuido vigorosamente a comprender la emergencia de la intelectualidad de izquierda en el período, sus influencias, sus avatares, sus aporías. Silvia Sigal, en **Intelectuales y poder en la década del sesenta**, circunscribe su campo de investigación al conjunto de la zona declaradamente progresista de los intelectuales argentinos, mientras Oscar Terán, en **Nuestros años sesentas**, estudia —como indica el subtítulo de su obra— la “formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina” entre 1956 y 1966.

Tanto Peña como S. Frondizi, aunque indudablemente convergen con la nueva izquierda de aquellos años en un conjunto de preocupaciones, de lecturas y de valores, y aunque los unifique con ella un mismo espíritu de ajuste de cuentas con la izquierda tradicional y una similar vocación por el conocimiento de la realidad argentina, se separan de ella por muchos otros motivos que nos permiten hablar de una tradición distinta. Es que uno y otro buscan ajustarse —infructuosamente, por otra parte— más al modelo del intelectual orgánico, que al modelo sartreano del “intelectual comprometido” que caracterizó a la nueva izquierda. La creciente influencia del nacional-populismo en el seno de la nueva izquierda, cuyo crecimiento fue paralelo al del anti-intelectualismo, no tienen su correlato en Frondizi y Peña. El propio Terán señala que la actitud de este último en relación al peronismo constituía una “excepción” (Terán, 1991: 55) y C.

Altamirano, si bien lo incluye dentro de la nueva cultura de izquierdas que ofrecerá otra comprensión del peronismo, advierte que Peña se mueve "a contracorriente de la tendencia principal" (Altamirano, 1992: 41).

Se ha señalado que el riesgo de este tipo de investigaciones consiste en hacer de la "época" un sistema, en reducirla a una "episteme", una unidad coherente de significados, donde son sacrificados como mera "excepción" los que están ubicados en los márgenes (12). Cuando nos proponemos apartarnos del estereotipo de la "época" y atender a figuras marginales a ella como lo fueron en cierto sentido Peña y Frondizi, nuestro propósito no es de revalorización de lo marginal por lo marginal mismo, sino que consiste en prestar atención a lo subalterno, a lo olvidado, a lo subterráneo. Es una perspectiva, al mismo tiempo que un llamado de atención, ante los riesgos de clausurar la "época", de reconsiderarla desde otro lugar.

En cuanto a las dificultades de asimilarlos sin más a la "nueva izquierda", recordemos que, por otra parte, Silvio Frondizi pertenecía a una generación anterior a la del grupo **Contorno**, y que si bien Milcíades Peña formó parte de esta generación, las vicisitudes de su formación intelectual — extrauniversitaria— y de su precoz militancia política, lo ubican a un mundo de distancia de figuras como David Viñas, León Rozitchner u Oscar Masotta. Si fuera posible diseñar una ubicación espacial, afirmaríamos que se instalan en un lugar intermedio y equidistante entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda, desencontrados tanto con una como con la otra.

Ahora bien, sostener que estos autores conforman una tradición de pensamiento izquierdista con derecho propio, y no dos "anomalías" o "excepciones" a la regla, implica develar cuáles son los núcleos teórico-políticos comunes que los colocan en esta incómoda posición en relación al campo intelectual de izquierdas de la época. Nuestra tesis es que comparten una *visión trágica* del mundo contemporáneo, una visión trágica de la política en Silvio Frondizi y una visión trágica de la historia en Milcíades Peña. Y es esa visión trágica la que ocluye cualquier posibilidad de que puedan ser pensados y recuperados como "ejemplos positivos" por cualquiera de las tradiciones izquierdistas existentes.

La invención de tradiciones, dijimos, busca una continuidad determinada entre pasado y presente, es decir, se propone la legitimación de una política presente mostrándola como la prosecución de una gesta del pasado (13). Si su fin es, en este sentido, *político*, la búsqueda de un linaje implica constituir y recuperar valores, acontecimientos y figuras que contribuyan a cierto proceso político, a la creación de voluntades colectivas, de un "nosotros" que se articule como identidad política. Esto vale también para la invención de tradiciones izquierdistas, cuyos mentores han buscado y buscan recuperar valores, acontecimientos y figuras que funcionen como "ejemplos positivos" para las luchas sociales del presente.

Ahora bien, ni las figuras trágicas ni su pensamiento pueden ser recuperados como tales, en la medida en que no infunden el optimismo necesario para la constitución de identidades sin fisuras y voluntades políticas activas. No son "ejemplos a seguir". Para su pesimismo de la inteligencia — Gramsci *dixit*— las agudas contradicciones que desgarran el tejido social no están en vías de resolverse positivamente en síntesis superiores, llámense el Pueblo, la Nación, la Revolución, el Socialismo, el Proletariado, o tan siquiera el Partido. Para ellos las antítesis no se resuelven dogmáticamente en síntesis, sino que la negatividad histórica brota de su permanente tensión. No es que hayan devenido escépticos, para quienes todo intento de resolver las contradicciones sería una simple quimera. Creen simplemente que las burguesías han concluido el período histórico en que revolucionan en sentido progresista el orden social, *mientras que* la clase trabajadora no ha logrado *aún* constituirse en el sujeto que lleve a cabo el relevo histórico. Por eso su tiempo es de tragedia. Ellos sabían que vivían en tiempos de tragedia. No se solazaban con ella. Muy por el contrario, la vivían con dramatismo en su propia existencia. Pensaban la realidad social desde el

centro mismo de la tensión, se instalaban para entenderla en el propio lugar del malestar. Fueron, inclusive, la expresión del malestar de la cultura de izquierdas.

Con su empedernida dialéctica negativa, se empeñaban en mostrar cómo renacían las viejas antinomias —en el “Pueblo”, en los “Socialismos Reales”, en el “Partido”— allí donde otros se ufanaban en mostrar los resultados. Descubrían problemas donde otros sólo percibían logros. Eran los aguafiestas de la política.

Eran y no eran hombres de su tiempo. Lo eran, porque buscaron afanosamente pensar —y encarnaron en sus vidas— las contradicciones de una época. Pero estaban desencantados con su tiempo: eran los “políticos” entre los “intelectuales” pero eran los “teóricos” entre los “políticos”. Eran los exponentes de la “nueva izquierda” ante la “vieja izquierda”, pero eran los resabios de la “vieja izquierda” para la “nueva izquierda”. Eran los intelectuales que querían hacer política, pero no en las horas libres de su actividad intelectual: querían hacer política *como* intelectuales revolucionarios, sin renunciar a pensar, así como querían pensar sin renunciar a la acción.

Por todo esto, un balance y una evaluación de su obra eran casi impensables en los tiempos inmediatos a su desaparición —Peña muere en 1965, Frondizi en 1974. Si para esta última época se había insinuado la tragedia, todavía se vivían tiempos de euforia, un optimismo que comenzaba a ensombrecerse con algunos nubarrones. Los años 80, que como recordamos sumariamente, vieron aparecer tantos trabajos sobre las figuras y las tradiciones de la izquierda, tampoco prohicieron la recuperación de S. Frondizi y M. Peña. Es que tras el repliegue del poder militar, volvieron a vivirse, más modestamente, algunos años de euforia militante. Era todavía improbable la exhumación de los trágicos. Se produjo no obstante un fenómeno curioso: muchas de las agudas intuiciones historiográficas de Milcíades Peña irrumpieron en el universo académico, sin que se las acompañara, en muchos casos, con el reconocimiento de su paternidad (como se sabe, Peña no es una fuente “citable” en el mundo académico local) (14). Podría pensarse que, de todos modos, este des/conocimiento es, en última instancia, una forma soterrada de póstumo re/conocimiento. Pero no es menos cierto que esta recuperación aislada de algunas de sus ideas o intuiciones no comporta todavía un rescate de su pensamiento en tanto que tradición. Porque es la postura de Peña como intelectual revolucionario, su *ethos* trágico, lo que lo torna una figura poco asimilable, aún poco “citable”, en relación a la recolocación de la nueva intelectualidad de los 80 frente a la política.

Es llamativo que en relación al pensamiento de Silvio Frondizi el silencio sea total: después de todo, los nuevos desarrollos de la teoría política en los años 70 y 80 giraron en torno a temas caros a Frondizi, como las teorías de la crisis o la teoría del Estado; el surgimiento de los llamados “nuevos movimientos sociales” en los 80 reinstaló en la agenda pública temas como la politización de la vida cotidiana o la gestión política en las comunas y municipios, que Frondizi no sólo postuló sino que intentó ensayar en los 50 y 60; o la actual proliferación de referencias a la “globalización” bien podría haber llevado a recordar a aquel solitario precursor de las tesis de la “integración mundial capitalista”. Pero no le ha tocado siquiera esta suerte.

Es posible que los años 90 permitan esa recuperación. Por un lado el agotamiento del imaginario populista puede favorecer la comprensión de aquellos autores que lograron una posición de distanciamiento crítico frente a la sociedad y la ideología populistas, que trataron de comprenderlas como momentos dentro de un proceso histórico más extenso. Y por otro, ya no hay espacio para euforia militante. Acaso la contundente evidencia de la derrota que se vive en estos desconsolados 90 permita un acercamiento más apropiado a esta tradición, pues como señaló alguna vez Lucien Goldman, en los tiempos de derrota, en aquellos momentos en que los valores humanos parecen quedar subordinados a la lógica de la eficacia, en que se ahonda la ruptura entre la fuerza y la justicia, entre la esperanza y la condición humana, es cuando aparece un renovado interés por los pensadores y autores trágicos del pasado (15).

3. La visión trágica en el pensamiento marxista argentino

De las biografías de Peña y Frondizi se desprende que se trata de dos figuras trágicas. Los acontecimientos de su vida participan de los rasgos característicos de la *visión trágica*: rechazo radical frente al carácter inauténtico del mundo (capitalista), repudio ante el compromiso y la conciliación, actitud de “todo o nada”... Pero también los de su muerte: Milcíades Peña se suicida a los 32 años de edad, en el apogeo de su producción intelectual; Silvio Frondizi, sin abandonar la defensa de presos políticos y gremiales a pesar de las amenazas de muerte recibidas, y desoyendo las voces amigas que le aconsejaban alejarse por un tiempo del país, es asesinado por una banda terrorista —la Triple A— en 1974. Como todo héroe trágico, como por ejemplo Hamlet, Frondizi es conciente de lo imposible de su misión, pero sólo sabe que, para ser fiel a sí mismo y a la conducta que él mismo se trazó, debe llegar hasta el final. Como Antígona, como Junia, Tito y otras figuras de la tragedia griega, Silvio Frondizi “obra de manera *consciente* y *voluntaria* negándose al compromiso y aceptando la muerte” (16).

Pero entre Peña y Frondizi existe un vínculo no sólo biográfico, ni simplemente político, sino aún más profundo. Ambos comparten (o piensan la realidad desde) una misma *visión trágica* de la historia y la sociedad, la que a su vez los distingue radicalmente del resto de los intelectuales del campo cultural argentino.

Ambos autores poseen una relativa autoconciencia de su *visión trágica*. S. Frondizi emplea circunstancialmente la expresión, especialmente en su obra de juventud, elaborada al calor de las lecturas de los intelectuales alemanes de entreguerras, casi todos tributarios de dicha visión. Peña, en cambio, conoce el concepto de *tragedia* tal como ha sido expuesto por el Hegel de las **Lecciones sobre la Filosofía de la Historia**. Para la conceptualización que utilizamos aquí, nos hemos valido con ciertas libertades de la redefinición de *visión trágica* que llevó a cabo el joven Lukács, especialmente en el último ensayo de **El alma y las formas**, tal como ha sido reelaborado por Lucien Goldmann en **El Dios Oculto** primero, y luego por Michael Löwy en su ensayo de sociología de los intelectuales revolucionarios (17).

La *Weltanschauung* trágica, en cualquiera de sus formas clásicas o modernas —ha señalado Goldmann—, expresa una crisis profunda de las relaciones entre el hombre y el mundo social, la conciencia de que se hallan amenazados los valores supremos, la esencia misma del humanismo clásico, la unidad del hombre y su mundo. Para la tragedia, el mundo se ha hecho ambiguo y oscuro, los dioses no están ya unidos a los hombres en una misma totalidad cósmica, sometidos a las mismas fatalidades del destino. Se han separado del hombre y se han convertido en sus dueños. Este mundo equívoco se ha hecho insoportable para los hombres. Entre ellos, sólo aquellos a los que una enfermedad física ha apartado del mundo, pueden soportar la verdad —la ceguera de Tiresias o de Edipo—; a otros —Ajax, Creón, Antígona— el conocimiento de la verdad les lleva simplemente a la muerte.

El pensamiento trágico de los siglos XVII y XVIII —Pascal, Racine, Kant— denuncia los síntomas de una crisis profunda en las relaciones entre los hombres y el mundo. Expresa la lúcida conciencia de que un orden social y cósmico se ha roto irreversiblemente y advierte sobre los peligros en que se había desembocado —o en que se irá a desembocar— siguiendo un camino que parece rico y lleno de promesas.

Desde esta visión, la realidad está atravesada por contradicciones y la exigencia de síntesis, de unidad de los contrarios, constituye la esencia misma de la conciencia trágica. Sin embargo, la escisión entre Dios y el mundo, o bien entre los valores (auténticos) y el mundo (inauténtico), entre lo racional y lo sensible, el alma y el cuerpo, el individuo y la sociedad, la fuerza y la

justicia, etc., es *irreductible*, y en ello consiste la tragedia humana. No hay "solución" posible al escoger entre una y otra opción: tanto la aceptación de la realidad mundana como el refugio en el universo trascendente de los valores, sólo son formas inauténticas de compromiso. La tragedia radical no cree tampoco en la posibilidad de transformar el mundo y actualizar en él los valores auténticos. Es al mismo tiempo una exigencia de síntesis lúcida y consciente de que semejante síntesis no es posible. Ahí reside el extremo rigor y la extrema coherencia de la conciencia trágica, con su exigencia radical de absoluto y de claridad.

Michael Löwy ha retomado las ideas de Goldmann sobre los avatares del pensamiento trágico de la modernidad y los ha proyectado sobre el pensamiento contemporáneo del siglo XX. El pensamiento trágico a comienzos de este siglo asumirá según Löwy la forma de un anticapitalismo romántico, cuyo *leit-motiv* será la oposición entre *Kultur* y *Zivilization*. Mientras *Kultur* define una esfera caracterizada por valores éticos, estéticos y políticos, un estilo de vida personal, un universo espiritual "interior", "natural", "orgánico"; *Zivilization*, en cambio, designa el progreso material, técnico-económico, "externo", "mecánico", "artificial". Esta contradicción adquiere el carácter de un conflicto trágico e insoluble, en la medida en que comprende la inevitabilidad de un retorno al pasado "orgánico".

Esta matriz de pensamiento, según Löwy, es común a Max Weber y el círculo de eminentes pensadores que lo acompañó —F.Tönnies, Paul Ernst, E.Toller, E.Bloch, G.Landauer, M.Buber... Una modalidad más radicalizada es la que sostiene el joven Lukács —**El alma y las formas**—, cuyo anticapitalismo, aunque más extremado y virulento que el de los anteriores, no concibe ninguna fuerza social capaz de transformar el mundo y realizar los valores, y desemboca así en un sentimiento de rebeldía impotente.

Casi todos estos motivos aparecen en los ensayos políticos del joven Silvio Frondizi, que desde la Universidad de Tucumán prepara sus obras sobre John Locke primero, y sobre el Estado moderno después. Su universo de lecturas está constituido, en gran medida, por la corriente de autores mencionada arriba, a los que accede en las ediciones alemanas originales o en las pulcras traducciones de las casas editoriales españolas. Sus preocupaciones son las de un liberal lúcido, consciente del alcance estructural y multidimensional de la crisis contemporánea y del derrumbe definitivo del mundo liberal. Ya señalamos, siguiendo a L.Goldmann, la relación intrínseca entre *visión trágica* y conciencia de la *crisis*. Y si hay algo que recorre como un hilo rojo toda la obra de Silvio Frondizi es esta conciencia de la crisis, en tanto fenómeno global y multidimensional, que debe ser conceptualizado. Pero hay tragedia en la medida en que piensa a la crisis desde una concepción y una postura que también admite que están en crisis: la concepción liberal y la postura del intelectual liberal. Y si bien es tarea del liberal crítico "salvar de la profunda crisis en que se debate en estos momentos la burguesía liberal, a aquellos valores que se han incorporado definitivamente a la cultura de la humanidad" (Frondizi, 1954: 14), no existe por el momento sujeto histórico capaz de realizar esta tarea que retome la "continuidad" y el "progreso" históricos. La burguesía ya no es el sujeto histórico revolucionario, ni está en condiciones de preservar sus conquistas históricas. Pero las masas, ajenas a este legado, no están en condiciones de reemplazarla.

Los interrogantes de esta visión trágica reiteran una y otra vez: "¿qué se hizo de tanta grandeza, de tanto esplendor? ¿Es posible que el magnífico edificio de la cultura moderna, construido con tanto amor, se derrumbe? Pues enormes grietas amenazan su estabilidad y están a punto de derrumbarle, catástrofe que sepultaría a las más caras conquistas del espíritu humano" (Frondizi, 1954: 126) (18).

Desde mediados de la década del 40 Silvio Frondizi abandonará la problemática del liberal crítico para convertirse en un socialista que entiende que ese sujeto histórico que rescate los valores amenazados por la realidad capitalista puede ser el proletariado, siempre y cuando logre

constituirse en variable independiente y en fuerza hegemónica sobre el conjunto de los sectores oprimidos de la sociedad. Sin embargo, cierta matriz de *visión trágica* sobrevive bajo este nuevo corpus marxista. Ya no se trata, sin embargo, del *pesimismo trágico* del período del liberal crítico, el de la revuelta ética contra el capitalismo, el del anticapitalismo romántico y la rebeldía impotente. En este período su peculiar lectura del marxismo está atravesada por una dimensión *trágico-utópica*: Silvio Frondizi entiende que la práctica política puede contribuir a la constitución de ese sujeto revolucionario, cree que aquellas antinomias que antes se le aparecían como irreductibles, son *superables históricamente*. Aunque sólo *en el límite de la utopía*.

Las antinomias que atravesaban el corpus teórico liberal no se disuelven: aparecen resignificadas e historizadas en el corpus teórico marxista. Aparecen pues como contradicciones históricas entre realidad y utopía, entre política y cultura, entre el tiempo histórico y el tiempo existencial, entre la política como "arte de lo posible" y la política utópico-revolucionaria, entendida como "arte de lo imposible", entre partido-instrumento (maquinaria para la toma del poder) y partido-anticipación (que ya prefigura en su seno los valores a los que aspira)... A diferencia de la "dialéctica positiva", la concepción trágico-utópica mantiene las antítesis sin resolverlas dogmáticamente. Entiende que la historia es el resultado de esa negatividad, de esa tensión siempre irresoluble, o bien, cuyo límite de resolución es la utopía.

En Milcíades Peña encontramos, en cambio, una *concepción trágica de la historia argentina*. También aquí la dinámica histórica es entendida como el resultado de la aguda contradicción de las fuerzas sociales, aunque en el contexto específico de nuestra formación social: una modalidad peculiar de capitalismo dependiente condujo a una "combinatoria endiablada" que impidió la constitución de una gran nación. Peña parte de la tesis de la incapacidad estructural de las clases dominantes argentinas para impulsar un desarrollo nacional autónomo, desarrollo que implique simultáneamente las tareas de democratización política; de industrialización, de separación de la Iglesia y el Estado, así como el conjunto de las llamadas "tareas democrático-burguesas". Las opciones que se presentaron en cada encrucijada histórica que dividió al país, en que se confrontaron violentamente las fuerzas sociales existentes —colonialistas/independentistas, unitarios/federales, liberales/nacionalistas, yrigoyenistas/antiyrigoyenistas, peronistas/antiperonistas— no representaban en realidad auténticas opciones. Ninguna de ellas, triunfase quien triunfase, contenía las potencialidades para un gran proyecto de nación. De ahí pues, la tragedia histórica argentina (y latinoamericana) que tuvo su punto de partida en la propia "tragedia de España; tragedia en el sentido hegeliano: situación que no tiene ninguna salida hacia adelante" (Peña, **Antes de Mayo**: 32-33). La tragedia española era el resultado de su atraso estructural, de la ausencia de una clase burguesa interesada en una auténtica integración territorial y un desarrollo industrial, lo que relegó a la metrópoli a un lugar de mera intermediaria comercial entre América y las regiones industrializadas de Europa.

La situación de la sociedad argentina tras la independencia vuelve a plantear la opción trágica entre las fuerzas sociales interesadas en impulsar las industrias locales, notoriamente atrasadas y que sólo podían crecer a paso de tortuga, y las que sostenían la necesidad de abrirse a la civilización y el crecimiento de las políticas librecambistas, lo que implicaba entregar el mercado a la industria inglesa. "La historia —señala Peña— no brindaba ninguna salida para este círculo de hierro" (Peña, **El Paraíso Terrateniente**: 24). Si la victoria de Buenos Aires sobre el interior significaba aprovechar los beneficios secundarios de constituirse en una semicolonía en relación a Inglaterra, la victoria de la montonera no encerraba una alternativa superior: "Las montoneras no aportaban consigo un nuevo orden de producción. Se oponían a la oligarquía porteña, pero no podían contraponer ningún régimen de producción distinto a aquel en que se fundaba el poderío de la oligarquía porteña. Las montoneras no eran progresivas en el sentido hegeliano de la

palabra, es decir, no significaban el tránsito a otro orden social. En este sentido —y en este sólo—. las montoneras argentinas se parecen a las insurrecciones cosacas de Pugachev y Stenka Razin contra el zarismo moscovita. Como éstos, si las montoneras hubieran aplastado a Buenos Aires poniéndose a la cabeza de la Nación, se hubieran visto forzadas a reconstruir lo destruido, porque no podían organizar la sociedad de ningún otro modo” (Peña: **El Paraíso Terrateniente**: 27).

Esta situación de la montonera hablaba de su “trágica impotencia histórica y su inevitable derrota a manos de la oligarquía metropolitana, el factor capitalista más poderoso y dinámico del país. Que, sin embargo, recordémoslo bien, no era democrático y era progresivo sólo en cuanto aportaba algunos escasos elementos de civilización industrial, con cuentagotas y para beneficiar en primer término al capital extranjero y en segundo término a la oligarquía porteña y sus socios menores del resto del país, con entera desidia por la creación de los cimientos de una gran nación” (Peña: **La Era de Mitre**: 45).

Aquí, en este nudo histórico, encontrará Peña la tragedia de la falta de desarrollo y de democracia en el siglo XX, explicando el fracaso de los grandes movimientos populares de esta época —yrigoyenismo, peronismo—, los cuales, a pesar de responder a profundas modificaciones sociales, no enfrentaron la estructura misma del capitalismo argentino, de la que se desprenden como momentos necesarios el subdesarrollo económico y la ausencia de democracia (Peña: **Masas, caudillos y élites**).

Finalmente, dos figuras históricas concentran el interés de Peña, cuyo relieve se destaca más en el contexto de un discurso historiográfico en el que las grandes personalidades aparecen desdibujadas en función de que los actores históricos que ocupan el centro de la escena son las clases sociales. No es casual que esas dos personalidades resaltadas sean tratadas por Peña como dos figuras trágicas, dos figuras de la tragedia argentina: Sarmiento y Alberdi. Uno y otro aparecen como dos intelectuales burgueses desencantados con su clase, que diseñaban un proyecto de nación a la manera de las emergentes sociedades de la época, frente a una oligarquía argentina que no tenía el interés ni la capacidad históricos para llevarlo a cabo. Alberdi —escribe Peña— “expresaba muy bien en su drama personal, el gran drama argentino: la falta de clases reales en qué apoyar el programa alberdiano para la construcción de una gran Argentina” (Peña: **Alberdi, Sarmiento, el 90**: 121). Alberdi y Sarmiento, pues, leídos por Peña en clave de figuras trágicas, le permiten replantear la problemática de la conflictiva relación entre el intelectual y las masas y, paralelo histórico mediante, pensar y racionalizar su propia situación de intelectual revolucionario desencantado con las masas que su discurso dice representar.

4. Cuestiones de método (apuntes para una futura historia de la izquierda y de los intelectuales revolucionarios en la Argentina)

Otra preocupación se sumó a las anteriores en la elaboración de este trabajo: la problemática de los intelectuales, y más específicamente, la de los intelectuales revolucionarios, para cuya comprensión sólo constituye una contribución limitada y circunscripta con vistas a una futura historia de los intelectuales revolucionarios en Argentina.

Si aquí seguimos el itinerario de las ideas teórico-políticas de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, no lo hacemos en el marco tradicional de la historia de ideas, buscando establecer filiaciones, continuidades y rupturas, sino que fundamentalmente nos proponemos aprehender a través de su evolución ideológica dos casos particulares para la comprensión del problema de los intelectuales revolucionarios en Argentina (Löwy, 1978: 12). Es decir, no nos interesa sólo qué es lo que piensan, sino que buscamos entender *por qué piensan lo que piensan* a partir de una localización específica en el campo político y en el campo intelectual de la época.

Si aceptamos la tipología que propone Terán para la comprensión de los intelectuales de izquierda, distinguiendo entre la figura del "intelectual comprometido", que habla a sus pares y a la sociedad, y la del "intelectual orgánico", que intenta dirigirse al pueblo o a la clase obrera para apoyarse en ellos y desempeñar su misión (Terán, 1991: 14), advertimos que tanto Peña como Frondizi se resisten al encuadramiento en una u otra posición. Si el joven Silvio Frondizi responde tempranamente a la figura del primero, durante su madurez, así como Peña durante todo el tiempo de su breve vida adulta, intentaron instituirse como "intelectuales orgánicos" en el particular contexto de una izquierda partidaria que no los toleraba.

Y este hecho va a constituir una de las determinaciones centrales de la cultura política de izquierdas en nuestro país. En ella hay un campo claramente demarcado entre, por un lado, los dirigentes políticos de las organizaciones de izquierda que monopolizan el espacio de la "intelectualidad orgánica", imponiendo severas reglas a quienes acepten trabajar a su lado —desde Juan B. Justo hasta J.A. Ramos, pasando por V. Codovilla o Nahuel Moreno, ninguna corriente política escapó a esta situación—; por otro, los "intelectuales tradicionales" provenientes de la pequeñoburguesía universitaria que se radicalizaban al calor de los últimos años 50 y que en los 60 constituirán la llamada nueva izquierda intelectual (Terán, 1991; Sigal, 1991).

El problema es que no había resquicios dentro de esta rígida demarcación. Es cierto, como observa Terán, que se producen líneas de pasaje y de préstamo entre un lado y otro, que algunos militantes orgánicos no soportan la rígida disciplina partidaria y buscan una reinserción en el campo intelectual, mientras que algunos intelectuales tradicionales buscan inscribirse como orgánicos en el espacio de algún partido. Pero lo cierto es que la demarcación era tajante, y no admitía situaciones intermedias. Así las cosas, Peña y Frondizi no estaban emplazados en alguno de estos precisos lugares, pues eran los intelectuales orgánicos de un partido inexistente.

Silvio Frondizi pertenece a una generación anterior a la de Peña —la misma que R. Puiggrós, J. J. Hernández Arregui o A. Jauretche—, y su proceso de acercamiento al marxismo será mucho más largo y sinuoso que el que vivirá la generación siguiente, pero también por eso mucho más fecundo para ser rastreado desde el presente. Lo que M. Löwy ha observado a propósito de Lukács, puede hacerse extensivo, salvando las obvias distancias, a Silvio Frondizi: "Habiéndose adherido al marxismo militante a una edad mucho más avanzada que la mayoría de los otros pensadores revolucionarios (que llegan al socialismo en su primera juventud), nos permite estudiar sistemáticamente todas las etapas de su evolución ideológica. En otros términos: el camino que Lukács ha recorrido en diez años, la mayoría de los intelectuales marxistas lo ha hecho en mucho menos tiempo, y frecuentemente antes de los dieciocho años de edad... De ahí la riqueza y el interés de esta 'larga marcha' hacia Marx y Lenin" (Löwy, cit., p.15-16).

Hacia mediados de los años 40 Frondizi abandona el pesimismo trágico de su juventud, para adscribir a un marxismo crítico que no tenía puntos de contacto con la izquierda partidaria existente. Como observa Terán, la generación de **Contorno** recién realizará "el pasaje desde este humanismo de signo trágico hacia otro confiadamente optimista" más de una década después (Terán, 1991: 22). En los 50 ensaya, junto a un grupo de jóvenes discípulos que viene reclutando de sus cursos de marxismo, su proyecto político-organizativo más ambicioso. Apunta a resolver las contradicciones entre política y cultura, entre militancia y vida cotidiana, en una organización política conforme a sus ideales, ajena a las prácticas burocráticas de la izquierda existente, que responda a la formación de un militante integral. Tras el fracaso de este intento, desde principios de los 60 hasta su muerte, se concentra en la actividad docente y en la defensa de presos políticos y gremiales.

Los singulares avatares de su vida, llevan en cambio a Milcíades Peña a un acercamiento muy temprano con el marxismo, tanto teórico como político, apenas comenzada su adolescencia. Si bien pertenece a la misma generación de los hombres de **Contorno**, son pocos los puntos de contacto con

la figura de intelectual que ésta representa. Autodidacta, su (auto)formación respondía más a la de un marxista clásico, con su especial versación en economía e historia, que la de otros marxistas de su época, más inclinados a la problemática filosófica o estética. Y a pesar de su siempre conflictiva relación con el partido trotskista (orientado por N. Moreno), con el que va terminar de romper en los últimos años de su vida, Peña es un intelectual formado en la disciplina partidaria, acostumbrado al trabajo planificado, en equipo, orientado por motivaciones políticas, y en cuyo discurso vehemente e irónico se trasunta claramente el *pathos* por la polémica.

Ciertos zigzagueos teórico-políticos serían inexplicables si se buscara en estos autores una linealidad meramente conceptual, en lugar de leerlos en clave de esta tensión y desencuentro. El Silvio Frondizi de los últimos años ensayará así diversos acercamientos políticos poco congruentes con sus posturas teóricas (será candidato a senador por el FIP de Ramos en 1973 y unos meses después se convertirá en una de las figuras públicas del FAS, Frente Antimperialista por el Socialismo, confluencia de corrientes gremiales y políticas liderada por el PRT). Asimismo, no se comprendería que Peña haya escrito en 1958 la más sólida fundamentación de la táctica trotskista del "entrismo" en el peronismo ("Peronismo y revolución permanente", en **Estrategia** nº 3, 1958), poco después de concluir la redacción de sus críticos análisis sobre el fenómeno peronista —lo que luego va a ser su libro **Masas, caudillos y élites**—, y poco antes de editar la revista **Fichas**, desde cuyas páginas anticipará algunos de esos análisis sobre el peronismo y sostendrá la crítica más despiadada de las estrategias "entristas". Estas prevenciones metodológicas servirán para mantenernos en guardia frente a ciertas perspectivas críticas que los han enjuiciado, a partir de la vara abstracta de la única "línea justa" y la "conducta correcta", como "contradictorios" o "inconsecuentes" (V. Coggiola, op. cit.). Demás está decir que optamos aquí por una perspectiva comprensiva, que busca entender cuál es la lógica oculta que se mueve detrás de comportamientos acaso poco previsibles, y en la que juegan no sólo las presiones más generales de la lucha de clases, sino también las mediaciones específicas, propias de su inserción en el campo intelectual, que se vienen señalando.

Si adscribimos a Frondizi y Peña a un mismo modelo de intelectual revolucionario, y señalamos que comparten una misma visión trágica de la política y la historia, no se debería pasar por alto que se trata de personalidades de idiosincrasia muy dispar. Las diferencias y aún los matices dentro de un mismo tipo, y el singular camino que cada uno ellos transitó hacia y en el marxismo, puede contribuir a una comprensión más abarcativa de la problemática. Ya señalamos que se trata de hombres de distintas generaciones (lo que en sus vínculos recíprocos no significó, sin embargo, que Peña adoptase ante Frondizi una actitud discipular). Pero los contrastes son aún mayores si se consideran ciertas vicisitudes personales: Silvio Frondizi era miembro de una gran familia —un verdadero clan familiar—, mientras Peña había sido educado como hijo único adoptivo por un matrimonio de edad mayor. Frondizi posee una amplia formación intelectual universitaria, mientras Peña es un autodidacta que ni siquiera concluye los estudios medios. Sin otra "profesión" definida que la de intelectual revolucionario —salvo en sus últimos años, cuando crea una agencia de investigaciones de mercado—, Peña es un marginal sin títulos terciarios, mientras Silvio Frondizi es "doctor", es "profesor"... Estas condiciones sociales, familiares y afectivas contribuyeron a la conformación de dos estructuras de carácter muy distintas, casi polares: Silvio Frondizi hace gala en sus grupos o en sus publicaciones de una fuerte personalización de su figura, donde su nombre y su fotografía aparecen destacados, donde sus compañeros de militancia son designados como "discípulos"... Peña responde más bien a la figura del militante revolucionario a quien importa más el significado de la acción o de la palabra que la figura de quien la ejerce o la pronuncia, que lleva a cabo una práctica política más despersonalizada, que esconde indefinidamente su identidad en un inacabable juego de seudónimos...

Fueron acaso estas idiosincrasias tan dispares, así como las dificultades estructurales para integrarse en un proyecto político colectivo en el marco de la cultura de izquierdas existente, las que puedan explicar las cambiantes vicisitudes en los vínculos personales entre uno y otro, con momentos de acuerdo, amistad conflictiva e influencias mutuas y otros de trágico desencuentro y de fuego cruzado entre ambos.

Finamente, debemos llamar la atención sobre el verdadero vacío historiográfico y político que significa la ausencia de investigaciones relevantes sobre la izquierda argentina. Aunque mi trabajo sólo aborda colateralmente la problemática de los partidos de izquierda, hubiera sido para mí de gran utilidad poder consultar o dialogar críticamente con una cierta base de investigación al respecto. No fue el caso. Y este vacío se hace más evidente si comparamos nuestra magra producción con la extraordinaria proliferación de investigaciones sobre su propia izquierda de, no digamos ya los países europeos, sino de nuestros países latinoamericanos. Brasil, Perú, Venezuela o México han promovido investigaciones provenientes tanto desde la izquierda como de los medios universitarios, y han atendido a diversas dimensiones: la historia institucional de los partidos de izquierda, su ligazón con el Estado o con los movimientos sociales, su incidencia político-cultural sobre el conjunto de la sociedad. Desde los abordajes más tradicionales —historia institucional, historia de ideas— a los más actualizados —historia oral, historias de vida— se han publicado en las dos últimas décadas infinidad de biografías de dirigentes políticos, recopilaciones de fuentes, investigaciones sobre ciertos períodos de la historia de un partido relevantes para la vida política del país, etc.

Nada de esto ha sucedido en la Argentina. En primer lugar, tenemos el problema del acceso a las fuentes. La carencia de políticas públicas en relación a la cultura —lo que de por sí ya es toda una política— ha derivado en la inexistencia de hemerotecas o archivos públicos medianamente nutridos. Cualquiera que trabaje en temas relativos a la izquierda o el movimiento obrero argentinos sabe que sería más lógico emprender una investigación al respecto desde Amsterdam, Paris, Nueva York (o incluso desde Campinas, Brasil) que desde Buenos Aires o ciudad de Córdoba. A esto habría que sumar la ausencia de recopilaciones de fuentes (que, dado el lector potencial relativamente especializado, requeriría de subvenciones públicas). Sin embargo, es impensable que un Estado como el argentino, que ni siquiera ha fomentado una edición de las obras completas de uno de sus "padres fundadores" como Juan B. Alberdi, subsidie recopilaciones de fuentes para el estudio del socialismo, el comunismo o el trotskismo argentinos, por poner sólo un ejemplo.

En segundo lugar, tenemos el problema de la dirección que han tomado las políticas de investigación en historia y ciencias sociales en los últimos veinte años. Es obvio que los años de la dictadura militar no hicieron propicia la investigación sobre la izquierda argentina, pero tampoco han resultado fructíferos al respecto los años de la llamada transición democrática. El clima dominante en el campo académico en los últimos diez años, salvo contadas excepciones, tendió a desplazar y a menospreciar esta esfera de la realidad argentina como objeto de estudio, aunque ocasionalmente se acudía a tales o cuales episodios de la historia de la izquierda para probar una vez más su instrumentalismo político o su falta de vocación democrática.

En tercer y último lugar, hay que reconocer que tampoco la izquierda partidaria promovió proceso alguno de investigación o autorreflexión. A pesar de que algunos tramos de la historia de estos partidos es ya cosa de un pasado casi remoto, cada partido custodia celosamente sus archivos, puestos a buen resguardo del siempre sospechoso investigador. Por otro lado, gran parte de los trabajos aparecidos en los 80, y que reseñé antes, son versiones oficiales u oficiosas de los partidos de izquierda. Dado que el trabajo historiográfico pasa, en la etapa actual, por la evaluación crítica de toda esta literatura, me gustaría detenerme brevemente en algunas consideraciones al respecto.

El problema con estos trabajos es que, a pesar de que muchas veces disponen de útil información sobre ciertos datos de la historia institucional o transcriben fuentes escritas a las que el investigador independiente tiene difícil acceso, están todos pensados y escritos de acuerdo a una matriz común que tiende a *obturar* los problemas por los cuales hoy un historiador de la izquierda, con una mirada crítica, se ve obligado a preguntarse.

Esa matriz empuja a estos historiadores de partido a construir un esquema histórico racionalista, unilineal y teleológico, según el cual, a pesar de desviacionistas, revisionistas, confusionistas y oportunistas que acechan a izquierda y derecha, la "línea correcta" se abre camino a través del Partido y su Dirección. La historia del partido es presentada en términos de una serie sucesiva de congresos, conferencias y reuniones de comité, con la clase obrera como telón de fondo, presionando desde fuera del escenario sobre estas instancias, donde la Posición Verdadera, al modo de las versiones vulgarizadas de la Idea hegeliana, se despliega encarnada en un puñado de dirigentes heroicos e incorruptibles. El esquema es racionalista pues presupone la existencia de una Verdad previa, depositada en ciertos libros sagrados de los Maestros del Socialismo y administrada sabiamente por una dirección. Es unilineal, pues hay una sólo "línea correcta", frente a la cual aparecen "desviaciones" y peligrosos "atajos" a uno y otro lado del camino. Es teleológico, pues todo el relato está construido como un proceso necesario conducente a un fin.

Será útil recordar, a propósito de esto, las preciosas observaciones de Antonio Gramsci en torno a la metodología historiográfica para los partidos políticos: "¿Cómo deberá ser la historia de un partido?". Para el marxista italiano nunca será "la mera historia interna de una organización política", lo que la restringiría a las polémicas ideológicas entre sus principales dirigentes. Tampoco puede ser la historia de los hombres que siguieron a esos promotores, la de los congresos, las votaciones y el conjunto de actividades partidarias. "Evidentemente, será necesario tener en cuenta el grupo social del cual el partido en cuestión es la expresión y la parte más avanzada. La historia de un partido, en suma, no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado; tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y frecuentemente también las interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que se puede decir que *escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico*, para subrayar un aspecto característico" (19). Hay, pues, dos modos de concebir la historia de los partidos: "El sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo. El historiador, aún dando a cada cosa la importancia que tiene en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficacia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en haber contribuido a crear un acontecimiento y también en haber impedido que otros se produjesen" (20).

Hoy contamos, pues, volviendo a nuestro tema, con historias oficiales u oficiosas que relatan minuciosamente la vida institucional y que abundan en las virtudes de sus dirigentes. Lo que falta es la perspectiva de historiador que postula Gramsci en último término. En la obra del historiador, a través de la historia del partido, debe vislumbrarse la de su sociedad; a través de la biografía intelectual, debe poder apreciarse el conjunto de la vida cultural, desde el ángulo particular del sujeto escogido para el estudio.

No es que las historias oficiales u oficiosas de la izquierda no se ocupen de la clase obrera argentina, o de tales o cuales aspectos de la historia del país. Tampoco se quiere plantear, ni mucho menos, que no sea legítimo escribir historia desde una posición política definida. Todos lo hacemos, conscientemente algunos, inconscientemente otros. *El problema es que se limitan a ver la historia desde la perspectiva del partido en lugar de ver el propio partido desde una perspectiva histórica.* Siguiendo con la tipología de Gramsci, podríamos decir que mientras el historiador se pregunta por

la relevancia del partido en la historia del país, el sectario la presupone. El historiador, sin dejar de hacer política, hace ciencia; el sectario, literatura de propaganda. El primero dialoga críticamente con su público, busca persuadir a sus interlocutores sobre la fuerza de sus tesis; el segundo busca convencerlo de sus verdades. El historiador, si logra demostrar la relevancia del partido en la historia nacional, puede contribuir eficazmente a una causa política. El sectario sólo dialoga con su secta y sus simpatizantes y su discurso sirve para reafirmar la fe de los previamente convencidos.

En suma, cualquier proyecto que busque poner en marcha un programa de investigaciones sobre la izquierda argentina debe ser consciente de los múltiples obstáculos que debe enfrentar. El primero de todos será salir de esta paralizante encrucijada en que nos encontramos entre la desidia de las políticas públicas, el desinterés del mundo académico y el monopolio corporativo de las organizaciones de izquierda.

Lo que sigue es el desenvolvimiento del itinerario teórico-político de Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El capítulo I (1930-1945) presenta la *visión trágica* de la política en el joven Silvio Frondizi, dentro del marco de la crisis del modelo liberal que se vivía en la Argentina y en todo el mundo en los años 30. Si bien el ciclo de Frondizi como intelectual liberal (con una conciencia trágica de la crisis del liberalismo) se cierra hacia 1945, el capítulo se proyecta sobre los años subsiguientes, para dar un cierre a la problemática presentada de cómo se replantean en el Frondizi marxista los dilemas y antinomias del legado liberal.

El capítulo II (1945-1955) está centrado en la recomposición que sufren las izquierdas tras la irrupción del peronismo, en los efectos que estos procesos tendrán sobre el pensamiento de Frondizi y Peña —ambos asoman a la praxis política en los albores del peronismo—, y en el particular ajuste de cuentas que se ven obligados a llevar a cabo con la izquierda tradicional a partir de su conflictiva colocación como intelectuales revolucionarios. Pero para poder comprender cabalmente el lugar de Peña y Frondizi en el marxismo argentino, así como sus deudas teórico-políticas con otras figuras o corrientes, nos remontamos a los debates en el seno de la Tercera Internacional sobre las formaciones sociales latinoamericanas y al debate del comunismo ortodoxo con el mariateguismo. Nos detuvimos en el trotskismo argentino de los años 30, el que —en momentos en que la difusión del pensamiento de Mariátegui fue bloqueada por los comunistas— hizo propio el legado del marxista peruano, promovió una intensa labor teórico-política y sentó las bases para una comprensión materialista de la formación social argentina. Peña y Frondizi serían incomprensibles sin este eslabón, por otra parte tan rico intelectualmente como poco estudiado.

El capítulo III (1955-1960) se ocupa de la recomposición del campo político e intelectual en el posperonismo. Por una parte, son los años de apogeo de Silvio Frondizi, en que edita su *opera magna* —**La Realidad Argentina**— y lidera su propio grupo político. En conjunto, el capítulo estudia cómo se va abriendo camino trabajosamente, en polémica con las corrientes comunista y populista que dominaban el campo político-cultural, una corriente de marxismo humanista, crítico y antidogmático. Pero al mismo tiempo se advierte sobre toda una serie de síntomas de una crisis futura, que iba a revelar hasta dónde era sumamente frágil la unidad de teoría y práctica que Frondizi pareció articular en esos años.

El capítulo IV está dedicado a presentar y evaluar la obra historiográfica de Peña. Siguiendo un itinerario que va de la Colonia hasta la caída de segundo gobierno de Perón, se resalta la visión trágica que le permite a Peña producir un relato global sumamente original de la historia de nuestro país. Al mismo tiempo, se intenta una doble evaluación: por una parte, la de sus aportes partiendo en cada sección de un estado de la cuestión historiográfica sobre cada tema tratado en el momento en que Peña abordó su trabajo y, por otra, la del eco que encontraron las tesis de Peña en la historiografía posterior.

El capítulo V retoma el hilo del III, esto es, los intentos, los logros y los fracasos, por parte de Peña y Frondizi, por alcanzar, en tanto intelectuales revolucionarios, la unidad de teoría y práctica. Los temas tratados están recortados por el período que va de la revolución cubana a la muerte de Peña. Ellos son: las lecturas que hacen los marxistas críticos del proceso cubano; su aporte a la renovación teórica del marxismo, atendiendo a sus lecturas y sus influencias; la crisis del MIR-Praxis; la intrincada trayectoria de M. Peña, a medida que rompe con el grupo morenista, hasta desembocar en su proyecto teórico-político más ambicioso, el que marca su profesionalización como intelectual: la revista **Fichas** (1963-66).

Finalmente, el libro se cierra con un epílogo que trata de los últimos años de Silvio Frondizi (1965-74), siguiendo la marcha del desenlace trágico de toda esta historia.

En cuanto a la concepción historiográfica y a la metodología de este trabajo, además de la deuda contraída con muchos de los autores que ya mencioné (Trotsky, Lukács, Gramsci, Goldmann, Löwy, Williams), quiero hacer un especial reconocimiento a la obra de Walter Benjamin, especialmente a sus luminosas **Tesis de filosofía de la historia** (21).

Buscando seguir la preceptiva benjaminiana, nuestro abordaje del significado de un autor, de una obra o de una época no se inscribe en el tiempo lineal y continuo de la "historia universal". Contra la universalidad abstracta del historicismo, Benjamin postuló la perspectiva de lo que llamó la "mónada", no como rescate del fragmento, sino de "una mónada alegórica, capaz de descubrir en lo más pequeño e insignificante el Plan y la Grandeza del todo" (22). La "mónada" es, según sus propias palabras, el instante en que queda reflejada toda una vida y en una vida toda una época, y en una época, toda la historia:

"Al pensamiento no pertenece sólo el movimiento de las ideas —agrega Benjamin—, sino también la detención de éstas. Cuando el pensamiento se detiene de golpe en una constelación cargada de tensiones, le imparte un golpe por el cual la constelación se cristaliza en una mónada. El materialista histórico afronta un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En dicha estructura reconoce el signo de una detención mesiánica del acaecer o, dicho de otra forma, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. La toma para hacer saltar una época determinada del curso de la historia, así como para hacer saltar una determinada vida de la época o una determinada obra de la obra general. El resultado de su procedimiento reside en que *en* la obra se halla conservada y suprimida la obra general, *en* la obra general la época y *en* la época el entero curso de la historia" (Op. cit., 51).

En efecto, aquí no nos propusimos otra cosa que "hacer saltar" lo que ha terminado por configurarse como una "Epoca", como una etapa necesaria dentro del curso lineal de la historia; hemos buscado romper con la perspectiva historicista, resaltando las alternativas derrotadas por sobre las triunfantes, los perdedores sobre los ganadores. Hemos atendido no sólo a lo que fue, sino a lo que pudo ser, entendiendo que la verdadera historia no sólo se nutre de los hechos acaecidos, sino también de la dimensión potencial de las alternativas que no pudieron ser (23).

A diferencia de la historiografía historicista, cuyo procedimiento es la adición ("proporciona una masa de hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío"), escogimos aquí el método del materialismo histórico, tal como lo entendía Benjamin, que construye la historia a partir de una "estructura teórica". Por esto, si bien nuestro objeto de estudio está acotado temporalmente y en general adoptamos el criterio clásico de un relato que se atiene a cierta secuencia histórica, el texto no adopta un curso temporal lineal, cronológico, sino que está articulado de acuerdo a la *problemática teórica* esbozada en esta introducción.

Esto quiere decir que esa secuencia histórica no ha sido construida ateniéndonos al criterio historicista de reconstruir la historia "tal como verdaderamente ha sido", sino animados por el *pathos* benjaminiano de que el pasado está amenazado de muerte si no hay una mirada presente que

haga valer sus textos. Como ha recordado Reyes Mate, "el giro copernicano en la interpretación de la historia" operado por Benjamin es triple: *primero*, el pasado no es un punto fijo, sino algo que nos golpea; *segundo*, ese pasado se capta por la memoria y no por la ciencia; *tercero*, la prioridad de la política sobre la historia. "El objetivo de ese interés por la historia no es satisfacer los apetitos eruditos de los historiadores sino cambiar el presente. Hay un interés político en la mirada al pasado" (Op. cit., p. 169).

Pues, como anticipamos en el epígrafe con la cita de Benjamin, la amenaza pende no sólo sobre el patrimonio de la tradición sino también sobre nosotros, los que recibimos ese patrimonio. Todo nuestro esfuerzo estuvo puesto en salvarlo y salvarnos del peligro de ser asimilados por la lógica de ese vencedor que no ha dejado de vencer, en arrancar la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla. Cabe ahora al lector juzgar en qué medida el resultado de nuestros esfuerzos está a la altura de su cometido.

Notas

- 1 Löwy, Michael, **El marxismo olvidado**, Barcelona, Fontamara, 1978, p.9.
- 2 V. al respecto Anderson, Perry, **Consideraciones sobre el marxismo occidental**, Madrid, Siglo XXI, 1979, cap. 2.
- 3 Carlos Astrada (1894 -1970) fue "compañero de ruta" del PCA en los '50 y hacia el final de su vida, a fines de los 60, se aproximó al maoísmo. No obstante esto, nunca desarrolló una militancia orgánica. La primera publicación que impulsó, **Cuadernos de Filosofía**, tenía carácter institucional —la editaba el Instituto de Filosofía de la UBA—, y la segunda, **Kairós** —junto a Alfredo Llanos— así como la editorial del mismo nombre, fueron proyectos independientes.
- 4 No es casual, al respecto, que Aníbal Ponce, a quien los comunistas argentinos consideran como el fundador del marxismo teórico en el país, jamás haya sido afiliado a ese partido, con el que mantenía oblicuas relaciones y cuidadosos silencios. La revista que dirigió —**Dialéctica**—, así como la editorial que preparaba —ambos interrumpidos por su decisión de exilarse en México— eran proyectos formalmente independientes. Su discípulo y biógrafo Héctor P. Agosti lamentaba en Ponce "ese excesivo sentido de la libertad individual, que seguramente había heredado de Ingenieros" (comunicación personal).
- 4 bis. A primera vista, el caso de un intelectual de la formación cultural de Héctor Agosti en las filas del PC parece desmentir este aserto, o al menos constituir una excepción. Sin embargo, aún en el caso de Agosti deben considerarse múltiples tensiones entre sus compromisos intelectuales y políticos, como las que, por ejemplo, se plantearon con motivo de su intento de remoción teórica a partir de la introducción de la obra de Gramsci. Cuando Gramsci y los gramscianos fueron expulsados del partido, Agosti desconoció a sus hijos intelectuales, volvió a su manera a la ortodoxia y se mantuvo dentro de sus filas. V. José Aricó, **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- 5 Sebrelli, Juan José, "Héctor Raurich: un desconocido", en **El riesgo de pensar. Ensayos 1950-1984**, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, pp. 118-9. Una primera versión de este ensayo apareció en **Capricornio**, segunda época, año I, n° 1, 1965, bajo el título de "Héctor Raurich, un pensador maldito".
- 6 Anderson, op. cit., p. 121.
- 7 Williams, Raymond, **Cultura**, Barcelona, Paidós, 1982, pp. 174-176 y **Marxismo y Literatura**, Barcelona, Península, 1980, pp. 137-139; Hobsbawm, E./Ranger, T. (eds.), **The invention of Tradition**, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, Introduction. Esta reformulación marxista del concepto de "tradición" tiene puntos de contacto con el concepto derridiano de "herencia". "La herencia -observa Derrida— no es nunca algo *dado*, es siempre una tarea". Asimismo, Derrida vincula la herencia con la identidad: "Todas las cuestiones a propósito del ser o de lo que hay que ser (o no ser: *or not to be*) son cuestiones de herencia. No hay ningún fervor pasadista en recordarlo, ningún regusto tradicionalista [...] Somos herederos, eso no quiere decir que tengamos o que recibamos esto o aquello, que tal herencia nos enriquezca un día con esto o con aquello, sino que el ser de lo que somos es, ante todo, herencia, lo queramos y lo sepamos o no". Y más abajo: "Una herencia es siempre la reafirmación de una deuda, pero es una reafirmación crítica, selectiva y filtrante...". V. Jacques Derrida, **Espectros de Marx**, Madrid, Trotta, 1995, pp. 68 y 106 respectivamente.

- 8 Prácticamente todas las organizaciones políticas se adscriben a una u otra tradición; también en este plano es imposible pensar o hacer política desde fuera de cualquiera de ellas. Todo campo cultural está atravesado por distintas tradiciones que, aunque a menudo se conciben como excluyentes entre sí, necesitan sin embargo unas de otras para constituirse. Es así que los espacios de delimitación entre una y otra no siempre son claros, y son frecuentes los préstamos y los puntos de litigio, en un proceso donde cada nueva tradición busca constituir una identidad en contraposición con otras preexistentes.

No consideramos como una tradición aparte a la maoísta, sino como una variante de la comunista que sufre la fuerte influencia de algunas otras (del nacionalismo de izquierda especialmente), aunque no desconocemos los esfuerzos de José Ratzler por constituir un linaje de comunistas revolucionarios ya desde fines del siglo XIX. Tampoco asignamos al "guevarismo" argentino una tradición propia: el PRT estuvo atravesado por diversas tradiciones —su fundación es el resultado de la convergencia entre una vertiente trotskista (Palabra Obrera) y una corriente de orientación populista (el FRIP, que lideraba Santucho); su evolución ulterior, tras la escisión de los trotskistas, profundizó la orientación populista, aunque nunca perdió el sesgo clasista de sus orígenes. Tanto las organizaciones maoístas (VC, PCR) como guevaristas (PRT y otras), y sus complejas relaciones con las tradiciones de izquierda, merecerían un tratamiento aparte, que escapa a los márgenes del presente estudio.

- 9 De la presencia de Peña en las investigaciones historiográficas de los últimos años, nos ocupamos en el cap. IV. Una evaluación del carácter precursor de los estudios agrarios de Boglich, escapa a los límites de nuestro trabajo y a nuestra competencia, pero baste mencionar que investigaciones recientes reconocen su deuda con el camino abierto por él (V. Alfredo Pucciarelli, **Capitalismo agrario pampeano. 1880-1930**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986). V. infra, cap. 3.

- 10 Estaríamos tentados de afirmar que el desencuentro entre la tradición trotskista y la historia es un fenómeno no sólo local sino mundial. El hecho de que las organizaciones trotskistas se formen entre fines de los 20 y principios de los 40 a partir de acontecimientos mundiales (que tenían su epicentro en la Unión Soviética) y no en eventos históricos que involucraban a las luchas de masas de la historia local, parecería abonar esa tesis. Sin embargo, otros trotskismos, incluso en Latinoamérica, sin abandonar su internacionalismo, parecen haber sido más cuidadosos con la historia y las tradiciones locales. La obra de Andreu Nin en España, de Adolfo Gilly en México, de Luis Vitale en Chile o Guillermo Lora en Bolivia son indicativas en ese sentido.

Por otro lado, el legado de Trotsky —especialmente su **Historia de la Revolución Rusa**— ofrecía un modelo particularmente estimulante. No obstante, el trotskismo argentino se ufano durante décadas, de no contar con un programa escrito para el país, al estilo de los que elaboraban el PS, el PC u otros partidos. "Nuestro programa —declaraban los militantes trotskistas locales— es el Programa de Transición", refiriéndose al redactado por Trotsky en 1938 como base de la IVª Internacional. Ya por entonces, sin embargo, su autor advertía el carácter "demasiado general" de este texto, e invitaba a los militantes de las secciones nacionales de su movimiento a estudiar las "condiciones peculiares en cada país y hasta en cada parte del país". V. Trotsky, León, **El programa de transición para la revolución socialista**, Buenos Aires, Pluma, 1973, p. 58. El trotskismo "ortodoxo" argentino no siguió los consejos de su fundador. Se concentró en los grandes debates ideológicos internacionales antes que en el estudio de la realidad argentina.

Aricó recordaba en estos términos su formación y sus lecturas en el PCA: "Puede parecer una burrada, pero sabíamos más de los problemas de algunas aldeas de la URSS o sobre teorías bolcheviques no tan renombrados, pero ignorábamos el debate revisionismo-liberalismo en sus fuentes. Sabíamos Stalin pero ignorábamos Mitre" ("Reportaje a José Aricó" en **Todo es Historia** n° 250, abril 1988). Cámbiese el nombre de Stalin por el de Trotsky, y lo afirmado por Aricó podrá hacerse extensivo, con mucha mayor razón, al trotskismo argentino.

- 11 Anderson, op. cit., p. 121.

- 12 Intervención de Horacio González como comentador de nuestra ponencia en "Cultura y política en los años sesenta. Jornadas de exposición y debate de investigaciones", en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 9 de setiembre de 1994.

- 13 Recordemos las sagaces observaciones Marx al respecto, en un texto abundantemente citado pero poco explotado: "La tradición de todas las generaciones pasadas pesa como una pesadilla sobre el cerebro de los vivientes. En el momento preciso en que parecen ocupados en transformarse a sí mismos, en trastornar todas las cosas, llaman ansiosamente en su ayuda a los espíritus del pasado, recibiendo de sus antecesores, justamente en estos períodos de crisis revolucionaria, su nombre, su grito de guerra, su costumbre, para representar con este antiguo y venerable disfraz y con lenguaje que no es de ellos, la escena nueva de la historia universal...", Marx, C., **El XVIII Brumario de Luis Bonaparte**, Buenos Aires, Claridad, s/f, p. 19.

- 14 El reconocimiento es más explícito en investigadores extranjeros, que han admitido su deuda con Peña, como David Rock en **El radicalismo argentino** o Peter Waldmann en **El Peronismo**. En el capítulo IV nos ocuparemos de la irradiación de algunas ideas y conceptos de Peña en la obra de Murmis-Portantiero, Jorge Schvarzer, Jorge Sábato, Oscar Ozslak, Waldo Ansaldi, entre otros historiadores argentinos contemporáneos.

- 15 Goldmann, Lucien, **El hombre y lo absoluto**, Barcelonà, Península, 1968, p. 79.

- 16 Ibid, pp. 60-61. V. tb. Lukács, G., **El alma y las formas. Teoría de la novela**, México, Grijalbo, 1985: "La entrega es el camino del místico, la lucha es el del hombre trágico; en aquel el final es una disolución, en éste es un choque aniquilador (...) La vida trágica es la más excluyentemente cismundana de todas las vidas. Por eso su límite vital siempre se confunde con la muerte (...). Para la tragedia, la muerte —el límite en sí— es una realidad siempre inmanente, indisolublemente unida con cada uno de sus acontecimientos" (pp. 254-5).
- 17 Lukács, op. cit., ensayo "Metafísica de la tragedia"; Goldmann, op. cit., esp. la Primera Parte ("La visión trágica"); Michael Löwy, **Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács**, México, Siglo XXI, 1978, esp. capítulos I y II. V. también de este último "Goldmann and Lukács: The tragic worldview", en **The Philosophical Forum**, vol. XXIII, nº 1-2, Fall-Winter 1991-92.
- 18 "La tragedia es expresión de unos instantes en que al encontrarse amenazados el valor supremo, la esencia misma del humanismo clásico, la unidad del hombre y el mundo, se experimenta su importancia con una agudeza raramente alcanzada en otros momentos", Goldmann, cit., p. 58 n.
- 19 Gramsci, Antonio, **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno**, Buenos Aires, Lautaro, 1962, pp. 46-47.
- 20 Difícilmente escapan al primero de estos modos las historias partidarias de la izquierda, oficiales u oficiosas. Comparten estos rasgos estructurales, con todo el abismo de sus diferencias políticas, tanto el viejo **Esbozo de historia del partido comunista argentino** (1947) como la **Historia del trotskismo argentino** (1985-86) de Osvaldo Coggiola. En este trabajo, el encomiable esfuerzo de documentación se ve oscurecido por la falta de perspectiva historiográfica y el enfoque cerradamente partidario del autor, que lo llevan a todo lo contrario de constituir una tradición de pensamiento trotskista en nuestro país. Tanto esfuerzo puesto en denostar a las corrientes trotskistas anteriores a la que el autor representa, no permiten comprender en qué contexto social y político, bajo qué influencias y con qué filtros críticos apareció esta última en determinadas circunstancias históricas. El autor establece un corte apocalíptico en 1964: antes y después de la aparición de Política Obrera. Este año se presenta pues como el de la epifanía histórica, en que la Verdad se abre camino y se encarna mágicamente en un puñado de hombres casi ajenos a la historia anterior. El período que llega hasta 1964, en cambio, es una sucesión ininterrumpida de errores, malentendidos, claudicaciones y corruptelas. No se entiende entonces por qué un legado teórico tan rico como el de Trotsky sólo es recogido durante décadas sólo de modo bastardo por figuras como los Ramos, los Moreno, los Posadas y la historia tiene que esperar hasta 1964 para que un grupo de jóvenes recoja ese legado de modo consecuente. Hasta entonces, la historia del trotskismo argentino según Coggiola —salvo parciales excepciones, como las concesiones que el autor hace a Liborio Justo—, parece la "historia de un loco contada por un idiota". A partir de ahí, en cambio, la Idea se realiza hegelianamente en la Historia. Pero el autor no responde algo crucial —y no lo responde porque la propia estructura de su obra no le permite siquiera formular el problema—: ¿por qué una organización con posiciones siempre "justas" sigue reducida, a treinta años de su creación, a una mínima expresión y no logró constituirse en una corriente expresiva significativa del pueblo argentino? Como observó agudamente Aricó haciendo el ajuste de cuentas con la historiografía oficial comunista: "La secta es incapaz de verse a sí misma". Y por lo tanto, agregamos nosotros, tampoco puede dar cuenta de la historia.
- 21 Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", en **Ensayos escogidos**, Buenos Aires, Sur, 1967, pp. 50-51.
22. Mate, Reyes, "W. Benjamin, ¿una filosofía política de la historia? o Atenas y Jerusalem ante la identidad europea", en C. Kerik (comp.), **En torno a Walter Benjamin**, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, pp. 169.
23. Hace pocos años Perry Anderson abogaba, en este mismo sentido, por lo que denominaba "una contrafactualidad sobria": una contrafactualidad cuya racionalidad sea realista y no fantástica, proponía, "puede ser en principio un control crítico respecto del puro positivismo historiográfico y dirigir al pasado formas bastantamente nuevas de ayuda. Su importancia e interés para los [historiadores] *radicals* es obvia: quienes desean transformar sus propias sociedades ahora, tienen todos los motivos para preguntarse a sí mismos qué tipo de gamas de opciones realistas —qué gamas de elecciones factibles— afrontaron aquellos que los precedieron". En E. Hobsbawm/Ch. Hill/P. Anderson/E.P. Thompson/ J. W. Scott, "Agendas para una historia alternativa", en **El Cielo por Asalto**, nº 6, verano 1993/94.

CAPITULO I: LA CRISIS DEL LIBERALISMO Y EL PRIMER SILVIO FRONDI (1930-1945)

El mundo de entreguerras y la crisis de la sociedad liberal

Tanto en la Argentina como en el mundo, los de la década del 30 son años de crisis y transfiguración. La crisis internacional de 1929/30 marcó el final de un largo proceso de agotamiento de la sociedad y el Estado liberales, el capitalismo de libre competencia, la ideología del progreso indefinido, de la armonía social y de la expansión progresiva de la democracia.

El propio desenvolvimiento de la sociedad liberal había devenido en su contrario. La expansión del capitalismo de libre competencia acabó engendrando la concentración monopólica, la hegemonía del capital industrial fue desplazada por la del capital financiero, la relativa paz internacional propia de la segunda mitad del siglo pasado se vio sucedida por las políticas imperialistas de reparto de los mercados y las conflagraciones bélicas. Un progresivo cambio de mentalidad se va gestando en las élites políticas entre el fin de siglo y la segunda guerra mundial, acompañando, unas veces a la zaga y otras a la vanguardia, todos estos trastornos. "Los hombres de este tipo —escribió Alan Wolfe refiriéndose a esas clases dirigentes— cambiaron su mentalidad porque gradualmente se convencieron de que era difícil que el estado actuara de manera liberal frente a la acumulación de capital y al mismo tiempo se hiciera responsable frente al crecimiento de una clase obrera mayoritaria. Dos tipos de acontecimientos consolidaron esta convicción. La primera crisis económica aguantada por el capitalismo funcionó como un símbolo de las dificultades de la acumulación. La depresión mundial de 1873 fue una indicación preliminar de que el ascenso de los industriales al poder no implicaba un paraíso económico en el cual todas las clases compartirían armoniosamente la prosperidad recién adquirida. Sería imposible exagerar el efecto que tuvo la depresión de 1873 sobre los líderes políticos del momento: les hizo comprender que sus análisis económicos y políticos tradicionales podían estar equivocados. Desesperadas por saber qué había pasado, todas las élites políticas experimentaron con nuevas políticas"(1). Las prácticas y las ideologías militaristas y expansionistas comenzarán a germinar en las grietas del pacifismo liberal.

El segundo tipo de acontecimiento al que alude Wolfe lo constituyen las huelgas y las presiones democráticas de las clases trabajadoras que también obligaron a las clases dominantes a ensayar otros discursos y otras prácticas para solucionar los problemas de legitimación. Si las crisis económicas habían puesto en cuestión su "liberalismo económico", las dramáticas luchas obreras le habían hecho desconfiar del "liberalismo político", o dicho más precisamente, del ideario democrático. Las primeras tres décadas del siglo no hicieron sino profundizar esta ruptura. La lucha imperialista por el reparto de los mercados, la primera guerra mundial y la aguda crisis internacional desatada en 1929 terminaron de sacudir las convicciones liberales de las clases dominantes, y éstas, a través de una larga marcha de experimentos, ensayos y errores, terminaron convirtiendo en norma las políticas aduaneras, la regulación estatal sobre la economía, el control paternalista sobre la clase obrera. La "ampliación del Estado" propia de la segunda posguerra y la consolidación de los modernos "Estados Benefactores" no son sino un resultado tardío de este largo e intrincado proceso. Hasta el momento en que "todos fuimos keynesianos", en que el intervencionismo estatal y las políticas sociales adquirirán la fuerza del sentido común, fueron necesarias largas décadas de ensayo y error, de marchas y contramarchas.

Pero el Estado Benefactor Keynesiano no fue sólo una respuesta a los problemas de la acumulación capitalista. Las luchas de las clases trabajadoras aludidas arriba alcanzan un punto de ruptura en octubre de 1917. Lo que desde 1848 fue la *posibilidad* de que la clase obrera apareciese

como variable independiente del desarrollo capitalista, con la Revolución Rusa se hace *realidad*. Si la primera respuesta capitalista al nuevo Estado soviético fue el bloqueo militar, diplomático y político, en las mentes más perspicaces de las clases dominantes fueron ensayándose respuestas más inclusivas. Sin duda, John Maynard Keynes fue el teórico más lúcido de aquella reconstrucción: para decirlo con palabras de T. Negri, él expresó "la conciencia del impacto del Octubre rojo sobre la estructura del capital"(2).

Si esta doble dimensión de la crisis —*crisis de acumulación, crisis de hegemonía*— podía resolverse en sentido revolucionario, como había sucedido en Rusia, o bien contrarrevolucionario, como en las dictaduras fascistas, las clases dominantes contaban con un tercer tipo de respuesta que Gramsci denominó *revolución pasiva*. O sea, ni "revolución" ni "contrarrevolución", sino un mismo y simultáneo proceso de "revolución-restauración" (3). Esta consiste en una recomposición hegemónica, en un conjunto de transformaciones moleculares que cambiarían progresivamente la precedente relación de fuerzas sociales y políticas, procesos en los que son claves un movimiento "desde arriba" —operado desde el poder político— y otro simultáneo "desde abajo" (acción "molecular" de los "intelectuales"). El propio Gramsci apuntará —sin tener ocasión de desarrollar esta intuición— que, fracasada la revolución socialista en Europa occidental, la crisis de hegemonía burguesa se resolvería, como *revolución pasiva*, bajo las nuevas estrategias "fordistas" (a nivel económico) y de "ampliación del Estado" (a nivel político) (4).

La *révolución pasiva* implica, pues, la recomposición de la hegemonía de una fracción de la clase dominante sobre las otras fracciones, proceso paralelo a la recomposición hegemónica global de la clase dominante sobre las clases subalternas. Estos momentos de crisis y recomposición propician la aparición de intelectuales y de formaciones culturales que, recogiendo y reelaborando tradiciones culturales, van configurando un nuevo discurso hegemónico (5).

La crisis de la intelectualidad liberal

En los períodos más agudos de crisis y recomposición es difícil encontrar las tradiciones teóricas y políticas en estado puro. En ellos son más frecuentes las rupturas abruptas, la súbita resignificación de viejas tradiciones que parecían sepultadas en el olvido, los entrecruzamientos más audaces, y aún los procesos de verdadero "hermafroditismo ideológico" (Löwy). Y los sujetos que encarnan y que sufren estas contradicciones, que buscan resolverlas mediante trabajosas construcciones que permitan adecuar nuevamente un marco teórico a una realidad que terminó haciendo añicos al anterior, son los intelectuales.

El período de entreguerras asistió a la crisis más aguda de la intelectualidad liberal, de sus motivos recurrentes, de sus valores, sus creencias y sus tradiciones. Como recordaba recientemente Eric Hobsbawm, "De todos los acontecimientos de la era de las catástrofes, el que mayormente impresionó a los supervivientes del siglo XIX fue el hundimiento de los valores e instituciones de la civilización liberal cuyo progreso se daba por sentado en aquel siglo, al menos en las zonas del mundo 'avanzadas' y en las que estaban avanzando" (6). El propio expansionismo imperialista fue la declaración de que el liberalismo había fracasado. El proteccionismo ya no podía ser entendido, como en el siglo XIX, como la "excepción a la regla" (7). El fin del libre comercio, aunque sólo fuese como ideología, merece para Polanyi la calificación de *gran transformación*. Asimismo, el intervencionismo estatal comienza a devenir, de "excepción", en "regla" y comienza un proceso de recuperación del pensamiento estatista clásico (Hegel, Fichte, List, ...). Además, si las propias clases dominantes rompían con la ideología librecambista en relación a los mercados de mercancías y capitales, otro tanto debían aceptar en relación al "mercado de fuerza de trabajo". Rotas las ataduras con el *laissez-faire*, no quedaban argumentos que impidieran a la clase obrera

“alterar” el “libre” mercado de fuerza de trabajo a través de la masiva acción sindical y el reclamo de leyes sociales por parte del Estado (Wolfe, cit., pp. 122-3).

Todos estos procesos significaron, finalmente, el socavamiento del liberalismo en sus mismas bases doctrinarias. El supuesto de que por medio del cálculo racional del interés individual se produciría el bien general había entrado en franco descrédito. Como reacción al individualismo liberal surgieron concepciones organicistas y/o colectivistas, que opusieron al egoísmo individualista alguna entidad globalizadora “superior”: el Estado, el *volk*, la *solidarité*, el destino manifiesto, la idea imperial, la huelga general... Los intereses particulares deben pues, sacrificarse en función de intereses colectivos (nacionales, raciales, mundiales...); el cálculo racional es desplazado por la exaltación de lo espontáneo, de lo irracional, de la acción; el optimismo liberal deja su lugar al pesimismo, el naturalismo nihilista o el mero decadentismo (Wolfe, cit., pp. 124-5).

El precario equilibrio que el *principio liberal* y el *principio democrático* habían encontrado en el Estado Liberal parecía irremediamente roto. El pesimismo de las clases dominantes en el período de entreguerras provenía de que se veían obligadas a abandonar el principio liberal sin estar en condiciones de aceptar el principio democrático. Por su parte, las clases subalternas terminaron por hacer suyo el ideario democrático, entroncándolo, cada vez más abiertamente, con el ideario socialista.

La *intelligentsia* de ascendencia liberal se encontró, por así decirlo, entre dos fuegos. Desengañada ante el vuelco imperialista y belicista de las clases dominantes, sacudida por los devastadores efectos del proceso de mercantilización generalizada, pero desconfiada ante el auge del movimiento de masas, los intelectuales oscilaron entre un *anticapitalismo romántico* de cuño aristocratizante —que salvara a las tradiciones culturales del pasado tanto de las burguesías mercantilistas y belicistas como de la “rebelión de las masas”— y otro de cuño más radical, que comenzaba a ver en las masas un potencial transformador (8). Los intelectuales se vieron obligados, en conjunto, a un *ajuste de cuentas con la tradición liberal* y a ensayar alternativas teóricas que dieran cuenta de las posibles salidas a la crisis del Estado y la sociedad liberales. Más abajo volveremos sobre los intelectuales europeos de entreguerras y su *visión trágica*, a propósito de su influjo sobre el primer Silvio Frondizi.

Pero la *intelligentsia* argentina de los años treinta no se limitó a “importar” pasivamente el pensamiento europeo que daba cuenta de la crisis. Más bien buscó en él claves para pensar la propia crisis que vivía el país así como respuestas a ella. La Argentina también estaba sacudida por una crisis que se manifestaba en dos dimensiones: la *crisis de acumulación* mundial que adoptaba aquí la forma del agotamiento del capitalismo agrario que producía bienes primarios para la exportación; la prolongada *crisis de legitimación* que a nivel mundial sacudió al mundo de entreguerras, adoptaba aquí la forma de una crisis definitiva del Estado oligárquico-liberal, funcional durante medio siglo a esa modalidad productiva y a aquella división internacional de trabajo que terminó por estallar en 1929 (9). Tuvieron que pasar por lo menos quince años hasta que se asentasen los rasgos de lo que ha dado en llamarse “sociedad populista”, desde 1946 en adelante. Así, la larga década que recorre los '30 y primeros '40 es el escenario de un vasto proceso de crisis y transfiguración de la sociedad argentina, de transformaciones estructurales y vertiginosas (industrialización sustitutiva, urbanización acelerada, migraciones internas, emergencia del Estado interventor), y en el que se asistirá también a la crisis de una cultura y una ideología hasta entonces hegemónicas y a la emergencia de otras alternativas.

La crisis de la cultura y la ideología liberales (910 su verdadera descomposición a lo largo de los '30, hizo de esta década un verdadero laboratorio de ideas, valores, creencias y prácticas, que lenta y progresivamente se irán sedimentando en una ideología y una cultura alternativas, y que promediados los '40 se articularán con la fuerza y la “evidencia” del “sentido común”. La

descomposición de la configuración liberal significó la aparición —en principio molecular— de nuevas ideas, valores, creencias y prácticas que tienden a poner en cuestión las bases mismas de la tradición liberal y cuyas notas más destacadas serán el industrialismo, el estatismo, el nacionalismo, el antiimperialismo, el corporativismo, el sentido “social” de la justicia, de la propiedad, de la gestión estatal; la planificación, la organización, la jerarquización, la prioridad de lo colectivo sobre lo individual; el acuerdo entre las partes, el paternalismo estatal... y otras que décadas después constituirán los valores centrales de la cultura y la ideología populistas.

Hasta entonces, los valores liberales sólo habían sido globalmente rechazados por elementos tradicionalistas como la Iglesia católica (10 bis), pero ahora el desconcierto frente al ideario liberal procedía de todo el arco político e intelectual del país, incluyendo a sectores tradicionalmente liberales. En la nueva configuración ideológica antiliberal confluirán, pues, no sólo las formaciones culturales nacionalistas y los católicos sociales, los forjistas (pero también otros sectores del radicalismo), los socialistas antiimperialistas y los partidarios de la planificación económica, sino también algunas figuras provenientes de la más rancia tradición oligárquico-liberal, en un confuso proceso de influencias, préstamos y trasvasamientos. No deja de resultar significativo, entre otros, el testimonio de Federico Ibarguren como figura de linaje “aristocrático” que dice asistir por entonces a la crisis definitiva de una época: “Ha finalizado una era histórica en sus aspectos políticos, económicos y sociales. Ideas, creaciones e instituciones que considerábase definitivas han sido destruidas o se derrumban; nos hemos cerciorado de que fue quimera el optimismo y la creencia en el progreso indefinido. Alcancé el último resplandor de un mundo esplendoroso y satisfecho...” (11). O el caso del ácido ensayista Ramón Doll, que comienza la década como un demócrata con simpatías socialistas —colaborador de **Nosotros, Claridad y Sur**— y la termina como un empedernido admirador de Hitler y Mussolini (12). Sin embargo, la literatura especializada ha insistido en la particular significación, para aquella década, de estas y otras figuras intelectuales (como los hermanos Irazusta, Raúl Scalabrini Ortíz o Manuel Ugarte), sin reparar lo suficiente en otras de raigambre liberal, como el industrialista Alejandro Bunge o por el entonces estatista pragmático (pero estatista al fin) Federico Pinedo (13).

La experiencia local y la internacional llevaban obligadamente al ajuste de cuentas con la sociedad y el pensamiento liberales. A partir de ahí se abría un amplísimo espectro que iba desde el antiliberalismo doctrinario de los nacionalistas al intervencionismo estatal pragmático —como el de un Pinedo— que busca desmentir algunos dogmas del liberalismo para salvar al liberalismo.

Como un síntoma de todo este proceso de descomposición del liberalismo, pero ensayando una vía muy peculiar de diagnóstico de la crisis y de salida de ella, entendemos el pensamiento del primer Silvio Frondizi. Esta primera etapa de su evolución puede datarse entre la segunda mitad de los '20 —los años de su formación profesional— y 1945, año en que aparece su principal obra del período, **El Estado moderno. Ensayo de crítica constructiva**.

Con la edición de este libro —fechado un año antes, abril de 1944— se cierra un ciclo histórico en la vida del país. Aquel intelectual liberal que asistía consternado al “derrumbe de la cultura clásica”, que intentaba abrir nuevos caminos al pensamiento a partir de las categorías y los valores del legado liberal, asistía ahora, desde 1943, a la crisis final del Estado liberal en su propio país.

Los años que transcurren entre 1943 y 1945 —que van desde la redacción de esta obra hasta su publicación—, son los que lo lanzan según su propio testimonio, “al torbellino de la vida nacional”. Su visión crítica del legado liberal, su clara conciencia de las contradicciones que atraviesan la concepción liberal del Estado y la sociedad, lo pondrán a resguardo de cualquier postura de “vuelta al pasado”, de apoyo a la “oposición democrática” en el proceso de gestación del peronismo y de la nueva configuración social y política del país. Silvio Frondizi entenderá la

irrupción del peronismo y la oposición de las fuerzas denominadas "democráticas" como un momento de la crisis global de la sociedad argentina. El peronismo es odiado por la burguesía liberal "porque destapó la olla podrida de la sociedad burguesa, mostrándola tal cual es. La juridicidad burguesa y su sacrosanta Constitución Nacional, perdieron su virginidad, poniendo al descubierto su carácter de servidoras de una situación" (Frondizi, 1959:32-33).

Ante la crisis del Estado liberal, Silvio Frondizi no adherirá pues a la constitución del Estado populista ni se convertirá en un nostálgico de la Edad de Oro perdida: comenzará a vislumbrar en el socialismo una salida histórica, y en el marxismo un paradigma teórico para repensar todo este proceso de crisis. Por ello, estos son sus años de transición del liberalismo al marxismo. Pero no de cualquier *liberalismo*, ni de cualquier *marxismo*. Silvio Frondizi evolucionará de un *liberalismo crítico* a un *marxismo crítico*. La visión crítica y trágica de un liberalismo desgarrado por contradicciones irresolubles (propiedad/libertad, individuo/comunidad, interés público/interés privado, libertad económica/libertad espiritual, hombre como ser racional/hombre con pasiones e intereses...), no se resolverá positivamente en el marxismo, sino que se reinstalarán en este nuevo paradigma teórico (entendido siempre por Silvio como sistema abierto, en construcción) como tensiones que nunca acaban de resolverse, y de cuya negatividad brota la historia misma de los hombres.

Bajo el espíritu de la duda

"Tengo una personalidad propensa a los replanteos en sentido cartesiano, es decir, constructivo —declaró alguna vez Silvio Frondizi—. Mi vida puede dividirse en etapas perfectamente definidas, cada una de las cuales marcó un avance en relación a la anterior. La síntesis del camino está dada por el punto de partida: un intelectual pequeñoburgués, y el punto de llegada: un socialista revolucionario.

"Suelo decir que en mi vida hay un demonio —como el socrático— que dirige mis acciones; sabemos lo que es: se trata de la propia conciencia social que, directa o indirectamente, a través de una tensión —que llega a ser neurótica —ajusta nuestra acción a sus propios dictados" (Frondizi, 1956: III).

La vida de Silvio Frondizi, cercenada por la Triple A el 27 de setiembre de 1974, está marcada por tres grandes etapas. Una, la del liberal consciente de la crisis del liberalismo, hasta 1945; la segunda como marxista crítico que postula la revolución socialista y la construcción del sujeto revolucionario (1945-1960); y por último, la soledad del marxista francotirador centrado en la actividad docente y la defensa de presos políticos y gremiales (1961-1974).

Se ha dicho —a propósito de esta trayectoria— que la suya fue una personalidad "errática" e "incoherente" (14). Del liberalismo al marxismo, de la postulación de la "revolución socialista" en los años '50 a la "solución popular" en los '60, de la candidatura a senador por el FIP en 1973 a la Mesa Nacional del FAS (Frente Antimperialista por el Socialismo) al año siguiente, estas mutaciones podrían hacer valedero este juicio apresurado. Pero no nos interesa aquí juzgar las posturas políticas de S. Frondizi desde lo que consideraríamos la postura "correcta" para la época (es sumamente cómodo ejercer ese tipo de crítica con la perspectiva histórica que nos brinda el hecho de observar el pasado desde el presente), sino que optamos por la perspectiva de atender a la lógica interna de este itinerario, leyendo su comportamiento como síntoma de una época histórica, lo que podría ofrecernos otros sentidos y acaso otra coherencia.

Ante todo, no se pueden evaluar sus posturas políticas como si se tratase de un político profesional, un dirigente de partido, un exponente de una corriente política. Si bien ejerció la docencia toda su vida, y se zambulló, como gustaba decir, en el torbellino de la política, Silvio

Fronidzi parece responder, antes que al político o al académico, a la figura del intelectual. Nada se puede comprender de su itinerario si no se atiende a lo que Löwy ha denominado las "mediaciones culturales" propias del campo intelectual, y a su propia colocación dentro del mismo. Luego volveremos sobre esto, pero anticipemos que consideraremos a Frondizi como un intelectual revolucionario, cuyo pensamiento y cuya práctica no se caracterizaron por la linealidad positiva del pensador académico o el político profesional, sino por la negatividad ejercida hasta las últimas consecuencias. Esto es lo que, a nuestro juicio, cimienta la continuidad a través de las diversas etapas: es el suyo un pensamiento negativo, *un pensamiento de la crisis* —"crisis global de nuestra sociedad", como gusta repetir—, con la singularidad de que se instala en su mismo interior para pensarla. Sea en el corpus liberal o en el marxista, Silvio Frondizi permanece en la cornisa que supone el desgarramiento entre los valores absolutos y la miseria de lo real. La vigencia de esta contradicción convierte a la suya en una *visión trágica* de la política y la historia. Por eso, más que el profeta de los tiempos nuevos, Silvio Frondizi es el *pensador trágico de la crisis*.

En la casa paterna

Silvio Frondizi nació en el seno de una familia relativamente acomodada y culta, el 19 de enero de 1907, en Paso de los Libres, Corrientes. Sus padres, Julio Frondizi e Isabel Ercoli, eran inmigrantes italianos originarios de Gubbio, Umbría. Habían llegado a la Argentina hacia 1890. Su padre había trabajado en las provincias de Corrientes y Entre Ríos como contratista de obras, intermediario, constructor de puentes y caminos.

Habiendo logrado una posición económica holgada y una cultura autodidáctica nada despreciable, Don Julio Frondizi era, al frente de su numerosa familia, una figura distante y autoritaria, omnipotente, crítica. "Su mentalidad —rememoró alguna vez otro de sus hijos, Arturo— era similar a la de muchos inmigrantes despiertos de fin de siglo: ateo, maldecía a Dios y a los curas las veinticuatro horas del día, leía libros, quería que sus hijos siguieran una carrera. Consentía con benevolencia que su mujer hubiera colgado en el dormitorio un cuadro de San Francisco de Asís, aceptaba que siempre mantuviera velas prendidas frente a una imagen de la Virgen María, disimulaba que mandara los hijos a la Iglesia" (15).

Silvio era el doceavo de catorce hermanos, nueve varones y cinco mujeres. Mientras el clan Frondizi se mantuvo reunido (primero en Paso de los Libres, luego en una antigua casona de Concepción del Uruguay, Entre Ríos, a la que se trasladan cuando Silvio tenía cinco años), la mesa familiar fue centro de debates filosóficos y políticos. Entre las lecturas volterianas del padre y la pasión por los idealistas alemanes de Américo, el mayor de los hermanos; desde las inclinaciones por la literatura clásica de Ricardo y el interés que la filosofía despertaba en Virginia, se fue estructurando el universo cultural en que se formaron los tres hermanos menores —Silvio, Arturo y Risieri. Tres figuras, tres mentalidades, cada una de las cuales daría una configuración propia singularísima, a la común tradición familiar. Respectivamente, el intelectual, el político y el filósofo.

Los años de formación

Los dos hermanos que más tarde expresarán los polos más enfrentados, están unidos entrañablemente en los años de la niñez y la juventud. Trasladada la familia a Concepción, Silvio cursa sus estudios primarios y los primeros años del secundario en el Colegio Nacional de esa ciudad. Su compañero de estudios y de juegos era su hermano Arturo, con quien se llevaba escasos

nueve meses de edad. Según recuerda éste, van juntos a clase por la mañana, regresan a la casona de Concepción para almorzar, y salen juntos nuevamente a jugar a la pelota hasta el anochecer (16). En 1923 ambos hermanos, acompañados por el padre, viajan a Buenos Aires, y se inscriben en el Colegio Nacional Mariano Moreno. Mientras cursan los últimos años del bachillerato, ambos hermanos se emplean en la droguería Carabelli, de Corrientes y Maipú.

A fines de 1926 los dos hermanos rinden examen de ingreso en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Silvio cursa paralelamente en el Instituto Nacional del Profesorado, del que egresará en 1930 con el título de profesor de historia. Seis años después, cumplidos los 29, egresa como abogado y doctor en jurisprudencia.

Aunque la amistad entre ambos hermanos no se enturbiaría hasta muchos años después —el punto de máxima tensión fue quizás el que coincidió con la presidencia de Arturo—, en estos años los caminos comienzan a delimitarse claramente. Mientras Silvio se concentra largos años en el estudio del Derecho y la Historia, Arturo hace una carrera meteórica, recibéndose de abogado en tres años. Ambos resisten a la dictadura de Uriburu, participan en las manifestaciones callejeras y hasta se ven arrojados varios días al calabozo. Pero mientras Silvio se mantiene al margen de la vida político-partidaria, Arturo se convierte en poco tiempo en un dirigente radical de primera línea. Mientras intima, desde Buenos Aires, con la *creme* política e intelectual de su tiempo (es amigo de Federico de Alvear, trata a Lisandro de la Torre, a Mario Bravo, a Nicolás Repetto; dirige el Colegio Libre de Estudios Superiores junto a lo mejor de la *intelligentsia* liberal de izquierda: Alejandro Korn, los hermanos Romero...), Silvio es un oscuro profesor de historia en la remota Universidad de Tucumán.

Hasta sus respectivos referentes teórico-políticos anticipan los caminos divergentes: la filosofía política inglesa en Silvio, el realismo político italiano en Arturo. Silvio prepara, desde Tucumán, su tesis sobre John Locke; Arturo desde sus años juveniles proyecta un ensayo sobre Maquiavelo. Una cierta lectura de algunas tesis del gran teorizador del liberalismo —el poder como mandato del pueblo, los derechos individuales protegidos ante el Estado, la periodicidad de los cargos públicos, la responsabilidad de los funcionarios, el derecho del pueblo a rebelarse contra la opresión— conducirían a Silvio a la senda de Marx. Una cierta lectura de Maquiavelo —aquella que realza el realismo político del florentino, sus consejos al Príncipe para manipular la ignorancia de sus súbditos— conducirá a Arturo a la senda del Poder.

Libertad y Propiedad: las contradicciones del legado liberal

Entre 1938 y 1946, Silvio Frondizi sistematiza sus estudios sobre teoría política mientras enseña historia en la Universidad tucumana. Los años 30 y primeros 40 asistieron a un proceso de renovación cultural en esa facultad, favorecido por la política de las autoridades de entonces de invitar profesores europeos, particularmente españoles e italianos, perseguidos en sus países de origen por las dictaduras fascistas. Silvio Frondizi, que integra el consejo directivo hasta 1943, será uno de los responsables de esta política de incorporación. Colabora en estos años con uno de esos emigrados, el profesor español Manuel García Morente, en la organización de la facultad de Filosofía y Letras, así como con su hermano Risieri, que está a cargo del departamento de Filosofía. Fue éste quien invitó por entonces al filósofo italiano Rodolfo Mondolfo, emigrado de la Universidad de Bolonia por la persecución fascista, a dictar un seminario en Tucumán. No es difícil imaginar que la presencia de Mondolfo, Renato Treves y otros eruditos italianos, profundamente familiarizados con el pensamiento marxista, hayan dejado su impronta en la maduración del pensamiento de Silvio Frondizi. Anticipemos que el marxismo historicista y humanista que va a desplegar luego Silvio Frondizi está directamente emparentado con el marxismo de Mondolfo,

aunque no así con la orientación política de tipo socialdemócrata del italiano. Años después, en sus cursos de filosofía política, Frondizi reconocía, más allá de estas diferencias políticas, su deuda con el gran humanista italiano, resaltando su carácter de precursor de la filosofía de la praxis, en la línea de Labriola y de Gramsci, aún antes de que se conocieran los **Manuscritos económico-filosóficos** de Marx: "Debemos reconocer, pese a las discrepancias de tipo ideológico y político que tenemos con el profesor Rodolfo Mondolfo, que este autor vio claro el problema y que lo vio sin contar con el material filosófico marxista, descubierto con posterioridad a la publicación de sus libros fundamentales sobre el tema. Podríamos citar también a Henri Lefebvre y a otros autores europeos, que utilizaron en general, sin mencionarlos, los aportes de Mondolfo" (Frondizi, 1965: 155).

En efecto, Silvio Frondizi está preparando en Tucumán su primera obra de largo aliento, que verá la luz en 1943: **Introducción al pensamiento de John Locke**. Desde el planteamiento inicial se anuncia que no se trata de una mera búsqueda erudita: su objetivo, advierte, consiste en rastrear las causas de "la crisis de la situación actual", para lo cual debemos remontarnos "a la historia de los tiempos modernos, a la formación del liberalismo". Las reflexiones en torno a las razones de la "crisis contemporánea" recorrerán como un hilo rojo todo el pensamiento de Silvio Frondizi, desde éste, el primero, hasta el último de sus escritos. De ahí su interés original por Locke, ya que éste no es considerado sino como "el resultado, la síntesis, de un movimiento que más tarde se llamará liberal y que abarca todo un período de la historia de Occidente". (Frondizi, 1943: V).

Identificado con el ideal liberal que simboliza Locke, Silvio Frondizi insiste en distinguir dos conceptos que "han sido a menudo confundidos": *liberalismo* y *democracia*. "Para entenderlos —afirma— debemos partir de la tensión entre individuo y colectividad", asentando otra idea-tensión que va a ser rectora en toda la evolución de su pensamiento, inclusive en su etapa marxista.

Por *liberalismo* entiende el sistema que reconoce en el individuo una serie de "derechos naturales", inherentes, inalienables, que escapan a la acción de la colectividad: la libertad y la propiedad. Su representante, su apóstol, será Locke. Junto a esta definición, entiende por *democracia* "aquél sistema político que hace primar el interés general sobre el individual, llegando en ciertos casos a anularlo por completo". Sus representantes: la concepción medieval de la sociedad como "todo orgánico", Hobbes, Rousseau, el socialismo... (cit., pp.VI-VII).

Hasta aquí, la postura de un liberal clásico. Sin embargo, el despliegue del ensayo no es fiel a este modelo teórico presentado en la *Introducción*. Lo que ya aparece como una concepción clasista de la historia, su búsqueda de correlatos económico-sociales que sustenten los modelos ideales que propone (liberalismo y democracia), terminarán por trastocar el punto de partida conceptual. De modo que, señala en la *Conclusión*, con el "enorme desarrollo industrial del siglo XIX" y el consiguiente predominio del "aspecto económico" sobre el "político", los dos valores centrales del liberalismo se escinden y se enfrentan, en un proceso que concluye *con la propiedad dominando la libertad*.

Este proceso —agrega— "viene a dar al liberalismo su fisonomía propia y acentuar los caracteres negativos del mismo, ya que son los que han producido los males de la llamada crisis contemporánea". Paradójicamente —afirma—, es la propia libertad en el terreno económico la que ha llevado a la "lucha del hombre contra el hombre", al estado social en que "el hombre es el lobo del hombre". La libertad, así entendida y practicada, "importa la negación de la solidaridad humana". (cit., pp.208-211).

Esta crítica lúcida de las contradicciones que desgarran el legado liberal, que aparece en la *Conclusión* del ensayo, poco se compadece con el marco teórico presentado en la *Introducción* de exaltación del ideario liberal y de relativo reparo frente a los riesgos de la democracia. En el cuerpo del libro el liberalismo ha sucumbido, víctima de sus propias contradicciones. ¿Cómo

explicar este desfasaje entre el punto de partida y las conclusiones? Es probable que el "demonio socrático" haya hecho su silencioso trabajo a lo largo de la elaboración y redacción del trabajo. No obstante esto, Silvio Frondizi se ve obligado a cerrar de algún modo el modelo, a dar cima a su construcción: es así que en la última página postula una "salida": el liberalismo debe ser "corregido" con la "democracia", desarrollando la "solidaridad, fundamento de aquella, síntesis con la que la humanidad habrá dado un nuevo paso adelante". (cit., p. 210-211).

Esta "solución" final, que postula la síntesis liberalismo-democracia, contrasta, en su precariedad teórica, con la lucidez analítica del ensayo. Las antinomias planteadas en su desarrollo (individuo/comunidad, liberalismo/democracia, libertad/propiedad) encuentran en el final, a través de una "petición de principios", sólo una resolución formal. Es indudable que el propio Frondizi ha quedado insatisfecho con esta fórmula final de compromiso, y no es causal que retome y replantee estas antinomias en su segundo ensayo de teoría política: **El Estado Moderno**, redactado entre 1942-44 y publicado en 1945.

La nueva obra mostrará un significativo paso adelante en relación a los titubeos iniciales. Mientras el **Locke** describe la "llamada crisis actual" con cierto distanciamiento —obsérvese que habla todavía de la "llamada" crisis—, en **El Estado Moderno** no sólo afirma, sin ambages, la "profunda crisis actual" (1945 —cito de la 2ª edición, 1954, p.14), sino que se instala para pensarla en el centro mismo de la crisis: "enfocamos el estudio del Estado moderno desde el punto de vista del desarrollo de la concepción burguesa-liberal, que es, precisamente, la que debe ser superada" (p.20). No se trata del liberal doctrinario que, satisfecho de su propia doctrina, la propone como remedio a una realidad en crisis: es un pensador lúcido que, en el curso mismo de su construcción teórica, advierte que su paradigma intelectual no le permite dar cuenta de los procesos sociales y políticos en curso. La génesis y el desarrollo del Estado liberal podrían ser concebidos en los términos de la teoría liberal, pero su crisis escapa a los marcos de esta teoría. La crisis del Estado liberal pone en evidencia la crisis de la teoría liberal. Y la crisis del legado liberal conducirá a Silvio Frondizi a revisar los postulados mismos de los que partió, y a llevar las antinomias de esta doctrina hasta sus últimas consecuencias, sin temer —como escribió alguna vez el joven Marx— sus propios resultados ni el conflicto con los poderes dominantes.

En efecto, las antinomias se han profundizado (a partir de individuo/comunidad, la antinomia dominante en el **Locke**, despliega ahora las de interés público/interés privado, libertad/propiedad, libertad espiritual/libertad económica, hombre como ser racional/hombre con pasiones e intereses...) y las nociones de *liberalismo* y *democracia* se han resignificado. En contraposición al **Locke**, en esta obra el acento positivo pasa del liberalismo a la democracia, entendida ahora "en sentido roussonian, es decir, de comunidad social". El otro elemento de la antinomia es ahora el *sistema burgués-liberal*, entendido como una "semidemocracia", "una democracia parcial, porque lo es únicamente para la burguesía" (p.155-156).

El paradigma de esta nueva solución es ahora Rousseau, quien resolvería la antinomia entre el anarquismo individualista-burgués de un Locke y el estatismo absolutista de un Hobbes (cit., p.88).

Pero el nuevo ensayo vuelve a cerrar todo este despliegue de antinomias en una solución formal: el Estado ideal como "petición de principios". A pesar de plantear la "crisis social" en términos de conflictos inconciliables entre clases sociales antagónicas, de entender la "crisis económica" como resultado de las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el freno que representan las relaciones de producción vigentes, de considerar la "crisis política" (derrumbe del Estado democrático-parlamentario y extensión de los Estados "de excepción") como respuesta de las clases dominantes al avance de las fuerzas populares, intenta cerrar este cuadro histórico con una nueva *petitio principii*. "El Estado —afirma— es la forma suprema de comunidad

humana". Esa es "la verdadera finalidad para la que ha sido creado", ése es "su destino"... (cit., pp.191-197).

Tanto más dogmático el sistema, tanto más dialéctico el método. Tanto más débil el cierre formal, tanto más fuerte el "demonio socrático" que sigue su camino. De Locke a Rousseau primero, de Rousseau a Marx después. Es que la nota original del pensamiento político de Silvio Frondizi no está dada por estos postulados finales, siempre provisorios, sino por el juego de las antinomias, por esa constante tensión —"que llega a ser neurótica"—, que no sólo lo conducirá del liberalismo al marxismo, sino que lo llevará a replantear las antinomias en el seno mismo de su concepción marxista.

Una concepción trágica del mundo

En esta etapa, Silvio no conoce de primera mano el pensamiento de Marx. En el **Locke** se apoya en Max Weber para señalar, *en passant*, que el "marxismo es un ejemplo destacado de tesis simplista" (cit., p.19). En **El Estado Moderno** hace referencia a la "superación" de Ricardo por Marx (p.124, n.), pero en otro tramo deplora "las disputas en torno a la solución marxista" frente al problema de la crisis, que "han oscurecido enormemente el problema" (p.132). Aparece aquí la primera distinción entre Marx y ciertos marxismos, en la medida en que no carga en la cuenta de Marx sino de "algunas de sus muchas corrientes" el error de pretender explicar la totalidad de la vida social por factores materiales (p.135). Lo material, advertirá, es *conditio sine qua non*, pero no la *conditio per quam* de lo espiritual (p.132).

Su aproximación a ciertas tesis de la tradición socialista serán el resultado de su frecuentación de la bibliografía de la intelectualidad italiana (B. Croce), inglesa (H. Laski), española (Francisco Ayala) y especialmente alemana, de la época de la primera guerra y de la República de Weimar: Max Weber y el Círculo de Heidelberg: Ferdinand Tönnies, Werner Sombart, Georg Simmel, Ernst Troeltsch, Wilhelm Windelband, Karl Jaspers, Karl Mannheim, entre los más destacados. A pesar del carácter profundamente heterogéneo de este grupo, Michael Löwy ha llamado la atención sobre el hecho de que se halla atravesado por una potente corriente anticapitalista romántica, que se presenta como "conciencia trágica" (17). Se trate del conflicto trágico entre Cultura y Sociedad de Tönnies, o del profundo pesimismo social de Max Weber, o de la problemática simmeliana de la tragedia de la cultura; sea la visión de la historia como declinación permanente de los valores, como en Scheller, o de la decadencia cultural en autores tan diversos como Alfred Weber, Sombart o Spengler, todos están afectados, con mayor o menor intensidad, por una *visión trágica* de la sociedad moderna. Podríamos sumar a éstas, por el influjo que tendrán en Frondizi, el conflicto croceano entre *liberalismo* y *liberismo* o la distinción que establece F. Ayala entre *Liberalismo* y *Libertad*.

Michael Löwy ha delimitado del siguiente modo los rasgos que definen dicha visión:

(a) se transfigura la problemática socioeconómica del marxismo en una visión idealista, de cuño neokantiano, de conflicto (aún de abismo) entre sujeto y objeto, entre "vida" y "formas culturales", entre cultura subjetiva y cultura objetiva; se autonomizan las instituciones sociales en relación a las necesidades concretas de los individuos, la dominación de los hombres por sus productos económicos y/o culturales, lo que constituye el "destino trágico" inevitable e irresistible de la sociedad moderna;

(b) existe una dualidad (neokantiana) entre la esfera de los valores y la de la realidad; entre el reino del espíritu y la vida social y política;

(c) se plantea un sentimiento de "impotencia del espíritu" frente a una sociedad masificada, inculta, bárbaro-civilizada, groseramente materialista (Löwy, cit., p.70).

Todos estos rasgos aparecen en el Silvio Frondizi de 1938-45 y hasta proyectan su sombra más allá de esta época. Es la *visión trágica* de un intelectual de sólida formación liberal que, pasados los treinta años, constata que "la concepción en que hemos sido educados está en crisis" (Frondizi, 1954: 17). Pertenece a una generación cuyas nociones liberales de progreso, armonía, democracia, se ven sacudidas por las crisis, las guerras, por el ascenso del fascismo, a nivel mundial, y por la violación permanente del orden constitucional (fraude, golpes militares, corrupción) en el orden interno, hasta la irrupción del peronismo, que señalaría el corte definitivo con el orden liberal. La "crisis" irrumpía tras un largo período de "cierto equilibrio y bienestar, que hizo creer a muchos que se había llegado al descubrimiento del Estado ideal" (cit., p. 125). Todas estas conclusiones terminaron por sacudir al mundo de la ilusión de la armonía liberal.

La dimensión trágica alcanza en Frondizi su máxima expresión cuando se pregunta: "¿qué se hizo de tanta grandeza, de tanto esplendor? ¿Es posible que el magnífico edificio de la cultura moderna, construido con tanto amor, se derrumbe? Pues enormes grietas amenazan su estabilidad y están a punto de derrumbarle, catástrofe que sepultaría las más caras conquistas del espíritu humano" (cit., p.126).

La actitud del *intelectual trágico ante la crisis* es la de la *revuelta ética* contra el orden social capitalista, que hace tabla rasa con los valores más caros de la historia y la cultura humanas. Pero la revuelta ética no se transforma en política, en el sentido estricto de la palabra, en la medida en que no existe un sujeto social que la encarne. Y esto es lo que está ausente en la teoría política de Silvio Frondizi: un sujeto social con interés histórico y capacidad de llevar adelante la "democracia roussoniana" que postula. En la misma antinomia central que articula **El Estado Moderno** (sistema burgués-liberal/sistema democrático) esto aparece sintomáticamente. La denominación misma del primero, remite en forma explícita al sujeto social que lo encarna: la burguesía. ¿Pero qué sujeto social encarna el sistema democrático?

En algunos tramos de **El Estado Moderno** la respuesta que parece dibujarse es: el proletariado. Así, Silvio Frondizi señala cómo las luchas de la clase obrera por su emancipación contribuyeron a democratizar la vida pública, cómo su ascenso político-cultural tiende a resolver la escisión liberal-burguesa entre libertad económica (en realidad, libertad para la compra y la venta de la fuerza de trabajo) y la libertad espiritual (restringida a unos pocos). Este ascenso, sin embargo, tuvo según la concepción que por entonces forja Silvio Frondizi, consecuencias inmediatas negativas: por un lado, "al incorporar a la vida política a enormes masas de la población que no estaban en condiciones adecuadas para hacer tal cosa", generó el fenómeno populista; por otro, al "poner en peligro la situación de la clase dominante", ésta reacciona renegando de los valores liberales e instaurando el "Estado totalitario" (p.164 y ss.).

Una vez más, aunque Frondizi insiste en que "la época actual es al mismo tiempo de crisis y de progreso", a pesar de que remarca las enormes potencialidades de las que están preñados los momentos de crisis, sus soluciones finales son siempre idealistas y formales. Estos "cierres" del sistema vienen a contener la carencia, la negatividad, la conflictividad radical del planteo: no hay sujeto portador de la democracia que exprese la vuelta a los lazos solidarios de la comunidad y que, al mismo tiempo, se proyecte hacia el futuro, recuperando las grandes conquistas de la civilización capitalista. *Si la burguesía lo fue, ya no lo es. Si el proletariado puede serlo, todavía no lo es.* Y los resultados de la lucha por su emancipación, y por la emancipación universal son, por momentos — paradójicamente— más negativos que positivos (populismo, fascismo, dictaduras militares, democracias fraudulentas...).

El carácter antinómico del pensamiento de Frondizi, la radicalización de su postura democrática, lo empujan en el sentido de pensar el sujeto de la democracia; lo llevan más allá del Estado, del Poder Constituido, para concebir el principio y el sujeto del poder constituyente. Como

ha señalado Toni Negri a propósito de esa búsqueda en Maquiavelo: "La andadura de su pensamiento es antagónica y no tendencial, le interesa la crisis y no la solución a la crisis, hasta busca continuamente esta solución, pero sabe que no la puede encontrar" (18).

¿Cuál es la función del intelectual tras la crisis del liberalismo? A la espera, quizás, de la constitución de ese sujeto histórico, la que aparece como función del intelectual es la que consiste en salvar aquellas preciosas creaciones, aquellos valores del humanismo clásico que la civilización capitalista arrastra al hundimiento en su propia crisis. Su tarea es la de "salvar de la profunda crisis en que se debate en estos momentos la burguesía liberal, a aquellos valores que se han incorporado definitivamente a la cultura de la humanidad; en esta forma podría reconocer en su historia la continuidad que la caracteriza" (p.14).

Pero en la crisis actual, señala Silvio Frondizi, el intelectual es "despreciado como factor de gravitación" social; esto se explica, "y hasta se justifica", por la "desorientación que lo domina tras la crisis de la sociedad liberal... El intelectual, creación magnífica de la sociedad burguesa-liberal, aristócrata del pensamiento como aquella lo era en el campo económico, coincidía exactamente con la sociedad que le había creado, de manera que sus enseñanzas y hasta sus dictados respondían a una realidad dentro de la que llegó a creerse desempeñando un papel fundamental. Tras la crisis de este modelo social, "el intelectual, que había perdido todo contacto con la realidad, continuó imperturbable su camino", hasta que "la dura realidad le sacó de esa torre de marfil y le arrojó al torbellino de la tremenda situación actual; entonces cayó en la desesperación" (v. su *Introducción a El Estado Moderno*).

No es difícil reconocer en esta sociología de la *intelligentzia* liberal una manifiesta autobiografía intelectual. Con el estallido de la crisis, se bifurcan los caminos de la intelectualidad: por un lado, se instalan los intelectuales que se refugian en los *valores en sí*. Son los que "creyeron que avanzaban sobre la humanidad los monstruos del Apocalipsis, o se sintieron profundamente decepcionados frente a lo que llaman despectivamente *régimen de masas*". Por otro, se ubican los que glorifican el *acaecer real*, independientemente de los valores: "Negados todos los valores, especialmente los morales, el hombre se pervierte y toma, imitando al sofista, como verdadero lo que parece tal a su criterio individual, y como moral, a su conveniencia particular. Esta posición explica, en buena parte, por un lado, el descreimiento y pesimismo, y por el otro, la irresponsabilidad y el desenfreno de nuestra época" (cit., p. 177).

Así Silvio Frondizi escoge, entre los dos caminos —su hermano Risieri toma el discurso filosófico de los valores; su otro hermano, Arturo, el discurso político del realismo— un tercero: el de asumir en su desgarramiento, en su contradicción, los valores y la realidad, la teoría y la práctica, lo público y lo privado. Ante los intelectuales puros, que "buscaron la vida tranquila y apacible, y rehuyeron la existencia atormentada de todos los días" (*ibidem*), Silvio Frondizi elige el compromiso y la lucha, asumiendo esta diaria existencia atormentada. Ante el realismo político, afirma la unidad contradictoria de los valores y la vida, mediados por la ética. Una verdadera concepción ética y de la vida cotidiana, proyectadas a la política, que dará a su ulterior visión marxista un sello particular. Ante unos y otros, sostendrá la unidad contradictoria de la *praxis*.

El marxismo como salida a la crisis

La crisis política abierta en el país en 1942-43 y que parece cerrarse con el triunfo electoral de Perón en febrero de 1946, sacude profundamente al profesor de teoría política que vivía en la remota universidad tucumana consagrado a la docencia y la reflexión. Silvio Frondizi se enfrentaba ahora en su realidad práctica a la crisis definitiva del Estado liberal que venía proyectándose en su pensamiento. "Por esta época (1942-43) —recuerda— había prácticamente

concluido el volumen **El Estado Moderno. Su génesis**. Debía comenzar la segunda parte sobre **La crisis del Estado Moderno**. No podía sentirla a fondo viviendo como vivía. El pretexto de un conflicto me llevó al medio de la calle a vivir personalmente la crisis. Durante varios años viví, después de haber sido profesor titular y publicado numerosas obras, con un ingreso muy modesto. Debo agregar a esto, la suerte histórica de mi adaptación a las circunstancias: el país me dio todos los elementos necesarios para estudiar la crisis: el tremendo y maravilloso período que va desde 1943 hasta hoy” (Frondizi, 1959: III-IV).

Aquellos años de transición para el país, lo son también para el pensamiento y la vida de Silvio Frondizi: abandona el Tucumán de sus meditaciones políticas para instalarse en ese Buenos Aires que es el epicentro de la escena política argentina. Cerrará su ciclo de liberal crítico para abrazar abiertamente la bandera del socialismo: hará a un lado sus investigaciones sobre teoría política para abocarse al estudio de la realidad argentina. Nunca dará cima a la obra cuya inminente aparición, sin embargo, no deja de anunciar durante años: **La crisis del Estado Moderno**. Si los manuscritos de la investigación estaban avanzados, lo cierto es que no han llegado a nuestras manos (19).

Pero si la pérdida es en cierto modo irreparable, contamos al menos con una serie de ensayos políticos en los que continúa con sus reflexiones iniciadas en la obra de 1945 y que debían rematar en **La crisis del Estado Moderno**. Ellos nos permiten forjarnos una idea clara de las vicisitudes del pensamiento político de Silvio Frondizi durante las tres décadas siguientes.

En su conferencia **Actualidad de los estudios políticos** (1945) parte de la definición de una crisis que se despliega en dos niveles: la que atraviesa la humanidad en su conjunto, y la que aqueja al propio país. Retoma a continuación los planteamientos más generales de su ensayo sobre el Estado burgués-liberal y su crisis, pero con una innovación clave: distingue por una parte a los intentos nacional-socialista, fascista y falangista de resolver la crisis, de, por otra, el intento soviético. Mientras los primeros son denostados, todavía desde la visión crítico-trágica, como expresión de “la perversión moral y decadencia cultural que se produce en aquellos pueblos que hacen abandono de su libertad espiritual”, el Estado soviético, en cambio, aparece como “la primera y más profunda tentativa realizada hasta la fecha para encontrar una solución a la crisis contemporánea”.

Pero todavía no hay una toma de posición abierta por el socialismo, al mismo tiempo que en ciertos tramos la crisis política es reducida a “la desorientación ideológica que domina tanto a los partidos como al pueblo”. Dicha desorientación estaría fundada en una “carencia de cultura política por parte de la generalidad de las personas”. De ahí el rol clave asignado al intelectual en la “educación cívica de nuestro pueblo... si es que se desea una convivencia ordenada y pacífica, única que permite el progreso cultural de todos” (Frondizi, 1945, en **Doce años...**, p.7 y ss.).

En el prólogo a la obra de un investigador mexicano —Jesús Reyes Heróles, **Tendencias actuales del Estado** (1945)—, luego destacado político en ese país, vuelve a colocar la experiencia soviética como opción a considerar en la crisis: “El Estado Soviético representa la primera y más profunda tentativa realizada hasta la fecha para encontrar una solución a la crisis del Estado burgués-liberal. Por eso su experiencia, tanto en su aspecto positivo como negativo, debe ser tomada muy en cuenta por el Occidente si es que desea encontrar el camino del progreso” (Prólogo a Reyes Heróles, 1945: IX). Obsérvese que sólo se refiere a la URSS como a una experiencia a *tener en cuenta* —esto es: no a imitar—, atendiendo tanto a lo que llama —si se quiere muy esquemáticamente— “su aspecto positivo como negativo”. No era tarea sencilla para un hombre de tradición liberal aceptar sin más la experiencia soviética, especialmente por el carácter represivo de su régimen político y la tosquedad y el esquematismo de sus orientaciones en el plano cultural. Hay que advertir, no obstante, que S. Frondizi escribe estas páginas en 1945,

cuando el prestigio de la URSS en tanto artífice de la derrota del fascismo era muy fuerte, incluso en círculos liberal-democráticos (estas simpatías se van a ir desvaneciendo en dichos sectores a medida que se instale la guerra fría). Otro será el rumbo tomado por S. Frondizi, pero ya en ese momento se resistía a incluir a la URSS en bloque dentro de las respuestas "totalitarias", pues quería rescatar el ensayo colectivista de la economía soviética. En el mismo texto, termina afirmando que el único camino para realizar la libertad espiritual sólo puede transitarse "dentro de una economía colectivizada por y para el pueblo". Y remata: "La aplicación de dicha forma económica no importa un menoscabo de la libertad humana, sino que, por el contrario es la única que hace posible la plena y real libertad del hombre, al barrer de su camino el obstáculo que impide su libertad política y espiritual, razón fundamental de su existencia" (Prólogo a Reyes Heróles, 1945: X).

En el folleto **La crisis de la democracia** (1948) encontramos ya una abierta toma de posición teórica y política por el socialismo. Desde el punto de vista de su formación, al mismo tiempo que comienza a familiarizarse con los clásicos del marxismo —en los escritos de esta época son frecuentes las citas de primera mano de Marx, Engels, Lenin—, es notorio el esfuerzo por conocer los desarrollos marxistas contemporáneos —entre los que aparecen Maurice Dobb, Paul Sweezy, Henri Lefebvre.

Su tesis nuclear de la crisis atravesada por una antinomia central —de la que derivan otras—, es nuevamente redefinida: "La causa fundamental de la crisis de la democracia reside en la incompatibilidad existente entre el privilegio económico capitalista y la democracia como universalidad de la libertad política" (**La crisis...**, 2ª ed.: 8). La sociedad capitalista adquiere ahora un carácter —diríamos— artificial, como articulación circunstancial de dos fuerzas "en esencia antitéticas, que escribieron la historia moderna: la burguesía como manifestación económica y el liberalismo como expresión espiritual" (pp. 8-9). La democracia política fue funcional a la economía capitalista en la medida en que, como esta última, estaba también fundada en el privilegio. Parece estar glosando al Lenin de **El Estado y la Revolución** cuando agrega: "No era más que una semidemocracia o democracia aristocrática, dado que era democracia para los capitalistas y aristocracia para el pueblo" (pp.10-11). La irrupción de las masas en la vida política significó el intento de transformación de la democracia de tipo aristocrático del siglo XIX en "democracia en sentido integral", pero se encontró con la valla del propio sistema capitalista, un obstáculo estructural para la realización de la democracia. La solución aparece ahora en la "unidad fundamental que existe entre la democracia como concepción ético política y el socialismo como régimen económico" (p.21). La gestión colectiva de los asuntos económicos aparece pues como condición —y al mismo tiempo como resultado— de la gestión colectiva en los asuntos políticos. Autogestión económica y política convergían hasta identificarse en el concepto de un *socialismo autogestionario* y un *marxismo humanista* que conocerán su esplendor como alternativa y como esperanza frente a la gestión burocrática propia de los "socialismos reales", recién en los años sesenta.

El anticapitalista ético-político es ahora un socialista autogestionario, pero la tensión trágica permenece (20). Las masas que irrumpen en la vida pública "no estaban en condiciones adecuadas" para ello, situación que abrió lo que S. Frondizi denomina la "etapa demagógica".

Una de sus formas la constituyeron las experiencias reformistas en Europa —aquella que Otto Bauer denominó "repúblicas populares"— donde "el contralor económico permanece en manos del capitalismo" mientras "este deja a las fuerzas populares la dirección política de la comunidad", lo que llevó a muchos a "la ilusión de que se ha encontrado ese estado de transición ideal entre el sistema capitalista y el régimen socialista [...] Italia, Alemania, España, etc. constituyen jalones en la ruta trágica de las entregas reformistas" (p.16-17).

La otra forma —aunque S. Frondizi no utiliza esta denominación— es el populismo, esto es, la acción demagógica directa del propio capitalismo (21). El poder político es preservado por la clase capitalista, aunque intentando —a través de ciertas políticas sociales— canalizar y aprovechar el empuje de las masas populares en favor del propio capitalismo. Aquí la ilusión es que se ha encontrado “una solución intermedia entre el sistema capitalista y el régimen socialista”, lo que luego se llamaría entre nosotros una “tercera posición” (pp.17-19).

Este cuerpo de ideas alcanza una forma definitiva en la obra madura de Silvio Frondizi —su texto **Fundamento, Crisis y Porvenir de la Democracia** y especialmente su *opera magna*, **La realidad Argentina**, aparecidos entre 1955 y 1956—, pero sometidos aquí a una nueva vuelta de tuerca. El esfuerzo está puesto ahora en reinscribir sus desarrollos teóricos dentro de la concepción materialista de la historia. En el primero de estos textos glosa constantemente su obra anterior —desde el **Locke** hasta **La crisis de la democracia**, pasando por **El Estado Moderno**—, pero redefinida en los términos del paradigma marxista, y apelando no sólo a Dobb, Lefebvre y Sweezy, sino también al Marx del Prólogo a la **Crítica de la Economía Política** y del **Manifiesto Comunista**. Los tres niveles de la crisis contemporánea que ya están presentes en **El Estado Moderno** —crisis económica, crisis social, crisis política— son ahora leídos en términos de contradicciones: de la infraestructura económica, la superestructura política y la superestructura ideológica. La crisis económica es entendida como resultado de la contradicción entre la producción crecientemente socializada y la apropiación cada vez más concentrada; la crisis social aparece como el resultado de la agudización de la polarización de clases; y la crisis política es presentada como desfasaje entre capitalismo y democracia, o sea, definida por la contradicción entre la libertad postulada por la doctrina liberal y la realidad de la sociedad capitalista, que tiende crecientemente a constreñir la libertad del individuo. La integración de los temas de la filosofía política clásica en el paradigma marxista revela numerosos problemas y muestra cierto forzamiento. A pesar del renovado esfuerzo de Silvio Frondizi por conceptualizar la crisis contemporánea, el marxismo propio de la época leído en clave economicista, si por un lado le permitirá desarrollar una teoría estructural e histórica de la crisis, por otra la encorsetará en una lectura rígida de la distinción marxiana entre base y superestructura. Pues si en el meollo de su sistema Silvio Frondizi le otorga centralidad a la crisis política, cuando suscribe formalmente el marxismo economicista la centralidad la adquiere la crisis económica, pasando a adoptar la crisis política sólo un carácter *derivado*: “el desequilibrio de carácter económico *se transmitió* al plano social y de éste al político e ideológico general” (**Fundamento...**, 1956:35). Por otra parte, su insistencia en que en el origen de la crisis política debe buscarse la “carencia de una cultura política”, y que ésta a su vez se deba a “la ausencia de una verdadera escuela política” (p.32) —tarea a la que por otra parte, se entrega entonces el propio Silvio Frondizi—, resulta poco congruente —por su lógica circular, por su ingenuo idealismo— con su intento de fundamentación histórica y materialista de la crisis. Ciertas fórmulas economicistas, sin embargo, seguirán coexistiendo incómodamente con las formulaciones centrales del marxismo humanista de Silvio Frondizi.

Todavía resuena en este ensayo el hálito trágico de su obra juvenil: “El capitalismo, en esta etapa de su evolución, destruye para poder mantener su privilegio económico, todos los valores políticos y espirituales que había coadyuvado a desarrollar en la etapa en que dichos valores no constitúan un obstáculo a su acción” (p.40). La crisis no se agota en las tres dimensiones indicadas, sino que asume también la forma de una crisis existencial. “Perdida la fe en un sistema social sin que lo reemplace otro, la personalidad se desintegra, produciendo todas las deformaciones y la descomposición que padecemos en la época actual. El problema gira alrededor de la pérdida de la seguridad; de aquí que el hombre contemporáneo se lance desesperadamente detrás

de lo que afirme en alguna forma su seguridad perdida" (p.41). La búsqueda —crecientemente frustrante— de satisfacción a través del consumo desenfrenado, o la angustia existencial son las dos formas dominantes de la alienación contemporánea. Frondizi pone en evidencia aquí un singular universo de lecturas: se apoya en el historiador francés Daniel Guérin y en la antropóloga Margaret Mead para ilustrar el consumismo americano; discute el existencialismo de Sartre, Merleau-Ponty y Simone de Beauvoir apoyándose en Lukács y Lefebvre; considera al psicoanálisis "individualista" de Freud superado por la "moderna psicología" que habla del "trasfondo social de los fenómenos neuróticos": W. Reich, E. Fromm, A. Kardiner, G.H. Mead... En suma, sostiene, una concepción materialista e histórica de la crisis no puede encontrar su fundamento en los "vicios inherentes a la personalidad humana", como querrían un Sartre o un Freud, sino en un sistema social que ha agotado sus posibilidades y "se ha transformado en un obstáculo para la liberación del hombre" (pp.41-2) (22).

Una apropiación radical de la antinomia de F. Tönnies (comunidad/sociedad), lo conduce a Marx: la emancipación humana es concebida en términos de transformación de la sociedad en *comunidad*, donde el hombre, libre de trabas externas, llevará a cabo su *realización integral*. "Hay que liberar al hombre y debe realizarse tal tarea en el plano económico, social, político y espiritual. Es necesario liberarlo de toda traba que impida su realización integral. Lo primero, por supuesto, consiste en liberarlo del aplastamiento económico, que le impide realizar su vida política y espiritual. Debe además liberársele de la lucha social y realizar la democracia política, que por ser democracia perfecta, deja de ser tal para transformarse en comunidad.

"Por último, *the last but not least*, debe el hombre poder integrarse socialmente, realizar su personalidad, poder desarrollar su capacidad creadora; en fin, liberarse de los tabúes familiares y sexuales que la aplastan y que le niegan el verdadero carácter de comunidades libres basadas en el afecto y no en la coacción exterior. Solamente así será un hombre" (p.43).

En los términos de este *socialismo humanista*, no sólo la emancipación humana no es reducida a su dimensión económica, sino que no cabe una concepción *etapista* del proceso de autoemancipación, donde a una primera *etapa* de emancipación económica, deberán seguir las otras etapas del proceso. Esta concepción de la emancipación integral, como veremos luego, será clave para su visión crítica de los procesos de transición en los "socialismos reales" así como de la división del trabajo en los partidos de izquierda.

La Realidad Argentina es la *ópera magna* que condensa sus investigaciones sobre teoría política con el estudio de la realidad argentina que emprendiera diez años antes. Redactada entre 1953 y 1954, a diferencia del carácter ensayístico de su obra anterior —y a pesar de que el subtítulo reza "Ensayo de interpretación sociológica"—, los dos gruesos volúmenes adquieren por momentos un tono programático, en otros un tono doctrinario. Y fundamentalmente doctrinario es el tenor del capítulo dedicado a la problemática de la política, el poder y el Estado en **La Realidad Argentina** ("Cap. 7 - La toma del poder"). Ya en la *Advertencia* Frondizi aclara que profesa "la doctrina del materialismo dialéctico", aunque no se identifique en absoluto con el *Diamat* soviético sino con la recuperación que del mismo viene realizando —entre otros— Henri Lefebvre, librando una batalla filosófica con el partido comunista francés que desembocará en su ruptura a fines de la década.

Este capítulo repite el intento —ciertamente forzado— de reinscribir su pensamiento político en el paradigma teórico marxista. Extensas citas del **Origen de la familia** y del **AntiDühring** de Engels, de la **Crítica del Programa de Gotha** de Marx y de **El Estado y la Revolución** de Lenin intentan articularse con glosas de sus propios escritos políticos. Esta tensión irresuelta le permitirá, sin embargo, interrogar los textos de los clásicos del pensamiento marxista en clave socialista humanista. Su concepción del socialismo, aclara, "niega de por sí la

existencia de una dictadura policial de un Estado burocrático" (p.198) y está en las antípodas de la concepción stalinista del Estado. La llamada "dictadura del proletariado —resumirá— no es sino la democracia del proletariado y, por lo tanto, la democracia para la mayoría" (p.264).

Anticipemos también que la revolución cubana de 1959 marcará un hito en su pensamiento político. Frondizi está atento a todos aquellos procesos sociales en que se ensayan formas comunitarias de gestión. Siguió con interés los acontecimientos de la Resistencia, a fines de la segunda guerra, entendiendo que la derrota del Eje había producido "un violento shock en el pueblo y la consiguiente destrucción de todos los valores tradicionales. Desaparecieron las fuerzas del orden burgués y al iniciar la resistencia surgieron nuevos valores personales, nueva confraternidad, nuevas ideas. Se volcaron a la resistencia individuos de todos los sectores sociales, de todas las actividades. Junto a los obreros, actuaban elementos de la pequeñoburguesía, estudiantes, profesores universitarios, profesionales, artistas, escritores, sacerdotes. Todo esto les hizo comprender que estaba en juego algo más que sus propios intereses; que estaba en juego el destino de sus propias vidas, la de sus países, la de la humanidad toda" (Frondizi, 1965: 17). Pero si esta experiencia colectiva se había frustrado prontamente, la autogestión yugoslava y, particularmente, los Comités del Pueblo cubanos organizados tras la revolución, cuyo funcionamiento Frondizi pudo presenciar, le permitieron realimentar su crítica de la semidemocracia burguesa y de la gestión burocrática soviética, retomando su viejo *leit-motiv* de la democracia "roussonian, a través de la praxis marxista" (Frondizi, **La revolución cubana**, p. 155).

Por una parte, vuelve a repetirse en el ciclo marxista de su pensamiento un nuevo intento de síntesis doctrinaria, de cierre del sistema, de clausura de la negatividad, de orgullosa adscripción al "materialismo dialéctico". Sin embargo, la matriz antinómica de su pensamiento logra abrirse camino en el nuevo corpus marxista, replanteándose las contradicciones en otro nivel. Ya no se trata del nivel de generalidad filosófico-político de las otras antinomias, sino de las contradicciones encarnadas históricamente en el proceso de crisis, revolución y transición hacia el socialismo: la contradicción entre Realidad y Utopía, entre Política y Cultura, entre la política entendida como el arte de lo posible, y la política-utopía, entendida como arte de lo imposible; entre el partido-instrumento (maquinaria apta para la toma del poder) y el partido-anticipación (que prefigura en su seno algunas de las formas sociales y de los valores de la sociedad que se propone construir); entre el tiempo histórico y el tiempo individual.

En el período del liberal crítico, Silvio Frondizi responde a la figura del *pesimismo trágico*, al de revuelta ética contra el capitalismo, del anticapitalismo romántico. Su anticapitalismo no se transforma en político en la medida en que no hay sujeto histórico que encarne el programa de superación de las antinomias. En el período siguiente, su peculiar lectura del marxismo está atravesada por una dimensión *trágico-utópica*: las antinomias son mantenidas —aunque resignificadas—, no son resueltas dogmáticamente. Ya no hay, no obstante, pesimismo trágico: Silvio Frondizi entiende que la práctica política contribuirá a la construcción de este sujeto, cree en la resolución *histórica* de las antinomias, *aunque sólo en el límite de la utopía*. No hay resolución positiva de las mismas en los "socialismos reales", ni la izquierda "realmente existente" es la portadora de la liberación. El principio motor de la negatividad histórica, así como el principio Esperanza —en el sentido blochiano del término— Silvio Frondizi lo buscará —más allá de "Estado Guías", Jefes Infalibles o Partidos Todopoderosos— en la *praxis* autotransformadora de las masas, o en lo que —no sin cierto fervor rayano por momentos en la ingenuidad— llamará "la magnífica capacidad creadora de las masas" (S. Frondizi, en **Las Izquierdas...**, 1959:42).

La crisis —según la acertada definición que Gramsci tomó de Rosa Luxemburg— no es otra cosa que la encrucijada entre un mundo que no termina de morir y otro que no acaba de nacer. En el *pesimismo trágico* del primer Frondizi el punto entre ambos mundos lo representaba la solitaria y casi impotente figura del *intelectual tradicional*. En el socialismo trágico-utópico es el llamado ético-político para la constitución del sujeto revolucionario lo que está en el orden del día: "El país y el mundo se polarizan en dos fuerzas antagónicas, y tarde o temprano las fuerzas liberales, en el sentido más profundo de la palabra, y progresistas, tendrán que elegir entre la sociedad burguesa, agotada en sus posibilidades y en franco retroceso hacia el fascismo; o la sociedad socialista en marcha triunfal hacia la libertad. Cada uno deberá tomar su posición en la lucha: la época actual no permite debilidades ni subterfugios. ¡Todo el mundo al tablado!, como dijera Shakespeare". (S. Frondizi: "La encrucijada argentina", 1955, en **Doce años...**, 1958:69). La teoría pura se había agotado. La política tenía la palabra. De este intento del *intelectual tradicional* en erigirse en *intelectual revolucionario*, de sus alcances y de sus límites o de la *precaria unidad de la praxis*, tratan los capítulos que siguen.

Notas:

1. Wolfe, Alan, **Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo**, México, Siglo XXI, 1987, p. 103.
2. Negri, Antonio, "J.M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el 29", en **El Cielo por Asalto/2**, otoño 1991.
3. Gramsci, Antonio, **El "Risorgimiento"**, Buenos Aires, Granica, 1974, esp. p. 42. Una relectura de los Cuaderni gramscianos y un intento de conceptualización puede encontrarse en D. Kanoussi-J. Mena, **La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la Cárcel**, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.
4. Portantiero, J. C., "Estado y crisis en el debate de entreguerras", en **Los usos de Gramsci**, México, Folios, 1981.
5. Williams, Raymond, **Cultura**, Barcelona, Paidós, 1982, p. 49.
6. Hobsbawm, Eric, **Historia del siglo XX. 1914-1991**, Barcelona, Crítica, 1995, p. 116.
7. Aunque en verdad, un activo —y aún violento— intervencionismo estatal haya sido la condición para la constitución y la reproducción de los Estados liberales. V. Wolfe, op. cit., esp. cap. I y II.
8. Löwy, Michael, **Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política del joven Lukács (1909-1929)**, México, Siglo XXI, 1978.
9. Tarcus, Horacio, "Argentina 1976-1990: La crisis del Estado Populista", en **Realidad Económica**, 107, abril-mayo 1992.
10. Los límites, la fragilidad, el carácter ambiguo, hasta espúreo del liberalismo argentino, ha sido enfatizado abundantemente para que se justifique volver sobre ellos. V. los abordajes ya clásicos de José Luis Romero, **Las ideas políticas en Argentina**, Buenos Aires, FCE, 1956, 2ª ed. aumentada, esp. cap. VII y más recientemente el de Tulio Halperin Donghi, "Liberalismo argentino y liberalismo mexicano: dos destinos divergentes", en **El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas**, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- 10 bis. Hobsbawm, Eric, **Historia del siglo XX**, op. cit., p. 117. Si bien es cierto que el liberalismo contó desde el siglo XIX con otro gran antagonista, el movimiento obrero socialista, el propio Hobsbawm advierte que éste, a diferencia de la Iglesia católica, era otro vástago de la Ilustración y que, como el

liberalismo, "defendía en la teoría como en la práctica, los valores de la razón, la ciencia, el progreso, la educación y la libertad individual..." (p. 117).

11. Ibarguren, Federico, **La historia que he vivido**, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.

12. Sobre los avatares de Ramón Doll, v. el documentado libro de Diana Quatrocchi-Woisson, **Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina**, Buenos Aires, Emecé, 1995, esp. pp. 92-94 y 174-7.

13. Entendemos que la contraposición entre dos líneas de pensamiento —liberal, por un lado; nacional, por otro—, que han popularizado el revisionismo histórico y sus epígonos, es inadecuada para dar cuenta de este proceso. Preferimos proponer otro corte —entre sectores "tradicionales" y sectores "modernizadores"—, para sostener que la emergente configuración ideológica estatista, nacionalista y protopopulista atraviesa horizontalmente a las instituciones tradicionales y a las formaciones políticas y culturales existentes, desde los partidos políticos —conservadores, radicales, demoprogresistas, socialistas, etc.—, pasando por la Iglesia, hasta la misma élite dominante. Con un espíritu afín, Alejandro Cattaruzza ha alertado sobre los riesgos de entender este período a partir de la dicotomía tradicional en la historiografía entre liberales y nacionalistas, presuponiendo que las diversas fuerzas políticas y los intelectuales se adscribirían claramente en uno u otro bando. "Por el contrario, entendemos que el mundo político e intelectual argentino presentaba, en los años 30, muchas más zonas grises que las admitidas, una gran cantidad de combinaciones ideológicas a primera vista extravagantes, y una marcada inestabilidad en sus fronteras políticas e institucionales". Cattaruzza, Alejandro, **Historia y política en los años 30: comentarios en torno al caso radical**, Buenos Aires, Biblos, 1991, p. 14.

14. Coggiola, Osvaldo, **El trotskismo en la Argentina (1960-1985)/I**, Buenos Aires, CEAL, 1986, p. 24 y ss.

15. Pandolfi, Rodolfo, **Fronzizi por él mismo**, Buenos Aires, Galerna, 1968, p. 16. V. también Pisarello Virasoro-Menotti, **Arturo Frondizi. Historia y problemática de un estadista**, Buenos Aires, Depalma, 1983, vol. I: "El hombre". Para la niñez y juventud de Silvio Frondizi nos hemos valido de las biografías de su hermano Arturo, así como de sus abundantes declaraciones autobiográficas, a pesar de que las referencias a su hermano Silvio tiendan a desaparecer a medida que los textos se adentran más allá de los años 40.

16. Pandolfi, op. cit.

17. Retomamos el concepto de "conciencia trágica" tal como Michael Löwy lo ha reelaborado a partir de la obra de G. Lukács y J. Goldmann, op. cit.

18. Negri, Antonio, **El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad**, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1994, p. 77.

19. Si la Advertencia a la segunda edición de **El Estado Moderno** (fecha en mayo de 1953) anunciaba "un volumen especializado sobre la Crisis del Estado Moderno, a cuya elaboración nos hemos dedicado desde entonces" [se refiere a la primera edición de aquel libro, en 1945], menos de un año después —enero de 1954—, en la Advertencia a la primera edición de **La Realidad Argentina** señala que "hemos creído conveniente suspender nuestra labor [al respecto] para dedicar atención al problema argentino" (p. 11). Desconocemos si el trabajo suspendido alcanzó la forma de un manuscrito; en tal caso, es probable que se haya perdido en uno de los tantos avatares de la agitada vida de Silvio Frondizi, o que haya sido requisado por las fuerzas del Ejército, cuando en 1977, tres años después de su asesinato, secuestraron el resto de su archivo y biblioteca. V. Tarcus, Horacio, "Silvio Frondizi: el pensador trágico de la crisis", en **Crisis**, 56, diciembre 1987.

20. En el Prólogo a la 2ª ed. de **La crisis de la democracia** (1953) se refiere explícitamente a "la tragedia que vive el mundo" (p. 4).

21. Ciertos resabios elitistas y funcionalistas, así como la apelación a la noción de "demagogia", pueden inducir a emparentarlo con la "sociología de la modernización", desarrollada en las dos décadas siguientes, la que buscó explicar los populismos latinoamericanos —reducidos a la relación unidimensional entre un

líder demagógico y unas masas en "estado de disponibilidad"— a partir de los desfases entre una modernización económica acelerada y una modernización política incumplida. Como intentamos mostrar enseguida, la matriz teórica de S. Frondizi es muy otra, la que lo conducirá a tomar distancia de las connotaciones evolucionistas y teleológicas de la "sociología de la modernización", por no hablar de sus consecuencias políticas apologéticas.

22. Ciertos desarrollos del marxismo contemporáneo se han dirigido en un sentido similar al de Silvio Frondizi, como por ejemplo los intentos de J. Habermas y C. Offe en Alemania o de James O'Connor en los Estados Unidos de atender a las distintas dimensiones de la crisis, buscando poner en discusión el economicismo propio de las teorías meramente objetivistas de la crisis, y resaltando la dimensión subjetiva de las mismas ("crisis de motivación" en los primeros, "crisis de personalidad" en el último). V. J. Habermas, **Problemas de legitimación en el capitalismo tardío**, Buenos Aires, Amorrortu, 1975; Claus Offe, **Contradicciones en el Estado del Bienestar**, Madrid, Alianza, 1990; James O'Connor, **El significado de la crisis**, Madrid, Revolución, 1989.

CAPITULO II: LA SOCIEDAD POPULISTA Y LA RECONFIGURACION DE LAS IZQUIERDAS (1945-1955)

Lo que habitualmente se designa como el "marxismo latinoamericano", y específicamente en el caso de nuestro país, como el marxismo argentino, no suele ser otra cosa que el comunismo ortodoxo de cuño soviético proyectándose sobre nuestra realidad. Sin embargo, el curso del siglo XX parece haber puesto en evidencia que si la realidad latinoamericana, con su radical heteronomía, se había mostrado irreductible frente al "materialismo histórico" ortodoxo, los desarrollos más ricos y productivos, aquellos que fueron capaces de romper con el criterio de buscar en la historia de nuestros países el equivalente del supuesto modelo marxista de unidad del proceso histórico-mundial (con su necesaria secuencia feudalismo/capitalismo), para recuperar el método marxiano de la "crítica", fueron una serie de marxistas heterodoxos, marginales y olvidados. Luego de muchos años de proscripción, aún el comunismo oficial tuvo que terminar por aceptar la originalidad del "heterodoxo" Mariátegui frente a la probada esterilidad de su ortodoxia (1). Sin embargo, el marxista peruano es habitualmente entendido como una excepcionalidad en nuestro continente, sin parangón con otras figuras contemporáneas a él. No obstante, si bien es indudable que no hay un equivalente marxista de una figura como Mariátegui en la Argentina, hoy son prácticamente desconocidas una serie de figuras de los años 20 y 30, que, a despecho de la condena oficial, fueron interlocutoras del marxista peruano, que introdujeron y divulgaron sus textos en el país, o bien que tomaron su método y su figura como inspiración y modelo para avanzar en un proyecto de "la interpretación marxista de la realidad argentina".

La ortodoxia comunista había configurado al marxismo —a despecho del propio Marx— como un "providencialismo ochocentista", como una "ideología justificadora de la expansión capitalista en el mundo", cuya progresividad era expresión de la evolución "natural" de las sociedades (2). Los marxistas latinoamericanos —y no sólo ellos, sino todos los marxistas creativos dispersos en los rincones más distantes del planeta— se vieron obligados a poner en cuestión este esquema interpretativo incapaz de dar cuenta de la diversidad histórica.

Esa generación de marxistas argentinos "heterodoxos", haciendo a un lado el "Diamat" soviético, había buscado en Marx un método y una concepción de la historia y en Lenin una actualización de las tesis marxistas para pensar los nuevos fenómenos del mundo imperialista, la guerra, la revolución, la dominación neocolonial. El marxismo de Trotsky les brindaba, frente a la ortodoxia comunista, una teoría del desarrollo desigual del capitalismo y un análisis de la dinámica de clases en los países atrasados en una perspectiva de revolución permanente. Pero los abordajes sobre América Latina de Marx y los grandes marxistas de la generación de Lenin y Trotsky eran parciales y limitados; en el mejor de los casos, indicativos de algunas líneas a seguir. Por eso encontraron en el marxismo de Mariátegui el primer intento sistemático de dar cuenta de la realidad latinoamericana desde una perspectiva materialista sólida, al mismo tiempo que no reduccionista (3).

Este capítulo parte, antes de ocuparse de los marxistas argentinos de los 30, de una somera presentación de las principales fuentes teórico-políticas a las que podían acudir por entonces: Lenin, los documentos de la Tercera Internacional, Trotsky, Mariátegui. Los marxistas olvidados de los 30 ocuparán un lugar central en este tramo de la exposición en la medida que constituyeron la mediación teórico-política más importante entre la teoría marxista internacional y las elaboraciones posteriores de S. Frondizi y M. Peña, de quienes nos ocupamos en el segundo tramo del capítulo.

El marxismo y América Latina

La realidad latinoamericana aparecía en los años 20 y 30 como un desafío para el pensamiento marxista. Como recordó José Aricó, "ya en el debate que comprometió a apistas y marxistas desde fines de los años veinte emergió el problema de la necesidad de poner a prueba la validez de ese compacto cuerpo de doctrinas que era el 'marxismo' —de la IIIª Internacional, claro está— a partir de la *heterodoxia* de Europa representada por América" (Aricó, cit., p. 203).

En América Latina, tanto el itinerario del "marxismo ortodoxo" de la IIIª Internacional como el del peculiar marxismo de Trotsky —dos vertientes cruciales para los marxistas argentinos de las décadas del 30 y 40— tienen su punto de partida teórico-político en el ensayo de Lenin de 1916: **El imperialismo, fase superior del capitalismo**. En él se asienta la clasificación sobre la naturaleza de los Estados en la última fase del capitalismo -imperialista- según el siguiente criterio: de un lado, los grandes países imperialistas, industrializados, fuentes del capital monopolista y de la exportación de capitales; de otro, las colonias, resultado de la expansión mundial de los primeros sobre la periferia no capitalista. Entre unos y otros, Lenin coloca los "Estados semicoloniales", entendiéndolos como "formas de transición": "El capital financiero -escribe Lenin- es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa [...]. Pero se comprende, la subordinación más beneficiosa y más 'cómoda' para el capital financiero es *aquella* que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y los pueblos sometidos. Los países semicoloniales son típicos, en este sentido como 'caso intermedio'. Se comprende, pues, que la lucha en torno a esos países semidependientes haya tenido que exacerbarse sobre todo en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo se hallaba ya repartido" (4).

Páginas más abajo, el autor de **El imperialismo...** reitera que, además de "los dos grupos fundamentales de países -los que poseen colonias y los coloniales-", existen también "formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal gozan de independencia política, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática" (cit., p. 277). Lenin escoge a la Argentina como ejemplo, reproduciendo la cita de un investigador alemán que observa que este país "se halla en tal dependencia financiera con respecto a Londres, que casi se la debe calificar de colonia comercial inglesa" (cit., p. 277).

A partir de entonces el movimiento comunista internacional adoptará universalmente esta clasificación tripartita entre países imperialistas, coloniales (dependientes económica y políticamente de las metrópolis) y semicoloniales (independientes políticamente pero dependientes en lo económico). Sin embargo, el decurso posterior del capitalismo mundial iba a poner a prueba el esquema leninista, convertido luego en dogma inmodificable por sus sucesores. "Desde 1945 —nos recuerda Hobsbawm—, el mundo colonial se ha transformado en un mosaico de estados nominalmente soberanos" (5). Es que la tendencia histórica no se desarrolló en el sentido de una mayor polarización entre países imperialistas y países coloniales, donde las gamas intermedias serán meras formas de transición "entre unos y otros", sino que era la diversidad de las figuras intermedias la que se iba a ampliar y consolidar. La crisis de los grandes imperios coloniales desde fines de la primera guerra mundial y el auge del movimiento descolonizador así como una limitada industrialización de las semicolonias a partir de la segunda posguerra, impondrán que la modalidad de subordinación más "cómoda" y beneficiosa para el imperialismo pase ahora por las formas de independencia política y de mayor desarrollo económico -crecimiento del mercado interno, industrialización liviana, importación de bienes de capital- por parte de los países dependientes.

La Internacional Comunista sólo se había ocupado de la estrategia para los países coloniales y semicoloniales en sus primeros congresos de manera muy general o atendiendo sobre todo a la situación de los países asiáticos. A la hora de responder a la necesidad de una estrategia diferenciada para la región latinoamericana, donde se contaba con numerosas secciones, concentró una relativa atención sobre la situación económico-social de estos países. Sin embargo, el "descubrimiento de América Latina" por la Comintern fue tardío —comenzó en el VI Congreso, de 1928— y coincidió con el viraje ultraizquierdista del llamado "tercer período" (o período de la lucha "clase contra clase"), lo que, sumado al grave proceso de burocratización alcanzado por el Estado soviético y la propia Internacional, el libre debate y el pensamiento crítico fuesen entonces poco propicios. En dicho congreso participó un importante número de delegados latinoamericanos, que presionaron en el sentido de un esfuerzo teórico de recharacterización de sus países, quienes además presenciaron la áspera discusión entre dos de los funcionarios de la Internacional, el suizo Jules Humbert-Droz, informante sobre la situación en América Latina, y el ruso Travin.

Humbert-Droz, sin menoscabo de su ortodoxia, aparecía entonces como el más sensible de los funcionarios europeos de la Internacional ante ciertas generalizaciones excesivas. Se mostraba, por ejemplo, poco satisfecho con la etiqueta de "semicolonias" que se les colgaba a todos los países latinoamericanos. Comparaba razonablemente la situación de las colonias francesas e inglesas de las Antillas, las Guayanas y las pequeñas repúblicas de América Central con los países del Sur de América Latina, urbanizados, de población blanca y relativamente desarrollados, y anotaba "una diferencia considerable en relación con el desarrollo económico, el régimen político y la dependencia o grado de colonización de esos diversos países"(6). Estos países debían ser definidos de otro modo, pues no existían en ellos capitulaciones ni virreyes (aún cuando algunos embajadores jugaran ese papel) y porque en ellos la explotación imperialista no impedía siquiera una relativa industrialización.

Pero fueron algunos de los delegados latinoamericanos quienes se mostraron más renuentes a los encasillamientos. Un delegado colombiano señalaba el sinsentido del antiguo esquema, que llevaba, por ejemplo, a considerar a la Argentina como una semicolonia, país que de hecho era más independiente que otros que se catalogaban como imperialistas. Pero el que llegó más lejos fue otro delegado colombiano, Ricardo Paredes, quien propone aceptar una nueva categoría: la de "países dependientes", que comprendería a todos aquellos que "han sido penetrados económicamente por el imperialismo, pero que conservan una cierta independencia política, sea porque la penetración económica no es suficientemente fuerte o porque son fuertes políticamente"(7).

La agria polémica que Travin, el delegado soviético, emprendió contra los "latinoamericanistas" puede ofrecer una pauta de la línea predominante en la Internacional, así como de la enorme confusión que sus dirigentes tenían acerca del continente. Travin entendía a las sociedades latinoamericanas como feudales, sometidas a una penetración extrínseca por parte del capital imperialista. No hay en ellos, afirmaba, burguesías dominantes, ni podría haberlas: "no existe base para el desarrollo de un capitalismo nacional independiente. Esto implica que en estos países resultará imposible instaurar un régimen burgués. El capitalismo extranjero se desarrolla, pero el país sigue siendo feudal"(8).

Al año siguiente se realizó en Buenos Aires la primera reunión de los comunistas latinoamericanos, donde terminarán por imponerse estas concepciones generales y abstractas. Una simple lectura de sus actas da una idea de la enorme heterogeneidad política de los distintos delegados, así como del esfuerzo de la Internacional Comunista por uniformar política e ideológicamente a todos los partidos y grupos comunistas del subcontinente. También aquí se reproduce el contraste entre "ortodoxos" y "latinoamericanistas" (9).

La voz oficial de los ortodoxos fue la de Jules Humbert-Droz (el camarada Luis), representante del Komintern, y su principal punto de apoyo y el ariete contra los disidentes fue la

delegación argentina. El PCA venía de sobrellevar una serie de agudas crisis internas, de las que sobrevivió en cada momento aferrándose a la línea oficial proveniente de Moscú. Así, los comunistas argentinos siguieron hasta las últimas consecuencias la táctica política del "tercer período", e hicieron de las tesis sobre el carácter feudal de estas sociedades, y sobre el carácter democrático-burgués de la revolución, un dogma indiscutible. Humbert-Droz aparece más aferrado que un año atrás a la ortodoxia, defendiendo temas como la clasificación de los países coloniales y semicoloniales, o la asociación entre el capital imperialista y los "señores feudales locales", aunque siempre con más flexibilidad e ilustración que, por ejemplo, los delegados argentinos.

El intento crítico de atender a la historia específica del subcontinente, de pensar la especificidad de los capitalismo en los países atrasados, de dar cuenta del doble rol de la penetración del capital imperialista, de dar cuenta de la problemática indígena, de la cuestión nacional, de las peculiaridades regionales, de las específicas problemáticas culturales, provino de los delegados peruanos, portadores de los informes que José Carlos Mariátegui redactó en lo fundamental e hizo llegar en nombre de su partido a la Conferencia. Pero la "desviación latinoamericanista" de los peruanos fue agriamente cuestionada por los oficialistas, y con especial virulencia por Victorio Codovilla, principal informante y autor del "Proyecto de Tesis sobre el Movimiento Revolucionario en América Latina".

Los peruanos fueron acusados por los oficialistas, entre otras cosas, de "embellecer" a la penetración imperialista en América Latina, por el solo hecho de afirmar que su propia dinámica socavaba las relaciones "feudales" y promovía la creación de relaciones capitalistas (**Correspondencia Sudamericana**, 1929: 333-335) y, significativamente, de sobrevalorar "la importancia de los factores espirituales" (Ibid, p. 329). Sus posiciones fueron condenadas entonces como "graves errores políticos" y el pensamiento de Mariátegui fue definitivamente desterrado de la Internacional (su canonización como "primer marxista latinoamericano" es varias décadas posterior).

Es que, como ha observado agudamente Flores Galindo, para Codovilla y el resto del comunismo oficial era inconcebible hablar de algo así como una "realidad peruana", pues, "para la Komintern sólo existían los países 'semicoloniales', definidos por una específica relación de dependencia al capital imperialista, y era esta condición -como interpreta José Aricó- que permitía trazar una táctica y una estrategia definidas a nivel continental. El Perú era igual que México o la Argentina. De allí que no fuera necesario indagar por el pasado de cada uno de estos países y que bastara con una aproximación al conjunto del continente..."(Galindo, 1982: 28).

A partir de entonces y durante décadas, los comunistas latinoamericanos se conformarían con la etiqueta de "semicolonia" para definir a sus países, entendiendo que la base económico-social de los mismos era "feudal o semifeudal". El VII Congreso de la Internacional Comunista (1935), que cierra la etapa ultraizquierdista e inaugura la época de las alianzas amplias en los Frentes Democrático Antifascista o Antimperialista, mantendrá ese esquema, pero modificará la caracterización de las burguesías locales: si en el "tercer período" se hablaba de la "inexistencia" de las burguesías nacionales —entendidas como meros agentes del imperialismo—, desde 1935 los comunistas, en la afanosa búsqueda de aliados antimperialistas o antifascistas, buscarán discriminar a las oligarquías vernáculas de las "burguesías nacionales", atribuyéndoles caracteres antimonopolistas, industrialistas, democráticos y antimperialistas. No es difícil comprender, pues, cómo se malograron los mejores talentos historiográficos del comunismo latinoamericano — como Luis Sommi o Rodolfo Puiggrós en el P.C.A.— al tener que amoldarse al chaleco de fuerza de semejantes esquemas y de tan rotundos virajes (10).

Pero si en el plano de las ideas estos giros bruscos impedían cualquier tipo de acumulación teórica, en el plano de la práctica política las consecuencias fueron más graves. Los comunistas

latinoamericanos se deslizaron de la táctica de Frente Obrero a la del Frente Antimperialista primero, y de ésta a la del Frente Antifascista, después; es bajo la inspiración de esta línea táctica que el imperialismo angloamericano —en el período de acercamiento diplomático de la URSS con las potencias aliadas— es presentado como abanderado del progreso y de la paz; y es también este período cuando los comunistas latinoamericanos buscan identificar su enemigo en términos de lo que pintorescamente denominarán el "fascismo criollo". Esto conducirá a los comunistas cubanos (PSP) a colaborar con la dictadura de Fulgencio Batista entre 1939 y 1944, a los comunistas colombianos a apoyar al Partido Liberal en el poder, al PC chileno a participar en la experiencia del Frente Popular (1938-1948), al comunismo argentino a impulsar la Unión Democrática...(11).

Los trotskistas latinoamericanos, en cambio, se vieron mucho más estimulados a una comprensión histórica y social del subcontinente, pues además de la obra de Lenin y de los aportes de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, pudieron partir del legado teórico de Trotsky. El viejo revolucionario nunca alcanzó una comprensión histórica de las sociedades latinoamericanas comparable al dominio de las especificidades nacionales que demuestra en sus análisis sobre Francia, Inglaterra y España. Si bien el exilio mexicano (1937-1940) favoreció su acercamiento a esta realidad, sus escasos textos referidos a Latinoamérica no fueron más allá - ni tampoco lo pretendieron- de sugestivas orientaciones históricas y políticas para abordarla. No obstante esto, y por general que fuera el análisis de Trotsky al respecto, contaba con una serie de ventajas en relación a las conceptualizaciones de la Komintern. En primer lugar, Trotsky descartó de plano el carácter feudal de estas sociedades, y tendió a pensar el atraso en los términos del propio desarrollo capitalista, que —según sus términos— adoptaría no el carácter de una expansión progresiva y lineal, del centro a la periferia, sino un carácter *desigual y combinado*. Los países atrasados, coloniales y semicoloniales, son los que acceden tardíamente a la industrialización capitalista, en momentos en que los países donde se inició la acumulación y desarrollo del capitalismo habían entrado en la etapa imperialista. El capital comercial, industrial y financiero de estas naciones imperialistas penetró en los países atrasados en parte destruyendo las economías precapitalistas y en parte subordinándolas a la lógica del capital. Esta situación explica la existencia simultánea de formas arcaicas junto a las más modernas, uno de los efectos más visibles del desarrollo desigual y combinado del capitalismo.

En segundo lugar, Trotsky aportaba una concepción mucho más realista de las clases dominantes latinoamericanas, tan distante de la posición de la IC entre 1928 y 1935 que sostenía su virtual "inexistencia", como de la posición que le siguió desde 1935: una burguesía nacional con todos los atributos para impulsar la revolución agraria, democrática y nacional. Trotsky parte de la tesis de una debilidad estructural de las burguesías nacionales latinoamericanas como consecuencia múltiple de "la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado" y rescata del legado de Marx la categoría de *bonapartismo*, que la IC había echado en el olvido. "Los gobiernos de países atrasados -escribe Trotsky-, es decir, coloniales y semicoloniales, asumen en todas sus partes un carácter bonapartista o semibonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y los campesinos, mientras que los otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco-militar. Esto determina asimismo el destino de los sindicatos. Ellos están bajo el patronato especial del Estado o sometidos a cruel persecución". El análisis de Trotsky concibe, pues, la posibilidad de que una burguesía local aproveche un conflicto interimperialista o busque apoyarse en el proletariado o en el campesinado para resistir parcialmente a las fuerzas del capitalismo extranjero y lograr una mayor autonomía económica y política. En este sentido, apoyará enfáticamente en los 30 la

política del general mexicano Lázaro Cárdenas de expropiación de las compañías petroleras angloamericanas.

Finalmente, hay otra distinción capital en el legado de Trotsky y que se refiere a la problemática de las "etapas" y de la estrategia revolucionaria. Mientras para la IC el camino de ruptura con el carácter feudal o semifeudal latinoamericano era el de la revolución agraria, antifeudal y de carácter democrático-burgués, para Trotsky el programa de la revolución agraria sólo podía ser llevado adelante por medio de una alianza obrero-campesina que, sin detenerse en la "etapa" agrario-democrática, impulsara la transformación revolucionaria de estas sociedades en el sentido socialista. Las burguesías locales de ningún modo podían ser aliadas estratégicas, sino que era la tarea de la vanguardia proletaria atraerse al campesinado para una lucha común que adquiriese carácter continental, y cuya meta sería la de los Estados Unidos Socialistas de América Latina (12).

Los análisis del viejo revolucionario ruso sobre estos problemas van apareciendo a lo largo de los últimos 30 y primeros 40, no sólo en la prensa trotskista, sino también en la prensa independiente y hasta en los diarios del gran capital. En febrero de 1940 el diario **Crítica** de Buenos Aires reproducía una carta que Trotsky había dirigido a **El País** de Cuba, en que criticaba la táctica del "frente antifascista" en América Latina, donde —argumentaba— la cuestión democrática está indisolublemente ligada a la penetración imperialista. Concluye en ella que "es imposible luchar contra el fascismo sin combatir el imperialismo" (13). Además, en 1938 un dirigente sindical de izquierda, Mateo Fossa, tuvo oportunidad de entrevistar a Trotsky en México y preguntarle sobre su punto de vista en cuanto a la situación latinoamericana. El relato del sindicalista argentino, así como el texto de la entrevista, fueron ampliamente difundidos en la prensa trotskista local, luego reproducidos en folleto y, finalmente, incluidas en diversas recopilaciones de textos de Trotsky sobre la cuestión latinoamericana. "No estoy lo suficientemente al tanto de la vida individual de los países de América Latina para permitirme dar una respuesta concreta sobre las cuestiones planteadas por usted. Es claro para mí, de cualquier manera, que las tareas internas de esos países no pueden ser resueltas sin una lucha revolucionaria simultánea contra el imperialismo" (14).

La izquierda argentina en los años previos al peronismo

Si los años 30 fueron, como señalamos antes, años de crisis y transfiguración, los 40 verán emerger un nuevo perfil de sociedad que, en sus rasgos básicos, iba a mantenerse hasta los años 70. Comienza entonces a conformarse lo que muchos denominarán la "sociedad populista". Y dentro de esa década de los 40, el nudo histórico lo constituyen los escasos tres años que transcurren entre el 4 de junio de 1943 - fecha del golpe militar que derroca al presidente Castillo- y el 24 de febrero de 1946 -cuando se celebran las elecciones que darán el triunfo a la coalición peronista, lapso clave en que se condensan y precipitan un sinnúmero de procesos precedentes, y donde se hace patente que todo un orden social previo, con su modalidad de acumulación, con su peculiar configuración de clases, con su específica relación entre el Estado y la sociedad, con su particular cultura política, formaba parte de un pasado irreversible.

Estos procesos, resultado sobredeterminado de la crisis mundial de 1929 y de la recomposición capitalista que le siguió, adoptaron la forma de transformaciones moleculares en los 30, para terminar condensándose y cristalizando en formas relativamente estables a partir de la década siguiente. Los ejes de esas transformaciones fueron la dinámica de crecimiento industrial por "sustitución de importaciones", el proceso de creciente intervencionismo estatal en la economía y la configuración de una poderosa clase obrera industrial. Una fracción de la élite

dominante, a través de un equipo de gobierno que liderará Federico Pinedo, pondrá en marcha los pilares de una nueva modalidad de acumulación capitalista. Este equipo -recordará J. C. Portantiero- "comenzará a aplicar un keynesianismo *avant la lettre*, tratando de ajustar los proyectos locales de crecimiento a la opción proteccionista con que los países imperialistas acomodaban su salida a la gran crisis" (Portantiero, 1987 : 15).

Los acontecimientos de los años 43-45, sin embargo, aparecieron ante los ojos de la mayor parte de los actores políticos de la época como una irrupción súbita, como un corte apocalíptico que dividía irreversiblemente a la historia argentina en un *antes* y un *después*. Si para los sectores beneficiados con el nuevo orden la emergencia peronista aparecía como una figura providencial, para todos los sectores perjudicados o desplazados se trataba de una suerte de Apocalipsis, de asalto de la barbarie sobre la civilización, o de versión vernácula de "rebelión de las masas"... Mientras el peronismo ganaba a las masas, "todos los actores del sistema político de los 30 van a seguir evocando los temas en los que habían quedado fijados: conservadores, radicales, socialistas y comunistas hablan, desde la Unión Democrática, para un país que agonizaba" (Ibid. : 16)

La paradoja se hace tanto más aguda en el caso de los grandes partidos de izquierda de la época -el Partido Socialista y el Comunista- incapacitados para caracterizar el momento de crisis y transformación previo, lo que significó que la emergencia del peronismo los hallase desarmados política y teóricamente. Y la crisis que se abre en estos partidos manifiestamente a partir de fines de febrero de 1946, contrastará acentuadamente con el crecimiento que, cada uno a su manera, había experimentado en la década previa. Es que los signos de una crisis política larvada pero profunda no siempre se manifiestan bajo la forma más explícita de crisis organizativa. Considerando a posteriori, resulta evidente que la consolidación institucional, la conquista de un electorado o la penetración en un movimiento social no sólo no constituyen procesos irreversibles, sino que además no impiden que una aguda crisis política comience simultáneamente a hacer su aparición.

Es cierto que la gravedad de la situación internacional no contribuía a una clarificación. En el caso del PS, la pérdida del referente internacional indudablemente tuvo su peso: la Internacional Obrera Socialista, heredera de la IIª Internacional, se sobrevivió penosamente a sí misma a lo largo de una década y media de parálisis y desconcierto, para languidecer a fines de la década del 30. Las fuerzas de la socialdemocracia internacional recién se reconstituirían en 1951, en otro contexto histórico y sobre nuevas bases políticas. En el caso del PC, la vigorosa irradiación que aún desplegaba la Internacional Comunista, el estricto control que ejercía sobre sus partidos miembros, actuó en sentido opuesto: constreñía a una organización que venía pugnando trabajosamente por constituirse en expresión política del proletariado argentino, a amoldarse a las necesidades, las directivas y los zigzagueos de la política exterior de la URSS.

En lo que respecta al PS, esta organización, en los años previos al peronismo aparece, más que como el partido socialista obrero en sus orígenes, como un partido urbano propio de la aristocracia obrera y los sectores medios plebeyos. Es cierto que no ha perdido su importante presencia sindical, pero en los años 30 comienza a hacerse visible el divorcio entre la política sindical (cada vez más librada a su propia suerte) y la orientación política general del partido, encaminada fundamentalmente hacia la conquista de un electorado en los centros urbanos (especialmente en la Capital) y la labor parlamentaria. Esta orientación se vio favorecida por la virtual proscripción del radicalismo en el primer lustro de la década del 30, con lo que buena parte del electorado radical se canalizó hacia la Alianza Demócrata Progresista-Socialista. La bancada parlamentaria socialista que en 1932 alcanza su máxima representación (43 diputados y dos senadores) centrará su labor en la denuncia de hechos de corrupción administrativa y en la propuesta de una moderna legislación social. Pero este partido que ostentaba a fines de siglo pasado y principios del presente una ideología de avanzada, que se jactaba, frente a conservadores y

radicales, de ser el único "partido de ideas", aquel que había atraído a los mejores intelectuales de la época, parecía en los años 30 haber agotado su capital teórico-político (en buena medida, definido por Juan B. Justo, que había muerto en 1928 dejando un vacío teórico considerable) y no revelaba capacidad alguna de renovarlo. Sin negar el mérito y el carácter parcialmente innovador de obras como las de Rómulo Bogliolo o Jacinto Oddone, no existían condiciones dentro de una estructura política crecientemente centralizada y controlada por un grupo de poder (cuya figura patriarcal era Nicolás Repetto) para que nuevas camadas de militantes hicieran un ajuste de cuentas con la tradición justista y promoviesen una renovación teórico-política.

El "viejo y glorioso" partido había nacido y crecido como ala izquierda del régimen oligárquico-liberal, con la tolerancia y hasta con el beneplácito de ciertos sectores de la élite dominante. Su rival electoral fue, antes que las fuerzas conservadoras, el radicalismo, cuyo difuso movimiento de ideas "había enturbiado las claras aguas de una política que, en el modelo ideal del Partido Socialista, debía dividir a la sociedad entre, por un lado, la burguesía modernizante, forjadora de un capitalismo progresista y, por el otro, las clases laboriosas y los sectores cultos y avanzados del país organizados en torno al socialismo" (Nudelman, 1987: 18).

Este imaginario social sobrevivirá en el PS a lo largo de los 30 y primeros 40 y es a partir del mismo que intentará en vano dar cuenta teórica y políticamente de esa "anomalía" que ante sus ojos es el peronismo. Con esta imagen se articulará otra proveniente del marco internacional, y es la que se resume en la contradicción democracia/fascismo. El peronismo —desde su prehistoria, con el golpe militar de junio del 43— será entendido y combatido como una forma de *fascismo criollo*, que nuevamente venía a enturbiar la imagen del proceso social de racionalización y democratización crecientes, donde a los socialistas les cabría un rol de vanguardia. Tras una activa militancia contra el régimen juniano, el PS impulsó la formación de la Unión Democrática desde 1945, y después de su derrota en febrero de 1946, definió como el "peligro mayor" del momento presente al "fascismo criollo, clérigo-militar-capitalista", o sea, el peronismo. Si en 1930 el PS favoreció el golpe militar, si en los 30 creció electoralmente a expensas de la abstención radical, en los 40 y 50 se hará manifiesto un proceso de derechización, cuyo pico máximo será la consecuente participación en el golpe militar de 1955, y cuyo desenlace, cuando la crisis de identidad partidaria se haga evidente, será a partir de 1958 la diáspora de las organizaciones socialistas (15).

José Aricó observó la paradoja de una izquierda —tanto socialista como comunista— que en los 30 contribuyó a forjar un vigoroso movimiento de unificación sindical y, en cierto sentido, político, de la clase obrera, con el consiguiente reforzamiento de su tendencia histórica a la conquista de su autonomía frente al resto de la sociedad y el Estado; que en la segunda mitad de esta década detentó "una posición directriz, por no decir hegemónica" en el movimiento obrero, para rematar pocos años después, en una situación de desencuentro histórico con las masas nunca resuelta hasta el presente (Aricó, 1987: 15-16). Y esta paradoja se hace aún más aguda en el caso del PCA, pues si el desenlace en la Unión Democrática y el antiperonismo militante es similar al del PSA, el proceso de ese partido, sin embargo es muy otro.

La literatura especializada ha abundado sobre las dificultades a las que se veía sometida una organización reciente, sin mayor implantación social, sin tradiciones, al tener que ajustarse al rumbo cambiante de la Internacional Comunista, cuya política había dejado de responder a los intereses y necesidades del internacionalismo proletario que justificaron su formación, para responder progresivamente a las necesidades de la política exterior del Estado soviético. Durante el llamado "tercer período de la IC, el de la política ultraizquierdista signada por la consigna de la "lucha clase contra clase" (1928-1935), el partido de Ghioldi y Codovilla vive encerrado en un imaginario insurreccionalista, concentrando sus principales ataques en el PS y la UCR,

convertidos entonces en sus enemigos políticos. Esta política sectaria, sin embargo, como ha observado Aricó, tuvo el mérito indirecto de orientar su política hacia la clase obrera, promoviendo una "proletarización" partidaria que rompía el cerco pequeñoburgués de los orígenes (Ibid.: 16).

La reorientación de la IC en su VII Congreso (1935) en el sentido de impulsar la creación de Frentes Populares —el Frente Antifascista en Europa, el Frente Antimperialista en los países semicoloniales y coloniales—, permitieron al PC ampliar el espectro de sus alianzas, extender su trabajo sobre el movimiento obrero a otros sectores sociales, y revalorizar —en clave de "la cuestión nacional"— el pasado argentino.

No insistiremos aquí en los límites y la fragilidad de un cambio drástico de rumbo, en parte impuesto desde el exterior, que sacudieron al entonces joven partido comunista desde el más ultramontano de los sectarismos, hasta el más extravagante oportunismo, desde el catastrofismo ultimista en el diagnóstico de la crisis capitalista, al panegírico de Roosevelt y su New Deal; del rechazo en bloque de las tradiciones históricas y culturales del liberalismo decimonónico, a su asimilación acrítica a su propio pasado. Esto no impidió que, en la segunda mitad de los 30, el PCA sumara a su ya ganada inserción en los sindicatos, una importante legitimación social a través de su trabajo en instituciones culturales (AIAPE, Colegio Libre de Estudios Superiores...), organizaciones de solidaridad internacional (Comité Antifascista Argentino, Mujeres contra la Guerra, Solidaridad con la República Española, etc.) y tantas otras que lo llevaron incluso a obtener "una presencia social que no condecía con su real dimensión partidaria" (Caldelari, M., 1987:18).

Vicisitudes locales —cuya consideración escapa a este trabajo— llevaron al PCA a deslizarse desde la propuesta del Frente Antimperialista (la táctica recomendada por la IC a los países atrasados) a la propuesta del Frente Antifascista en la Argentina, y a reinterpretar la realidad argentina en clave de la oposición democracia/fascismo. Desde 1942 el PC viene convocando insistentemente a socialistas, demoprogresistas, radicales y aún a conservadores, a la constitución de un frente centrado en un programa de consignas democráticas, antifascistas. La "estrategia", argumentarán los comunistas, es que una revolución democrática a fondo debe atacar las bases materiales del fascismo, esto es: "la transformación de la economía atrasada y semifeudal agropecuaria, en una economía uniforme de tipo capitalista" (Codovilla, 1946: 175). Desde 1943 el enemigo principal pasará a ser, pues, el "nazi-peronismo", por lo que el PCA impulsa la constitución y finalmente apoya a la Unión Democrática en las elecciones de febrero de 1946. La derrota de esta última sume en el desconcierto a los comunistas argentinos, de modo que el Congreso que los reúne en agosto de ese año (XI Congreso), sin modificar el cuadro de análisis ni la línea estratégica, "archivó la identificación pública del peronismo con el fascismo, disolvió los sindicatos paralelos dirigidos por militantes comunistas y se atuvo a la táctica de 'apoyar lo positivo' y 'criticar lo negativo', formulada por primera vez, justamente, a propósito del gobierno peronista" (Altamirano, 1992: 3) (16).

A este somero cuadro de situación de la izquierda tradicional de la época, habría que agregar la rápida burocratización de estas organizaciones, donde las direcciones terminan constituyéndose en verdaderos grupos de control: lo que en el PS los sectores disidentes identificaron, entre peyorativa e irónicamente, como "la familia" (aludiendo a los vínculos familiares que unían a algunos de los máximos dirigentes, como Justo y Repetto), y lo que en el PC se identificó como "los que viajan a Moscú" (Codovilla, R. Ghioldi), es decir, aquellos dirigentes que monopolizan las relaciones con la IC, verdadera usina de poder y principio de todos los virajes partidarios. Todos aquellos excluidos de los "viajes" y que quedaban a cargo de la política local, servían como "chivos

expiatorios" al regreso de los "viajeros" que, munidos de la "línea correcta", necesitaban buscar los culpables a las desviaciones (17).

Otro elemento a tener en cuenta a la hora de comprender la descolocación histórica de estas organizaciones frente a las transformaciones casi cataclísmicas que se producen en su entorno, es su carácter de "sociedades en miniatura", con sus propios códigos morales, su interpretación de lo bueno y lo malo, su visión de la historia y de la realidad, desarrollados cada vez más autónomamente frente a una sociedad que se rige por otros códigos y valores. Lo que ha observado R. Forster para el PS de los años 30 y primeros 40, bien puede hacerse extensivo al PC de la misma época: "una organización partidaria de características integristas, suerte de sociedad paralela, se ve casi imposibilitada para adaptarse convenientemente a las nuevas situaciones en la medida en que su propia estructura tiende a reproducir inercialmente las viejas formas y valores societales. Dicho de modo más tajante: el Partido Socialista no sólo careció en los años treinta de un discurso renovador, aunque algunos sectores lo hayan buscado infructuosamente, sino, fundamentalmente, que su esclerosis organizativa minó la posibilidad misma de producir y expandir en el interior del partido ese discurso, esto es, reproducir infatigablemente la vía tradicional a través de la cual los socialistas obsecuentemente atravesaron la realidad. Su propia historia lo paralizaba, le impedía dar el salto cualitativo y crecer social y políticamente" (R. Forster, 1987: 20).

Paradójicamente, los últimos 30 y los primeros 40 son en cierto sentido, años de profunda politización. La Argentina de esta época contaba con un movimiento obrero cada vez más vigoroso y organizado, una sociedad sacudida por los acontecimientos internacionales —la guerra civil española primero, la guerra mundial después—, un movimiento cultural muy animado. La industria editorial conoce momentos de auge y las ediciones argentinas se irradian por todo el mundo de habla hispana. La cultura de izquierdas se alimenta además con la presencia de emigrados italianos y españoles perseguidos por los regímenes de Mussolini y Franco. Detrás de la despolitización a que empujaban el fraude y la corrupción del régimen de Justo, Ortíz y Castillo, aparecían otros signos claros de politización y ansias de rebeldía (que Perón, capaz de descifrar esos signos, logró canalizar a su favor). Pero el problema que nos interesa destacar es que todos aquellos obreros politizados al calor de las luchas gremiales, todos aquellos jóvenes e intelectuales que se politizan y se radicalizan en oposición al régimen político y bajo el influjo de los acontecimientos mundiales, se van a topar con una izquierda sumida en la desorientación, incapaz de descifrar los procesos de transformación de la época, que había perdido su carácter de avanzada intelectual, que estaba burocratizada y tan cerrada sobre sí misma que comenzaba a adquirir las determinaciones de la secta política. Esta es la situación de la izquierda tradicional cuando Silvio Frondizi y Milcíades Peña abrazan las ideas socialistas. El ajuste de cuentas con ella era la condición para seguir adelante.

El intelectual marxista asoma a la política:

Silvio Frondizi, 1943-1955

Los años que van de 1943 a 1945 no sólo marcan un corte profundo en la historia argentina, sino que también serán un punto de inflexión en el pensamiento y la vida de Silvio Frondizi. Por un lado, concluye la redacción de **El Estado Moderno**, obra con la que cierra su etapa de liberal crítico y que le significará cierto predicamento a nivel local e internacional como cientista político. La publicación se ve favorecida no sólo porque aparece en un momento de politización y en un contexto de debate sobre el destino del Estado, sino también porque —a diferencia de su obra anterior, el **Locke**, o sus folletos sobre **El feudalismo y El pensamiento político de N. Machiavelli**, módicas ediciones de la universidad tucumana, de reducida circulación— aparece

editada en 1945 por la prestigiosa casa Losada, uno de los epicentros de la cultura de izquierdas de la época, fundada precisamente por un exilado español.

Pero, por otro lado, estos acontecimientos políticos precipitan agudas transformaciones en su vida personal así como en su relación como intelectual con la sociedad. Así recordaba este período el propio Silvio Frondizi algunos años después: "estaba en la Universidad de Tucumán en condición de *full-time*, con una posición intelectual y económica absolutamente cómoda. Por esta época (1942-43) había prácticamente concluido el volumen **El Estado Moderno. Su génesis**. Debía comenzar la segunda parte sobre **La Crisis del Estado Moderno**; no podía sentirla a fondo viviendo como vivía. El pretexto de un conflicto me llevó al medio de la calle a vivir personalmente la crisis. Durante varios años viví, después de haber sido profesor titular y publicado numerosas obras, con un ingreso muy modesto" (Frondizi, **La Realidad Argentina**, vol.II, pról. a la segunda edición, 1960: III).

La "excusa" a que alude Frondizi es la intervención a la Universidad tucumana (así como a otras instituciones educativas del país) tras el golpe militar del 4 de junio de 1943 timoneado por los militares nacionalistas del GOU. Gustavo Martínez Zuviría, conocido entonces por su seudónimo literario de Hugo Wast y claramente identificado con la doctrina fascista, es designado Ministro de Justicia e Instrucción Pública, y bajo sus designios se dispone, entre otras medidas, que se imparta oficialmente la enseñanza religiosa en las escuelas y que se intervengan las Universidades, cesanteándose numerosos profesores y autoridades educativas.

Una verdadera legión de fascistas avanza sobre Tucumán con el objetivo de consumir la "contrarreforma": Alberto Baldrich es designado interventor en la provincia; Adolfo Silenzi de Stagni es su secretario; Federico Iburguren, comisionado municipal de la capital de esa provincia; Santiago de Estrada, interventor en la Universidad. Una idea del clima que se vivía entonces puede proporcionarla el hecho siguiente: cuando el presidente Ramírez, forzado por las circunstancias, rompe relaciones con el Eje, el 26 de enero de 1944, Federico Iburguren emitió un decreto por el que dispuso el duelo del municipio y el embanderamiento de la ciudad con banderas a media asta y crespones, y Santiago de Estrada hizo cerrar en señal de duelo también, y como protesta, las dependencias de la Universidad por siete días (18).

La orientación ultramontana de las recientes intervenciones acaso tornaron aún más irrespirable el aire de la vieja casa de estudios tucumana para quien estaba despertando una creciente vocación política. Más que la causa, la intervención oscurantista parece ser el catalizador que acelera la toma de decisiones. Silvio Frondizi renuncia entonces al Consejo Académico de la Universidad y dirige, con fecha 23 de noviembre de 1943, una encendida Carta abierta a sus alumnos: "Los chacales y cuervos que se arrojan sobre la cultura moderna se equivocan, aún no es cadáver y no lo será; todos aquellos que conocemos y amamos nuestra cultura estamos dispuestos a defenderla, porque su muerte importaría nuestra muerte" (Frondizi, cit. en **Doce años...**, 1958:23).

En marzo de 1946, un mes después de las elecciones que darían el triunfo a la fórmula peronista, Silvio Frondizi es separado de todos sus cargos docentes. La "excusa" se ha consumado, lo que le permite instalarse definitivamente en Buenos Aires, desde donde va a desplegar su nueva prédica política, ahora como intelectual socialista. Comenzará aquí a ejercer su profesión de abogado, instalándose en el estudio jurídico que comparte su hermano Arturo con el Dr. Ricardo Bodo, instalado en pleno centro de la ciudad. Su actividad docente se concentrará entre 1944 y 1947 en el Colegio Libre de Estudios Superiores, una institución de enseñanza pública, no estatal, que, sobre la base de un amplio acuerdo, había sido fundada en 1930 por diversas personalidades del ámbito cultural local de filiación liberal, socialista y comunista (Roberto Giusti, Alejandro Korn, Luis Reissig, Aníbal Ponce y otros, a los que luego se sumarán figuras como Jorge Romero Brest, los hermanos José Luis y Francisco Romero, Ricardo M. Ortiz o Arturo Frondizi; este

último dirigirá entonces el órgano de publicaciones de la institución, **Cursos y Conferencias**). De acuerdo al sistema de "cátedras libres", S. Frondizi tendrá a su cargo la de Derecho Político.

Pero una vez que hubo descendido de la torre de marfil tucumana para arribar a la ciudad porteña, epicentro de la actividad cultural y política del país, el intelectual socialista iba a tener el primero de sus desencuentros con la *intelligentsia* progresista y las organizaciones de la izquierda tradicional (PS y PC). Pues así como en 1930 sus simpatías por el movimiento universitario reformista no lo conducen a apoyar el golpe que encabeza el general Uriburu —al contrario, su militancia estudiantil de resistencia a la dictadura lo arroja por primera vez a la cárcel en 1931, cuando tenía 24 años—, la discriminación ideológica de que fue objeto a partir de 1943 —agravada en 1946— no lo lleva a acercarse a la "oposición democrática", aunque comparta con ella, en apariencia, todo un mundo de ideas y valores. Por el contrario, su diagnóstico *teórico* de la caducidad del liberalismo, de su repliegue elitista tras la "rebelión de las masas", hallará entonces su correlato *práctico*.

El 31 de agosto de 1945 el PC realizará un acto en el estadio Luna Park, donde su dirigente Rodolfo Ghioldi convoca a radicales, conservadores, socialistas y demoprogresistas a enfrentar el gobierno de facto de Farrell-Perón y constituir una Unión Democrática. Se precipitan las negociaciones y los acuerdos entre los partidos de oposición, que el 19 de setiembre convergen en la "Marcha de la Constitución y la Libertad", en la que además de los dirigentes políticos locales participa el embajador norteamericano, Spruille Braden, y a la que apoya el conjunto del movimiento estudiantil y todo el arco de las corporaciones empresariales. Su reclamo inmediato es que el poder pase a la Corte Suprema de Justicia, para luego convocar a elecciones. La Unión Democrática recién se formalizará el 14 de noviembre, cuando consagre a la fórmula Tamborini-Mosca como candidatos a la presidencia y vicepresidencia, respectivamente.

Entretanto, en junio de ese mismo año, Silvio Frondizi enjuicia al movimiento universitario del momento, observándole que no está a la altura de las circunstancias históricas. Si bien esta juventud ha demostrado en el pasado inmediato su vocación democrática frente a las fuerzas totalitarias, se hace visible hoy que tras el fin de la guerra "el estado actual del problema político es otro". En efecto, "terminada la guerra mundial, han quedado nuevamente frente a frente las fuerzas antagónicas que representan a dos formas de cultura, a dos concepciones del mundo, las que pueden resumirse en dos expresiones: burguesía y democracia" (Frondizi, "La juventud universitaria frente al problema político", en **Doce años...**, 1958:12-14). Tres meses después, la crítica se hace extensiva a "La Unidad Democrática". Si la contradicción central es la que opone al "capitalismo" con una "democracia" que se base "en un concepto colectivista de la economía", cualquier frente político que busque una solución progresista al "problema político" debe atender a una unidad "ideológica: es decir, entre fuerzas afines. Toda otra conjunción de fuerzas heterogéneas, basada en una necesidad consustancial, tiene, por su misma índole, carácter momentáneo, y se disuelve tan pronto como desaparece el motivo externo que mantuvo unidas dichas fuerzas" (Frondizi, en **Doce años...**, 1958:0-12).

Pocos días después de constituida la Unión Democrática, la crítica de Silvio Frondizi se torna más clara y directa, en un claro esfuerzo por abandonar el abstruso lenguaje de la filosofía política académica. En sus "Reflexiones sobre la crisis política", aparecidas el 24 de noviembre de 1945, hace un llamado a la "comprensión", a despojarse de "nociones y métodos que han practicado durante años", a las fuerzas de izquierda que "se enfrentan al coronel Perón". Frondizi advierte contra la idealización nostálgica del pasado anterior al golpe de setiembre, pues el pueblo vivía en una "completa apatía cívica". Paradójicamente, el golpe tuvo, según S. Frondizi, un efecto politizante y movilizador para el pueblo: "Al enseñarnos a luchar en su contra, nos enseñó a luchar contra cualquier reacción". Por otra parte, "la acción dictatorial puso al descubierto —por

necesidades de su política demagógica— problemas económico sociales de candente actualidad”. No es que la izquierda —apunta Frondizi— haya desconocido estos problemas, sino que los ha sacrificado en función de sus alianzas coyunturales. Lo que condujo a una situación donde “la dictadura pretende arrebatarnos la bandera social que en ningún instante *debimos* abandonar” (subrayado nuestro). En suma, para Frondizi, que ya habla de las izquierdas en primera persona del plural, “la lucha contra la dictadura no nos debe hacer olvidar la lucha contra *toda* fuerza retrógrada, porque lo fundamental no es solamente que la dictadura desaparezca, sino que el país no vuelva al estado anterior completamente repugnante”(subrayado de SF). Esto es, las izquierdas no tienen por qué optar entre la dictadura presente y la democracia fraudulenta pasada, sino luchar unida con sus propias insignias y banderas. Si el peronismo triunfa —advirtió S. Frondizi— en parte será el producto de “nuestra propia incapacidad” (Frondizi, en **Doce años...**, 1958: 15-18).

Pero más allá de estas primeras exploraciones en la política argentina (notables por su independencia de criterio frente a un entorno cerradamente antiperonista), su primer abordaje sistemático a la problemática nacional va a ser su folleto **La crisis política argentina. Ensayo de interpretación ideológica**, cuyo prólogo está fechado en marzo del 46. En el mismo advierte sobre los límites de ese trabajo, realizado por “un profesor en teoría política general al asomarse hacia la realidad en que vive”, y que reconoce, hasta entonces, no haber “trabajado nunca, científicamente hablando, sobre la realidad argentina” (p.5). No obstante la modestia con que lo presenta el autor, este trabajo marca el punto preciso del giro de los estudios de Silvio Frondizi hacia la historia y la política nacionales, y contiene en escorzo las ideas y hasta la estructura de lo que dentro de diez años será su obra capital, **La realidad argentina**.

En el mismo prólogo advierte que su “independencia absoluta de criterio” no le impide tomar “una posición definida según su propia ideología” (p.5). Aunque recién se va a presentar explícitamente como comprometido teórica y políticamente con el marxismo unos meses después (en setiembre de 1946, como se verá luego), la confesión de escribir desde “su propia ideología” contrasta notablemente con el distanciamiento objetivista que todavía campea, no sin vacilaciones, en **El Estado Moderno**. Decía en aquella obra: “Dentro de las múltiples causas que pueden producir esta catástrofe científica, se destaca la falta de imparcialidad al tratar el problema, pues si resulta relativamente difícil despojarse de preconcepciones, inclinaciones y tendencias personales al estudiar una realidad (...), la dificultad se acentúa en forma extraordinaria cuando se trata de bosquejar soluciones...” (Frondizi, **El Estado Moderno**, 2ª ed., 1954: 179). El contraste entre ambos textos, separados tan sólo por un lapso de dos años, da una idea cabal del corte operado en su pensamiento.

El presente ensayo es, pues, su primer ajuste de cuentas, más o menos sistemático, con las fuerzas políticas de su país, especialmente en las de izquierda. Comienza con un balance del radicalismo, “ponderable fuerza de progreso” en sus primeros tiempos y signo del “ocaso de la oligarquía argentina”, aunque luego sumido en una crisis partidaria, resultado de su composición social heterogénea, su falta de claridad programática y de capacidad combativa. El golpe militar del 4 de junio de 1943 es el resultado de un poder militar que venía ganando autonomía en relación a un poder civil basado en el fraude y la corrupción, crecientemente incapaz de asegurar la continuidad en la dominación. Así, “la revolución del 4 de junio tuvo por objeto salvar a las fuerzas reaccionarias del país, amenazadas por la incapacidad de los hombres gobernantes” (p.14).

A diferencia de la opinión liberal y socialista de la época, S. Frondizi vislumbrará los “aspectos positivos” que surgían de estos acontecimientos. En primer lugar, el golpe juniano antes y el peronismo después habían contribuido a la politización de las masas; con ellos “comenzó a despertarse la conciencia del pueblo”. En segundo lugar, el peronismo no es entendido por Frondizi como *causa* de la crisis presente, sino a lo sumo como una de sus tantas manifestaciones; no era el

resultado de "la acción de una persona" demagógica y con ambiciones de poder personal, sino un auténtico "fenómeno social". La política del Coronel Perón consistió en comprender el estado de vacancia de las masas y su potencial politización como sostén de su régimen, lo que le permitió "empujar a la oposición, especialmente a las fuerzas de izquierda, hacia la derecha. En esa forma el peronismo surge como el único movimiento social revolucionario del país y su líder, el coronel Perón, está en condiciones de aparecer para las masas, como el Mesías" (pp.19-20).

Sin embargo, el éxito del mismo se debe "más que a su capacidad, que es poca, a los vicios y errores de las fuerzas opositoras", especialmente de las fuerzas de izquierda, de quienes debió esperarse otra respuesta. Estas calificaron las jornadas del 17 y 18 de octubre como la irrupción de "la chusma vomitada por las barriadas fangosas de Avellaneda, Berisso y Alta Córdoba" y vieron a Perón como el "culpable directo de las jornadas, olvidando que más culpable que él era la estructura social que había hecho posible tanta miseria" (p.21). El desencuentro entre el peronismo y las izquierdas, concluye, "anuló una de las más grandes posibilidades de progreso que se hayan presentado jamás al país". Un entendimiento entre ellos que desembocase en alguna forma de "frente popular" hubiese permitido, en pocos años, "barrer definitivamente de nuestro país los últimos restos de la oligarquía terrateniente y clerical, que están pesando como carga trágica sobre nuestro progreso general. No se puede pensar sin profunda pena en esta oportunidad perdida" (p.23).

Pero la izquierda no sólo desaprovechó esta oportunidad histórica, sino que se vio empujada a "una conjunción con las derechas", la Unión Democrática. Esta verdadera "aventura de las fuerzas reaccionarias del país", orientada por las corrientes de la oligarquía, consistió en llevar a la izquierda "hacia su propio juego, anulando su peligrosidad como fuerza de renovación y progreso" (p.25).

Sin duda, Frondizi tiene en mente fundamentalmente al PC, pues entiende que el PS hace mucho había optado por una estrategia legalista y evolucionista. El comunismo internacional en cambio, "responde en sus líneas generales a la primera y más profunda tentativa realizada hasta el presente para superar la crisis del estado burgués-liberal. Ello explica que juegue en todos los países un papel sobresaliente en la lucha ideológica" (p.46). Sin dejar de identificarse con la ideología comunista y de abogar por la constitución de "frentes populares", Silvio Frondizi tomará distancia crítica del PC local, observando su excesiva supeditación a las necesidades de la política, el "crudo realismo que domina la política del partido", así como el abandono en el presente de su identidad revolucionaria para limitarse a una táctica legalista de mera defensa del orden democrático. "El resultado final de esa mala política puede ser la pérdida de la bandera de redención social y por consiguiente el abandono de las masas" (pp.46-47).

La crítica al PC, no obstante, es tamizada, y se la puede entender incluso como un intento de diálogo crítico. Después de todo, Silvio Frondizi, un intelectual liberal que viene ganando considerable prestigio, saluda el intento soviético, adhiere teóricamente al comunismo y reconoce una misión histórica al Partido Comunista argentino. Sólo le observa desaciertos políticos graves en la hora presente, pero entiende que en el pasado "el partido comunista había mantenido siempre en el país su actitud revolucionaria" y cree que "aún está a tiempo de reaccionar. Si no lo hiciera —agrega— habría perdido la razón de su existencia" (pp.46-47).

Sin embargo, el acercamiento crítico entre Frondizi y el PC no iba a ser posible. Es que el autor de **La crisis política argentina** iba a tocar, sin tener plena conciencia de su repercusión política y teórica, dos puntos claves. El primero, ya mencionado, era la absoluta subordinación de la línea política nacional del partido a las necesidades de la política exterior de la URSS. El segundo era de carácter programático, y remite a la estrategia de la "revolución por etapas" que la Internacional Comunista había sancionado desde el VII Congreso (1935), y que había hecho suyo el PCA. Según dicha estrategia, en todos aquellos países donde no se hubiesen consumado las tareas

democrático-burguesas, los comunistas debían aliarse con los sectores progresistas y democráticos de la burguesía para impulsar la revolución democrática. Recién en una hipotética segunda etapa, en sociedades industrializadas donde se hubiese constituido un proletariado maduro, se libraría la lucha contra las fuerzas del capital en su conjunto para la realización de la revolución socialista.

Sin un conocimiento cabal de la situación del comunismo mundial, Silvio Frondizi infiere, no obstante, que la política del PCA de subordinar la lucha social a la democrática, tiene “su origen en la creencia, compartida por muchos marxistas, de que en el país no existen aún las condiciones necesarias para que pueda plantearse el problema social” (p.26). Según esta estrategia, la revolución socialista no está en el horizonte: ella “no es posible, comparando el incipiente desarrollo industrial de nuestro país, con el de las grandes potencias capitalistas. Se agrega que es necesario realizar previamente la industrialización del país, y esperar la correspondiente formación del proletariado, para que pueda pensarse seriamente en el planteamiento de los problemas sociales”. Frondizi entiende que se trata de “un error doctrinario, o mejor dicho de una interpretación excesivamente rígida de la doctrina marxista” (p.40).

Se comprende, pues, que el desencuentro entre Silvio Frondizi y el PCA —y la posterior rivalidad política— fuesen necesarios. No sólo porque, como vimos antes, el comunismo argentino estaba fuertemente burocratizado y no admitirá que un intelectual independiente le enseñe a interpretar más “flexiblemente” el marxismo. El punto clave es que estaban recorriendo caminos opuestos: mientras el PCA comenzaba a descubrir, desde 1935 en adelante, las virtudes de la burguesía democrática, Silvio Frondizi ve sacudido su credo liberal cuando descubre que las burguesías ya no cumplen un rol progresista en la historia ni se interesan por preservar, ni mucho menos desarrollar, las conquistas democráticas. Cuando el PCA trataba de constituir un linaje que partía de los hombres de Mayo, Silvio Frondizi estaba empeñado en un ajuste de cuentas con el pasado liberal. El rol de las burguesías y el potencial de la ideología liberal iban a ser, pues, el primer detonante de sus discrepancias.

El segundo, que va a desembocar en choque abierto, va a relacionarse con la problemática del capitalismo contemporáneo. La estrategia de la “revolución por etapas”, tal como había sido criticada por Trotsky en la segunda mitad de los años 30, implicaba un desconocimiento del capitalismo como un proceso mundial cuya expansión no sólo generaba desarrollo sino también subdesarrollo. O, dicho en otros términos, el capitalismo tenía un desarrollo “desigual y combinado”. Las economías nacionales no eran sino momentos de este proceso mundial, por lo que considerarlas aisladamente significaba un abandono de una de las conquistas teóricas más importantes del marxismo y del leninismo. Desde luego que había que atender a las especificidades nacionales, especialmente a la inserción de cada país en la economía y la política mundiales. “En otras palabras, el proceso de la revolución mundial, si bien es la concatenación de luchas de clases ‘nacionales’ que alcanzan un punto explosivo, posee al mismo tiempo una unidad orgánica en sí, y que no es sino la otra cara de la unidad orgánica del mercado capitalista mundial. De esta unidad se desprende una internacionalización cada vez mayor de las fuerzas productivas, de las operaciones del capital, y por lo tanto de la lucha de clases” (19).

Sin un conocimiento directo de la obra de Trotsky y con una lectura aún limitada de la de Lenin, Silvio Frondizi intentará sostener su tesis del carácter socialista de la revolución que avizora, sobre la base de una teoría que denomina la “integración mundial del capitalismo”. A propósito de este tema, en setiembre de 1946 concluye su ensayo **La evolución capitalista y el principio de soberanía**, que edita inmediatamente bajo un sello propio: Centro de Estudios Políticos. Como se infiere de su título, se propone allí someter a revisión el principio de soberanía en que se fundan los modernos Estados-nación sobre la base de las transformaciones del sistema

capitalista a nivel mundial, que a partir de la posguerra habría entrado en una nueva etapa de su desarrollo. La primera de estas etapas —estudiada por Marx— es la del capitalismo de libre competencia, o bien, el de la competencia entre las distintas naciones capitalistas en proceso de constitución. A esta siguió la del imperialismo, estudiada por Lenin, caracterizada por la formación de los sistemas capitalistas nacionales. Implicaba una acentuación del desarrollo desigual de las naciones, donde las más avanzadas penetraban lentamente en las atrasadas a través de la exportación de capitales. Frondizi entiende que con la guerra mundial el capitalismo habría ingresado en una tercera etapa, la de la integración mundial capitalista, caracterizada por un grado aún mayor de internacionalización del capital, por una recomposición de los países imperialistas de la cual Estados Unidos emerge como “potencia rectora”, y una nueva división internacional del trabajo. Este nuevo marco tendrá como consecuencias: una modificación del sistema colonial (las colonias pasarán a convertirse en semicolonias, esto es, el imperialismo “cede en un aspecto —el político— para ganar en otro —el económico”), las semicolonias se verán parcialmente beneficiadas por una industrialización liviana limitada, propiciada por las propias metrópolis imperialistas y, finalmente, la creciente internacionalización capitalista tenderá a borrar, dentro de cada país, la diferencia entre capital imperialista y capital nacional. Esa integración, además, se vería reforzada —sobredeterminada— por la presencia de la URSS, que empujaría aún más a las potencias imperialistas a potenciar su integración.

Este trabajo implicaba, pues, una doble ruptura: por un lado con el pensamiento juricista, al reconsiderar la problemática de la “soberanía nacional” a partir de su “base material”, esto es, la dinámica del capitalismo mundial. Por otro, con el horizonte teórico y político del comunismo oficial. La nueva situación nacida en la posguerra y las renovadas contradicciones del sistema le indicaban que la oposición libertad/totalitarismo, sin ser abandonada, debía ser subsumida en otra más abarcativa: capitalismo vs. socialismo. Las izquierdas corrían el riesgo de difuminar su identidad confundándose con las presuntas burguesías nacionales, en nombre de la emancipación nacional.

La respuesta del comunismo oficial no se hizo esperar. Estuvo a cargo de su máximo líder, Rodolfo Ghioldi, y apareció en el órgano oficial **La Hora** del 16 de marzo de 1947, bajo el título “La supuesta semejanza con la teoría del superimperialismo de Kautsky”. En un tono violento y desarrollando una argumentación previsible, Ghioldi refuta el “revisionismo” de Frondizi, sosteniendo la actualidad de las tesis de Lenin sobre el imperialismo y la innecesariedad de inaugurar una nueva etapa del capitalismo. “El señor Frondizi no duda de haber lanzado al mundo una nueva teoría. Falsa como es, ella carece de originalidad. Su ‘integración mundial capitalista’ se parece como una gota de agua a otra gota de agua, a la teoría del ‘ultraimperialismo’ de Kaustsky, elaborada hace 32 años. Fue Lenin quien la refutó, en 1915, en ‘Krack de la II Internacional...’ ”.

La contrarréplica tampoco se demoró. En un nuevo folleto fechado en abril de 1947 y editado un mes después, Frondizi aprovechó al mismo tiempo que respondía al PCA, para desarrollar y explicitar mejor sus tesis: **La integración mundial, última etapa del capitalismo (respuesta a una crítica)**. No le costó deslindarse de la acusación de “kautskismo”, dado que mientras el teórico alemán entendía que la tendencia a la explotación común del mundo por un capital financiero internacionalmente unido atenuaría progresivamente las contradicciones del capitalismo, él sostenía que en la “tercera etapa” la contradicción fundamental entre la socialización progresiva de la economía y la apropiación privada se agravaría. “En conclusión, mientras Kautsky creyó que el sistema capitalista podría sobrevivir, nosotros creemos que su desastre es inevitable” (p. 22; no numerada en el original).

Pero Frondizi comprende el sentido político de fondo de una crítica tan encarnizada. Es que su tesis de la “integración de un frente mundial capitalista conduce irremediamente a la formación de un frente mundial anticapitalista e invalida el argumento de la necesidad de que nuestro país

cumpla con la llamada 'revolución democrático-burguesa'. Esta posición sólo sirve para encubrir una farsa: mientras se proclama en teoría la revolución proletaria en el milenio, en la práctica se realiza una entrega vergonzosa al capital nacional y, a través de éste, al internacional" (p.19).

Su divergencia con el PCA se abisma, se torna programática, estratégica. Se centra en las responsabilidades de su conducción, que logró "tomar y conservar la dirección del Partido Comunista, llevándolo gradualmente a una existencia vegetativa". Ante una realidad en constante transformación, Ghioldi y el conjunto de la dirección se torna "incapaz de repensar los problemas que plantea la situación contemporánea, se aferra a un pasado desaparecido, aparentando ampararse en el manto del leninismo. Lo que hace es negar su esencia" (p.10).

Por primera vez —en parte como resultado de su propia evolución y en parte empujado por las circunstancias— Silvio Frondizi habla como marxista, como leninista, como revolucionario. Se arroga una capacidad de comprensión del marxismo que escaparía a la izquierda tradicional. Sin embargo, todavía no ha hecho una crítica explícita de la política de "frentes populares" que propiciaba en sus trabajos de 1945-46, pero sintomáticamente estos no aparecen mencionados en el texto de 1947. Y entre sus fuentes teóricas, aparece Stalin, nada menos que para fundamentar la distinción entre marxismo dogmático y marxismo creador (p.7). Todavía quedaba un largo camino por recorrer en el ajuste definitivo de cuentas con la izquierda tradicional.

Los años que van de 1947 a 1955 son los que le permitirán andar este camino. Interrumpida su actividad docente, restringida su actividad pública, estos años estarán dedicados al estudio, por un lado de la estructura económico-social argentina; por otro de la teoría marxista.

Es en el transcurso de estos años que su frecuentación con los textos de Marx, especialmente con los escritos de la juventud, lo orientarán a un marxismo de corte humanista, donde se replantearán las oposiciones entre el hombre y el ciudadano, lo público y lo privado, la teoría y la práctica. El encuentro con la obra de Henri Lefebvre ratificará este camino comenzado bajo los auspicios de Mondolfo. En Rosa Luxemburgo y en el Lenin de **El Estado y la Revolución** hallará un desarrollo y una confirmación de sus tesis sobre la revolución socialista como realización de la democracia total, como gestión directa de los productores en los asuntos económicos y políticos. Finalmente, el descubrimiento del Trotsky de la revolución permanente le brindará un sustento teórico y político a sus primeras definiciones sobre el carácter socialista de la revolución.

El trotskismo argentino en los '30

En tanto, al margen de la izquierda tradicional aunque también en polémica con ella, se ha ido configurando a lo largo de los años 30 un movimiento trotskista en Argentina que, a pesar de lo menguado de sus fuerzas militantes, despliega un entusiasta esfuerzo de difusión y aún de elaboración teórica. Más que auténticas organizaciones políticas se trata, más bien, de núcleos ideológicos nutridos por grupos que se separan del PC o el PS, a los que se suman muchos jóvenes que llegan por primera vez a la política como resultado del poderoso influjo que ejercen las ideas y la figura de León Trotsky.

La gravosa tarea que el viejo Trotsky había asignado a su movimiento y a sí mismo era la de preservar "el legado de Octubre", esto es, representar un puente, por frágil que este sea, para transmitir esta herencia revolucionaria desde la vieja generación bolchevique a las nuevas generaciones, separadas ambas por la "larga noche del nazismo y el stalinismo".

Es este, pues, el trotskismo de la época heroica, calumniado, perseguido, sometido al doble fuego del stalinismo y de las clases dominantes. Perry Anderson ha hecho justicia sobre esta tradición olvidada, enfatizando que esa rica herencia teórico-política es una de las fuentes insoslayables para cualquier renacimiento teórico del marxismo. Pero también ha señalado que la prolongada derrota

del proletariado internacional y las condiciones de marginación que estas condiciones impusieron a las organizaciones trotskistas, dejaron su huella en esta tradición. "Su reto al espíritu del tiempo (...) le impuso sus penalidades particulares. La reafirmación de la validez y realidad de la revolución socialista y la democracia proletaria, contra tantos hechos que la negaban, inclinó involuntariamente esta tradición hacia el conservadurismo. La preservación de las doctrinas clásicas tuvo prioridad sobre su desarrollo. El triunfalismo en la causa de la clase obrera y el catastrofismo en el análisis del capitalismo, afirmados de forma más voluntarista que racional, iban a ser los vicios típicos de esta tradición en sus formas más rutinarias" (20).

Se trata por lo común de pequeñas organizaciones (o mejor, de pequeñas formaciones), lideradas por personalidades fuertes a quienes —como el propio Trotsky observaba— "no gusta ir en el sentido de la corriente" (21), de carácter más ideológico que político, con escasa (o entonces epidérmica) intervención en los movimientos sociales. La idea de sentirse los transmisores de un riquísimo legado que corría el riesgo de desaparecer les permitió sostenerse férreamente en condiciones de hostigamiento y marginación, pero también propició a menudo una actitud dogmática —casi talmúdica— en la utilización de los textos sagrados (Marx, Engels, Lenin, Trotsky) y alimentó tal narcisismo en los líderes de cada grupo, que éstos se vieron sometidos a un estado de permanente querrela donde las pequeñas cuestiones de poder se presentaban bajo la forma de sesudos debates doctrinarios (22).

Sin embargo, mientras la humanidad vivía una de las épocas de mayor regresión, cuando el internacionalismo había caído en el descrédito y los nacionalismos cada vez más beligerantes iban a desembocar en otra guerra mundial, los trotskistas contribuyeron, en la medida de sus fuerzas, a que los sectores más politizados del movimiento obrero no cayeran en la estrechez localista o en las ilusiones nacionalistas, difundiendo análisis políticos concebidos de acuerdo a una matriz mundialista. Sus periódicos informaban, pues, mucho más que cualquier otra corriente política de la época, sobre los avatares de la revolución española, la situación de la clase obrera alemana, los preparativos a la guerra, la industrialización en la URSS o la política de la Internacional Comunista. Pero el hecho de que estas organizaciones no tuvieran origen en grandes procesos o acontecimientos de la lucha de masas local, así como el prometeico esfuerzo por preservar una herencia internacionalista a contracorriente, tuvo también sus costos e impuso al movimiento sus límites. Fue, con todo, un conjunto de hombres y mujeres notables, obreros, gremialistas, periodistas, docentes, intelectuales. Fueron difusores de ideas de avanzada, que en algunos casos adquirieron sólida formación y dejaron aportes al pensamiento nacional. Héctor Raurich (1903-1963) fue el inspirador teórico de toda esa generación. Abogado de profesión, se consagró al estudio de la filosofía y la cultura modernas. Dictó numerosos cursos y dejó una considerable obra inédita e inconclusa, de la que sólo publicó en vida algunos artículos en revistas de la época. Sus discípulos reunieron, después de su muerte, muchos de sus textos inéditos: **De la crítica como creación, Notas para la actualidad de Hegel y Marx y Hegel y la lógica de la pasión.**

Antonio Gallo (n.1913) fue su discípulo y amigo. Juntos viajaron a la España republicana y conocieron a Andreu Nin y a los militantes del POUM. De regreso al país en 1932, Gallo, bajo el pseudónimo de A. Ontiveros, anima durante una década la vida de uno de los grupos trotskistas locales -la LOS, Liga Obrera Socialista- y escribe dos notables folletos de análisis de la realidad argentina: **Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista** (1933) y **¿Adónde va la Argentina?** (1935). Se retira de la vida política hacia 1941 y se instala en los EEUU como investigador de temas económicos en una dependencia de las Naciones Unidas.

Angélica Mendoza (1902-60), que se había destacado como dirigente gremial en las huelgas de docentes en 1919 en Mendoza, su provincia natal, militó junto a Raurich en los primeros años de vida del PC y se separó de éste en 1925 formando parte de la fracción de los "chispistas" -así llamados porque editaban el periódico **La chispa**. Militó en los años 30 en el grupo trotskista que

inspiró Raurich y lideró Gallo. Fue, pues, además de destacada docente y gremialista, activa militante trotskista y feminista. Doctora en Filosofía y letras, a ella se debe la traducción de la **Filosofía del Derecho** de Hegel que publicó Editorial Claridad. A fines de los 30 se aparta del movimiento para dedicarse a la actividad académica en el extranjero. Regresa al país en 1955 para ejercer la docencia universitaria en Mendoza, ciudad donde muere cinco años después.

Además de Angélica Mendoza y Gallo, otra de las figuras del llamado "grupo Raurich" -en alusión a quienes lo reconocían como figura intelectual, estudiaban en sus cursos, o simplemente participaban cada tanto de sus tertulias político-filosóficas- fue el periodista Carlos Liacho, pionero traductor de una de las obras de juventud de Marx: **Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel**, también editada por Claridad. Otro destacado periodista trotskista de la época fue Luis Koiffman (1900-1978). De origen ruso, había sido militante socialista y miembro fundador del PCA, del que rompió con la fracción de los llamados "frentistas" (por postular un frente con el PS) a principios de los años 20. Editó la revista **Visión**. También proveniente del PC, se destacó por entonces el rosarino David Siburu, que editó en los 30 **Nueva Etapa** en colaboración con Gallo.

Una de las más personalidades más activas, vigorosas y controvertidas del trotskismo argentino de los 30 es, sin duda, Liborio Justo. Nacido en 1902, hijo del general Agustín P. Justo que llegara a ser presidente de la Argentina, Liborio se aparta tempranamente de la senda familiar. Aparece ligado -siendo estudiante de medicina- al movimiento de la reforma universitaria y a los grupos culturales de vanguardia de la época. Luego de una breve y periférica experiencia en el comunismo, adhiere al trotskismo a mediados de los 30 e intenta unificar a los dispersos grupos que se reclaman de esta corriente. Es el inspirador de una pequeña organización, el GOR (Grupo Obrero Revolucionario, luego LOR, Liga Obrera Revolucionaria), desde la cual desplegará una enérgica actividad de difusión política, alternando la edición de los trabajos de Trotsky y los de la prensa trotskista internacional con otros de propia elaboración. Editó el periódico **La Internacional** y una serie de folletos. Sostendrá en aquellos años, en polémica con Gallo, una peculiar lectura de las tesis trotskistas de la revolución permanente en clave de "liberación nacional". Habiendo fracasado en su intento político, se repliega desde los 40 en la literatura y la investigación histórica. Su obra más ambiciosa es una historia argentina en cinco volúmenes, **Nuestra patria vasalla**.

El trotskismo de los años 30 también tuvo sus dirigentes obreros. Pedro Milessi (1890-1981), obrero metalúrgico y destacado militante sindical, había hecho su paso previo por el anarquismo y el comunismo, antes de militar en la LOS de Gallo. Editó la revista de pensamiento marxista **Inicial**. Mateo Fossa (1896-1973), que también provenía del PC y había roto junto a la fracción "chispista", llegó a ser secretario general del gremio de la madera. Militó en la LOR de Liborio Justo y visitó a Trotsky en México en 1938. Miguel Medunich Orza, de origen yugoslavo, militó en el gremio del transporte, y dejó unas memorias desencantadas de su paso por los grupos políticos de la época: **Los intelectuales de izquierda vistos por un obrero** (1970) (23).

Otra de las figuras más interesantes de la época por sus cualidades de animador cultural fue Enrique Espinoza (seudónimo de Samuel Glusberg). No era, estrictamente hablando, un trotskista, ni formó parte de sus organizaciones ni intervino en sus querellas, aunque mantuvo relaciones con Raurich y su grupo. Era más bien un marxista libertario, antirreformista y antistalinista, cuyo horizonte intelectual lo aproximaba al pensamiento de Trotsky y al de otros trotskistas o intelectuales simpatizantes de Trotsky, cuya obra difundió en Argentina y Chile. Fue un infatigable editor de revistas, la más importante de las cuales fue **Babel. Revista de arte y crítica**, que primero tuvo su sede en Buenos Aires y luego en Santiago de Chile, editada en total durante treinta años. En ella aparecieron trabajos de Mariátegui, Sidney Hook, Dwight Mac Donald, Edmund Wilson, Waldo Frank, Bertrand Russell, Trotsky, Raurich, Luis Franco, etc. Glusberg visitó a Trotsky en México hacia 1938 y se carteo con el revolucionario ruso y con su secretario, Jean Van Heinhoort. Mantuvo asimismo amistosa correspondencia con José Carlos Mariátegui entre 1927 y

la muerte del peruano. Glusberg llegó a ser el hombre de confianza de Mariátegui en la Argentina, el encargado de preparar la proyectada instalación del autor de los **Siete ensayos** en nuestro país, que vino a frustrar su prematura muerte, y el principal responsable de publicar, distribuir y hacer conocer sus artículos y sus libros en el país. No deja de ser significativo que el encuentro del peruano con el marxista libertario argentino sea casi simultáneo al desencuentro entre Mariátegui y los comunistas, y que sean, en nuestro país, los trotskistas quienes sepan apreciar desde un comienzo su obra. Antonio Gallo, por ejemplo, acudió a los trabajos de Mariátegui para sus estudios sobre la realidad argentina y llamó la atención sobre "la notable personalidad de este marxista latinoamericano", a quien invitaba a defender frente a los "innobles ataques" de apristas y stalinistas (24).

El debate Gallo/Justo sobre la "liberación nacional"

Como se podrá apreciar por esta somera descripción, se trata de un grupo de personalidades notables, hoy verdaderos marxistas olvidados. Su propio pensamiento y su esfuerzo de difusión del pensamiento crítico internacional sólo se abrirán paso indirectamente, a través de su influjo sobre figuras como S. Frondizi y Milcíades Peña.

Pero en muchos casos sus preocupaciones políticas son aún de carácter programático y sus intervenciones adquieren a menudo un tono demasiado doctrinario. Un simple repaso de la prensa trotskista de la época evidencia que la abundancia de notas teóricas o internacionales va en desmedro de análisis o aun de información sobre la sociedad o la política nacionales. Las notas locales se limitan, muchas veces, a encendidas polémicas con las posiciones políticas del momento del PS y el PC, más que a análisis sustantivos propios.

En ese tenor doctrinario, los trotskistas argentinos de esta década se concentrarán, no obstante, en un sofisticado y precursor debate teórico sobre la naturaleza social de la Argentina, el nivel alcanzado por su desarrollo capitalista, el grado de dependencia con relación al imperialismo y, de ahí, sobre el carácter de la revolución que se planteaba en el país. Era para ellos una problemática crucial, pues de acuerdo a cómo se respondiese a dichos problemas, se desprendería la naturaleza de la revolución: ésta sería democrático-nacional, o bien directamente socialista.

Recién unos años más tarde, en los 40, donde se harán visibles transformaciones que molecularmente se operaban desde una década atrás, se producirá entre los grupos trotskistas un significativo desplazamiento en el tenor discursivo. El debate virará entonces hacia lo económico, social e histórico. No es que la problemática de los 30 desaparezca, sino que el trotskismo de los años 40 le imprimirá un carácter más histórico, con mayor afán empírico, al debate que heredan de los trotskistas de los 30 en torno a "la cuestión nacional y la liberación nacional". Pues el debate de corte más bien político-doctrinario de los 30 iba a ejercer a su modo, un fuerte influjo después (y no sólo, como veremos luego, sobre el movimiento trotskista).

Pero detengámonos brevemente en este punto. Los trotskistas argentinos de los años 30 participarán activamente en el debate local sobre las consecuencias para la Argentina de la crisis mundial y el conflicto interimperialista que desembocará en una nueva guerra mundial. Intentarán dar cuenta de la naturaleza del país, del nivel de desarrollo alcanzado por sus fuerzas productivas, del grado de dependencia de las metrópolis imperialistas. De ahí intentarán desprender una caracterización de las clases sociales en el país: la naturaleza de la clase dominante, el grado de madurez y el peso específico del proletariado industrial sobre el conjunto de las masas, el rol de los sectores medios o el potencial de los sectores pobres del campo. Su referente teórico será el marxismo clásico, especialmente el Lenin de **El imperialismo...** y el Trotsky de la **Historia de la Revolución Rusa** y de los numerosos escritos contemporáneos que ellos mismos contribuyen a

difundir. Pero además de Trotsky, encontraron, como se ha señalado, en la obra de Mariátegui, un intento creativo y libre de lectura de la realidad latinoamericana, cuyo influjo será decisivo sobre esta generación.

Uno de los esfuerzos más significativos de caracterización de la realidad argentina provino entonces de Antonio Gallo, que escribía con el seudónimo de A. Ontiveros (25). Se reconocía discípulo de Héctor Raurich, pero mientras su maestro se concentraba en la problemática filosófica y estética, el precoz Gallo se orienta a la práctica militante y los análisis políticos. Apenas tiene 19 años cuando aparece su folleto **Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista** (1933, redactado entre noviembre y diciembre de 1932). Su referente inmediato es, sin duda, el **XVIII Brumario de Luis Bonaparte** de Marx. Como éste, busca la significación profunda de un golpe de Estado yendo más allá de los pormenores del hecho político y la acción intencional de los "principales" actores. Busca explicar lo que aparece como un hecho coyuntural a partir de una situación estructural. El propio desarrollo del relato recuerda el texto de Marx: la introducción teórico-metodológica, el análisis estructural de la formación social, la puesta en movimiento a partir de dicha estructura de los actores sociales y de sus representantes políticos. Y hasta en el tratamiento de algunos de los personajes históricos, como el del general Uriburu, que recuerda al despiadado retrato que Marx hiciera de Luis Bonaparte, o el del senador conservador Sánchez Sorondo, presentado como un lamentable remedo de Fouché.

La introducción, centrada en ciertas cuestiones de la dialéctica marxista, así como las referencias teóricas que a lo largo del texto se hacen a Hegel y a Marx, tienen el sello de los estudios filosóficos de Raurich. El texto no deja adoptar cierto tono programático, especialmente cuando cuestiona el vaciamiento del materialismo histórico en manos de los "detentores actuales del comunismo oficialista" y plantea la necesidad de volver el marxismo hacia la interpretación de la realidad nacional que, aclara Gallo, "es aquí cosa poco menos que virgen" (p.7 y 8).

No es que no se hubiesen realizado hasta entonces intentos de pensar la realidad nacional desde el marxismo. El problema consistía en que una asimilación formal del marxismo, que buscara entender la sociedad argentina (y la de los países del subcontinente) mediante una aplicación lineal del modelo que Marx había organizado en **El Capital** a través del esquema artesano-manufactura-gran industria, difícilmente diese resultados concretos. "Habría a quienes esta retrospectiva no acomode, por no atenerse al clásico esquema marxista: artesano, manufactura y gran industria". Sin embargo, continúa Gallo, insistiendo en la especificidad histórica del subcontinente, "No hemos surgido a la historia resultando de la evolución de los gremios y corporaciones. El período del artesano es para las ciudades nuestras de ignorancia absoluta" (p. 9-10). La ausencia de un pasado feudal que revertir, de artesanos, siervos, campesinos y señores al estilo europeo, había impuesto condiciones específicas a la emergencia del capitalismo argentino. Éste no provino "desde adentro", producto de algún tipo de industrialización intrínseca, sino desde afuera, como resultado de las condiciones del mercado mundial desde mediados del siglo XIX:

"Bajo la directa e inmediata presión del capital internacional aparece en el país la industria capitalista, posesionándose de un campo primitivo, virgen, que no choca con la tradición y la cultura corporativas. El mismo capital internacional fluye en nuestro país por las venas de los empréstitos estatales y el cauce de las iniciativas privadas. Luego, y a comienzos del siglo presente, se instalan las actuales grandes industrias: frigorífica, petrolífera, y las secundarias: azucarera, forestal, yerbales, materias primas, etc., y más últimamente y en el campo, aún sin modificación de las añosas formas de gran propiedad latifundista, un acrecentamiento notorio en el uso de modernas maquinarias y la construcción de elevadores de granos..." (p. 10-11).

Esta es una de las primeras interpretaciones en que aparece con toda claridad, y en coincidencia con la caracterización de Mariátegui, la afirmación del carácter predominantemente capitalista de la formación social argentina y la crítica de la "interpretación feudal": "Queriendo justificar la

'dictadura democrática de los obreros y campesinos' (estrategia del PCA entre 1928 y 1935, NdA), el oficialismo comunista habla, en una fantástica fuga de la realidad que lo llena de ridículo, de los 'restos feudales' y de los 'bandós feudal-burgueses'. En realidad, habrá sólo sombras feudales pesando sobre su cerebro. No existen aquí, con toda su trascendencia política y social, supervivencias económicas feudales, por cuanto las que podrían asumir esos caracteres (y a las que ellos se refieren) se han fundido químicamente con la explotación capitalista moderna y con el capital financiero. Tales son los ingenios azucareros del Norte (Tucumán, Salta, Jujuy), las explotaciones forestales del Chaco y del Norte de Santa Fe, y los yerbales de Misiones, etc. Se rearguirá: pero el sistema de explotación de los obreros es verdaderamente 'feudal' (jornadas ilimitadas, látigo, vales, etc.). Pero esa es la norma común del capitalismo moderno en los países semicoloniales y atrasados" (p. 62).

El Marx que lee Gallo, a través de la óptica de Trotsky, es el que advertía contra los riesgos de "metamorfosar mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el Occidente europeo en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo" (26). Pero la clave para una lectura no lineal ni teleológica de la teoría marxiana del desarrollo y expansión del capitalismo mundial provino de Trotsky y su teoría del desarrollo desigual y combinado. Gallo se apoya en ella y cita al revolucionario ruso: "El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Atrazados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos como ley del desarrollo combinado, aludiendo a la combinación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas" (p. 10).

Gallo, a través de Trotsky, recuperaba a Marx, a pesar de que la dinámica del proceso argentino no respondiese al esquema evolutivo bosquejado en **El Capital**. Para entender la específica conformación del capitalismo argentino había que acudir, no al *esquema* antedicho de Marx, sino a su *método* y a lo más profundo de su teoría; a las tesis de Lenin sobre el imperialismo, y al Trotsky que trató de pensar la dialéctica desarrollo/atraso. Gallo entendió que la Argentina era un ejemplo claro de los contrastes propios de un desarrollo capitalista desigual y combinado: país atrasado (en cuanto al desarrollo de sus fuerzas productivas) pero moderno (surgido bajo la presión del capitalismo mundial en su etapa imperialista); país agrario, pero de explotación capitalista del suelo; con enormes latifundios, pero con regiones agrarias de alto desarrollo técnico, y con un creciente desarrollo industrial y un colosal desarrollo urbano (p. 10-11).

Gallo busca pensar, con su corta edad y con las escasas herramientas de que dispone, la especificidad del capitalismo argentino. Entiende que son las presiones y la penetración de las fuerzas del capital europeo las que determinan la configuración de las fuerzas sociales locales: una burguesía agraria e industrial, un campesinado y un proletariado de origen inmigratorio, los sectores medios urbanos. El "estado capitalista dependiente" argentino, data, para Gallo, de 1860 (p.9).

Aunque Gallo piensa el capitalismo mundial según el esquema tripartito de Lenin (países imperialistas, coloniales, semicoloniales), se hace evidente una permanente incomodidad teórica cuando trata de ubicar a la Argentina. Como todo innovador, no tiene otro remedio que pensar los nuevos problemas y los nuevos conceptos con términos viejos. Pero antes que la clasificación formal dentro de un esquema, sobrevive la tensión y se hace presente el deslizamiento: Gallo habla, pues, de la Argentina indistintamente como de un Estado "dependiente", "atrasado", "semicolonial", "semicolonial avanzado"... Pero aquí lo significativo, más que la etiqueta, es el esfuerzo de conceptualización: "Arribamos de tal modo a la Argentina de nuestros días (1932), país de tipo intermedio, transitorio, semicolonial, en que predominantes la gran propiedad rural, latifundista

y la producción agropecuaria, emparentan íntimamente con la industria y el capitalismo urbanos, comunmente sometidos, en mayor o menor gradación, al capitalismo monopolista internacional" (p. 11).

Se desprende de aquí otra intuición novedosa, que lo aparta del "modelo" de las fracciones de la burguesía que Marx pone en juego en **El XVIII Brumario**: para Gallo hay una interrelación entre el capital agrario, el capital industrial y el capital financiero internacional. Ello no significa, aclara, que haya monolitismo, ni que las diferencias entre sectores no se diriman políticamente. De eso se trata, precisamente, el golpe de setiembre de 1930.

Gallo parte de la crisis mundial de 1929, entendiéndola como una de las crisis cíclicas propias del capitalismo. Argentina no escapa, ni mucho menos, a la extensión y las consecuencias de la crisis, la que afecta de distintos modos a los diversos sectores sociales, generando una situación de descontento y oposición frente al gobierno radical.

Las entidades corporativas de la burguesía local, señala Gallo, cuestionan la política económica y social del gobierno de Yrigoyen, y proponen un programa alternativo: equilibrio presupuestario, política arancelaria proteccionista, abolición de las leyes de protección al trabajo. Pero no sólo el capital local reclama el golpe. También el capital financiero internacional reclama un gobierno más confiable para salvaguardar sus intereses en el país en tiempos de crisis. Al frente golpista se van sumando los productores agrarios, gravemente afectados por la crisis, los sectores medios urbanos que no pueden seguir participando de los beneficios de las políticas clientelísticas gubernamentales, y la clase obrera, sacudida por la desocupación. El "clima" del golpe fue creado por los comandos de la derecha fascista, el conjunto de los partidos "democráticos", el movimiento estudiantil y la prensa.

El capital local e internacional no podía permitirse, en tiempos de crisis, mantener delegado el poder gubernamental en manos del partido radical. "En tiempos de madurez y florecimiento del régimen capitalista, la burguesía da a sus métodos de dominación social, y hasta de explotación económica, módulos liberales, ordenados, regulares, conservadores, democráticos [...]. Retrospectivamente mirado, el radicalismo gobernó dentro de ese período próspero de nuestro desenvolvimiento económico que transcurre después de la crisis de 1890". Pero en tiempos de crisis los márgenes se angostan para un gobierno como el radical, con sus compromisos distribucionistas con los sectores medios y sus veleidades obreristas. "Un sector del capitalismo como el radicalismo no mostraba ante la crisis más que su incapacidad para salvaguardar los intereses de aquél en su conjunto [...]. Así, la crisis económica planteaba al capitalismo argentino la ruptura con el Estado tradicional que tuvo siempre: aquel Estado burocrático, dadivoso, deficitario, sin capacidad de previsión ni creación, de un *laissez faire, laissez passer* criollo; necesitaba ahora un Estado regido con mano de hierro, ajustado a sus exigencias premiosas" (pp. 16-17).

Sin embargo, Gallo no considera que el golpe de 1930 signifique un recambio de la pequeñoburguesía en el gobierno por la oligarquía ganadera. La UCR, ya desde sus orígenes, no había sido meramente la expresión de la reacción de la pequeñoburguesía democrática frente al régimen oligárquico, como se entendía habitualmente dentro del campo democrático y aún dentro de la izquierda tradicional (PCA). También aquí Gallo va a sostener una tesis original, según la cual el radicalismo constituía un heteróclito conglomerado pero hegemonizado por un sector de la clase dominante argentina. "Existe entre las capas dirigentes del radicalismo y la burguesía agropecuaria un entramamiento que es el que ha impuesto, junto al común sometimiento a la oligarquía financiera internacional, las huellas más intensas en la política del partido radical y el país todo. Tampoco excluye esto las inevitables contradicciones en el seno de la burguesía misma y más notoriamente del 'régimen' con la 'causa'. Los grandes propietarios de tierras, abogados de capitales extranjeros, jefes del ejército, profesores universitarios, tienen ubicación, aunque en

iniguales proporciones, en ambas corrientes. *De idéntico modo que, en mediando los monopolios de comunicaciones, transportes marítimos, ferroviarios, frigoríficos, bancos e instituciones de crédito, empréstitos, etc., el capitalismo financiero internacional, parcialmente o en su conjunto, ejerce un contralor sobre la economía toda del país, valiéndose indistintamente siempre de la una o de la otra tendencia política en servicio de aquellos mismos intereses económicos e influenciando así en el acontecer político*" (pp. 15-16, subrayados del autor).

Gallo sostendrá que no será apropiado hablar de la "revolución" de setiembre, ya que el movimiento uriburista no significó una revolución en ninguno de los sentidos del término, y que no puede ser pensada dentro de los parámetros de las revoluciones burguesas. Se trató, simplemente, de "un golpe de Estado tendente a la instauración de la dictadura militar, burocrática, reaccionaria de la burguesía" (p. 22). Como el golpe de Estado de Luis Bonaparte —insiste Gallo en la analogía histórica— "fue sólo el reemplazo de una fracción de la burguesía por otra, simplemente, sin heroísmo y sin brillo, con las trazas de un país semicolonial avanzado, como la Argentina, en que todo se da a medias, más o menos larvado, más o menos evolucionado. No fue revolución, ni tuvo heroísmo, ni mucho menos héroes"(p. 25).

Finalmente, Gallo avanza una interpretación sobre el fracaso del gobierno instaurado con el golpe, observando en la heterogeneidad del frente antiirigoyenista (diferencias entre el sector "democrático" del ejército, representado por el gral. Agustín P. Justo, y el "fascista", representado por Uriburu) y la inviabilidad de llevar a la práctica un modelo corporativista de éste último. Los partidos "democráticos", las organizaciones empresariales y la gran prensa habrían aceptado el liderazgo de Uriburu con vistas al golpe, dado que "disponía la fuerza y la jefatura del movimiento" (p. 32), pero no otorgarían, ni mucho menos, un apoyo irrestricto al jefe militar. Desgastado el sector "fascista" por la crisis de su proyecto corporativo, tomó el relevo el sector "democrático" del gral. Justo, ahora a través del método del "fraude patriótico".

En modo alguno Gallo interpreta estas luchas e intrigas al interior de los sectores golpistas en términos de oposición entre fascismo y democracia. Ni siquiera otorga mayor credibilidad al "fascismo" de Uriburu. Si bien advierte contra los riesgos de la acción antiobrera de las bandas fascistas o aún de eventuales golpes militares que buscasen poner término a futuros gobiernos radicales, Gallo cuestiona los mote de "fascista" que el PC aplica a cualquier gobierno represivo y de "fascistizante" referido a cualquier corriente política, como el radicalismo. "Así pues, el PC oficial, durante el período dictatorial todo, no hizo sino repetir monocordemente que la dictadura militar, burocrática, reaccionaria de Uriburu, era fascista. Sin ver que porque aplicó medidas fascistas para la represión del movimiento obrero, esto no bastaba a una tal clasificación, por cuanto el uriburismo no fue un sistema particular de Estado (corporativo, mantenido por un partido militarizado y gobernado por un comité de éste, para atender a los rasgos salientes del actual Estado italiano) que exterminara no sólo la vanguardia más auténtica y combativa del proletariado, el comunismo, sino también a las organizaciones obreras reformistas, a los 'socialistas', e incluso suprimiera el resto de los partidos burgueses y a *toda* oposición..." (pp. 35-36).

Llama la atención el esfuerzo de este adolescente que, sin contar con las herramientas adecuadas de un historiador, inspirándose en Marx y en los textos de algunos marxistas clásicos, y consultando numerosas fuentes cuantitativas sobre nuestro país (censos, estadísticas), ofrece una interpretación tan aguda y original. Gallo caerá pronto en el olvido, pero veinticinco años después otro adolescente, otro historiador amateur, Milciades Peña, se inspirará en las páginas de este folleto para confeccionar la primera parte de **Masas, caudillos y élites**.

Si aquel folleto se inspiraba, en el estilo y en la forma, en el Marx del **XVIII Brumario**, su siguiente folleto **¿Adónde va la Argentina?** (1935), desde su estructura hasta su estilo y aún

su mismo título, está escrito a la manera de las obras políticas de Trotsky. En él Gallo se propone reafirmar el carácter predominantemente capitalista de la formación social argentina, el antagonismo de clases entre la burguesía y el proletariado como clave para comprender la dinámica histórico-política contemporánea y, *last but not least*, el carácter socialista de la revolución argentina.

Gallo enfatiza en su argumentación el peso creciente de la producción industrial en el PBI (que según estadísticas de 1933 alcanzaba al 34%) y al peso del proletariado en el conjunto de la población (que hace llegar a un tercio del total). "No obstante el peso preponderantemente agropecuario —pero no exclusivo— de la economía argentina, la gravitación social de las ciudades principales como Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Santa Fe, Tucumán, La Plata, es evidente". La población urbana alcanza el 71%. En la caracterización del capitalismo argentino, Gallo avanza un paso más en relación a su texto de 1933: "La naturaleza económica argentina puede definirse, pues, como de un tipo intermedio entre el país adelantado de gran industria y el país colonial sin ninguna índole de industrias y hasta carente de toda independencia política formal, verbigracia, entre Norteamérica y la India o las Filipinas". Se trata de un "país semicolonial avanzado", transitorio entre un país capitalista avanzado y uno colonial atrasado.

Que la Argentina era una "semicolonia avanzada" significaba que la dominación imperialista no era abierta (como en una colonia) o relativamente disfrazada por la inexistencia de una auténtica clase dominante local (como en una semicolonia atrasada), sino que estaba *mediada* por una burguesía capitalista local, entrelazada por lazos económicos y diplomáticos con el imperialismo, pero con sus propios intereses económicos en el país, con el control de su propio Estado, su Ejército, su sistema de partidos, etc. El capital argentino, sin embargo, padecía una debilidad estructural, se había constituido tardíamente, no era el resultado de una verdadera revolución industrial. La clase dirigente argentina nacía cuando la burguesía mundial había perdido su carácter revolucionario. Las tareas incumplidas de la "revolución democrático-burguesa" no entraban en su horizonte; era el proletariado quien debía incorporarlas a su programa de revolución socialista.

¿Adónde va la Argentina? adquiere la forma de una polémica aguda y documentada. Las críticas de Gallo van dirigidas a las orientaciones nacionalistas y populistas que los años 30 ven surgir en sectores del radicalismo y de la izquierda. Sus blancos son el nacionalismo del grupo FORJA, al antimperialismo de Benito Marianetti, Ernesto Giúdice y otros disidentes socialistas que van a conformar el efímero PSO (Partido Socialista Obrero), las posturas del PCA que desde 1935 levanta la estrategia de la "revolución agraria y antimperialista", y aún a señalar los límites de la orientación "antioligárquica" de un Lisandro de la Torre.

No hay, para el autor de **¿Adónde va la Argentina?**, burguesía local alguna interesada en una lucha antioligárquica y antimperialista. Las tareas pendientes de la revolución democrática —"vale decir, la expropiación de las propiedades imperialistas, la abolición de las deudas nacionales, provinciales y municipales, la propiedad nacional de la tierra para entregarla a los chacareros en posesión para su cultivo, la abolición de las propiedades de la Iglesia", etc. no serán resueltas por una ilusoria "revolución agraria antimperialista". Sólo pueden ser llevadas a cabo por el proletariado en el poder. Pero "El proletariado erigido en poder no se detendrá en una etapa o gobierno intermedio sino que, después de resolver esos problemas, continuará hacia adelante, hacia la socialización de los medios de producción y de cambio, la colectivización de la tierra, etc. Esta revolución, sólo puede hacerla el proletariado, conquistando o neutralizando, *para sus propios fines*, a las clases medias urbanas y rurales, no en alianza con la burguesía, sino *contra* ésta. A esto es lo que los marxistas llamamos revolución socialista y a esa solución de la contradicción entre la etapa burguesa y de la revolución socialista le damos el carácter de continuidad que formulamos,

más concreta y claramente, como revolución permanente, con acuerdo a la definición de Marx” (Gallo, 1935: 12 y 50-51).

La refutación más consistente a las caracterizaciones de Gallo y la orientación de la L.O.S. provino entonces de la LOR que lideraba Liborio Justo. “La Argentina —escribía Justo en 1940— es un país semicolonial sometido al imperialismo. Esta situación se deriva, en primer término, de su condición de país agropecuario que la coloca, frente a los grandes países industriales, en una situación de dependencia análoga a la que se encuentra el campo respecto de la ciudad. La Argentina ha sido, durante largos años, una especie de apéndice económico de Europa y, particularmente, de Inglaterra, que absorbe buena parte de su producción. Esta situación deformó por completo el desarrollo armónico de las fuentes productivas del país, paralizando su evolución industrial y la consiguiente creación de un mercado interno, al mismo tiempo que permitiendo a la oligarquía ganadera argentina (en connivencia con la burguesía comercial porteña) —con intereses paralelos al imperialismo inglés— eternizarse en el poder hasta llegar a constituir el principal freno al progreso de la República [...].

“A la sombra de esta situación, el capital inglés, un poco el francés y luego, aunque en menor escala que el primero, el norteamericano, fueron tomando posesión o controlando los centros vitales de la economía argentina (...) mientras el capital argentino era dilapidado, por la aristocracia del ‘chilled beef’, en los cabarets de París, en las ruletas de la Côte d’Azur, en caballos de carrera o en las temporadas de Opera del Colón.

“De esta comunidad de intereses entre la oligarquía ganadera y el imperialismo, que la sostenía, se deriva, en buena parte, nuestra actual situación del país semicolonial” (27).

Quebracho presentaba a la Argentina como un país semicolonial *tout court*, dominado por el imperialismo (especialmente inglés) a través de sus socios menores, las clases dominantes nativas (la oligarquía ganadera y la burguesía comercial). Estas son presentadas como un mero subproducto de la penetración imperialista en el país, como clases parasitarias, incapaces de inversión productiva y de sostener una acumulación capitalista centrada en el país. Su carácter “antinacional” se evidenciaba en la “entrega” creciente del país al capital extranjero o en las concesiones a la diplomacia británica.

Ahora bien, de esta caracterización Justo desprendía el carácter y el sujeto de la revolución que sacarían a la Argentina de la creciente desnacionalización y el atraso. Dado que la “acción deformante” de la penetración imperialista impidió la constitución de una verdadera burguesía industrial, es el proletariado, al frente del pueblo argentino, el que liderará la lucha por la emancipación nacional con vistas al socialismo. “Es necesario que el pueblo argentino —concluye Justo— y, en primer término, el proletariado, comprenda en todo su significado la tremenda gravedad de la era en que vivimos, la gigantesca importancia de los cambios bruscos y continuos que están trayendo los acontecimientos y que sólo una acción enérgica y decidida del proletariado al frente de los intereses de todo el país [...] puede lograr la liberación nacional a través de la expropiación sin indemnización y nacionalización de los bancos, empresas y propiedades imperialistas y de los latifundios, del desconocimiento de la deuda externa y del monopolio del comercio exterior.

“El pueblo tiene, pues, ante sí, un solo camino en que se abre esta doble perspectiva: luchar por la liberación nacional o someterse e ir a morir al servicio del imperialismo que lo oprime y explota. Su vanguardia, el proletariado revolucionario, debe hacerle elegir su ruta” (Ibid., 72-73).

La posición de Justo logra una congruencia política que le permite separarse tanto del antimperialismo de los nacionalistas (que rechazan, dice, el imperialismo angloyanky para apoyarse en el imperialismo de las fuerzas del Eje), como del antimperialismo aprista o

comunista, que busca el frente con la burguesía liberal y embellece a los imperialismos "democráticos" para enfrentar tan sólo al "imperialismo fascista". Así, el antimperialismo de Justo aparece, al menos en el discurso, como más consecuente. Y por otra parte, cuestiona al "izquierdismo" de Gallo, quien no daría cuenta de la problemática nacional, en la medida en que sostenía que "la lucha contra el imperialismo es, en primer término, la lucha contra la burguesía nacional". Justo replica: "Quienes formularon esta consigna olvidaron la necesidad, establecida por Lenin, de recalcar la diferencia entre la burguesía de los países opresores y la de los países oprimidos. Este es el error principal de nuestros compañeros; olvidar que la Argentina se cuenta entre los países semicoloniales y querer aplicar mecánicamente a éstos las consignas y directivas que los maestros del socialismo han dado para los países imperialistas. Es cierto que nuestra posición debe ser la lucha acerba contra la burguesía argentina porque, como dice Trotsky respecto de los países coloniales y semicoloniales, no se debe esperar que sea más progresista o revolucionaria que la de los países imperialistas. Pero de ahí a luchar contra ella en primer término como la mejor forma de luchar contra el imperialismo, es no tener una noción definida del significado de la liberación nacional que lleva en sí un sentido esencialmente antimperialista" (28).

A partir de 1939 el debate liberación nacional/socialismo iba a partir aguas en las filas del trotskismo argentino. Cuando Gallo lo aborda a mediados de los 30, lo hace para fijar la posición clasista frente a los posicionamientos nacionalistas de los apristas, los forjistas o los socialistas antimperialistas. Pero Justo lo esgrime ahora desde dentro del movimiento trotskista, y hasta entiende la teoría trotskista de la revolución permanente en clave de "liberación nacional"...

La respuesta de la LOS será, pues, enfática, y reafirmará sus puntos de vista: "Hace treinta años, el dirigente reformista Juan B. Justo afirmó lo que constituye una conquista teórica irrenunciable del proletariado argentino en su conjunto, ratificada por centristas tipo Del Valle Iberlucea, enriquecida y completada por los distintos movimientos marxistas habidos en el país y defendida, sobre todo, por los dirigentes de la Cuarta Internacional en la Argentina: el carácter capitalista de la evolución del país y el carácter socialista de la revolución (...).

"La burguesía argentina, a diferencia de la de los demás estados indoamericanos, se basa en una economía en cierto grado propia, tiene una gran experiencia, cuenta con un Estado bien organizado y un aparato de represión formidable. Ya ha hecho su revolución y está dispuesta a gozar de sus beneficios. No tiene el menor propósito de lanzarse a ninguna revolución "antimperialista". Ya no hay más burguesías revolucionarias, como lo demuestran los ejemplos de China y España. José Carlos Mariátegui, el gran marxista americano, hizo notar acertadamente esta diferencia existente entre la Argentina y los demás Estados americanos..." (Ibid, 77-78).

Para Justo —e inclusive para quienes en la actualidad sostienen un trotskismo de liberación nacional y reivindican la perspectiva de Quebracho—, la aceptación por parte de Gallo del carácter semicolonial de la Argentina sería sólo formal, y por lo tanto su postura estratégica sería "puramente socialista (es decir, que no recoge tareas democráticas y nacionales en su programa)" (Coggiola, 1985: 37). Es indudable que aún cuando Justo y Gallo, así como otros marxistas de la época, siguen hablando de "semicoloniales", se están refiriendo a situaciones distintas. Para Justo, se ha señalado, la Argentina es una semicolonia *tout-court*, mientras para Gallo es una "semicolonia avanzada". Para Justo es, sin más, una nación oprimida que reclama ser emancipada, es una "Patria vasalla". Para Gallo se trata de un país relativamente atrasado y dependiente del imperialismo, pero que cuenta también con una burguesía nativa que disfruta del control de un Estado propio.

No es cierto, por otra parte, que Gallo no recoge las tareas democráticas y nacionales, sino que éstas tienen otro lugar en su concepción estratégica; no es que no haya comprendido bien a Trotsky

y su teoría de la revolución permanente, como sugiere Coggiola, sino que es otra su comprensión del país. "En nuestro país, razona Gallo, las etapas diremos formales de la república democrático-burguesa, se hallan de prolongado tiempo atrás en ejercicio (régimen parlamentario desde 1853, sufragio universal, 'libertad' de reunión, de prensa y asociación). Naturalmente, no puede ser motivo de sorpresa para nosotros el carácter limitadísimo y más frecuentemente negativo de tales conquistas en régimen capitalista [...]. Están, naturalmente, también *incumplidas las etapas fundamentales de la revolución democrático-burguesa: expropiación y división del latifundismo, la anulación de las deudas exteriores, expropiación de las propiedades y la riqueza eclesiástica, etc.*" (Gallo, 1933: 61).

Y cuando sostiene que la lucha contra el imperialismo es, antes que nada, la lucha contra la burguesía nacional, está afirmando una concepción clasista y anticapitalista del antimperialismo. No tiene en mente, como Justo, la perspectiva de una lucha entre naciones, oprimidas versus opresoras, sino una situación de lucha de clases donde los conflictos entre la burguesía local y la internacional jugaban un rol importante, pero secundario. Gallo no concibe un capitalismo argentino como entidad autónoma, sistema explotador del proletariado local pero sojuzgado a su vez por el capitalismo imperialista, sino que lo entiende como uno de los momentos de la reproducción del sistema capitalista mundial.

En suma, no hace más que glosar una de las ideas políticas centrales de la estrategia mariateguista, volcadas en "Punto de vista antimperialista", y que fueron tan resistidas en la Conferencia comunista de Buenos Aires de 1929. Recordemos brevemente que Mariátegui observaba que en la perspectiva del "antimperialismo", éste resultaba "elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento antimperialista, a la exageración del mito de la lucha por la 'segunda independencia'... Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera... En conclusión, somos antimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico..." (29).

Los estudios agrarios de José Boglich

Por un carril paralelo discurre, sin embargo, el curso de una investigación original que logrará una articulación más solvente entre teoría y empiria, y que ejercerá una gravitación no menor en la generación siguiente: los estudios agrarios de José Boglich. Es poco lo que se conoce sobre este autor singular. Fuertemente influido por las ideas de Trotsky, Boglich, sin embargo, no habría participado directamente en las disputas organizativas de los grupos trotskistas. De origen campesino y de formación autodidacta, alternó el trabajo intelectual con su labor de agricultor y la militancia en organismos gremiales y cooperativos. Fue, según su propio testimonio, uno de los actores del "Grito de Alcorta" en 1912 y desde entonces fue dirigente de la Federación Agraria Argentina. En 1920 fue uno de los dos representantes de esta entidad que firmó el pacto de sostenimiento recíproco con la FORA, que buscaba sellar la solidaridad obrero-campesina. Aunque fue ajeno al mundo académico, ocupó la cátedra de estudios agrarios en el Colegio Libre de Estudios Superiores. En 1933 publicó **El problema agrario y la crisis actual**, obra que retomó en 1937 en otra de mayor alcance: **La cuestión agraria**, publicada por Editorial Claridad en 1937 (30).

Boglich, atento lector de los clásicos marxistas, maneja ya los tres tomos de **El Capital** y ha realizado un balance de la "cuestión agraria" a partir de los textos de Marx, Engels, Karl Kautsky (**La cuestión agraria**) y Lenin. Entiende que la "crisis agraria" que sacude a la Argentina de los 30 no es otra cosa que la crisis de un país atrasado (semicolonial) donde predomina el capitalismo agrario, subproducto, a su vez, de una crisis capitalista mundial. Pues a diferencia de las crisis agrícolas propias de los siglos anteriores —crisis de subproducción—, la crisis presente responde a la modalidad del ciclo capitalista y su tipo peculiar: crisis de sobreproducción, o bien, según la perspectiva desde la que se la mire, de subconsumo.

Sin negar una relativa especificidad a la "cuestión agraria" —pues "los ciclos de la crisis no se reproducen de la misma manera en la agricultura que en la industria"—, Boglich sostiene que "las crisis agrarias de nuestros días no son ya meramente continentales o parciales como las del siglo pasado, sino crisis generales entrelazadas con las crisis de la industria, que tienen también un origen similar, vale decir, que son originadas por la superproducción y la carencia de poder adquisitivo de las masas". Este hecho es el resultado de un proceso de amplia penetración del capital, el que "invadió el campo agrícola y sembró los gérmenes de la crisis" (Boglich, 1937: 69).

Boglich defenderá con énfasis —apoyándose en amplia información estadística, fuentes legales (leyes, decretos, códigos rurales) e investigaciones provenientes de revistas especializadas— la tesis del *carácter capitalista del agro argentino*, extensivo a la formación social argentina en su conjunto. Se trata, para el autor de **La cuestión agraria**, de un *país capitalista agrario atrasado y semicolonial*. El equívoco de entender el atraso como "resabios feudales en el campo", sostiene, proviene del "error inveterado de suponer a nuestra clase campesina y a nuestra economía agropecuaria en un plano de igualdad con las de los viejos países agrícolas". El campesino "independiente" o semiproletario del viejo mundo proviene de la sociedad feudal, del siervo de la gleba, "mientras que el agricultor argentino surge sobre la base del capitalismo colonizador, que le imprime sus modalidades peculiares y que crea paralelamente a él un proletariado agrícola puro". Allá ese campesinado es autóctono, aquí llegó con el aluvión inmigratorio (p.197).

El capital imperialista llegaba desde el siglo pasado a la pampa argentina bajo la forma de "capitalismo colonizador". Invertía en ella "grandes capitales en ferrocarriles, industrias agropecuarias, comercio, créditos, etc., pues necesitaba crear una agricultura sobre bases capitalistas de explotación, porque solamente de una agricultura cuyo modo de producción se apoyara en la explotación de los trabajadores asalariados, podría el capitalismo colonizador nutrirse y derivar beneficios para seguir expandiendo sus dominios y repartir entre sus accionistas elevados dividendos" (p.202).

Este campesinado nada tiene en común con el de las viejas economías agrarias europeas: antes bien, "es el hijo legítimo del régimen capitalista" (p.202). El capitalismo colonizador habría jugado, pues un rol decisivo no sólo en la constitución de esta peculiar clase "campesina", sino en la moderna configuración del conjunto de las clases sociales en Argentina. La oligarquía agraria era el resultado de una progresiva y violenta apropiación de la tierra y el ganado por parte de los antiguos "vecinos" de la época colonial (y luego por los "conquistadores del desierto") en el marco de una creciente demanda de productos agropecuarios por el mercado mundial. "El afincamiento del gran capital extranjero (ferrocarriles, puertos, obras públicas, etc.) da margen a la desmedida valorización y especulación de la tierra, con lo cual se crean vínculos entre la oligarquía conservadora y el capital imperialista, y se desarrolla entre ambos una mancomunidad de intereses" (p.266).

Pero esta oligarquía terrateniente no se apropiaba de una renta feudal, sino de una verdadera renta capitalista de la tierra, beneficiándose particularmente con la renta diferencial que provenía de la generosa prodigalidad de las tierras pampeanas. El problema de la renta, repetirá Boglich,

será la "clave de la cuestión agraria", la que permitiría comprender el carácter parasitario de esta clase, su carácter de principal freno al desarrollo de las fuerzas productivas.

Si en su visión de la oligarquía Boglich se va a atener por momentos a la imagen tradicional de una clase superexplotadora, ociosa y rentística, el hilo de su propio razonamiento lo aleja, sin embargo, del camino que lo asocia al latifundio improductivo, o, en suma, a una irracionalidad en la explotación económica. En su cuadro del desarrollo desigual del agro argentino, destacará el alto nivel técnico alcanzado por todos los tipos de explotación. Pues si la clase terrateniente tiende por su propia inercia a superexplotar y retrogradar las condiciones de producción del arrendatario o del proletario agrícola, "la competencia de las demás naciones productoras en el mercado mundial le obliga, quiéralo o no, a recurrir a las formas técnicamente avanzadas de producción..." (p.284).

En su caracterización de lo que llama "burguesía nacional" (a diferencia de la "clase conservadora", "oligarquía" o "clase gobernante") Boglich le atribuye un modesto origen inmigratorio. Un sector de los trabajadores inmigrantes se habría transformado en trabajadores independientes, artesanos, agricultores o pequeños graneros, para devenir finalmente comerciantes, industriales, etc. (p.267). Pero la estructuración de la burguesía argentina se llevó a cabo "bajo el tutelaje del capitalismo colonizador", lo que le permitió "adquirir cierta potencialidad económica, no así una cultura independiente, capaz de darle luces para discernir e interpretar los problemas del presente que atañen a sus intereses y a su porvenir. Si así no fuera, no se explicaría su indiferencia y su frecuente colaboración con las fuerzas regresivas que intentan destruir los elementos básicos de su desarrollo y de su existencia" (pp.271-272), su "indiferencia ante la tendencia regresiva de la clase conservadora en materia agraria..." (p.265).

Pues Boglich, a pesar de atribuir a la burguesía un humilde origen inmigratorio, entiende que el desarrollo industrial argentino fue también y fundamentalmente, resultado de la penetración del capital imperialista. "Este acrecentamiento industrial, que obedece al incentivo del imperialismo —agrega Boglich—, va acompañado a la vez por la formación de grandes monopolios" (p.230). El entrecruzamiento de intereses entre la oligarquía, el capital imperialista y el capital local torna inviables políticas autónomas por parte de la burguesía nacional. No es posible, pues, dar crédito a las teorías del "antimperialismo" de las burguesías de los países atrasados, sino a lo sumo comprender el comportamiento de ellas como reacomodamientos ventajosos dentro de la lucha inter-imperialista. "Es así como la burguesía desenvuelve una lucha de equilibrio, de constante zig-zag, única que es capaz de llevar a efecto; y de este modo logra zafarse de un imperialismo para someterse al 'amparo' de otro, pero movida siempre por poderosos intereses económicos y de clase" (p.228).

Las consecuencias políticas de este diagnóstico son claras y apuntan a los principales núcleos teórico-políticos de la estrategia de la izquierda tradicional: lo que Boglich está planteando como salida a la crisis agraria (y a la crisis del capitalismo argentino en su conjunto) no es otra cosa que la revolución socialista. Aunque quedan pendientes "tareas" de la "revolución democrático-burguesa", como la "independencia nacional" o la misma "cuestión agraria", éstas no podrían ser solucionadas en el marco de la "revolución agraria y antimperialista" o de fórmulas semejantes, que intentasen conjugar estrategias de orientación "antimperialista" y de "reforma agraria".

En relación a la estrategia antimperialista de la izquierda tradicional, Boglich, como Gallo, o como Mariátegui, entiende que —en la fase imperialista del capitalismo— toda lucha antimperialista es una lucha anticapitalista. "A falta de una visión clara del estadio histórico que representa el imperialismo, se limitan a considerarlo como un ente abstracto e independiente del régimen capitalista, relegándolo a la categoría de simple 'invasor' o intruso. Considerando el imperialismo como 'invasor' y colocando el régimen burgués de la libre competencia en trance de víctima invadida, no resta sino un paso para que se admita como cosa evidente que éste puede subsistir y desenvolverse independiente de aquél. Esta concepción errada lleva a los partidos

proletarios a asumir tal defensa de la burguesía decadente y su modo de producción, avasallado por las fuerzas imperialistas (...). Esta concepción es harto peligrosa, por cuanto conduce a sus partidarios al abandono de la lucha de clases" (p.232).

Más contundente aún es la crítica de Boglich a las estrategias tradicionales de "reforma agraria", consistente en dividir los latifundios improductivos en "un millón de pequeñas explotaciones parcelarias", especialmente en momentos en que el propio discurso de la clase dominante desde el gobierno insta, ante la gravedad de la crisis agraria, a la "tarea de crear en el país una nueva capa de campesinos, sobre la base de la propiedad parcelaria y del trabajo familiar" (p.274). Es que la especificidad de la "cuestión agraria" argentina torna inadecuadas las fórmulas de "reforma agraria" propias de los viejos países donde subsiste una importante clase de pequeños campesinos empobrecidos, o incluso de otros países latinoamericanos. El trabajador agrario en nuestro país es de origen inmigratorio y llega junto al capital colonizador. No es un "simple trabajador de la tierra" sino un "explotador de la tierra y del trabajo asalariado en el campo", un auténtico "empresario" obligado a utilizar las más modernas técnicas de producción. "Condiciones éstas que se complementan mutuamente pues sólo empleando en la explotación agrícola el trabajo asalariado (explotando el trabajo ajeno), ha podido ese agricultor hallarse en condiciones de adquirir y renovar los costosos instrumentos mecánicos y llegar a constituir un importante mercado para el comercio y la industria capitalista. He aquí, pues, otras razones de por qué no encontramos en la Argentina el típico campesino europeo que explota la tierra con su trabajo personal o el de sus familiares, ni con una clase de agricultores que explotan la tierra en forma capitalista y una gran masa de asalariados rurales, netamente proletaria" (p.203). Y si los contratos de arrendamiento o locación del agricultor con el terrateniente admitían "formas feudalistas" (sic), la naturaleza capitalista de este tipo de explotación iba a terminar haciendo estallar esas formas que la trababa en el Grito de Alcorta (1912) y en los movimientos agrarios posteriores, que reclamaban el "contrato libre" y la "rebaja de arrendamientos". El resultado de todo este proceso es la constitución de un campesinado de tipo capitalista, compuesto de arrendatarios acomodados, propietarios con explotaciones de mediana y grande extensión, que utilizan los elementos técnicos más adelantados y cuya producción se basa, en un 80%, sobre el trabajo del proletariado rural (pp. 233-235).

Si por un lado los inmigrantes agricultores se habían convertido en burguesía agraria, las propias leyes de la penetración capitalista y monopolista en el campo redujeron a la insignificancia a la pequeña producción ("no existe en la República Argentina la propiedad parcelaria de 1 a 10 hectáreas como explotación agrícola, y es insignificante la de 10 a 50 hectáreas", p.258), situación que se agravó aún más con la crisis.

La única solución a la "crisis agraria" está, para Boglich, no en una vuelta atrás en la rueda de la historia, en el reparto de la tierra en pequeñas parcelas a un campesinado por otra parte inexistente, como postula la izquierda reformista, sino que está más allá del modo de producción capitalista, encarando las tareas socialistas de la producción socializada en el campo y la ciudad. La pequeña propiedad está condenada por la propia dinámica del sistema capitalista. El sujeto de la revolución socialista en el campo no será la burguesía agraria ni el inexistente campesino, sino el proletariado rural, aliado virtual del proletariado urbano.

La obra de Boglich, otro de los "marxistas olvidados" de la Argentina, ofrecía una enorme ventaja sobre el debate teórico-político de los trotskistas argentinos: replanteaba el problema del carácter de la revolución en Argentina (de las tareas pendientes, de las clases sociales, del sujeto de la revolución) pero en el marco de un estudio concreto de la formación social argentina. Si se orientaba en el sentido del *carácter socialista* de la revolución en nuestro país (en un marco teórico inspirado en la concepción de Trotsky de la revolución permanente), no se le podía atribuir, sin embargo, ninguna forma de desconsideración teórica o política en relación a las

“tareas pendientes” de la revolución democrático-burguesa. Los estudios agrarios de Boglich se instalaban, así, en el punto neurálgico de los debates estratégicos de la izquierda (no sólo trotskista), pues si ninguna corriente negaba el desarrollo capitalista industrial en las grandes ciudades del país, el campo argentino era el punto oscuro sobre el que iban a girar las más variadas interpretaciones y sobre el que se iban a tejer las más peregrinas conjeturas. Su obra —a pesar de haber sido editada por Claridad, una institución clave en la formación de la cultura de izquierdas en los años 30— permaneció necesariamente ajena a una izquierda partidaria que, durante décadas, alimentó el imaginario del “movimiento campesino” y la “reforma agraria” en la Argentina (31).

Sin embargo, Boglich gravitará en el trotskismo argentino de la siguiente generación. Es que el trotskismo posterior a 1943, desplazará el debate más bien general y doctrinario de la generación del 30 para intentar una conceptualización más afinada de las dimensiones económica, social y política, con mayor interés por la historia argentina, con un intento de apropiación crítica de las investigaciones económicas, políticas o históricas que van surgiendo sobre el país. La siguiente generación de trotskistas argentinos —Nahuel Moreno, J. Posadas, Jorge Abelardo Ramos—, que alcanzará mayor repercusión intelectual y/o política y que animará la vida política del país durante las cuatro décadas siguientes, intentará pues salvar los límites de la generación anterior. Buscará salir de la acción meramente propagandística para pasar a la acción política. Probará romper el cerco de los círculos intelectuales y estudiantiles, y penetrar en la clase obrera. Algunos de estos grupos optan, inclusive, por la “proletarización” forzosa de sus militantes. Esta transformación de grupos de propaganda en grupos políticos exigía un conocimiento más preciso de la realidad social y política en que iban a moverse. Es así que al debate político-doctrinario de los 30 seguirá otro de corte más bien socio-económico e histórico.

No obstante esto, todos los temas del debate de los 30, el carácter de la sociedad argentina, el problema agrario, la polarización liberación nacional/socialismo, resurgirán bajo nuevas formas y con nuevos protagonistas, a partir de 1943, con una fuerza inusitada.

El trotskismo argentino ante la irrupción del peronismo

Las principales corrientes políticas que durante décadas se disputarán el legado de Trotsky y la fidelidad a las ideas de la IVª Internacional tienen su punto de partida en la década del 40. Surgirán como resultado del estallido del PORS (Partido Obrero de la Revolución Socialista), un efímero intento de la dirección cuartista internacional (con sede entonces en los Estados Unidos) de reagrupar en una misma “sección” a los dispersos grupos trotskistas argentinos. El intento por parte de la dirección americana de resolver por vía organizativa un debate político crucial, estaba de antemano condenado al fracaso. El PORS, que no había llevado a cabo un ajuste de cuentas con la problemática de la “liberación nacional”, terminó por fragmentarse por la misma época en tantas corrientes como posiciones podían adoptarse ante ella. Y más aún: el régimen militar surgido con el golpe de junio de 1943, con sus simpatías nacionalistas, sus gestos de disidencia con el imperialismo americano y su política social, implementada por el coronel Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, exigirían de ese debate doctrinario una urgente definición política.

Para ello no se contaba con los cuadros más experimentados: la vieja generación había desertado. Antonio Gallo, decepcionado de los magros resultados de la práctica política, se replegó de la vida militante hacia 1941 y emigró luego a los EE.UU. para dedicarse a la actividad profesional. Liborio Justo, que había mantenido a la LOR al margen de la unificación trotskista, terminará por autodisolver su ya casi inexistente grupo y retirarse, según su propio testimonio, con una “terrible fatiga mental”, a escribir literatura a las remotas Islas del Ibicuy, en la provincia de

Entre Ríos (Justo, 1957: 131). Ante el ascenso de Perón, el defensor de las tesis de la "liberación nacional" adoptó, no obstante, una actitud desconcertante: lo interpretó en clave de la oposición fascismo/dictadura, para ver en él un agente del imperialismo alemán... (Strasser, 1959: 166-175).

Los militantes trotskistas más jóvenes pertenecientes a la siguiente generación —y que habían hecho su breve experiencia militante en el PORS— no tardaron en reagruparse, a partir de 1943, en diversas organizaciones, según respondiesen a la problemática de la "liberación nacional". Por una parte, la corriente que heredaba y radicalizaba las tesis de Raurich y Gallo, empeñada en negar cualquier tipo de "cuestión nacional", fue piloteada por Oscar (Miguel Posse) y se conformó como UOR (Unión Obrera Revolucionaria). Editó durante años un periódico, **El militante**.

Por otra, y en el otro extremo, se ubicaron los herederos de Justo, los que, divididos a su vez en tres grupos, hacían suya la problemática de la "liberación nacional" y sosteniendo, cada uno a su modo, distintas formas de "apoyo crítico" al peronismo emergente. Estos fueron el grupo que edita **Frente Obrero** desde 1945 (Aurelio Narvaja, Enrique Rivera); el grupo de Jorge Abelardo Ramos y Niceto Andrés, que para la misma época edita **Octubre** (1945-47); y finalmente, el GCI (Grupo Cuarta Internacional) que lidera J. Posadas (seudónimo de Homero Cristalli) y edita desde 1947 **Voz Proletaria**, acaso el periódico político de mayor continuidad en la historia argentina.

Entre la orientación de unos y otros, intentó instalarse el GOM (Grupo Obrero Marxista), que se constituye hacia 1944, y que dos años después editará un periódico: **Frente Proletario**. Su líder, Hugo Miguel Bressano (1924-1986), era un joven que recién iniciaba la carrera de Derecho, cuando se acercó al PORS para pasar a militar, inmediatamente, en el grupo rival: la LOR. Los breves dos meses de experiencia al lado de Liborio Justo bastaron para que éste lo rebautizase con el seudónimo que lo iba a acompañar toda su vida: Nahuel Moreno (*nahuel* significa trigre en araucano y Moreno era un tributo al líder jacobino de los días de Mayo).

El GOM de Moreno intentó articular una actitud política intermedia entre ambas líneas, crítica frente a la herencia de Raurich-Gallo como a la de Justo, distante de la posición "socialista pura" como de la que postulaba la "liberación nacional". Mientras logró sostener esta aguda tensión política y teórica alcanzó sus mejores momentos. Pero la presión tanto a favor como en contra del peronismo era muy fuerte, y esta débil corriente, a diferencia de la continuidad desplegada por las otras, se vio sometida a zigzagueos constantes a lo largo de toda su historia. Sus sucesivas denominaciones pueden dar una somera idea de todos estos cambios: Grupo Obrero Revolucionario (1944-1949), Partido Obrero Revolucionario (1949-53), Federación Bonaerense del Partido Socialista de la Revolución Nacional (1953-1956), Movimiento de Agrupaciones Obreras (1956), Palabra Obrera (1957-1964), Partido Revolucionario de los Trabajadores (1964-72), Partido Socialista de los Trabajadores (1972-1982), Movimiento al Socialismo (desde fines de 1982).

La UOR, que en los años previos al peronismo logra nuclear numerosos activistas obreros —entre ellos vuelve a rescatar a Mateo Fossa—, retoma y radicaliza el diagnóstico de Raurich-Gallo sobre la Argentina, definiéndolo ahora como país capitalista sin tareas democrático-burguesas pendientes. El énfasis en el carácter capitalista relativamente desarrollado del país, les permitirá prestar mayor atención que otros grupos al proceso de industrialización sustitutiva de los 30. Este proceso, según la UOR, habría terminado por cuestionar la hegemonía oligárquica, sin generar tampoco una burguesía industrial con capacidad hegemónica alternativa. "Los militares tomaron el poder en 1943 a cuenta de una burguesía industrial incapaz de engendrar una expresión política propia, y en tanto que árbitros del conflicto industrial vs. agrario. Para resolverlo en favor de los industriales, los militares llamaron a las masas". El peronismo es entendido como un movimiento nacionalista burgués que intenta apoyarse en el proletariado para gobernar en beneficio de la burguesía industrial, el ejército y un sector político arribista que se encarama como burocracia

estatal. La UOR no confía en que el proletariado se integrase al peronismo —entiende que el apoyo de los comienzos se debe a su iniciativa independiente tendiente a aprovechar las numerosas concesiones sociales— y espera, en consecuencia, que después de esta breve experiencia se encamine hacia su organización independiente. Su política sindical, pues, apostará en vano a la organización gremial por fuera de la CGT, la que —siempre según la UOR— ofrecía el mayor riesgo de “estatización” del movimiento obrero por un gobierno burgués (32).

Por su parte, Aurelio Narvaja y Enrique Rivera, que habían participado hasta las últimas consecuencias de la experiencia del PORS, terminarán por adoptar la problemática nacional de su antiguo rival Liborio Justo. En el primer número de **Frente Obrero** (setiembre de 1945) el primero de ellos escribirá los que luego serán recuperados como los documentos liminares de la “izquierda nacional” (33). “La naturaleza semicolonial o colonial (Puerto Rico) de América Latina, es decir, su condición de países atrasados, indica que en los mismos hay todavía que completar la revolución democrático-burguesa, que en la época del imperialismo y debido al desarrollo mundial de las relaciones capitalistas, se formula como una revolución de liberación nacional. Ahora bien, esta revolución implica dos tareas: la liquidación de la herencia feudal o revolución agraria y la independencia nacional” (p. 22). Las burguesías nacionales latinoamericanas harían esfuerzos considerables en ese sentido, tendiendo a establecer alianzas entre sí o movilizándolo a las masas en su favor para resistir mejor las presiones del imperialismo. En Argentina, el yrigoyenismo fue “la expresión política tradicional del sector nacionalista-proteccionista” y el peronismo su “continuación”, pero sobre la base más sólida de la industrialización acelerada que lo precedió (p.18). Para Narvaja, sin embargo, el carácter progresista y antimperialista de estas burguesías nacionales tiene un techo y de aquí que “las tareas burguesas incumplidas por éstas en la actual época de decadencia del capitalismo, deben ser realizadas por el proletariado” (p. 23). “Planteándose el problema nacional como un simple aspecto de la crisis general del capitalismo, las revoluciones nacionales sólo serán una etapa de la revolución proletaria internacional. El estado nacional latinoamericano sólo logrará su constitución como tal como un eslabón del proceso revolucionario que borrarán las fronteras nacionales” y constituirá los Estados Unidos de Centro y Sud América (pp. 25-26).

Ante los acontecimientos del 17 y 18 de octubre de 1945, el periódico **Frente Obrero**, adoptará una actitud positiva que lo distinguió de las posiciones del resto de la izquierda, en especial de la izquierda tradicional. “La misma masa popular que antes gritaba ¡Viva Irigoyen!, grita ahora ¡Viva Perón! Así como en el pasado se intentó explicar el éxito del yrigoyenismo aludiendo a la demagogia que atraía a la ‘chusma’, a las ‘turbas’ pagadas, a ‘la canalla de los bajos fondos’, etc., así tratan ahora, en la gran prensa y sus aliados menores, los periódicos socialistas y stalinistas, de explicar los acontecimientos del 17 y 18 en iguales o parecidos términos. Con una variante: comparan la huelga en favor de Perón, con las movilizaciones populares de Hitler y Mussolini. Identificar el nacionalismo de un país semicolonial con el de un país imperialista es una verdadera ‘proeza’ teórica que no merece siquiera ser tratada seriamente...” (p.29).

Si bien este grupo logrará en sus comienzos cierta penetración en sectores de la clase obrera —algunos de sus miembros, como los hermanos Angel y Adolfo Perelman, participarán en la fundación de la Unión Obrera Metalúrgica en 1943—, la liquidación del Partido Laborista y el rígido control sindical por obra del propio Perón, marginará rápidamente a estas figuras de la vida gremial. Algunos de los hombres que animaron la experiencia de **Frente Obrero** sobrevivirán como grupo ideológico, tratando de alimentar más tarde las tendencias socialistas en el peronismo.

Su influencia fue decisiva en el grupo de Ramos y en el de Posadas. El primero, en el número inicial de su periódico **Octubre**, intenta también una lectura del golpe militar del 43 y del peronismo en clave de “liberación nacional”, aunque su caracterización del 17 de octubre es similar a la de la izquierda tradicional: “El Coronel Perón (...) consigue arrastrar a algunos

sectores obreros, políticamente atrasados, detrás de su aventura demagógica (...) con la ayuda de la burocracia estatal y la policía..." (cit. en Galasso, 1983:61-62). Al año siguiente corrige su postura adoptando la caracterización de **Frente Obrero**, pero ahora exagerando las potencialidades antimperialistas de la burguesía nacional, atribuyéndole incluso una vocación continental: "La crisis del imperialismo creó para la Argentina la posibilidad de la industrialización. Las oleadas revolucionarias de la posguerra transformaron a nuestro proletariado, por la inexistencia de un poderoso partido obrero, en la fuerza combatiente del movimiento nacional conducido por la burguesía. Estos dos hechos ofrecieron a la burguesía argentina el singular privilegio de iniciar los primeros pasos de la unificación nacional, es decir, de liquidar el yugo imperialista mediante la fusión económica y política de los 20 Estados actuales en una gran nación" (34). Esta orientación crecientemente nacionalista se afianzará en este grupo con la aparición del libro de Ramos **América Latina, un país** (1949), y provocará los reparos inclusive del grupo más próximo a sus posiciones, el de los hombres de **Frente Obrero** (Galasso, 1983: 70-74).

La corriente de Ramos, sin constituirse nunca en organización de carácter político ni llevar a cabo ningún intento serio de penetración en la clase obrera, desplegó no obstante una intensa actividad de difusión y propaganda. El GCI de J. Posadas, en cambio, fuertemente influido por la orientación de **Frente Obrero** y **Octubre**, llevará a cabo una paciente labor de penetración en el movimiento sindical orientada a la construcción de "un partido obrero basado en los sindicatos". Posadas, desde el nº 1 de **Voz proletaria**, reconocerá los acuerdos con la orientación de **Frente Obrero**, pero se diferenciará de ellos por lo que llama su falta de consecuencia militante: "Intentan colocarse desde fuera del proceso vivo, real, concreto de la lucha de clases en que participan las masas..." (cit. en Galasso, 1983: 60).

Si el grupo de Ramos buscó ser, antes que nada, un grupo político-ideológico y el de Posadas una corriente obrera, el GOM de Moreno, por su parte, intentará articular en su seno un relativo grado de debate teórico-político con una organización de tipo celular orientada a la práctica militante. A pesar del escaso número de miembros que lo fundan (un puñado de adolescentes), su joven líder, Nahuel Moreno, impulsa a su grupo primero a aproximarse a los conflictos obreros, y luego a encarar la "proletarización" de sus miembros (35). Con motivo del estallido de una huelga en el frigorífico Anglo-Ciabasa en enero de 1945, el grupo se traslada entonces desde la Capital hasta Villa Pobladora, un barrio de la localidad de Avellaneda, en la Provincia de Buenos Aires. La persistente intervención en los conflictos, la constante labor de difusión del periódico —**Frente proletario**, que se empieza a editar en 1946— le permite al GOM incorporar, por una parte, un número considerable de militantes obreros de la zona, y por otro, a numerosos adolescentes desprendidos de la Juventud Socialista, a los que Moreno no tardará en iniciar en la difícil prueba de la proletarización. Hacia 1949, cuando había reunido un centenar de militantes, pasa a denominarse P.O.R.

Simultáneamente a este esforzado trabajo político-sindical, el GOM edita, además del periódico **Frente proletario**, una revista teórica (**Revolución permanente**) así como numerosos materiales internos. En todos ellos, además de las clásicas discusiones doctrinarias, es visible un persistente esfuerzo por explicar la coyuntura política a partir de un cuadro de la naturaleza de la formación social argentina y su peculiar estructura de clases. Moreno empuja a su grupo a leer y analizar los censos industriales, agrarios y de población, a rastrear afanosamente toda la literatura económica, sociológica e histórica que se publica por aquellos años. En sus reuniones de célula, sus plenarios o sus congresos esos militantes alternarán las discusiones más minuciosas sobre asuntos sindicales u organizativos con animados debates de índole histórico-teórica.

Esta generación de trotskistas argentinos, y especialmente el grupo morenista, estudiará atentamente los textos agrarios de José Boglich y del socialista Jacinto Oddone, pero aprovechará también trabajos provenientes del mundo académico, como las investigaciones de Adolfo Dorfman sobre la industrialización argentina que aparecen a principios de los 40; las investigaciones historiográficas sobre la economía y la sociedad colonial de Sergio Bagú —aparecidas entre 1949 y 1952—, así como numerosas investigaciones editadas en el extranjero como **The Argentine Riddle**, que el intelectual-empresario argentino Félix Weil editará en Nueva York en 1944, o **Rural Life In Argentina**, editada en Londres en 1948.

Como producto de estas lecturas y debates aparecerán una serie de documentos y artículos del GOM (“Tesis agrarias”, “Tesis industriales”, “La Argentina económica y social”, etc.) que denotarán un considerable esfuerzo por caracterizar la formación social argentina. Tomando como modelo los análisis de Trotsky sobre el desarrollo desigual y combinado, los trotskistas del GOM entenderán a la Argentina como un país semicolonial (por su dependencia primero de la metrópoli inglesa, después de la americana), de desarrollo capitalista desigual. Al menos desde 1948, este grupo sostiene que no hay “resabios feudales” en el campo, dado que nunca existió un modo de producción feudal en la Argentina. La “cuestión agraria” de este país reside, en cambio, en el atraso de la pequeña producción mercantil de tipo familiar, según sus deducciones la más extendida, en relación a la gran explotación agraria capitalista, predominante económicamente pero no socialmente. También en la industria predominaría el desarrollo desigual, caracterizada por la coexistencia de sectores altamente desarrollados junto a una enorme extensión de pequeños talleres. Los capitales imperialistas habrían sido constitutivos en la formación social argentina, por lo que el entrelazamiento económico, político y hasta familiar entre el imperialismo, los terratenientes y la burguesía industrial es muy alto.

A diferencia del diagnóstico de la OUR, la corriente morenista sostendrá la pertinencia del problema agrario y del dominio imperialista. Pero a diferencia también de los grupos trotskistas que sostienen la “liberación nacional”, este grupo entenderá que la lucha antilatifundista y antimperalista es también una lucha anticapitalista. “Todos los países latinoamericanos tienen dos problemas comunes: el agrario y el dominio del imperialismo. Indudablemente hay entre los países latinoamericanos grandes diferencias pero en lo esencial esos dos problemas los unen, los identifican. Estos dos problemas están indisolublemente ligados entre sí y a la lucha contra el capitalismo, ya que al atacar a los latifundistas atacamos también a su hermano de leche la burguesía industrial, y a su patrón, el imperialismo” (36).

Dentro de este encuadre, los morenistas intentarán comprender el peronismo como un intento “bonapartista” de mantener a la Argentina en la órbita del imperialismo inglés, postergando su ingreso en la política panamericana. Empeñados en poner en cuestión el “antimperalismo” de Perón, llegarán a sostener a partir de ciertos síntomas de complacencia con su régimen provenientes de la diplomacia británica -que se comprobarían tiempo después con la publicación de las memorias de Sir David Kelly, el embajador británico en el país (37)-, que se trataba de un “agente inglés”. El GOM propondrá una lectura del peronismo como la expresión no de una nueva Argentina, industrial, integrada y democrática, sino del viejo país, signado por la dominación imperialista, el atraso y la falta de democracia.

La argumentación inicial del GOM sobre el peronismo era mucho más sofisticada y sutil que la de socialistas y comunistas, pero llegaba a muchas conclusiones políticas similares a éstos y con ellos corría muchos de sus riesgos políticos. En efecto, esta caracterización del peronismo como un bonapartismo regresivo, de tendencias totalitarias, y de la CGT como una “repartición estatal”, podrían haber marginado definitivamente al pequeño grupo morenista. Pero cierta ductilidad política que siempre caracterizó a esta corriente le permitió muchas veces jugar en la práctica un margen de maniobra que no siempre toleraba el discurso. Es así que los militantes trotskistas del

GOM persistirán en su obstinado trabajo sindical en los años del peronismo, aún en los gremios integrados en la CGT:

Hacia 1947 el GOM logra atraer a un sector disconforme de la Juventud Socialista de La Plata, producto de una de las crisis que sacude al PS. El menor de los ingresantes cuenta sólo con quince años y parece disponer de una sólida formación marxista: dice haber estudiado los tres volúmenes de **El Capital** y llamarse Milcíades Peña.

Milcíades Peña y el trotskismo argentino

Milcíades Viriato Peña había nacido en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, el 12 de mayo de 1933, de Viriato Milcíades Peña y Leticia Astaferrero. A causa de los trastornos síquicos de su madre, el pequeño Milcíades —el menor de cuatro hermanos— es criado por sus tíos, don José Pedro de Sagastizábal e Itala Astaferrero, hermana de su madre. En una tradicional casona de la capital provincial, en un medio familiar impregnado de cultura liberal —don José era bibliotecario e Itala maestra, luego directora de una escuela platense— el niño va a recorrer los primeros años de su vida. Su precaria salud —padece desde muy pequeño de asma y falso crup—, así como el hecho de que no se hubiese legalizado la adopción y de que estuviese siempre latente el riesgo de que el niño fuese reclamado por sus padres biológicos, contribuyeron a que fuese esmeradamente cuidado y protegido por este matrimonio de edad mayor.

El pequeño Milcíades acompaña diariamente a don José Pedro a su trabajo en la biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata. En ese marco, no en la plaza sino entre libros, sin amigos de su edad, transcurre su niñez. Desde entonces, gran parte de su vida transcurriría entre paredes pobladas de papel impreso. Aprende a leer por su propia cuenta a los cuatro años de edad, mientras pasan por sus manos los clásicos del pensamiento universal y de la historia argentina. En aquel gabinete de lectura frecuentó a los grandes autores como si se tratase de sus amigos. Hablaba con naturalidad de Platón y Aristóteles, como de Alberdi y Sarmiento. Milcíades podría haber hecho suyos los recuerdos de la infancia que Sartre recogiera en **Las palabras**: "Los libros han sido mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campo; la biblioteca era el mundo reflejado en un espejo".

Pero el aislamiento y la precocidad, así como su adopción no legalizada, alterarán todavía más su proceso de socialización. Inicia sus estudios primarios en la Escuela anexa al Colegio Nacional de La Plata, pero a partir del 3er. grado debe rendir como alumno libre porque sus documentos no están en regla. Reinicia su vida de estudiante cuando comienza a cursar el bachillerato en el Colegio nacional de esa ciudad, pero su precocidad intelectual y la crisis familiar lo llevarán por otra senda.

A la edad de once años descubre por accidente su verdadera identidad: que Itala y don José no son sus padres biológicos, que aquella señora enferma a quien llevan periódicamente a visitar es su madre, que tiene tres hermanos mayores, que su verdadero nombre es Milcíades Peña... Acaso esta crisis de identidad producto de esta compleja trama familiar lo orienten al rechazo de los valores y el modo de vida tradicionales y religiosos en los que fue celosamente educado.

Alrededor de los 12 ó 13 años lee a los clásicos del pensamiento socialista y participa de las actividades de la Juventud Socialista de La Plata, que representará para el joven Milcíades un espacio sustituto de socialización, donde se hará de un núcleo de amigos, muchos de los cuales lo acompañarán en casi todas las vicisitudes de su vida política y personal. El más cercano es José Speroni, estudiante secundario en La Plata, quien luego se destacará como dirigente del gremio de publicidad y será el editor de la **Revista de Liberación**, donde colaborará Peña.

El grupo morenista venía creciendo en los años de emergencia del peronismo a expensas de la crisis que sacudía a las filas del desconcertado PS, especialmente en la juventud. La nueva camada de militantes (algunos de ellos llegarán a dirigentes) que acompañarán a Nahuel Moreno y Daniel Peréyra al frente del recién fundado POR ingresarán entre 1946 y 1948 y provendrán del socialismo: Angel A. Bengochea, Horacio Lagar, Saúl Hecker, José Speroni, Mirta Henault, Alberto Pla, Oscar Valdovinos... Es a través de Speroni que Peña se acerca, hacia 1947, cuando contaba con quince años, al GOM de Moreno.

Así recuerda aquellos momentos uno de esos militantes:

"Conocí a Milcíades Peña en La Plata, una tarde de 1947. Se presentó en el local del PS de la calle 49. Su generoso cuerpo de adolescente desbordaba en los últimos pantalones cortos, empeñados en desigual batalla contra la naturaleza y la moda. Sus lentes de carey y el bozo ensombreciendo un rostro con explosiones de acné, le daban el aspecto típico del colegial tragalibros.

"Venía en busca del socialismo.

"En esos momentos, un trotskismo de nuevo cuño sacudía irrespetuosamente el cascarón casi vacío del 'viejo y glorioso PS' [...]. Al cabo, más de un centenar de jóvenes afiliados del PS, incluyendo obreros y algún dirigente sindical, se pasó 'con todo' al trotskismo. Nahuel Moreno era quien desde un local de Avellaneda, había tenido la perfidia divisionista de arrojar dinamita sobre aquellas brasas encendidas.

"En La Plata, Milcíades Peña era uno de los más jóvenes de cuantos se sumaron a la cruzada. Tenía apenas 15 años, la mayoría casi de ávidas lecturas; y por delante, algo más de otros 15 para digerirlas" (38).

Peña comienza a militar en el GOM en un período de dinámica expansión y de apertura del horizonte intelectual del grupo, proceso que a su vez se ve facilitado por la afluencia de militantes de diversa extracción política. Son los años en que el grupo morenista rivaliza con el GCI de J. Posadas por el reconocimiento como "sección argentina" por parte de la IVª Internacional, cuya sede volvió a trasladarse a Europa con la posguerra. Si bien la corriente posadista, con su orientación obrerista y populista de izquierdas armonizaba mejor con la orientación que estaba tomando la reconstituída internacional, el grupo de Moreno la aventajaba en iniciativa política e inquietud intelectual. Eran un lugar y un momento inmejorables para que el joven Milcíades encontrara reconocimiento y estímulo para definir su incipiente perfil de intelectual revolucionario.

Desde 1948 el joven Milcíades se traslada diariamente desde su casa paterna, en La Plata, a la sede del GOM, en Avellaneda, para atender a sus tareas militantes, que por entonces consisten, sobre todo, en una ardua labor intelectual, orientada personalmente por Moreno. Desde entonces y durante los primeros años 50 encontramos a Peña, que ha abandonado su bachillerato para no volver, estudiando junto a Moreno temas de historia y economía latinoamericanas. Diversos testimonios de aquellos años recuerdan al dirigente orientando a Peña en el trabajo de fichado de libros, revistas, documentos; en la lectura de los censos, en la actualización bibliográfica y, en fin, en la labor de fundar teórica y documentalmente ciertas tesis políticas o intuiciones históricas.

Así recuerda Lagar las situaciones que llevaron a que el joven Peña se ganase este lugar:

"Al distribuir las tareas de la semana tropezábamos con limitaciones insalvables. ¿Cómo mandarlo a Berisso o Ensenada? ¿Cómo hacerlo llegar tarde a casa? Durante meses nos mirábamos impotentes y terminábamos asignándole una sola y perentoria tarea: ¡crecer! La cumplió pronto y bien. Se puso los 'largos' y saltó a la arena.

"Pero Peña era esencialmente un intelectual, y descubrimos con alivio que había una tarea para él: el estudio y la aportación de datos e informes complementarios y demostrativos de las primeras Tesis teóricas del GOM sobre la industria y el campo. Las estanterías de la Biblioteca de la Universidad de La Plata fueron en poco tiempo roídas centímetro a centímetro por la voracidad de Peña, y en las células del GOM los compañeros de Berisso, Ensenada y La Plata, comenzaron a enterarse de cuántos arados de manquera sobrevivían en sus remotos pueblos de Misiones o La Pampa, sorprendiéndose del atraso que habían dejado a sus espaldas" (Op. cit., 95).

La corriente morenista, habíamos visto, retomaba del debate trotskista de los 30 la tesis del carácter predominantemente capitalista de la formación social argentina, pero insistiendo en el carácter desigual y combinado de su peculiar desarrollo. Moreno intentará proyectar hacia el pasado esta interpretación, sosteniendo la tesis del carácter capitalista de la colonización española y portuguesa en América, en abierta polémica con las posiciones de R. Puiggrós, quien entendía que dicha colonización sólo fue el "puente por el cual el feudalismo español se trasladaría a América" (39). Peña con su peculiar versación histórica, colaborará con Moreno en la fundamentación de su tesis y al recordar años después los tiempos del estudio en común adoptará frente a Moreno una posición discipular e idealizando enormemente el aporte de su maestro ("desde 1943 el camarada Moreno ha realizado diversos trabajos de investigación e interpretación sobre problemas fundamentales para el marxismo latinoamericano. A partir de 1948 colaboré con él en varios de estos trabajos... (40). Moreno, sin embargo, preferirá usar, por entonces, la primera persona del plural para referirse a la autoría de dicho aporte: "Es nuestro en tanto que trotskistas, ya que es producto de fructíferas polémicas entre trotskistas. Es también nuestro en el sentido que vos colaboraste como nadie en el estudio e investigación que culminó en la apresurada tesis. Es también nuestro, porque como marxistas llegamos a las mismas conclusiones que Bagú antes de conocer sus libros y con mucha menos documentación..." (41).

Otras intuiciones que aparecen en la corriente morenista y que recogerá el joven Milcíades no eran sino derivaciones de la tesis de la Argentina como país de desarrollo capitalista atrasado y estaban asociadas a la idea de la relativa unidad de intereses entre la burguesía terrateniente, la burguesía industrial y el imperialismo. También ella provenía de los trotskistas de los 30, como Gallo y Boglich. Si en el resto de la izquierda estaban fuera de discusión los intereses que ligaban a la burguesía terrateniente y el imperialismo, la originalidad del grupo morenista consistía — haciendo una "aplicación" algo mecánica de los análisis de Trotsky para la Rusia de vísperas de la revolución— en sostener la debilidad constitutiva de la burguesía industrial argentina, su carácter de "hermana de leche" de la oligarquía, su carácter de subproducto de la penetración imperialista. De ahí el empeño puesto en enfatizar los *límites* del peronismo como empresa nacional y antimperialista en 1943-46, en su imposibilidad estructural de cuestionar en lo fundamental la estructura agraria o la propiedad imperialista en el país. Estas orientaciones serán el punto de partida que Peña reelaborará y sustentará con pasión a lo largo de los años de su corta pero intensa vida.

Sobre estos problemas tratan las colaboraciones que Peña escribe, sin firma, para **Frente Proletario**, y para ciertas tesis y documentos internos, desde 1948. Desde 1951 comienzan a aparecer en el periódico partidario sus primeras colaboraciones firmadas, en las que utiliza el seudónimo de Hermes Radio. Es característico en ese sentido el artículo "La Argentina y el imperialismo" (1951), escrito cuando no había cumplido los 18 años, donde sostiene que a pesar de la hegemonía creciente del imperialismo americano desde la posguerra, la Argentina —a pesar de todos los roces existentes— sigue girando en la órbita del decadente imperialismo inglés, lo que impide al país, por una parte, "liberar a la ganadería —y a toda la economía argentina— del yugo del mercado único imperialista, buscando otros lugares de colocación, produciendo para el mercado

interno, etc.” y, por otra, continuar con el equipamiento industrial iniciado en los 30. Existe desde entonces, continúa el joven Milcíades, una industria manufacturera de cierto desarrollo cuyas necesidades de equipos y materias primas son muy grandes, tanto más cuanto que el gobierno 'industrialista' de Perón frenó su reequipamiento en la posguerra. En ese sentido espera a la Argentina una época de debilitamiento de su estructura industrial...”. “Por ello toda la demagogia peronista sobre el antimperialismo y la industrialización del país mostrará con mayor claridad hasta el presente su verdadera esencia: cortinas de humo para engañar y confundir a las masas; respondiendo a las necesidades del imperialismo el país se dedicará con empeño a la producción de elementos y materias primas en detrimento de sus necesidades de desarrollo industrial orgánico” (42).

En diciembre de 1948 -tiene 16 años- es uno de los 21 delegados que participan en el Congreso partidario en que el GOM resuelve transformarse en POR, y es elegido miembro del comité central. Al año siguiente conoce por intermedio de uno de sus camaradas, Saúl Hecker, a la que luego va a ser su esposa, Regina Rosen, dos años menor que él. Colabora, asimismo, en las tareas de formación política de la organización y hacia 1951 lo encontramos dictando —a la edad de 18 años— un curso de lectura de **El capital** a un grupo de estudiantes platenses que se incorporan al partido, entre los que figuran Luis Vitale y su hermano Rubens, Manuel López Blanco, Ernesto González. El primero, cuya vida militante lo llevará a vivir en Chile, se convertirá luego en un historiador marxista en cuya obra se hará sentir la influencia de Peña.

Son para Peña años cruciales, no sólo porque se fortalece su formación teórica y política, sino porque bajo el padrinazgo político-intelectual de Moreno y el reconocimiento como promisorio intelectual en la organización, logra constituir la identidad de la que la confusa situación familiar lo había privado. El equilibrio, sin embargo, va a durar pocos años. Diversos testimonios lo recuerdan en los años 1952-53 marginado de la dirección y de las tareas que tenían que ver con la redacción del periódico y la elaboración intelectual. Por entonces la dirección exige la “proletarización del camarada Radio”, a fin de superar su carácter de “intelectual pequeñoburgués” y es remitido como militante de base a la “célula textil” del partido.

El caso del “camarada Radio”, sin embargo, no constituye más que un síntoma de un molecular proceso de transformación de la organización morenista entre los 40 y los 50. De un pequeño grupo en sus orígenes, en estos años se consolida como organización de más de un centenar de miembros, con numerosos cuadros políticos que se forman en la dura escuela de la “proletarización”. Se comienza a fortalecer un grupo de dirección timoneado por Moreno, quien no deja de ejercer un control sumamente centralizado y severo al conjunto de la vida del partido. Se forja por entonces un modelo de militante que debe llevar una vida disciplinada, casi ascética, de entrega casi absoluta a la causa política, de despojo de bienes personales y aún de expectativas de desarrollo individual, en aras del crecimiento partidario. El ideal militante, rayano en el despojo absoluto de bienes y hasta de la “vieja” identidad “pequeñoburguesa”, era pues, el de la “proletarización”. Si bien esta táctica de penetración en la clase obrera significó una dura escuela política para toda una generación, la posibilidad por parte de la dirección de disponer qué militantes debían pasar a “trabajar en fábrica” era también una forma de control sobre la base por parte de una dirección que establecía la división del trabajo dentro del partido, el modo en que “ponía a prueba” la vocación de los militantes (y también la fidelidad a la “línea” de la dirección), una forma de dirimir debates políticos a través de la reestructuración de las células.

Simultáneo a este proceso político-organizativo, se produce otro de cierre del horizonte teórico. Una organización con un perfil institucional más fuerte necesita instituir, también, un saber bien delimitado y aceptado por todos, aunque garantizado y suministrado por una dirección que sabe administrarlo. El pequeño grupo político que iba en busca de su identidad política necesitaba ampliar su perspectiva intelectual, precisaba del debate interno, estaba abierto a múltiples

influencias. El partido revolucionario, en el modelo morenista, exigía ahora otra centralización y disciplina, necesitaba más respuestas que preguntas, más certidumbres que interrogantes, precisaba si no acabar, al menos acotar el debate interno a los períodos de pre-congreso (a la discusión de documentos que la dirección misma hace circular a los miembros del partido dos o tres meses antes del congreso partidario). Una vez votada por mayoría una posición, el debate se desarrollaba según las férreas reglas del "centralismo democrático", era adoptada y llevada a la práctica por el conjunto del partido.

No había lugar, pues, en la organización morenista de los años 50, para el desarrollo de una teoría revolucionaria tal como Peña lo entendía, esto es, con el grado de relativa independencia, de insatisfacción o de incertidumbre que necesitaba en relación a la práctica política. No había lugar, pues, para el intelectual revolucionario que no se resignaba a servir con su acervo teórico y documental la línea política de turno, sino que aspiraba a construir conocimiento a partir de una orientación estratégica de mayor alcance que la táctica partidaria. Es probable que a este proceso se haya sumado un conflicto de roles, político-personal, donde el prestigio intelectual del discípulo comenzara a tomar una envergadura decididamente inaceptable para el maestro, cuyo lugar de líder vitalicio le obligaba a reunir en su persona los múltiples títulos de fundador mítico, militante más experimentado, interlocutor de los centros internacionales y depositario de la doctrina.

Toda la crítica de las organizaciones trotskistas a los partidos de la izquierda tradicional —PS y PC— no impidió que, a su turno, se reprodujesen en sus filas —ciertamente que a una escala menor— los mismos fenómenos de burocratización y dogmatismo que denunciaron en los demás. Fenómenos similares a los descriptos a propósito del morenismo ocurrieron en las organizaciones que de un modo fuertemente centralista y personalista lideraron, cada uno a su modo, un Jorge Abelardo Ramos o un J. Posadas.

Es así que a lo largo de los años 50 encontraremos a Peña ensayando idas y vueltas en relación a la organización morenista, intentando unas veces la colaboración y otras la rivalidad con su maestro Moreno, buscando afanosamente constituir una nueva identidad y un nuevo espacio como intelectual revolucionario independiente. Después del "castigo" a la "base", entre 1954 y 1955 es convocado nuevamente por la dirección para asumir una tarea de responsabilidad en la edición del nuevo periódico, **La Verdad**. Por entonces la corriente morenista opera una fuerte reorientación política al ingresar —disolviendo de hecho el POR— en el recientemente creado Partido Socialista de la Revolución Nacional. Producto de una ruptura del viejo PS encabezada por Enrique y Emilio Dickmann, Carlos María Bravo, Oriente J. Cavaliere, Juan Unamuno y Joaquín Coca, esta fracción llega a un acuerdo con el presidente Perón para la inmediata creación y legalización de su partido. El PSRN, un efímero intento de entroncar la antigua tradición socialista con las banderas nacionales que enarbola el peronismo, ofrecía desde su creación en 1953 un espacio ideal —por sus posiciones políticas y doctrinarias todavía indefinidas, por su carácter legal, por su proyección nacional— para que se congregasen diferentes organizaciones trotskistas que aspiraron a una mayor audiencia de masas. Es así que estas organizaciones concentran sus fuerzas en diferentes puntos. El grupo que lidera Aurelio Narvaja anima el comité rosarino; en el Comité Capital se disputan el liderazgo entre el grupo de Esteban Rey y Saúl Hecker, por un lado, y el grupo de Ramos por otro; mientras que la federación de la provincia de Buenos Aires es controlada por el sector de N. Moreno.

Si bien es indudable que el ingreso en el PSRN era meramente instrumental y buscaba aprovechar al máximo los beneficios apuntados arriba, no es menos cierto que el ingreso masivo a una organización que interpelaba a la masa peronista con un discurso antimperialista exigía un importante giro político. El ingreso y la actuación en el seno del PSRN obligaba al sector morenista a una recaracterización de la situación, a una justificación de la experiencia "entrista" que llevaba

a desdibujar los contornos de la propia organización. El propio Moreno buscará teorizar el giro en un documento programático: **1954, año clave del peronismo**.

El giro comienza a operarse, en verdad, hacia 1951-52, tiempo antes de la gestación del PSRN. Es que estos años marcan un punto de inflexión del propio peronismo en el poder: las presiones conjuntas del imperialismo americano y la clase dominante argentina obligan al gobierno a ceder posiciones en su política exterior, ingresando finalmente la Argentina en el sistema panamericano, y en su política económica, como ponen en evidencia sucesos como la sanción de la ley de inversiones extranjeras o los contratos con la California; lejos de las condiciones de prosperidad que favoreció la posguerra, la crítica situación económica llevó al gobierno a abandonar su política de seguridad social y a comprometer a la CGT en los planes de disciplinamiento obrero y aumento de la productividad. El frente antiperonista que conformaban los partidos políticos, la gran prensa, el movimiento estudiantil y la embajada de Estados Unidos comienza a crecer, extendiéndose hacia la Iglesia Católica y sectores de las Fuerzas Armadas. Es así que el acuerdo de Perón-Dickman que desembocó en la creación del PSRN puede entenderse como un intento tardío del gobierno de descomprimir la situación contribuyendo a crear una oposición que se mueva dentro de ciertas reglas de juego convenidas de antemano, a expensas de la izquierda irreductiblemente opositora del frente antiperonista.

Moreno, en el documento citado, justificará poco después el giro haciendo hincapié en la recolocación de la Argentina y del gobierno peronista a partir del cambio en la relación de fuerzas interimperialista, haciendo un ajuste autocrítico con la línea anterior: "Nuestra tendencia se dejó llevar por el análisis unilateral de los contenidos diplomáticos y comerciales (entre Argentina e Inglaterra), sin ver debajo del agua las verdaderas relaciones entre el imperialismo, el país y el gobierno". Es decir, las tradicionales relaciones entre Argentina y Gran Bretaña habrían ocultado a los ojos de los morenistas la progresiva penetración del imperialismo americano en el país, acorde a las demandas de la burguesía industrial y parte de la agropecuaria, que desde 1939 exigían el cambio de metrópoli. "Era correcto denunciar las capitulaciones gubernamentales, pero mucho más correcto hubiera sido subrayar las verdaderas relaciones y, lo que es más importante, los cambios en las relaciones interimperialistas y con el país" (43).

Si hasta entonces la táctica frente al peronismo se limitaba a poner en evidencia que su discurso obrerista, nacionalista y antimperialista respondía, sin más, a las necesidades de acumulación del capitalismo argentino y su socio mayor, el imperialismo inglés, la nueva táctica —sin abandonar la caracterización del peronismo como un bonapartismo con tendencias totalitarias— insistía en sus límites antioligárquicos y antimperialistas, apuntando a lograr acuerdos por la base con la masa peronista a fin de defender las conquistas sociales y enfrentar los intentos golpistas y resistir la "colonización del imperialismo yanqui".

El giro político de la corriente morenista estuvo influido también por los debates que, en torno a la política latinoamericana, se suscitaron en el IIIer. Congreso de la IVª Internacional, en 1951. Si bien allí fueron derrotadas las aspiraciones del grupo morenista, mientras se refrendaron las posiciones del CGI de Posadas, al que se convirtió finalmente en "sección argentina" de la Internacional trotskista, los debates sobre la táctica del "frente antimperialista" deben haber influido a los delegados del POR (N. Moreno y J. Speroni), quienes suscriben entonces un documento autocrítico: reconocen no haber comprendido la importancia del "Frente Único Antimperialista" para los países atrasados, levantando en cambio, abstractamente, la consigna del "frente único proletario". "Si bien somos la única organización argentina que lo planteó como tarea inmediata —dice el documento del POR— e hizo serios y fructíferos esfuerzos por realizarlo, nuestro programa para el frente único proletario tomaba en cuenta las necesidades más generales y por tanto más abstractas del proletariado argentino en esta etapa de la lucha de clase, cuales la independencia de los sindicatos frente al Estado y su democratización. Es decir que no partía, como

hubiera debido hacerlo, de las necesidades más concretas, inmediatas (como la lucha contra la carestía de la vida), para llegar a las más generales, y llegar no por un proceso ideal, sino por el de la lucha y experiencia del propio proletariado” (44).

La corriente morenista —que como las otras corrientes internas contará con casi total autonomía en un PSRN débilmente centralizado, casi una federación de partidos menores— controlará la Federación Bonaerense con sede en Avellaneda y editará desde abril de 1954 hasta setiembre de 1955 el periódico **La Verdad**, donde Peña concentrará sus esfuerzos por este tiempo. Son los años de convulsiva agonía del gobierno peronista, del Congreso de la Productividad, del enfrentamiento con la Iglesia Católica, de la creación del Partido Demócrata Cristiano, del intento de golpe del 16 de junio liderado por la Marina, del golpe militar triunfante del 16 de setiembre, de la resistencia obrera. Durante un año y medio de labor político-periodística, **La Verdad** fue analizando desde una perspectiva clasista todos estos acontecimientos, advirtiendo sobre la alternativa golpista y llamando a la unidad obrera (al frente entre socialistas y peronistas) para enfrentarla. Dos años después de concluida la experiencia (1957), Peña la recordará en estos términos:

“Dos corrientes fundamentales se disputaban antes del 16 de setiembre, entre sí y con la burocracia peronista, la dirección de la clase obrera argentina. Una —expresada en las distintas publicaciones periodísticas y libros editados entre 1946 y 1955 por Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, muchos alias, Eduardo Astesano, Enrique Rivera alias Peñalosa, y otros que giraban en torno a ellos— sostenía que el gobierno peronista realizaba una Revolución Nacional y la clase obrera debía apoyarlo mediante la estrategia del Frente Nacional, o sea, mediante la colaboración entre los obreros y los patrones que apoyaban al peronismo. Según esta corriente la clase obrera tenía que apoyar al peronismo hasta que Perón hubiera realizado —al cabo de toda una etapa histórica— la industrialización del país. Recién entonces, solo después de eso, la clase obrera podía pensar en gobernar el país.

“La otra corriente, trotskista, socialista revolucionaria, se expresaba por el periódico **Frente Proletario**, y a partir de 1954 hasta la Revolución estranguladora por el periódico **La Verdad**, órgano de la Federación Bonaerense del Partido Socialista Revolución Nacional. Sostenía que el peronismo era un gobierno patronal, relativamente antiyanqui, que se apoyaba en la clase obrera. La “Revolución Nacional” de que se hablaba —decía el trotskismo— sólo existe en la palabras, porque ni la independencia económica (es decir, la liquidación de la influencia imperialista en la economía argentina), ni la industrialización del país, ni la soberanía política (o sea, liquidar los compromisos y pactos que nos atan a Washington y Wall Street) pueden lograrse sin que la clase obrera tome el poder en sus manos y liquide a la patronal nativa, que es socia y agente del imperialismo.

“Frente a la amenaza del golpe de estado contra el peronismo, la estrategia de la corriente trotskista, socialista revolucionaria, no era la del ‘Frente Nacional’, es decir, apoyar el gobierno peronista y colaborar con la patronal y los agentes patronales peronistas como el ejército, sino la táctica marxista revolucionaria del Frente Unico Antimperialista. Es decir, *luchar junto al peronismo contra los golpes de Estado, pero sin depositar ninguna confianza en la política de la dirección peronista y explicando constantemente a la clase obrera que solo ella, armada, confiando en sus propias fuerzas, actuando independientemente de la Presidencia de la Nación y del Ministerio de Guerra, solo ella, podría aplastar las intentonas patronal-imperialistas y defender las conquistas logradas con Perón*. Pero, señalaban los socialistas revolucionarios, trotskistas, la única forma de aplastar definitivamente a la oligarquía y el imperialismo, es que la clase obrera tome el Poder, porque un gobierno como el peronista, que gobernaba con un pie apoyado en los obreros y otro en los patrones y los generales, a la larga iba a capitular ante la oligarquía y el imperialismo, dejando a la clase obrera desarmada frente a sus enemigos” (45).

El texto de Peña es una revalorización retrospectiva de la posición de la corriente morenista frente al golpe militar de 1955, donde transcribe *in extenso* los editoriales de **La Verdad** y simultáneamente cuestiona, sobre una base documental muy precisa —y en el punzante estilo polémico que habrá de caracterizarlo— las simultáneas posturas de la izquierda tradicional (fundamentalmente el PC) así como las de distintos grupos izquierdistas de la época, especialmente el MOC (Movimiento Obrero Comunista) que lidera Puiggrós y la corriente que dentro del PSRN encabeza Ramos.

Peña busca legitimar la política morenista de frente entre socialistas y peronistas frente al golpe con arreglo a la táctica del Frente Unico Antimperialista, que provenía del arsenal político de la etapa leninista de la Tercera Internacional, y atribuyendo a aquellos grupos la táctica del Frente Nacional, propia de la etapa stalinista del Komintern. En ese sentido, el discurso de Peña guarda coherencia con la autocrítica del POR ante la dirección cuartista de 1951. Sin embargo, las sucesivas apelaciones y abandonos de ésta y otras tácticas leninistas por parte de la corriente morenista a lo largo de sus avatares políticos, parecen sugerir que este grupo, más que partir de la definición de una gran orientación estratégica, busca sostenerse en distintas etapas según variadas reorientaciones políticas, y acude a posteriori a la legitimación de ellas en tal o cual apelación a los primeros Congresos de la Tercera Internacional. Las sucesivas adopciones y posteriores caídas en el olvido de la táctica del Frente Unico Antimperialista parecen refrendar esta lectura. De aquí el angosto margen que la organización morenista (aunque no sólo ella) ofrecía al intelectual: el de la legitimación teórica, *ex post*, vía apelación a los textos clásicos del marxismo, de una línea política adoptada de antemano. El intelectual devenía ideólogo de la organización: debía esforzarse en presentar el giro político improvisado sobre la marcha como una reorientación de la táctica dictada por las necesidades de la estrategia, lo azaroso debía aparecer como necesario, lo coyuntural como estructural.

La situación posterior al golpe militar de 1955 propicia, sin embargo, otra *impasse* entre Peña y la corriente morenista. Prohibido el periódico por el gobierno de la "Revolución Libertadora", Moreno se orienta a la creación de "agrupaciones sindicales" de resistencia, intentando cosechar un crecimiento político en una clase obrera mayoritariamente peronista. Buscó aprovechar sus ajustadas caracterizaciones de la situación política previa al golpe, explotar la postura levantada entonces de frente único de socialistas y peronistas frente al golpe como fuente de legitimación ante algunos sectores del peronismo así como la situación de vacío de dirección que dejaba a su movimiento el exilio de Perón. El morenismo adopta transitoriamente (1956) una denominación de mayor imprecisión política (MAO: Movimiento de Agrupaciones Obreras) que le facilitará su trabajo de penetración en el movimiento obrero, participando en las distintas formas de resistencia obrera al régimen militar. En 1957 el grupo morenista iniciará la experiencia "entrista" en el peronismo, y el nombre de su periódico —**Palabra Obrera**— pasará a confundirse con el de la organización. Durante casi una década la prensa morenista abandonará sus ostentosas apelaciones al socialismo revolucionario y al trotskismo, y como lo proclamaba desde el mismo encabezamiento de su periódico, se colocará "Bajo la disciplina del general Perón y el Comando Superior Justicialista".

Para la corriente morenista serán tiempos de arduo trabajo político-sindical, de repliegue en el plano teórico-político, en que la organización alcanza una alta composición social obrera y busca casi mimetizarse con las agrupaciones peronistas. El espacio para el intelectual revolucionario se había angostado todavía más en una corriente que ni siquiera mantenía formalmente la clásica estructura partidaria y cuyo semanario, ajeno a los grandes debates sobre la estructura de clases, la naturaleza del peronismo o las relaciones entre el imperialismo y las semicolonias, se centraba en la información sindical y adquiriría un tono eminentemente agitativo. Esto propiciará que los dos

años transcurridos entre setiembre de 1955 y setiembre de 1957 sean para Peña una etapa de repliegue político y de concentración en la investigación económica e histórica. Mantendrá por algunos años más la fidelidad política a la corriente morenista pero ya no volverá a militar orgánicamente en ella.

Peña continúa viajando diariamente desde su casa en La Plata, donde vive con Regina Rosen, con quien se ha casado, hasta la capital porteña, ahora para instalarse a trabajar toda la jornada en la Biblioteca Nacional de la calle México. Allí lee y ficha afanosamente a los clásicos y a los revisionistas de la historiografía argentina (Mitre, López, Vedia y Mitre, Pelliza, Zinny, de Gandía, Saldías, Ibarguren, Palacio, Irazusta), sigue los aportes de investigadores locales como Villalobos, Dorfman, Bagú, Coni, Fitte o Giberti o de autores extranjeros como Parish, Ferns, Burgin y otros. Si desde adolescente estuvo familiarizado con la obra de Moreno, Monteagudo, Echeverría, Sarmiento o Alberdi, fue el descubrimiento de los **Escritos póstumos** del tucumano el que le proporcionó el mayor entusiasmo y constituyó desde entonces una clave de lectura de la historia argentina.

Fue en estos años cuando un conocido en común le presenta a Luis Franco (1898-1988), un poeta y ensayista también autodidacta, que décadas atrás había llegado del humilde pueblito de Belén, en su Catamarca natal, haciendo conocer unos versos de inspiración whitmaniana que despertaron en su momento nada menos que el elogio de Lugones. Acogido rápidamente por los suplementos dominicales de la gran prensa, el espíritu independiente de Franco había dado sobradas muestras de un pensamiento insobornablemente crítico. Marxista libertario, simpatizante de la revolución rusa pero antistalinista, amigo de Samuel Glusberg y colaborador de **Babel**, Franco había respondido con una encendida oda a Trotsky un poema en prosa de Raúl González Tuñón donde se execraba la memoria del viejo revolucionario con motivo de su asesinato (46). Franco había incursionado en el ensayo histórico —**Antes y después de Caseros, El General Paz y los dos caudillajes**— y una editorial chilena le había encargado la redacción de una historia argentina. Compenetrado fundamentalmente con la historia del siglo pasado, necesitaba quien complementase el libro redactando la parte correspondiente a la historia argentina del siglo XX, y de esa búsqueda nació la amistad con Peña. Así recordaba Franco el encuentro, en 1966:

“Conocí a Milcíades Peña hace diez años. Me lo presentó un amigo común como el colaborador que yo buscaba para cierta monografía histórica propuesta para la editorial Zig-Zag de Chile. Era entonces casi un muchacho. Advertí de entrada en él una cabeza muy por encima de las comunes, una afinidad nativa y electiva con el espíritu de Marx y la Revolución de este siglo y, lo que no montaba menos, una aguerrida y disciplinada capacidad de trabajo. Iniciamos una amistad y una camaradería crecientes...” (47).

El libro conjunto nunca va a concretarse, pero el cálido acercamiento con esta otra figura paterna —en 1956 Peña tiene 23 años, Franco 58—, los intercambios con Luis Vitale —que desde Santiago de Chile desarrolla una investigación historiográfica paralela en contacto epistolar con Peña, los contactos iniciales con Silvio Frondizi —que recibe a Peña con suma generosidad, ofreciéndole el acceso a su nutrida biblioteca y su fichero— significarán un estímulo para la concreción de su proyecto teórico-político. Este proyecto consistía en dos libros dedicados a comprender la Argentina: el primero era un análisis estructural de la formación social argentina —una definición de la especificidad del capitalismo argentino, de la naturaleza de su Estado, una caracterización del proceso de industrialización en Argentina, de la estructura y dinámica de sus clases fundamentales y de la relación del país con las metrópolis imperialistas. El segundo era un relato histórico donde esta problemática del atraso argentino se desenvolvía diacrónicamente y se explicaba a partir del conflicto entre las clases antagónicas, partiendo de las contradicciones que desgarraban a la sociedad colonial hasta llegar a la caída del peronismo.

El distanciamiento de la organización morenista y sus nuevas amistades entre intelectuales de la generación anterior, como Franco y Frondizi, fueron un estímulo para el despegue de Peña como intelectual revolucionario. A mediados de los 50 todo parecía indicar que Peña definiría un proceso de profesionalización intelectual, sin dejar por ello de colaborar políticamente con la corriente política que lideraba Moreno. Sin embargo, los tumultuosos años que siguen lo empujarán por un camino más intrincado. La colaboración con Silvio Frondizi, veremos, se frustró tempranamente por una serie de desencuentros políticos y personales. Su profesionalización como intelectual se mantuvo muchos años reñida con su rol de militante político, que el morenismo no dejó de reclamarle.

Pero, paradójicamente, la realización del proyecto teórico-político que Peña incubó en el interior de la organización morenista, sólo pudo ser llevado a cabo y difundido en un proceso de ruptura con ella, no sólo organizativa sino también política. Pues si Moreno abandonaría pronto la senda de la investigación que desde fines de los 40 y primeros 50 compartió con Peña, éste consumará el proyecto de fundar una historiografía marxista para la Argentina, desplegando un desmesurado esfuerzo —si se considera que se trata de un autodidacta de veintidós años, sin formación universitaria, sin maestros, sin apoyo institucional alguno— por la búsqueda y la lectura crítica de la más actualizada literatura historiográfica y aún de fuentes históricas de primera mano, con la utilización de referentes bibliográficos que —como ya se ha observado— fueron poco aprovechados por el resto de las tradiciones de pensamiento de izquierda (48).

Los años que siguen son para Peña, pues, años prolíficos, pero de conflicto en su recolocación como intelectual revolucionario. Si bien nunca deja de reconocer su deuda original con Moreno, el partido por su parte nunca dejará de reprocharle su alejamiento —su "incapacidad típicamente pequeñoburguesa para aceptar la disciplina partidaria". Serán años de tensión entre el intelectual y el militante, con intentos de colaboración seguidos de momentos de alejamiento, en los que la unidad de teoría y práctica a la que aspira el intelectual revolucionario se mostrará siempre precaria. De ello nos ocupamos en el capítulo que sigue.

Notas:

1. V., por ejemplo, los artículos de Ariel Bignami, Julio Gambina y Daniel Campione en **Mariátegui. Historia y presente del marxismo en América Latina**, Buenos Aires, FISyP, 1995.
2. Aricó, José, **Marx y América Latina**, Buenos Aires, Catálogos, 1982, pp. 43-4.
3. Sobre el marxismo de Mariátegui, v. esp. Robert Paris, **La formación ideológica de José Carlos Mariátegui**, México, PyP, 1981 y José Aricó (comp.), **Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano**, México, PyP, 1980, 2ª ed. aumentada.
4. Lenin, V.I., **El imperialismo, fase superior del capitalismo**, en **Obras Completas**, Buenos Aires, Cartago, 1960, t.XXII, p. 274.
5. Hobsbawm, Eric, **Historia del siglo XX**, op. cit., p. 211.
6. Caballero, Manuel, **La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943**, Caracas, Nueva Sociedad/Puntosur, 1987, p.114.
7. *Ibid.*, p. 116. Las intervenciones de los delegados latinoamericanos así como el debate entre J. Humbert-Droz y Travin pueden consultarse en **VI Congreso de la Internacional Comunista**, México, Siglo XXI, Cuadernos de PyP, 1978, vol. 2.
8. **VI Congreso de la IC**, cit., p. 331.
9. Las actas de los informes y las discusiones de la I Conferencia Comunista Latinoamericana se publicaron bajo el título de **El movimiento revolucionario Latinoamericano**, como edición de **La Correspondencia Sudamericana**, Buenos Aires, 1929. Las tesis que envió Mariátegui a dicha Conferencia ("El problema de las razas en la América Latina" y "Punto de Vista Antimperialista") fueron reproducidas luego en **Ideología y Política**, vol. 13 de la **Colección Obras Completas**

de José Carlos Mariátegui, Lima, Amauta, 1969. Los vapuleados delegados peruanos fueron Saco (seud. del médico Hugo Pesce) y Zamora (seud. del obrero textil Julio Portocarrero). V. al respecto el penetrante estudio de Alberto Flores Galindo, **La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern**, Lima, Desco, 1982.

10. Un síntoma de esta situación lo brinda el malogrado Luis Sommi, un talentoso investigador autodidacta, de origen proletario, con su libro **Los capitales alemanes en la Argentina** (Buenos Aires, Claridad, 1945). Mientras los capitales americanos comienzan a tomar progresivamente el relevo de los ingleses en la economía argentina, la "estrategia antifascista" del PCA empuja a Sommi a esta investigación, tan minuciosa como irrelevante. El propio autor reconoce sus motivaciones en la conclusión: "Inspirado en el insobornable deseo de libertad y bienestar, he realizado esta investigación de carácter económico para señalar el peligro que significan para nuestro país las posiciones económicas del imperialismo nazi en la Argentina" (sic, p.359).
11. Caballero, Manuel, op. cit.; Rossi, Carlos (seud. de Michael Löwy), **El estalinismo en América Latina**, México, Bandera Socialista, 1978.
12. Trotsky, León, **Sobre la liberación nacional**, Bogotá, Pluma, 1976.
13. Ibid., pp.67-70.
14. Fossa, Mateo, **Conversando con León Trotsky**, Buenos Aires, Lucha Obrera, 1941, p.14. Antes de su aparición como folleto, este texto conoció desde dos años antes numerosas ediciones en la prensa trotskista local.
15. Las frases entrecuilladas pertenecen a: Rómulo Bogliolo, "El método serio", en **Revista Socialista**, nº 139, año XII, julio de 1947, cit. en Vazeilles, José, **Los socialistas**, Bs. As., J. Alvarez, 1968, p.52 V. tb.: Moreau de Justo, Alicia, **Qué es el socialismo en la Argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 1983 y Ciria, Alberto, **Partidos y poder en la Argentina moderna**, Buenos Aires, J. Alvarez, 1964; Rapoport, Mario, **Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional**, Buenos Aires, CEAL, 1988.
16. José Aricó recordaba así el esfuerzo del PCA por romper con el estereotipo "peronismo-antiperonismo" desde 1946: "Si rechazábamos el carácter represivo del gobierno de Perón, por otro lado las formulaciones políticas del PC (desde el XI Congreso del 46 hasta la Conferencia de 1950 ó 1951 [Aricó se refiere a la VI Conferencia del PCA de 1950, NdA], tenían que luchar por disolver esa polaridad sin salida en que estaba sumida la sociedad, contribuyendo a la modificación de las relaciones de manera de favorecer a que desapareciera el estereotipo. Nos guiaba la idea y la esperanza de que ese movimiento obrero que estaba detrás del peronismo, era en última instancia manipulado, y que solamente desarmando esa manipulación era posible el encuentro histórico entre el PC y la clase obrera". "Reportaje a José Aricó", por Gregorio A. Caro Figueroa, en el *dossier* "PC: setenta años en la Argentina", de **Todo es Historia** nº 250, abril de 1988. De las propias declaraciones de Aricó se podría inferir que el PCA buscaba desarmar dicha manipulación por medio de otra manipulación.
17. Según Rodolfo Puiggrós, que militó en el PCA hasta 1946, "dirigían el Partido los hombres que viajaban a Moscú, que asistían a los congresos de la Internacional Comunista, que transmitían sus informes", **Las izquierdas y el problema nacional**, Buenos Aires, SAGA, 1957, p.69.
18. Troncoso, Oscar, **Los nacionalistas argentinos**, Buenos Aires, SAGA, 1957, pp. 67-8. V.tb. Navarro Gerassi, Marysa, **Los nacionalistas**, Buenos Aires, J. Alvarez, 1968, cap. IX y Mangone, C./Warley, J., **Universidad y peronismo (1946-1955)**, Buenos Aires, CEAL, 1984, pp.12 y ss.
19. Mandel, Ernest, **El pensamiento político de León Trotsky**, Barcelona, Fontamara, 1980, p.51.
20. Anderson, Perry, op. cit., p.124-125.
21. Cit. en Marie, Jean-Jacques, **El trotskismo**, Barcelona, Península, 1972, p.88.
22. Para este período, v. Alexander, 1973, cap. 3 y Coggiola, 1985, cap. I. Una fuente de excepcional importancia en la que se apoyan los anteriores es la "Breve reseña cronológica del Movimiento Cuartinternacionalista argentino", Buenos Aires, Liga Obrera Revolucionaria, 1941.
23. Sobre Raurich y su grupo v. Sebrelli, op. cit. Para Angélica Mendoza, v. Florencia Ferreyra de Cassone, **Angélica Mendoza: una mujer en la tormenta**, Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas, ed. prevista para 1995. Para Liborio Justo puede consultarse su autobiografía, **Prontuario** (1956), y su reconstrucción de los debates en los 30 y 40: **Estrategia revolucionaria** (1957) (V. referencias en la Bibliografía). Para el conjunto son fuentes inestimables: "Breve reseña cronológica del Movimiento Cuartinternacionalista argentino", Bs. As., Liga Obrera Revolucionaria, 1941 y los "Documentos par la unificación del movimiento

- cuartinternacionalista argentino", Buenos Aires, Liga Obrera Revolucionaria, 1941. En ellas se apoyaron abundantemente Alexander primero y Coggiola después.
24. Una recopilación parcial de los escritos de Glusberg sobre Marx, Trotsky, Mariátegui, Edmund Wilson, R. Luxemburg, etc., puede consultarse en **Conciencia histórica. Pensamiento y acción**, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1973, 2a. ed. Dos cartas de Trotsky a Glusberg han sido editadas por Pierre Broué en: Trotsky, **Oeuvres**, Paris, I.L.T, vols. 20 (1985) y 24 (1987). La correspondencia entre Glusberg y Mariátegui puede consultarse en J. C. Mariátegui, **Correspondencia**, Lima, Biblioteca Amauta, 1984, 2 vols. La cita de Gallo está tomada de **¿Adónde va la Argentina?**, v. infra, p. 48, nota. Por su parte, Liborio Justo, que no simpatizaba con la figura de Mariátegui —llegó a escribir que "carecía de una profunda formación marxista" y que "ignoró la revolución permanente"— admitía que el marxista peruano había tenido "una gran influencia en el primitivo movimiento trotskista aquí, y sus dirigentes se decían sus discípulos" (Justo, 1957: 35, n.1).
 25. Antonio Gallo, **Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista**, Buenos Aires, s/e, 1933; A. Ontiveros (seud. de A. Gallo), **¿Adónde va la Argentina? ¿Frente popular o lucha por el socialismo?**, Rosario, Ediciones J.C. Mariátegui, 1935.
 26. Carta de Marx al director del **Otiéchestvennie Zapiski**, de fines de 1877, en Marx-Engels, **Correspondencia**, Buenos Aires, Cartago, 1972, p.299-301. V. además Shanin, T. (comp.), **El Marx tardío y la vía rusa**, Madrid, Talasa, 1990.
 27. Quebracho (seudónimo de Liborio Justo), "Frente al momento del mundo: qué quiere la Cuarta Internacional", Buenos Aires, **Acción Obrera**, 1939, reprod. parc. en Justo, Liborio, 1957: 63.
 28. Justo, Liborio, cit. pp.77-78.
 29. Mariátegui, José Carlos, ed. cit. de Amauta, pp. 90-91 y 95. Algunos de estos fragmentos son explícitamente citados por Gallo en su folleto (1935: 48-49). Y en una nota al pie destaca Gallo: "Mariátegui sostiene nuestros puntos de vista favorables al carácter socialista y permanente de la revolución, aún en los países semicoloniales de América y, por supuesto, como él lo destaca, en los semicoloniales avanzados como la Argentina".
 30. Salvo estas escasas referencias autobiográficas (Boglich, 1937: 6-7), Coggiola (1985: 81 y 93) lo presenta ligado al PSO de Giúdice y Marianetti en los 30 y en los años siguientes al grupo que lidera el trotskista Esteban Rey en el noroeste argentino. Habría fallecido hacia 1943 ó 1944. Sus probables relaciones con el PSO explicarían el tono político así como ciertos silencios o guiños de su discurso de **La cuestión agraria**: a pesar de que Boglich advierte de los riesgos de la estrategia stalinista del "socialismo en un sólo país" en la URSS y a nivel local cuestiona en sus fundamentos la estrategia del PCA de "revolución agraria y antimperialista", sus críticas explícitas van dirigidas al "reformismo socialdemócrata". No hay ningún cuestionamiento abierto a la política comunista y a pesar de que su afinidad con el pensamiento de Trotsky es evidente, no hay referencia alguna al autor de **La revolución permanente**. Recordemos que el PSO fue producto de una ruptura del PS iniciada hacia 1936, y que mantuvo estrechas relaciones con el PC, hasta que buena parte de sus militantes ingresaron en sus filas.
 31. Salvo la reciente mención de Alfredo Pucciarelli, quien reconoce que para sus investigaciones agrarias retoma el camino abierto por José Boglich y su discípulo Reinado Frigerio (**El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 298) el silencio sobre su obra es absoluto. Llama la atención la ausencia de todo reconocimiento en Ismael Viñas (**Tierra y clase obrera**, Buenos Aires, Achával Solo, 1973), quien lo cita de pasada a propósito de una cuestión menor. Más desconcertante resulta que quien se considerara su discípulo, Reinaldo Frigerio, un ex-trotskista que formará desde los años 40 parte del grupo Puiggrós, retornara a la tesis del carácter feudal del campo argentino... (V. Frigerio, Reinaldo, **Introducción al estudio del problema agrario argentino**, Buenos Aires, Ed. Clase Obrera, 1957).
 32. V. R. Alexander, 1973 y O. Coggiola, 1985: 100-101. Una colección —con ciertas lagunas— de **Frente Proletario** (1946-1952) puede consultarse en el CEIMTRI (Centro de Estudios y de Investigación sobre el Movimiento Trotskista y Revolucionario Internacional) de París.
 33. V. Ramos, 1983 y Galasso, 1983: 44. Estos materiales fueron recopilados en A. Narvaja-A. Perelman-J. A. Ramos, **Cuarenta años de peronismo**, Buenos Aires, Mar Dulce, 1985, de donde los citamos a continuación en el texto.
 34. Almada, Jacinto [seud. de J.A. Ramos], "El talón de hierro se levanta sobre la URSS", en **Octubre**, nº 5, año II, 2ª época, noviembre de 1947, p.7.
 35. La reconstrucción del itinerario de la corriente morenista se realizó sobre la base de fuentes primarias y testimonios de actores. Complementariamente se consultó Alexander(1973), Coggiola (1985 y 1986), Carrasco y Cuello (1988) y E. González (1974 y 1995).

36. "¿Imperialismo argentino?", en **Frente Proletario**, órgano del GOM, Año II, nº 17, Avellaneda, 26 de mayo de 1948, p.1.
37. Kelly, David, **The Ruling Few**, London, Hollis & Carter, 1952. Sir David Kelly fue por dos veces embajador inglés en la Argentina: en 1919-21 y 1942-46. Sobre el tema de las relaciones entre Perón e Inglaterra y las posturas morenistas frente a él, nos ocupamos abundantemente infra, cap. V.
38. Lagar, Horacio, **Testimonio de la primera década (Acumulación primitiva partidaria)**, Buenos Aires, versión mecanografiada por el autor, agosto de 1988.
39. Puiggrós, Rodolfo, **De la Colonia a la Revolución**, Buenos Aires, Lautaro, 1943, p. 23. La primera edición, de AIAPE, data de 1940.
40. Post-scriptum de Peña a una carta que le dirige Moreno el 19 de agosto de 1957 y que se publica como presentación a "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa" de éste último, **Estrategia de la emancipación nacional**, nº 1, setiembre de 1957, p. 84.
41. Carta de Moreno a Peña, cit., p. 83.
42. Hermes Radio (seud. de M. Peña), "La Argentina y el imperialismo", en **Frente Proletario**, nº 48, 1º de mayo de 1951, pp.9-12.
43. Moreno, Nahuel, "1954. Año clave del peronismo", reeditado en Moreno, 1974: 38.
44. "Declaraciones de la delegación del POR argentino hechas a la comisión latinoamericana", Boletín Interno del Secretariado Internacional de la Cuarta Internacional sobre las secciones de América Latina, octubre de 1951, p. 17.
45. Hermes Radio [seud. de Milcíades Peña], "¿Quiénes supieron luchar contra la 'revolución libertadora' antes del 16 de setiembre de 1955?", en **Estrategia** nº 1, setiembre de 1957, subrayado de MP. Este texto fue editado simultáneamente como folleto, con un breve agregado final, sin indicación de autor ni pie de imprenta, por la organización morenista. No deja de llamar la atención que en 1974 fuera reeditado por la editorial Pluma, junto al texto de N. Moreno "1954, año clave del peronismo", como un trabajo del propio Moreno, borrando toda referencia a la autoría de Peña (Moreno, 1974). El hecho de que el trabajo se haya publicado inicialmente en **Estrategia**, revista en la que colaboró Moreno, con la firma de Peña, es indicativo de que la autoría pertenece a éste, y que en todo caso Moreno puede ser el autor de algunos de los editoriales de **La Verdad** transcritos en él. V. infra, cap. IV.
46. González Tuñón, Raúl, **Canciones del Tercer Frente**, Buenos Aires, Problemas, 1941. Franco, Luis, **Trotsky**, reed. en Buenos Aires, Chajá/Ediciones de Poesía, 1967.
47. Franco, Luis, fragmento de un prólogo —inédito— a la historia argentina de Peña, escrito en agosto de 1966. Original en el archivo del autor.
48. Terán, 1986: 239-240.

**CAPITULO III:
EL INTELLECTUAL REVOLUCIONARIO
O LA PRECARIA UNIDAD DE LA PRAXIS/I
(SILVIO FRONDIZI 1955-1960)**

La recomposición del campo intelectual en el posperonismo

El espacio ideológico-cultural que se ha ido aglutinando a lo largo de los años 40 y la primera mitad de los 50 en oposición al gobierno peronista —en un arco que albergaba desde la *intelligentzia* liberal de **Sur**, pasando por los intelectuales cercanos a los partidos radical, socialista y comunista, hasta la nueva generación nucleada en publicaciones como **Centro** y **Contorno**— se prepara en los momentos previos al golpe militar de 1955 al relevo de los funcionarios populistas en la Universidad y en el conjunto de las instituciones culturales. El verdadero “estallido” de ese campo inmediatamente después, en los primeros tiempos del régimen que inaugura la “Revolución Libertadora”, era un síntoma inequívoco de que su elemento aglutinante —el antiperonismo— era meramente negativo, y que desaparecido (aparentemente) este enemigo común, las diferencias entre sus componentes no tardaron en mostrarse y enfrentarse (1).

Dentro de las filas de **Sur**, tanto Ezequiel Martínez Estrada como Ernesto Sábato, cada uno por su lado, buscarán diferenciarse del antiperonismo cerril de sus colegas de la revista, así como del cariz autoritario, represivo y clerical que adoptaba el régimen de facto. Del intento de dar cuenta del peronismo desde una perspectiva no demonizadora, que no redujese el fenómeno histórico a la habilidad personal y las ansias de poder de un “demagogo”, sino que lo explicase como un proceso político que respondía a transformaciones profundas en la sociedad argentina, surgirán algunos libros influyentes que funcionarán, durante algún tiempo, aún dentro de los límites de la ideología liberal-democrática, como puente para la nueva generación: **Cuadrante del Pampero** y **Qué es esto** de Martínez Estrada, **El otro rostro del peronismo**, de Sábato, todos editados en 1956.

También el viejo PS se vería sacudido después del apoyo incondicional otorgado inicialmente al golpe militar de setiembre. El cariz que adoptan los acontecimientos en el gobierno provoca creciente malestar en las filas partidarias, lo que viene a sumarse a un sinnúmero de debates pendientes en una organización que, incapaz de promover una renovación político-teórica de su tradición, una recharacterización de la sociedad en la que se movía y un ajuste de cuentas con su propia historia, vivía desde hacía dos o tres décadas de las glorias del pasado (2). A una primera división en 1958 entre el PSD —que reagrupa a la vieja dirección en torno Américo Ghioldi tras el programa continuista, liberal y antiperonista— y el PSA, donde la figura de Alfredo Palacios aglutina el descontento de la nueva generación disidente, seguirán en los 60 nuevas subdivisiones que nutrirán las filas de la nueva izquierda. Muchas de ellas, buscando hacer un juste de cuentas con la tradición “liberal” del viejo PS, terminarán adoptando una orientación de tipo nacional-populista.

La más sólida estructura del PC tardará algunos años más en pagar con desgajamientos su política de apoyo al golpe de setiembre, el que —según su principal dirigente— a pesar de inaugurar un gobierno “militar-clerical”, servía para desarticular el “aparato de Estado corporativo-fascista creado por Perón” y abría el camino a la formación de un “frente de amplia coalición democrática” del que el partido de Victorio Codovilla aspiraba a formar parte y con el que ambicionaba cogobernar, junto al resto de los partidos “democráticos”. El efecto acumulativo de esta política consecuentemente antiperonista, del impacto que en la militancia produjeron las

revelaciones del XX Congreso del PCUS (1956) y del extraordinario influjo de la revolución cubana de 1959, sobredeterminaron una prolongada crisis partidaria, que se expresó en fraccionamientos constantes a lo largo de los 60, los que también terminarían alimentando los partidos o las formaciones culturales de la nueva izquierda. Una de las principales, menos por sus alcances político-organizativos que por su potente irradiación ideológica, fue el grupo **Pasado y Presente**, cuyo intrincado itinerario partió de una matriz de corte gramsciano según la cual la realidad local era leída en clave "nacional-popular", y que desembocará en 1973 alineándose en el peronismo montonero (3).

Las corrientes que en los últimos 50 y primeros 60 rompían con las tradiciones liberal-democráticas de la izquierda en una clara inflexión nacional-populista convergieron en aquellos años con los esfuerzos de la autodenominada "izquierda nacional" que capitaneaba Ramos, con los hombres que desde su temprana expulsión del PC en 1946 lideraba Rodolfo Puiggrós, así como aquellos sectores del peronismo que se radicalizaban hacia la izquierda a partir de la experiencia de "resistencia obrera" de los años 1955-58 y que verían en 1959, en la revolución cubana, la plasmación de proyecto de "socialismo nacional". De la vieja generación de los forjistas, será decisiva en estos años la gravitación de Raúl Scalabrini Ortíz y, fundamentalmente, la de Arturo Jauretche, aunque la gran figura política que se convertirá en símbolo del "peronismo revolucionario de la resistencia", —"peronismo de las bases", opuesto al de la dirigencia burocratizada— será John William Cooke, así como el principal ideólogo de lo que comenzó a denominarse el "nacionalismo popular revolucionario" será Juan José Hernández Arregui.

Los años del posperonismo asistieron pues a una sucesión de revistas y periódicos que, desde **Contorno** hasta **Pasado y Presente**, dieron cuenta de esta inflexión en el campo intelectual y a una verdadera catarata de libros que tendrán un influjo decisivo en dicho campo hasta 1976, prolongándose incluso su irradiación a los años 80 (4). En 1955 Jauretche publica **El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje**; en 1956 aparecen dos ediciones sucesivas de la **Historia de los partidos políticos** de Puiggrós; en 1957 Ramos da a conocer la primera versión de **Revolución y contrarrevolución en la Argentina**, que conocerá muchas reediciones, Jauretche **Los profetas del odio** y Hernández Arregui **Imperialismo y cultura**; en 1958 aparece **El proletariado en la revolución nacional** de Puiggrós y **Ejército y política** de Jauretche; en 1959 aparece la primera versión de la **Historia política del ejército argentino** de Ramos, la recopilación de artículos que firmara con el seudónimo de Víctor Almagro: **De octubre a setiembre** y el libro de Jauretche **Política nacional y revisionismo histórico**; en 1960 Arregui da a conocer **La formación de la conciencia nacional**, y entre este año y el siguiente Jauretche publica **Prosa de hacha y tiza y FORJA y la década infame...** Simultáneamente, se conocen en ediciones semiclandestinas los informes de J. W. Cooke, que las editoriales independientes de izquierda compilarán y darán a conocer a un público más vasto en la segunda mitad de los 60 y primeros 70, junto a la célebre **Correspondencia Perón-Cooke**.

Esta abundante producción ideológico-cultural, con sus diferencias y matices internos no despreciables (5), estaba animada por un proyecto común: contribuir —según la expresión de A. Jauretche— a "nacionalizar la inteligencia argentina" a través de un doble y simultáneo proceso de ajuste de cuentas con la tradición liberal —entendida ahora como "superestructura ideológica" del sistema oligárquico, dentro de cuya órbita se movería el conjunto de los partidos tradicionales, incluidos el PS y el PC— y de invención de una tradición nacional-popular que se remontaría a Rosas y las luchas federales en el siglo XIX y que, pasando sucesivamente por el yrigoyenismo, el forjismo, los intelectuales nacionalistas de los 30, los sectores industrialistas del ejército, desembocaría en el movimiento peronista en los 40. Como parte de ese programa, Puiggrós y Ramos, cada uno por su parte, se concentrarán en mostrar el desencuentro de la izquierda

tradicional con las masas populares a causa de su vocación "antinacional"; Ramos rescatará en **Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana** la solitaria figura de un "socialista nacional"; Jauretche presentará al grupo FORJA como el eslabón que une los dos movimientos populares en la Argentina de este siglo, aunque quizá sea Hernández Arregui, el que con **La formación de la conciencia nacional** realizó el esfuerzo más sistemático en constituir un linaje nacional-populista.

Las notas claves de esta estrategia discursiva serán, pues, el antiliberalismo, el nacionalismo (al que para distinguirlo del nacionalismo elitista de figuras como Irazusta se lo denominará "nacionalismo popular revolucionario"), el antimperialismo. A estas habría que agregar el antiintelectualismo, figura que se acrecentará a lo largo de los 60 y primeros 70, pero que ya aparece perfilada con toda claridad en autores como Jauretche, quien adjudica "a lo que despectivamente llamaba la *Intelligentsia* las marcas negativas de la extranjería, el eterno divorcio de la realidad nacional, su carácter colonizado, su formalismo que la hacía atender antes a las ideas que al pan, para conectarla vertiginosamente con una tradición libresca que se hundía en los orígenes de la nación y que explicaba la recurrente incompreensión de las élites letradas por el país auténtico" (Terán, 1991: 156).

Es en este contexto de efervescencia intelectual y agudo debate político-cultural en que se gesta y hace su aparición la obra madura de Silvio Frondizi y Milcíades Peña. Pero si su esfuerzo en abrir una brecha para un marxismo crítico y antidogmático en el pensamiento izquierdista nacional, en un sentido se vio favorecido por este clima de ferviente cuestionamiento a la izquierda tradicional, de puesta en discusión del modelo stalinista después del XX Congreso y fundamentalmente después de la revolución cubana, en otro sentido encontró en la creciente hegemonía de la ideología nacional-populista en el campo cultural un nuevo adversario teórico-político que enfrentar. De modo que el marxismo crítico que en los 30 y 40 se había abierto dificultosamente un camino en permanente disputa con los herederos oficiales de la tradición comunista, en los 50 y 60 esa búsqueda implicaba una lucha entre dos frentes: el comunismo oficial, de un lado, el nacional-populismo de otro. Por una parte, la tradición Mayo-Caseros de la tradición liberal, socialista y comunista; por otra la tradición populista que reconoce en Rosas-Yrigoyen-Perón los hitos de su trayectoria. Así, rechazando el liberalismo y el elitismo de unos y el antiliberalismo y el populismo de otros, es que va configurando una identidad propia el marxismo de Frondizi y Peña.

Un programa revolucionario para el país: "La Realidad Argentina"

Los del gobierno peronista serán para Silvio Frondizi años de formación personal y grupal. Separado de sus cátedras y alejado desde 1947 del Colegio Libre de Estudios Superiores, el repliegue obligado durante esa década le permitirá preparar y redactar su proyecto teórico-político más ambicioso —los dos volúmenes de **La Realidad Argentina**— al mismo tiempo que ir reuniendo en torno suyo un grupo de jóvenes discípulos que participarán de sus cursos de formación teórica y colaborarán en la elaboración de algunos tramos de dicha obra.

En los últimos 40 y primeros 50 encontramos a Silvio Frondizi concentrando sus esfuerzos intelectuales en dos niveles: por un lado, en la sistematización y actualización de sus estudios marxistas; por otro, en el estudio de la realidad histórica y política argentina. Como vimos antes (Cap. I) las antinomias irresueltas propias de su visión trágica, así como los embates de la crisis mundial y local lo alejaron de las "abstracciones" de la filosofía política y lo incitaron en el riesgoso camino de la búsqueda de lo "concreto". Cuando concluye la redacción del primer volumen de **La Realidad Argentina**, en enero de 1954, da cuenta de ello en la advertencia: "Dedicados

desde hace tiempo a redactar un volumen sobre la Crisis del Estado Moderno, hemos creído conveniente suspender nuestra labor para dedicar atención al problema argentino; y hemos hecho tal cosa porque para nosotros, que profesamos la doctrina del materialismo dialéctico, la actividad tiene, además de un contenido científico, un significado integralmente humano, el que puede definirse en relación al comportamiento frente a los acontecimientos. Este comportamiento, que se define como praxis —actividad teórico-práctica—, encierra dos aspectos dialécticamente unidos, el individual y el social. En esta forma, cumplimos con nosotros mismos y prestamos ayuda a todo aquel que sienta en carne propia la situación del país, y busque darle una solución acorde con la marcha de la situación mundial” (Frondizi, 1955: 11).

La centralidad que Frondizi otorgará, en su etapa de liberal crítico, a la “desorientación ideológica”, a la ausencia de “cultura política”, en la determinación de la crisis global, así como el hincapié puesto en la necesidad de contribuir a un proceso de “educación cívica de nuestro pueblo” simultáneo a un proceso de politización del intelectual, es recuperado en la etapa socialista dentro de la problemática marxista —que Trotsky había planteado con dramático acento en 1938 en el **Programa de Transición**— de la contradicción entre la “madurez de las condiciones objetivas” para la revolución frente a la “inmadurez” de las subjetivas. El retraso en el nivel de conciencia de las masas, que malograba sus heroicas luchas económicas y políticas, era explicado, en gran medida, por la ausencia de una dirección revolucionaria. Pues si bien una situación revolucionaria podía estallar, entre otras condiciones determinadas, como resultado de una grave crisis política en el seno de las clases dominantes y de una acción revolucionaria semi-espontánea de las masas, sólo una dirección estructurada en partido revolucionario sería capaz de orientar (o, al menos, de catalizar) esas enormes fuerzas sociales desatadas en el sentido de una revolución triunfante. Silvio Frondizi va a hacer suya esta concepción. Exponiendo las potencialidades revolucionarias del proletariado argentino y latinoamericano, anota: “La única falla que puede indicarse es cierta falta aún sufrida, de conciencia de clase y de capacidad organizativa de lucha. Esta falta proviene de varias causas, una de las principales está dada por la inexistencia de una dirección consciente. Creo que en Latinoamérica están dadas las condiciones para una revolución socialista, pero faltan todavía las condiciones subjetivas” (Frondizi, 1956: 226).

Esta ausencia de condiciones subjetivas se manifestaría para él en una izquierda caracterizada por una situación de crisis, desorientación, pobreza teórica, dogmatismo, estrechez de miras, empirismo, sectarización... Y de allí desprende S. Frondizi que la tarea revolucionaria de la hora (contribuir a superar esa inmadurez de las condiciones subjetivas) no consistía en fundar un grupo político más, otra sigla indescifrable a los ojos de las grandes masas, que se sumase a la desorientación general, sino en colaborar en la tarea *preliminar* de esclarecimiento teórico y programático. ¿Acaso el propio Marx no había declinado una y otra vez una posición destacada en la lucha política para volver a su proyecto teórico-político? ¿Era casual que el partido socialdemócrata ruso no haya podido ponerse en marcha sino después de un prolongado debate (como el que sostuvieron populistas y marxistas) sobre la apropiación del marxismo occidental? ¿No fue un momento imprescindible en la elaboración programática de los marxistas rusos la investigación de Lenin sobre **El desarrollo del capitalismo en Rusia**? “Sin teoría revolucionaria —había escrito Lenin en el **¿Qué hacer?**— no hay movimiento revolucionario”, y esta contundente afirmación bien pudo ser la divisa de Silvio Frondizi por aquellos años.

La Realidad Argentina, tanto por su estructura, su temática o su discurso, es una obra de difícil clasificación. S. Frondizi no se propuso llevar a caso una obra teórico-científica (como quiso ser **El Estado Moderno**) ni un ensayo político (como **La crisis política argentina**), sino un texto *programático*. Su objeto es, como su título lo indica, la “realidad argentina”, aunque a propósito de cuestiones relativas al país el autor se siente obligado a definir previamente las

categorías utilizadas, por lo que se detiene abundantemente en cuestiones metodológicas y teóricas. De ahí el subtítulo, "Ensayo de interpretación sociológica". Con "ensayo" acaso quiera aludir al género de la obra, a su carácter abierto, problemático, o sea, ensayístico. Con "interpretación sociológica" de la "realidad argentina" sin duda se refiere al *método* de abordaje de esta realidad, de construcción teórica de su objeto "realidad argentina": su estudio no adquirirá un carácter sincrónico-descriptivo, sino "sociológico", esto es, estructural. Su método es, pues, el del materialismo histórico. Silvio Frondizi, siguiendo a Lefebvre, hablará indistintamente de "sociología marxista" y "materialismo histórico", convertidos pues en sinónimos.

Es difícil comparar **La Realidad Argentina** con alguna otra obra anterior o posterior en el pensamiento argentino. Sus modelos teóricos hay que buscarlos en **El XVIII Brumario de Luis Bonaparte**, de Marx, **El desarrollo del capitalismo en Rusia**, de Lenin, o **1905** de Trotsky. El autor parte en el primer volumen de la situación mundial, del sistema capitalista internacional, centrándose en el período abierto en la posguerra que, como vimos, caracteriza desde 1946 como de "integración mundial del capitalismo". A partir de allí, entiende la emergencia y desarrollo de la Argentina como país capitalista semicolonial y su específica dinámica de configuración y lucha de clases, para concluir el volumen con las fuerzas políticas que la expresan. Según advierte en la Introducción, parte de la estructura (nivel de lo objetivo) para llegar a la superestructura (nivel de lo subjetivo): "Dentro de esta distinción, comenzaremos nuestro estudio por la economía capitalista, para continuar luego con las clases sociales y los partidos políticos" (Frondizi, 1955: 15).

Con arreglo a ese postulado histórico-materialista, el método de exposición adecuado para Frondizi en el primer volumen debía ajustarse a la siguiente secuencia: sistema capitalista mundial - economías dependientes latinoamericanas - capitalismo argentino - clases sociales en Argentina - partidos políticos en Argentina. La problemática central que articula el volumen —denominado "El sistema capitalista"— es la de la "revolución democrático-burguesa", según la cual los grandes centros industriales del mundo habrían resuelto lo fundamental de las grandes tareas históricas de la industrialización, la independencia nacional, la reforma agraria y la democracia política entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo presente, en el ciclo ascendente de las burguesías revolucionarias; mientras que una enorme masa de países capitalistas periféricos, constituidos como tales a posteriori, como resultado de la configuración del sistema capitalista mundial, se verían estructuralmente imposibilitados de emprender un programa de crecimiento e incorporarse al desarrollo general con todas sus consecuencias. "Como la humanidad progresa incesantemente, también los países de estas zonas periféricas tratan de avanzar, pero al hacerlo enfrentan el problema en condiciones distintas de los países dominantes. En efecto, éstos realizaron su revolución democrático-burguesa en el período de expansión del capitalismo, aquéllos deben realizarla y superarla en el presente, es decir, cuando el sistema capitalista ha entrado en crisis, en su fase declinante" (Frondizi, 1955: 14).

El volumen primero presenta un sistema capitalista mundial de cuya dinámica se desprende la imposibilidad estructural de los países periféricos de alcanzar a los centrales y, por lo tanto, los necesarios fracasos de los intentos de llevar a cabo en ellos revoluciones democrático-burguesas. El peronismo será entendido por Frondizi como un intento fallido de revolución burguesa que aspiró a resolver —dentro de los marcos del sistema capitalista— los grandes problemas nacionales. La conclusión necesaria será que dichos problemas sólo pueden resolverse trascendiendo los marcos del sistema; que la única clase potencialmente interesada y capacitada para resolverlos era la clase trabajadora; y que la revolución que se hiciese cargo de ellos, al abolir el sistema capitalista y sentar las bases del socialismo, adquiriría un carácter *permanente*. De esta problemática se ocupará, pues, en el segundo volumen.

El volumen primero de **La Realidad Argentina** retomará de un modo más sistemático su tesis de 1946 acerca de la integración mundial capitalista, pero el contexto global de su obra permitirá comprender mejor por qué Frondizi considera que las condiciones históricas de ese momento habían desactualizado parcialmente los análisis de Lenin y Trotsky sobre la etapa imperialista del capitalismo, y se hacía indispensable, después de la segunda posguerra, comprender que el capitalismo mundial había ingresado en una nueva etapa. La ruptura con la etapa imperialista no era, sin embargo, absoluta (más que de ruptura habría que hablar de *auhebung*, superación dialéctica); ciertos caracteres del capitalismo imperialista continuaban rigiendo la economía mundial, pero habían aparecido fenómenos de los que las tesis de Lenin y Trotsky, concebidas entre las dos guerras mundiales, ya no daban cuenta. Frondizi seguía pensando con ellos que el capitalismo se encontraba en su época de declive histórico, pero entendía que, no obstante, desde la guerra se había abierto una etapa de "enorme desarrollo de las fuerzas productivas mundiales" (Frondizi, 1955: 23). Por otra parte, sostiene que tras la guerra y con la emergencia de Estados Unidos como la principal potencia capitalista, se había roto el equilibrio entre las principales potencias que caracterizó el período anterior. El Plan Marshall así como las políticas de "ayuda" económica al llamado Tercer Mundo no son sino los signos más evidentes de un proceso global de transnacionalización del capital, que tiene su epicentro en los EEUU. "Así como la dinámica interna del sistema tendió en un momento dado a integrar la producción en el orden nacional, podríamos decir a socializarla, a través de la división del trabajo, hoy tiende por gravitación natural a realizar dicha integración en el plano internacional" (p.24).

Esta nueva situación mundial implicaba cambios decisivos para la comprensión (así como en la estrategia de emancipación) de los países semicoloniales. A diferencia del período anterior, una relativa industrialización de estos países (limitada en lo general a la industria liviana) era estimulada según la nueva división internacional del trabajo, lo que significaba una reorientación de la estrategia de los grandes centros imperialistas, desde una política colonialista a otra neocolonialista, que cedía en el aspecto político —concediendo mayor autonomía política a la semicolonia— para beneficiarse en el económico, ya que el proceso de industrialización limitada del Tercer Mundo se realizaba como resultado (y bajo la tutela) de los capitales imperialistas. Estados Unidos, especialmente bajo la administración demócrata, constituía la avanzada del pensamiento y la estrategia neoimperialista. A diferencia del período anterior, en la etapa de la integración mundial se "atenúa la contradicción entre el capital imperialista y el capital nacional, por el dominio del primero sobre el segundo" (p.26). Como consecuencia, se atenúan las diferencias nacionales, se universaliza la situación política y se estrechan los márgenes para cualquier intento por parte de una burguesía nacional de un país atrasado de llevar a cabo una estrategia de desarrollo nacional autárquico en el marco de la integración mundial capitalista.

Esta primera parte de **La Realidad Argentina** revelaba un ingente esfuerzo de sistematización y de apropiación crítica de la mejor producción de la tradición marxista clásica y contemporánea. A los textos clásicos de Marx y Engels, Lenin, Trotsky, Hilferding, Luxemburg y Bujarin, Frondizi agregó el estudio de los trabajos más recientes de M. Dobb, P. Sweezy, F. Sternberg, Daniel Guerin y otros eminentes marxistas contemporáneos, cuyos libros no eran mayormente accesibles en el mercado local, pero que Silvio Frondizi rastreaba, en sus ediciones inglesas, francesas o alemanas. El esfuerzo se completaba con abundantes referencias a economistas e investigadores provenientes de otras tradiciones (como Schumpeter), así como a numerosas fuentes primarias (informes económicos, parlamentarios), información periodística, estadísticas de Naciones Unidas, etc.

Al capítulo sobre la integración mundial, seguían otros dos sumamente informados: uno sobre el capitalismo americano, que abunda sobre la acción de los monopolios, la política estatal y la carrera armamentista en ese país; otro sobre la acción de Estados Unidos sobre la economía

mundial, donde estudia el rearme económico y militar de Europa bajo la tutela americana y sostiene que el nuevo sistema mundial bajo la hegemonía del país del norte le permitiría al imperialismo americano exportar su crisis interna a Europa y al Tercer Mundo, posponiendo así (pero sin lograr eliminar) las condiciones de una crisis capitalista mundial.

La otra tesis fuerte de Frondizi se desplegará en los capítulos siguientes, reagrupados bajo el subtítulo de "El capitalismo nacional", y referidos a la naturaleza del peronismo. Es que la originalidad de su planteo radica en que no sólo explica la emergencia del peronismo como resultado de las contradicciones internas de la sociedad argentina, sino que entiende a éstas a partir de las nuevas condiciones del capitalismo mundial y la consecuente recolocación del capitalismo argentino. El capitalismo nacional es entendido, pues, como un momento dentro del proceso de reproducción global del capitalismo mundial.

Frondizi entiende a la Argentina como un país capitalista semicolonial: es políticamente independiente en lo formal, con una burguesía local que ha logrado erigir desde el siglo pasado su sistema de dominación político a través de un Estado propio, aunque dependiente de las metrópolis imperialistas a través de una múltiple red de lazos económicos, financieros, políticos y diplomáticos. Argentina desarrolló desde mediados de siglo pasado un capitalismo fundamentalmente agrario siguiendo un modelo de complementariedad dependiente con el capitalismo industrial inglés. El perfil de las inversiones británicas en la Argentina, que eran o bien indirectas (empréstitos) o se dirigían a rubros como ferrocarriles o frigoríficos, era reveladora de esa situación semicolonial. La crisis de 1929-30 alterará sustancialmente esta situación: la crisis del comercio internacional pondrá en evidencia el agotamiento del modelo agroexportador y los límites de la política de cerrada bilateralidad con Gran Bretaña. La caída de las importaciones y de los precios agropecuarios implicaba la imposibilidad de continuar importando productos manufacturados. La crisis, con sus secuelas de escasez y desocupación, no sólo atizó en los '30 el descontento obrero sino que afectó también a la clase dominante, dividida entonces en varios sectores según las respuestas a adoptar ante la gravedad de la situación. Un sector "modernizador" de la elite oligárquica —expresado en "estadistas de nuevo tipo" como Federico Pinedo— impulsa una salida a la crisis acorde a las políticas proteccionistas y defensivas que adoptaba el conjunto del mundo capitalista, empezando por las grandes potencias imperialistas, y pone en marcha un proceso de estatismo defensivo que, al mismo tiempo que intervino activamente para enfrentar la vertiginosa caída de la renta en el campo, favoreció un proceso de industrialización sustitutiva en la ciudad. Si las políticas de intervencionismo estatal y la promoción industrial son rastreables desde antes de 1929, bajo los gobiernos radicales —proyecto de creación de una marina mercante nacional, de Yacimientos Petrolíferos Fiscales—, "sólo con la gran depresión tiene lugar un desarrollo intenso de la intervención estatal. La misma tuvo, como finalidad general, mantener las condiciones de rentabilidad y de estabilidad de la economía argentina" (p.141). Y si el intervencionismo defendió "ante todo las actividades controladas por la oligarquía nativa y por el imperialismo inglés al que aquélla estaba vinculada y enfeudada", favoreció simultáneamente "un desarrollo industrial no querido por los terratenientes y el imperialismo inglés, que mejora la posición del capitalismo yanqui en la economía argentina, crea un núcleo industrial nativo y un nuevo y creciente proletariado, lo cual altera la tradicional relación de fuerzas en la economía y la sociedad argentinas" (p.143).

Pero el Estado interventor impulsado por la oligarquía aliada al imperialismo inglés terminó escapándose a su control y volviéndose contra ella misma. El intervencionismo, agrega Frondizi, "vio refractada y modificada su acción y, más de una vez, sus intenciones originales, en un proceso nacional e internacional que ninguna fuerza social aislada podía controlar por sí sola. Se multiplicaron los intereses, tensiones y conflictos que no hallaban ubicación ni salida satisfactorios en la estructura tradicional de la economía y la política nacionales" (p. 144). Una

burguesía en crisis que necesita de un Estado fuerte, el que corre el riesgo de autonomizarse relativamente de ella, posibilita ya desde 1930 la emergencia de una de las ramas del Estado, el Ejército, que —interesado en fortalecer las tendencias al “capitalismo de Estado”— empezará en los 40 a jugar un rol bonapartista, de mediador entre los sectores en pugna: entre el imperialismo inglés declinante y el imperialismo yanqui emergente; entre los distintos sectores en que está fragmentada la clase dominante; y, por último, entre las fuerzas del Capital y las del Trabajo. El peronismo no será sino la coronación y la expresión política de este proceso, que no surgió súbitamente a la luz pública con el golpe militar del 43, sino que es el resultado y el remate necesario de un proceso mundial y local que hunde sus raíces en la década del 30.

Evitando cualquier forma de explicación monocausal —y en una época en que tanto desde la política como desde la teoría social se entendió al peronismo en clave de la oposición fascismo vs. democracia—, Silvio Frondizi lo presenta como el resultado sobredeterminado de los siguientes procesos:

- el reflujo del imperialismo inglés sin el relevo inmediato del imperialismo yanqui, lo que dejó entre 1943-1950 un cierto margen para una suerte de bonapartismo internacional, base material para la ideología de la “independencia nacional”;

- la crisis del Estado oligárquico-liberal y la emergencia desde los 30 del Estado interventor, como gestor de la crisis y como expresión de un proceso mundial que se orienta hacia el “capitalismo de Estado”;

- el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, que junto al de urbanización y a las migraciones internas de los años 30 y primeros 40 promoverán una aguda recomposición de la clase obrera;

- ese mismo proceso de intervención estatal e industrialización favorece el desarrollo de una burguesía industrial, que a diferencia de las burguesías industriales de los países centrales no es la fracción hegemónica de la burguesía, sino que nace ligada y subordinada a la burguesía agraria y a los capitales americanos que acorde con la nueva orientación del imperialismo mundial, se dirigen hacia el sector secundario;

- la múltiple fragmentación y crisis de dominación de la burguesía argentina, que condiciona no sólo la aparición de un Estado fuerte, sino la de un Ejército que en los momentos de mayor riesgo para la continuidad de la dominación, asumirá el rol de árbitro entre los sectores enfrentados.

Como resultado de esta conjunción de procesos, el golpe militar de 1943 favorecerá el desarrollo de una “burocracia estatal bonapartista”, en principio apoyada casi exclusivamente en la fuerza del Ejército y contando con el beneplácito del imperialismo inglés, pero que desde un comienzo aspira no sólo a canalizar la creciente presión del proletariado en beneficio del grupo dirigente, sino también a lograr la representación política del conjunto de las clases dominantes. El peronismo es entendido así como el representante (mediato) del conjunto de la burguesía argentina: “A través de su desarrollo, el peronismo ha llegado a representar a la burguesía argentina *en general*, sin que pueda decirse que ha representado o representa de manera exclusiva a uno de sus sectores —industriales o terratenientes. Dicha representación ha sido directa, pero ejercida a través de una acción burocrática que lo ha independizado parcial y momentáneamente de dicha burguesía” (p.148). La acumulación de fuertes saldos favorables en la posguerra, esto es, la excepcional situación comercial y financiera del país, constituyó la base material del bonapartismo al interior del país: permitía, al mismo tiempo que sostener una política social beneficiosa para las clases explotadas, subsidiar a las grandes empresas. Simultáneamente, el interregno inter-imperialista entre 1943 y 1950 fue la base de sustentación del bonapartismo internacional, que demoró algunos años la penetración de capitales estadounidenses así como el ingreso del país en la órbita panamericana, permitiéndole por entonces sostener sus aspiraciones de “independencia

nacional”, integración latinoamericana y “tercerismo” en política exterior. Esta experiencia habría representado para S. Frondizi el intento más acabado de revolución nacional-burguesa en el país, pero ya a fines de los años 40 se habrían hecho evidentes los signos de la crisis y el fracaso de dicha experiencia.

Silvio Frondizi sigue muy atenta y puntualmente los acontecimientos que, desde entonces y hasta fines de 1953 —fecha de redacción de la obra— van a precipitar la crisis del gobierno peronista, como resultado del agotamiento de las reservas del tesoro, las presiones económicas y diplomáticas del imperialismo estadounidense, a los que se suma el creciente descontento de sectores de la burguesía que se vuelcan a la oposición a través de los partidos políticos, y finalmente de la Iglesia.

A pesar de su fracaso como proyecto nacional-burgués, Frondizi entendía que el peronismo había desempeñado un rol positivo en algunos aspectos sociales y políticos, inescindible de cierto rol negativo: había incorporado a “la masa a la vida política activa”, lo que se tradujo en “acentuada politización de las masas, incluso de sus capas más bajas” (p. 299), pero al precio de burocratizar y estatizar al movimiento obrero (p.303). Creció el peso de la Iglesia y del Ejército en la vida política, pero este último, al politizarse, ha perdido su unidad. Su carácter demagógico y dictatorial jugó un rol negativo en la depreciación de las libertades públicas, pero su avasallamiento de la propiedad (destruyendo patrimonios y creando otros), su acción disolvente con los partidos políticos tradicionales así como la destrucción de la juridicidad burguesa (“La sacrosanta Constitución Nacional ha perdido su virginidad; el Poder Judicial ha sido atacado y pisoteado cien veces...” (p.302) descorrieron ciertos velos ideológicos que sostenían la dominación capitalista. “Este es, precisamente, el mérito de Perón, claro está, desde un ángulo revolucionario; haber destapado la olla podrida de la sociedad burguesa y haberla mostrado tal cual es. ¡He aquí el odio que le profesan los mistificadores y ladrones de guantes blancos!” (p.301-302).

El gobierno peronista de los primeros 50 es presentado como el de la etapa regresiva; donde una vez fracasado su intento de revolución nacional-burguesa, el peronismo recorta su política de gasto social, se orienta hacia la inversión de capital extranjero, acepta la integración del país en el sistema panamericano y refuerza su acción dictatorial sobre la sociedad. Pero la llamada “oposición democrática” no aparece en el análisis de Frondizi presentando una alternativa progresista, sino apuntando a constituir una opción de recambio al deteriorado gobierno peronista aún más “entreguista”, “clerical” y “antidemocrática”. Es de destacar que en el último capítulo del volumen, dedicado al análisis de la “Oposición”, la crítica recaiga no solamente sobre el Partido Conservador, el Partido Socialista y la fracción balbinista de la Unión Cívica Radical, sino que se detenga especialmente en la fracción “intransigente” de este partido, que por entonces lideraba su hermano Arturo. En momentos en que la intransigencia radical aparecía ante los ojos de la ciudadanía como un proyecto de recomposición política y doctrinaria progresista dentro de la UCR —una imagen que se perfilaría hasta 1958, cuando Arturo Frondizi asume la presidencia de la nación con el voto peronista y el apoyo entusiasta de los sectores medios, de la intelectualidad progresista, del movimiento estudiantil reformista y de buena parte de la izquierda—, Silvio Frondizi documenta minuciosamente —a través de publicaciones partidarias, declaraciones periodísticas y debates parlamentarios— el progresivo giro a la derecha de ese sector, de abandono de su orientación antimperialista, de paulatino acercamiento al capital americano, y en el ámbito local al ejército y la iglesia (pp.317-333).

Una perspectiva estratégica

El segundo volumen, redactado a lo largo del año 1954, apareció dos años después; subtulado "La revolución socialista", está centrado en la "discusión doctrinaria" de las problemáticas de la revolución. Constituye al mismo tiempo que un notable esfuerzo de sistematización de la literatura del marxismo clásico al respecto, un ajuste de cuentas con la izquierda argentina acerca de la caracterización del país, de sus clases sociales y de su estrategia revolucionaria. Mientras el primer volumen tendía a adoptar un tenor analítico, el segundo se instalaba en un registro político-doctrinario, donde el autor —mediante una crítica de las posiciones del resto de la izquierda— propone "las soluciones concretas que personalmente sostenemos para nuestro país y Latinoamérica" (p.9).

La primera sección, "Teoría de la revolución democrático-burguesa", constituye una defensa de la tesis del carácter permanente de la revolución en polémica con la postura estratégica de reformistas, nacionalistas de izquierda y stalinistas.

A propósito de presentar el itinerario teórico-político que al respecto de esta problemática va de Marx a Trotsky, esto le permite en buena medida reinscribir su relato de la revolución burguesa (tal como aparecía en **El Estado Moderno**) en el paradigma del marxismo clásico. Su vieja tesis de los 40 acerca de la "caducidad de la burguesía" y de la necesidad de relevo en su rol progresista-revolucionario por otra clase social, encuentra en la teoría de la revolución permanente de Trotsky una "traducción" a la problemática marxista, y es desde la perspectiva del autor de la **Historia de la Revolución Rusa** —constituyendo un linaje que parte de Marx, sigue con Engels, es recuperado por Lenin y continuado por Trotsky— que Frondizi recupera el pensamiento estratégico de Marx, Engels y Lenin. Pero, paradójicamente, el aporte de Trotsky es parcialmente minimizado, presentándose como quien se limitó a "completar *a posteriori* la teoría de la revolución permanente" (p.35), sin alcanzar nunca "la jerarquía científica de Lenin" (p.91) (6).

En la segunda sección ("Práctica de la revolución democrático-burguesa") se propone un ajuste de cuentas con la izquierda argentina a propósito de las cuestiones del imperialismo, la burguesía nacional, la industrialización, la cuestión agraria y la estrategia revolucionaria. El grueso de la crítica se dirige fundamentalmente al PC argentino, cuya evolución política estudió con minuciosidad a través de diversas fuentes partidarias, aunque también deslinda posiciones con el grupo de Puiggrós, con la "izquierda nacional" e inclusive con el trotskismo vernáculo.

La problemática de la relación entre el imperialismo y las semicolonias, de la industrialización de éstas y del rol de las burguesías nacionales, se había transformado por entonces —según Frondizi— "en el campo de batalla de todas las fuerzas de izquierda". En él podían diferenciarse dos posiciones: "En efecto, aquéllos que sostienen el carácter progresista de la burguesía nacional, creen que todo desarrollo industrial implica un triunfo de la burguesía industrial y una derrota del imperialismo" (pp.139-140). Esta es la posición del PCA, que siguiendo las directivas internacionales del stalinismo, se dió a la tarea de buscar las posibilidades progresistas de las burguesías nacionales, idealizando por momentos una "burguesía liberal" cuando se acercaba a la "oposición democrática" y se enfrentaba al "nazi-peronismo", idealizando en otros una "burguesía nacional" cuando tomaba cierta distancia de los partidos de oposición y buscaba una reconciliación con el gobierno peronista. El capítulo 4 de la segunda sección ("Caracterización de la burguesía nacional") sigue atentamente estos virajes del PCA en la década que va de 1943 a 1953.

Pero además del PCA, "que marca el patrón sobre el cual se colocan los demás, debemos citar a la corriente que encabeza Rodolfo Puiggrós, hasta hace poco precisamente ideólogo e historiador del Partido Comunista, cuya obra tiende a justificar la teoría de la descolonización y

las posibilidades de la burguesía nacional. Su separación del PC oficial en nada lo diferencia de los miembros de aquél, salvo, claro está, la elección de un amo permanente que ponga a cubierto los vaivenes que caracteriza al stalinismo...

"También se encuentra en la misma postura el grupo Octubre que dirige Jorge Abelardo Ramos y en menor parte el GCI, hoy PORT. El primero, es decir, Octubre, parte de la base de que existe incompatibilidad de intereses entre el imperialismo y las burguesías industriales y que, en consecuencia, toda forma de industrialización de los países atrasados significa una lesión para los intereses imperialistas y un paso adelante en la política de independencia de los países semicoloniales.

"El fundamento de toda esta posición parte de la afirmación de que el imperialismo, léase Estados Unidos, ha surgido con un prodigioso aparato productivo que lo obliga a exportar, circunstancia que lo conduciría a impedir toda industrialización de los países atrasados. La consecuencia sería que cualquier industrialización significaría una derrota del imperialismo.

"Ahora bien, como esta supuesta revolución democrático-burguesa es insostenible desde el punto de vista marxista, estos industrializadores de la pseudoindustrialización tratan de escapar del cerco teórico y práctico en que han caído, por la vía de una supuesta revolución-democrático burguesa latinoamericana. Veremos en su lugar la imposibilidad de realizar tal unidad latinoamericana por obra de las burguesías nacionales.

"Por otro lado, otro sector de las fuerzas de izquierda, entre el que nos encontramos, sostiene que la expansión industrial bajo la burguesía nacional implica una acentuación del dominio del imperialismo y una profundización de la deformación del país, con el consiguiente mantenimiento de su atraso" (pp.140-141). A diferencia de los "idealizadores de la burguesía nacional", que adoptan una visión "abstracta" y "simplista" del imperialismo y de la división internacional del trabajo y que de ella desprenden que "cualquier desarrollo industrial de los países periféricos implica una supuesta lesión a los intereses del imperialismo" (p.141), Silvio Frondizi entiende que "lo que caracteriza al imperialismo actual es la exportación de capitales para la industrialización, mejor dicho para la pseudoindustrialización, de los países atrasados" (p.142). Aquellos se han detenido en una visión anacrónica, propia de lo que fue la relación de las semicolonias con el imperialismo británico, sin advertir que: "la situación actual, caracterizada por el dominio de Estados Unidos, ha cambiado totalmente la situación. Ahora no existe el peligro de que las exportaciones de las metrópolis se vean coartadas por el desarrollo de los países semicoloniales. La explicación es sencilla: la enorme acumulación de capital y la consiguiente expansión de la industria pesada, que caracteriza al capitalismo yanqui, obliga y permite a éste la exportación de capitales en forma de bienes de producción. Esta exportación tiene, ante todo, el mismo significado que la exportación de mercancías del período anterior; pero tiene también una consecuencia nueva y decisiva por la momentánea supervivencia del imperialismo; la expansión de los mercados semicoloniales y coloniales para la colocación de los capitales y de los productos de la industria norteamericana" (p.143).

Silvio Frondizi advierte agudamente que el pasaje de una estrategia imperialista a otra no fue incruento sino que era el resultado de una puja interimperialista, donde los sectores imperialistas productores y exportadores de bienes de capital terminaron imponiéndose sobre los productores y exportadores de bienes de consumo. En los términos de **La Realidad Argentina**: "Es perfectamente claro, sin embargo, que algunos sectores capitalistas de las metrópolis sientan las consecuencias de la industrialización de la periferia y traten de oponerse a ella. Típica fue a este respecto la posición de los fabricantes ingleses de textiles, como lo es ahora la de los productores de artículos de consumo e incluso de la industria ligera yanqui" (p.144). La oposición a la (limitada) industrialización de las semicolonias, que las corrientes nacional-populistas hacen extensiva el imperialismo en su conjunto, en el modelo de Frondizi se restringe a un sector

determinado del capital imperialista y que por otra parte es el desplazado en la puja interimperialista.

Por otra parte, mientras el nacional-populismo entiende que la industrialización de las semicolonias latinoamericanas termina fortaleciendo a las burguesías nacionales, Frondizi va a concluir que la introducción de capital imperialista en esta etapa significa "mayor dependencia del capital nacional que termina inevitablemente ligado al capitalismo foráneo, debilitándose la burguesía industrial como clase independiente". La industrialización limitada de los países atrasados, o más precisamente su "seudointustrialización", conduce a una mayor "unidad, no identidad, entre imperialismo y burguesía nacional y entre burguesía industrial y terrateniente" (p.151).

En suma, en la etapa de la integración mundial capitalista, "la burguesía nacional carece de las condiciones materiales objetivas y subjetivas necesarias para realizar la revolución democrático-burguesa" (p.150). Inclusive las condiciones excepcionalmente favorables para una experiencia de ese tipo de los años 40 habían desaparecido, lo que explicaba el proceso de regresión que vivía el peronismo en los 50, y advertía sobre el fracaso seguro de futuras experiencias, como la que prometía el radicalismo intransigente.

La conclusión necesaria consistía en que sólo una revolución socialista, encabezada por el proletariado aliado a la pequeña burguesía productiva pauperizada y a los sectores esclarecidos de la intelectualidad, podría sacar al país de la crisis y el atraso, sacudir el yugo de la dominación imperialista y realizar las tareas democrático-nacionales pendientes emprendiendo simultáneamente las de la transición al socialismo.

Los capítulos referidos a la problemática de la revolución socialista en Argentina —con proyecciones sobre Latinoamérica— son los que dan cierre a la obra, adoptando entonces un discurso que la aleja del carácter analítico que predominó en casi todo su recorrido, y que adquiere un acento ético-político, una suerte de profesión de fe del autor en torno a los temas humanistas del progreso humano, la capacidad de autotransformación de las masas y la conquista de la libertad integral del hombre en el socialismo.

Una evaluación de *La Realidad Argentina*

La Realidad Argentina es la obra cumbre del Silvio Frondizi marxista, y acaso su obra mayor si se la compara con el resto de su producción. Las vicisitudes de su vida futura no le permitirán encarar otra obra de semejante envergadura, y sus poco numerosos escritos posteriores a 1955-56 remitirán insistentemente a ella. Hacia el pasado, sólo es comparable en alguna medida a **El Estado Moderno**, aunque las ideas centrales de éste, así como las del conjunto de sus escritos anteriores, están recuperadas y retraducidas (según el nuevo corpus marxista humanista) en **La Realidad Argentina**.

La línea de ruptura está marcando el pasaje entre el liberal crítico y el marxista crítico, la transición entre el pesimismo trágico del primero y el optimismo histórico del segundo. El discurso filosófico-histórico de **El Estado Moderno** se transfigura en el discurso histórico-político de **La Realidad Argentina**. El primero interpela al ciudadano democrático, es una reflexión y una advertencia sobre la tragedia de la crisis presente. El segundo busca interpelar a los sectores explotados y oprimidos de la sociedad, ante la necesidad de una solución revolucionaria a la crisis. La valentía cívica del primero deviene compromiso militante en el segundo.

Sin embargo, las líneas de continuidad entre uno y otro no son menos perceptibles. En primer lugar, su concepción de la historia sigue informada por la noción historicista de progreso. Aquel desarrollo ascendente de la humanidad que en el primer corpus aparecía puesto en peligro

por la actitud suicida de la burguesía mundial, en el corpus marxista puede ser recuperado por la revolución socialista. No obstante su profesión de fe en el progreso humano, reiterada a lo largo de los dos volúmenes de **La Realidad Argentina**, pierde cualquier impronta fatal o providencialista, para adoptar un sesgo más bien racional y voluntarista. “La humanidad — concluye el segundo volumen—, y dentro de ella nuestra Latinoamérica, ha llegado a una verdadera encrucijada. El sistema vigente en nuestro país ha desarrollado todas sus fuerzas progresistas y se ha transformado en un factor determinante del retroceso económico, de reacción antidemocrática en lo político-social y oscurantismo cultural. Debemos superar dicho sistema para que el hombre pueda continuar su marcha ascendente; y para ello debemos trabajar mucho como seres racionales que somos. Como hombres de esta maravillosa época de transformación total que nos ha tocado en suerte vivir, debemos adquirir conciencia de la responsabilidad que nos cabe, y trabajar para edificar un mundo mejor; nada más hermoso que ser dueños de nuestro propio destino” (vol.II, p. 249).

En segundo lugar, su teoría de la caducidad de la burguesía como fuerza progresista es traducida ahora en clave de la teoría trotskista de la revolución permanente: “Ya no se trata de realizar la revolución democrático-burguesa como etapa cerrada en sí misma, sino de realizar tareas democrático-burguesas en la marcha de la revolución socialista” (Vol.II, p. 234).

En tercer lugar, su originario compromiso con la causa de la democracia y la libertad humana lo conducirá a un socialismo entendido—siguiendo los términos del Marx del **Manifiesto Comunista**— como “realización de la democracia”. En la sociedad socialista el poder estatal “no podrá estar en manos de un sector de la sociedad, que lo emplea para su propio beneficio, sino en manos de la colectividad social como tal. En otras palabras implica el cambio del Estado por la Comunidad, tal como lo ha postulado Rousseau (II, p. 238-239). Los ecos del rousseaunismo del **El Estado Moderno**, pues, no se han apagado. No obstante, Frondizi no ha devenido un socialista liberal o un socialdemócrata que cree en la transición pacífica al socialismo. Sin desconocer la necesidad de la violencia revolucionaria en condiciones de guerra de clases abierta, la distingue de “la dictadura policial de un Estado burocrático”. Acepta los términos marxianos de “la dictadura revolucionaria del proletariado”, pero acota que ésta debe ser “transitoria”, por cuanto “tiene por objeto la superación de la división clasista de la sociedad y debe extinguirse con ésta” (II, p.198).

En cuarto y último lugar, como ya se ha señalado *supra*, la centralidad otorgada a la dimensión cultural en la etapa liberal, reaparece ahora en la prioridad que otorga Silvio Frondizi al momento subjetivo, a la concientización, a la formación y renovación teóricas, a la clarificación programática, dentro del proceso de la (auto)producción del sujeto de la revolución (7).

Esta apropiación crítica del linaje liberal trágico de su primera etapa contribuirá decisivamente a configurar en Silvio Frondizi una concepción del marxismo que se distinguirá notablemente de las lecturas de Marx provenientes de las filas del comunismo y del nacional-populismo. La tradición historicista liberal hará menos proclive el marxismo de Frondizi al reduccionismo economicista, al fatalismo histórico, y lo tornará más sensible a la problemática de las libertades individuales. Al mismo tiempo, su *visión trágica* sobrevivirá en estado latente, replanteando nuevas antinomias desde dentro del corpus marxista, tornándolo mucho más abierto y problemático. Como veremos luego, estos desarrollos serán convergentes con las vertientes que, en oposición al *Diamat* soviético, darán lugar en los años 60 al llamado “humanismo socialista” o “marxismo humanista”.

Pero si su lectura de Marx es mucho más rica y matizada que las que circulan en la misma época entre comunistas y populistas, lo cierto es que no hay un aporte de Frondizi en lo que hace al desarrollo de la teoría marxista, más allá de ideas tomadas de Lefebvre y otros marxistas contemporáneos, algunas intuiciones no desarrolladas y ciertas observaciones metodológicas. En este terreno, el autor de **La Realidad Argentina** se limita a una glosa inteligente de los

marxistas clásicos. Su aporte positivo más renovador y original habrá que buscarlo, por una parte, en su teoría de la integración mundial, y por otra, en su caracterización del peronismo.

Su teoría de la integración mundial buscaba cubrir una carencia importante en el marxismo contemporáneo y la respuesta a esa carencia constituía para Frondizi una condición indispensable para cualquier intento de refundación de una izquierda revolucionaria: se trataba de la caracterización de la situación mundial, de definir la etapa que atravesaba el capitalismo desde la posguerra. Los análisis de Lenin en **El imperialismo, etapa superior del capitalismo** (1916) seguían siendo válidos en sus líneas más generales, pero la aparición de nuevos fenómenos en la escena mundial exigía un ajuste de cuentas con ellos desde el presente. Aun los lúcidos análisis del último Trotsky, como los que ofrece en el **Programa de Transición** (1938), aunque más cercanos en el tiempo, habían quedado parcialmente desactualizados y algunos de sus pronósticos no se habían cumplido. Entre otros, el stalinismo, lejos de debilitarse, había salido fortalecido de la segunda guerra mundial. El "socialismo en un sólo país" no había sido cuestionado por el estallido de la revolución mundial, sino por la expansión del régimen "soviético" en Europa del Este a través de métodos burocráticos.

El capitalismo, lejos de encaminarse a su definitivo colapso, aprovechó en su beneficio la crisis y la guerra, y experimentó después de ésta un enorme desarrollo de las fuerzas productivas (8). La guerra y la posguerra propiciaron los movimientos de descolonización y ciertos desarrollos industriales en los países semicoloniales. Los Estados Unidos, menos comprometidos que las viejas potencias europeas en el colonialismo de viejo estilo, aparecían ejerciendo el liderazgo en materia de descolonización, desarrollo industrial y democracia política.

La nueva situación de posguerra exigía pues una recharacterización. La URSS y el movimiento comunista internacional no ofrecieron entonces una teoría consistente sobre el capitalismo contemporáneo. Sus teorizaciones estuvieron estrechamente ligadas a las vicisitudes de las relaciones entre el mundo capitalista y los países del llamado "socialismo real", y fueron directamente tributarias de la ideología soviética de la carrera económica y armamentista entre los dos "campos". Entre tanto, el débil movimiento trotskista internacional fue duramente sacudido por los acontecimientos de la guerra y la posguerra, y la inesperada situación en que se encontró, distinta en muchos aspectos a sus previsiones, condenó a los trotskistas europeos, especialmente en los últimos 40 y primeros 50, a un período de discusiones, desgajamientos y recomposiciones. Una posibilidad de reagrupamiento sobre bases más sólidas se abrió precisamente cuando algunos de los más sólidos y atrevidos de los representantes de la nueva generación de trotskistas sentaron las bases de una nueva caracterización de la situación mundial, como aquellos audaces análisis de Michel Pablo sobre la URSS y Europa del Este y los primeros intentos del joven economista Ernest Germain (Ernest Mandel) de dar cuenta del despegue capitalista de posguerra.

En Argentina las discusiones corrían por otros carriles. Los stalinistas locales pasaban de alabar las virtudes democráticas del capitalismo occidental a pronosticar su pronta crisis y superación por el campo socialista. El nacional-populismo apenas si se interesó por los temas de la política mundial, y el trotskismo vernáculo, en sus distintas vertientes, ajeno a los desarrollos europeos más productivos, se atuvo a la "letra" del **Programa de Transición**: entendió que las transformaciones de la guerra y la posguerra no modificaban las coordenadas básicas de los análisis de Lenin y Trotsky, siguió aferrado ritualmente a las fórmulas de "crisis del capitalismo", de que "las fuerzas productivas habían cesado de crecer" y congeló la situación en 1933.

Salvo los esfuerzos de Mandel en las agitadas filas del trotskismo internacional, los intentos por dar cuenta de una nueva realidad provinieron, bajo el rótulo de "neocapitalismo" o "capitalismo tardío" desde fines de los 50 y primeros 60, de las filas de la llamada "nueva izquierda", en lo fundamental una izquierda marxista independiente de los viejos partidos, más

radicalizada políticamente y mucho más intelectualizada. Los debates en torno a estas cuestiones circularon entre Nueva York, Londres, París y Roma, a través de publicaciones como **Monthly Review**, **New Left Review** o **Les Temps Modernes**...

El rol de la transnacionalización del capital y el futuro político de los Estados-Nación, la nueva hegemonía norteamericana en el contexto de las pujas interimperialistas, el rol del armamentismo y del gasto social en la expansión del capitalismo de posguerra, la relación entre el Estado y los monopolios, entre otros, constituirán los temas centrales que animarán las investigaciones y los debates de aquellos años. Todos ellos son extensa y concienzudamente tratados en **La Realidad Argentina** varios años antes de que sean difundidos en las publicaciones de la nueva izquierda argentina de los 60.

Es en torno a la caracterización del peronismo y a propósito de esta problemática, a la interpretación de los procesos de industrialización sustitutiva, de intervencionismo estatal y de recambio en la dominación imperialista del país que se constituía la otra tesis fuerte del libro.

Desde una perspectiva tradicional, el peronismo había irrumpido como una "anomalía" en la vida política argentina. Los actores políticos de los años 40, ajenos en lo fundamental a las transformaciones decisivas que se venían operando desde hacía una década, fueron quizás los primeros sorprendidos ante lo que apreciaban como una emergencia súbita y violenta. Es que el peronismo aparecía como una ruptura radical en los modos tradicionales de lo político, como una "violencia" ejercida sobre los espacios establecidos y aceptados del campo político. Los distintos sectores sociales ya no adoptaban los comportamientos políticos respectivos, previamente asignados por la ideología dominante hasta entonces y por los patrones de la ciencia social liberal. Los espacios políticos de "izquierda" y "derecha" parecían haberse confundido, perdiendo esa distinción toda significación precisa, y mientras las corrientes políticas tradicionales hacían transparente su carácter de "ideologías" —esto es, de representantes de determinados intereses particulares—, la ideología peronista aparecía "por encima" de las clases, de intereses sectoriales, de izquierdas y derechas, como expresión de los intereses del "pueblo argentino" en su totalidad.

La caracterización del peronismo, pues, significaba un enorme desafío para los actores políticos y la ciencia social de la época. La proliferación de etiquetas que buscaban definirlo, los estériles esfuerzos por delimitarlo de otros fenómenos políticos, incluirlo en un género mayor, era sintomática de la dificultad de "reducirlo", asimilándolo a las figuras de la política tradicional. Se habló, pues, de "socialismo cristiano", de "nacionalismo social", de "dictadura demagógica", de "estatismo", de "presidencialismo plebiscitario", de "fascismo", de "democracia obrera", de "socialismo de Estado", de "capitalismo nacional", de "colectivismo no marxista", de "dictadura de masas", de "bonapartismo", de "neoliberalismo", de "populismo"...(9). La izquierda tradicional, tanto socialista como comunista, no fue ajena —como ya se desarrolló en el cap. II— a esta situación de confusión y desconcierto. Empujada por los realineamientos políticos a que condujo la guerra mundial, esta izquierda, así como la intelligentsia liberal, operaba una traspolación de aquel escenario europeo para entender al peronismo como una forma de "fascismo criollo". Mientras en un principio apoyaron su argumentación en las simpatías pro-Eje del coronel Perón y el GOU, a partir de 1946 apelaron a un arsenal teórico algo más sofisticado, insistiendo en sus tendencias "totalitarias" hacia un "capitalismo de Estado", en su presunta estrategia "corporativista" de estatización del movimiento sindical y demás instancias de la sociedad civil, así como a su apelación a los métodos de la "demagogia", la represión de la oposición, el monopolio de los medios de difusión, etc.

El carácter artificial de esta construcción era evidente. Era incapaz de dar cuenta del peronismo como producto, como resultado (sobredeterminado) de procesos sociales que se venían

operando desde la década anterior en el propio país. La interpretación del peronismo como "fascismo" tendía a comprenderlo como un fenómeno extrínseco al proceso social argentino (las lecturas anteriores a 1945 que quieren ver al coronel Perón como "quinta columna" en el país de las potencias del Eje, son paradigmáticas al respecto), como una "anomalía" a extirpar, ajena a las tradiciones democráticas de las clases y los partidos argentinos, y que distorsionaba el cauce "normal" por el que debía discurrir la política argentina, donde la burguesía se organizaba en torno a ideas liberal-democráticas y las clases trabajadoras y sectores progresistas en torno a ideas socialistas y comunistas. Por otro lado, el fracaso del antiperonismo posterior a 1955, la persistente perdurabilidad del peronismo después de su derrocamiento (y mucho más allá de esa fecha) se iba a ocupar de desvanecer aquellos sueños de "retorno a la normalidad". La norma y lo real se habían trasmutado, y la "anomalía" se había convertido en regla de la política argentina (10).

Ya nos hemos referido al auge que van a conocer desde entonces las lecturas del peronismo provenientes de la intelectualidad nacionalista de izquierda. Estas coincidían en presentarlo como un movimiento popular integrado por todas aquellas clases, sectores o instituciones interesados objetivamente en "el desarrollo autónomo y la liberación nacional": la burguesía nacional, el proletariado en su conjunto, los sectores "patrióticos" del Ejército que responderían a una presunta "tradición sanmartiniana", así como los sectores "nacionalistas" de la Iglesia, la intelectualidad o del conjunto de los sectores medios. Sus enemigos constituirían en conjunto la "anti-patria": la oligarquía, aliada al imperialismo, gran parte de la "clase media", los intelectuales "colonizados", así como la vieja "democracia formal" y su sistema de partidos. Pero si la lectura del peronismo desde la clave interpretativa fascismo vs. democracia era más lo que oscurecía que lo que explicaba, otro tanto podía afirmarse de la que proponía una lectura en clave de la oposición entre nación-antinación. Porque nuevamente se acudía a una explicación extrínseca de los procesos sociales, sólo que ahora con un signo valorativo inverso: lo "importado" aquí era la "democracia al estilo europeo" así como la "mentalidad colonizada" de la intelligentsia; la vieja oligarquía sólo era pensada como prolongación de las metrópolis imperialistas, y su sistema de privilegios consistía en un verdadero saqueo de los bienes materiales y simbólicos del patrimonio nacional. Y si la lectura de la izquierda tradicional era tributaria de la concepción liberal del progreso histórico, la lectura nacional-peronista estaba informada por una concepción organicista y circular de la historia, en que ésta constituía el escenario donde se enfrentaban secularmente dos unidades orgánicamente preconstituídas, "pueblo" y "antipueblo", o bien, "nación" y "antinación".

El trotskismo contaba, frente a estas dos lecturas, con un aparato conceptual más refinado, elaborado a partir de las categorías provenientes del legado teórico del autor de la **Historia de la Revolución Rusa**: las de "desarrollo desigual y combinado del capitalismo" y de "bonapartismo". La primera retomaba y profundizaba los aportes de Lenin para pensar la dinámica propia del desarrollo capitalista en los países atrasados, mientras la segunda recuperaba un concepto acuñado por Marx para pensar aquellas situaciones en que las clases en lucha alcanzaban una situación de equilibrio, lo que permitía la relativa autonomización del poder político, que se erigía como "aparente mediador" entre ellas (11). Tanto la corriente liderada por Ramos como la de Moreno acudieron abundantemente a este arsenal teórico; uno y otro hablaron del desarrollo desigual y combinado del capitalismo argentino; de este país como una semicolonias inglesa, de la debilidad estructural de la burguesía industrial y del peronismo como un gobierno bonapartista.

Sin embargo, la caracterización de Trotsky sobre el fenómeno bonapartista admitía un amplio espectro, que iba desde regímenes que se apoyaban más en las masas para resistir al imperialismo, hasta otros que se aproximaban más a una dictadura burocrático-policial. Gramsci,

por su parte, también había señalado la necesidad de distinguir entre bonapartismos "progresivos" y "regresivos". De modo que la apelación a la caracterización del peronismo como "bonapartista" admitía las más desiguales actitudes y valoraciones del fenómeno.

Ramos y la izquierda nacional enfatizaron sus aspectos progresivos mientras el planteo morenista hizo lo propio con los regresivos. Este resaltó la dimensión burocrático-policia propia del bonapartismo, su tendencia a la dictadura del ejecutivo y su represión sobre la sociedad civil; aquel remarcó su dimensión popular/paternalista, sosteniendo que la alianza que se efectuó en 1945/1946 entre el ejército y la clase obrera habría propiciado una modalidad de gobierno bonapartista que venía a suplir "desde arriba" la ausencia de una burguesía industrial que el capitalismo semicolonial argentino no había generado "desde abajo".

Silvio Frondizi cuestionará las tesis del peronismo como "fascismo" o como "movimiento nacional y popular", y si hará suya la categorización del "bonapartismo", buscará ir más allá de las interpretaciones del trotskismo local. En primer lugar, intenta un distanciamiento político del fenómeno histórico, ponderando aspectos positivos y negativos. No caben en su análisis actitudes de "simpatía" o "antipatía", sólo posibles si se reduce el fenómeno a la figura de su líder o a la acción de su partido, y que carecen de todo sentido si el peronismo es entendido a partir de sus profundas raíces en los procesos económicos, sociales y políticos del país. Frondizi ironiza así las ligeras interpretaciones de la "oposición democrática" que prefiere entenderlo como un "mal pasajero", una "epidemia" o un "desvío" que, una vez controlada la situación —golpe militar mediante— el país podría volver a la situación anterior (I, p.299-300). El peronismo, para Frondizi, no era un fenómeno superficial y sus efectos múltiples eran irreversibles.

Según Frondizi, las peculiares condiciones de la guerra y la inmediata posguerra propiciaron las bases sociales para un gobierno de tipo bonapartista —crisis en las clases dominantes argentinas, interregno interimperialista— que, en una situación de "empate" entre fuerzas antagónicas, se erigiera como árbitro "por encima" de los sectores en pugna. "Para demostrar que el régimen peronista es bonapartista y no neofascista —argumenta Frondizi—, es suficiente indicar que se apoya en las clases extremas, gran capital y proletariado, mientras la pequeña-burguesía y en general la clase media sufre el impacto económico-social de la acción gubernamental.

"Por el contrario, en el fascismo (...) la clase activa, la fuerza social de choque del gran capital está constituida por la pequeño-burguesía. Esta circunstancia explica que las persecuciones contra el proletariado bajo el régimen fascista encierren tanta gravedad, ya que la acción represiva está a cargo de toda una clase. Es necesario distinguir entre dictadura clasista y dictadura policial" (I, p.294).

Pero si Frondizi recurre a la caracterización de "bonapartismo" para definir ciertos rasgos formales del gobierno y el régimen peronistas, es su tesis del peronismo como un intento fallido de revolución nacional-burguesa la que le da un sello original y, al mismo tiempo, la que permite mantener un ponderado equilibrio en la valoración política del fenómeno. Aquellos que rechazaron esta clasificación en beneficio de la que lo entendía como "fascismo" —como el PS o el PC— adoptaban desde el principio una actitud de hostilidad frente al mismo, y la lógica misma de su caracterización los conducía en última instancia "hacia la derecha", esto es, hacia el espacio ideológico-político liberal-conservador. Los que lo definieron como un movimiento nacional-popular —como Puiggrós— o bien como un bonapartismo progresista —como Ramos— se vieron empujados, en sentido inverso, hacia el acompañamiento crítico, cuando no a la misma integración como ala izquierda del peronismo. En contraste con unos y otros, el análisis de Silvio Frondizi constituía una muestra singular de comprensión histórica e independencia política y, en ese sentido, representa un primer jalón en la historia del pensamiento marxista argentino que desbrozará el camino para la nueva generación. Los contornistas conocerán, en sus análisis del

peronismo, el influjo de esta obra, y se seguirá irradiando en las lecturas de la nueva izquierda en los años 60.

Y es a aquella generación, indudablemente, que están dirigidas las páginas de **La Realidad Argentina**. Serán los jóvenes convocados por los cursos de Silvio Frondizi e interpelados por su obra los que empujarán al profesor de teoría política —que ya frisa los 50 años— a la práctica política activa. Es que con la aparición de los dos volúmenes de **La Realidad Argentina** la izquierda socialista revolucionaria ya contaba con un programa. Sólo le faltaba un partido.

Bajo el signo de la praxis: S. Frondizi en la segunda mitad de los '50

Instalado en Buenos Aires desde 1946, Silvio Frondizi alterna su trabajo de investigación con la docencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores y la práctica profesional de la abogacía. Una grave afección pulmonar lo obligará a pasar algunas temporadas de descanso en la sierra cordobesa. Será en la hostería familiar que regenteaban los Sánchez Campos en la localidad de Cabana de esa provincia que conocerá a Pura, una de las hijas de la familia cordobesa, la que pocos años después será su esposa. La pareja se casa en la ciudad de Unquillo, de la misma provincia, en enero de 1949, donde se hacen construir una casa de campo que bautizan "Los Yayás". Será primero un lugar de sosiego para escapar de la ciudad y refugiarse en la lectura y la redacción de sus escritos. Servirá también como espacio de encuentro familiar, donde lo visitarán asiduamente sus hermanos y sus sobrinos. Pero entrados los '50 funcionará informalmente como "escuela de cuadros de verano" para la formación teórico-política de sus discípulos. E inclusive llegará a ser centro de actividad política en la región, cuando algunos lugareños, estimulados por el "doctor Frondizi" impulsen en los 60 la creación de una unión vecinal...

Pero el epicentro de su actividad seguirá siendo Buenos Aires, donde reside la pareja. Pura, consagrada a la crianza de los dos hijos del matrimonio (Isabel Silvia, que nace en 1950 y Julio Horacio, dos años más tarde) y a las labores del hogar, guardará del amplio departamento de Cangallo al 4400, en la capital. Silvio Frondizi desarrollará por entonces una intensa labor política, que desembocará a mediados de los '50 en la constitución del Movimiento de Izquierda Revolucionario Praxis.

En una conferencia dictada a comienzos de julio de 1959, y con su grupo por auditorio, el mismo S. Frondizi recapitula el itinerario de aquellos años, en un tenor de discurso definitivamente ajeno al profesor de ciencia política y próximo ya al del dirigente partidario que se ufana de los resultados obtenidos:

"El Movimiento nació en 1945 en los cursos de Ciencias Políticas dictados por el que habla, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, institución que había cumplido hasta entonces una meritoria labor. Desgraciadamente después se transformó en un centro de actividad pro imperialista y de medro personal, que persiguió y excluyó de su seno a cuanto hombre realmente progresista había. Ahora vegeta con su propia carga de miseria ideológica.

"Volvamos a nuestro problema. En dichos cursos aparecieron los primeros colaboradores, casi exclusivamente en el plano intelectual, que lentamente se volcaron a la acción política. Bautizamos nuestro incipiente movimiento con el nombre de Acción Democrática Independiente (A.D.I.), que publicaba un periódico con el nombre **El Ciudadano**; tiempo después y ya en la lucha teórico-práctica revolucionaria le denominamos con el nombre definitivo de Grupo Praxis, bajo cuyo signo vivimos durante varios años.

"Al comienzo estaba constituido, en su casi totalidad, por elementos pequeño-burgueses, que fueron puestos a prueba frente a la interpretación del fenómeno peronista.

"Así comenzó el proceso dinámico del movimiento; es decir, su transformación cualitativa y cuantitativa, su proceso selectivo. Algunos se fueron, muchos se incorporaron a medida que la objetividad nos puso a dura prueba.

"Creemos haber interpretado con toda exactitud el período peronista, como creemos haber actuado con precisión en lo que se refiere a la actividad del Movimiento. En efecto, mientras otros grupos se estrellaban, tratando vanamente de oponerse a la avalancha peronista, nosotros dimos un paso atrás y dedicamos buena parte de nuestra tarea a la formación de cuadros medios.

"Este acierto dio sus frutos; tanto en el época final del peronismo como en la subsiguiente, el Movimiento Praxis viene trabajando para poner en línea de batalla el mejor equipo doctrinario del país. En esta época adquirió gran impulso el sector latinoamericano de nuestro movimiento, sector que comenzó a publicar pequeños órganos a mimeógrafo, seguidos por un periódico, C.E.S.A., Órgano del Centro de Estudios Sociales Americanos, que bien pronto apareció en imprenta.

"Con posterioridad comenzó a aparecer nuestro periódico definitivo, primero bajo el nombre de **Liberación**, pero ante dificultades de inscripción, lo cambiamos por **Revolución**, con cuyo nombre se está abriendo paso en forma victoriosa, tanto en cantidad como en calidad.

"Los posteriores aciertos, tanto en lo que se refiere a la claudicación del peronismo, como a la traición del comunismo, reflejados en nuestros volúmenes, folletos, panfletos y periódicos, etc., le dieron un nuevo impulso, transformándose en poderoso avance al acertar sobre la actuación política de la UCRI, ya bajo la denominación definitiva de Movimiento Izquierda Revolucionaria (Praxis)" (12).

Las clases dictadas —entre 1944 y 1947— en el Colegio Libre, e inmediatamente después, los cursos de marxismo que comienza a dictar a pequeños grupos en su estudio de abogacía, su creciente prestigio de teórico marxista, comienzan a hacer de Silvio Frondizi un punto de referencia para todos aquellos jóvenes que se rebelan contra los valores del orden establecido y buscan una orientación o una fundamentación más sólida para iniciar una práctica política. De entre los alumnos del Colegio Libre se destacó ya en 1944 un estudiante secundario, precozmente intelectualizado, y que acompañará a Silvio Frondizi durante quince años de labores intelectuales y políticas: Marcos Kaplan. En 1949 sus oficinas de abogado permitirán salir de la cárcel a un ex-aviador peruano exiliado en Argentina, Ricardo Napurí, que comienza a estudiar teoría marxista con Frondizi y en los años siguientes será dentro del grupo el especialista en temas latinoamericanos y el responsable de lo que Frondizi denominaba, líneas más arriba, "el sector latinoamericano de nuestro movimiento".

Por esos años se acerca al entorno de Silvio Frondizi un abogado de sólida formación filosófica, lector de Hegel y Marx, de Henri Lefebvre y de Lukács, y que se oculta bajo el seudónimo de Eugenio Werden. Este último, más cercano en edad y formación a S. Frondizi, ocupará un lugar de "colaborador" dentro del grupo, y mientras el joven Kaplan será el dilecto discípulo en el terreno de las ideas, el activo Napurí —que se mueve con mayor afinidad en el terreno de la práctica política— encarnará la figura del organizador y el activista. A ellos se fue sumando un grupo de jóvenes cada vez más numeroso y entusiasta, que hacia 1955 pugnaba por romper el círculo de hierro de la actividad intelectual y propagandística y lanzarse a la práctica política. A los largo de los años 50, desde el amorfo núcleo inicial hasta el más estructurado MIR, hará sus primeras armas —formándose con Silvio Frondizi— una nueva generación de militantes políticos, que una vez desaparecido el MIR-PRAXIS, ya en los 60 y 70 nutrirán en un espectro muy amplio las filas de las organizaciones de izquierda. Pasarán, entre otros, por sus filas, además de los citados Kaplan, Werden y Napurí, nombres como los de Hugo del Campo, Jorge Altamira, Marcelo Norwestern, Alberto Guillis, Roberto Carri, Jorge Bolívar, Jorge Castro, Horacio Torres Molina, Alberto Ferrari Etcheverri, Arturo Lewinger, Alberto Ure, Ricardo Sidicaro... Algunos de ellos colaborarán en la redacción preliminar de algún tramo de **La Realidad Argentina**: Ricardo

Napurí en temas latinoamericanos; Marcos Kaplan en las partes relativas a economía argentina; Sergio Romero y su sobrino Román Frondizi en la investigación sobre la trayectoria histórica de la UCR; Pedro Maisonave en el análisis del peronismo, entre otros.

Una organización de nuevo tipo

El rasgo distintivo del grupo estuvo puesto, sin duda, en la búsqueda de formación política de sus miembros, en el nivel teórico de sus publicaciones, que contrastaba con las tendencias dominantes en la izquierda partidaria de la época, la que, embarcada en un proceso de desintelectualización al que la influencia del populismo no debe haber sido ajena, tendía a volverse pragmática. A ello contribuyeron los cursos de formación marxista que dictaba S. Frondizi y que, andado el tiempo, se iban a transformar en la "escuela de cuadros" del movimiento. También se destacó por su nivel teórico-político su periódico, que dirigió Marcos Kaplan pero inspiró Frondizi: el único número de **Liberación** (noviembre de 1955) y los sucesivos de **Revolución, órgano de esclarecimiento político**, que apareció entre 1956 y 1960. Pero los que alcanzaron mayor influjo en aquellos años y en los posteriores fueron los folletos y los libros de la Editorial Praxis, empresa que emprendió y financió el propio Frondizi, y cuya sede estaba instalada en su domicilio personal. En su catálogo figuraron **El materialismo dialéctico según Henri Lefebvre** (1952), una glosa minuciosa de Eugenio Werden de las obras más recientes del marxista francés; los dos volúmenes de **La Realidad Argentina** aparecidos en 1955 y 1956; dos investigaciones de Marcos Kaplan, **Economía y política del petróleo argentino** (1957) y **La crisis del radicalismo** (1958); **El problema de la leche en la ciudad de Buenos Aires**, de Hugo del Campo, y la recopilación de artículos de S. Frondizi **Doce años de política argentina** (1958). Se anunciaba la próxima aparición de un volumen de Ricardo Napurí sobre **La realidad peruana**, otro de Roberto Peisker sobre el problema de la vivienda, una investigación de E. Werden sobre el materialismo dialéctico, otra de Kaplan sobre Estado y sindicatos y el segundo volumen de **El Estado moderno** de Silvio Frondizi, titulado ahora **La crisis de la sociedad contemporánea**. Ninguno de estos llegará a publicarse.

A diferencia de los grupos de izquierda que buscaron, ante todo, la intervención política y la integración en las organizaciones de masas, Silvio Frondizi prefirió dedicar una larga preparación a su grupo, en la creencia —sin duda ingenua— de que la formación teórica de sus "cuadros" lo preservaría mejor en el momento de lanzarse a la praxis política, contrapesando las presiones que los movimientos de masas podrían ejercer sobre él en un sentido oportunista o burocrático, apartándolo de su programa inicial y su objetivo estratégico. Por ello Frondizi celebra su táctica de "paso atrás" orientado a la formación teórica, mientras otros grupos "se estrellaban tratando vanamente de oponerse a la avalancha peronista". En 1955, año de exacerbación de pasiones políticas, bajo la entusiasta presión de los más jóvenes, Silvio Frondizi consideró oportuno el lanzamiento a la acción política práctica, que estuviese a la altura de la invocación al concepto de *praxis*, esto es, la integración de teoría y práctica. Sin abandonar el estudio y la formación —por lo que conservaría la aureola de "grupo teórico"—, la nueva orientación práctica obligaba a observar las normas leninistas de organización, por lo que el grupo se estructuró en base a células y eligió un comité central. Se lo rebautizó como Movimiento de Izquierda Revolucionario aunque para no perder la continuidad, se siguió utilizando el nombre Praxis a continuación: MIR-Praxis. A fines de los '50, contaba con un centenar de miembros encuadrados en una organización celular y un radio de simpatizantes y lectores varias veces mayor.

El lugar que S. Frondizi otorgaba a la formación teórico-política de los militantes sólo puede comprenderse cabalmente si se lo considera dentro de su concepción global de la militancia política como praxis integral antes que como rutina de activista. Su ajuste de cuentas con la

izquierda tradicional no se limitaba al balance crítico de su discurso, de sus deficiencias programáticas o sus carencias teóricas. Se proyectaba sobre el carácter mismo de la organización política de izquierda, sus tendencias a la jerarquización y al burocratismo, así como a la configuración de una personalidad "patológica" del militante izquierdista tradicional. El respaldo de un programa revolucionario y el proyecto intencional de una dirección de subvertir profundamente el orden social eran condición necesaria pero no suficiente para llevarlo a cabo; las múltiples y poderosas presiones que ejerce el sistema capitalista no sólo pueden conducir a desviaciones teóricas o programáticas. También tienden a introducir y reproducir en el seno de la organización revolucionaria las formas de división del trabajo, de dominación y de alienación propias del mundo social en que se desenvuelve. Por ello cualquier proyecto transformador, para evitar caer en la red de estos poderes "menos visibles", no puede quedarse en el cuestionamiento del orden económico, social y político, sino que, simultáneamente, debe poner en cuestión *toda* forma de dominación y alienación, y no sólo en la sociedad sino también dentro del partido. Como se dirá luego, la lucha no puede limitarse a cuestionar sólo los "macropoderes" sino que debe extenderse al cuestionamiento de los "micropoderes" que se juegan en todas y cada una de las instancias del tejido social. Para Frondizi, pues, "la solución de la crisis contemporánea no será alcanzada en un aspecto parcial, sino en la totalidad de la vida humana, tanto en el plano económico como en el político, social, espiritual, etc. Por ende, un grupo revolucionario actual debe tender a plantear y desarrollar en su seno, con un sentido liberador, todas las actividades del hombre, es decir a preformar en pequeño la sociedad socialista por cuyo alumbramiento milita" (Prólogo a Kaplan, 1957: 9).

El partido o la organización revolucionaria, pues, no debía constituirse simplemente como un instrumento aceitado para la toma del poder; el riesgo de concebir una política de construcción del partido como un "contra Estado" eficaz para la confrontación y la destrucción final del Estado vigente, consistía en reproducir —en nombre de la "eficacia" para enfrentar con éxito una maquinaria centralizada y poderosa— la jerarquización y la centralización, la lógica misma de dominación del Estado capitalista, aunque con otro signo político. La organización revolucionaria, para constituirse como tal, debía enfrentar el desafío de ser, al mismo tiempo, herramienta apta para la lucha por el poder, y prefiguración de la sociedad futura. La izquierda tradicional —y especialmente la comunista— era responsable de producir una subjetividad similar a la de la sociedad burguesa, transfiriendo las formas de fetichismo propias de ésta en el fetichismo y el "misticismo de la propia organización, del 'bastión socialista' y de los dirigentes geniales e infalibles", lo que había terminado por aplastar "la personalidad, el espíritu crítico y la actividad creadora de sus militantes y simpatizantes" (Ibid., p.10).

Estas intuiciones atrevidas y anticipatorias desarrolladas por Silvio Frondizi a lo largo de los '50 —pues prefiguran los ejes de debate teórico político de la década siguiente— fueron retomadas y profundizadas por su discípulo Marcos Kaplan en el folleto **Política y vida cotidiana** (13), un verdadero manifiesto de la nueva izquierda. Heredero de los aportes más vigentes del marxismo clásico al respecto —los escritos de Trotsky **Sobre arte y literatura** y sobre los **Problemas de la vida cotidiana**—, informado de los desarrollos de la teoría psicoanalítica del freudo-marxismo —en particular de la obra de Wilhelm Reich—, de los análisis de la teoría crítica (Marcuse), de la sociología crítica americana (David Riesman, C. Wright Mills), el trabajo estaba sobre todo influido por los ensayistas franceses de la nueva izquierda: Henri Lefebvre, que reeditaba una nueva versión de su **Critique de la vie quotidienne** el mismo año de su expulsión del PC francés (1950); André Gorz, Claude Lanzmann y otros colaboradores de **Les Temps Modernes**, así como las nuevas problemáticas abiertas por revistas como **Arguments** o **Socialisme ou Barbarie**.

Kaplan hace partir su argumentación de la disociación entre la "madurez objetiva del sistema capitalista en su conjunto para una transformación socialista" y la inmadurez de las "condiciones subjetivas", expresada en el "atraso e ineficacia de los movimientos de izquierda" para impulsar dicha transformación. El análisis se centra, pues, en la dimensión de la subjetividad, para tratar de dar cuenta del estancamiento y la crisis de lo que llama la "Vieja Izquierda (socialismo, comunismo, trotskismo)".

En primer lugar, señala el fracaso de la "Vieja Izquierda" en responder con nuevos análisis y renovadas formas de acción a las nuevas condiciones históricas que presenta el capitalismo contemporáneo. La aparición de "fenómenos y contradicciones de nuevo tipo" ponen en cuestión o relativizan muchos esquemas tradicionales. La concentración del poder en manos de grupos que constituyen una verdadera "élite", las nuevas formas (fordistas) de organización del trabajo en la fábrica, el prodigioso desarrollo de los medios de comunicación así como el conjunto de las "nuevas formas de conciencia, de relaciones humanas y de conducta individual y colectiva" propias de la moderna "sociedad de masas", han planteado colosales desafíos a la imaginación política de la izquierda. Esta, sin embargo, no ha estado a la altura del desafío ni de su propia tradición: "Los análisis sociológicos y políticos más serios y fértiles de los últimos años proceden de investigadores no marxistas, o bien de marxistas independientes de las limitaciones y frustraciones impuestas por los aparatos de la Vieja Izquierda" (p.3). Un renacimiento de la imaginación de izquierda sólo podía plantearse sobre la base de la "asimilación crítica" tanto de los mejores aportes del marxismo clásico como de los desarrollos de la teoría social no marxista.

El surgimiento de una nueva subjetividad en el capitalismo contemporáneo es ignorado por una izquierda tradicional aferrada a sus viejos esquemas, según los cuales obreros, campesinos o estudiantes debieran comportarse según sus pautas prefijadas. De aquí surge una segunda figura de la crisis de la izquierda: su racionalismo abstracto, ajeno por completo a las condiciones de vida reales de los sujetos que pretende interpelar, representar o dirigir. "La propaganda y la acción política resultan así atrasadas, irreales, consigneras, visiblemente inferiores a las de la derecha. Hacen apenas un llamado parcial a la razón de las masas, sin apelar así a sus sentidos, su imaginación, su emotividad, su potencial de entusiasmo, de abnegación y de heroísmo" (p.8). La crítica y la práctica revolucionaria deben comprender al "hombre total", en todas sus dimensiones; no pueden limitarse a la lucha por la emancipación económica y política, sino que deben cuestionar también el terreno concreto en que se inscriben y se reproducen: el de la vida cotidiana. No hay crítica convincente del orden social que no incorpore como una de sus dimensiones centrales la crítica de la vida cotidiana (pp.11-13).

En tercer lugar, Kaplan inscribe las formas alienadas que adquieren la organización y la vida militante de la vieja izquierda. "No se forman militantes completos, de personalidad rica y de aptitudes diversificadas, capaces de participar en las experiencias de las masas, de esclarecerlas y de guiarlas en todas las circunstancias de la vida cotidiana y en las alternativas de un proceso revolucionario. Este tipo necesario de militante es reemplazado con desventaja por la imagen ficticia del héroe perfecto y sin contradicciones, que esconde la realidad del incondicional, del robot diligente y discursador, en el cual sobre la personalidad básica conformada por la sociedad burguesa se sobreimprime un pequeño aparato de consignas y triquiñuelas políticas para tareas menudas de todos los días. Este dualismo no resuelto explica los rasgos neuróticos que suelen exhibir la mayoría de los militantes de la Vieja Izquierda, sus contradicciones íntimas y exteriores, el desgaste y las quiebras sorpresivas que se producen en muchos de ellos"(p.9). Esta personalidad es producida y reproducida al infinito por organizaciones de izquierda que funcionan como microsociedades, sometidas a una división jerárquica del trabajo, y cuyos cerrados códigos de pautas y comportamiento las constituyen en ajenas a las masas. Dicho comportamiento militante es funcional a la secta de izquierda: "lleva al sectarismo, al aislamiento aristocrático, a la pérdida del

sentido del medio social y del material humano sobre el que se actúa, al infantilismo y al aventurerismo. Pero hace aparecer a los activistas ante los ojos de las masas "como gente extraña, irreal, venida de otros mundos, seres a los que casi todo lo humano parece serles extraño, y que apenas se conocen a sí mismos y a los demás" (p.14).

El texto es, al mismo tiempo que una crítica aguda y descarnada, un llamamiento por una izquierda y una militancia de nuevo tipo. Su agenda será: el partido como "anticipación" de la sociedad futura, la búsqueda del "militante integral", la crítica de la vida cotidiana, el abandono del sustituisimo o del paternalismo sobre las masas, la promoción de las prácticas colectivas y autogestivas en la sociedad y en el partido... "La Nueva Izquierda Revolucionaria no sólo debe tomar en cuenta la explotación y la miseria, sino también todas las formas viejas y nuevas de alienación (materiales, sociales, sexuales, familiares, políticas, ideológicas, culturales). Deberá fundarse, no sólo sobre 'la pura necesidad de vivir', sino también 'sobre exigencias humanas menos elementales, aunque igualmente reales: deberá hablar a los trabajadores otro lenguaje, deberá aprender a hablarles de *todo* el hombre y no sólo de las necesidades vitales, deberá presentarse como la exigencia propia de la libertad y no como expresión práctica de la necesidad' (A. Gorz)" (p.18-19).

Consecuente con su énfasis en la dimensión subjetiva, el manifiesto concluye cuestionando cualquier forma de objetivismo fatalista así como su correlato, el optimismo dogmático. Apoyándose en Lefebvre, sostiene un "optimismo crítico, ni místico ni mecánico": la partida no está ganada. La superación jamás es fatal... Sería erróneo creer que las clases revolucionarias siempre tienen la fuerza suficiente para realizar la transformación en el momento en que las condiciones del desarrollo socio-económico han hecho que la necesidad de esa transformación esté totalmente madura. Esto no es así; la sociedad no está arreglada de una manera tan racional y tan 'conveniente' para sus elementos progresistas. La necesidad de una transformación puede estar madura, pero la fuerza de los creadores revolucionarios de dicha transformación puede resultar inadecuada para lograrla. En estas condiciones la sociedad se pudre y su putrefacción puede durar décadas enteras" (p.32).

La búsqueda de una identidad política

El grupo buscó definir una identidad político-doctrinaria que la distinguiera del resto de la izquierda, tanto de la izquierda tradicional como de la trotskista. El propio S. Frondizi trató de definirla en los siguientes términos: "Nuestra posición nos diferencia de las soluciones dadas por los otros movimientos de izquierda. Del *socialismo de la Segunda Internacional*, en cuanto éste niega el salto cualitativo o acto revolucionario como condición necesaria para la transformación socialista, empantanándose así en el reformismo y en la adaptación servil al sistema capitalista. "Nos diferencia por otra parte del *movimiento stalinista* en cuanto éste ha llegado a parecerse al socialismo reformista, y además porque ha aplastado la personalidad, el espíritu crítico y la actividad creadora de sus militantes y simpatizantes, transfiriéndolos del misticismo de la sociedad burguesa al misticismo de su propia organización, del 'bastión socialista' y de los dirigentes geniales e infalibles..."

"Las consideraciones anteriores revelan también nuestras principales diferencias con la *Cuarta Internacional trotskista*, cuya lucha contra el stalinismo la ha limitado desde su nacimiento, imponiéndole un carácter negativo y no de síntesis superadora de aquél. Ello ha conferido al trotskismo casi todas las limitaciones del stalinismo (sectarismo, burocratización, pequeñez, atraso teórico), lo ha enquistado y divorciado de los grandes movimientos de masas de los últimos años" (Prólogo a Kaplan, 1957, pp.9-10).

Pero además de las diferencias doctrinarias y programáticas, el grupo de Silvio Frondizi intentó seguir una orientación propia en cuanto a la política nacional. Ya hemos visto que su intento de comprensión del peronismo le había permitido tomar saludable distancia del antiperonismo reaccionario de la izquierda socialista y comunista, así como de cualquier expectativa de solución "democrática" vía golpe militar. Mantuvo incluso contactos con sectores del PSRN y participó, en marzo de 1955, en uno de sus congresos, compartiendo con aquellos la perspectiva política de enfrentar las maniobras golpistas, pero diferenciándose de su orientación ideológica populista, por lo que resolvió no ingresar con su grupo en dicho partido. En los años siguientes, adoptó una posición política crítica ante la intransigencia radical que lideraba su hermano Arturo y, a contrapelo de la izquierda comunista y trotskista que en las elecciones de 1958 apoyó la candidatura de la UCRI— el grupo Praxis, desde las páginas de su periódico, llamó a sus simpatizantes al voto en blanco.

El repentino giro político que tomó el presidente Frondizi tras asumir su gobierno descolocó al conjunto de la izquierda que formó parte del apoyo electoral, pero fortaleció la autoridad política del grupo que capitaneaba su hermano Silvio. Este, ya desde las páginas de **La Realidad Argentina**, venía anunciando la reorientación de la intransigencia en el sentido de la conciliación con el capital imperialista, el Ejército y la Iglesia. Esa línea crítica había sido ratificada con la aparición, en 1957, del libro de Marcos Kaplan, **Economía y política del petróleo argentino (1939-1956)**. Concebido como una prolongación y una especificación de **La Realidad Argentina**, y abundantemente informado en fuentes especializadas, el libro estaba dirigido contra la política petrolera de la UCRI. Su señalamiento del profundo abandono del viejo programa estatista y nacionalista por parte de la intransigencia permitiría a los "praxistas" entender la política petrolera inaugurada en 1958 no tanto como una "traición", sino más bien como la consumación de un proceso. En la misma línea se inscribe el folleto **La crisis del radicalismo**, editado días antes de las elecciones de febrero de 1958 y firmado por el mismo Kaplan, insistiendo una vez más que en las condiciones de 1957-58 habían mermado o desaparecido las posibilidades de repetir una política bonapartista de equilibrio y arbitraje entre clases antagónicas, y señalando que el "frente nacional" congregado en torno a la candidatura de Arturo Frondizi, lejos de poseer la fuerza y la coherencia del constituido en 1945/46 en torno al coronel Perón, integraba fuerzas sumamente heterogéneas unificadas tras un programa no menos contradictorio, terminaba pronosticando un rotundo fracaso a un eventual gobierno de la intransigencia. Decía Kaplan, en uno de los tantos párrafos que trasuntaban la pluma de su maestro: "Por todo lo expuesto, un gobierno de Intransigencia radical, será posible sólo en la medida en que aquella extreme más aún sus compromisos con la reacción, y en que ésta pueda verse forzada a permitir una salida centrista momentánea para desviar un ascenso amenazador del proletariado y de la pequeña burguesía pauperizada. Llegada al gobierno la Intransigencia, respetuosa de la legalidad defensiva del sistema social vigente, impregnada de respeto hacia los grandes intereses y castas, y de temor y desconfianza hacia la irrupción de las masas, frenaría de todos los modos posibles la presión de los trabajadores, cuya movilización y hegemonía son las únicas garantías de una lucha exitosa contra la reacción, hasta que ésta se hallara en condiciones de contratacar y retomar sin ceremonias el pleno comando de la política nacional. En ese momento la Intransigencia, como sus equivalente políticos de Venezuela, Guatemala y Perú, abandonarían sin resistencia el gobierno que no habría ejercido a la altura de las necesidades populares, y esperando una nueva oportunidad imitaría al célebre rey moro que lloró como mujer lo que no supo defender como hombre" (Kaplan, 1958:39).

En el ojo de la tormenta (los debates con populistas, comunistas y trotskistas)

Los últimos años de la década del 50 Silvio Frondizi se encuentra, pues, en la cumbre de su trayectoria política y teórica, desplegando en una actividad febril lo acumulado durante la década peronista. El relanzamiento político-cultural que arranca entonces y que se proyectará sobre los 60 y primeros 70 no lo tomará por sorpresa sino preparado para la lucha. En su conferencia de 1959 los recordará como años en que vivió "bajo el signo de la praxis", pues el proyecto del intelectual revolucionario de aunar teoría y práctica parecía haberse realizado. Silvio Frondizi reunirá por entonces las figuras del teórico marxista, del político revolucionario, del profesor con apoyo estudiantil. Inspirará la publicación de un periódico, logrará lanzar su propia editorial.

El MIR-Praxis, aunque había nacido con el estigma del "grupo teórico", emergía vigorosamente como una opción frente a la izquierda tradicional, comprometida con el golpe militar de 1955 o con el apoyo a la intransigencia. Su influjo se extenderá por todo el continente, favorecido por la proyección latinoamericana de muchos textos de S. Frondizi, así como por el considerable peso que dentro del grupo adquirirá el "sector latinoamericano", compuesto en lo fundamental por exilados que esperaban la oportunidad de retornar a su país y continuar la lucha revolucionaria. El MIR de Silvio Frondizi será, pues, el primer MIR de una larga serie en el continente. La nueva izquierda revolucionaria que a lo largo de América Latina nacería bajo el influjo de la revolución cubana —desde el MIR peruano de Luis de la Puente Uceda, hasta el MIR chileno de Miguel Enríquez, pasando por el MIR venezolano de Américo Marín— recogerán su nombre.

Por aquellos años, el despacho del autor de **La Realidad Argentina** se convertirá en un paso obligado en el permanente peregrinaje de revolucionarios latinoamericanos por Buenos Aires, que acudirán a él para intercambiar ideas o escuchar sus consejos. En mayo de 1960 viajará incluso a Cuba, invitado por el Movimiento 26 de Julio, donde celebrará varios encuentros con el Che Guevara. Frondizi gozaba por entonces de una reputación única.

En el año 1958 retornará a la actividad académica, ahora con respaldo del movimiento estudiantil. Obtuvo entonces por concurso la cátedra de Derecho Político en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, de la que inmediatamente fue nombrado consejero académico.

La edición de **La Realidad Argentina** lo consagrará como teórico marxista. Si bien él mismo se lamentará de la "conspiración de silencio" que se había tejido tras la aparición del libro, dado que "los órganos periodísticos de toda índole, desde la derecha hasta la izquierda, se acordaron con la tácita unanimidad de ignorar la aparición del libro", el mismo se convirtió en un "éxito editorial", pues a los pocos meses la primera edición quedó agotada. Para los sectores críticos de la izquierda tradicional fue, junto con la **Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos** de R. Puiggrós, uno de aquellos "libros prohibidos" de lectura obligada. Su influjo se proyectó también sobre la nueva generación, y jugó sin duda un papel importante en la relectura del peronismo que inicia el grupo **Contorno** (este influjo es más particularmente visible en Ismael Viñas, cuyo libro **Orden y Progreso**, de 1960, retoma muchos planteamientos de **La Realidad Argentina**, e incluso es citado en varias oportunidades). Inclusive desde la generación de **Sur**, uno de sus disidentes saludó entusiasta su aparición: lo hizo Ezequiel Martínez Estrada en el año 1956 con estas palabras contundentes: "Se cuentan con los dedos de una mano los libros libres, pudiendo ser el primero **Facundo** y el último **La Realidad Argentina** de Silvio Frondizi" (14).

En 1959 Carlos Strasser incluye a Silvio Frondizi dentro de las diez personalidades más destacadas de la izquierda argentina para participar de un "reportaje en mesa redonda" que apareció como libro ese mismo año bajo el título de **Las izquierdas en el proceso político**

argentino (15). Interrogado sobre los grandes temas de la política local y mundial, Frondizi vuelve sobre los pasos de **La Realidad Argentina**, aunque avanzando sobre el análisis crítico del primer año de gobierno de Arturo Frondizi: "La UCRI soñó con el desarrollo del capitalismo nacional, porque creyó en la posibilidad de la independencia económica y política dentro de un mundo capitalista, sin ver el problema de la integración imperialista de éste en manos de los Estados Unidos, que conduce al fracaso de las revoluciones nacional-burguesas. Además, el radicalismo, huérfano de apoyo popular, siempre lo ha buscado en los elementos de fuerza de la sociedad argentina: el imperialismo, la burguesía nacional, las Fuerzas Armadas y la Iglesia (...). Por eso no creemos que haya sido acertado el apoyo de 'la extrema izquierda a la candidatura de Arturo Frondizi'. Por lo que hace al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Praxis), fue el primero en alertar sobre el peligro que entrañaba este gobierno para el proletariado y para el país. Si algún partido de izquierda apoyó esa candidatura, lo hizo en abandono de las posiciones revolucionarias, cosa que bien caro le estará costando ahora" (S. Frondizi, en Strasser, 1959:34).

La crítica estaba dirigida al PC así como a los grupos que lideraban Moreno y Ramos, buscando resaltar la posición independiente del MIR y su certero pronóstico. Por encima de estas direcciones tradicionales, verdadero obstáculo para la unidad de las bases militantes, Frondizi postula la formación de un "frente de izquierda", con posiciones independientes, ajeno tanto al peronismo y al frondizismo como a la Unión Democrática: "Creemos que es hora ya de que la izquierda, abandonando viejas rivalidades y falsas posiciones, se decida a formar por fin un gran frente para librar la batalla definitiva contra la opresión capitalista" (cit., p.45). Al margen también del movimiento comunista mundial o de la Cuarta Internacional trotskista, Frondizi termina postulando la necesidad de una nueva internacional socialista revolucionaria. El primer paso en ese sentido lo constituiría "una especie de Internacional Latinoamericana, tarea ya posible y en la cual trabaja activamente el Movimiento Izquierda Revolucionaria (Praxis)" (cit., p.52).

Las corrientes de la izquierda existente —desde cada una de sus vertientes— resistieron bajo distintas formas el nacimiento de esta "nueva izquierda", dirigiendo duros contra-ataques al programa silviofrondizista. Los nacional-populistas cuestionaron su "incomprensión de lo nacional"; los comunistas lo atacaron por "revisionista" y los trotskistas lo acusaron de abandonar la concepción leninista del partido. Para los dos primeros representaba una variante sutil del trotskismo; para los últimos, no acababa de aceptar el programa trotskista. Sin embargo, todos coincidían en algo: en el carácter "intelectual pequeño burgués" de la posición y el punto de vista de Silvio Frondizi. Y deberíamos agregar algo más: todos sus críticos —desde Puiggrós y Jauretche hasta Giúdice, Portantiero y Peña— eran por su posición social, parte de la pequeño burguesía, y por su producción y lugar en el campo cultural, intelectuales...

Rodolfo Puiggrós venía sosteniendo, desde su expulsión del PCA en 1946, una lectura en clave "nacionalista de izquierda" de las tesis leninistas del imperialismo y la revolución socialista. Para el autor de **El proletariado en la revolución nacional** (1958), dicho proceso revolucionario no recorrería el camino pensado originariamente por Marx —esto es, la revolución socialista no empezaría por los países capitalistas desarrollados— sino, como lo habrían demostrado Rusia en 1917 y luego China en 1949, la revolución se iniciaría en la periferia para avanzar hacia el centro. La cadena del capitalismo —había afirmado Lenin, acuñando una metáfora que hizo fortuna— se rompería por el eslabón mas débil: los países atrasados. La situación de posguerra, lejos de alterar estas condiciones, las habría acentuado. La emergencia del "intervencionismo de Estado en los países subdesarrollados... sirve necesariamente de palanca para el desarrollo de formas acabadas de economía y propiedad sociales (y) puede conducir a cambios cualitativos en la medida en que la clase obrera y las fuerzas productivas nacionales nacientes

imprimen su sello a la política económica y social. El paso pacífico de la economía y la propiedad privadas a la economía y la propiedad sociales encuentra caminos más llanos en los países subdesarrollados que en los países imperialistas, sin que ello excluya la posibilidad del paso violento, de acuerdo a las circunstancias..." (). Es que en estos países "los intereses que se oponen a esos cambios sociales son principalmente extranjeros (imperialistas) o asociados a los extranjeros (oligarquía terrateniente, importadores, gran burguesía, etc.), que están en conflicto con los intereses nacionales identificados con los intereses populares" (Ibid.).

La crítica de Puiggrós va dirigida de lleno a sus ex-camaradas comunistas, a golpear sobre su "desencuentro histórico con las masas y los movimientos nacionales". Su apego a la letra de Lenin responde a una estrategia discursiva tendiente a cuestionar la legitimidad y el monopolio del "leninismo" por parte del PCA. No obstante su nunca acabada polémica con los comunistas, se ve obligado a discutir simultáneamente con el autor de **La realidad argentina**, cuya teoría de la "integración mundial capitalista"-ironiza Puiggrós- dice ser "continuación de la de Lenin". Esto es, para Puiggrós, inexacto, pues si bien Lenin, siguiendo una tendencia teórica de su tesis sobre el imperialismo, vislumbró la posibilidad de la integración final del capitalismo en un "trust único mundial", por otra parte mostró cómo las tendencias autodestructivas del propio sistema le impedirían llegar alguna vez a dicha etapa. No predomina en el capitalismo actual, como cree S. Frondizi, la "integración mundial", sino más bien una creciente "desintegración capitalista". Y concluye Puiggrós: "Lamentamos tener que definir a la teoría de Silvio Frondizi como simple juego de ideas, aislado de la realidad. Ni los consejeros de la Casa Blanca son tan optimistas acerca del porvenir que le espera al imperialismo norteamericano. El capitalismo, en su etapa imperialista, se desintegra a la vista de quien quiere ver, carcomido por sus contradicciones internas, dividido por la competencia entre los monopolios y debilitado por la integración progresiva del socialismo en un frente mundial en desarrollo."

"La peligrosidad intelectual de la teoría de Silvio Frondizi reside en que desvía de la ruta revolucionaria a quienes se dejan seducir por el espejismo infantil de una lucha imaginaria entre un capitalismo que se integra y un socialismo que se internacionaliza. Es una especie de sociología en pañales. Pero la realidad del mundo indica todo lo contrario, indica que el capitalismo se desintegra y el socialismo se desprende de su internacionalismo abstracto de otros tiempos para renacer de las profundidades del pueblo como expresión auténtica del desarrollo nacional" (p.30). Para Puiggrós, en suma, el socialismo internacionalista y clasista de S. Frondizi representaba una vuelta atrás; no era sino una nueva versión del ultraizquierdismo comunista de los años '30, que en lo fundamental terminaba coincidiendo "con los francotiradores trotskistas", aquellos que exhibían al propio Puiggrós como "el ideólogo de la burguesía nacional..." (p.31).

Pero la crítica de Arturo Jauretche es, si cabe, aún más agresiva. Desde las páginas del periódico nacionalista **Mayoría** comentó "un libro muy curioso y revelador que acaba de aparecer. Se titula **Las izquierdas en el proceso político argentino**. Hay para todos los gustos, para la sonrisa, para la risa, para lo serio y también para lo triste". "El más científico de todos — continúa Jauretche con obvia ironía— es sin duda el profesor Silvio Frondizi, a quien los colegas de **Azul y Blanco** han juzgado, quizá severamente, como un hombre 'enfermo de importancia personal'. El profesor Frondizi, que además de ser hermano del expresidente de la república, se propone instaurar la dictadura proletaria en la Argentina, es un hombre sumamente serio; no se baja nunca del caballo; habla desde lo alto, y por ahí se emparenta a la legión de maestros de juventudes que ha asolado al continente desde los tiempos de la Reforma y aún antes (...)

"Que sus propósitos no alarman a la oligarquía -continúa Jauretche- lo demostraría incidentalmente el hecho de que mientras centenares de profesores 'burgueses', 'nacionalistas' y 'peronistas' están excluidos de las cátedras universitarias de este país, el profesor Frondizi enseña Derecho Político en la Universidad de La Plata, gracias a la Revolución Libertadora. ¿No indicaría

esta feliz circunstancia que la oligarquía teme más una posición 'nacional burguesa' que una posición 'socialista proletaria'? ¿No implicaría asimismo, que el imperialismo aborrece más un desarrollo probable del capitalismo nativo que un basto e improbable 'poder proletario' en un país casi colonial y en el cual aún no están dadas las condiciones técnicas del socialismo?" (17).

Para Jauretche, la crítica de Silvio Frondizi a la táctica comunista de los Frentes Populares, policlasistas, confunde y deja de lado la de los Frentes Nacionales ("una dirección conjunta de todas las clases nacionales"), como presuntamente se habrían constituido en 1916 y en 1945. Pero S. Frondizi postula la alternativa de "frente de izquierda", lo que lleva a Jauretche a comentar: "El profesor sabe qué se trae entre manos. Al condenar la formación del Frente Nacional, llamándolo Frente Popular, postula a su turno un Frente de Izquierda que significa, en las condiciones actuales, un frente del Partido Comunista pro anglo-ruso, y el Partido Socialista pro anglo-yanqui. Dicho en otros términos, toda la Ciencia del Profesor se reduce a reproducir otro Frente Popular Antinacional, excluidos los radicales. Si nos hemos detenido en el profesor Frondizi —concluye Jauretche— ha sido porque se trata de uno de los más típicos representantes de la izquierda cipaya..."; el suyo no es sino un "marxismo de cátedra, o dicho en criollo, la pavada solemne, sorda y muda al rumor de la calle y la vibración de la vida..." (Ibid., p. 100).

Jauretche es más benévolo con otros participantes de la encuesta, especialmente con Ramos, cuyas tesis —siempre según el autor de **El medio pelo en la sociedad argentina**— "por lo seductoras y por su resplandor lógico, están teniendo gran predicamento entre la nueva generación de muchachos que salen a la política", aunque —advierte— la insistencia de Ramos en la hegemonía obrera en el proceso de revolución nacional "puede arriesgar la unidad nacional necesaria en esta gran lucha contra los enemigos de la Nación" (p.105).

Silvio Frondizi escribe de inmediato una réplica contundente, contratacando agresivamente sobre las posturas populistas de izquierda y sus ideólogos, Ramos y Jauretche. "La subordinación del proletariado y las masas populares a los intereses y a la conducción de una gran burguesía aliada al imperialismo y a las castas parasitarias: tal es la perspectiva concreta que, entre trucos de barata retórica seudo popular, nos propone este profeta de pacotilla. No podía esperarse nada mejor de una falsa izquierda nacional que de una y otra cosa no tiene más que el nombre y la ridícula pretensión" (18).

La contrarréplica de Jauretche alcanzará un mayor tono de agresividad y burla. Defenderá otra vez su estrategia del frente nacional, "una dirección conjunta de todas las clases nacionales, lo que supone necesariamente la existencia de una burguesía nacional con intereses propios y nacionales y adversa al imperialismo y las clases parasitarias, que es lo que se denomina oligarquía. Precisamente esa burguesía aliada del imperialismo y esas castas parasitarias son las que dan cátedras y publicidad al profesor y a sus semejantes, para que, a mérito de una remota e hipotética revolución clasista, que la oligarquía sabe imposible en las condiciones sociales y geopolíticas, los trabajadores se alejen de las realizaciones inmediatas y evitando la colaboración con los demás sectores nacionales, arrojen a éstos, por motivos ocasionales, a servir en el frente de la oligarquía y el imperialismo. Esta es la contribución de estos tremendos ideólogos de la izquierda internacional al mantenimiento del coloniaje económico y la miseria social..." (pp.108-109).

Y dado que en su réplica S. Frondizi le recuerda a Jauretche que habla en su carácter de dirigente político de una organización, el MIR-Praxis, éste aprovecha para descargar toda la batería de burlas sobre las "minorías ilustradas", propia de quienes se tienen orgánicamente integrados en el seno de las masas populares y marchando en el Sentido de la Historia: "Así el doctor Silvio Frondizi rodeado de un grupo de adolescentes con los granos y la voz cambiante de ese crepúsculo de la pubertad, se nos aparece conduciendo una compañía de boy scouts de la cual es teórico y conductor. Ya se sabe la definición de una campaña de boy scouts: 'un Pelópidas vestido de

chiquilín, rodeado de chiquilines, vestidos de Pelópidas', que andan a la búsqueda del proletariado, el ejemplar proletariado que con suficientes conocimientos de griego para militar en Praxis, satisfaga la idea que esta clase de gente tiene de la acción política y de la revolución, y que ya he dicho en estas columnas correspondiendo al título de la nota: novios asépticos que le exigen a la revolución certificado prenupcial, porque en realidad tienen vocación de solterones y ninguna les viene bien (...) ¡Horror, si entra en Praxis un descamisado o algún obrero de esos sucios, que ni siquiera saben griego y latín!" (pp.110-111).

El auge de las formaciones y los grupos de la "nueva izquierda" obligó a reaccionar al propio Partido Comunista que durante años observó un estudiado silencio sobre toda la franja político cultural que se colocaba a su izquierda. Pero sucedía que por entonces el comunismo argentino iba a perder definitivamente el monopolio de la producción cultural alternativa. Pues si bien ese monopolio fue, durante años, más aparente que real, en la medida en que —como reseñáramos en capítulos anteriores— surgieron ya desde los años 20 numerosas figuras, revistas o formaciones culturales de verdadero relieve, sólo ocuparon un espacio relativamente marginal; recién después del 55 irrumpe, al menos como espacio teórico-cultural y virtualmente político, una franja de pensamiento alternativo, contestatario, que se instalaba por fuera y a la izquierda del PCA (19). Algunos de sus intelectuales se orientaron a "contener la marea historiográfica revisionista, en permanente crecimiento desde la caída del peronismo, tarea encarada —entre otros— por Leonardo Paso y José C. Chiaramonte" (Cernadas, 1993). Otros, a abrir directamente el fuego ante el conglomerado que confusamente visualizaban como "neoizquierda": la "izquierda nacional" (Ramos), el nacionalismo de izquierda (J. William Cooke, Hernández Arregui), el "grupo **Contorno**", el ala izquierda del Partido Socialista Argentino, y hasta los díscolos "compañeros de ruta" de **El escarabajo de oro**. A la crítica de todo este espectro dedicaron todo un número de su órgano teórico-cultural, **Cuadernos de Cultura**, que una vez agotado su tiraje, reeditaron como libro bajo el título de **¿Qué es la izquierda?** (20).

Es así que Silvio Frondizi, después del enconado ataque de Rodolfo Ghioldi (v.supra, cáp.2), fue el blanco de muchas de esas críticas. Es paradójico que sea Ernesto Giúdice, comprometido tanto en su inmediato pasado como en su futuro no muy lejano con posiciones populistas de izquierda (21), acuse al "puro clasista Silvio Frondizi" de magnificar el "aporte" del peronismo a la revolución social. "Silvio Frondizi, en la comparación con el régimen fascista y el gobierno peronista —anota Giúdice—, aporta, a favor de éste último, una diferencia notable: 'en el fascismo, la fuerza social de choque del gran capital está constituida por la pequeña burguesía', mientras que el régimen peronista 'se apoyó en las clases extremas, gran capital y proletariado'; 'la pequeña burguesía y en general la clase media, sufrió el impacto económico-social de la acción gubernamental'. Al exagerar el proceso de radicalización de las clases en el país, Silvio Frondizi, que escamotea del escenario histórico a la clase terrateniente, apunta a la confirmación forzada de ese apriorismo: la pequeña burguesía ya no tiene nada que hacer en el país. El peronismo, según afirma, 'ha sido la tentativa más importante y la última de realización de la revolución democrático-burguesa en la Argentina, cuyo fracaso se debe a la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir dicha tarea'; pero, después de cometer el error de apoyarse en la burguesía, habría abierto en el país el camino de la revolución proletaria, socialista, inmediata, 'integral'. Y esto, evidentemente, no es poco reconocimiento en favor del peronismo.

"Quedan expresadas ahí —remata Giúdice— dos gruesas tergiversaciones: la pequeña burguesía es la fuerza de choque del gran capital en el fascismo y en la Argentina el peronismo a pesar de su error, aparece como el propulsor de la revolución proletaria. Poco costaría, pues, asignar al Partido Peronista, apenas se depurara de ese error, el liderazgo revolucionario', 'marxista', en la Argentina" (cit., pp.29-30)

La argumentación era, además de confusa, forzada, pues mientras la impugnación de los nacionalistas de izquierda se fundaba en discrepancias reales, la inclusión de un S.Frondizi con “desviaciones nacionalistas” y “latinoamericanistas” (v. p. 37), dentro del batiburrillo de una “neoizquierda” de inclinaciones populistas, era francamente desconcertante. Más sutil es la argumentación del joven Juan Carlos Portantiero, por entonces leninista gramsciano y “delfín” del director de la revista y principal responsable del “frente cultural”, Héctor P. Agosti. Portantiero parte de una caracterización algo más ceñida de la “neoizquierda”, explicando su auge por la “radicalización de sectores importantes de la intelectualidad y de las capas medias” y entendiendo su carácter “confuso” y “amorfo” en tanto “actitud mental —a veces organizada políticamente, a veces no— de toma de conciencia en cuanto a supuestos fundamentales como la crisis de las estructuras oligárquicas, el fin del colonialismo y la valoración positiva del papel de la clase obrera en el proceso de liberación nacional” (p.67).

Dentro de las variantes neoizquierdistas que están organizadas políticamente, Portantiero incluye al MIR-Praxis de S. Frondizi, para señalar luego “los dos errores de tipo trotskista” que lo caracterizan: uno referido al problema agrario argentino y otro a la alianza de clases en la revolución democrática. El “silviofrondizismo”, como vertiente trotskista —argumenta Portantiero— no comprende la necesidad histórica de la “revolución democrático-burguesa como paso previo al socialismo en los países dependientes”. Es por ello que, en primer lugar, no considera el rol que en ella le toca jugar al campesinado como aliado del proletariado. “Aislado de tal modo el proletariado del campesinado, se quiebra el eje fundamental de la revolución democrático-burguesa, se entrega a la burguesía en bandeja de plata a los campesinos como reserva de la contrarrevolución”. En segundo lugar, “Silvio Frondizi niega todo papel progresista a la burguesía nacional; más aún, niega su existencia”. Para los comunistas, en cambio, el proletariado debía realizar primero la revolución democrático burguesa (de contenido agrario y antimperialista) bajo su hegemonía, y se debía “impedir a toda costa el aislamiento del resto del pueblo, ampliando, hasta donde den los objetivos mínimos, su política de alianzas” (pp.76-79). Portantiero termina deplorando, en suma, la ausencia de la “noción de pueblo-nación” a lo largo de los dos largos tomos de **La realidad argentina**.

Finalmente, también el trotskismo acusó recibo de la aparición de una figura y un pensamiento que rompía su monopolio ideológico del marxismo revolucionario, antistalinista, y que para peor, se presentaba como “superación” de un trotskismo que se veía ahora desplazado, en incómoda compañía, junto al socialismo y al comunismo, bajo el mote de “vieja izquierda”. Incluso un exponente de la vieja generación, Liborio Justo, lo señalaba despectivamente —sin siquiera mencionarlo por su nombre— como el “profesor Plon Plon, digno heredero de Héctor Raurich, como aclamado descubridor de una teoría mundial y auspiciador, ¡todavía!, de la revolución directamente socialista” (Justo, 1957: 138).

Pero el grupo trotskista que aparecía más severamente impugnado era el morenista, a quien S. Frondizi le había dedicado certeras críticas en diversos tramos del segundo volumen de **La Realidad Argentina** (v. esp. pp. 96-102). Paradójicamente, el encargado de responderle en nombre de aquel grupo fue Hermes Radio, quien por otra parte y bajo el nombre de Milcíades Peña aparecía como colaborador del libro. Y el blanco principal de la contra crítica, más que los postulados teórico-políticos de Frondizi, era su colocación en el campo cultural como intelectual revolucionario y no como militante orgánico de un partido. El folleto apareció hacia 1956, bajo el significativo título de **Profesores y Revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi**.

A través del mismo, Peña vuelve a poner entre paréntesis su propio conflicto con la organización morenista y asume la defensa total de su historia y su programa, inclusive de su

modalidad organizativa centralista frente a la forma más laxa, "movimientista", del MIR-Praxis. Parte de colocar a Frondizi y su obra dentro de las "filas de la intelligentsia", lo que le permite al mismo tiempo que señalarla como un síntoma positivo de radicalización social (atracción que ejerce el proletariado, incapacidad de la burguesía para mantener en sus filas a sus intelectuales), deplorar su tendencia ("típicamente intelectual") a aislarse del "movimiento real", a creerse la "síntesis superadora" de todo lo existente y "encerrarse con su círculo de adeptos, para insistir en que el movimiento revolucionario va hacia ellos —la montaña hacia Mahoma— y no a la inversa" (Hermes Radio [M. Peña]: c.1956:1).

En última instancia, según Peña, todo debate teórico-político debía reducirse al lugar en que se instalaba cada uno, esto es, "dentro" o "fuera" del movimiento de masas, y de allí se desprende un lugar de "actor" o "espectador". "Los trotskistas ortodoxos somos y queremos ser, ante todo, militantes de la clase obrera, actores lo más activos posibles de la lucha de clases. El profesor S.F., en cambio, se reserva principalmente el papel de 'instructor' o 'entrenador' revolucionario —una especie de Guillermo Stábile del futuro seleccionado revolucionario latinoamericano..." (p.1) —ironiza Peña, comparando a S. Frondizi con el entonces popular director técnico del seleccionado argentino de fútbol.

Desde esta óptica, Peña levanta también las críticas de Frondizi a Trotsky y el trotskismo, señalando irónicamente que "el 99,99% de las posiciones fundamentales del profesor S.F. han sido tomadas del trotskismo, pero... no en vano el profesor S.F. es un destacado intelectual. Declararse trotskista, ingresar al movimiento trotskista, aceptar su disciplina de vanguardia combatiente del proletariado, todo eso es una perspectiva diríamos 'gris', y además llena de asperezas. Más atrayente para un intelectual, y más fácil, es alumbrar 'su' tendencia al margen de la lucha mundial y nacional de la clase obrera, como quien organiza una escuela de filosofía o una academia de corte y confección. Tal es el origen del antitrotskismo del profesor S.F. Sus críticas del trotskismo no son sino racionalizaciones, justificaciones a posteriori, de su determinación de no admitir ni en sueños, la necesidad y la obligación para todo revolucionario de acatar la disciplina y el programa del trotskismo ortodoxo" (p.4).

Y si Frondizi había planteado la incapacidad del trotskismo contemporáneo para "realizar un replanteo a fondo de la situación mundial contemporánea", según Peña él no había sido capaz de ofrecer otro alternativo. Frondizi podía contribuir a ampliar el horizonte intelectual de la izquierda, era capaz de problematizar viejos esquemas de la izquierda tradicional, de plantear dudas allí donde los viejos luchadores sólo tenían certezas. Pero para la práctica política efectiva, para una política de conducción no importa tanto el horizonte intelectual, ni la problematización, ni las dudas, sino las ideas claras, los programas precisos capaces de transmitir convicciones, de crear voluntades colectivas. "El militante revolucionario —recuerda Peña citando al trotskista americano J.P. Cannon— no puede conscientemente pedir la liquidación de un programa hasta que él ha elaborado uno nuevo. La insatisfacción y las dudas no son un programa. No se puede organizar a la gente sobre esa base" (p.6).

Pero, finalmente, Peña no se limita a la crítica acerada de las posiciones de S. Frondizi, sino que este alarde de ortodoxia trotskista lo lleva a justificar el conjunto de la orientación morenista, incluso aquel viraje de 1953-54, que la condujo desde posturas sumamente críticas al peronismo hacia posiciones de compromiso con él después, con recursos argumentales similares a las "racionalizaciones" que criticaba en Frondizi: "El peronismo era un fenómeno fabulosamente contradictorio (...). La posición de vanguardia revolucionaria frente al peronismo tenía por ello que ser, forzosamente, rica en facetas y matices, que aparentemente, vistos desde afuera, podrán aparecer contradictorias..." (pp.9-10). Pero enfatiza el acierto de su corriente de ingresar al PSRN para desde ahí resistir los intentos golpistas, mientras Frondizi y su grupo "no ingresaron al Partido Socialista (R.N.) para luchar desde allí —utilizando las posibilidades legales que daba el

peronismo— con la clase obrera contra el peronismo; con la clase obrera y con el peronismo contra el golpe clerical-patronal-imperialista que se venía encima. Si lo hubiera hecho, el profesor S.F. no tendría ahora la más remota posibilidad de retornar a la Universidad, ni la pequeña burguesía de izquierda leería su libro, ni el pobre infeliz de Martínez Estrada lo citaría elogiosamente; pero gozaría ante la clase obrera de una autoridad que a nosotros nos sobra y que a él y a su grupo les falta sin remedio" (p.13).

La amarga crítica de Peña iba a enturbiar una relación de amistad y colaboración que había comenzado unos años atrás. Frondizi la respondió ligeramente en un breve suelto de **Revolución** ("¡Ladran, Sancho...!") y Peña preparó una extensa contrarréplica que, no obstante, no alcanzó a publicar.

¿Cómo se pudo llegar a una confrontación de este tipo entre Frondizi y Peña? ¿Cuál fue el conflicto que motivó el lanzamiento del panfleto de Peña? Recordemos que desde los primeros 50 éste acudía con frecuencia al estudio de S. Frondizi, quien en todas las ocasiones se había mostrado muy generoso, facilitándole el acceso a su fichero y su biblioteca. Peña había colaborado con un artículo para el CESA, la publicación que entonces editaba S. Frondizi, sobre la "seudointustrialización" argentina y luego en la redacción de un capítulo del segundo volumen de **La Realidad Argentina** sobre "expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional". Un año después, en 1957, Peña convocará a Frondizi para colaborar en el proyecto de la revista **Estrategia**. No resultan, pues, evidentes las razones de aquel trágico desencuentro entre dos hombres que compartían todo un horizonte político e intelectual, cuyos proyectos de investigación eran tan convergentes, y donde las influencias y los préstamos de ideas eran recíprocos.

En primer lugar, hay que remarcar que, más allá de las áreas de encuentro, existían entre ambos diferencias decisivas. No sólo eran hombres de distintas generaciones, sino de muy diferente idiosincrasia. Frondizi era el hijo menor de una gran familia, de un verdadero clan familiar. Peña había sido el hijo enfermizo que había sido adoptado por un matrimonio de edad mayor. Frondizi es un estudiante regular y autosatisfecho, que llega a adquirir una amplia formación universitaria, mientras Peña es un autodidacta ávido de conocimiento que apenas si concluye los estudios medios. Mientras Peña no tiene otra identidad que la del intelectual revolucionario, Frondizi es un abogado de gran reputación, es un reconocido profesor. Frondizi posee un apellido "ilustre", es hermano de un gran político que alcanzará la presidencia de la nación. Peña sólo ocasionalmente conoció a los integrantes de su familia biológica. Frondizi hace gala en sus publicaciones de una fuerte personalización de su figura, en las que su nombre y su fotografía aparecen destacados, y sus compañeros de militancia son designados como sus "discípulos" o "colaboradores". Peña responde mejor a la figura más bien anónima del militante revolucionario, a quien importa más el significado de la acción o de la palabra que la figura de quien la ejerce o la pronuncia, el que lleva a cabo una práctica política más despersonalizada, que esconde indefinidamente su identidad en un inacabable juego de seudónimos... Frondizi era el heredero de la cultura burguesa tradicional, Peña el advenedizo. El primero era la regla, el segundo, la anomalía. La arrogancia paternalista de Frondizi, el heredero, parece haber sido el blanco al que se dirige el resentimiento de Peña, el advenedizo.

Pero hay, además, un tercero en escena. No es difícil suponer que Nahuel Moreno, temiendo perder definitivamente a su colaborador, y advirtiendo los riesgos de la potencial afinidad entre Peña y Frondizi —en tanto que intelectuales revolucionarios—, haya solicitado una vez más su colaboración como hábil y sólido polemista, para defender los principios amenazados del "trotskismo ortodoxo". Peña, tironeado internamente entre Moreno y Frondizi, entre el partido y la teoría.

Por otra parte, si Peña —a causa de sus conflictos irresueltos con la organización morenista— deseaba presentarse ante sus camaradas como un militante orgánico y disciplinado para rehabilitarse frente a su mirada, tenía que tomar distancia de la figura del intelectual y con más razón de una obra donde se lo mencionaba peligrosamente como “colaborador”. Frondizi aparecía a sus ojos como la figura ideal del “intelectual” puro, que no había hecho siquiera como él el intento de integración partidaria. Representaba la ocasión más propicia para proyectar y desplazar en otro, en Frondizi, el conflicto entre el intelectual revolucionario y el partido que él aún vivía y que lo atravesaba. Peña desplazaré sobre la figura del “profesor S.F.” las críticas que él mismo venía recibiendo —y no dejaría de recibir— en tanto “intelectual pequeño burgués”. Su desencuentro trágico con Silvio Frondizi era parte de su propio desencuentro como intelectual, parte de su propia tragedia.

1. Sigal, Silvia, **Intelectuales y poder en la década del 60**, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Terán, Oscar, **Nuestros años sesentas**, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Cernadas, Jorge, **Política, intelectuales y políticas culturales en Argentina. 1955-1966**, Informe de Investigación a UBACyT, 1993.
2. Véase al respecto la reflexión autocrítica de Pablo Giussani, “El socialismo: alternativa nacional”, en **Situación**, nº 1, 1960. También: Vazeilles, José, **Los socialistas**, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1967, pp. 171 y ss.
3. Aricó, José, **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
4. V. Cernadas, op. cit.
5. Otros clivajes, menores para la época, atravesaban este conjunto: el que dividía a peronistas (Cooke, Jauretche) y no -todavía- peronistas (Ramos, Puiggrós), stalinistas (Puiggrós) y antistalinistas (Ramos), marxistas (Puiggrós, Ramos) y antimarxistas (Jauretche), etc, sin duda significativos pero que admitían que casi todo este conjunto integrase la formación cultural de la revista **Qué**. V. al respecto el análisis de J. Cernadas en op. cit.
6. Los trotskistas argentinos, y Peña particularmente, no dejarán de reprocharle esta desconcertante subestimación de quien, por otra parte, es el inspirador teórico de buena parte del pensamiento de Frondizi. El autor de **La realidad argentina** oscilará entre disputar el pensamiento de Trotsky frente a un trotskismo “ortodoxo” que lo vulgariza y presentarse como portavoz de un marxismo amplio, que atribuye a Trotsky sólo un lugar importante junto a otros marxistas.
7. S. Frondizi no participa, pues, del anti-intelectualismo propio de la nueva izquierda intelectual, como parece desprenderse del texto de Terán (1986: 231). El pasaje de **La realidad argentina** que cita en su apoyo este autor, en que Frondizi habla del “carácter desesperado, pesimista y destructivo” de muchos intelectuales, está orientado a explicar la decadencia del intelectual liberal, al que distingue del intelectual revolucionario. No hay propiamente anti-intelectualismo, sino más bien la defensa de un tipo de intervención intelectual, frente a un modelo de intelectual (el liberal) que considera definitivamente superado.
8. Para evaluar los análisis de Trotsky sobre el carácter violento, parasitario y crítico del capitalismo hay que tener en cuenta que al viejo revolucionario ruso le tocó vivir uno de los períodos más convulsivos en la historia de este sistema. Fue asesinado en momentos en que comenzaba el despegue económico en los Estados Unidos y un lustro antes de que se expandiera a Europa. Es indudable que no supo ver los alcances de las políticas keynesianas ni captar el significado del intervencionismo estatal en los 30, como se pone en evidencia en sus críticas ligeras al New Deal puesto en marcha por el presidente Roosevelt en Estados Unidos en los años 30 (v. **El pensamiento vivo de Karl Marx** (1939), Buenos Aires, Losada, 1965). Pero digamos a su favor que tampoco gozó de la perspectiva histórica para un juicio de mediano plazo y que pocos fueron los que juzgaron en su momento la relevancia de esas medidas. Las investigaciones económicas del trotskista belga Ernest Mandel buscaron salvar este problema, especialmente en sus obras **Tratado de Economía marxista** (1962), **El capitalismo tardío** (1972) y **Las ondas largas en el desarrollo capitalista** (1980). V. al respecto Horacio Tarcus, “Ernest Mandel; el último de los marxistas clásicos”, en **El Rodaballo**, nº 3, verano 1995/96.
9. Referencias a las más diversas interpretaciones del peronismo pueden encontrarse en Alberto Ciria, **Perón y el justicialismo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 11. V. tb Fayt, Carlos, **La naturaleza del peronismo**, Buenos Aires, Viracocha, 1967.

10. Del Campo, Hugo, **Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable**, Buenos Aires, Clacso, 1983. Gilly, Adolfo, "La anomalía argentina", en Pablo González Casanova (coord.), **El Estado en América Latina**, México, Siglo XXI-UNAM, 1990.
11. Sobre el concepto de bonapartismo en Marx y la controversia en torno suyo, v. el dossier "Los bonapartismos" de **Críticas de la Economía Política**, 24/25, México, El Caballito, 1985.
12. Frondizi, Silvio, "Interpretación materialista dialéctica de nuestra época", resumen de un informe rendido en julio de 1959, editado como folleto y como prólogo a la segunda ed. del volumen II de **La realidad argentina**, Buenos Aires, Praxis, 1960.
13. Kaplan, Marcos, **Política y vida cotidiana**, Buenos Aires, Liberación, 1960.
14. Martínez Estrada, Ezequiel, **¿Qué es esto? Catilinarias**, Buenos Aires, Lautaro, 1956, p. 264.
15. Strasser, Carlos (coord.), **Las izquierdas en el proceso político argentino**, Buenos Aires, Palestra, 1959. La encuesta incluye también a Liborio Justo, Nahuel Moreno, Rodolfo Ghioldi, Rodolfo Puiggrós, Jorge A. Ramos, Esteban Rey, Abel Alexis Lattendorf, D. Hurtado de Mendoza e Ismael Viñas. Confeccionado con rigor metodológico y ponderado equilibrio en el arco ideológico convocado, este libro, único en su especie en la historia de las ideas de izquierda en nuestro país, es una fuente inestimable para su estudio.
16. Puiggrós, Rodolfo, **El proletariado en la revolución nacional**, Buenos Aires, Palestra, 1958, ppp.27-28.
17. Jauretche, Arturo, "Los novios asépticos de la revolución", en **Mayoría**, 7 de diciembre de 1959 y "Otra vez: los novios asépticos de la revolución", en **Santo y Seña**, enero de 1960, ambos incluidos en **Prosa de hacha y tiza**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964, de donde los citamos.
18. S. Frondizi responde en una carta dirigida a **Mayoría**, que aparece en diciembre de 1959 en dicha publicación.
19. El cambio de registro es notable, si se compara, por ejemplo, el tono de diatriba y de denuncia contra el trotskismo en la prensa comunista de los años 20 y 30, y aún en el **Esbozo de historia...** de 1947. De agentes provocadores, elementos policiales o aliados de Hitler, los trotskistas habían sido ascendidos, al menos, al rango de aventureros, izquierdistas o revisionistas.
20. **Cuadernos de Cultura** nº 50, nov.-dic. 1960, reeditado como VVAA, **¿Qué es la izquierda?**, Buenos Aires, 1961.
21. Recordemos que Ernesto Giúdice llegó al comunismo desde la experiencia socialista/antimperialista del PSO en los 30, y que a mediados de los 70 romperá con el PCA desde posiciones que lo acercarán progresivamente a una postura populista de izquierda.

CAPITULO IV

LA VISION TRAGICA DE LA HISTORIA EN MILCIADES PEÑA

El repliegue militante de los años 1955-1957 hará propicia la primera redacción íntegra de los libros que proyectó Peña sobre la Argentina: uno de ellos la abordaba sincrónicamente, analizándola como formación económico-social; el otro, que seguía un abordaje diacrónico, pensó titularlo **Historia del Pueblo Argentino**. El investigador *amateur* rondaba entonces los veintitrés años.

Su muerte temprana le impidió llevar a cabo una revisión o actualización de estos manuscritos para su edición definitiva, aunque algunos tramos los publicó en vida en las revistas que dirigió o en las que colaboró: **Estrategia, Liberación, Fichas**. El resto lo editaron sus amigos después de su muerte. Por razones de costo editorial, su historia argentina apareció póstumamente en seis volúmenes: **Antes de Mayo**, partía de un análisis de la sociedad española entre los siglos XV y XVIII, continuaba con una tesis sobre la conquista y la colonización españolas en América y terminaba con un capítulo sobre el significado de las luchas por la independencia en el Río de la Plata. **El paraíso terrateniente** se centraba en el período rosista. **La era de Mitre** reunía dos ensayos históricos: el primero seguía los acontecimientos desde la batalla de Caseros, pasando por la secesión entre el Interior y Buenos Aires y remataba en la hegemonía mitrista; el segundo se refería a la guerra de la "Triple Alianza" contra el Paraguay. **De Mitre a Roca** se ocupaba del período de consolidación de lo que Peña llamaba la "oligarquía anglocriolla". **Alberdi, Sarmiento, el 90** reunía dos ensayos: uno referido a la significación histórica de esas dos grandes figuras, otro a la crisis y la revolución de 1890. Finalmente, **Masas, caudillos y élites** se ocupaba de los dos grandes movimientos de masas argentinos del siglo XX -radicalismo, peronismo-, así como del significado de la década larga que los separó, en los años 30.

No alcanzó a dar una arquitectura acabada a su segundo libro, dedicado al análisis estructural de nuestro capitalismo agrario, del proceso de "semi-industrialización" argentina iniciado en los 30, del Estado y de su clase dominante, de modo que póstumamente sólo se reunieron algunos de sus ensayos en dos volúmenes: **La clase dirigente argentina frente al imperialismo e Industrialización y clases sociales en la Argentina**.

Aunque sus editores fueron fieles al plan originariamente trazado por Peña, la edición póstuma no pudo enriquecerse con una introducción donde el propio autor presentase su obra, aclarando sus propósitos y sus puntos de partida historiográficos. Hay, sin embargo, un breve texto que no formó parte de la edición definitiva, que Peña redactó como presentación a la anunciada publicación por entregas de su **Historia del Pueblo Argentino** en la **Revista de Liberación** (1). A pesar de llevar la impronta de una escritura rápida, acaso apremiada por el cierre de la revista, y de que no constituye una acabada autorreflexión sobre su obra, al menos ofrece algunos indicios significativos en ese sentido. En primer lugar transcribe el plan de la **Historia**. Salvo por la ausencia del último capítulo que estaría dedicado al golpe militar de 1955 y a algunos cambios formales en los títulos, la edición póstuma se atuvo a ese ordenamiento (2). Luego, en una página apretada, resume su propósito -"desmitificar la historia argentina"- y reúne una serie de citas bibliográficas de Juan B. Alberdi, León Trotsky y Miguel de Unamuno para definir sus "puntos de partida":

I. Propósito: desmitificar la historia argentina

Las falsedades históricas seudo marxistas, seudo 'nacionales', pesan como una lápida sobre la lucha por la transformación revolucionaria de la Argentina y de América Latina. He aquí algunas de las falsedades y mitos que serán desenmascarados como tales en estas páginas:

- el mito de nuestro pasado 'feudal';
- el mito de la 'balcañización de América Latina';
- el mito del 'espíritu democrático de Mayo';
- el mito del 'progresismo rivadaviano' y del 'nacionalismo rosista';
- el mito del 'nacionalismo revolucionario' de los caudillos;
- el mito del 'nacionalismo' de Roca, del 'progresismo' de Juárez Celman y de la revolución 'democrática' del 90;
- el mito de 'la indestructible solidaridad de intereses entre los estancieros y los ferrocarriles ingleses';
- el mito de 'el Banco Central creado por Niemeyer';
- el mito del 'retorno inglés de 1955'.

II. Puntos de Partida

'La falsa historia es el origen de la falsa política'.

'J. B. Alberdi

'Para nosotros la Nación Argentina no es una realidad ya lograda, sino una tarea que tenemos por delante. Colocamos nuestro amor propio nacional no en el pasado, sino en el futuro. El pasado es un pobre consuelo para este mísero presente. ¿Para qué ocuparse del pasado? Es una palabra que han puesto de moda los perdedores de ese pasado. Pero ellos son discretos: sólo explicado por ellos puede serles favorable el pasado; explicado por otros, su historia será su proceso'.

'J.B. Alberdi

'Es sorprendente la facilidad y solidez con que las leyendas conquistan un lugar en la ciencia de la historia'.

'Trotsky

'La revolución argentina tendrá su historia fantástica, legendaria, que le escribirán sus cortesanos al paladar de la vanidad nacional de los argentinos; pero su política irá de mal en peor si no tiene un día su historia filosófica, es decir, la historia simple y veraz de las causas reales que la han producido, porque sólo estas causas podrán descubrirle la ruta y dirección en que deba marchar para lograr los fines de prosperidad y engrandecimiento'.

'J. B. Alberdi

'Argentina, país de criadores de vacas y cazadores de pesos'.

Unamuno

Según el propósito enunciado por el propio autor, no se propuso otra cosa para su historia que "desenmascarar los mitos y las falsedades" de la historiografía argentina. Por eso su plan - transcripto antes- más que a un desarrollo cronológico, histórico-narrativo, responde a una agenda de problemas, de núcleos historiográficos a abordar críticamente. A cada uno de los ítem del plan de la obra, corresponde al menos uno de los "mitos" historiográficos a rebatir. En ese

sentido, puede decirse que más que una obra de historia, la de Peña es una anti-historia. Esto es, que hace historia a partir de la crítica historiográfica, pues a medida que somete a crítica lo que entiende que son los pseudo-problemas de la historiografía anterior, Peña plantea cuál es desde su punto de vista una problemática legítima para la historia argentina. Por todo esto, bien puede entenderse como una primera etapa dentro de un plan más vasto de investigación que, una vez redefinida la problemática, pudiese ser retomada y desarrollada en una etapa ulterior. Este carácter, si se quiere, *programático* de la obra historiográfica de Peña puede ser una de las claves que permita explicar el curioso hecho de que la historia académica posterior a su muerte se haya apropiado y haya desarrollado muchos de sus sugestivos replanteos, como trataremos de mostrar a lo largo de este capítulo.

El blanco de su crítica lo constituirán las que estaban asentadas como las tres corrientes historiográficas que se disputaban entre sí la verdad histórica. La más tradicional, la historiografía liberal, había sido fundada en los mismos momentos y por los mismos hombres que habían triunfado en Caseros y que iban a darle su fisonomía a la sociedad y al Estado nacionales. Convertida en "historia oficial", el monopolio liberal del discurso historiográfico no fue discutido, salvo algunas voces aisladas, hasta que en los años treinta hace su irrupción la segunda corriente, el "revisiónismo histórico". Si la primera había concebido a la historia argentina como la lucha entre dos principios ideales -la Libertad versus la Tiranía-, la corriente revisionista cambió el esquema por otro: la oposición entre la Nación y la Antinación. La historiografía liberal hizo de Mayo y Caseros sus principales hitos de la Libertad y el Progreso, entendiendo al primero como la revolución contra el despotismo colonial y al segundo como la rebelión contra un pasado restaurado. Los revisionistas, en cambio, tendieron a convertir a los caudillos y fundamentalmente a Rosas en los hitos de su versión historiográfica. Los caudillos del interior fueron presentados como la reacción popular frente al entreguismo y hegemonía porteños, y don Juan Manuel de Rosas como la culminación de un proyecto nacional-popular frustrado en 1852. Comprometidos en una "visión decadentista" de la Argentina, tienden a ver el proceso abierto entonces como de enfeudamiento progresivo de la nación a los intereses británicos (3).

En los años en que Peña prepara y da a conocer los primeros tramos de su obra, la historiografía liberal sufre un doble embate: por un lado, de una segunda generación de historiadores enrolados en el revisionismo histórico. Por otro, de los historiadores comunistas que, desde mediados de los 30, buscan instituir una tradición en la historia y el pensamiento nacionales: cabría mencionar entre ellos la primera obra de Puiggrós (expulsado del PCA en 1946), Luis Sommi, Juan José Real, Héctor Agosti y, finalmente, Leonardo Paso. Aunque postulan una metodología y una concepción materialistas de la historia, y a pesar del talento historiográfico de algunos de ellos, el esfuerzo político de su organización por instituirse como continuación-superación de las tradiciones liberal-democráticas del pasado, los tornará francamente tributarios de muchos de los valores y los esquemas interpretativos de la historiografía liberal.

También apelando a la concepción materialista de la historia, pero aproximándose en múltiples aspectos a las figuras claves, los temas favoritos y los enfoques del revisionismo, se ubicará una franja que según uno de sus más conspicuos representantes podría llamarse el "revisiónismo socialista": entre ellos cabría citar a figuras por otra parte tan desiguales como el Rodolfo Puiggrós posterior a 1946, Jorge Abelardo Ramos o Juan José Hernández Arregui. A estas dos últimas corrientes se refería críticamente Peña cuando hablaba, respectivamente, de "falsedades históricas pseudo marxistas, pseudo 'nacionales'".

Los debates políticos de los años 40 y 50 con comunistas y nacional-populistas desde las filas del trotskismo le habían proporcionado a Peña una preciosa clave teórico-política para

desentrañar los problemas de la historia pasada. Su crítica historiográfica constituirá, en ese sentido, una prolongación y una proyección hacia el pasado de su crítica política. El vínculo entre política e historia desde el cual Peña concibe su obra se pone particularmente de manifiesto en la elección de los epígrafes de Alberdi y de Trotsky. En primer lugar, por la particular elección de citas de estas dos figuras, que fueron antes que nada políticos que escribieron historia, verdaderos prototipos, cada uno a su manera y salvando las distancias, de intelectuales políticos.

En segundo lugar, ambos son “perdedores” de la contienda, los que escriben la historia desde la “derrota”, desde el exilio, desde la perspectiva de los perdedores (4). La otra historia, la oficial, es la de los vencedores. La de quienes vencieron primero en el terreno de lo real y luego volvieron a vencer en el de la dimensión simbólica, del discurso. La de quienes terminaron imponiendo su sentido al proceso histórico, presentando a sus antagonistas como mero obstáculo, simple desviación, de un decurso histórico fijado de antemano. Los vencedores pensaron a la historia nacional como Destino, despojaron al proceso histórico de contradicciones, para hacer de ella una historia fantástica, legendaria.

Cabría a los perdedores la tarea de criticarla, de señalar que la nación actual no es una realidad lograda sino un proceso en curso, que la historia está abierta, que detrás del orden está la violencia, que la guerra fue (y sigue siendo) constitutiva de la paz. Que cualquier posibilidad de emancipación implicará, además de la lucha política, una lucha por el sentido. Y que cualquier intento de replantear el (o los) sentido (s) de la historia es también una lucha política. Será necesario oponer, pues, a la historia de los vencedores, a esa historia fantástica hecha de datos correlativos y figuras sobrehumanas, una *historia filosófica*, que atienda a las causas profundas, estructurales, que nos condujeron a este presente. Peña, más allá de Alberdi pero fiel a su programa, haciendo uso de un instrumental teórico que el autor de las **Bases** no pudo conocer, buscará encontrarlas fundamentalmente en los conflictos antagónicos entre las clases o en los clivajes que se producían en su interior.

En último lugar, los tres autres escogidos para los epígrafes —Alberdi, Trotsky, Unamuno— son pensadores trágicos, lo que de algún modo prefigura la visión trágica de la historia argentina que a continuación Milcíades Peña va a desplegar (5).

España, o el origen de la tragedia

Peña remonta su historia argentina a la estructura económico-social de las colonias hispanoamericanas, pero advierte que para comprender la naturaleza de estas sociedades es necesario conocer previamente la naturaleza y la dinámica de la sociedad española entre los siglos XV y XIX (esto es, desde el descubrimiento de América a la emancipación de las colonias). O, dicho más precisamente: porque una de las claves del atraso argentino, común a todo el subcontinente, estaría en el propio atraso español. “Por eso -escribe Peña- debemos estudiar a España como capítulo primero de la historia latinoamericana. Las fuerzas históricas que generaron su fracaso como nación moderna son las mismas que con igual resultado actuaron -y actúan- sobre Latinoamérica” (**Antes de Mayo**, 11).

Peña se propone aquí ajustar cuentas con los que considera son los mitos relativos a España y que contribuyeron a constituir la difundida imagen bipolar del apogeo del imperio español seguido, desde el reinado de Felipe III en adelante, de largos siglos de decadencia. En alguna medida busca cuestionar ciertos tópicos de la historiografía nacional española, tanto conservadora como liberal, pero el objeto central de su crítica lo constituirán las interpretaciones comunistas que, apelando al marxismo, seguían siendo tributarias de la imagen apogeo/decadencia. Para los marxistas latinoamericanos de aquella época, ajenos aún a las investigaciones que simultáneamente

encaraban en Europa historiadores profesionales formados en la escuela del materialismo histórico -como un Pierre Vilar, o un Eric Hobsbawm-, la caracterización de la sociedad española y la sociedad colonial constituía un verdadero desafío. El marxismo ejercía un enorme influjo sobre muchos intelectuales críticos latinoamericanos porque ofrecía una explicación histórica de largo alcance, pero planteaba para ellos toda una serie de problemas a los que ya se había enfrentado el pionero José Carlos Mariátegui. Por ejemplo, ¿cómo encuadrar a España dentro del ciclo de las revoluciones burguesas? Si fracasó la revolución liberal y sobrevivió el feudalismo, ¿cómo explicar la paradoja de su carácter pionero en el descubrimiento? ¿Cuál era la naturaleza económico-social de las colonias? ¿Reproducían en América el caduco feudalismo español? ¿Se debía entender a las revoluciones por la independencia como parte del ciclo de las revoluciones burguesas, que buscarían instaurar instituciones republicanas y un orden capitalista?

Dentro del comunismo argentino, fue Rodolfo Puiggrós quien desde 1940 consagrará una serie de obras de carácter histórico al mundo medieval, la España de los Austrias, la América colonial, las revoluciones independentistas y las guerras civiles que les siguieron (6). Para el autor de **La España que conquistó el Nuevo Mundo**, el descubrimiento de América había tenido un móvil capitalista, pero su conquista por parte de España adquiriría un carácter feudal. La clave había que buscarla en la lucha que la burguesía comercial venía librando a lo largo de los siglos XV y XVI contra la nobleza feudal en torno a la monarquía por el dominio del Estado español. Siendo el descubrimiento un producto de los ideales y los intereses de la burguesía del Mediterráneo noroccidental -que sostuvo los viajes de Colón-, la conquista -monopolizada por la nobleza- le dio a ésta un renovado vigor para aplastar la revolución burguesa. La paradoja habría consistido, para Puiggrós, en que "la burguesía comercial de las ciudades españolas e italianas tendió, sin proponérselo, el puente por el cual el decadente feudalismo de España se trasladó a América. Su ambición se circunscribía a obtener grandes ganancias del tráfico mercantil con lejanas comarcas, pero los señores feudales le salieron al paso cuando supieron que en el Nuevo Mundo había algo más que viles objetos de consumo directo y ofrecía tierras, indios y metales a manos llenas. Colón resultó víctima de las felonías de los cortesanos interesados en trastocar el sentido del descubrimiento de empresa comercial en conquista feudal [...]. Hay una falsa tendencia a incluir la colonización de América por España entre las formas expansivas del capitalismo, sin comprender que fue, por el contrario, una transfusión que recibió el leucémico feudalismo español. España debe a la conquista de América la brillante oquedad de su monarquía y el estrangulamiento del capitalismo incipiente. América debe a España la incorporación al proceso histórico de Europa occidental, a través de un feudalismo agonizante en la época del nacimiento del capitalismo"(7).

Peña discutirá agudamente la tesis de un "capitalismo naciente" en España -cuyo portador habría sido la burguesía comercial-, luego estrangulado a consecuencia de la conquista (**Antes de Mayo**, 14 y 26). A pesar de la sutileza con que Puiggrós resuelve la paradoja del descubrimiento llevado a cabo por una sociedad feudal, Peña entiende que su tesis sigue siendo tributaria de la mítica imagen apogeo/decadencia, aunque reinscripta en un lenguaje marxista. A la imagen bipolar, Peña opondrá la tesis de una debilidad estructural de España, según la cual ni en los momentos de mayor poderío imperial se presentaban las precondiciones para un ulterior desarrollo capitalista, a saber:

- la *unificación nacional* no comenzó a realizarse sino en el siglo XVIII, ya bajo la dinastía borbónica; recogiendo las dispersas pero agudas observaciones de Marx en el sentido de que las dificultades de la dinastía de los Austrias para crear un Estado moderno centralizado debían buscarse en la base material de la sociedad española: el aislamiento local, la autosuficiencia y la independencia de las fuerzas regionales (8) y apoyándose en informaciones recogidas de investigadores como Saylor, Carande y Colmeiro, Peña concluía que la autonomía económica y política de cada uno de los reinos españoles privaba a este país de "ese requisito básico y a la vez

consecuencia primerísima del desarrollo industrial capitalista, es decir, la unificación nacional. Inglaterra y Francia, en cambio, ya habían avanzado largamente en este camino” (**Antes de Mayo**, 13). En la tesis de Peña, la monarquía absoluta había aprovechado el antagonismo entre la nobleza, las ciudades y la Iglesia para debilitar conjuntamente a los tres. Su verdadero apoyo de clase lo constituían los ganaderos trashumantes agrupados en el Honrado Consejo de La Mesta. Sirviéndose del clásico estudio de J.Klein, Peña sostendrá que la política real, al favorecer unilateralmente la ganadería lanar (y alentando básicamente los intereses de la exportación de lana), no sólo descuidaba la agricultura, sino que desatendía simultáneamente cualquier estímulo para la industria textil local. Los ganaderos trashumantes y los comerciantes exportadores se beneficiaban a expensas del desarrollo de la agricultura y la industria textil, desperdiándose así otra de las precondiciones para el desarrollo industrial (**Antes de Mayo**, 31-2 y 34).

• para la constitución de un moderno Estado absolutista faltó en España el necesario contrapeso a la nobleza: *una clase burguesa*. Como en otros países europeos en los albores de la modernidad, gran parte de las actividades comerciales e industriales españolas se hallaban en manos de extranjeros, sobre todo judíos. Pero la expulsión de éstos no obedeció, como en otras naciones, a las presiones de la burguesía nativa. Siguiendo a J. Klein, Peña consigna que en Castilla, “a partir de la expulsión de los judíos se produjo un caótico vacío en las transacciones comerciales, hasta que su lugar fue ocupado por italianos y flamencos”. Y concluye Peña: “La burguesía española era demasiado atrasada y débil para tomar en sus manos la herencia dejada por los expulsados” (**Antes de Mayo**, 15-16). Por otra parte, a diferencia de la lectura de Puiggrós y de otros autores, Peña entiende el crecimiento del poder independiente de las ciudades, más que como un síntoma de poderío burgués, como “un elemento característico de la Edad Media” que funcionaba como un obstáculo para la centralización del poder por parte de la monarquía absoluta” (**Antes de Mayo**, 16-19). La debilidad de la burguesía se expresaba además en la ausencia de una auténtica política mercantilista -propia de las monarquías absolutas- por parte de la corona española, que estimulase las exportaciones de manufactura en relación a las importaciones de materia prima americana, buscando generar una balanza comercial favorable. Más que mercantilista, la corona había impulsado una política *metalista*, de tradición propiamente medieval, “que procuraba atesorar dentro de cada reino, feudo o ciudad, los metales preciosos por medios escuetamente policiales” (**Antes de Mayo**, 19-23).

• finalmente, si bien el pillaje colonial constituyó para parte de Europa Occidental una de las fuentes de la acumulación originaria de capital (9), Peña sostendrá que en el caso español la debilidad económica de la metrópoli la colocará en un lugar de mera *intermediaria comercial* entre las colonias y las potencias europeas en que se gestaban las condiciones para la industrialización. “Pretender que el monopolio ultramarino le permitiera a España acaparar el comercio con América, no fue más que una ilusión. España no tenía industria con qué abastecer ese mercado; apenas podía servir de intermediaria, y muy pronto el contrabando redujo su importancia incluso en esta función” (**Antes de Mayo**, 23-25).

Aunque el análisis de la sociedad española ocupaba en su esquema histórico sólo un capítulo liminar, llama la atención el esfuerzo de Peña por reunir y discutir la escasa bibliografía disponible entonces, para extraer sus atrevidas interpretaciones. Supo sacar provecho de algunas observaciones de Marx -quien sólo marginalmente se había ocupado del caso español-, especialmente las relativas a las dificultades (estructurales) de la dinastía de los Habsburgo para crear un moderno Estado centralizado. Se valió también de las clásicas obras de J. Sayler y J. Larraz sobre el mercantilismo español, del estudio de R.Carande sobre Carlos V y sus banqueros, de los ensayos de Hamilton y de una singular e iconoclasta historia económica de España escrita en el siglo XIX (10). Sus intuiciones no pudieron confrontarse ni beneficiarse con los desarrollos que, sobre España, impulsaría la historiografía marxista europea a partir de los años 50 -aquellos en

que Peña escribía su obra-, particularmente los innovadores estudios de Pierre Vilar, quien se sirvió del caso español para replantear los conceptos de crecimiento, desarrollo, declive, crisis y progreso, tan caros por otro lado a la historiografía de Peña (II).

Sin haber llevado a cabo un estudio tan sistemático y original como el que dedicó a la problemática argentina, no deja de ser interesante consignar que, de acuerdo a los resultados de la historiografía profesional producida desde entonces, las intuiciones historiográficas de Peña no estaban desencaminadas. Así, el historiador británico J.H. Elliot, en un celebrado artículo de 1961, manifestaba su propuesta de "romper con los supuestos tradicionales sobre la decadencia española", buscando reexaminar "los fundamentos de aquel poder en una etapa anterior". Las investigaciones de Chaunu, Lynch, así como otras que les siguieron, demostraron cómo fue decreciendo la dependencia de las colonias en relación a los productos tradicionales españoles, mientras crecía la demanda colonial de bienes manufacturados más sofisticados que España no podía proveer, y que llevaban de contrabando ingleses y holandeses. Por su parte, el clásico trabajo de Braudel señalaba cómo Castilla (y otras regiones del Mediterráneo) habían llegado a depender inclusive en el suministro de cereales de los países del norte y del este de Europa. Tulio Halperin Donghi estudiará años después cómo el nuevo pacto colonial que resulta de las reformas borbónicas fracasará "sustancialmente porque mediante él España sólo logra transformarse en onerosa intermediaria entre sus Indias y las nuevas metrópolis económicas de la Europa industrial" (11 bis).

El historiador marxista británico Perry Anderson, en su obra **El Estado absolutista**, recogerá también los señalamientos de Marx respecto de España, sosteniendo que el Estado absoluto de los Habsburgo "era en sí mismo un montaje destartado, unido tan sólo, en último término, por la persona del monarca", aunque buscará la clave de la debilidad interna y de su incapacidad de integración y centralización en la extensión misma del imperio, "que se había expandido demasiado pronto y con excesiva rapidez, a causa de su fortuna ultramarina, sin haber terminado sus cimientos metropolitanos". Jordi Nadal, el investigador catalán especializado en la problemática de la industrialización, si bien centra sus estudios sobre "el fracaso de la revolución industrial en España" en las vicisitudes de la economía española del siglo XIX, reconoce que éstas, en última instancia, "no pueden separarse de las de la época colonial, cuando el Tesoro se nutría de los caudales y del tráfico de América, y la incipiente burguesía periférica toleraba la permanencia del sistema señorial, compensada con la reserva de los mercados de Ultramar". Y concluye con una advertencia metodológica coincidente con la orientación de Peña: "Una explicación satisfactoria del fiasco, imposible por ahora, deberá atender en todo caso a una pluralidad de factores, íntimamente enlazados entre sí, rehuir de todos modos de las tesis unilaterales o que no hincquen sus raíces en tiempos anteriores" (12).

España, como América Latina, participará del carácter trágico de todas las naciones atrasadas, donde una "combinatoria endiablada" de determinaciones conducirán a una "situación sin salida". El conjunto de factores reseñados antes ponía de manifiesto "*la tragedia de España; tragedia en el sentido hegeliano: situación que no tiene salida hacia adelante*. No hay en España ninguna clase con intereses y fuerza como para emprender el camino de la revolución democrático-burguesa. La débil burguesía sólo acierta a defender sus privilegios locales, medievales, revelando así su incapacidad para elevarse a clase nacional. Pero el centralismo monárquico -que no se respalda en la burguesía contra los nobles sino predominantemente en los ganaderos trashumantes contra los nobles y las burguesías locales- tampoco busca una real unificación nacional basada en el desarrollo capitalista. Apenas le interesa el absoluto control burocrático para expoliar a todas las regiones y satisfacer las voraces necesidades de sus camarillas. En fin, la organización que más potentemente se interesa en realizar la unidad de la

nación -la Mesta de los ganaderos- es por su naturaleza hostil al desarrollo del capitalismo industrial. Ningún grupo social actúa acorde a las tareas que el desarrollo del capitalismo industrial le había asignado; sus intereses se orientan hacia otra cosa, hacia una peculiar combinación de intereses progresivos y regresivos que las neutraliza como motores de la revolución democráticoburguesa. El caso más patético de esta *combinatoria endiablada* lo dan la burguesía, que defiende sus intereses locales, pero se opone a la unificación de la nación y el desarrollo consiguiente de un gran mercado interno, y los ganaderos trashumantes, que presionan intensamente por una unificación nacional, pero se oponen al desarrollo de la industria asignando a España la función de exportadora de lana supeditado crónico al industrialismo foráneo” (**Antes de Mayo**, 32-33).

La transcripción extensa de la cita se justificaba en la medida en que se encuentra aquí el núcleo más duro de su tesis sobre España, y porque aparecen aquí puestas en juego las figuras de su visión trágica de la historia, que luego volverán a hacer su aparición a propósito de la Argentina. La endiablada combinatoria de determinaciones es tal, que cualquiera de las opciones que se presenten, y cualquiera que sea el camino que transite la historia, la situación no tiene salida, o bien la salida es siempre el atraso o el bloqueo al desarrollo. Los temas de una burguesía impotente sin proyecto nacional, del Estado apoyado en una clase ganadera cuya peculiar combinación de intereses progresivos y regresivos hace que simultáneamente impulse el único proyecto de nación existente aunque sin poseer intereses históricos en el desarrollo industrial capitalista, volverán a aparecer, bajo otras formas, a propósito de las sociedades latinoamericanas. “Desde luego - advierte Peña-, no es sólo en España donde se da esta *situación sin salida* en que los intereses nacionales de todas las clases se entrecruzan y combinan para perpetuar el estancamiento y *bloquear el camino* hacia la revolución democráticoburguesa”: igual situación se repetirá en Rusia, en Italia, en China y , como explicará enseguida, también en América Latina (**Antes de Mayo**, 32-33, subrayados del autor).

La tragedia se replantea: la América colonial

A través de un polémico ajuste de cuentas con la historiografía colonial, Peña buscará en la economía y la sociedad del Río de la Plata otras claves del fracaso ulterior del desarrollo económico argentino. Fracaso que se tornaba tanto más patente en la medida en que se comparaba el persistente atraso de la América del Sur con el portentoso desarrollo del subcontinente norte. Peña se preguntaba, retomando un antiguo motivo de reflexión, “¿en qué aspectos de la colonización está el origen de tremenda diferencia ulterior?”.

La tesis clásica, que remontaba sus raíces al liberalismo decimonónico europeo y que había sido retomada por los autores de inspiración marxista en este continente, sostenía que el origen de los destinos debía buscarse en el carácter capitalista de la colonización en el norte, a diferencia del carácter feudal que había asumido la colonización en el sur. Los intelectuales de la época de la independencia y de las guerras civiles, influidos por la ideología de la Ilustración, identificaron a estas sociedades con el feudalismo en una lectura que buscara resaltar “el panorama de dispersión de los poderes centrales vinculado al predominio de la gran propiedad territorial y a su secuela de luchas armadas entre los particulares” (13). El diagnóstico feudal se consolida entre los pensadores positivistas de fin de siglo como Agustín Alvarez, Juan Agustín García o Ernesto Quesada, y los primeros intentos de interpretación socialista de nuestra historia -como el realizado por Ingenieros en su juventud-, a la que entendían en términos de choque entre las viejas sociedades feudales y emergentes sectores capitalistas, harán eje en que la desaparición de las supervivencias feudales y la expansión del capitalismo constituirían una etapa previa a la meta final del socialismo (14).

El peruano José Carlos Mariátegui, a pesar de llevar a cabo una interpretación marxista del mundo colonial de mucho mayor originalidad y coherencia teóricas, es tributario también de esta tradición del pensamiento hispanoamericano orientada al diagnóstico feudal. En su influyente obra **Siete ensayos sobre la realidad peruana**, aparecida en 1928, sostiene que el carácter feudal de la colonización española en el Perú habría terminado configurando una economía "semifeudal" en la que las modernas formas capitalistas coexistían con las formas feudales sobrevivientes: el latifundio y la servidumbre (15).

Independientemente de las tesis mariateguistas, a partir de los años 30 la "tesis feudal" terminará por convertirse en línea teórica y política oficial para los partidos comunistas latinoamericanos. En primer lugar, contribuirá a ella el esquema evolucionista de los sucesivos modos de producción, tal como fuera codificado por Stalin en 1936, y según el cual el comunismo primitivo, las sociedades esclavista, feudal, capitalista y socialista constituyen etapas sucesivas e ineludibles en la historia de los pueblos. Dicho esquema, como señaló Chiaramonte, "revitalizó la tesis del feudalismo iberoamericano. Se difundió entonces lo que podríamos llamar una teoría de 'la etapa': es decir, de la necesidad de establecer, de acuerdo a una serie ideal de tipos históricos sucesivos de sociedades, aquella a la cual correspondía el estado del país elegido como objeto de estudio en un momento dado de su historia [...]. De acuerdo con esto, las ex colonias hispanas no habrían aún superado la etapa feudal y no sería posible pasar a la etapa siguiente, la capitalista, sin consumir el desarrollo de la primera (Chiaramonte, 1984: 82-83). En segundo lugar, el VI Congreso de la Internacional Comunista celebrado Moscú en 1928 había aprobado unas tesis sobre "el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias" que señalaban el predominio en ellas de "relaciones feudal-medievales" (16).

La mencionada obra de Puiggrós se inscribe dentro de esta línea, recuperando ciertos conceptos, valores y figuras de la historiografía liberal, positivista y socialista. En su obra liminar, **De la Colonia a la Revolución**, de 1940, cuyo objeto es el desarrollo de las colonias iberoamericanas desde el descubrimiento hasta las guerras de la independencia, sostendrá que "La conquista de América por España forma parte del proceso tardío de expansión del feudalismo", y a través del cual "España volcó sobre América los elementos del régimen feudal en descomposición" (17).

Chiaramonte ha resumido los límites de la tesis, señalando el criterio poco preciso respecto del feudalismo ("aún no se había desarrollado totalmente, y era desconocida en América, la polémica europea en torno a los estudios históricos sobre feudalismo"), así como la escasez de datos concretos respecto de la economía americana. En el caso de Puiggrós, su tesis se debilita por "el manejo de información bibliográfica donde predominan obras relativas a legislación o historia de las instituciones del Nuevo Mundo, junto con trabajos de historia económica en los que la información sobre aspectos claves como las relaciones de producción o el nivel de la técnica es escasa; limitación casi inevitable para esos años" (Chiaramonte, 1984: 88).

En ese mismo sentido, pero con mayor vigor polémico, se orientaron las críticas de Peña a Puiggrós, en su esfuerzo por contraponer, en nombre de un materialismo histórico leído en clave antidogmática, un modelo alternativo a la historiografía de inspiración stalinista. Tanto para sus análisis sobre España cuanto para los del nuevo mundo, las tesis de Peña pueden reconocer cuatro vertientes:

(a) una lectura de primera mano de la obra de Marx, especialmente de **El Capital**. Sabrá sacar particular provecho de los conocidos capítulos del primer volumen relativos a la acumulación originaria y a la colonización;

(b) su frecuentación de la obra de Trotsky, con su énfasis en el "desarrollo desigual y combinado" en la historia y las sociedades humanas, su distancia ante cualquier concepción unilineal de la historia según la cual ésta debería atravesar etapas sucesivas y necesarias, sin duda

contribuyó a resguardarlo de lecturas que hacían del marxismo una Filosofía de la Historia, permitiéndole llevar a cabo un abordaje que, sin dejar de ser teórico, no buscaba identificar en América las “etapas” que la historia habría recorrido en Europa, sino que atendía a detectar las fuerzas sociales específicas que operaban en el nuevo mundo;

(c) su lectura de Marx en lo que hacía fundamentalmente a los problemas relativos al surgimiento del capitalismo, debe haber sufrido la influencia de las tesis del marxista americano Paul Sweezy, editor desde 1949 de la **Monthly Review** y autor, entre otras obras, de **The theory of capitalist development** (18). Aunque el libro de Sweezy se proponía, al mismo tiempo que un examen de la dinámica del capitalismo contemporáneo partiendo de las tesis de Marx, un ajuste de cuentas con la producción económica marxista existente hasta entonces, su énfasis -a diferencia del marxismo clásico- no en el momento de la producción sino en el de la circulación de capital, lo condujo, en una dura polémica con Dobb, a datar los orígenes del capitalismo en el siglo XVI europeo y a entenderlo como el resultado de la erosión producida por el desarrollo del capital mercantil, de las ciudades y de la monetización sobre la economía feudal (19). Si bien no hay signos de que Peña conociera el debate entre Sweezy y Dobb, el énfasis circulacionista de la obra del primero dejará su huella en su enfoque histórico de la economía colonial.

(d) la escuela histórica que tiene su fundador en el belga Henri Pirenne, cuya **Historia económica y social de la Edad Media**, de 1933, con su énfasis en el carácter corrosivo de las ciudades y el comercio sobre la economía feudal de base rural. Sweezy, en su polémica con Dobb, se apoya abundantemente en las investigaciones de Pirenne, del mismo modo que lo hace Peña para sostener su polémica con Puiggrós.

(e) finalmente, Peña aprovecha investigaciones más recientes provenientes de la historia profesional local, especialmente las de Sergio Bagú, **Economía de la sociedad colonial** (1949) y **Estructura social de la colonia** (1952). Bagú, recurriendo a la historia comparada de la economía y la sociedad iberoamericanas y a fuentes más recientes y atingentes al objeto de análisis, rechazaba la tesis del carácter feudal de las mismas y afirmaba el predominio de un “capitalismo colonial”, variante del capitalismo comercial: “El régimen económico luso-hispano del período colonial no es feudalismo, es capitalismo colonial [...]. Lejos de revivir el ciclo feudal, América ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa. Más aún: América contribuyó a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del período del capitalismo industrial, siglos más tarde” (20). A diferencia del carácter autosuficiente de la economía feudal, la economía colonial tenía un carácter abierto, producía en gran escala, con vistas al mercado mundial y con criterios de rentabilidad. La acumulación de capital (comercial) se realizaba a través de relaciones de producción esclavistas-capitalistas, encubiertas por la forma salario (como, por ejemplo, en el caso de la mita) (21).

Estas vertientes contribuyeron a forjar las armas de la crítica de Peña al diagnóstico feudal. Puiggrós, que como se ha señalado tendió a respaldarse en numerosas fuentes de carácter político-jurídico, había sostenido el argumento de que “la Corona consideraba al nuevo continente feudo directo suyo y vasallos a sus habitantes, y no colonias en el sentido que desde el siglo XVII les ha ido dando a sus dominios coloniales” (22). Peña comenta: “Aunque parezca lo contrario, estas palabras no pertenecen a un especialista en derecho comparado, sino a un historiador que se proclama marxista. Pero nada es más extraño al marxismo que el cretinismo jurídico, y nada más revelador de un impenitente cretinismo jurídico, que caracterizar como feudal la colonización española, *no* por la estructura de sus relaciones de producción, sino por la forma jurídica que asume el vínculo entre las colonias y la Corona española. La forma que reviste la relación entre las colonias y España tiene, indudablemente, en lo jurídico, un acentuado color feudal. Pero, bajo esta forma jurídica, el contenido económico-social de las colonias gira en torno a la producción para el

mercado y la obtención de ganancias —lo que da ese contenido un decisivo carácter capitalista, pese a todos los matices feudales que lo envuelven”.

Y remata Peña: “Nuevamente se tropieza aquí —en la tesis de Puiggrós— con el pensamiento esquemático y formal, que tantos errores origina en el proceso del conocimiento: España era feudal, ‘luego’, su colonización fue feudal. Perfecta deducción formal y perfecto error. Los españoles llegados a América encontraron una realidad nueva, inexistente en España; y el resultado fue que, aun cuando subjetivamente quisieran reproducir la estructura de la sociedad española, objetivamente construyeron algo muy distinto. La España feudal levantó en América una sociedad básicamente capitalista —un capitalismo colonial, bien entendido, del mismo modo que, a la inversa, en la época del imperialismo el capital financiero edifica en sus colonias estructuras capitalistas recubiertas de reminiscencias feudales y esclavistas. Esto es precisamente el carácter combinado del desarrollo histórico. El pensamiento formal no capta esto, y por eso, en general, no capta absolutamente nada de lo esencial” (**Antes de Mayo**, 53-54).

Peña sostendrá que “el *contenido*, los *móviles* y los *objetivos* de la colonización española fueron decisivamente *capitalistas*” (subrayado por el autor). El descubrimiento y la conquista no fueron sino un episodio más en la expansión comercial del capitalismo europeo. “Castellanos y portugueses, al ponerse en contacto con esta nueva realidad americana, estuvieron movidos por una misma necesidad, por un igual propósito: hallar algo que pudiera ser vendido en el mercado europeo con el mayor provecho posible”. De modo que “el objetivo de la colonización y conquista fue eminentemente capitalista: producir en gran escala para vender en el mercado y obtener una ganancia”. Mientras el régimen feudal presupone la pequeña propiedad de la tierra y reducidos excedentes para el intercambio, la economía colonial se caracterizó por las grandes concentraciones de territorio y la producción en gran escala (minas, obrajes, plantaciones) para el mercado. El cuadro de un capitalismo colonial (comercial) se completaba con la presencia hegemónica de la ciudad-puerto, Buenos Aires, con su extraordinario flujo de mercancías (**Antes de Mayo**, 44-48).

“Pero —se dirá— aunque la sociedad colonial produce para el mercado, las relaciones de producción de donde brotaba la mercancía (es decir, las relaciones entre los trabajadores y los propietarios de los medios de producción) eran feudales, puesto que se basaban en la sujeción personal del trabajador”. Apelando a las investigaciones de Bagú y Silvio Zabala, Peña sostendrá que las relaciones dominantes se asemejaban a una semi-esclavitud ocultada bajo la forma de un “salario bastardeado”, siendo las formas de la servidumbre o del salario libre menos frecuentes. De ahí que “no se trata de capitalismo industrial. Es un capitalismo de factoría, ‘capitalismo colonial’, que a diferencia del feudalismo no produce en pequeña escala y ante todo para el consumo local, sino en gran escala, utilizando grandes masas de trabajadores, y con la mira puesta en el mercado; generalmente el mercado mundial, o, en su defecto, el mercado local estructurado en torno a los establecimientos que producen para la exportación. Estas son características decisivamente capitalistas, aunque no del capitalismo industrial que se caracteriza por el salario libre” (**Antes de Mayo**, 49).

Peña redactó este texto entre 1955 y 1957 y lo publicó por primera vez en 1961, aunque alcanzó su mayor difusión en la segunda mitad de los sesenta. En él están anticipados casi todos los temas del debate que entre esos años y principios de los setenta se conocerá como el de “los modos de producción en América Latina”, aunque significativamente casi ninguno de los que participan en él lo recuerden (23). El detonante fue la obra de André Gunder Frank, quien “adscribía claramente, incluso de una manera extremista, a una de las posiciones preexistentes. Para él el siglo XVI no señalaba el comienzo de la ‘biografía’ del capital en el mundo, sino la constitución acabada de un mercado mundial capitalista. América, en ese contexto, no era más que su criatura, y, por ello, capitalista desde su nacimiento” (24). Al debate entre Frank y Puiggrós de 1965,

siguieron una serie de intervenciones provenientes de la historiografía profesional que, con un instrumental conceptual más afinado y con el procesamiento de fuentes históricas más atinadas, insistió en la tesis de la especificidad de un "modo de producción colonial"(25). Pero quien replanteó de modo decisivo los términos del debate fue el argentino Ernesto Laclau. Para él, tanto la "tesis feudal" como la "tesis capitalista", a pesar de las diferencias teóricas y políticas que conllevan, "coinciden en un aspecto fundamental, ya que designan por 'capitalismo' y 'feudalismo' fenómenos relativos a la esfera del cambio de mercancías y no a la esfera de la producción, por lo que la presencia o ausencia de un vínculo con el mercado se transforma en el criterio decisivo para distinguir entre ambos tipos de sociedades. Y tal concepción es claramente opuesta a la teoría marxista según la cual capitalismo y feudalismo son, ante todo, *modos de producción*". Paul Sweezy primero, luego André Gunder Frank y finalmente Immanuel Wallerstein habrían adoptado una errónea perspectiva "circulacionista" que prescinde de las relaciones de producción para sus definiciones de capitalismo y feudalismo, y atiende fundamentalmente a la existencia del mercado como diferencia central entre ambos (26).

Por otro lado, el debate internacional sobre la transición del feudalismo al capitalismo también contribuyó a la clarificación conceptual. Desde Dobb hasta Perry Anderson, el "período de transición" europeo entre los siglos XIV y XVIII fue entendido como predominantemente feudal, dado que la acumulación de capital mercantil es compatible con él. Por su parte, el inglés John Merrington completó el nuevo cuadro señalando que las ciudades nunca fueron exógenas al feudalismo occidental: lejos de constituir una economía exclusivamente agraria, fue el primer modo de producción que concedió un lugar estructural autónomo a la producción y al comercio urbanos (27).

La temprana muerte de Peña en 1965 le impidió tomar parte activa en el debate y actualizar muchas de sus tesis que, sin ninguna duda, iban a sufrir serios cuestionamientos desde entonces. No obstante esto, y a pesar de la influencia de Pirenne, de Sweezy o de Bagú, no puede adscribirse sin más a Peña dentro de la perspectiva "circulacionista". Su aporte original no consistió en glosar atrevidamente a estos autores, sino en postular una tesis propia sobre las *bases materiales* sobre las que se gestó el desigual desarrollo entre las dos Américas, a partir de una lectura original de ciertos tramos de **El Capital**.

Peña pasa revista de las explicaciones acerca de la fabulosa desproporción entre los destinos históricos de las dos Américas. Las teorías racistas, que se apoyan en una presunta superioridad de la "raza" anglosajona sobre la hispana, no alcanzan a dar cuenta del desarrollo desigual dentro del propio continente norte, pues los estados del sur constituyeron "una sociedad esclavista, monoprodutora y semicolonial respecto a Inglaterra, mucha más parecida a la América española que al norte de los Estados Unidos" (**Antes de Mayo**, 54). Una segunda explicación se centra en el peso de la "herencia social": las regiones desarrolladas habrían recibido la herencia del desarrollo burgués inglés, mientras las más atrasadas (el sur de Estados Unidos, América del Sur) la herencia del feudalismo español. Así lo expresa Rodolfo Puiggrós en relación al desarrollo desigual del norte y el sur de los Estados Unidos: "Los ingleses que arribaron en el Mayflower y que siguieron llegando desde 1620 a 1640 trasplantaron al nuevo continente los gérmenes del desarrollo capitalista que traían de su patria originaria. Transfirieron a América sus hábitos de trabajo independiente, y su técnica avanzada y no necesitaron del trabajo servil, sino que, por el contrario, éste constituía un obstáculo para el desarrollo del orden social que implantaban". La inmigración establecida en el sur, procedente de la nobleza europea, implantó formas de producción y hábitos que correspondían a su origen feudal (28).

Peña ironiza la apelación de Puiggrós a la metáfora de los "gérmenes": "Los 'gérmenes' en cuestión eran -parece- tan poderosos que resistían a todas las variaciones de tiempo y de espacio. En el nuevo continente los 'gérmenes capitalistas' seguían siendo capitalistas, y los 'gérmenes

feudales' seguían siendo feudales. Puiggrós no parece ni sospechar siquiera que si en el norte los ingleses no emplearon trabajo servil y se dedicaron a las pequeñas explotaciones rurales, fue porque el terreno no permitía hacer otra cosa, mientras que [...] si un feliz portador de los 'gérmenes burgueses' hubiera desembarcado no en el norte, sino en el sur, en Virginia, no se hubiera dedicado en modo alguno a cultivar algodón y tabaco empleando mano de obra esclava en grandes extensiones de tierra, sino que -fiel a sus 'gérmenes' progresistas- se hubiera dedicado a la pequeña empresa agrícola. Y a la inversa, según Puiggrós, si un retrógrado portador de 'gérmenes' feudales hubiera desembarcado en las áridas tierras de Plymouth, de seguro que, consecuente con sus 'gérmenes', hubiera acaparado grandes extensiones de terreno pedregoso y puesto en ellas grandes masas de esclavos dedicados quién sabe a qué" (**Antes de Mayo**, 55-57).

Es que la escrupulosa atención de Puiggrós a las sucesivas generaciones de colonos y a su extracción social en el viejo continente, desatendía en efecto las *condiciones materiales* existentes en el nuevo mundo y sobre las que aquellas habrían de asentarse. Peña recordará pues el relato de Marx acerca de aquel inglés, Mr. Peel, que buscó instalarse como empresario capitalista en Swan River, llevando consigo no sólo el capital necesario sino también 3.000 trabajadores. Llegado al lugar de su destino, "Peel se quedó sin un criado para hacerle la cama o subirle agua del río. ¡Pobre Mr. Peel! Lo había previsto todo, menos la exportación al Swan River de las condiciones de producción imperantes en Inglaterra" (29).

Las relaciones sociales de producción no son, pues, simplemente "exportables", sino que se constituyen a partir de ciertas condiciones materiales, dentro de las cuales las naturales cobran especial relevancia cuando se trata de territorios casi vírgenes a ser dominados aún por el hombre. Glosando un tramo de **El Capital** en que Marx destaca la importancia del medio natural (30), Peña señala: "El dispar destino de las colonias inglesas y españolas en América está casi íntegramente contenido, en germen, en los distintos elementos naturales y humanos que los colonizadores encontraron en las distintas regiones. Las condiciones de la naturaleza exterior pueden agruparse económicamente en dos grandes categorías: riqueza natural de medios de vida (fecundidad del suelo, abundancia de pesca, ganado, etc.) y riqueza natural de medios de trabajo (saltos de agua, ríos navegables, maderas, metales, carbón, etc.). El capitalismo industrial se caracteriza precisamente por el uso intensivo y extensivo de los medios de trabajo que la naturaleza brinda" (**Antes de Mayo**, 68-69).

Y agrega Peña: "Fue la fortuna de los colonizadores del Norte de Estados Unidos de hallar una zona donde los medios de vida no eran demasiado abundantes, sino más bien escasos; no había mano de obra indígena explotable ni productos que conviniera explotar importando esclavos, y donde abundaba en cambio, la riqueza natural en medios de trabajo, que hubieron por fuerza de desarrollar los propios colonizadores aplicándose al trabajo productivo agrícola e industrial. En el sur de Estados Unidos y en América Latina, por el contrario, ingleses y españoles encontraron minas y/o climas fértiles y mano de obra indígena (que cuando se extinguía o no bastaba podía ser reemplazada por sudor africano). Y semejante combinación de factores arrojaba, sin mayor esfuerzo por parte de los colonizadores, todo aquello que el mercado mundial requería con elevados precios" (**Antes de Mayo**, 69).

Nuevamente hacía su aparición la "combinatoria endiablada" de factores en la economía del Río de la Plata: la abundancia de medios de vida, la prodigalidad de la pampa, la demanda existente del mercado mundial. Todo ello convergía y sobredeterminaba la configuración de una clase dominante peculiar. "¿Para qué arañar la tierra? ¿Para qué salir a afrontar río y mar, si la Pampa servía cueros y carne que el mercado mundial reclamaba con tanta avidez como el metal de Potosí o el tabaco de Virginia? Pronto los colonizadores rioplatenses descubrieron que el camino de la fortuna no requería conquistar indios. Bastaba con acaparar tierras, no por la tierra misma, sino por las vacas que sobre ella crecían solas. Así nació, creció y se enriqueció a pasos de siete

leguas una oligarquía propietaria de tierras y vacas, y una clase comercial íntimamente vinculada a aquella por lazos de sangre y pesos, que amontonaban cueros primero, carne después, y los exportaban, acumulando capitales que se reproducían automáticamente. Como los plantadores del sur de Estados Unidos, estas clases vivían pendientes de la exportación, y su enriquecimiento no les exigía ni la iniciativa del burgués industrial, ni el trabajo personal del granjero (...) La oligarquía estancieril y comercial se apropió de las riquezas de la Pampa, y con ello edificó una civilización del cuero y la carne, *basada mucho menos en el trabajo productivo del hombre que en la prodigalidad de la naturaleza*" (**Antes de Mayo**, 67-68, subr. de MP).

La ganadería, columna vertebral de la economía rioplatense, requería un mínimo de trabajadores y no exigía una creciente productividad del trabajo: era un subproducto de la prodigalidad de la tierra y de la demanda mundial. El propio Marx había advertido que el suelo más fructífero no era el más adecuado para el desarrollo capitalista. "Este régimen presupone el dominio del hombre sobre la naturaleza. Una naturaleza demasiado pródiga 'lleva al hombre de la mano como a un niño en andaderas'. No le obliga, por imposición natural, a desenvolver sus facultades. La cuna del capitalismo no es el clima tropical, con su vegetación exuberante, sino la zona templada. La base natural de la división social del trabajo, que mediante los cambios de las condiciones naturales en que vive, sirve al hombre de acicate de sus propias necesidades, capacidades, medios y modos de trabajo, no es la fertilidad absoluta del suelo, sino su diferenciación, la variedad de sus productos naturales. La necesidad de dominar socialmente una fuerza natural, de administrarla, de apropiársela o someterla mediante obras creadas por la mano del hombre y en gran escala, desempeña un papel decisivo en la historia de la industria". Y cita Marx un texto del siglo XVIII donde el autor anónimo señala que no puede imaginarse "peor maldición para un pueblo que vivir sobre una zona de tierra en la que la producción de medios de subsistencia y de alimentos se realice en gran parte de un modo espontáneo..." (31).

La *tragedia* de estas tierras consistió, pues, en la "maldición de la abundancia fácil". Peña encuentra su clave en el medio geográfico, "en el amplio sentido de las disponibilidades de medios de vida, medios de trabajo y mano de obra", para explicar el fabuloso progreso del norte de los Estados Unidos, así como el atraso del sur de ese país, de América Latina en general y del Río de la Plata en particular. "La Pampa alumbró una civilización del cuero -que luego fue de la carne- tan próspera pese a su carácter atrasado que hasta obnubiló la conciencia de que se trataba de un país atrasado, haciendo concebir la ilusión retrógrada de que con vacas podía construirse una gran nación moderna" (**Antes de Mayo**, 72).

Contra los mitos de Mayo

El 25 de mayo de 1810 es el mito fundacional de la historiografía liberal argentina o, lo que es lo mismo, de su historia oficial. Los sucesos acaecidos en los últimos días de aquel mes de mayo serían convertidos en símbolo de la lucha por la independencia y la libertad por el bando de los "patriotas" argentinos, en oposición al bando español, exponente de la dominación colonial y del comercio monopolista vinculado a Cádiz. El bando "patriota" -Mariano Moreno, Manuel Belgrano y sus seguidores jacobinos- habrían sido intérpretes, a través de su credo liberal, de la necesidad de instituir un régimen fundado en la soberanía popular y la libertad de comercio. Las fuentes de la democracia y el capitalismo liberales argentinos deberían, pues, buscarse en los hombres y en los ideales de Mayo, cuya lucha contra los intentos restauracionistas (el "anti-Mayo") habrían marcado buena parte de la historia argentina del siglo XIX y aún habrían tenido proyección sobre el siglo XX.

Enrique de Gandía sostuvo que fue Esteban Echeverría el forjador de "esta filosofía de nuestra historia, de esta doctrina, concepción o interpretación que los autores posteriores, en un perpetuo Concilio, transformaron en dogma" (De Gandía, 1952: 255). En efecto, ya la generación siguiente a los hombres de Mayo -la llamada generación del '37: Echeverría, Juan B. Alberdi, Juan María Gutiérrez...)- había forjado (*inventado*, en el sentido de Hobsbawm) su propia tradición al respecto y había apelado en su lucha contra el rosismo al mito de Mayo como principio legitimador. Y en fecha tan temprana como 1844, el autor del **Dogma socialista** expuso el núcleo de una interpretación histórica que iba a hacer fortuna y sobre la que él mismo volvería en textos sucesivos. "Era preciso desentrañar el pensamiento de Mayo -escribía entonces-, explicarlo y buscar en la fuente primitiva de nuestra historia revolucionaria el principio de moralidad que legitimase y justificase la lucha actual y nuestra larga guerra civil, principio de moralidad que resulta de la colisión necesaria entre la idea de Mayo, progresiva y democrática, y la idea colonial, retrógrada y antirrevolucionaria" (33). Algunos años más tarde, Bartolomé Mitre recogerá este núcleo y lo desarrollará en su **Historia de Belgrano** (1857), buscando sus antecedentes más remotos a lo largo de tres siglos de historia colonial y sus proyecciones a lo largo de todo el siglo XIX. Desde entonces, esta filosofía histórica cuyo motor es la confrontación entre dos principios, Mayo y anti-Mayo, Libre Comercio versus Monopolio, Libertad versus Despotismo, será repetida por generaciones de historiadores (y por los libros de texto escolar) y adoptada como la versión canonizada de la historia argentina.

La corriente "revisionista", centradas sus investigaciones en el período rosista o en la problemática económica de la configuración de la dependencia argentina frente a Gran Bretaña, se ocupó tangencialmente de Mayo. Sin embargo, en su esfuerzo por presentar una alternativa a la historiografía liberal, tendió a adoptar la versión hispanista-católica de exaltación del período colonial. En cuanto a Mayo -según la recapitulación de uno de sus exponentes tardíos-, "se le negó carácter popular, se lo consideró un movimiento de minorías selectas; se lo despojó de contenido civil y se lo tornó en un pronunciamiento militar. De allí la exaltación de Saavedra, reconocido como único líder de la Gesta Maya. En cuanto a Moreno, fue degradado a la categoría de *Numen de Mayo* de la historia liberal, al de distorsionador de los principios emancipatorios, viscoso individuo perdido en la maraña de las ideologías foráneas y primer abogado vernáculo de empresas extranjeras" (34). Los revisionistas pudieron acudir en apoyo de la lectura alternativa que de los acontecimientos de 1810 hizo un contemporáneo de los hechos: el propio don Juan Manuel de Rosas, en virtud de la cual se lo llegó a denominar "el primer revisionista histórico". Empeñado en demostrar que la patria no había nacido del espíritu de rebelión ni de las argucias tácticas de quienes juraban en nombre del rey de España pero conspiraban para apropiarse del poder, sino de los principios del orden y la fidelidad, Rosas sostuvo un 25 de mayo de 1836: "La Revolución se hizo no para sublevarnos contra las autoridades legítimamente constituidas, sino para suplir la falta de las que, acéfala la nación, habían caducado de hecho y de derecho. No para romper los vínculos que nos ligaban a los españoles, sino para fortalecerlos más por el amor y la gratitud, poniéndonos en disposición de auxiliarlos con mejor éxito en la desgracia". El 25 de Mayo era, por tanto, un acto "heroico de lealtad y fidelidad a la nación española y su desgraciado monarca" y no como "fue interpretado malignamente entre nosotros como una rebelión disfrazada por los mismos que debieron haber agotado su admiración y gratitud por comprendernos" (35).

Sin embargo, fue de las propias filas del liberalismo de donde surgió, muchas décadas antes del revisionismo histórico, una figura a la que no pasó inadvertida la interpretación de Rosas pero que, yendo mucho más lejos que el Restaurador, llevó a cabo una impugnación global de la historiografía fundada por Mitre y una interpretación alternativa del significado de los hechos de Mayo. Se trata de Juan Bautista Alberdi, especialmente del último Alberdi quien, definitivamente expatriado, desilusionado con el orden político erigido después de Pavón y enfrentado a la élite

oligárquica hegemónica, escribirá por entonces sus textos más agudos y descarnados, y que sólo se conocerán marginalmente a través de la edición de sus **Escritos Póstumos** (36). De ellos pueden desprenderse una serie de puntualizaciones sobre las luchas de la independencia y la revolución de Mayo, en oposición a la versión oficial:

- la primera involucra el mismo método historiográfico: hay, según Alberdi, "dos modos de escribir la historia: según la tradición y la leyenda popular, que es de ordinario la historia forjada por la vanidad, una especie de *mitología* con base histórica; o según los documentos, que es la verdadera historia, pero que pocos se atreven a escribir, de miedo de lastimar la vanidad del país con la verdad; una, en que no se ven sino los hombres, que son el brazo o instrumento de una ley o fuerza natural de progreso, y los toma a ellos mismos como causa motora de los hechos históricos; otra, que va hasta la investigación de esas leyes o fuerzas o intereses, en que reside la verdadera causa que produce los hechos" (37). Mitre representa la primera, la historia escrita desde el poder, "la historia para gobernar, la historia oficial" (ibid., 37). Alberdi postula, en cambio, una historia escrita desde la libertad crítica, que se articule como una "historia filosófica" (IV, 44) cuya base material la constituyen los determinantes materiales y los intereses económicos antagónicos (I, 471). Mitre reduce el espesor de la historia argentina a la acción de un puñado de militares o de hombres notables. "No: la *revolución* de Mayo no fue *Moreno*; como la guerra de la *independencia* no fue *San Martín*; como la *unidad* de la Nación no fue *Rivadavia*; como la *tiranía* de Buenos Aires no fue *Rosas*; como la *Organización* general no fue *Urquiza*" (IV, 42-43).

- la segunda se refiere a la filiación de la revolución de Mayo. Mitre había insistido en las causas endógenas de las luchas por la emancipación americana, entendiendo que la propia sociedad colonial, "desde sus orígenes entrañaba el principio del individualismo y el instinto de la independencia, que debían necesariamente dar por resultado la emancipación y la democracia" (38). Alberdi, en cambio, entenderá la emancipación como un subproducto de la situación europea: "La revolución argentina es un detalle de la revolución de América, como ésta es un detalle de la de España; como ésta es un detalle de la revolución francesa y europea" (V, 73). Sólo empujados por las circunstancias de la invasión napoleónica a la península ibérica, "vino a los argentinos la idea de revolucionarse contra España". "En lugar de considerar a la independencia americana como el resultado natural e inevitable de los contecimientos liberales en Europa, a fines del siglo pasado y principios del presente; de las necesidades económicas, de los intereses generales de la civilización de ambos mundos; [Mitre] se la atribuye a soldados que no fueron sino instrumento visible y aparente de esas grandes y eternas causas. Adjudicadas a la espada de los soldados americanos, la independencia, que es obra de la acción civilizada de Europa, se hace un ídolo de la historia militar, que es la plaga de nuestras repúblicas; y se convierte en objeto de oposición y antipatía, la influencia de la Europa, en que tuvo verdadero origen la independencia y en que tendrá el coronamiento de su civilización política" (V, 74).

- la tercera está referida al carácter (social o político) de la revolución. La historiografía liberal entendió las luchas por la independencia americana o bien como un momento del ciclo de las revoluciones burguesas, o bien como la expresión del proceso mundial de gestación de nacionalidades que buscaron su integración territorial, su soberanía e independencia. Pero, en los términos del propio Mitre, la *independencia* no era sino una de las fases de la más vasta obra de la *revolución*. Alberdi, si bien insistirá en el carácter determinante del proceso europeo sobre el americano, se cuidará de asimilar las revoluciones del nuevo mundo a las revoluciones sociales europeas. El planteo de Mitre, entiende, no hace sino "explicar la revolución argentina con las explicaciones que se han dado de las revoluciones de Francia e Inglaterra. En efecto, en estas dos

revoluciones, era el presente el que se subordinaba contra el pasado interior del país, sin atención al extranjero. Era el pueblo contra la nobleza; la igualdad contra la feudalidad; la libertad contra el despotismo. La revolución era una guerra declarada por un elemento inglés por otro elemento inglés. Lo mismo en Francia. En América, la lucha era entre el país americano y el país español, que lo había poseído como colonia: no era la lucha de dos partidos americanos. Dentro del país no había lucha de clases, en cuanto al objeto de la revolución. El pasado no tenía defensores. Ningún argentino peleaba por volver a ser colono de España, ni por la nobleza, ni por el trono. Así, ninguna analogía con las revoluciones a que Mitre toma su explicación" (V, 50-51). Y más adelante agrega Alberdi: "Mitre habla a menudo de nuestra revolución social, como equivalente de nuestra revolución política. Un francés que leyese estas palabras a la distancia creería, tal vez, que también hemos gemido bajo el poder del clero, de la feudalidad, de la nobleza, de los privilegios señoriales y de raza, como la Francia anterior a 1789. Nuestra revolución ha sido política: ha cambiado el gobierno, no la sociedad, que nada tenía que cambiar para ser lo mismo que hoy es" (V, 263).

- la cuarta se refiere al problema de la participación popular en los sucesos de Mayo. A pesar de su matriz teórica fuertemente individualista y elitista -inspirada en las concepciones decimonónicas del genio individual- la historiografía mitrista insistió simultáneamente en el carácter popular, democrático y republicano del proceso revolucionario argentino. Alberdi, tributario también del doble influjo a la vez romántico y liberal, puso en cuestión, sin embargo, la imagen de la rebelión popular, señalando el carácter elitista y hasta conservador del movimiento de Mayo. Los pueblos de América, señala Alberdi, "Habitados a ser gobernados, lo son hasta hoy por jefes republicanos, como lo eran por reyes absolutos: sin examen, sin intervención propia. Si los nuevos jefes son desobedecidos, jamás lo son por el pueblo, sino por jefes y autoridades accesorias que mueven al pueblo de su dependencia inmediata en el sentido de desconocer a otra autoridad. Siempre es una *autoridad* la que inicia y lleva a cabo la revolución. Así, las revoluciones en Sud-América son *siempre oficiales*. Lejos de suponer el desconocimiento *de la autoridad*, nacen del exceso de obediencia a la autoridad (...). Veámoslo en la República Argentina.

"La revolución de Mayo de 1810 fue hecha por las autoridades municipales y militares. La del año once lo mismo. Las de 1820 lo mismo. La de Octubre de 1833, por el Comandante General de la Campaña. La de febrero de 1852, por las autoridades de Entre Ríos y Corrientes. La del once de Setiembre, por ejército y las autoridades provinciales de Buenos Aires (...).

"Así, pues, las revoluciones de Sudamérica, lejos de ser una negación del hábito de obediencia, del principio de autoridad, son la prueba más concluyente de su existencia actual, porque todas las revoluciones son oficiales, todas emanan del gobierno, y si se hacen populares, la popularidad misma es oficial, es decretada, ordenada por el gobierno pretendiente contra el gobierno en decadencia.

"Son verdaderas *revoluciones de palacio*. apoyadas por revoluciones de *cuartel*; motines y asonadas, más que revoluciones" (IV, 185-186).

- la quinta, finalmente, se refiere a Mayo como fuente del pensamiento independentista, republicano y democrático. Alberdi, partidario para su país de una monarquía constitucional que contribuyese a constituir una auténtica sociedad civil (sobre cuya base, ulteriormente, pudiese fundarse una verdadera república democrática), se erigirá en un severo crítico del orden político surgido después de Pavón, donde las apelaciones del discurso oficial al republicanismo democrático apenas disimulaban la continuidad del caudillismo y la hegemonía de Buenos Aires, representadas por Mitre. Mayo se convierte, entonces, en la pluma de Mitre y en el discurso oficial, en el mito fundante del republicanismo democrático. Ya nos hemos referido a otros tramos de los **Escritos**

póstumos donde Alberdi enfatiza que la independencia no era uno de los objetivos de los hombres de Mayo, sino que éstos se vieron empujados por las circunstancias históricas (fundamentalmente, la intransigencia de España) a proclamar finalmente la independencia bajo una forma que no buscaron ni quisieron. Alberdi insistirá además en que el horizonte político de esa generación no era otro que el de la monarquía constitucional, Moreno incluido. "*La revolución de Mayo de 1810* no fue más republicana que monárquica, estando al tenor de sus documentos. (...). El acta firmada ese día lo declara textualmente: "Se depuso al *Virrey* en nombre del *Rey*". El gobierno provisorio de la primera *Junta*, creado en esta acta, fue una especie de Regencia en favor del *Rey cautivo*. *La junta conservadora de la soberanía del Señor don Fernando VII*, como se llamó la segunda junta de diputados de todas las provincias, dio un *reglamento* para el gobierno provisorio, de carácter *monárquico*, pues en él se salvaban los derechos dinásticos del rey de España en las provincias argentinas. Buenos Aires desconoció ese *Reglamento*, y el *gobierno de tres*, especie de *Regencia*, y dio un *Estatuto Provincial*, siempre a nombre de don Fernando VII. Ese gobierno y ese reglamento monárquico en el fondo duraron hasta 1814. En ese año el gobierno independiente envió a Rivadavia y a Belgrano a negociar con España la coronación de un príncipe español en carácter de jefe de una monarquía constitucional independiente, como base de la paz. El partido opuesto a esa idea fue más lejos: ofreció a la Corona de *Gran Bretaña* el gobierno de las provincias argentinas (Alvear en 1814). Rechazadas ambas miras por Europa, el Congreso de Tucumán declaró la independencia de las provincias en 1816, pero no condenó la monarquía, ni proclamó la república. Basta leer sus actas. No podía condenarla, pues el congreso era monárquico, es decir, lo eran sus miembros. Belgrano propuso esa reorganización bajo la dinastía de los Incas, y la idea dejó de ser aceptada, no por respeto a la *monarquía*, sino a la *dinastía* salvaje de los *Incas*. Todavía en el *Reglamento constitucional* que ese congreso dio en 1817 no se habló de *república*. Tampoco fue proclamada la república en la constitución definitiva que se preparó en 1819. La primera constitución que habló de *república* fue la unitaria de 1826, es decir, 16 años después de la revolución de Mayo, y esa no llegó a sancionarse" (IV, 119-121).

Si los "póstumos" de Alberdi pudieron ser desconocidos por la historiografía oficial — Mitre, a lo sumo, se habría limitado a deslizar que "Para Alberdi la revolución argentina es una comedia"—, fue dentro de su propio seno que surgió en los años 40 una querrela historiográfica, con alcances que trascendieron la academia, y que aun desde una perspectiva liberal e historicista, exhumó el discurso de Rosas de 1836 y los escritos de Alberdi, para poner sobre el tapete los mitos de Mayo. Se trata de la obra de Enrique de Gandía, y dentro de ella, su obra quizás más popular: **La revisión de la historia argentina** (1952). Este liberal singular que, en disputa tanto con la Academia Nacional de Historia como con la escuela revisionista, apelaba a la "conciencia nacional" y a la necesidad de "revisar" la historia argentina, puso en cuestión muchos mitos historiográficos, especialmente los referidos a Mayo. En momentos en que el país se polarizaba entre peronistas y antiperonistas, y cuando éstos hacían, más que nunca, un símbolo nacional de Mayo, un historiador profesional, perteneciente a la mismísima academia que presidía R. Levene, sostenía con un notable acopio documental y con innegable afán polémico, que el alcalde don Martín de Alzaga no fue el absolutista que dibujó V. F. López, sino el verdadero héroe de las invasiones inglesas y el primer republicano del Río de la Plata. El movimiento (que no revolución) de Mayo de 1810 no fue sino un acto de lealtad a España, sus hombres fueron monárquicos convencidos que, empujados por las circunstancias, forjaron *a posteriori* la imagen histórica de republicanos *ab initio* (39).

La historiografía tanto socialista como comunista, sin embargo, se atenderá en lo fundamental al relato liberal. Los sucesos de Mayo serán asimilados al ciclo de la revolución democrático-burguesa iniciada en Europa y los Estados Unidos, y leídos en clave de la oposición

independencia/colonia, liberalismo económico/monopolio español, libertad política/despotismo colonial. La historiografía de la izquierda argentina buscó pues establecer un linaje a sus luchas sociales y políticas que se remontara a "los hombres de Mayo" (Moreno, Monteagudo, Belgrano, Rivadavia), que continuase con los constructores de la Argentina moderna (Avellaneda, Sarmiento) y que entroncase finalmente con los representantes de las clases trabajadoras. En el caso de los comunistas, era tanto más paradójica la asimilación del relato liberal, en la medida en que se lo traducían a lo que pretendía ser la terminología del marxismo más ortodoxo. Primero Puiggrós, con **Los Caudillos de la Revolución de Mayo** (1942) y **La época de Mariano Moreno** (1949), y luego Leonardo Paso, con **Rivadavia y la línea de Mayo** (1960) y **De la Colonia a la Independencia Nacional** (1962), van a presentar un relato histórico donde los hombres de Mayo son expresión revolucionaria de una burguesía comercial que, inspirada en las ideas y los métodos de las revoluciones burguesas e interesada en dislocar el orden feudal de la Colonia, promueven una insurrección de masas en mayo de 1810.

Peña centrará sus críticas en la versión del liberalismo clásico y en sus continuadores comunistas, sabiendo sacar provecho de las voces disidentes de un Alberdi o un de Gandía. Para él esta "revolución popular por la independencia" no consistió en una revolución social, ni buscó la independencia, ni tuvo carácter popular ni democrático alguno:

• *carácter político (no social) de la revolución.* Para Peña el Estado colonial no era la superestructura política de un orden colonial feudal, sino la institucionalización de una relación de fuerzas entre intereses antagónicos. Si bien el personal que lo componía pertenecía a la burocracia española vinculada al comercio de Cádiz, este Estado era la expresión de un precario equilibrio entre los intereses de la Corona y los comerciantes monopolistas, por una parte, y las oligarquías terrateniente y comercial hispano-criollas, por otra. "El Estado colonial que asentaba su base en las clases dominantes de la colonia, pero manejado desde las cúspides por hilos no demasiado fuertes convergentes en Madrid, [...] oscilaba entre estos dos polos" (**Antes de Mayo**, 78-79). Los acontecimientos de mayo de 1810 no involucraron un cambio estructural en el modo de producción, ni siquiera la emergencia al poder de una nueva clase dominante, que permitiese hablar propiamente de revolución social. Se limitaron a resolver en el plano político el conflicto de poder entre los dos intereses en juego:

"El movimiento que independizó a las colonias latinoamericanas no traía consigo un nuevo régimen de producción ni modificó la estructura de clases de la sociedad colonial. Las clases dominantes continuaron siendo los terratenientes y comerciantes hispano-criollos, igual que en la colonia. Solo que la alta burocracia enviada de España por la Corona fue expropiada de su control sobre el Estado" (**Antes de Mayo**, 75-76).

Los movimientos de la independencia no buscaban sino el disfrute del Estado propio. Así, el amplio frente antivirreynal articulaba una multiplicidad de intereses: terratenientes y comerciantes buscaban establecer trato directo con Europa sin la intermediación de España; las oligarquías del interior buscaban escapar del centralismo virreynal que las perjudicaba en beneficio de otras regiones; finalmente, abogados, frailes y militares buscaban una ocupación lucrativa y aspiraban a hacer carrera en el nuevo Estado: "Las fuerzas más heterogéneas coincidían, por las más contradictorias razones, en el deseo de liberarse de la directa dependencia de la Corona española. Sólo los funcionarios reales se oponían" (p. 77). No obstante esto, esta articulación de intereses abarcaba un muy amplio arco, que iba desde aquellos que buscaban la independencia formal manteniéndose dentro de la hegemonía española (Martín de Alzaga) hasta los que aspiraban a la independencia política dentro de los límites de un protectorado inglés (Moreno, Rivadavia).

Pero como lo había advertido ya Alberdi, si los sucesos de Mayo no constituían una revolución democrático-burguesa, no podían comprenderse sino dentro del ciclo de las revoluciones burguesas. Sin la penetración de las mercancías inglesas en el Río de la Plata, sin las guerras napoleónicas y la consecuente caída del Rey de España en 1809, no pueden entenderse Mayo de 1810, ni las revoluciones independentistas. Concluye Peña: "Tal es la vinculación —por cierto indirecta— que tuvo la llamada revolución de la independencia latinoamericana con el ciclo de la revolución democrático-burguesa, dentro de la cual América era un agente pasivo, como lo señaló Alberdi. Pero de allí no se desprende en modo alguno que el movimiento de la Independencia haya sido una revolución democrático-burguesa"(p. 84-85).

• *carácter elitista (no popular) del movimiento de Mayo.* La historiografía liberal clásica había mantenido un discurso ambiguo sobre el carácter popular de los acontecimientos de mayo de 1810, pues si por un lado lo ensalzaron como el punto de partida de la democracia argentina, por otro, imbuidos de la concepción elitista y romántica de los grandes hombres, no dejaron de señalar que el enfrentamiento entre patriotas y españoles se libraba dentro de "lo que podía llamarse la parte aristocrática de la sociedad", buscando "impedir que el populacho tomase en la gestión de los negocios públicos una participación activa y directa" (40). Alberdi y Enrique de Gandía, como vimos, o Juan Alvarez, lo vieron como una conjuración limitada a las autoridades municipales y militares, del mismo modo que, por su parte, los revisionistas históricos. El mito de mayo como revolución popular, asentado parcialmente por la vertiente liberal mantuvo, sin embargo, su eficacia durante décadas, y fue realimentado por la historiografía comunista desde los 40. Puiggrós se referirá a esos sucesos en términos de "un vasto y profundo movimiento de masas", una "movilización general de la población", etc., y que serán luego repetidos por Leonardo Paso en los 60 y 70.

Peña refuta el carácter popular de los sucesos de mayo recurriendo a distintas vertientes historiográficas señaladas arriba (Mitre, Alberdi, Alvarez, de Gandía, Iburguren, etc.). Pero además cuestiona al anacronismo de Puiggrós, que quiere imaginar luchas de masas con reivindicaciones democráticas, entre ellas, el reparto de tierras. ¿Cuáles son las "masas" criollas en 1810? En primer lugar, los gauchos, absolutamente ajenos a este tipo de demandas. En segundo lugar, los indios, aunque como Alberdi lo señalara, "era constante que los indígenas apoyaban más bien a las autoridades españolas". En tercer lugar, podría mencionarse los esclavos negros. Pero, como advierte Peña, las clases dominantes porteñas eran partidarias de la emancipación del indio y del esclavo, no como resultado de las presiones de las masas indias y esclavas, sino porque en sus dominios la mano de obra india o esclava era insignificante (otra era la situación, y otro fue el recibimiento de estas ideas, de las oligarquías dominantes en el Brasil o en el Alto Perú). Por otra parte, esta orientación puede leerse mejor como una de las vías de acercamiento a la política antiesclavista británica: "Todo parece indicar que, como el temprano espíritu de tolerancia religiosa, la abolición de la esclavitud fue un subproducto del libre comercio con Inglaterra y de la creciente influencia de aquella nación en los asuntos del Plata" (**Antes de Mayo**, 94).

Aunque en su debate con Puiggrós apela a distintas vertientes historiográficas, incluida la vertiente más aristocratizante y conservadora del revisionismo (Iburguren), Peña logra tomar distancia de una lectura elitista de los sucesos de mayo. No es que las "masas" no tuviesen lugar alguno en la historia, sino que las masas de la colonia se vieron afectadas gravemente por los cambios que acarreó la independencia. La economía casera y artesanal de las ciudades, así como las artesanías regionales se vieron arruinadas por el libre comercio con Inglaterra. Las "masas" gauchas van a perder su libertad nómada y se verán obligadas a proletarizarse progresivamente, primero en el saladero, luego en la estancia. Su nula participación en las jornadas de Mayo no demuestra nada contra ellas, señala Peña, "sino que evidencia la limitación de la llamada

Revolución de Mayo, cuyos objetivos puramente políticos no tenían por qué arrebatarse de pasión a las masas. Desde luego, los historiadores reaccionarios pueden utilizar esta ausencia de movilización popular para idealizar la colonia y pintarla como un paraíso en que las masas vivían apaciblemente protegidas por las leyes de Indias, o bien para demostrar que la historia nacional es obra de minorías selectas, sin que las masas hayan sabido hacer otra cosa que perturbar y dificultar la obra de la civilización. En cuanto a esto, cabe decir que si las masas no se lanzaban a la lucha por el movimiento de Mayo, luchaban sí por otras cosas y trabajaban para que los estancieros y comerciantes tuvieran tiempo para hacer su llamada revolución" (**Antes de Mayo**, 95-96).

Sucede que, mientras los comunistas buscan asimilar el proceso de la independencia al ciclo de las revoluciones burguesas, para Peña se trata de procesos históricos vinculados pero no asimilables. Pues mientras, efectivamente, en Francia la burguesía lidera a las masas dentro del Tercer Estado, no sucede lo mismo con los independentistas americanos. En América el conflicto tiene dos dimensiones: la del enfrentamiento entre la Corona española y el movimiento de la independencia, cruzado con el conflicto entre las clases dominantes y las clases dominadas, interior a la Colonia. "En realidad la sociedad colonial presentaba más que suficientes conflictos entre las masas trabajadoras y las oligarquías dominantes como para producir un sordo conflicto que estallaba a veces en vastos movimientos de masas. Así ocurrió antes, durante y después de las luchas por la independencia. Pero en ningún momento esos movimientos fueron parte del proceso de la independencia; de ningún modo fueron el respaldo popular incontrolado de la alta política de las oligarquías criollas en su lucha contra España, al menos del modo en que las masas trabajadoras de los suburbios parisinos fueron el respaldo de la burguesía y la pequeña burguesía en su lucha contra la nobleza" (**Antes de Mayo**, 91-92).

• *carácter oligárquico (no democrático) del movimiento de Mayo*. Ha quedado señalado que, desde la historiografía liberal a la comunista, se ha instituido a Mayo, y a su principal figura, Mariano Moreno, como el punto de arranque de la democracia. Desde Mitre, que lo ha trazado con los rasgos del republicano, hasta Puiggrós, que lo concibe como la figura del demócrata revolucionario.

Para Peña, ni cabe hablar de ideario democrático. Los hombres de Mayo nunca soñaron con una república democrática, ni existían bases materiales para semejante proyecto en 1810. Los independentistas -como ya había visto claramente Alberdi- eran monárquicos, incluido el propio Moreno, que abogaba por una monarquía constitucional. Peña, a diferencia de la casi totalidad de la historiografía izquierdista, no participa del juicio histórico consagratorio de la figura del hombre de Mayo. Tampoco suscribe el desdén de algunos de los revisionistas. Moreno le merece un juicio histórico ponderado, en el que sus méritos y límites son considerados en relación al sector y a la clase social a que perteneció.

Peña reconoce el "indiscutible talento político" y la "lucidez" de Moreno. Su realismo político, "su comprensión de lo que es el Estado -la violencia organizada-", así como su estrategia de empleo de la violencia revolucionaria, "comprometen el respeto y hasta la gratitud de todo marxista, porque desnudan y explican los únicos métodos que la historia pone a disposición de una clase social para arrancarle el poder a sus enemigos" (**Antes de Mayo**, 100). Sin embargo, y más allá de su admirable clarividencia, la "política de Mariano Moreno no era ni podía ser democrático-revolucionaria, porque las clases y la sociedad en que actuaba no daban para eso" (Ibid., p. 101). Moreno formaba parte de la *intelligentzia* del orden colonial, de los representantes políticos de las clases dominantes locales. Estas clases sólo aspiraban, una vez desembarazadas de la burocracia virreynal, al disfrute del Estado propio. Ni tampoco los gauchos en la pampa ni las masas urbanas eran sectores sociales que presionasen en el sentido de una república democrática.

La democracia era, pues, inviable, "en una sociedad sin clase media agraria, con ínfimo desarrollo industrial, dominada por una clase dueña de desaforadas extensiones de tierra y de cuanto bicho se movía sobre ellas, y sobre una clase comercial que exportaba estos productos y se enriquecía al galope... Por cierto que la historia pega saltos, pero ese florecimiento de la democracia burguesa en una inmensa estancia primitiva como era la provincia de Buenos Aires, el Uruguay y el Litoral en 1810, ya no es un salto. Es un prodigio de la alquimia superior al de convertir el cuero en oro. ¿En qué bases materiales se asentaría la democracia? ¿Qué clases la sustentarían?" (**Antes de Mayo**, 104).

De ahí, pues, que la radicalidad de Moreno (y particularmente, de su **Plan revolucionario de operaciones**) no sea la expresión de un movimiento democrático de masas, sino que provenga de su lugar en el orden social imperante. Fiel a su método materialista, Peña entiende que si los límites de Moreno son los límites de la clase a la que está ligado, su radicalidad política es también producto de su ubicación de clase. Moreno integra ese estrato social de la colonia (compuesto por abogados, intelectuales, aspirantes a político) a quienes el estrecho orden colonial y el monopolio estatal de la burocracia virreynal no le ofrece ningún lugar apropiado a su preparación y sus ambiciones. Se comprende, pues, que los representantes intelectuales de las clases dominantes "debían estar enteramente dispuestos a llegar hasta el fin con toda la energía para apoderarse del Estado, mucho más consecuentemente que los hacendados o comerciantes cuya urgencia no era tan grande por cuanto de todos modos contaban con el poder económico, que en todas las épocas y latitudes inclina a la prudencia y el conservatismo" (Ibid., 101).

Se ha observado que la interpretación histórica de Peña, a pesar de su fuerte gravitación en los 60 y 70, ha tendido a reducir los conflictos sociales a su *última ratio* económica (Terán, 1986: 239-240). Es indudable que el autor de **Antes de Mayo**, buscando poner en práctica el método marxiano de la crítica, no juzga a las épocas o a los actores históricos por su propia conciencia, sino a partir de las contradicciones de la vida material (41). Y que, consecuente con dicho método, entiende que el proceso social de producción de la vida material adopta una forma antagónica, "no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un atagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos" (Ibid., p. 10), un antagonismo que sin agotarse en el conflicto de clases, encuentra en él su forma fundamental de manifestación. Sin embargo, no es lo mismo remitir el sentido último de los conflictos sociales a las formas contradictorias que asume la producción social, que reducir los conflictos políticos a conflictos económicos (42). Esto es, en suma, lo que distingue el método marxiano de la crítica, del reduccionismo económico propio del marxismo vulgar. La interpretación histórica de Peña busca ajustarse al primero, y esto ya es claro en su lectura de los sucesos de Mayo. El marxismo vulgar, ante estos sucesos, aceptó de la historiografía liberal (y de la propia época que buscó pensarse a sí misma como ruptura revolucionaria) el significado de que se trataba de una "revolución". Sólo buscó "profundizar" este diagnóstico *añadiéndole* la dimensión económica, o bien, remitiéndolo a un conflicto entre relaciones de producción y fuerzas productivas, entre un orden colonial que frenaba el desarrollo económico y el nuevo orden que inaugura el librecambio, entre antiguas clases feudales y nuevas clases burguesas...(43). Peña no parte de un esquema histórico *a priori* donde se puedan insertar hechos asimilables, sino de una concepción de la historia donde ésta se halla sujeta a desarrollos desiguales, a diversas temporalidades, nunca reductibles a una línea temporal de progreso y desarrollo. La clave de la gravitación de su lectura de la historia argentina está en la riqueza de su concepción. De otro modo, la suya sería una más entre todas las lecturas economicistas de la historia argentina que proliferaron entonces.

Peña no buscó, como lo hizo el marxismo vulgar, las "raíces económicas" de la revolución de Mayo. Sometió a discusión el hecho de que se tratase de una revolución social, asimilable al ciclo

de las revoluciones burguesas. Lejos de "reducir" los acontecimientos políticos de Mayo a una *última ratio* económica, buscó entenderlos en su especificidad: el de una lucha política, de una disputa por el poder entre los sectores sociales dominantes del orden colonial. Mientras el conjunto de la historiografía argentina, de Mitre en adelante, remite el conjunto del proceso a la lucha entre monopolistas y librecambistas, para Peña se trata ésta de una contradicción real pero *subordinada a una contradicción de orden político*. "La lucha entre los intereses librecambistas de la hacendados y comerciantes porteños y los intereses monopolistas de Cádiz existió, sin duda, pero este conflicto económico tuvo un carácter subordinado y menor dentro de la gran cuestión *puramente política* de quién había de gobernar en América: si los burócratas enviados por Madrid o representantes directos de las oligarquías locales" (**Antes de Mayo**, 108). Ambas contradicciones no son directamente asimilables: no siempre las oligarquías locales eran librecambistas ni todos los realistas eran ajenos al contrabando.

No obstante el carácter político del conflicto, los sucesos de la independencia en el Río de la Plata constituyen un proceso sobredeterminado por las condiciones del capitalismo mundial. Por una parte, el creciente interés de Gran Bretaña por Latinoamérica, y particularmente por el Río de la Plata, como mercado para sus manufacturas y campo para sus maniobras estratégicas. Por otro, la invasión napoleónica y la crisis interna de España, consecuencia a su vez del fracaso de su revolución burguesa. "Aun siendo colonia de España, América y en particular el Río de la Plata eran una semicolonía económica de Inglaterra" (Ibid., 109). Los monopolistas de Cádiz, que compraban sus productos en Inglaterra y los revendían en América, atuaban como intermediarios entre Inglaterra y América. "La relación de fuerzas entre España e Inglaterra no justificaba que ésta siguiera soportando esa molesta interposición y, al contrario, la impulsaba a apoderarse de la América española, políticamente, si se podía, económicamente en caso contrario -lo que de todos modos permitía un efectivo control político. Y por otra parte las oligarquías residentes en América no ignoraban dónde estaba el mejor comprador y el mejor abastecedor y el más sólido respaldo para sus pretensiones autonomistas" (Ibid., 109).

Se ha señalado también que, tributario de un marxismo de raigambre hegeliana, Peña, más que a una concepción histórico-materialista, se ajusta a una Filosofía de la Historia (44). Su interpretación de la historia argentina no sería otra cosa que el desenvolvimiento necesario del Absoluto, "una lógica de los hechos que es la interna manifestación de una necesidad universal: el devenir de la Razón Histórica". Milciades Peña, según Feinmann, habría sido, pues, "el más lúcido, implacable y riguroso expositor de la dogmática marxista sobre estos temas" (Cit., 162). Es indudable que Peña abreva en las aguas de un marxismo de inspiración hegeliana, que el método del materialismo histórico lo lleva a pensar en la *necesidad* del proceso histórico argentino, pero necesidad histórica no quiere decir *fatalidad*, ni proceso histórico sujeto a una lógica interna (Razón Histórica) que impulsa a los pueblos, más allá de su conciencia finita, a atravesar una serie de etapas sucesivas y necesarias. Esta es la concepción del marxismo vulgar —de la cual se deslindó repetidas veces el propio Marx (45)—, que busca ubicar los hechos históricos en el molde de un esquema *a priori* de etapas por las que han de pasar fatalmente todos los pueblos.

Es precisamente contra esta Filosofía de la Historia degradada, propia del marxismo vulgar argentino, que Peña lleva a cabo su crítica histórica. Esta estrategia ya se hace visible en el esfuerzo del autor de **Antes de Mayo** por cuestionar la asimilación de los movimientos de la independencia al modelo de las revoluciones burguesas. El esquema marxista vulgar afirmaba -por ejemplo- que aquellos, siguiendo el proyecto de esas revoluciones, habían puesto "los cimientos de la soberanía popular". "Pero —advertía Peña— la única soberanía que trajo la Independencia fue la de las oligarquías locales sin el estorbo de la Corona española. En cuanto a la soberanía popular en el sentido democrático-burgués de un gobierno elegido por el pueblo,

pasaría por lo menos un siglo antes de que tuviera un mínimo de aplicación. [...] los revolucionarios no eran ni siquiera republicanos convencidos y fueron las circunstancias más que sus deseos lo que les impidió coronar alguna cabeza hueca en disponibilidad" (**Antes de Mayo**, 85). Puiggrós había afirmado que la independencia "se inspiró en las ideas, los intereses y las perspectivas de desarrollo de la burguesía". Peña se preguntaba: "¿de qué burguesía? De la inglesa, no hay lugar a dudas. De la burguesía comercial de las regiones portuarias de América, también. Pero también en interés de los terratenientes, mineros y demás productores para el mercado mundial, y también en interés de las oligarquías quietistas y aristocratizantes como las del norte y noroeste de la Argentina, Alto Perú, etc. Si todos estos intereses se contagiaron del humor de la burguesía revolucionaria europea, el contagio quedó puramente en cuestión de humor, o a lo sumo se agregó la adopción de alguna táctica política...".

El problema central de ese esquema histórico consistía, para Peña, en que necesitaba embellecer las oligarquías criollas convirtiéndolas en burguesías a la europea. "La revolución burguesa -como toda revolución social- significa la expropiación de antiguas clases dominantes, la modificación de las relaciones de propiedad, el ascenso de nuevas clases al poder. Nadie en América Latina tenía interés en introducir esos cambios, y menos que nadie la burguesía comercial, y por supuesto nada de esto significó la independencia. La revolución democráticoburguesa no puede darse sin la presencia de una clase burguesa con intereses nacionales, es decir, basada en la existencia de un mercado interno nacional -no puramente local-, una clase que tenga urgencia por aplicar sus capitales a la industria. Pero tal clase no existía en América Latina en los tiempos de la independencia. Hay burguesía, pero es casi exclusivamente comercial e intermediaria en el comercio extranjero, o sea, eminentemente portuaria y antinacional. Y los productores para el mercado interno son artesanos u oligarquías interiores para quienes el desarrollo capitalista es una amenaza mortal, no una esperanza, y menos un programa revolucionario a apoyar. En cuanto a la clase productora más importante de la colonia -estancieros en la Argentina, y en general, en toda América Latina, productores para el mercado mundial-, son, a no dudarlo, capitalistas, pero de un capitalismo colonial que, como el capitalismo esclavista, es enemigo del desarrollo industrial y -aunque por razones diametralmente opuestas- tan enemigo de la revolución democráticoburguesa como el más feudal noble de la Edad Media. Una revolución democráticoburguesa hecha por latifundistas y comerciantes enemigos de toda industria nacional, es un absurdo tan redondo como un triángulo de cuatro ángulos. En semejante disparate viene a parar la historiografía supuestamente marxista que en vez de aplicar el criterio del **Manifiesto Comunista** -es decir, los intereses de clase como fuerzas motrices de la historia- al estudio de la sociedad colonial, *pretende encajar ésta en los marcos de una interpretación del desarrollo democráticoburgués en Inglaterra y Francia que sólo tiene con el nuestro analogías de superficie y profundas diferencias de fondo*" (**Antes de Mayo**, 86-87).

Estos errores eran justificables en Mariátegui, "producto de un intento de pionero, honesto, pero rudimentario, de interpretar la historia latinoamericana con criterio marxista", pero inadmisibles ya en figuras posteriores, como Puiggrós. El autor de **Los caudillos de la revolución de Mayo** entendía que la revolución de Mayo era democráticoburguesa "porque se inspiró en los intereses del desarrollo de la burguesía". Esto es, para Peña, "un espejismo que tiene su fundamento en la creencia de que el capitalismo es forzosamente democrático e industrial. La burguesía es revolucionaria sólo cuando puede aportar un nuevo régimen de producción. Pero, ¿qué novedad podían aportar en este sentido las burguesías latinoamericanas en general y la burguesía porteña en particular? Su interés más claro era el comercio libre con todo el mundo y es especial con Inglaterra, lo que significaba ahogar cualquier desarrollo autónomo industrial, que es la esencia de la revolución democráticoburguesa (la falta de

comercio libre, por su parte, no permitía tampoco el desarrollo autónomo sino el *estancamiento autónomo*" (Ibid., 87-88).

Marx, ciertamente, había señalado que la burguesía "arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras", obligándolas, "si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, es decir, a hacerse burgueses" (45). Sin embargo, en sus textos de madurez, tomaba clara distancia de una concepción filosófica del desarrollo progresivo y lineal del capitalismo, en favor de un enfoque histórico que diese cuenta de la historia como un proceso desigual, con tiempos y ritmos distintos. Era el marxismo vulgar, codificado por el stalinismo en la teoría de las cinco etapas, el que había retrogradado la concepción materialista de la historia al plano de una Filosofía de la Historia. El materialismo histórico debía romper con cualquier esquema *a priori* y atender a la dinámica de las fuerzas sociales reales en tanto fuerzas motrices de la historia. Es indudable que la burguesía se expande mundialmente, creando un mundo a su imagen y semejanza, pero no de un modo lineal, a partir del surgimiento de burguesías revolucionarias en cada rincón del mundo que imitan a las primeras burguesías europeas, sino a través de un proceso desigual y complejo. "Las burguesías que primero lograron estructurar enteramente a su semejanza dos poderosas naciones - Inglaterra y Francia- trazaron con métodos propios un camino en la historia universal que todos los países habrían de recorrer, pero con ritmos muy distintos e impulsados por fuerzas distintas combinadas en distinta forma. Sobre las vías del progreso hacia la producción de mercancías en escala creciente pasaron las burguesías francesa e inglesa remolcando a sus respectivas naciones como potentes locomotoras. Muy atrás pasan vehículos de diferente tipo tirados por tracciones muy distintas a la locomotora, y a veces arrastrados por vehículos mayores, carentes ellos mismos de autonomía. Sería un error fatal confundir un carrito mal tirado por una mula o un acoplado arrastrado por un tren con la poderosa locomotora del comienzo por el hecho de que todos vayan por la misma vía. Cuando se pasa de la *ley de tendencia general al estudio de los casos particulares*, hay que poner cuidado especialísimo en no tomar el esquema por realidad y obtener gato en vez de liebre" (**Antes de Mayo**, 88, subrayado de MP).

No se trata, pues, de la positividad de la razón histórica; Peña piensa a la historia argentina desde la negatividad de la razón trágica. La visión antinómica vuelve a hacer su aparición: de un lado, la alianza de terratenientes y burguesía comercial, vinculados estructuralmente al comercio mundial; de otro, productores artesanales de interior. Los primeros son partidarios de un capitalismo colonial; los segundos de una modalidad productiva precapitalista. El comercio libre de aquellos significaba ahogar cualquier desarrollo industrial autónomo; el localismo de éstos tampoco permitía el desarrollo autónomo, sino el estancamiento autónomo. No hay, triunfe quien triunfe, y sea cual fuere el sector social que hegemonice el nuevo Estado, ni en el bando español, ni en el criollo, ni en los hacendados, comerciantes o artesanos, bases sociales para una transformación de tipo democrático-burgués.

Es una visión desencantada de la historia argentina, ajena a la épica de la historiografía tradicional que encontraba en las luchas entre españoles y criollos, monopolistas y librecambistas, revolucionarios y realistas, el modelo de una historia didáctica, moralizante y ejemplificadora. En la visión de Peña no caben los modelos a seguir, no hay una opción más "progresista" que otra, no hay un linaje revolucionario a retomar. Busca una explicación estructural de los procesos históricos. No participa de la querrela historiográfica sobre si Liniers o Alzaga, si Saavedra o Moreno: en su discurso escasean los nombres propios. Los hombres de Mayo no serán elevados al panteón de los próceres, como hicieron los liberales, ni denigrados al lugar de meros agentes extranjeros, como hicieron los revisionistas. Buscan ser entendidos, ni más ni menos, que en función de los límites históricos de las clases en que se

apoyaban. Acaso no le faltó razón, pues, al Dr. Olegario Becerra, profesor de la Pontificia Universidad Católica Argentina, cuando denunció, en los años de la última dictadura militar, la obra de Peña en términos de "parricidio historiográfico"(46).

El mito de la balcanización de América Latina

Mientras la historiografía liberal, seguida por socialistas y comunistas, había colocado a Mayo como mito fundacional de la Argentina, la historiografía revisionista tendió a considerar negativamente a los sucesos de 1810, en tanto acontecimientos arbitrarios o "prematurados" que terminaron propiciando la disgregación de la América Latina en una veintena de repúblicas inermes ante el poder de los nuevos imperios. Algunos de los revisionistas (los "hispanocatólicos", como ironizará Peña: Irazusta, Palacio) tenderán a idealizar el pasado colonial frente a un presunto movimiento independentista que sólo habría traído desorden, fragmentación y mayor dependencia.

Aunque Peña buscará ajustar cuentas también con los revisionismos, prestará menos atención a la vertiente más conservadora y aristocratizante de Irazusta, para centrarse en la vertiente populista del revisionismo, dados su mayor impacto popular y su penetración en la cultura de la izquierda. A ella se asimilará por entonces Jorge Abelardo Ramos, quien, proveniente del trotskismo de los años 30, intentará desde mediados de los 40 integrar las tradiciones culturales del marxismo y el "nacionalismo popular". Producto de este encuentro será su exitosa *opera prima*, **América Latina, un país**, editado en 1949, libro que aún para sus compañeros en la aventura de la izquierda nacional poseía un "sesgo nacionalista... demasiado acentuado" (47). Ramos entendía que la quiebra del imperio español había dejado las regiones coloniales libradas a las fuerzas centrífugas del inmenso territorio. A fin de cuentas, la independencia había servido "para desarticular en veinte repúblicas impotentes la gran nación latinoamericana" (Ibid., p. 9). El imperialismo europeo, y sobre todo Gran Bretaña, habrían intervenido para balcanizar las partes constituyentes de una nación unida por la lengua, la cultura, la geografía y las costumbres. De modo que en estas tierras "la historia y la economía sugerían" la unificación del continente en una sola nación (p. 49), y así lo habrían entendido los libertadores, en especial San Martín y Bolívar. Años después, Ramos estableció una genealogía de defensores de la unidad latinoamericana que haría fortuna, la que partiendo de Bolívar y San Martín, proseguiría con Roca, los socialistas disidentes (Alfredo Palacios y Manuel Ugarte), el irigoyenismo, los forjistas, el peronismo y, finalmente, la izquierda nacional. Ellos eran los hitos de la constitución de la "patria grande". La otra línea, la del unitarismo, el liberalismo y la "izquierda oligárquica", era la de la "patria chica", la de una Argentina que le daba la espalda a Latinoamérica.

Peña impugnará esta genealogía desde sus cimientos: en América Latina no tuvo lugar un proceso de "balcanización", de "desarticulación", pues jamás hubo una unidad nacional preexistente. "Imposible es, desde luego, desarticular lo que nunca estuvo articulado" (**El paraíso terrateniente**, 7). Los territorios coloniales sólo tenían en común ser colonias de la misma monarquía y poseer un idioma y una religión comunes. "Pero no existía unidad económica -base sustancial de la nación, sin la cual el idioma y otros elementos subjetivos son impotentes y ni siquiera unidad administrativa" (p. 7).

No ya Latinoamérica, sino aún el virreynato del Río de la Plata, a pesar de poseer sólidos elementos de estructura económica para fundar una nación, sucumbió a sus fuerzas centrífugas. El mismo había sido fundado, en el marco de las reformas borbónicas, atendiendo más a razones estratégicas (defensa de los intereses monopolistas españoles frente al bloque comercial

angloportugués establecido en Colonia del Sacramento) que a una visión de alta política nacional tendiente a aglutinar los intereses de la región, "como pretenden los hispanocatólicos, estilo Julio Irasuzta". Apoyándose en las agudas observaciones de Juan Alvarez y, nuevamente, de Alberdi, Peña entiende que el resultado de las reformas borbónicas, lejos de ayudar a sentar las bases de la nación, contribuyó a su posterior frustración. Ellas invirtieron las relaciones de fuerza entre Buenos Aires y el interior: hasta entonces, Buenos Aires era una ciudad de escasa población, limitada a una riqueza puramente comercial, y su hinterland estaba constituido por estancias rurales "sin más labor que recoger en bruto la producción natural de los ganados y, cuando más, secarla al aire y al sol"; relativamente, el interior constituía la parte más poblada y más productiva del futuro país. La implantación del virreinato iba a significar, no obstante, el predominio de los intereses comerciales portuarios de Buenos Aires sobre todos los restantes intereses del territorio virreinal, sentando las bases para el violento antagonismo entre Buenos Aires y el interior.

No es cierto, pues, que "la historia y la economía sugerían", como quiere Ramos, la unificación del continente latinoamericano. Antes bien, tanto la historia como la economía latinoamericana no empujaban sino hacia la dispersión. En América del Norte se dio otra configuración de intereses que permitió la unidad: la existencia de un mercado interno común a los intereses capitalistas permitió soldarlos mediante una sólida unión política. "De este modo la independencia norteamericana fue también el vuelco de la dispersión hacia la unidad federativa, en un poderoso estado, de las antiguas colonias inglesas. El capitalismo yanqui dispuso así de todo un continente sin fronteras internas ni aduanas locales, una idílica y lisa cancha para que los campeones del capitalismo industrial usufructuaran el rico mercado interno en continuo crecimiento" (Ibid., 15).

En las colonias españolas sucedió lo contrario: los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno sino hacia el mercado mundial. Las clases con intereses en el mercado interno eran pequeños productores atrasados, destinados a desaparecer ante la competencia de las industrias europeas. España mantenía a estas regiones unidas burocráticamente, sin que un entrelazamiento de intereses económicos fundara la unidad. La independencia disgregó las partes débilmente unidas por lazos burocráticos y realmente desunidas por intereses contradictorios o indiferentes, abriendo las puertas a un proceso centrífugo que terminó en los actuales veinte estados desunidos de América Latina. Se pasó, pues, de la unidad ficticia a la desunión real.

Los revisionistas tendieron a idealizar el mundo colonial. Los liberales habían mitificado la independencia. Pero todos acordaban en el corte radical de 1810. Peña subraya la relativa continuidad dentro del cambio. No se trata de que la independencia frustró el desarrollo o la unidad de la colonia: ésta no poseía verdadera unidad ni fomentaba desarrollo alguno. Pero la independencia tampoco significaba la fundación inmediata de la nación ni el desarrollo autosostenido. "Lo que la independencia logró fue favorecer el desarrollo de América Latina en la única forma en que su sociedad podía evolucionar con los elementos que contenía: como apéndice económico de Europa, abastecedor y consumidor de la industria inglesa. De la dependencia política de España se pasó a la dependencia económica de Inglaterra. Se dejó de ser colonia para transformarse en semicolonias económicas. Eso es todo, y no cabe lamentarse de ello más que de haber contado con campos y vacas como los del Plata y no con las piedras y bosques de Massachussets" (Ibid., 16).

La tesis del aislamiento regional como base de la frustración nacional tenía hondas raíces en el pensamiento latinoamericano y argentino. Es uno de los temas que, por ejemplo, se reiteran obsesivamente a lo largo de los **Escritos póstumos** de Alberdi. Peña buscará rescatar en ese pensamiento el lúcido realismo de un Alberdi, un Sarmiento o un Bolívar, antes

que idealizarlos como los ilusorios exponentes de una unidad latinoamericana nunca realizada. Contra los mitos de la izquierda nacional, Peña recordará el realismo de Moreno ("Es una quimera pretender que todas las Américas españolas formen un solo Estado") o el de Monteagudo, cuya propuesta de una federación de Estados hispanoamericanos atendía sobre todo a los fines de la defensa común entre distintas naciones. Tampoco Bolívar habría intentado, como lo pretende Ramos, unificar el continente en el Congreso de Panamá. Ya Alberdi había señalado que el objetivo de Bolívar, mucho más restringido, era concertar acuerdos entre los distintos Estados soberanos recién emancipados de España, para hacer frente común a una posible invasión europea. La única potencia interesada en el proyecto era Estados Unidos y, desde luego, Inglaterra había salido inmediatamente al paso de este intento: **(El paraíso terrateniente, 10-12)**.

Peña concluirá paradójicamente -y siguiendo una vez más el juicio histórico de Alberdi- que los intentos más serios realizados para obtener la unidad, no de todo el continente, pero sí de regiones que luego cristalizaron como países distintos, se vincularon a los proyectos monárquicos. Mitre necesitó desconocer la orientación monárquica de los hombres de Mayo, y en los casos de Belgrano, San Martín y Bolívar, más difíciles de desconocer, atribuyó sus ideas monárquicas a los efectos de un "candoroso ofuscamiento". Autores como Ramos, en cambio, llegarán a la conclusión de que los libertadores eran antidemocráticos. Para Peña, el juicio histórico debe ser otro: "En realidad, es absurdo condenar los proyectos monárquicos de un San Martín o un Bolívar a la luz de la abstracta razón democrática universal. Como decía Alberdi, preguntar cuál es mejor en abstracto, la monarquía o la república, es una puerilidad de escuela (**Póstumos, IV, 90**). La monarquía fue desde luego reaccionaria cuando la burguesía maduró lo suficiente y tuvo fuerzas como para guiar a la nación a la conquista de la república democrática. Pero en una etapa anterior del desarrollo histórico la monarquía absoluta fue un importante paso hacia adelante en la constitución de la nación moderna, superando el aislamiento medieval de feudos y ciudades. Y América Latina al salir de la colonia se hallaba precisamente en este estado de disgregación. De haber prosperado los proyectos monarquistas -cualesquiera fuese la intensidad del no disimulado desprecio que sus propugnadores sentían por las masas populares- se hubiera logrado formar en América Latina varios estados poderosos, mucho más naciones que las veinte republiquetas actuales, dentro de cuyas fronteras la lucha por las conquistas democráticas se hubiera dado en un plano infinitamente más favorable a las masas" (*Ibid.*, 13).

En ese sentido buscó impulsar San Martín la unidad argentino-chilena, aunque para lograrla hubiese que coronar un príncipe extranjero. Lo cierto es que la unificación monárquica fracasó, porque las fuerzas centrífugas contrarias a toda centralización eran demasiado poderosas, y además esto favorecía a la metrópoli británica. Sin embargo, el centro de la cuestión latinoamericana no es para Peña el de haber pasado de una dominación colonial (española) a una dominación semicolonial (inglesa): "la subordinación al capitalismo europeo en aquella época del desarrollo capitalista mundial no era lo peor que podía ocurrirle a países agropecuarios. Marx consideraba progresiva esa subordinación. Estados Unidos también pasó a ser, después de su independencia política, una colonia económica de Inglaterra. Lo *trágico* en Sudamérica era que los elementos del desarrollo capitalista basados en el mercado interno, es decir, en el desarrollo interior de la nación, eran nulos, ya que todos los intereses capitalistas se orientaban hacia la exportación y eran esencialmente portuarios.[...] sólo tenían interés en el mercado interno las industrias familiares del interior, tremendamente atrasadas, sin ninguna perspectiva de desarrollo, ya que para realizar una acumulación capitalista necesitaban un siglo, mientras los productores agropecuarios del litoral multiplicaban anualmente sus capitales -a condición de tolerar el libre cambio que arruinaba a las industrias del interior" (*Ibid.*, 17-18).

La dependencia y el status semicolonial no eran, por sí mismas, causas suficientes para la frustrada nación argentina. También los Estados Unidos, Canadá o Australia fueron dependientes y semicoloniales. La constitución de la Argentina agroexportadora, con el predominio de Buenos Aires y el Litoral sobre el interior, fue el resultado de un proceso sobredeterminado, donde jugó su peso la constitución de la división internacional del trabajo, pero donde el peso decisivo lo tuvo la trágica conjunción de intereses al interior del país. A diferencia de la lectura revisionista, que dará centralidad explicativa a los factores exógenos (la relación dependiente del Río de la Plata con Gran Bretaña), prolongada luego por Jorge Abelardo Ramos y por todo el pensamiento dependentista de los años 50 y 60, Peña insistirá en los factores endógenos, relativos a la propia sociedad local. La clave estaba en que "No existían clases capaces de realizar esta tarea, y ahí estuvo la tragedia, en el sentido hegeliano del término. El interior, con su retrasada industria artesanal, era la nación estancada, la nación sin progreso moderno, sin acumulación de capital. Buenos Aires era la acumulación capitalista, el progreso, pero a espaldas e incluso contra la nación. Unos intereses tendían hacia la nación sin progreso, otros hacia el progreso sin nación. Hacia cualquier lado que se inclinara la balanza, el resultado iba a ser supeditar el país a la gran potencia capitalista de entonces. Los productores y comerciantes del Litoral podían negociar los términos de la supeditación. El interior sólo podía aislarse durante corto tiempo tras una muralla aduanera que los cañones ingleses se hubieran encargado de aventar. *En cualquiera de las dos direcciones se desembocaba en el mismísimo final*" (**El paraíso terrateniente**, 18-19).

Buscando ajustarse al método del materialismo histórico, Peña buscó vincular "los problemas constitucionales y de la organización estatal" al "conflicto de los intereses económicos opuestos de clases y regiones" (Ibid., 21). Si la historiografía liberal fundó su juicio histórico sobre procesos y sujetos en la realización del Estado Republicano, y la historiografía revisionista en la realización de la Nación, Peña buscó entender el proceso de constitución del Estado y de la Nación en clave materialista, esto es, en relación a los procesos sociales de constitución de un mercado interno y de una clase dominante a nivel nacional. Los caminos tomados por la historiografía en los últimos veinte años, sin reconocer siempre sus deudas con el materialismo histórico, se han dirigido en el mismo sentido. Años después, recogiendo la inspiración de Peña, su método sería retomado —sobre la base de nuevas fuentes históricas y de un marco teórico enriquecido por conceptos de cuño gramsciano— por Waldo Ansaldi a propósito de la constitución de una oligarquía dominante a nivel nacional (48). En el mismo sentido, el estudio de Oscar Oszlak sobre **La formación del Estado argentino** también apuntará a dar cuenta de la doble dimensión (tanto material como simbólica) de la nación y del Estado, y buscará explicar la fragilidad y el fracaso de las instituciones políticas posrevolucionarias, así como el largo proceso de constitución de un Estado nacional, en las tendencias hacia la autonomización regional que se desatan después de 1810 (49).

Unitarios y federales, o el trágico desencuentro de la nación argentina

La historiografía liberal argentina coronará la victoria del partido unitario sobre el federal dando cuenta del conflicto entre ambos en términos de la oposición Civilización o Barbarie. Dicha perspectiva, lanzada por Sarmiento todavía en el fragor de la lucha (1845), hacía de los unitarios y sus herederos -la encarnación de la *Civilización*, con asiento en la *ciudad*- los promotores del *orden* y la *unidad nacional*, mientras los caudillos federales y sus montoneras -encarnación de la *Barbarie*, con asiento en la *campaña*- aparecían como los responsables de la *disgregación* y la *anarquía*. Semejante visión presentaba a la historia

argentina como el resultado de la oposición excluyente e irreductible entre dos mundos, cerrados el uno frente al otro. El dilema Civilización/Barbarie designaba la incompatibilidad entre dos principios, dos mundos, dos formas de vida, dos concepciones, dos estilos irreductibles el uno al otro que, por definición, derivan en la exclusión de uno de los polos (50). De esta oposición originaria, se desprendían otras: la *cultura* frente a la *naturaleza*, la *Civilización* encarnada por *Europa* y la *Barbarie*, representada por la *naturaleza americana*; la *ciudad* versus el *campo*; los hombres del *orden* y del *progreso* frente a aquellos no totalmente humanos ni enteramente naturales: el indio, el gaucho, el *caudillo*... El caudillo constituía una de las mayores encarnaciones de la barbarie americana. El "héroe", el "Mahoma", el "Tamerlán" se corporizarán para Sarmiento en la figura de Facundo Quiroga, aunque encontrará una personificación sistemática y perfecta en Juan Manuel de Rosas (Ibid., 47 y ss.).

Este juego de oposiciones será retomado y extremado por la historiografía liberal. Como señaló J.L. Romero, la versión oficial de la historia nacional -Mitre y López- "establecía que la nación había nacido como obra de las clases ilustradas y liberales, que habían impuesto legítimamente a una población de escaso desarrollo un sistema de formas institucionales propias de las naciones civilizadas de la época". La aparición de grupos sociales ajenos al "proceso civilizador", no constituían sino "una desviación morbosa del recto camino que, teóricamente, correspondía a la historia argentina. El desarrollo del regionalismo y del federalismo, la disgregación del Estado nacional, la irrupción y supremacía de las masas populares que obedecían ciegamente a sus caudillos y servían a sus intereses con prescindencia de los suyos propios, todo el profundo y vasto fenómeno social, en fin, que llenaba la historia argentina desde antes de 1820 hasta la caída de Rosas en Caseros, parecía como ajena al destino argentino..."(51).

Los primeros cuestionamientos a esta versión de los caudillos federales como meros obstáculos a la civilización provinieron de sectores de la misma generación del 80, así como de sectores ligados al radicalismo emergente. Figuras como José María Ramos Mejía, Adolfo Saldías, Juan Alvarez o David Peña, y luego la llamada Nueva Escuela Histórica (Emilio Ravignani, Diego L. Molinari), sin romper con el credo liberal, adoptaron otro distanciamiento historiográfico, y con un nuevo acopio documental buscaron ofrecer explicaciones más racionales de las guerras civiles argentinas. De todos modos, habrá que esperar el surgimiento del llamado "revisiónismo histórico" a partir de los años 30, para encontrar una impugnación global de la historiografía liberal. Esta impugnación, no obstante, no buscó cuestionar la misma matriz teórica con que la escuela liberal pensó las luchas civiles argentinas, sino, aceptando el tema de la división originaria de las dos Argentinas, buscó resignificar positivamente el polo de la Barbarie, identificándolo con la Nación (Svampa, 186-189). Aunque la primera generación de revisionistas, de impronta nacional-elitista, abrió el camino con la rehabilitación de la figura de Rosas, es recién con la segunda generación que se fortalece una imagen positiva de los caudillos del interior y sus montoneras como los exponentes de un ideal nacional-popular frustrado (Arturo Jauretche, José María Rosa, Jorge Abelardo Ramos, el último Puiggrós, Eduardo Astesano, y finalmente Eduardo Duhalde y Rodolfo Ortega Peña). "Los revisionistas encarnan así el otro costado de la historia, el costado de la 'barbarie' valorizada positivamente, primero a través de la reivindicación de sus líderes, poco después, de sus masas seguidoras" (*Op.cit.*, 186).

La configuración de la sociedad populista, a partir de la crisis y recomposición de los '30, significará, pues, la progresiva construcción simbólica de un antagonista a la Civilización, bajo la figura del Pueblo-Nación, en una línea que atravesará a las montoneras, las masas criollas, la chusma radical y, finalmente, los descamisados peronistas. Esta estrategia

discursiva implicará, a la par que un registro historiográfico, un registro político abiertamente defendido por la corriente revisionista.

Casi todos estos motivos nacional-populistas aparecen en la obra del último Puiggrós, aunque inextricablemente unidos a los no pocos que sobreviven de la matriz liberal-stalinista de sus primeros escritos. Sucede que luego de su expulsión del PCA en 1946, Puiggrós reescribe y reedita permanentemente sus libros historiográficos de los primeros 40, en los que, a pesar de las modificaciones sustanciales en su juicio histórico sobre los caudillos y las montoneras, la matriz liberal de la línea de Mayo-Caseros (Moreno, Rivadavia, la generación del 37, el Urquiza de Caseros, etc.) permanece intacta en lo sustancial durante muchos años. Es que su distanciamiento con respecto a la matriz liberal es un proceso progresivo y nunca consumado definitivamente, de modo que el Puiggrós de fines de los 40, de los 50 y 60 que lee Peña, es un Puiggrós en permanente tránsito ideológico. Las reediciones de sus primeros libros, sometidos a actualizaciones y reescrituras, serán testimonio de esta singular simbiosis. Peña lo hará blanco de sus críticas en un doble sentido: por la impronta que sobrevive de la historiografía mitrista (en su evaluación de Rivadavia, por ejemplo) y por el ingenuo populismo que lo lleva a idealizar el "programa popular" de la montonera.

En el prólogo a la segunda edición (1953) de **Rosas el pequeño**, cuya primera versión había salido a la luz diez años antes, Puiggrós reafirma algunos de los juicios del Prólogo de 1943, "pero no puede dejar de rectificar otros, desmentidos por hechos posteriores y frutos de una interpretación parcial o esquemática de la realidad social argentina" cuando se encontraba "bajo la influencia de los falsificadores del marxismo, encaramados en la dirección del Partido Comunista de nuestro país". A pesar del impacto que significó para Puiggrós la irrupción del peronismo, de lo que da acabada cuenta este texto, y de las reformulaciones que comenzó a llevar a cabo en su versión de la historia nacional, es significativa la persistencia de la valoración negativa de la figura de Rosas, y su crítica a los revisionistas por su creencia de que en el capitalismo rural y mercantil del período rosista pudieran encontrarse "los orígenes de un desarrollo autónomo del capitalismo argentino, prescindiendo del mercado mundial, de la existencia del imperialismo y del progreso alcanzado por las naciones más adelantadas de la época" (52).

Años después, el giro populista se hace más intenso. Con motivo de la advertencia a la segunda edición (1971) de **Los caudillos de la Revolución de Mayo**, justifica la reescritura del libro, dado que desde la primera edición en 1942, "ha avanzado el esclarecimiento del contenido social de las montoneras y de su relación con los caudillos, así como del carácter antinacional de la política practicada por la política mercantil que se entronizó en el puerto de Buenos Aires". No obstante, al mantener los mismos títulos y hasta la estructura de sus viejos libros, Puiggrós buscó defender retrospectivamente una tradición populista que ya se hallaría en germen en sus libros de los 40, a pesar de su permanencia hasta 1946 en las filas del PCA. Es así que insiste en que la nueva edición tan sólo "amplía y actualiza... la tesis general expuesta en 1942", en un libro que había significado para el autor "la ruptura con el pensamiento historiográfico liberal de una izquierda [la del PCA], que al mirar el pasado se ubicaba en la línea del despotismo 'democrático' y repudiaba a las montoneras..." (53).

Apelando al método de la inversión propio de la corriente revisionista, Puiggrós sostendrá en la reedición de 1971 que "La historia liberal *invierte* el proceso formativo de la Nación Argentina. Con intención semántica hace de los unitarios y sus herederos, los promotores de la unidad nacional, y de los caudillos y las montoneras, los responsables de la disgregación y la anarquía. Una historia con prospectiva, la historia que no se limita a registrar el pasado, sino que lo recoge como proyección hacia el futuro, ve en los unitarios una unidad

formal, externa, modelada idealmente de espaldas al país y sólo posible mediante la argamasa de la colonización capitalista; y descubre que, en la oposición de los caudillos y las montoneras a esa unidad que les era ajena, germinaba la unidad auténtica, la del pueblo en busca de su conciencia nacional, la de los de abajo identificados en las primeras y espontáneas explosiones de la lucha por una sociedad sin explotados ni oprimidos" (*Op. cit.*, p. 153-4).

La historia liberal operaba una inversión, y el revisionismo buscaba poner la historia nacional sobre sus pies. Escondía que el autonomismo federal fue tan sólo una respuesta defensiva frente a la "civilización" introducida desde Buenos Aires: fue la hegemonía económica y política que buscaron imponer los unitarios la desencadenante de la anarquía. Además, las provincias, en la crisis del año 1820, "no se declararon autónomas para aislarse unas de otras, sino para organizar la nación sobre bases federales". El federalismo no era anarquía, sino un modo alternativo, con bases populares, de organización de la nación. El conflicto no consiste, pues, en la oposición entre Civilización y Barbarie en términos de dos sociedades incomunicadas entre sí, sino en un conflicto social que involucraba dos modos alternativos de organizar la nación: el de las masas plebeyas, por una parte, y el de "la minoría europeizante que proyectaba un progresismo nacional conforme al modelo clásico de la democracia burguesa. Los mitrosocialistas y mitrocomunistas actuales se adhieren a la primera tesis, la maniquea, y la traducen en la inconciliabilidad de dos regímenes histórico-sociales sucesivos: el capitalista o 'civilizado' y el feudal o 'bárbaro'. Al desconocer la existencia del antagonismo dentro de la sociedad argentina y suprimir idealmente uno de los polos de ella -el que expresa a las masas populares como son y no como ellos quisieran que fueran- dejan de percibir la realidad del país y se llevan sorpresas de la magnitud del yrigoyenismo y del peronismo, que no entraban en sus cálculos positivistas y que destruyen sus arbitrarios esquemas" (*Ibid.*, pp. 383-84).

Jorge Abelardo Ramos, que ya había llevado a cabo la revalorización de los caudillos en **América Latina, un país** (1949), tiene la oportunidad de desarrollarla luego en su tantas veces reeditado **Revolución y contrarrevolución en la Argentina** (1957). Para Ramos los "héroes de las masas y las lanzas han sido lapidados por la oligarquía triunfante. Gauchos, caudillos y montoneros fueron degradados a la condición de ladrones de ganado, de meros delincuentes armados, indignos de análisis. Las arengas ecuestres de los próceres adictos bastaron para narrar una historia confusa y heroica, simplificada hasta el hastío con fórmulas en las que todo el mundo ha dejado de creer: barbarie o civilización, mayo y caseros, organización nacional o anarquía, libertad o despotismo" (54). En verdad, Ramos también participa del recurso de la *inversión*, adjudicándole valor negativo al partido unitario, corporizado en Buenos Aires, "plataforma directa de los intereses antinacionales" y auténtica promotora de la anarquía, y valor positivo a la montonera, que no era otra cosa que "el pueblo en armas", y a sus caudillos, "expresión política de las masas de la campaña". Habrían sido los intereses ganaderos y comerciales de Buenos Aires, rivalizando pero buscando la alianza con los ganaderos del litoral, y aliados al capital inglés, los que habrían ahogado las posibilidades de desarrollo autónomo que albergaban las industrias del interior, y junto con éste, el proyecto federal de nacionalidad. "Las provincias mediterráneas [...] no tenían productos exportables. Combinaban una próspera manufactura con la economía natural. [...] las artesanías e industrias domésticas constituían ya durante la época colonial el fundamento económico de las provincias interiores: olivares y minerales de La Rioja, los vinos de Cuyo, la elaboración del cuero en Corrientes, los tejidos cordobeses, las sedas y tejidos de Salta, etc., requerían una legislación protectora, capaz de amparar y propulsar el desarrollo de la producción artesanal incorporándole todos los adelantos técnicos" (*Ibid.*, pp.39-58).

La originalidad del planteamiento historiográfico de Peña consiste en que logra desplazarse del debate circular entre la perspectiva liberal y la revisionista, de la cuestión de la valoración de los polos de la antinomia entre Barbarie y Civilización. La ruptura con la versión idealista de la historia que hace de ésta el resultado de la lucha entre estos dos principios, era la condición preliminar para fundar una concepción materialista de la historia argentina, entendida a partir del conflicto material y simbólico entre las fuerzas sociales reales. Es cierto que el esfuerzo fundacional de Peña tenía muchos antecedentes en los que apoyarse. Primero, la obra de los liberales críticos de la versión oficial (Alvarez, Saldías, David Peña, y fundamentalmente Alberdi). En segundo lugar, Peña supo sacar provecho de investigaciones provenientes del campo profesional local (la obra de Emilio Coni en los 20 y 30, las más recientes de Horacio Giberti), así como de los historiadores no profesionales, autodidactas, como las del socialista Jacinto Oddone y las obras histórico-literarias de su amigo, el anarcotrotskyista Luis Franco. Finalmente, de la obra de investigadores ingleses y americanos (Miron Burgin, S. G. Hanson, Ralph W. Hidy, Leland Jenks, C. K. Webster) así como de fuentes británicas (libros de viajeros, investigaciones sobre flujos internacionales de capital, etc.), no siempre de fácil acceso en nuestro medio.

Como se dejó señalado en el párrafo anterior, Peña buscará dar cuenta del enfrentamiento entre unitarios y federales partiendo de una doble dimensión de conflicto: el social, que se libra entre las distintas clases y sectores de clase, y el regional, que se libra entre Buenos Aires, el Litoral y el Interior. El conflicto social se libraba entre las distintas clases que aspiraban a la dominación: por una parte, la burguesía comercial porteña (con sus aliados, los comerciantes del interior); por otra, la burguesía ganadera (radicada principalmente en Buenos Aires y el Litoral); y finalmente, las oligarquías del interior, fundadas en formas precapitalistas de explotación.

Enfocado el problema desde la dimensión del conflicto regional, Peña distingue tres áreas: la ciudad de Buenos Aires, que disfrutaba del monopolio aduanero y portuario, donde confluían los intereses ganaderos y comerciales: hay una "*rivalidad colaborante* entre estancieros y burguesía comercial"; el Litoral fluvial, donde se concentraban los intereses de los ganaderos exportadores de la región, partidarios junto con Buenos Aires de una política librecambista con miras al mercado mundial, pero enfrentados con ella ante el problema decisivo del monopolio portuario; y finalmente, el Interior, carente de productos exportables, pero poseedor de una rudimentaria industria abastecedora del mercado interno, para el cual la libre introducción de productos extranjeros significaba la ruina. "El entrecruzarse y chocar de estos intereses de clases y regiones, diversamente combinados, proyectó sobre el país la sombra de unitarios, federales montoneros y anarquía [...] Buenos Aires, Litoral, Interior, anarquía, montonera, burguesía comercial, estancieros, capital inglés: todos esos conflictos regionales y de clase tuvieron una expresión final más o menos bien definida en la lucha entre unitarios y federales. Lo menos decisivo de los problemas que escindieron al país en estos dos grandes partidos era la cuestión, que les daba nombre, de la organización constitucional unitaria o federativa. No por casualidad, desde el punto de vista de las relaciones entre las provincias y el poder central, el gobierno federal de Rosas fue el más unitario y centralizado en Buenos Aires que conociera hasta entonces el país. Lo que había en el fondo de aquella lucha eran hondos antagonismos económicos" (**El Paraíso Terrateniente**, 23 y 37).

El partido unitario estaba animado por la burguesía comercial porteña y sus filiales en el interior. Era en la ciudad-puerto, con su monopolio aduanero, desde donde se exportaban los productos agropecuarios y desde donde se abastecía de productos importados al interior del país, arruinando de este modo sus industrias artesanales. "En esta forma gran parte de la República quedaba bajo la hegemonía comercial de su puerto más importante y, a su vez, los

intereses de la ciudad portuaria tendían a abarcar todo el país y a sobrepasar los límites comparativamente estrechos de la provincia de Buenos Aires, cuya capital era. Los comerciantes, los banqueros, todos aquellos cuya prosperidad estaba más o menos ligada al comercio, aprendieron bien pronto a pensar en términos de economía nacional -en el sentido de que abarcaba al país y no sólo a la provincia de Buenos Aires. En ese sentido, los intereses de la burguesía comercial y bancaria porteña chocaban no sólo con los intereses del Interior -cuyas industrias eran arrasadas o explotadas por el comercio porteño- sino también con los intereses de los ganaderos de Buenos Aires, cuyas actividades económicas rara vez traspasaban las fronteras provinciales". De ahí el proyecto unitario de unificar el país bajo la hegemonía librecambista de Buenos Aires. Su programa era claro: "Unificar el país, rápidamente y sin apelación, bajo la hegemonía de Buenos Aires para hacer de toda la nación un sólo mercado donde comprar y vender en beneficio de la burguesía porteña y sus socios ingleses. Pero no sólo comprar y vender sino hacerlo en escala creciente, despertando nuevas necesidades en la población misma, ampliando el mercado y los medios de satisfacerlo, o sea, en síntesis, civilizar el país en el sentido capitalista que interesaba a la burguesía comercial, intermediaria de la industria inglesa y sin sentido industrial propio" (*Ibid.*, 38). El fracaso del proyecto rivadaviano puede entenderse, así, a partir de "la debilidad de la burguesía comercial porteña, clase desvinculada de la producción, intermediaria entre los productores ganaderos y la industria inglesa, que era impotente para realizar sus más caros sueños sin arrojarlos en brazos de Londres" (*Ibid.*, 39).

El partido federal no poseía la homogeneidad social ni la claridad programática del unitario, atravesado por los conflictos de intereses y de proyecto entre el federalismo de las provincias del interior, el federalismo de los estancieros del litoral y el de los estancieros bonaerenses. Las provincias del interior vislumbraban un amplio federalismo, con un grado de fuerte autonomía para cada una de ellas, mientras los estancieros de Buenos Aires querían la federación para que su ciudad pudiera seguir disfrutando de su aduana. El partido en su conjunto constituía, en realidad, "un frente único en el que se reunían diversas tendencias que expresaban distintos intereses sociales y regionales. Y la tendencia de los estancieros bonaerenses en la cuestión decisiva de quién dominaría el país: Buenos Aires o toda la nación, coincidía más con sus enemigos unitarios que con sus aliados federales" (*Ibid.*, 46).

Mientras las historiografías liberal y revisionista tendían a simplificar la problemática, tomando partido por unitarios o federales, Peña propone un cuadro histórico más complejo, donde un abigarrado conjunto de intereses y de alianzas se mueven detrás de los dos grandes partidos. Parte de su crítica se dirigirá a la tradición liberal, y fundamentalmente a quien considera su heredero historiográfico: el primer Puiggrós: "Puesto a traducir en idioma marxista las explicaciones históricas del mitrismo, la historiografía stalinista argentina ha querido ver en la política rivadaviana de la burguesía comercial porteña 'una política más amplia tendiente a transformar orgánicamente el país, a poblar, cultivar e industrializar la República' (Puiggrós)" (55). En verdad, argumenta Peña, la burguesía comercial porteña no podía aspirar a industrializar el país, porque de ello hubiese resultado su liquidación, puesto que su prosperidad dependía de la introducción de mercancías extranjeras. "No era una gran nación capitalista lo que tendía a estructurar esa clase ajena a la producción, sino un gran mercado semicolonial de la industria y -si éste tenía interés- del capital europeo, inglés ante todo" (*Ibid.*, 49).

Sin embargo, también se equivoca Ramos, al afirmar sin cualificaciones que la burguesía comercial porteña "tenía razones vitales para ser una clase antinacional" (56). De hecho -argumenta Peña-, "la burguesía porteña era la única clase del país que aspiraba a una real unificación nacional, sin aduanas interiores y con varios puertos al exterior, porque ella necesitaba un amplio mercado interno para expandir sus negocios. Pero estos negocios no se

basaban en la producción nacional sino en la importación de productos extranjeros. *Nacional* en el sentido de que no era localista y pensaba en términos de todo el país -para explotarlo, ciertamente-, esta clase era antinacional en cuanto no se vinculaba a la producción nacional sino que era un apéndice de la industria extranjera"

Por otra parte, los estancieros bonaerenses, que en los términos de la época, sí constituía una "clase indudablemente nacional por su vinculación a la producción del país", carecían de cualquier proyecto hegemónico a nivel de la nación, concentrando su interés localista en la apropiación de la renta y en el monopolio portuario. El desarrollo del mercado interno, o las políticas de colonización agrícola, no sólo no le interesaban, sino que perturbaban sus negocios. He aquí nuevamente el carácter trágico de las guerras civiles argentinas: "El círculo estaba cerrado y no había dentro del país ninguna fuerza que tendiera a romperlo, aunando el interés en la producción nacional a la creación de un mercado nacional". Todos los caminos terminaban conduciendo al "mismo resultado: el desarrollo del país no había creado las condiciones para un desarrollo capitalista industrial independiente. Todas las fuerzas existentes conducían, por sus intereses concretos, a hacer de la Argentina un gran mercado de la industria inglesa y/o una gran estancia exportadora de carne y cuero" (Ibid., pp. 50-51).

No obstante, quedaba por responder el argumento central que venía esgrimiendo la segunda generación revisionista: ¿no había en el federalismo del interior un proyecto de nación que, de haber triunfado, hubiese roto el círculo de hierro del atraso y la dependencia? ¿No implicaba ese proyecto una política proteccionista que hubiese permitido el desarrollo de las industrias artesanales del interior? ¿No representaban acaso los caudillos del interior, liderando a sus montoneras, un modelo de democracia popular y de república genuinamente federativa sustancialmente distinta al republicanismo liberal impuesto después de Pavón? Peña repudia la imagen liberal que asocia la montonera a la barbarie, pero tomará también distancia de la imagen idealizada de los revisionistas. La montonera, afirmará, conjugaba en su seno al gauchaje del litoral, privado de su tradicional modo de vida por la valorización de la carne que trajo consigo el comercio libre, con los más variados sectores de la población del interior del país, destruidas sus fuentes de subsistencia por la competencia inglesa. Los caudillos eran los representantes de los ganaderos del litoral y de los comerciantes y terratenientes del interior, empobrecidos también ellos por la oligarquía comercial y estancieril porteña. No fueron expresión de las masas populares: se apoyaron en ellas por ser el único elemento que contaban para oponer al ejército de línea porteño. Y aunque a menudo hayan asustado, incluso hostigado a las clases dominantes del Interior, los caudillos pertenecían por origen e intereses a ellas (Peña sacó provecho, para fundamentar su tesis del carácter aristocrático de los caudillos, de las visiones más elitistas del revisionismo —D. Peña, V. Sierra, E. Palacio—, que buscaban distinguirlos del "populacho" e identificarlos con la "gente decente"...).

Pero la tesis de fondo, que confirmaba el carácter trágico de las guerras civiles argentinas, consistía para Peña en que "las montoneras no aportaban consigo un nuevo orden de producción. Se oponían a la oligarquía porteña, pero no podían contraponer ningún régimen de producción distinto a aquel en que se fundaba el poderío de la oligarquía porteña. Las montoneras no eran progresivas en el sentido hegeliano de la palabra, es decir, no significaban el tránsito a otro sistema social". Tampoco ellas podían romper el círculo de hierro. No hay, como se ha querido ver en Peña (57), un fatalismo histórico que conducía inexorablemente al triunfo de Buenos Aires sobre las montoneras. Hay, en todo caso, en su concepción de la historia argentina, *condiciones estructurales* que fijan *límites* a la realización de ciertos proyectos. No hay en Peña "actores sociales" que se enfrentan en un campo político en condiciones de igualdad; desde la perspectiva de su método materialista, los proyectos políticos son remitidos a sujetos sociales, los que a su vez son considerados desde la perspectiva de su capacidad de configurar

algún tipo de orden social, un nuevo orden, superador del presente. No es, entonces, que la Razón Histórica dictase el necesario exterminio de las montoneras; su triunfo político-militar era históricamente plausible. La tragedia consiste en que aún en el caso de que "las montoneras hubieran aplastado a Buenos Aires poniéndose a la cabeza de la Nación, se hubieran visto forzadas a reconstruir lo destruido, porque no podían organizar la sociedad de ningún otro modo" (Ibid., 27).

Mitre fue conciente del carácter minoritario del proyecto unitario y del carácter popular de la montonera; buscó, entonces, descalificarla en términos de "democracia bárbara", oponiéndola a la "democracia civilizada" que representaría Buenos Aires. El Alberdi de los **Póstumos** lo criticó en algunas de sus páginas más agudas: "los caudillos son los representantes más naturales de la democracia de Sud América como ella es: pobre, atrasada, indigente. [...] Mitre, Sarmiento y los de su escuela liberal [...] quieren reemplazar los *caudillos de poncho* por los *caudillos de frac*; la *democracia semibárbara*, que despedaza las constituciones republicanas a latigazos por la *democracia semicivilizada*, que despedaza las constituciones con cañones rayados, y no con la mira de matarlas, sino para reconstruirlas más bonitas; la *democracia de las multitudes de las campañas*, por la *democracia del pueblo notable y decente de las ciudades*; es decir, las mayorías por las minorías populares; la democracia que es democracia, por la democracia que es oligarquía" (**Póstumos**, V, 203-4).

He aquí planteada la tragedia de la democracia argentina. Es cierto, pues, que las montoneras eran fuerzas democráticas, en el sentido de que representaban a la mayoría del país en su lucha contra la oligarquía, pero no democrático-burguesas, ya que se asentaban en formas económicas precapitalistas. Por su parte, la oligarquía porteña no era, y no podía ser democrática: su política consistía, en síntesis, en ampliar y profundizar la acumulación capitalista, mientras todo el resto del país deseaba proseguir tranquilamente reproduciendo el modo de producción y de vida precapitalista. El camino de la democracia y el del desarrollo capitalista del país se abrían el uno del otro. "Puesto que contrariaba los intereses de la mayoría de la población y las regiones del país, el desarrollo de la acumulación capitalista -de la civilización capitalista en la única forma en que podía darse en aquel momento en la Argentina, es decir, como capital semicolonial, atrasado y agropecuario y comercial-, determinaba fatalmente una política oligárquica y antidemocrática. El desarrollo capitalista en la Argentina no conducía a la democracia, sino a la oligarquía. La democracia era la montonera, los caudillos, y estos estaban en contra del avance de la acumulación capitalista" (**El Paraíso Terrateniente**, 30).

Los mitos del nacionalismo rosista

La significación histórica del "Ilustre Restaurador de las Leyes", don Juan Manuel de Rosas, ocupará durante el último siglo el centro de los debates historiográficos argentinos. La historiografía liberal se había constituido precisamente a partir de la derrota del rosismo en Caseros, convirtiendo a Rosas en la antítesis misma de la fundación del nuevo orden social y estatal. Historiadores como Mitre y López construirán entonces un relato histórico donde la tiranía de Rosas es presentada como un colosal obstáculo para el proceso de modernización e institucionalización de la independencia nacional. Su época en su conjunto es presentada como el triunfo de la "Restauración" tras la "Revolución"; de la "Tiranía" sobre la "Libertad"...

Ya nos hemos referido al carácter instrumental de esta historiografía, concebida, con sus héroes y sus réprobos, como instrumento de instrucción para los futuros ciudadanos. Vaciada de sus contenidos económicos y sociales, cuidadosamente despolitizada, presenta los

procesos históricos a partir de la acción de los "grandes hombres" que encarnarían a su vez los grandes principios ideales que animan la historia humana. Rosas aparecía pues como la condensación del principio de la Reacción, de la Restauración, del Atraso Colonial, de la Tiranía, del Terror... Su monstruosa figura sólo puede construirse sobre la base de una cuidada evacuación del carácter de clase de su gobierno, del preciso respaldo social y del contenido político de su gestión. Los políticos y los historiadores liberales posteriores a Caseros son plenamente conscientes de la necesidad política y "educativa" de comprometerse a hacer un balance absolutamente negativo del período cerrado en 1852 y en cargar las responsabilidades del mismo exclusivamente sobre la figura de Rosas. Así lo expresa con toda claridad Félix Frías, todavía en vida de Rosas, en un discurso pronunciado en la cámara de diputados el 1º de junio de 1857: "Yo no conozco los cómplices de la dictadura de Rosas [...]. Rosas, revestido de facultades extraordinarias era el Estado, él lo podía todo, que él responda de todo". Y advierte incluso sobre los peligros de indagar demasiado a fondo sobre las responsabilidades: "Si pretendiéramos ser muy lógicos (es malo a veces ser muy lógicos en política), cegados por el odio nos expondríamos a encontrar personas que acusar hasta en los bancos de los que dictan la ley o en los magistrados que administran la justicia" (58).

Mucho antes de la escuela revisionista, un contemporáneo de Mitre, López y Frías, Juan B. Alberdi, había puesto en cuestión esa metodología historiográfica al mismo tiempo que aquella imagen globalmente negativa de la etapa rosista. A pesar de que se contó entre los que combatieron a Rosas, Alberdi insistió en un balance histórico matizado, que lograra descentrarse de la figura de Rosas para concentrarse en las condiciones históricas de su época. La clave del asunto no estaba para Alberdi en la dictadura de Rosas sobre la sociedad sino en la dictadura de Buenos Aires sobre el interior; el acento no debía ponerse en la oposición rosismo/antirrosismo, sino en el enfrentamiento entre la ciudad-puerto y las provincias:

"Lo que Rosas representaba, afirma Alberdi, eso que en su tiempo se llamaba *causa de Rosas*, era simplemente el ascendiente exclusivo, inicuo y tiránico del interés local de Buenos Aires sobre las provincias y los estados vecinos, en materia de comercio, de finanzas, de navegación, de política, de policía, etc. Esto era lo *esencial*; las *crueledades* eran lo *accesorio*. La prueba es que fue derrocado cuando las crueldades habían cesado, y por tres gobiernos que no habían sido objeto de ellas: el de Entre Ríos, el de Brasil, el de Montevideo. La *mazorca* era de Buenos Aires" (59).

Es así que se equivoca Sarmiento cuando cree que Rosas gobernó por el terror: su poder no se fundó en el terror sino en los recursos materiales de Buenos Aires, derivados de su múltiple posición de "*capital-puerto-aduana-tesoro-crédito-banco-papel moneda-poder total de la nación*" (60). Y es precisamente "el despotismo radicado y constituido en ese estado de cosas [el que] produjo a Rosas como tirano, no viceversa. Rosas fue el producto de la suma del poder público de toda la nación condensado en Buenos Aires, no la causa de esa aglomeración extraordinaria de los recursos económicos de la nación en Buenos Aires.

"El poder ilimitado de los recursos y medios de gobierno de toda la nación absorbidos en Buenos Aires, corrompió a Rosas, como hubiera corrompido al mejor hombre, armado de ese poder sin límites" (Ibid., 35).

Mitre, López, Sarmiento, al desconocer estas condiciones materiales, sólo condenaban el producto histórico, ignoraban lo esencial de todo un proceso histórico, se limitaban al accidente. "Ese estado económico de cosas era *don Juan Manuel Rosas* como dictador. Eso era su poder omnímodo. No era un hombre: Rosas era un sistema, un orden de cosas. Los adversarios tomaban el símbolo por la cosa, al tirano por la tiranía. Rosas como hombre, como símbolo, como tirano persona, era un accidente. La cosa, el hecho, la tiranía, que en él se personificaba, era un estado permanente" (Ibid., 63-4).

Los políticos e historiadores de la oligarquía de Buenos Aires, o afines a su perspectiva, se habían empeñado, pues, en ocultar el contenido de clase del rosismo, esto es, el hecho de que la dictadura de Rosas había sido sostenida hasta 1852 por la propia clase de los estancieros bonaerenses. Buscan así cargar las responsabilidades sobre las espaldas de Rosas para esconder la continuidad de la política centralista de Buenos Aires, ayer bajo la dictadura de Rosas y hoy bajo la hegemonía de Mitre. La oligarquía necesitaba condenar a Rosas para poder absolverse a sí misma de culpa y cargo. Para Alberdi, en cambio, si bien Rosas favoreció con su dictadura una cierta unidad nacional, las condiciones materiales que lo llevaron a erigirse en tirano no habían desaparecido. En ese sentido, escribió en 1878: "Con Rosas cayó el tirano pero no la tiranía, que vive constituida y organizada en el estado tradicional de los intereses económicos de que fue producto el mismo Rosas" (61).

Otros severos cuestionamientos a esta reducción del período rosista a mera perversión personal de un sujeto o puro obstáculo a la civilización provinieron de ciertas figuras de la misma generación del 80, así como de sectores ligados al radicalismo emergente. Ya se había señalado que figuras como José María Ramos Mejía, Ernesto Quesada, Adolfo Saldías, Juan Álvarez o David Peña, y luego la llamada Nueva Escuela Histórica (Ravignani, Molinari), sin romper con el credo liberal, habían adoptado otro distanciamiento historiográfico, y con un nuevo acopio documental buscaron ofrecer explicaciones más racionales del período rosista.

Los esfuerzos de los liberales críticos buscaron distanciarse de la demonización de la figura de Rosas propia de la tradición de Mitre y López. Ernesto Quesada recordaba en el prólogo a una reedición de **La época de Rosas** que su libro, publicado inicialmente en 1898, había sido considerado entonces una "herejía doctrinaria, pues iba en contra de la opinión consagrada en todas las esferas de la vida nacional -en los debates parlamentarios, en los actos de gobierno, en la organización de la enseñanza, en la prensa periódica, en los libros y folletos de publicistas, en los textos escolares y aun en el consenso familiar-, todo lo cual consideraba a la tiranía de Rosas como la encarnación de una época nefasta, víctima de un verdadero monstruo neurótico, y de la cual era mejor callar, pues se le atribuían todos los excesos imaginables. De esa manera se borraba un cuarto de siglo de la historia nacional". Para Quesada se trataba de recuperar el período rosista para la historia nacional, comprenderlo como uno de sus momentos, entender que no tuvo nada de "artificial" sino que fue un momento "natural", producto de la "evolución" del propio país (62).

Pero serán los nacionalistas quienes harán de Rosas, desde los años 30, la figura clave de su proyecto de revisión histórica. Así lo expresaba don Arturo Jauretche en una recapitulación de su propia corriente: "Señalemos de paso que el revisionismo histórico se ha particularizado en un momento de la historia argentina: el que va del año veinte a Caseros, aunque cada vez se extienda más, hacia atrás y hacia adelante. Su pivote ha sido la discusión y la figura de don Juan Manuel de Rosas y su momento. Expliquemos que no podía ser de otra manera porque es figura clave; tan clave, que la falsificación de la historia hubo de hacerse tomándolo como pivote a la inversa. Nada se puede entender sobre esa época ni lo que ocurrió más adelante si no se trata de entender lo que significó Rosas..." (63).

Sin embargo, la corriente revisionista buscó llegar mucho más lejos que a una mera revalorización del Ilustre Restaurador. Especialmente para la primera generación de revisionistas, de impronta nacional-elitista, se trataba no sólo de litigar contra la Academia Nacional de la Historia por la rehabilitación histórica de la figura de Rosas, sino de encontrar en la figura del Restaurador y en su época el fundamento de una nacionalidad argentina perdida a partir de 1852. Así se lo expresa sobradamente en la declaración de principios del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, creado en 1939, cuando se señala que "No se

trata de invitarlo a Rosas a participar del festín de 1853, y de incorporarlo al Panteón haciéndole un lugar junto a Sarmiento, Mitre y Urquiza. Por el contrario, los blasones de Rosas son completamente distintos a los de aquéllos, y el primero, por no decir el único, es el de servir como ejemplo de todo lo que debe afirmarse y enfrentarse contra una experiencia constitucional de 85 años, que ha sido desastrosa para la integridad y la soberanía argentina".

Igualmente expresivo es el editorial del primer número de la Revista del Instituto (1939), acaso uno de sus mejores textos programáticos: "Han transcurrido más de 85 años desde Caseros y la historia oficial argentina mantiene el fallo condenatorio dictado por los vencedores contra toda la época en que actuó y gobernó el brigadier don Juan Manuel de Rosas, bajo el pretexto de que su juicio estaba definitivamente sustanciado y concluido.

"Por varios motivos se impuso a las generaciones posteriores la obligación de considerar irreversible aquel fallo. [...]

"Mas el tiempo transcurrido y la circunstancia de que el derecho a la revisión se niega con más tenacidad que nunca, nos han llevado a pensar si no hay en esa obcecación algo más grave que un mero recurso utilitario de oportunismo político o simple pasión atávica. Y efectivamente, hemos advertido que el motivo subordinante en la prohibición era la necesidad de evitar que la existencia esforzada y sacrificada que mantuvo Rosas contra el extranjero, cuando éste pretendió avasallar nuestra soberanía, ofreciera contrastes demasiado enérgicos con algunos conceptos que la generación del 53 tenía acerca del patrimonio argentino e inscribió en el repertorio constitucional. Como al organizarnos en esta asociación no nos proponemos estudiar la época de Rosas para ilustrar convicciones doctrinarias sobre formas de gobierno, quedará fuera de nuestro alcance el cotejo entre el ideario político de aquella generación y el conjunto de operaciones y soluciones de orden práctico que hacen del gobierno de Rosas un modelo de realismo y de sagacidad política.

"Pero en cambio lo que de ningún modo puede callar el patriotismo, es que ese cotejo pone de manifiesto una diferencia sensible entre Rosas y sus adversarios, en cuanto al modo de entender y defender los intereses nacionales. Todo el gobierno del primero, que contó siempre con la voluntad nacional, es una sola y vigorosa respuesta a los más auténticos interrogantes nacionales, a las necesidades de la defensa armada del país y de su integridad territorial, al anhelo de la nación en solicitud de un Estado soberano que la abarque, y la interprete, sin menoscabo de su tradición y de su dignidad. Sus enemigos, por el contrario, inspirados en otras tesis políticas, no lograron estructurar un Estado propio, en la acepción estricta del término, dejando abiertas las brechas por donde se infiltraron fuerzas exóticas e intereses contrarios a la integridad de su suelo y el acrecentamiento y distribución de su riqueza" (64).

El revisionismo conquista legitimidad como corriente político-historiográfica en el contexto de la crisis de la sociedad y los valores liberales que se vive agudamente a partir de la década del 30. El fracaso del modelo de país puesto en práctica por la oligarquía liberal después de Caseros se había hecho visible -los liberales habrían fracasado en "estructurar un Estado propio, en la acepción estricta del término"-, y la ocasión parecía propicia, según ciertos sectores subalternos de la élite, para recuperar el rumbo perdido de la nacionalidad. El conservadorismo liberal de las élites tradicionales así como las alternativas socialistas o comunistas aparecían como el riesgo de una disgregación definitiva de la nacionalidad. Un nuevo proyecto de país, con sus connotaciones nacional-elitistas (Estado fuerte, economía cerrada, tradicionalismo cultural) iba de la mano de un proyecto de revisión de la historia liberal argentina que, buscando las claves del devenir de nuestra nacionalidad, de la conquista y la pérdida de nuestra soberanía, hiciera de Rosas el pilar de nuestra historia.

La crisis del Estado oligárquico-liberal y la emergencia del peronismo favorecieron, pues, una audiencia importante a la corriente revisionista. Este alcance es favorecido por la

enorme productividad de la corriente: desde 1930 una verdadera catarata de publicaciones revisionistas, de desigual valor, pero que en algunos casos alcanzan gran popularidad, se dedican a revalorizar la figura de Juan Manuel de Rosas. Recordemos, aunque sea sumariamente, la producción de las principales figuras de la primera generación del revisionismo que contribuyen al culto histórico de Rosas: la de Carlos Ibarburen con su **Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo** (1930); la de Julio Irazusta, autor de un **Ensayo sobre Rosas** (1936) y luego de una monumental **Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia**, publicada en cinco volúmenes aparecidos entre 1941-61; la de Ernesto Palacio, con **La Historia falsificada** (1939) y su **Historia de la Argentina** (1954); la popular obra de Manuel Gálvez, su **Vida de Juan Manuel de Rosas** (1940); la prolífica obra de José María Rosa, especialmente **Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica** (1943), **La caída de Rosas** (1958) y desde 1963 su voluminosa **Historia Argentina...**

Si bien los límites del programa historiográfico del revisionismo estaban definidos por la matriz nacionalista con la que proponía repensar la historia (ya fuese nacional-elitista o bien nacional-populista), la corriente tuvo sin embargo el mérito frente a la historiografía oficial de exhumar una cantidad de fuentes desconocidas o poco utilizadas que permitían fundar la nueva versión de un Rosas como cabal exponente de la clase patricia de su tiempo, como un estanciero amante del orden y la paz. Es así que cuando Manuel Gálvez, portavoz de la vertiente nacional-populista, intenta una interpretación democrático-popular de Rosas, es censurado desde la RIIHJMR por Sáenz Quesada quien sostiene que "la filiación política del rosismo no sería así democrática, como lo pretende Gálvez con evidente superficialidad, sino más bien de esencias virreinales, ya que en aquellos tiempos heroicos aún conservábamos los habitantes del Río de la Plata, casi intacta, la forma originaria hispano-católica que nos dio vida". En el mismo sentido, Carlos Ibarburen insiste en señalar que el único objetivo de Rosas era "el enérgico mantenimiento del orden muy al amparo de los valores materiales que concordaron con este régimen". Y agrega luego: "Rosas representa en nuestro pasado la encarnación más eficaz y potente del espíritu realista y conservador"; "Juan Manuel de Rosas fue el brazo irresistible de la reacción conservadora y materialista" (65). Para Julio Irazusta, si hubo dictadura, ésta fue legítima en la medida en que consolidó la unidad del país; y si Rosas fue un dictador, lo fue en la medida en que lo fueron los grandes dictadores de la historia: César, Augusto, Tiberio, César Borgia, Richelieu, Cromwell, Napoleón... (66).

Una temprana respuesta a la avalancha nacionalista sobre la historia provino de la pluma de Luis Franco. Su enjundioso libro **El otro Rosas** había aparecido por primera vez en 1945, saliendo al cruce de las obras de Gálvez y de Ibarburen, al mismo tiempo que del rescate contemporáneo que el revisionismo hacía de la obra de Saldías y Quesada, y que irónicamente Franco califica como la "novísima Restauración". Recuperando el Alberdi de los **Póstumos**, Franco comenzó a desbrozar el camino que luego retomaría Peña de hacer historia a través de la crítica historiográfica, cuestionando tanto los mitos liberales como los mitos nacionalistas en torno a Rosas: "el mito del protocriollo", "el mito del tutor de gauchos", "el mito de unificador federal", "el mito del defensor de la patria"...

Franco buscó la clave del rosismo en el carácter de clase de la dictadura de Rosas y, entre muchas otras cosas, anticipó que el problema de la presunta defensa de la soberanía por parte del Restaurador no podía entenderse sin atender a sus relaciones con el comercio y la diplomacia británica. Sin embargo, la obra de Franco, inspirada, aguda, crítica, se inscribe en otro registro que la de Peña: en el del ensayo biográfico. A pesar de que Franco es conocedor de la obra de Marx, su obra, más que regirse por los estrictos parámetros del materialismo

histórico, está animada por un espíritu libertario, que busca poner en cuestión todas las orientaciones elitistas, oligárquicas, antidemocráticas, clericales, militaristas de los procesos sociales argentinos. Atado todavía a ciertos aspectos de la historiografía liberal, sigue pensando, por ejemplo, en Moreno como un revolucionario republicano, como el jacobino del Río de la Plata, y en Rosas como un monárquico thermidoriano, apegado al atraso y al feudalismo colonial. No obstante estos límites, no deja de llamar la atención la audacia política e historiográfica de este autodidacta sin escuela ni partido que se bate quijotesicamente contra unos y otros, en un libro que en el clima de polarización entre populismo y liberalismo que vivía la Argentina de 1945 resaltaba por su espíritu independiente (67).

Pero la de Franco fue en los 40 una voz aislada y disonante. El impacto del peronismo sobre el pensamiento de izquierda iba a ser poderoso, tanto sobre las fuerzas del comunismo como del trotskismo, imponiendo sobre él una fuerte impronta nacionalista. Esta se hace visible en la lectura que hace de la historia argentina Jorge Abelardo Ramos en **América Latina, un país** (1949), donde rosismo y peronismo aparecen como los movimientos nacionales más avanzados. Si bien invoca una perspectiva de clase para comprender la historia y remite la política de Rosas a la burguesía ganadera y saladeril, el libro busca salvar al Restaurador señalando que "Los ganaderos de la provincia de Buenos Aires afirmaron su hegemonía sobre las ruinas de la ley de enfiteusis. Rosas fue al poder como caudillo de esa clase, aliada virtual de la burguesía comercial porteña [...]. Pero cuando Rosas llega al poder, hasta cierto punto se eleva por encima de su clase de origen, para abarcar el conjunto del problema nacional en el Río de la Plata. Ese es su valor histórico", en la medida en que habría sido capaz de mantener "a las potencias europeas alejadas del control político y financiero de las Provincias del Río de la Plata permitiendo de hecho un desarrollo autónomo de la economía argentina" (68). Y si para sus propios compañeros de la "izquierda nacional" Ramos hacía enormes concesiones al nacionalismo elitista, por otra parte, el mismo José María Rosa, sin dejar de señalar sus diferencias con **América Latina, un país**, valorizaba ese esfuerzo de Ramos por "superar" el clasismo y buscar entender finalmente a Rosas por encima de las limitaciones de su clase (69).

Ya señalamos también el fuerte impacto que la perspectiva nacional-populista tuvo en la obra de Rodolfo Puiggrós a partir de la irrupción del peronismo. En su obra inmediatamente anterior, como por ejemplo su **Rosas, el pequeño** (1943), libro de su etapa comunista, Puiggrós buscaba responder a la ofensiva del naciente revisionismo, especialmente a las obras de Manuel Gálvez y Julio Irazusta. Su perspectiva es fuertemente crítica de la figura de Rosas y sus parámetros son aún los de Mayo-Caseros, leídos en la perspectiva progresista. Si bien su acercamiento al peronismo le iba a hacer repensar esta matriz inicial, en la 2ª edición (1953) corrige algunas afirmaciones (producto de la "influencia de los falsificadores del marxismo"), revaloriza el papel de los caudillos del interior, toma distancia de la política liberal-unitaria, pero el esquema se mantiene, así como el tenor crítico frente a un Rosas siempre leído como lo contrapuesto a la revolución burguesa, el atraso feudal de una clase terrateniente precapitalista (70).

En el prólogo a la 2ª edición reconoce a sus antiguos antagonistas, los nacionalistas rosistas, como sus "amigos y aliados en la revolución nacional emancipadora" en curso bajo el peronismo (p. 10-11), pero les echa en cara la ingenua creencia en la existencia de gérmenes de un capitalismo nacional en la esfera rural por fuera del mercado mundial y su desconocimiento del doble papel que jugaría el imperialismo: por una parte opresor y deformante, pero por otra obligado a expandir el capitalismo. Era condición del desarrollo capitalista (Marx *dixit*) "el aniquilamiento de la industria doméstica rural" (p. 19).

La crítica historiográfica de Peña en torno a Rosas, siguiendo el camino abierto por Alberdi y Luis Franco, se centra en los mitos erigidos en torno al Restaurador. Pero si Alberdi disputó con la tradición liberal, Franco y Peña debieron enfrentarse fundamentalmente con la tradición nacionalista, así como emprender el ajuste de cuentas con las tradiciones de izquierda que iniciaban un curioso proceso de simbiosis con el nacionalismo, y que habían alcanzado enorme irradiación en los años 40 y 50. Es así que, sin dejar de polemizar con algunas de las interpretaciones de la historia oficial, el blanco de las críticas de Peña serán los revisionistas (Irazusta, Ibaguren, Palacio, Sierra, Gálvez) y los marxistas inficionados de nacional-populismo (Ramos y Puiggrós). Escrita a mediados de los 50, el eje de su crítica girará, pues, en torno a los mitos del nacionalismo de Rosas.

No dejará de observar, sin embargo, contra "la opinión liberal de que la dictadura rosista fue una noche tenebrosa en que el pulso del país dejó de latir", que "la dictadura rosista facilitó y consolidó la acumulación de capital nacional". No es el restaurador de la Colonia sino, tras la política mercantil de Rivadavia, "el restaurador del predominio estancieril y de las condiciones que permitían el enriquecimiento y la consolidación de esta clase productora. Ese fue el sentido de su dictadura tradicionalista, conservadora, antiextranjera". Sin embargo, no son más que "tonterías literarias eso de que Rosas restauró la colonia [...]. Rosas fue partidario de la colonia en un único y solo sentido: en cuanto trató de conservar y hacer prosperar contra todos los obstáculos la vieja tradición que viene precisamente de la colonia: vacas, vacas y vacas, como decía Sarmiento" (71).

La prolongada querrela historiográfica en torno de Rosas estaba, para Peña, "transparentemente ligada a la lucha actual entre clases y sectores sociales", en la medida en que la Argentina, entonces, como hoy, estaba enfrentada a una "cuestión crucial: ¿independencia nacional o subordinación colonial? Aquí está la fuente que inyecta vida al rosismo y redobla la furia del antirrosismo. Porque lo cierto es que el gobierno de Rosas enfrentó también esa disyuntiva. En un plano distinto, porque la historia no se repite, hoy se replantean -mejor dicho, se acusan con mayor claridad, porque nunca dejaron de estar planteados- los mismos problemas de los días del Ilustre Restaurador: ¿hay que ceder ante las potencias imperialistas? ¿Hay que aliarse con ellas? ¿Hay que defender la independencia nacional? Si hay que defenderla: ¿cómo? ¿para qué? ¿quién? ¿con qué métodos? Por eso es tan actual y apasionante el problema de Rosas" (**El paraíso terrateniente**, 53-55).

Peña, consecuente con su método, entenderá que la clave para develar el problema del nacionalismo de Rosas deberá comenzar a buscarse en las condiciones, los intereses y las perspectivas de la clase de los ganaderos bonerenses que toman el poder con Rosas a partir de 1829. Según se ha visto, tanto detractores como apologistas prescinden de la perspectiva de clase para comprender al rosismo. La historiografía liberal busca desvincularlo de cualquier representación de la oligarquía patricia: "no pueden atacar a la clase que Rosas representaba, porque esa clase conserva hoy todo su poder, y está dispuesta a premiar las bien escritas tiradas contra la Mazorca, pero no acepta impunemente las alusiones a las hectáreas que secuestró al amparo de la divisa color hemorragia". Por su parte, los revisionistas, si bien tienden a cuestionar el carácter antinacional de la clase terrateniente, deben hacer verdaderos malabarismos para disociar el nacionalismo de Rosas del "cipayismo de la oligarquía". Es por ello que Vicente Sierra pretende que Rosas "estuvo siempre solo"; que Ernesto Palacio se empeña en disimular la presencia de ganaderos, saladeros y comerciantes como "la estructura ornamental del régimen" y que Jorge Abelardo Ramos presente a Rosas elevándose "por encima de su clase de origen".

Para Peña es, desde luego, "posible a un político elevarse por sobre los intereses de su clase, pero a condición de poder apoyar los pies en alguna otra cosa. En el vacío no se puede

caminar, ni en la naturaleza ni en política. ¿Rosas se elevó sobre su clase, es decir, realizó una política que desbordaba los intereses de los-estancieros porteños? Bien, ¿y qué clase o clases respaldaron esa política 'nacional' de que hablan sus apologistas? ¿O se sustentaba solamente en la mágica personalidad de don Juan Manuel? En esta interpretación puramente mística vienen a parar todos los intentos de 'elevar' a Rosas por sobre los concretos intereses de clase para los cuales maniobró desde el primer día de su gobierno. Porque ya hemos visto que la política de los estancieros de Buenos Aires era Buenos Aires antes que y por sobre todos, con su puerto, su aduana y sus estancias, y el resto del país que se las arreglara como pudiera siempre que no osase perturbar el enriquecimiento porteño. Si Rosas se elevaba por sobre sus intereses, ¿en cuáles se respaldaba para hacer una política nacional? Ya sabemos que no existía en el país ninguna clase cuyos intereses la hicieran aspirar a semejante política: ni los estancieros ligados a la producción nacional, ni la burguesía comercial, apéndice del extranjero (Ibid., 56-8).

La clave, pues, para comprender los alcances y límites del nacionalismo de Rosas debe buscarse, para Peña, en la naturaleza específica del capitalismo argentino y en su peculiar estructura de clases. "Rosas constituye una etapa decisiva en el desarrollo del capitalismo argentino tal cual es, vale decir, capitalismo atrasado, semicolonial, esencialmente agropecuario. Bajo el gobierno de Rosas los estancieros de Buenos Aires -y en menor medida los del Litoral- acrecientan y consolidan la acumulación de su capital, que está íntimamente ligado a la producción nacional, que no depende de la industria extranjera, como el capital comercial, y que habrá de ser por mucho tiempo la columna vertebral del capitalismo argentino" (Ibid., 58).

Se equivocaba, pues, toda la historiografía liberal, y todavía Rodolfo Puiggrós, cuando asociaban a Rosas a alguna forma de caudillismo feudal, precapitalista, en oposición a la política procapitalista de Rivadavia. Una y otra estrategias eran, según Peña, capitalistas. "La política de la burguesía comercial porteña esbozada por Rivadavia tendía a dotar al país de una serie de atributos secundarios del capitalismo industrial (transportes, obras sanitarias, urbanización, agricultura diversificada) pero tan sólo para crear un amplio mercado a la industria europea, del mismo modo que medio siglo después los ferrocarriles serían trazados con el propósito inverso de abastecer a la industria europea de alimentos y materias primas argentinas. Esta política fomentaba el desarrollo del capitalismo comercial y nada más. La política de los estancieros, efectivamente realizada por Rosas, se despreocupaba de la creación de un gran mercado nacional, pero concentraba todos los esfuerzos en el desarrollo del elemento más poderoso de la producción nacional, es decir, el binomio estancia-saladero. Era una política tan capitalista como la otra, tan atrasada como la otra si se las mide con el patrón del moderno desarrollo capitalista industrial, pero más nacional, en el sentido de más favorable al desarrollo del capital argentino, puesto que se asentaba en el crecimiento y fortalecimiento de la actividad productiva básica del país" (Ibid., 60-1).

En efecto, Rosas contribuyó, mejor que nadie, a la acumulación capitalista de la industria estanciero-saladeril, a través de distintos mecanismos directos (la conquista del desierto y el reparto de las tierras públicas, la persecución al gaucho para convertirlo en peón asalariado, la política de encarecimiento de la carne destinada al consumo interno para favorecer las exportaciones, la exención de impuestos a los ganaderos, etc.) como aquellos indirectos pero necesarios como infraestructura elemental del capitalismo agrario (como el crecimiento del ejército de línea o el devoto respeto por el pago de la deuda pública). Todo esto, confirma, para Peña, "que el gobierno rosista fue en esencia, ante todo y sobre todo, una dictadura al servicio de la acumulación del capital agropecuario, acelerando y consolidando la estructuración capitalista de la más importante rama de producción nacional" (Ibid., 65).

He aquí, pues, la clave para comprender los alcances y los límites del nacionalismo de Rosas: éste, efectivamente, "unificó al país, pero lo unificó en la sumisión a los intereses y

dictados de la oligarquía de Buenos Aires". Rosas triunfó allí donde los unitarios habían fracasado: supeditó todo el país a Buenos Aires.

Dado que a Peña no le interesan las figuras en el gobierno sino los sucesivos momentos de la lucha de clases, más que remarcar las distancias entre la política de Rivadavia y la de Rosas, señalará su relativa continuidad. El mismo E. Palacio reconocía, por ejemplo, que la política comercial de Rosas "no era más que la continuación de la de Rivadavia, favorable al puerto único a expensas del interior". Y es aquí donde el unitarismo porteño y el federalismo bonaerense encontraban más puntos de contacto, en oposición al federalismo del interior. "En Rosas —observa Peña retomando observaciones del Alberdi póstumo— la combinación de unitarismo y federalismo llega a la perfección, revelando que, en lo relativo a oprimir a las provincias, unitarismo y federalismo eran sólo dos tácticas de la oligarquía porteña, coincidentes en el objetivo final" (Ibid., 72).

La política monopolista de Rosas expresaba los límites nacionalistas del federalismo bonaerense, favoreciendo las fuerzas centrífugas en el interior como en el litoral. En el interior, "los caudillos locales no pueden hacer otra cosa que sufrir en silencio la opresión porteña y prenderse a los faldones de Rosas para recibir las migajas que este deja caer de la mesa, porque ellas no tenía nada con qué suplir los ingresos de la Aduana bonaerense. Por eso todos los intentos de emancipar el interior de Rosas, provengan de Facundo o del Manco Paz, fracasan irremediablemente". El litoral, por su parte, que sí disponía de puertos propios, se veía arruinado por el monopolio portuario de Buenos Aires, por lo que abrigó consecuentemente proyectos secesionistas y finalmente rompió el frente rosista en 1851. En ese sentido, los caudillos del litoral y del interior no dejaron un sólo día de presionar sobre Rosas para lograr una Constitución que reglase, entre otras cosas, la cuestión de las rentas de la aduana porteña y la libre navegación de los ríos, pero "Rosas -y tras él la oligarquía porteña- se mantenía inflexible: no ha llegado el momento para la constitución" (Ibid., 75).

La independencia económica sólo podía cimentarse sobre la base del desarrollo industrial. Rosas, lejos de adoptar una consecuente política proteccionista, como pretenden sus panegiristas, privilegia los intereses de los ganaderos, lo que prepara al país para la subordinación al comprador extranjero. "Sin embargo, es evidente que frente a las potencias europeas, Rosas tenía mayor independencia relativa que Rivadavia, porque los estancieros bonaerenses eran una clase ligada a la producción, a la producción más importante del país desde el punto de vista capitalista, mientras que la burguesía comercial era apenas un apéndice de la industria y el comercio extranjeros, y no podía vivir sin conexión con ellos, como que en esa conexión residía todo su negocio. Rosas y su grupo estanciero-saladeril no dependía directamente del comercio de importación, y además exportaban su producción de tasajo principalmente a Brasil, Cuba y Estados Unidos, donde era consumida por esclavos. Esto le otorgaba cierto margen de capacidad para maniobrar ante las potencias europeas" (Ibid., 78).

¿Puede desprenderse de esto, pues, que Rosas defendió la independencia nacional? "Comencemos por no olvidar lo que significaba la nación bajo Rosas y para Rosas. Era el enfeudamiento de todas las provincias a un amo y señor, era el gobierno indiscutido de los estancieros de Buenos Aires sobre todas las clases y regiones del país". Cuando Francia intentó modificar esa situación para instalarse en la cúspide de esa pirámide, "Rosas -representante de una clase nacional, vinculada a la producción nacional, y explotadora de todo el país- defendió el derecho de esa clase a continuar en esa explotación, sin otras tutorías extranjeras que la que ella admitiese y en los términos que ella pudiera aceptar. En este sentido, Rosas defendió efectivamente la independencia nacional" (Ibid., 79).

"Pero no nos exaltemos líricamente ante el nacionalismo rosista. La soberanía e independencia nacional que Rosas defendía era tan limitada como le convenía a los estancieros de

la margen derecha del Plata. Que las potencias europeas pretendiesen gobernar en el Plata pasando por encima del Ilustre Restaurador, eso sí que no. Pero que explotasen al país en comandita con los estancieros bonaerenses, ¿por qué no? De allí las excelentes relaciones entre Rosas e Inglaterra, y el paternal apoyo inglés a Rosas" (Ibid., 81).

Así, mucho antes de la publicación del libro de Burnet Merlin, pero consiguiendo reunir diversas fuentes inglesas y locales, Peña muestra cómo Rosas fue ampliamente tolerante con el comercio inglés en Buenos Aires, cómo facilitó a través de diversas medidas (excepción del servicio militar, protección a la propiedad inglesa, etc.) la consolidación de una colonia de ganaderos ingleses en las pampas y hasta qué punto su dictadura tan inflexible con la oposición nativa se tornaba liberal ante la colectividad inglesa... (Ibid., 82). La diplomacia británica supo responder apoyando en diversas ocasiones su gobierno y asilándolo después de su caída. "La anglofilia -concluye Peña-, en un país explotado comercialmente por Inglaterra, indica bastante claramente las limitaciones del nacionalismo estancieril que Rosas encarnaba" (Ibid., 83).

Si el rosismo no contaba con bases sociales para una política nacional independiente, el otro lado de esta dialéctica trágica, el unitarismo, tampoco tenía semejante apoyo social. Ni la burguesía comercial porteña ni la *intelligentzia* pequeñoburguesa tenían verdaderos intereses nacionales y vivían, como decía Franco, "con la mirada vuelta hacia las luces de París o los faros de los puertos ingleses" (72). Intelectuales con vocación nacional como Alberdi o Gutiérrez pudieron haberse resistido a la alianza con las fuerzas extranjeras "si hubiera existido en el país alguna clase sobre la cual trabajar para llevar el país hacia adelante, apoyándose en ella para combatir a Rosas sin traicionar a la nación. Pero tal clase no existía. La voluntad de las masas se trasuntaba en el apoyo a Rosas, y era inútil suponer que la *intelligentzia* podía ganar a las peonadas y el *gauchaje* para su programa inspirado por los países de desarrollo industrial capitalista". Para graficar la situación trágica, sin salida, en que se encontraba la intelectualidad progresista de la época, atrapada entre el limitado nacionalismo popular de Rosas y el limitado progresismo democrático del unitarismo aliado a los extranjeros, Peña observa que Alberdi podría haber hecho suyas las palabras de otro revolucionario, otro exilado, otro desencantado con su clase: el escritor ruso Alexander Herzen. Había escrito Herzen: "Nuestra situación no tiene salida porque es falsa, porque la lógica histórica muestra que estamos fuera de las necesidades del pueblo, y nuestra suerte es el peor de los sufrimientos" (Ibid., 87).

En efecto, sin apoyo social para un proyecto nacional-democrático en una burguesía industrial ni en las masas trabajadoras del país, la tragedia de la situación no justificaba el posicionamiento de estos intelectuales, pero permitían comprender su situación: "Y por cierto que esta política antinacional y antidemocrática tomaba como punto de partida un *hecho trágico que no la justificaba, pero que era real*". Efectivamente, las fuerzas poderosas de la tragedia argentina empujaron a esos intelectuales, no sin cavilaciones, hacia el partido unitario y sus aliados extranjeros. "La solución a este *drama interior sin salida objetiva posible*, la encontró Alberdi renegando transitoriamente de su ideología nacional y democrática y acoplándose a los políticos de la burguesía comercial porteña y sobrepasándolos en consecuencia antinacional, transformándose en campeón de la agresión francesa contra el país" (Ibid., 87, subrayado mío). Sólo en la vejez y la soledad del exilio, y con la perspectiva histórica que le brindaría el largo tiempo transcurrido después de Caseros, el Aberdi póstumo reconocería el trágico error: "No: yo prefiero los tiranos de mí país a los libertadores extranjeros. El corazón, el infortunio, la experiencia de la vida, me sugieren esta máxima, que yo he combatido en días de ilusiones y errores juveniles".

Y aquí Peña busca extraer la conclusión histórico-política de una situación que guarda cierto paralelo histórico con la del rosismo: la del peronismo. También en el siglo XX el intelectual revolucionario se ve colocado en una situación trágica, sin salida: por una parte, las fuerzas limitadamente nacionales con apoyo popular; por otro, las fuerzas limitadamente democráticas con apoyo extranjero. No hay aún lugar para una tercera opción que rompa con la "endiablada combinatoria", pero al menos puede extraerse de la experiencia y la autocrítica de Aberdi una regla general que marque el rumbo de la búsqueda: "ni complacencia oportunista con el régimen que se convalida so pretexto de nacionalismo, ni alianza con el extranjero contra la nación so pretexto de combatir dictaduras" (Ibid., 91).

De Urquiza a Mitre

La querrela historiográfica entre rosistas y antirrosistas sin duda se prolongaba más allá de Caseros. Para los liberales, y para la historiografía comunista que siguió sus pasos, Caseros fue el inicio de la Organización Nacional, la puesta en marcha de la modernización capitalista. Para Luis Sommi, exponente de esta última historiografía, mientras Urquiza expresaba la misma alianza social y los mismos limitados intereses del rosismo, "Bartolomé Mitre quería organizar el país con fuerzas nuevas de más sentido burgués y consecuencia liberal. El Partido Liberal quería organizar el país desde abajo, democráticamente y con fuerzas nuevas" (73). Para las distintas vertientes de revisionismo histórico, en cambio, Caseros fue el principio del fin: ahí comienza la "decadencia argentina" a través del enfeudamiento al imperialismo inglés: según E. Palacio, la caída de Rosas es "tal vez la mayor calamidad de nuestra historia"; para Ramos, con Caseros se "abre el período del coloniaje contemporáneo y la pérdida del proceso histórico nacional en desarrollo, una subordinación que dura un siglo" (74).

Nuevamente Peña buscará, contra unos y otros, entender el proceso histórico argentino, más allá de las banderías federalistas o liberales, partiendo de una lectura materialista de los intereses en juego entre las distintas clases y fracciones de clase. Por lo tanto, la primera pregunta planteada es por qué se disgregó, hacia 1851-53, el frente social que tan sólidamente había logrado construir y mantener Rosas durante dos décadas. "Rosas ascendió al poder llevado por el frente único de los estancieros porteños, arrastrando tras de sí a sus peonadas, con los estancieros del litoral y los caudillos mediterráneos unidos contra la hegemonía de la burguesía comercial porteña. Durante mucho tiempo los estancieros de Buenos Aires, el elemento más fuerte en sentido capitalista, logró imponerse sobre esa coalición, explotando y manejando a su antojo a los aliados del Litoral y del Interior. Pero bajo el rosismo los intereses estancieriles y comerciales del Litoral crecieron bastante y, durante los conflictos con Inglaterra y Francia probaron bastante de las delicias del libre comercio directo con Europa como para seguir tolerando mucho tiempo que los estancieros porteños los explotasen a través de su puerto único" (**El paraíso terrateniente**, 98)

De modo que, a lo largo de los años 40, el frente rosista se va erosionando por varios procesos concomitantes (el surgimiento de nuevas necesidades de acumulación de los estancieros bonaerenses que la "política de invernadero" de Rosas ya no lograba satisfacer; la búsqueda de mayor autonomía por parte de los estancieros del Litoral estrangulados por el monopolio portuario de Rosas; el renacimiento de la oposición unitaria en Montevideo), sobredeterminados por las presiones que ejerce el mercado mundial. Este no actúa, como a menudo supone la literatura revisionista, bajo la forma de una mera "agresión extranjera", sino como una poderosa fuerza de atracción que demanda productos primarios y oferta manufacturas, dando por resultado la agudización de las contradicciones internas.

No es cierto, pues, como creen los nacional-populistas, que con Caseros empiece la "decadencia nacional" o se frene el "proceso histórico nacional de desarrollo". Es, más bien, al contrario: Caseros es el resultado del proceso histórico, es decir, "de la evolución de concretos intereses de los productores nacionales que por una u otra razón coincidían en la necesidad de desprenderse del Ilustre Restaurador. El proceso histórico nacional -estimulado durante años por la dictadura rosista- conducía el país a su 'destino nacional', es decir, a hacer de él un apéndice agropecuario de Inglaterra en beneficio de la oligarquía estancieril y comercial bonaerense y del Litoral. Pese a su famoso realismo, Rosas fue absolutamente incapaz de comprender que las fuerzas para quienes él trabajaba eran las llamadas a derrocarlo. Cuando el sistema rosista entró en contradicción con las necesidades de ese 'proceso histórico', cayó, y hubiera caído aunque el Brasil no hubiera apoyado a Urquiza" (Ibid., 100). Hoy está claro lo que se señalan los revisionistas en el sentido de que la política posterior a Caseros mantuvo a la Argentina en el status de una semicolonia atrasada, pero lo que ellos ignoran es la dimensión trágica del enfrentamiento entre rosistas y antirosistas, en la medida en que "*la perpetuación del rosismo hubiera conducido al mismo destino*" (Ibid., 101, subrayado mío).

Pronto, desaparecido el enemigo común, los múltiples intereses que aglutinaban al heterogéneo frente antirosista terminaron por desintegrarlo. "Los productores de Buenos Aires querían terminar con la política rosista dentro de la provincia, pero deseaban continuarla en el sentido de conservar para Buenos Aires la aduana y el puerto único, en detrimento del Litoral y el Interior. Su antagonismo con los productores del Litoral acaudillados por Urquiza era transparente. La burguesía comercial porteña y su pequeñoburguesía, cuyos ideólogos regresaron de Montevideo junto con el ejército urquicista, tendían como en los tiempos de Rivadavia a unificar el país, pero sólo bajo el comando de Buenos Aires, y de no ser así preferían el aislamiento porteño. De modo que sus intereses entraban en relativo conflicto con los estancieros porteños y en conflicto absoluto con el Litoral y el Interior. Caído el enemigo común, nada había que pudiera conservar unidas estas fuerzas contradictorias" (Ibid., 104).

La primera manifestación neta de la desintegración del frente antirosista fue la decisión de Buenos Aires de no participar en la Asamblea Constituyente convocada por Urquiza, de donde saldría la Constitución argentina de 1853. La alianza de la burguesía comercial y los estancieros bonaerenses, superando viejas divisiones entre unitarios y federales, se unieron para impedir la unificación nacional bajo la hegemonía de los ganaderos del Litoral (Urquiza). "Los elevados 'principios' de la oligarquía bonaerense, según los cuales el país lo unificaba ella o no lo unificaba nadie, tuvo dos expositores que hoy afligen con su nombre a muchas calles y plazas de la república. Uno de ellos fue Vélez Sarsfield, otro Bartolomé Mitre" (Ibid., 105).

Será este último el artífice de la política bonaerense durante los próximos veinte años. "Mitre, buscando el apoyo de la pequeñoburguesía tenderil y estudiantil de Buenos Aires, la seducía con el manjar más preciado por sus paladares: Libertad, Principios, Moral. Frases y más frases hasta el juicio final. Las hazañas de Rosas sobre el caballo y las de Mitre sobre la tribuna y la frase, servían al mismo objetivo concreto: obtener el favor de las masas para la política antinacional de la oligarquía porteña, aferrada a su puerto y su aduana como la garrapata al perro. Ayer con Rosas, en 1852 con Mitre, la oligarquía porteña se oponía a la organización nacional impulsada por los ganaderos entrerrianos desde el Acuerdo de San Nicolás 'porque ese Acuerdo le retiraba la diplomacia, la aduana nacional y el monopolio de la navegación de los ríos' (Alberdi)" (Ibid., 106-7).

La secesión de Buenos Aires en relación a la Confederación urquicista fue consumada con el golpe del 11 de setiembre de 1852, por el que Valentín Alsina depone al gobernador bonaerense Vicente López. Queda aquí sellada la alianza antiurquicista donde confraternizan federales y unitarios, estancieros y burguesía comercial. Días después, ante una reunión de los

hacendados congregada en el Coliseo, "Lorenzo Torres y Valentín Alsina, exponentes rabiosos del federalismo y el unitarismo extremos, de la Mazorca y la emigración montevideana, se confundieron en un abrazo para demostrar la solidez del frente de la oligarquía porteña contra la dictadura urquicista que la despojaba de sus privilegios en beneficio de todas las provincias" (Ibid., 107).

De donde insiste Peña una vez más en remitir estos todavía difusos movimientos políticos a las relaciones de clase, pues, como muestran los sucesos de 1852-3, "los sectores federal y unitario en que se bifurcaba la clase dirigente de Buenos Aires *eran por sobre todo miembros de la oligarquía metropolitana*, unidos contra cualquier intento provinciano de despojarla de sus privilegios. Y demuestra también el carácter heterogéneo del partido federal, dentro del cual se movían un partido federal porteño y otro del Interior y el Litoral, cuyo antagonismo era tan intenso como el que en la época rivadaviana los agavillaba a todos contra la burguesía comercial porteña" (Ibid., 108, subr. mío).

Sin embargo, aunque en los momentos claves la solidaridad de clase estaba por encima de los movimientos políticos, las identidades políticas tienen su eficacia relativa: esta reciente alianza entre los antiguos enemigos políticos provocó una división en el partido federal porteño, "entre su sector capitalista bastante ligado a la burguesía comercial" (representado por figuras como Lorenzo Torres y Anchorena), por una parte, y, por otra, "su sector popular, con arraigo en la campaña, dirigido por elementos militares de la época rosista", liderado por el coronel Hilario Lagos. Era el "gauchaje acaudillado por los ex-oficiales rosistas que prefería la unión con la nación a expensas de sus privilegios particulares y la Aduana" (Ibid., 11-2). Y aunque Lagos contaba con su propia fuerza militar, el respaldo de Urquiza y de las masas populares de Buenos Aires, su rebelión fracasará: "Lagos reflejaba perfectamente la incapacidad histórica de las masas populares que se cuadraban frente a la oligarquía, situación que se repite siempre que a las clases privilegiadas no se les enfrenta una clase explotada capaz de aportar un nuevo sistema de producción. Lagos contuvo a las masas. Pero aunque estas hubiesen tenido un caudillo dispuesto a conducir las hasta el propio centro de Buenos Aires, poco hubieran sido capaces de hacer, aparte de una escarmentadora e higiénica poda de cabezas oligárquicas. Luego, vueltas al campo, inevitablemente el poder hubiera refluído a manos de la oligarquía porteña" (Ibid., 114).

Por último, el nuevo alineamiento político federal-unitario posterior a Caseros provocó otros roces cuando la revancha unitaria la emprendió contra algunas familias favorecidas por Rosas con donaciones de tierras. Sin embargo, más allá de diversos embates verbales, los únicos despojados fueron los elementos más plebeyos e insignificantes. Los Anchorena y la oligarquía estancieril nada tenían que temer.

"Detrás de los roces entre liberales y ex-rosistas del sector magnate estaban dos concepciones e intereses distintos en torno la política de Buenos Aires respecto a la nación. El ala plebeya del federalismo porteño estaba dispuesta a aceptar la unidad nacional en pie de más o menos igualdad con las demás provincias con tal de tener el apoyo de éstas para derrotar a la burguesía comercial porteña, de cuya política liberal sólo podía esperar el aniquilamiento sin misericordia, la completa proletarización del gaucho, su liquidación física para que no estorbara a los postes y las vacas. Por el contrario, los grandes estancieros con poderosos intereses capitalistas que habían apoyado a Rosas preferían la alianza con el partido liberal a fin de mantener el aislamiento porteño y querían conservar a toda costa la aduana y el puerto para los estancieros bonaerenses, temiendo tanto como temía Rosas la competencia de los productores del Litoral. Su política era que, siendo imposible que Buenos Aires tuviera embretadas a las provincias entre garrotazos y limosnas como había hecho Rosas, correspondía aislar a Buenos Aires de la Nación, llegando incluso a la independencia total. En cambio, la burguesía comercial porteña, masivamente agrupada tras el partido liberal, y reflejada fielmente por los emigrados

de la nueva generación, con Mitre a la cabeza, no podía prescindir del deseo de tener todo el mercado nacional a su disposición. Por eso, si bien antes que aceptar la entrega de la aduana a toda la Nación estando ésta controlada por la alianza de los productores del Litoral con el Interior, prefería seguir la política del completo aislamiento e incluso transformarse en República municipal, prefería en todo caso llevar una activa y enérgica política de conquistar todo el país y entonces sí, una vez embolsados todos los gobiernos provinciales y asegurada la indiscutida primacía de la burguesía porteña en la vida nacional, entonces sí, nacionalizar la aduana, aunque los estancieros bonaerenses perdiesen sus históricos derechos" (Ibid., 117-8).

El blanco de la crítica de Peña es aquí la historiografía liberal, y la liberal-comunista que siguió sus pasos, que construyen la línea nacional-progresista-democrática que pasaría en este período por Bartolomé Mitre, mientras en Urquiza ven la otra línea que representa la continuidad del rosismo y el atraso precapitalista (*La era de Mitre*, 10-11, 20, 26, 34-8). Peña, por el contrario, destaca el carácter antinacional del golpe de mano del 11 de setiembre de 1852, "fruto exquisito de la unión del federalismo y el unitarismo porteños contra Urquiza", a quien apoyaba el Litoral, el Interior y la mitad de la provincia de Buenos Aires (Ibid., 7), así como el carácter antinacional de toda la política de la oligarquía porteña tendiente a "independizar a Buenos Aires de la Nación antes que aceptar la Nación sin el predominio de la oligarquía bonaerense" y, muy particularmente, el de la burguesía comercial porteña, encarnada en Mitre, que consistía en "unificar a la nación bajo su dominio, aplastando toda oposición interior" (Ibid., 8). Pues, como ya lo había anticipado Alberdi, la política de Mitre "Era nacional para gobernar y dirigir la nación en su beneficio, pero aislacionista y secesionista si se trataba de obedecer en el seno de una nación gobernada por otros intereses" (Ibid., 8).

Lo que Mitre llamaba "política de retroceso de Urquiza", y todavía un siglo después repetía la historiografía comunista, eran en realidad todos los aportes progresivos de Urquiza a la organización definitiva del país para facilitar su desarrollo capitalista: la supresión de las aduanas interiores, la nacionalización de la aduana, la libre navegación de los ríos, la creación de la Bolsa de Comercio, la fundación del Departamento de Estadística, la abolición de la pena de muerte y de las confiscaciones por razones políticas y, en fin, la sanción de una de las constituciones más liberales del mundo (Ibid., 9). Mientras que el "liberalismo progresista de Buenos Aires, constituido en Estado libre gracias al golpe del 11 de setiembre" restablecía una aduana interior o provincial, un tesoro de provincia, un ejército y una diplomacia provinciales y proclamaba una Constitución reaccionaria, que entre otras cosas reconocía la esclavitud y que Alberdi había llamado con desprecio como "un aborto de los Anchorena" y había calificado, por su separatismo, como "una especie de constitución feudal" (Ibid., 9).

Además, el mitrismo gobernaba la provincia de Buenos Aires con los métodos más autoritarios, "aplustando con el terror y el fraude a todas las oposiciones internas, al tiempo que proclamaba su fervorosa devoción al liberalismo democrático y republicano. La corriente liberal que, con Mitre a la cabeza, actuaba por cuenta de la burguesía comercial porteña, demostró de inmediato que esta clase era profundamente antidemocrática, tan terrorista y dictatorial como Rosas y tan afecta como éste a manipular la conciencia de las masas mediante la organización burocrática de la mentira, aunque conservaba las ventajas de la democracia liberal para el juego de sus diversas fracciones" (Ibid., 12).

La oligarquía porteña, constituida en Estado Libre de Buenos Aires era consciente de su poderío frente a la debilidad del resto de país liderado por Urquiza y agrupado en la Confederación Argentina con capital en Paraná. "De los cuatro millones de renta en oro que producía la sola aduana de la Capital, dos por lo menos debían corresponder a las provincias que por la separación ya perpetrada de hecho no recibían un sólo peso, aprovechándolo todo Buenos

Aires". La superioridad económica de la oligarquía porteña se transformó de suyo en superioridad militar. El partido liberal, que según Sommi "quería organizar el país desde abajo, democráticamente", en realidad "no derrotaba a la Confederación levantando contra ella a la mayoría del país sino, simplemente, sobornando a sus dirigentes y oficiales con el oro de la aduana porteña". Por otra parte, Buenos Aires contaba con el apoyo del capital inglés y francés, quienes "históricamente habían aprendido que su mejor interés estaba en dominar y explotar el país junto y a través de la oligarquía bonaerense, no contra ella". A esto se sumaba la acción del imperio brasieño, apéndice del imperio británico. Todo ello contribuyó a dividir, quebrar política y militarmente el frente urquicista, tarea que estaba facilitada por la heterogeneidad de este frente (Ibid., 19-21).

El único sector de la Confederación capaz de enfrentar a la oligarquía porteña "eran los ganaderos entrerrianos, acaudillados por Urquiza, el mayor de éstos. Pero esta clase tenía intereses -aunque competitivos- similares a los de la oligarquía porteña, y entre la perspectiva de una larga guerra civil que arruinaría sus negocios y un acuerdo que dejara en manos de Buenos Aires la dirección de país, pero otorgase plena independencia y garantías a los ganaderos entrerrianos, se inclinaba fatalmente, por el peso de sus crecientes intereses capitalistas, en el sentido de este acuerdo. Entre el Chacho y las masas pauperizadas del Interior por un lado, y la oligarquía porteña por otro, o entre los gauchos del litoral, y de Buenos Aires incluso, de una parte, y la burguesía comercial porteña y los estancieros convertidos en terratenientes, de la otra, no había acuerdo posible. Pero entre el rico ganadero, terrateniente y saladerista Urquiza y sus congéneres de Buenos Aires, siempre estaba abierta la puerta para el acuerdo expreso o tácito que salvase los buenos negocios de ambos competidores. La oligarquía porteña, y Mitre en particular, sabían esto y actuaban en consecuencia" (Ibid., 24).

El acuerdo entre Urquiza y Mitre fracasó, resolviéndose el conflicto en el terreno militar. "Pero la oligarquía porteña no necesitó proclamar la República del Plata. Su ejército chocó en Pavón con el de la Confederación y -pese a su General- salió vencedor. Todo el país quedaba en manos de la oligarquía porteña y en especial de la burguesía comercial, en las manos del liberalismo mitrista que gobernaba por cuenta de aquéllas" (Ibid., 28).

En efecto, la oligarquía porteña no hubiese vencido con tanta facilidad de no mediar "la política permanentemente conciliadora y finalmente claudicante de su enemigo más poderoso, que eran los estancieros entrerrianos encabezados por Urquiza". Esta impotencia se terminó de manifestar en la batalla de Pavón, donde Urquiza decide replegarse una vez que, dispersada la caballería del ejército de Mitre, tiene la posibilidad de avanzar sobre Buenos Aires. ¿A qué obedece la claudicación urquicista?

El juicio histórico de Peña sobre Urquiza retomaba el de Alberdi: "¿Para qué ha dado Urquiza tres batallas? Caseros para ganar la presidencia, Cepeda para ganar una fortuna, Pavón para asegurarla. Acaba su vida como la empezó, por ser satélite de Buenos Aires. En Caseros derrocó al ascendiente tiránico de Buenos Aires sobre las provincias. Ese es el mérito de su victoria, no la caída de un hombre. En 10 años se lo ha devuelto todo y duplicado cuanto le quitó en 1852. Representó el nacionalismo argentino: hoy es el brazo zurdo del localismo de Buenos Aires contra la República Argentina. Se puede decir, según esto, que hay dos Urquizas: el que ha hecho Dios, que es el entrerriano, y el que ha hecho a medias su propia avaricia y la avaricia de sus cómplices de Buenos Aires; éste es el Urquiza porteño; el Urquiza hechizo, extraoficial, fruto de la 'política grande' de Mitre, que ha consistido en lograr que el falso Urquiza mate al Urquiza natural; que el Urquiza porteño mate al Urquiza entrerriano, con lo cual mueren los dos en beneficio de Buenos Aires y en daño de las provincias" (Póstumos, V, 268-9, cit. en Peña, Ibid., 32).

Pero en Peña el énfasis está puesto no tanto en las claudicaciones de la figura de Urquiza, sino en los límites de la clase social que Urquiza representaba. Pues Urquiza, como estanciero de su provincia, sabía demasiado bien que la resistencia contra la oligarquía porteña se estaba tornando demasiado costosa para los de su clase, los que evaluaban "que no tenían que seguir jugándose junto al Interior y al gauchaje si lograban un acuerdo con el patriciado porteño por el cual éste no se entrometiera en las cuestiones de Entre Ríos -es decir, de Urquiza- si en compensación Urquiza dejaba librado a su suerte el Interior del país y al gauchaje frente a los patacones y los batallones de Buenos Aires. En última instancia, Urquiza y los estancieros entrerrianos deseaban para el país el mismo destino que sus colegas bonaerenses, aunque les sugería que más valía contentarse con el papel de secundones que arriesgarse a perder demasiado en una lucha a muerte que, desde su punto de vista, no tenía objeto, ya que el dominio nacional de la oligarquía porteña no podía afectar la buena marcha de sus negocios, ni intentar arruinarlos como hizo Rosas con el monopolio de la navegación de los ríos" (Ibid., 31).

Nuevamente el conflicto entre clases y regiones del país es explicado en clave de la visión trágica de la historia. Pues trágico era el destino de la unificación del país que se intentó bajo el proyecto de la Confederación. Este no representaba un verdadero proyecto de nación alternativo al de Buenos Aires, sino que rivalizaba infructuosamente con la oligarquía porteña en disputarse los favores de la diplomacia y el capital ingleses. "La base de clases de la Confederación no daba para una política más nacional que esa, consistente en hacerle concesiones a un grupo imperialista para combatir a otro, y en conjunto, jugar al capital extranjero, desde el vamos, todo el desarrollo de la economía nacional. La Confederación tenía una base más popular que la de la oligarquía porteña, pero en el terreno económico su política conducía a los mismos resultados que los de su gran rival, con la diferencia de que sus beneficios no los concentraba en Buenos Aires, sino que los hacía llegar hasta los ganaderos y el comercio del litoral. Si la Confederación hubiera triunfado podría haber destruido el poder militar de la oligarquía platense, pero no su base económica. [...] a la larga, la oligarquía porteña hubiera retomado el poder y, por el peso de sus intereses capitalistas, que en este punto coincidían con los del Litoral, hubiera afirmado su política de amplias concesiones al capital extranjero y de degollina de todos los intereses que se negaran a aceptar la definitiva estructuración del país en base al intercambio de servicios entre los ganaderos y comerciantes del Litoral -los de Buenos Aires a la cabeza- con el capitalismo inglés. *Dentro del país no existían clases capaces de imprimir otra orientación a la evolución nacional*" (Ibid., 40, surbr. de MP).

Y también trágico era el destino del otro antagonista de Buenos Aires: las montoneras del interior y sus caudillos, que Mitre termina de aniquilar después de Pavón. ¿Podían las fuerzas de clase acaudilladas por el Chacho haber aportado una política que llevase al país hacia adelante sin aplastar a las masas ni entregarlo al capital extranjero, como la oligarquía porteña? Por cierto que no. Esas fuerzas tendían a mantener el status quo, no a cambiarlo. Pero ni siquiera para esto tenían fuerza suficiente, de modo que debían apoyar a los estancieros del Litoral quienes, sin embargo tenían en lo esencial una política paralela a la de la oligarquía porteña, como que también ellos aspiraban a darle al país una estructura capitalista semicolonial. Las montoneras del Interior sin embargo vivían pendientes de Urquiza [...] y esto basta para precisar su *trágica impotencia histórica* y su inevitable derrota a manos de la oligarquía metropolitana, el factor capitalista más poderoso y dinámico existente en el país" (Ibid., 45, subrayado mío).

Esta oligarquía, queda dicho, era profundamente antidemocrática, y si bien era capitalista, sólo era progresiva relativamente, en tanto "aportaba algunos escasos elementos

de la civilización industrial". En suma, la tragedia argentina se resumía en que el "país seguía careciendo de una clase moderna vinculada a la producción y proyectada sobre el mercado interno, que rompiera el círculo vicioso producido por el retraso histórico del país cuyos polos opuestos y equivalentes eran: el atraso estancado con apoyo de masas de las montoneras riojanas y el progreso con cuentagotas contra las masas, de la oligarquía porteña enfeudada a Inglaterra" (Ibid., 45-6).

La tragedia del Paraguay

Pero el presidente Mitre había sido capaz de librar, aliado al Imperio del Brasil y al Uruguay del partido colorado, una guerra sangrienta y devastadora contra el Paraguay, logrando al mismo tiempo salir victorioso de la contienda externa y terminar de sofocar la última montonera en el interior del país. Con todo, la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1865-70) se había constituido, en el trance mismo de los acontecimientos, en un episodio sumamente controvertido, y controvertida fue la historiografía que buscó dar cuenta del mismo.

La historiografía liberal, inspirándose en la versión oficial del gobierno argentino (Mitre, Sarmiento), la presentará como una "guerra civilizadora" contra el despotismo feudal de Francisco Solano López en el Paraguay, como una respuesta defensiva al expansionismo paraguayo, como una reacción nacional-popular ante un tirano que asolaba a un pueblo hermano y en cuya ayuda nos veíamos obligados a acudir. Su historiador, don Miguel Angel Cárcano, nos presenta en estos términos líricos el estallido del conflicto:

Un día brumoso de abril, el pueblo de Buenos Aires se sacude en todos sus barrios (12-IV-1865). La gente abandona sus ocupaciones habituales, se agolpa en los despachos de gobierno, en las redacciones de los diarios, en los sitios públicos. Los nervios están encabritados; las almas, excitadas.

¿Qué sucede?

El mariscal López ha invadido a Corrientes, y apresado en su puerto dos barcos de guerra argentinos.

El presidente de la Nación, general Mitre, comunica al pueblo la noticia.

Estalla la exaltación popular. Se improvisan manifestaciones callejeras. El comercio clausura sus puertas, la gente se lanza a la calzada, los grupos y corrillos se forman en todas partes, la ansiedad convierte en llamas los espíritus. Aparecen carteles murales, llueven volantes impresos. Piden la alianza con el Brasil y el Uruguay, la guerra al tirano, la venganza, la liberación del Paraguay oprimido.

Al caer la tarde, el diario **La Tribuna** invita al pueblo a reunirse en la Plaza de la Victoria para aclamar la guerra. El movimiento es espontáneo y ardiente. Está saltando en los corazones. Sólo necesita un rumbo y acaba de hallarlo [...].

Mitre, conmovido y grave, con hondo acento que parece prolongarse sobre la muchedumbre, levanta el brazo derecho pidiendo atención, saludando a la vez, y exclama en el profundo silencio que sucede a su ademán:

[...] La hora ha llegado. Basta de palabras y vamos a los hechos. Que esas exclamaciones que pueblan el aire no sean un vano ruido que se lleva el viento. Que sean el toque de alarma, la llamada popular que convoque a todos los ciudadanos, para correr en veinticuatro horas al cuartel, en quince días en campaña, en tres meses en Asunción (75).

Pero, ¿por qué estalla la guerra? ¿Cómo explicar la "súbita invasión" del Mariscal López? "La violación no es un accidente imprevisible. El Paraguay conduce un ejército veterano,

armado de las mejores armas, disciplinado y aguerrido. Es un mecanismo poderoso, animado por la fe de la ignorancia y la superstición indígenas [...]. Salido de su aislamiento hosco y secular, busca el Océano, y vencedor sin resistencia enemiga, desciende por los grandes ríos Paraná y Uruguay, hijos del mar. [...]. Todo el avance invasor es el triunfo de la astucia [...]. El tirano viene como Yugurta. Es una tromba repentina y gigantesca que arrasa el suelo, los pueblos y los hombres" (Ibid., 17). El "expansionismo" paraguayo, es pues, el resultado necesario de ese "feudalismo primitivo" que se expresa en todos los terrenos. "No es una ambición o voluntad personal el único motor. Es todo lo que le circunda. Suelo, ríos, montañas y bosques, posición, cima, historia, economía, mentalidad colectiva. Todo lo envuelve y sumerge, como en una campana cerrada, que absorbe y fortifica la subjetividad primitiva, para convertirlo en nación y estallar luego en un impulso personal y ciego, como una explosión de la Naturaleza" (Ibid., 292-93).

La historiografía comunista adoptó mayor distanciamiento crítico frente a la Guerra de la Triple Alianza, insistiendo en su carácter impopular y sangriento, y develando los intereses materiales del Imperio brasileño y de la política de Mitre. Así, señala Rodolfo Puiggrós en su **Historia económica del Río de la Plata**:

"Asunción y Montevideo [bajo el gobierno del partido blanco] se convertían rápidamente en dos focos infecciosos que la Argentina y el Imperio necesitaban sanear para que una paz romana pudiera imperar en la cuenca del Plata. Sin destruirlos, Mitre no podía soldar en un todo a las provincias argentinas, todavía propensas a apoyar en el paraguayo, en el oriental o en ambos sus reivindicaciones no apagadas contra Buenos Aires. Los blancos del Uruguay y el dictador asunceño constituían poderosos puntos de atracción e impulsión para las fuerzas aun no del todo sometidas al gobierno argentino, especialmente para el vencido general Urquiza, de quien siempre desconfiaban los dirigentes de Buenos Aires. También para el Imperio del Brasil tenía importancia política y económica reducir las zonas rebeldes..." (76).

Sin embargo, la historiografía comunista era todavía tributaria de la liberal en tanto veía a la historia desde la matriz evolucionista feudalismo/capitalismo. Esto lleva a Puiggrós a caracterizar al Paraguay de los López, igual que Cárcano, en términos de un "gran latifundio". Destaca el fuerte carácter estatista de su economía, pero lo entiende antes que nada como un signo del atraso feudal: "El Estado siguió siendo propietario de miles de escavos y la inmensa mayoría de la población continuó sometida al trabajo forzado y gratuito" (Ibid., 207). Los esfuerzos de modernización desde arriba (incorporación de capitales extranjeros, de técnicas, de ferrocarriles, etc.) son entendidos por Puiggrós como una "superficial asimilación de la técnica extranjera" (Ibid., 206). También coincide con la historiografía liberal cuando señala por parte del Paraguay "marcadas tendencias expansionistas" (Ibid., 206), o califica la estrategia de desarrollo industrial propulsada por López según un "objetivo exclusivamente bélico" (Ibid., 207). De modo que, a pesar del distanciamiento crítico de la política mitrista, Puiggrós concluye, consecuente con su esquema evolucionista, en que "El Paraguay tendría que ser sacudido, tarde o temprano, por una conmoción social que destruyera esa terrible concentración que conducía su desarrollo económico y social a punto muerto" (Ibid., pp. 207-208).

La perspectiva crítica del revisionismo, primero, y de Peña, después, se inspiran en la interpretación de un contemporáneo -y en cierto modo, un actor, si bien distante- de los hechos: Alberdi. En efecto, el viejo exilado libró en aquellos años su última batalla contra Mitre y la política de Buenos Aires, denunciando en folletos y en cartas que pronto se hicieron públicas el carácter reaccionario de una guerra que quería presentarse como "civilizadora". En

primer lugar, Alberdi entiende que el encierro económico-político paraguayo bajo los gobiernos del doctor Francia y bajo los López no respondía a la estrechez feudal de los dictadores sino a una estrategia defensiva de desarrollo autárquico frente a la persistente ofensiva de la política de Buenos Aires: "Ni el dictador Francia ni el Paraguay merecen la fama que deben a su adversario vencido [se refiere al ejército de Buenos Aires comandado por Belgrano, y derrotado en 1811]. Todos los hechos que le valen esta fama [de partidario del aislamiento absoluto], son la obra indirecta o resultado de esa política de Buenos Aires.

"Resistiendo a Belgrano, [Paraguay] no resistió a la revolución, ni persistió en ser colonia española. Dos hechos lo prueban, a saber: 1) que resistió a pesar de su gobernador español, que quiso ceder a Buenos Aires, y el pueblo se opuso; y 2) que luego que venció a Buenos Aires, removi6 a su jefe español, creó el suyo propio y se proclamó independiente de Buenos Aires y de España en 1811, cinco años antes del 9 de julio de 1816 en que recién proclamó su independencia la República Argentina.

"La doctrina o principio que el Paraguay invocó para hacerse independiente de Buenos Aires, fue la misma que invocó Buenos Aires para desconocer la autoridad española y asumir la propia popular, a ejemplo de la metrópoli y según sus leyes, en tanto que se decidía la suerte de España en lucha con la Francia [...].

"Desconocida la autoridad local de Buenos Aires como autoridad del Paraguay, Buenos Aires no cesó de conspirar contra el gobierno que tomó esa actitud, es decir, contra el gobierno del doctor Francia. Hizo entonces con doble motivo lo mismo que hace hoy [1865].

"De ahí el aislamiento en que el doctor Francia buscó la seguridad, y de ahí la dictadura y sus rigores en que Francia buscó, equivocadamente, pero no sin causa, la paz y el orden de Paraguay. El mismo lo dijo así a Robertson, que lo repite en su obra.

"Antes que Buenos Aires hiciera su tratado con Inglaterra en 1825, el doctor Francia invitó a Sir W. Parish a celebrar un tratado, por el que pudiese el Paraguay entrar en comercio libre y directo con la Gran Bretaña. El ministro inglés rehusó tratar con el Paraguay, sin duda porque Buenos Aires lo exigió como condición de su propio tratado. [...] Los señores J. P. y W. P. Robertson, en sus **Cartas sobre el Paraguay**, dicen que el doctor Francia autorizó a J. P. Robertson para dar pasos en Europa en el sentido de conseguir tratados de comercio, libre y directo bajo condiciones lo más pródigas, y aún antes del tiempo a que se refiere Sir W. Parish, pues fue siendo c6nsul el doctor Francia" (77).

En segundo lugar, Alberdi, sin desmedro de su credo liberal, no duda en asumir el carácter progresista de la economía estatal paraguaya, a la que lejos de asimilar al atraso feudal, compara con experiencias contemporáneas avanzadas como los Talleres Nacionales ensayados por Louis Blanc en 1848, el Banco del Pueblo preconizado por Proudhon o la propia banca provincial de Buenos Aires:

"Una vez reducido y obligado el doctor Francia al aislamiento que le dio paz y seguridad, tuvo que establecer monopolios fiscales en los grandes ramos de la industria comercial para tener finanzas y recursos públicos. Era consecuencia natural de su aislamiento.

"Esos monopolios, hijos de la necesidad, que han mantenido, aunque modificados, los gobiernos que le han sucedido, eran una cosa parecida a los talleres nacionales de la revolución francesa de 1848; al Banco del Pueblo de Proudhon, y últimamente al Banco de la Provincia de Buenos Aires [...] (Ibid., 91-92).

De ahí que descargue la responsabilidad de la guerra sobre Buenos Aires, que junto con el Imperio brasileño buscó cerrar el paso al intento paraguayo de salir del aislamiento:

"A la muerte de Francia, quiso el Paraguay sustituir ese sistema por el de libre comercio, pero Buenos Aires lo resistió y declaró la guerra al Paraguay porque quería salir de su aislamiento [...]. Su guerra actual, que invoca por motivo, abrir el Alto Paraguay, tiene por

objeto real y verdadero, cerrar el Bajo Paraná y el Bajo Uruguay". Tenía, pues, Buenos Aires, la responsabilidad de la situación: "Toda la historia moderna del Paraguay desde 1810 hasta 1865, se reduce a un pleito de cincuenta y cinco años con Buenos Aires sobre su soberanía. Ese pleito ha adquirido alternativamente el carácter de guerra abierta, de entredicho y de aislamiento; pero él no ha cesado de existir un día. Toda la conducta interna y externa de ese país, se explica por ese estado de guerra y lo tiene por causa mediata o inmediata" (Ibid., 94-5).

Por último, la causa del Paraguay es la causa de las provincias, la causa de la Nación. Alberdi apela, en defensa de la causa del Paraguay, a la civilizatoria europea: "El interés del Paraguay no es menos opuesto que el de las provincias a la aspiración de Buenos Aires de monopolizar el tráfico de los países litorales interiores. Encerrándose para defenderse, el Paraguay le dio a Buenos Aires lo que deseaba y le dejó el monopolio de la historia de su pleito ante el mundo. De ahí el desacierto del Paraguay. El Paraguay debe defender y debatir su pleito ante el tribunal del mundo en Europa, fuente de riqueza y prosperidad" (Ibid., 96).

Los intereses hegemónicos del imperio brasileño fueron puestos en evidencia a lo largo de aquellos resonantes folletos de la década del '60: ya en su **Les dissensions des Républiques de la Plata et les Machinations du Brésil**, editado en francés en 1863, dos años antes del estallido de la guerra, Alberdi enumera entonces una serie de causas que fundamentan el objetivo expansionista brasileño. Agrega, así, a las causas de carácter demográfico, económico, etc., la perentoria necesidad de galvanizar su vasto territorio en un Estado unificado: "Pero la gran razón por la que el Brasil necesita llevar sus límites hasta el Río de la Plata y sus afluentes el Paraná y el Paraguay, es que no tiene otro medio de asegurar la posesión de los países que hoy integran el imperio. En este sentido se puede decir que defiende su existencia misma aspirando a la adquisición de los territorios del Plata" (78).

Denuncia, simultáneamente, los intereses hegemónicos de Buenos Aires sobre la nación, pues detrás de la política exterior mitrista de alentar la guerra civil hoy en Uruguay y mañana la guerra entre naciones hermanas en Paraguay, está el objetivo de completar la dominación sobre las provincias: "Buenos Aires no podría ejercer acción alguna militar contra el Paraguay sino apoyándose en las provincias litorales argentinas, y como éstas no servirían a Buenos Aires en el interés de su propia expoliación y servidumbre, sería preciso que empezara por conquistar las provincias. De esto se ocupa cabalmente y la guerra que hace hacer en la Banda Oriental no tiene otro objeto ulterior que subyugar a las provincias argentinas con la doble ayuda de Montevideo y del Brasil, para pasar en seguida al Paraguay" (Ibid., p.11).

Conciente entonces, desde la invasión de la Banda Oriental apadrinada por Buenos Aires y por el Imperio, de la inminencia de la guerra, Alberdi fija la estrategia nacional: frente a los intereses hegemónicos (por otra parte contradictorios) de Brasil y Buenos Aires, las provincias del Plata -o sea, la nación- tiene en aquellos sus "enemigos natos" y en el Paraguay "su aliado natural, no sólo para arrancar las libertades y recursos de que las tiene despojadas Buenos Aires, sino también para defenderlos y conservarlos después de reivindicarlos. Esa alianza será una de las bases permanentes de su política exterior respectiva y recíproca. Las provincias argentinas deben tomar el Paraguay como palanca de Arquímedes para levantar el edificio de su gobierno nacional contra las resistencias de Buenos Aires" (Ibid., 110-1).

Pero si el pronóstico alberdiano de la guerra fue certero, y el análisis de los intereses en la cuenca del Plata clarividente, los sectores republicanos del Brasil no se levantaron contra la guerra y los levantamientos en las provincias argentinas fueron sofocados por los ejércitos mitristas. "Las potencias europeas no respondieron de ningún modo a la elocuente apelación alberdiana; los Estados brasileños interiores de las zonas del Alto Paraná no secundaron la causa paraguaya, por ser la suya propia, según lo entendía y calculaba Alberdi; el Río Grande no

se desmembró del Imperio en afirmación de fe y voluntad republicana; el Imperio no se apoderó de las puertas del Plata para controlar la tentación -la necesidad- secesionista de los Estados interiores... Salvo aislados conatos 'caudillescos' de resistencia, pronto sofocados, las Provincias argentinas ni se levantaron contra el gobierno de Buenos Aires, ni mezquinaron el patrótico apoyo posible a los ejércitos del gobierno 'nacional'... (79).

La prensa mitrista no tardó en acusar a Alberdi de "conspirador" y "traidor a la Patria", insinuando que el exilado escribía por dinero o por promesas de empleos diplomáticos en Paraguay (80). "La cuestión es de honor -había escrito el propio Mitre- y ante la dignidad ofendida, todo disentimiento es un crimen". Alberdi exclama: "¡Cómo! Los representantes del *gran partido de la libertad argentina*; los jefes famosos del *gran partido liberal del Plata*, no deben soportar la libertad; es decir, la contradicción, la oposición, la crítica, el examen, sin exaltarse hasta el furor!" (81). Y aunque siguió, infatigable, rechazando las calumnias, librando su lucha desde la soledad del exilio, denunciando las iniquidades de la guerra, reclamando la inmediata paz en la cuenca del Plata, algunas otras voces de sus compatriotas se aunaron a las del tucumano en esa lucha a contracorriente: Carlos Guido y Spano, Miguel Navarro Viola, Juan María Gutiérrez, Olegario V. Andrade (82).

La corriente revisionista -Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortíz, Fermín Chávez, Ernesto Palacio, Elías Giménez Vega- hará una amplia utilización de esta literatura disidente. Asumirán el análisis alberdiano de los intereses hegemónicos de Brasil, por una parte, y de Buenos Aires, por otra, aunque insistirán en la responsabilidad última de los intereses imperialistas británicos en el conflicto, actuando por detrás y a través de Mitre y del Emperador. Por otra parte, buscarán en el Paraguay de los López un modelo de desarrollo nacional, autónomo, estatista, alternativo al modelo liberal, y establecerán un cierto parangón histórico entre el "aislamiento" del Paraguay bajo el doctor Francia y los López y el "aislamiento" de la Confederación Argentina bajo Rosas. "Su desarrollo y su potencia -afirma Ernesto Palacio respecto del Paraguay de los López-, lograda con una política de regulación del comercio y del fomento de sus recursos propios, *muy similar a la del Restaurador*, significaba un desmentido rotundo al sofisma liberal que hacía del comercio libre la condición necesaria de progreso" (83).

Hija directa del influjo revisionista, aunque apela al método de Marx, es la obra de Jorge Abelardo Ramos, **América Latina, un país**. Ramos presenta a la guerra del Paraguay como el último episodio de la disgregación de la Nación Latinoamericana (84). Son las guerras civiles, a las que se agrega la acción disolvente de Inglaterra, las que acentúan el "aislamiento feudal" de todas las provincias del Río de la Plata, incluido Paraguay. Sigue aquí a Alberdi, planteando que su prematura independencia y su obligado aislamiento le permitieron, no obstante, "un desarrollo de las fuerzas productivas". Convirtiéndose así en "uno de los Estados más sólidos de América del Sur". Con la muerte del Dr. Francia, lo sucede un hacendado, Carlos Antonio López, que "afloja suavemente las puertas cerradas y gradúa la intervención de la técnica extranjera y del ingenio europeo, como no supo hacerlo la oligarquía argentina, con su desenfadada tradición de 'liberalismo'". Pero siguiendo la interpretación de Alberdi, Ramos se encuentra con un problema: si Buenos Aires tiene buena parte de la responsabilidad del aislamiento paraguayo, bloqueando la navegación de los ríos interiores y negándose obstinadamente incluso a reconocer su independencia, Rosas, antes de Mitre y Sarmiento, sería uno de los responsables de dicha política de marginación y hostigamiento. Ramos trata brevemente la cuestión, señalando al pasar que los pedidos paraguayos de reconocimiento de su independencia y de libre navegación, fueron rechazados "lúcidamente" (sic) por Rosas (Ibid., p. 120).

Siempre según Ramos, el atraso paraguayo habría obligado al doctor Francia a apoyar la alianza de Caseros, pero la "historia ejerció su amarga réplica. Los vencedores de Caseros debían proseguir su obra de pulverización del Virreynato; *así lo demandaban los intereses británicos en América Latina*. Aquí ocurrió lo inevitable: Paraguay fue aniquilado militar, política y económicamente por la Triple Alianza y sus pequeños héroes" (Ibid., p.120).

También destaca Ramos el modelo de desarrollo autárquico del Paraguay: "El Paraguay del 'tirano' era el fruto de 60 años de evolución autónoma, sin resquicios para la invasión europea en su cruzada mercantil y ética. Obtuvo de ese aislamiento ventajas no despreciables. Su propiedad agraria tenía rasgos casi burgueses; existían en grado insignificante una clase terrateniente... Estas líneas de su evolución le confieren un asombroso parecido con la política aislacionista de Japón -con las diferencias notorias- que le permitió, sobre una estructura feudal asiática, transformarse en pocas décadas en una gran potencia imperialista" (Ibid., p 121).

Paraguay, arrojado al aislamiento por las guerras civiles argentinas, declaró su independencia en 1842, "conservando, sin embargo, su política 'unificadora', acusada por la oligarquía argentina y los hábiles banqueros ingleses como 'expansiva'" (Ibid., 121). Por su parte, Brasil, durante el imperio como bajo la República, tendió "constantemente a ejecutar la política inglesa en el Río de la Plata, aprovechando de paso las migajas para su propia clase gobernante. Gran Bretaña tenía como divisa impedir por cualquier medio la unificación del viejo virreynato español en formas políticas modernas. La guerra de Paraguay fue hija de esa tradición..." (Ibid., p.122). Con la derrota paraguaya, en realidad, "triunfaba la política separatista del capital europeo" (Ibid., p.125) y "se echaron las bases del latifundio bárbaro en Paraguay, despojando a la pequeña burguesía campesina que constituía la tradición histórica más original del Paraguay y el cimiento de su fuerza militar" (Ibid., p.126).

Para Peña, la destrucción de la Confederación Argentina, "por desertión de Urquiza y fusilamiento masivo de las montoneras del Interior", había asegurado la hegemonía de la oligarquía metropolitana sobre todo el país. "La guerra contra el Paraguay fue la continuación lógica y la última etapa de la guerra de la oligarquía mitrista contra el Litoral y las provincias interiores argentinas, en un doble sentido. Desde luego, porque la potencia económica del Estado paraguayo chocaba desde los más viejos tiempos con el monopolio aduanero y portuario de Buenos Aires, dificultando su dominio indisputado sobre todo el litoral, y constituyendo un foco constante de atracción y reagrupamiento para las derrotadas provincias interiores...". Pero además, observa Peña siguiendo una línea argumental que proviene de Alberdi, "la oligarquía bonaerense había entrado en el juego del Imperio brasileño tendiente a fragmentar el país, contrayendo compromisos que la situaban en la zona del Plata como aliada del Brasil, lo cual significaba enemiga del Paraguay" (85).

Una vez señalado el carácter general de la guerra, el primer punto a elucidar es el de esta singular formación social paraguaya configurada a lo largo del siglo XIX, enigma frente al cual fracasan tanto liberales como revisionistas. "La Escuela histórica para pobres mentales que sigue las huellas de Mitre ha encontrado en la influencia de las Misiones jesuíticas el origen de los primeros hilos de la supuesta telaraña de anacronismo vitalicio que envuelve al pueblo paraguayo. Por razones inversas, los seminaristas de la pía escuela histórica que se inspira en Santo Tomás y Felipe V y que reivindica a don Juan Manuel de Rosas, entiende que el secreto del innegable progreso paraguayo hasta su destrucción por los compadres porteño-fluminenses obedece a la bienaventurada influencia de los jesuitas. Como siempre, estas interpretaciones abstractamente ideológicas no guardan la menor relación con la realidad y dejan de lado este pequeño detalle: la influencia jesuita estuvo confinada en el extremo sudeste del territorio

paraguayo, a larga distancia de los núcleos de población española y criolla en base a los cuales se edificó el Paraguay, y que no sólo no recibió influencia ninguna de las misiones jesuitas sino que vivió en permanente hostilidad con ellos hasta que logró su expulsión. En realidad, la particularísima evolución de Paraguay obedeció a factores bastante más materiales que la mística aura jesuita" (Ibid., 49).

Para entender la formación social paraguaya Peña sigue una vez más a Alberdi, sosteniendo que el modelo de desarrollo endógeno fue una respuesta defensiva ante la política hegemónica de Buenos Aires y el estallido de las guerras civiles: "este aislamiento económico y político obligó a la clase dominante del Paraguay, integrada por medianos propietarios agrarios a levantar una economía defensiva, basada en el monopolio estatal de la propiedad del principal instrumento de producción -la tierra- y de la comercialización de los productos fundamentales de exportación, lo cual le permitió, pese a su pobreza en relación a Buenos Aires y pese a los tributos que el puerto único porteño le imponía, capitalizarse aceleradamente. No existía en Paraguay ninguna clase tan rica como los estancieros o la burguesía comercial porteña, pero sí un Estado que por su poderío económico y centralización política podía competir victoriosamente con aquellas clases capitalistas, las más poderosas y prósperas de América del Sur" (Ibid., 50).

En efecto, el doctor Francia buscó en vano inicialmente orientar la economía paraguaya hacia el comercio de ultramar, encontrándose con el obstáculo de Buenos Aires. Fracasada ese intento librecambista, "lógica en una clase que producía para el mercado mundial, los productores paraguayos se orientan hacia un severo proteccionismo que colocando en manos del Estado la comercialización de la yerba primero y el tabaco después, los dos principales productos paraguayos, acentúa su evolución hasta desembocar 'en algo que se aproximaba al monopolio del comercio exterior por el Estado'", observa Peña sobre la base de la información de Horton. Ese monopolio capitaliza al Estado, lo que le permite diversificar su economía, iniciando un proceso de industrialización y asimilación de la civilización capitalista industrial bajo control estatal. Así, hacia 1860, el gobierno paraguayo levanta astilleros y fábricas metalúrgicas, construye ferrocarriles y telégrafos, levanta escuelas y envía jóvenes a Europa para perfeccionarse. El Estado es el único gran capitalista del país (Ibid., p. 52).

Lo que para la prensa mitrista era la "barbarie paraguaya" no era otra cosa, pues, que una formación social que, "en virtud del poderío capitalista de su Estado y de la homogeneidad de su clase gobernante, demostró inmediatamente que era capaz de asimilar la civilización industrial y orientarse hacia ella, pero bajo su control, sin perder su soberanía" (Ibid., p. 53). Con ello quedaba dicho también, que "para contrariedad de los restauradores históricos del Ilustre Restaurador", como Ernesto Palacio, la política paraguaya en nada era "muy similar" a la rosista. "Al afirmar esto los rosistas no hacen más que comprobar que son tan capaces de mentir oficialmente como cualquier miembro de la Academia Nacional de Historia. El incomparable don Juan Manuel, que trasplantaba al campo inglés el rancho y el cencerro pampeanos y prefería el arado de madera al arado de hierro, y además se oponía a la introducción del alambrado, reflejaba una etapa de la evolución de los estancieros porteños que fue muy capaz de asegurar el bienestar ganadero; pero ni con la fantasía miliunanochesca puede imaginarse a don Juan Manuel introduciendo fábricas metalúrgicas y enviando estudiantes a Europa para 'agringarse'. Menos concebible todavía era don Juan Manuel perjudicando a su primito y socio Anchorena y sus grandes amigos los comerciantes ingleses para declarar la exportación de cuero y carne y la importación de manufacturas monopolio del Estado. La política paraguaya no era 'similar' a la de Rosas. Era su antítesis, como Palacio es la antítesis de la buena fe y aún de la inteligencia" (Ibid., 53-4).

Es más, si los intereses hegemónicos de Buenos Aires eran en gran medida responsables del aislamiento paraguayo, las dos largas décadas de gobierno rosista no habían constituido una excepción. El propio Ramos, dijimos, entendía que los pedidos paraguayos de reconocimiento de su independencia y de libre navegación habían sido rechazados "lúcidamente" por Rosas. Pero entonces, argumenta Peña, si se entiende que Rosas obró "lúcidamente", se desprende lógicamente que la continuación de esta política por Mitre también fue "lúcida" y habría que concluir apoyando la guerra mitrista... Por lo que concuye Peña: "Esto es un ejemplo interesante de la robusta mala fe -¿o mera anémica bobería?- de los rosistas, que apoyan la política de la oligarquía porteña cuando la ejecuta el católico Rosas y hasta la encuentran 'lúcida', pero combaten -en el papel- cuando la ejecuta el masón Mitre..." (Ibid., 59-60).

No sólo se equivocaban Puiggrós y los "historiadores stalinistas -modestos parafraseadores del mitrismo histórico-" cuando confundían el cuasi-capitalismo de Estado paraguayo con un gran latifundio feudal, sino que las consecuencias histórico-políticas de esta caracterización eran funestas, en la medida en que terminaban legitimando el carácter supuestamente "civilizador" de la guerra: "si Paraguay era una supervivencia feudal que se oponía al progreso del capitalismo, aniquilar al Paraguay era progresivo y entonces la Guerra de la Triple Infamia era históricamente progresiva, pese a sus horrores, porque aportaba un tipo superior de civilización a una nación que no sabía llegar a ella por sus medios. Paraguay evolucionaba independientemente hacia la civilización capitalista industrial y la guerra porteño-carioca vino a cortar esa evolución progresiva para reemplazarla por la súbita asimilación al mercado financiero de Europa en calidad de misérrima semicolonía. Todo esto sin contar la mutilación de su territorio y la liquidación de casi toda su población masculina" (Ibid., 54-5).

Lo que no comprendían liberales ni revisionistas, anclados en la oposición irreductible entre civilización y barbarie -y más allá del signo valorativo que dieran a cada uno de estos polos—, era la paradójica dialéctica histórica que se operaba entre estos contrarios. Los liberales dicen defender, con Buenos Aires, la causa de la Democracia y la Civilización; los revisionistas, poco proclives a la valorización de la democracia, se desentienden de su carácter dictatorial y ven en el Paraguay solo la causa del desarrollo autónomo y del Estado soberano. Podría decirse, para Peña, que "la sociedad paraguaya, pese a la dictadura estatal personalizada y de formas casi monárquicas, era un país democrático en este sentido: que frente al enorme poder de Estado -que no era un Estado parásito, sino ligado íntimamente a la producción y la comercialización de la producción- todas las clases eran relativamente débiles e iguales" (Ibid., 50-1). Sin duda que "el gobierno paraguayo era despótico y unipersonal, no 'liberal'; como Mitre. Pero entre el despotismo de López respaldado en la confianza de la mayoría de la población, y el liberalismo fullero de Mitre respaldado en las bayonetas del ejército de línea contra la voluntad de la mayoría de las provincias, la causa del progreso nacional estaba defendida por López, no por Mitre. Bajo la cáscara liberal del mitrismo se creaban las condiciones para la supeditación nacional al imperialismo mientras que bajo el despotismo lopecista se desarrollaba un contenido que conducía al desarrollo autónomo y progresivo de la nación" (Ibid., 55-6). Alberdi había sido el primero en comprender que la dialéctica histórica no adoptaba la forma de la mera oposición entre civilización y barbarie, sino este carácter paradójico de la lucha entre el "despotismo progresivo" de López y la "democracia colonial" de Mitre.

Un último punto a elucidar dentro del debate historiográfico gira en torno al peso relativo del imperialismo británico en el conflicto. Peña entiende que está en lo justo el historiador brasileño Caio Prado cuando señala que "la monarquía brasileña no será más que un juguete en las manos de Inglaterra". Sin embargo, el revisionismo había centrado el análisis histórico de los conflictos de la cuenca del Plata en una explicación extrínseca, que descansaba en último

término en la acción económica y diplomática de Gran Bretaña. Así, Scalabrini Ortíz afirmaba que la guerra del Paraguay había sido "tramada pacientemente en secreto por la diplomacia inglesa", o Ramos reducía la política del Imperio del Brasil a la mera ejecución de la política inglesa en el Río de la Plata. Peña busca evitar cualquier explicación conspirativa de la historia, de modo que sin desconocer el peso decisivo de las presiones británicas, busca centrar su explicación, siguiendo otra vez a Alberdi, en las causas endógenas de la guerra. "Ni la monarquía coronada brasileña ni la oligarquía mitrista hicieron la guerra del Paraguay por encargo de Inglaterra, aunque al terminar la guerra el principal beneficiario de la destrucción del Paraguay y la miseria de sus vencedores fue el capital londinense". Inclusive la guerra se produce en momentos en que "las relaciones entre la monarquía brasileña e Inglaterra no eran cordiales, porque Inglaterra protegía la producción azucarera de sus colonias en detrimento de la producción brasileña y bloqueaba los puertos del Brasil para impedir la introducción de esclavos clandestinos a la oligarquía de plantadores brasileños.

Eran, pues, causas endógenas al propio imperio brasileño las que lo empujaban a una política de anexión del Paraguay y el Uruguay, lo que "contrariaba directamente la posición británica, que no deseaba un Uruguay dependiente de Brasil ni de la Argentina, sino independiente de estos vecinos y controlado por Londres". Si el Brasil terminaba por implantar su completa soberanía sobre el Paraná y el Uruguay, la monarquía hubiera sido mucho más esquivada a las imposiciones británicas y se hubiera debilitado la influencia directa de Londres en la Cuenca del Plata (Ibid., 60-1).

Las consecuencias económicas y políticas de la guerra son conocidas: el Imperio del Brasil salió fortalecido, abriéndose entonces una etapa de intensas fricciones con el Estado argentino. El Paraguay, por su parte, fue literalmente arrasado por las fuerzas "civilizadoras". La Guerra de la Triple Infamia fue el comienzo de su subordinación colonial al capital europeo y a la burguesía porteña -su intermediario en el Plata. Al saqueo físico de los años de la guerra, siguió el saqueo financiero: en 1870 Paraguay contrajo el primer empréstito de su historia, endeudándose con Londres en un millón de libras esterlinas.

Para la economía argentina, constituyó "una de las más gigantescas orgías de despifarro en que incurrió la oligarquía porteña": a partir de la guerra se debilitó y quedó más endeudada que antes al capital extranjero. Sin embargo, significó un extraordinario negocio especulativo para la burguesía comercial y financiera de Buenos Aires, beneficiada a través de los cuantiosos préstamos en oro del Imperio y los adelantos de la Casa Baring, así como para la burguesía proveedora del ejército.

"Pero a la larga el gran beneficiado por la guerra del Paraguay fue el imperialismo inglés, quien aprovechó la penuria de fondos que sufría la Argentina a causa de esa guerra para endeudarla más y colocar nuevos ganchos en la economía argentina. Brasil también le prestó plata -y en cantidad- a Mitre, pero era plata que él a su vez tomaba a préstamo en Londres, acentuando la perpetua crisis de su economía esclavista" (Ibid., pp. 95-105).

La tragedia del Paraguay muestra, a pesar de todo, que no hay fatalidad histórica. Ella pone en evidencia que, dentro de ciertos límites, y contando con una estrategia nacional y con un Estado fuerte, era posible un desarrollo relativamente independiente. La guerra emprendida contra él muestra también los estrechos límites de este camino. Mitre había logrado imponer "el predominio indiscutido de la oligarquía porteña sobre el resto del país, incluso sobre los otrora rebeldes ganaderos entrerrianos, y destruyó también, en beneficio de la burguesía europea y de su servil intermediario sita en las orillas del Plata, el primero y único intento de evolución independiente hacia el capitalismo industrial que conoció América Latina hasta hoy" (Ibid., 106).

El camino de la evolución independiente se angostaba, en la medida en que no contaba con aliados de peso en el interior del país. Una de las dimensiones de la victoria mitrista había sido la de neutralizar a Urquiza y a los ganaderos entrerrianos, "aliados naturales", como diría Alberdi, del Paraguay. Otra de esas dimensiones fue la derrota de la última montonera que estalló en el interior del país, encabezada por el coronel Felipe Varela.

No hay duda del carácter popular de la resistencia de Varela, que contrastaba notablemente con la impopularidad de la guerra del Paraguay. A pesar de su popularidad, la "impotencia histórica" de la última montonera se revelaba en su incapacidad de marchar en forma independiente de Urquiza: mientras Varela levantaba el grito de "¡Viva el ilustre General don Justo José de Urquiza!", éste ya había cedido al juego de Mitre y "sólo deseaba que lo dejaran hacer en paz sus negocios como socio menor de la oligarquía porteña" (Ibid., 89-90).

La montonera del litoral había llamado a la rebelión contra la guerra y había enarbolado un programa de "paz y amistad con el Paraguay" y de "unión con las demás repúblicas latinoamericanas". Pero si ese programa era idealmente superior al de la oligarquía porteña, la montonera era incapaz de hacerlo triunfar, no sólo por su debilidad material frente al ejército mitrista, sino "porque la realización de ese programa requería la organización de la sociedad argentina sobre un régimen de producción superior al de la oligarquía argentina y que los montoneros -representantes de un sistema inferior incluso al oligárquico- no podían ni soñar". Y si es cierto que se elevaron al grado de soñar con la unidad latinoamericana, era entonces un sueño irrealizable pues se "carecía de una clase social capaz de semejante tarea" (Ibid., pp. 88-90).

Peña fundó su crítica en una amplia gama de interpretaciones y fuentes documentales. Se valió de la obra del historiador norteamericano Pelhalm Horton Box **Los Orígenes de la Guerra de Paraguay Contra la Triple Alianza** (traducida al castellano y editada en Asunción en 1936); de las del uruguayo Luis Alberto de Herrera; del mexicano Carlos Pereyra; del paraguayo Juan O'Leary; y de las obras de autores locales como Guido y Spano, Victorica, Pelliza, Saldías, Quesada, Vera y González... Se nutrió de documentos oficiales, apelando a los sucesivos volúmenes editados desde 1911 como el **Archivo del General Mitre**, de los artículos de la prensa de la época, de la correspondencia política y diplomática de las grandes figuras. Pero sin duda, la principal fuente de inspiración es otra vez Alberdi, el Alberdi de "los póstumos", quien alcanza para Peña, en los años de la Guerra del Paraguay, "el punto más alto de su vida -y fija de paso el plano más alto de audacia y veracidad a que ha llegado el pensamiento político argentino" (Ibid., p.93). No obstante el común influjo de Alberdi sobre Peña, sobre los revisionistas y sobre Ramos, su apropiación por parte de Peña tendrá un sello particular, que le permitirá tomar distancia y ejercer la crítica sobre los mitos que sobreviven en la literatura revisionista en torno a la Guerra del Paraguay.

Peña no pudo enriquecer su enfoque con las investigaciones que otro historiador, también partiendo de los parámetros del materialismo histórico y en deuda con el Alberdi póstumo, desarrolló en años posteriores. La obra de León Pomer **-La Guerra del Paraguay ¡gran negocio!** (1968), **Conflictos en la cuenca del Plata en el siglo XIX** (1979) y **Cinco años de guerra civil en Argentina** (1988)-, resultado de años de trabajo erudito por parte de un historiador profesional, se inscribieron en una línea de investigación y en un talante crítico que, sin conocer el ensayo de Peña, guardan gran afinidad con él (86).

La originalidad de las tesis de Peña sobre el significado del **Martín Fierro** y la perspectiva política de su autor merece un breve *excursus*. Publicado entre 1872 y 1879, el poema de José Hernández ganó rápidamente el fervor de los sectores populares, pero su ingreso en la "literatura argentina" es bien posterior. Si bien llamó la atención sobre él tempranamente la crítica española (autores como Marcelino Menéndez y Pelayo y Miguel de Unamuno), recién con las conferencias de Leopoldo Lugones de 1916 reunidas luego con el título de **El Payador** se comienzan a reconocer sus valores estéticos y su carácter nacional, entendiéndoselo desde entonces como la culminación de la literatura gauchesca. A partir de ahí, Ricardo Rojas lo instituye dentro de la literatura nacional (**Los gauchescos**, el primer volumen de **La Historia de la Literatura Argentina** se edita ese mismo año) y sucesivamente se ocuparán del **Martín Fierro**, de distintos aspectos literarios y sociales de la obra y hasta de la psicología de su autor, figuras intelectuales como Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada, etc.

El consenso universal generado en torno al valor literario de la obra, así como a su carácter nacional, llevaron a equipararla con la otra gran obra de la literatura argentina del siglo pasado: el **Facundo**. Instalado el **Martín Fierro** en el centro de la literatura nacional, el paralelo de Hernández con Sarmiento se hacía inevitable: el más alto poeta y el más grande prosista de la literatura argentina del siglo XIX, participaban, con obras de muy distinta naturaleza y con ideologías opuestas (oposición entre lo culto y lo popular, lo europeo y lo nacional, el liberalismo y el federalismo, etc.) en la configuración de una cultura nacional.

Si bien los revisionistas y la izquierda nacional buscarán recuperar al **Martín Fierro** y a su autor desde otro lugar, el mito del anti-**Facundo** se va a ver potenciado. La crítica literaria liberal, al integrar a Hernández en su Olimpo, habría sacrificado el profundo contenido histórico y combativo del poema, opacando al mismo tiempo al periodista, al militar y al político que se había batido en todos los terrenos contra el liberalismo mitrista. Los revisionistas cuestionan lo que entienden como una "maniobra esteticista" de la crítica liberal, quieren recuperar al hombre-político Hernández, ocultado por detrás de **Martín Fierro**, y devolver así al poema su dimensión histórica y su lado combativo. Para Fermín Chávez no existe el "misterio Hernández" que tanto preocupa a Martínez Estrada. Para comprender por qué "un hombre de cuna patricia y *decente* como Hernández canta la vida de los gauchos ambulantes" no es necesario recurrir al psicoanálisis del autor ni a las grandes analogías con los personajes de la literatura universal: basta restituir la obra al "cuadro histórico-cultural donde se mueve Hernández en vísperas de su gran creación literaria" (86 bis).

Uno de los mentores de la izquierda nacional, Enrique Rivera, entiende que gracias al aporte de diversos estudiosos que recuperaron la biografía del autor del **Martín Fierro**, se reveló "un gran político tendenciosamente 'olvidado' tras la valoración del poema. Hernández ha sido en nuestra historia y durante el período de la 'organización nacional' el representante más eminente de la corriente nacionalista y democrática contrapuesta por igual al unitarismo, al rosismo y al mitrismo" (87). Este autor señala, pues, el paralelo entre la reivindicación que se hace del gaucho en el poema y la postura política del periodista Hernández: "En **El Río de la Plata**, por primera vez en nuestro periodismo, se defienden sistemáticamente y como causa fundamental, los derechos del gaucho, paria en su tierra, y se ataca la política de persecución y represiones que la oligarquía prepotente ejerce sobre ellos. Toda la historia de **Martín Fierro** hállase ya en la prosa valiente de los editoriales de Hernández en su periódico" (p. 91).

Otra de las figuras intelectuales del nacional-populismo, Juan José Hernández Arregui, salía al cruce de la lectura de Borges, insistiendo en que tanto el poema como los escritos periodísticos de Hernández "tienen el mismo fin: la defensa de la política del gauchaje

amenazado de extinción histórica"; concluyendo que, en suma, "**Martín Fierro** es el conflicto inconcluso del pueblo argentino contra la oligarquía" (88).

Por su parte, Jorge A. Ramos, polemizando también con la interpretación de Martínez Estrada, construye la imagen de un Hernández exponente del "federalismo genuino del interior nacional que quería construir un país y destruir el monopolio aduanero de la europeizante Buenos Aires"; discutiendo **Muerte y transfiguración del Martín Fierro**, sostiene que la lucha de Hernández "se emparenta con la montonera, con los caudillos, con las masas del interior, con el gauchaje alzado". "Lo que trata de hacer Hernández era justamente propulsar el desarrollo de una burguesía nacional, el avance de un capitalismo argentino necesario" (89).

Pero del culto al Hernández nacional participa no sólo el revisionismo, sino inclusive la izquierda comunista. Como ha observado T. Halperin, uno de sus exponentes, el escritor y ensayista Alvaro Yunque, también se refirió al **Martín Fierro** como a ese "monumento precursor de la literatura que habla en nombre de los desposeídos [...] en un espíritu muy distinto del que hoy anima a quienes se reconocen en él a partir de la nostalgia por el pasado más tradicional" (90).

Peña demolerá este nuevo mito en veinte páginas apretadas de polémica agil y documentada (91). Sin desconocer las diferencias sociales ni políticas entre los distintos sectores de la clase dominante argentina, Peña parte de la tesis de una fuerte "uniformidad de intereses" a su interior, la que en este período se expresa en una estrategia librecambista que, de cara a Gran Bretaña y al capital extranjero, busca terminar de estructurar al país como "un gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial". Todos los sectores sociales (esto es, las fracciones hegemónicas de la clase dominante argentina: comerciantes, estancieros porteños y estancieros del litoral), todas las fracciones políticas (el partido liberal, el partido autonomista nacional, el partido federal...), coincidían en esta estrategia; ningún sector propició una estrategia nacional de "independencia económica frente al capital extranjero, basada en el desarrollo industrial de país y el fortalecimiento del Estado nacional" (p. 40).

No puede ignorarse, argumenta, que Hernández militó en las filas de la Confederación argentina, que resistió permanentemente a la hegemonía mitrista, que "expresó consecuentemente el sentimiento nacional contra esa odiosa guerra de la oligarquía porteña" que fue la Guerra del Paraguay. Pero de ahí no se puede desprender que sostuviera algún tipo de estrategia nacional independiente del imperialismo. El revisionismo y la izquierda nacional habían construido una imagen dicotómica, donde Mitre representaba el rol del liberal proimperialista y Hernández el rol del federalista nacional-democrático. Para Peña se trata de una contraposición imaginaria: hay, a lo sumo, "aquí y allá, chispazos de que algún partido o personalidad esboza una política nacional burguesa frente al capital extranjero, sea por lucidez de algún personaje o por necesidad demagógica de llevarle la contra al gobierno de turno. Pero de inmediato el mismo partido o personaje aparece propiciando una política entreguista peor que la que combatía, y en ese sentido los acuerdos se reparten simétricamente entre todas las tendencias en pugna en el poder" (p. 40).

Peña ilustra este diagnóstico con el debate que se desató en 1869 en torno al proyecto privado (local, pero vinculado al capital extranjero) de ampliar las obras del puerto en Buenos Aires. El entonces presidente, D. F. Sarmiento, acepta la propuesta argumentando que "el erario público no estará por muchos años en aptitud de llenar las exigencias de tan colosal empresa"; el informante que defiende el proyecto en la Cámara de Diputados argumenta que "el Estado es un mal constructor" y que "si interviene en cada manifestación de la actividad humana se expone a ejercer una actividad despótica". Entonces Mitre, en trance de cuestionar cada paso de

Sarmiento, se opone al contrato, exponiendo conceptos de corte nacionalista, argumentando que el proyecto buscaba "subordinar el interés general al particular" y defendiendo la concepción según la cual "hay una porción de empresas que por necesidad y conveniencia pública deben estar radicadas en el gobierno". Comenta Peña: "Cabe preguntarse, desde luego, por qué Mitre no se acordó de todo esto cuando firmó la escandalosa concesión de tierras al Central argentino, desoyendo los consejos de Sarmiento, que a su vez se olvidaba o no podía acordarse de ellos cuando él podía ponerlos en práctica y en cambio hacía suya la política que había criticado en Mitre". Con todo, es innegable que, en cierta y determinada conjuntura, Mitre planteó "una política nacional burguesa de resistencia al imperialismo", mientras Hernández, desde su periódico **Río de la Plata**, sostuvo no sólo el proyecto de puerto privado, sino que defendió enfáticamente una filosofía liberal en contra de cualquier forma de Estado empresario (Peña, pp.40-44).

Las dicotomías históricas de los nacional-populistas se muestran, pues, incapaces de dar cuenta de una realidad más compleja y sutil. Peña, que cultiva la paradoja, concluye que "en lo relativo al tipo de desarrollo deseado para el país no había divergencias entre los partidos argentinos, y cuando estas diferencias aparecen resulta que los supuestamente nacionalistas son menos nacionalistas que los clásicos agentes de los intereses más antinacionales" (Peña, 45).

Sin embargo, argumentan los nacional-populistas, el programa político del **Río de la Plata** levanta la protección del gaucho, la autonomía de las localidades, la abolición del contingente de fronteras, la elegibilidad popular de los jueces de paz, de los comandantes militares, de los consejos escolares y hasta la de los curas... ¿No están en lo correcto autores como Rivera o Ramos cuando califican este programa de antioligárquico, auténticamente nacional y tendiente a hacer de la Argentina un país capitalista independiente y no una semicolonia? Contrargumenta Peña: "Pero miremos más de cerca la cuestión. ¿A qué clase daba expresión esa política 'nacional' de Hernández? ¿Al gauchaje? Ya sabemos que esta clase no puede aportar ningún tipo de organización de país distinto al que elaboran los estancieros". No sólo los artículos periodísticos de Hernández, sino la propia lectura del **Martín Fierro** revelan, con su apología del trabajo, o su imagen idílica de la relación entre estancieros y peones, que "no está reflejando los intereses del gaucho, a quien quiere, no como gaucho, sino como peón de estancia, es decir, gaucho domado por el estanciero. Y es precisamente a la clase estancieril a la que viene a servir el nacionalismo liberal de Hernández" (Peña, pp. 47-48).

Sin embargo, en el **Martín Fierro** aparecen también fuertes críticas a ciertas figuras del Estado, como el juez de paz, el comandante de fronteras o el ejército mismo. "Se dirá que al fin y al cabo ese Estado contra quien se rebela Martín Fierro es el Estado de los estancieros". Pero para Peña el Estado oligárquico no es un Estado instrumentalmente capturado por los estancieros: tiende a pensarlo en términos de una materialización institucional de una relación de fuerzas sociales. En este caso, al interior del Estado, se juega la lucha por la hegemonía entre la burguesía comercial porteña y la burguesía agraria (los estancieros). En la medida en que la relación de fuerzas se inclinaba hacia la burguesía comercial, el Estado "descargaba sobre los gauchos la defensa de las fronteras y despoblaba las campañas dejando a los estancieros sin mano de obra. Y por otra parte, el sistema de defensa de fronteras en base al trabajo forzado del gaucho era absolutamente incapaz de defender seriamente la frontera, con directo perjuicio de los estancieros que perdían ganado, y jugoso beneficio de los capitanes, jueces de paz y comerciantes de campaña, que explotaban al gaucho en la frontera como peón y traficaban con los indios en base al producto que éstos robaban a los estancieros [...]. Contra todo esto, que perjudicaba al gaucho en sus huesos y al estanciero en sus pesos, protesta José Hernández" (p. 48). Por eso, las reivindicaciones de Hernández en el **Río de la Plata** como las

de Martín Fierro en el poema, no se dirigen nunca contra la clase estancieril, ni contra el Estado en sí mismo: buscan disputar con la burguesía comercial con vistas a acordar un nuevo "orden que garantice al gaucho su seguridad en cuanto trabajador rural —o sea: mano de obra para los estancieros— y efectiva protección de las fronteras mediante un ejército remunerado, no relleno con gauchos juntados a viva fuerza" (p. 50). Peña ilustra sus afirmaciones citando incluso numerosos versos del poema.

Por otra parte, para aventar cualquier duda sobre algún tipo de intención "antioligárquica" en esta obra, Peña señala que las quejas del gaucho Martín Fierro y los reclamos de Hernández en el **Río de la Plata** coinciden puntualmente con los que aparecen en la misma época en el vocero corporativo de los estancieros: los **Anales de la Sociedad Rural Argentina**, reclamaban en 1870 a las autoridades gubernamentales "que de una vez librasen al pobre habitante nacional de la campaña de tener que abandonar sus hogares y su familia en la miseria para ir a guarnecer las fronteras de una manera inconducente e indefinida" (Peña, p. 49).

El primer eco de estas originales y revulsivas páginas de Peña, publicadas por primera vez en 1968, se dejó oír, a principios de los 70, por boca de un joven intelectual peronista, José Pablo Feinmann, integrante del consejo de redacción de **Envido** (92), revista que, por otra parte, no dejó de atacar en ninguno de sus números la perspectiva histórica clasista de Peña. No obstante, aquí, contra el consenso generalizado del carácter nacional del **Martín Fierro** y de su autor, el peronista Feinmann retoma la tesis del clasista Peña para sostener que "Hernández no habla en su único nombre: concretos intereses de clase evidencian su protesta. El **Martín Fierro** plantea el enfrentamiento entre los sectores ganaderiles del litoral y la política de la burguesía comercial porteña [...] la clase ganaderil no es intermediaria sino esencialmente productora, y en su condición de tal menesterosa de mano de obra barata. Necesita, pues, conchabar en sus estancias a esos mismos gauchos que la burguesía porteña desea exterminar. Estos oscuros gauchos, en efecto, son un elemento excepcional para la clase ganaderil: constituyen una mano de obra no sólo *barata* sino también *calificada*". Finalmente, el programa de la *Ida* ("crear un ejército de línea para defender adecuadamente las fronteras, abandonar la búsqueda de contingente en el gauchaje, dotar de derechos al gaucho y tratarlo como a cualquier ciudadano, impedir los abusos de los jueces haciéndolos elegir en comicios legales, etc.") comienza a ser realizado por la misma burguesía porteña. "Por eso **La Vuelta del Gaucho Martín Fierro** ya no le está dirigida. Su destinatario directo es ahora el habitante de la campaña bonaerense y litoralense. [...] Ahora hay que dirigirse a los gauchos y enseñarles con qué deberes habrán de pagar sus derechos: ha llegado la hora del *consejo*", del consejo de masedumbre: "*manejensé como buenos*" (Cit., pp. 17-9).

Como puede desprenderse del simple cotejo de estas y aquellas citas, todo el artículo de Feinmann está, por así decirlo, generosamente inspirado en la interpretación de Peña. Un parcial reconocimiento aparece finalmente, en una nota al pie, en la que Feinmann está dispuesto a aceptar que en un *aspecto*, parcial y delimitado, hay un autor marxista que se le anticipó: "Este aspecto de la cuestión Hernández, el aspecto clasista, es el que desarrolla especialmente Peña Milcíades [sic] en **De Mitre a Roca**, Buenos Aires, 1968. Hasta donde conocemos, Peña es el único autor que impugna a Hernández desde una perspectiva nacional". Pero para deslindar cualquier compromiso, aclara a continuación: "Estas breves y brillantes páginas, poseen, sin embargo, la limitación de casi todos sus escritos: una escasa sensibilidad para los factores políticos y la aplicación de un marxismo furiosamente económico" (p. 25, n. 39). Y en el cuerpo del texto, cierra el artículo con una crítica a las interpretaciones marxistas de la historia argentina, sean "dogmáticas" (comunistas) o "economicistas" (M. Peña), porque con su

"filosofía de la historia" —según la cual era inexorable que triunfaran las clases ligadas al mercado mundial— desembocarían en la "justificación liberal de nuestra dependencia".

Resulta por lo menos paradójico que un autor que cuestiona toda la bibliografía existente sobre Hernández adoptando, al menos en este *aspecto*, una postura marxista, que como tal atiende a los intereses materiales de las clases y sectores de clase, presente semejantes pruritos contra el "clasismo" y el "economicismo". Todo el programa teórico de Feinmann en los 70 estuvo orientado hacia la "autonomía de la política", mientras el proyecto de Peña se desarrolló en sentido contrario: en sus propias palabras: "la política, como la naturaleza, tiene horror al vacío" (p.47), y el método marxista no consiste en otra cosa que en pensar la política a partir de su base material. Lo curioso aquí es que la "originalidad" del análisis de Feinmann sobre Hernández y el **Martín Fierro** no es un producto de su análisis intrínsecamente político, sino de una apelación al método materialista. Como una evidencia sintomática del malestar de Feinmann con el marxismo, en la recopilación de los artículos de **Envido** que hizo para su libro **Filosofía y Nación**, eliminó incluso esa nota al pie donde reconocía parcialmente su deuda intelectual con Peña. En una aguda reseña bibliográfica del libro, Carlos Altamirano no dejó de señalarla, provocando una airada reacción por parte de Feinmann (93).

También advirtió esta deuda Tulio Halperin Donghi, cuyo minucioso estudio sobre el autor del **Martín Fierro** lo condujo a preguntarse por las razones de "la invención para Hernández de una biografía de noble paladín de causas que sabe perdidas" (94). Para Halperin, la respuesta no puede hallarse tanto en la más bien sobria vida política de Hernández, sino en la persistente necesidad de los revisionistas y las izquierdas de construir una tradición nacional combativa. "Muy comprensivamente, las exploraciones históricas de Alvaro Yunque estaban en parte estimuladas por la esperanza de hallar por fin en Hernández a uno de los ideólogos de la revolución democrático-burguesa en la Argentina, y que tan obstinadamente se rehusaban a ser descubiertos por la tenacidad de una izquierda en busca de precursores. La constatación de que a pesar de todo ése no parece haber sido el papel que el redactor del **Río de la Plata** procuró hacer suyo en la constelación ideológico-política de su tiempo inspiró luego otros exámenes que se consagraron en lenguaje a veces destemplado a acusar a Hernández de no haber sido lo que en verdad nunca declaró ser, sino casi lo opuesto: un oblicuo defensor de los intereses de nuestra clase terrateniente; Milcíades Peña formuló sobre el tema una requisitoria no carente de perspicacia, y recientemente José Pablo Feinmann vino a reiterarla en lo sustancial, aunque esta vez en tono más melancólico que colérico" (Halperin, p. 94).

De Mitre a Roca: la consolidación de la clase dominante argentina

Si hasta el momento hemos resaltado el carácter innovador de muchas de las tesis historiográficas de Peña, quizá la más original y perdurable sea la referida a la formación y características de la clase dominante argentina. Peña creyó que encontraría aquí una de las principales claves a los problemas de la historia argentina, y le dedicó los mayores esfuerzos a conceptualizarla, a estudiarla en todas sus vertientes, a rastrear su pensamiento y sus prácticas en sus fuentes directas.

Todavía a fines de los 70 y primeros 80 una serie de investigadores manifestaba su insatisfacción acerca de los estudios sobre la clase dominante argentina. En 1978 Waldo Ansaldi señalaba, en un congreso reunido en torno al tema de la formación de las burguesías latinoamericanas, los límites que respecto del tema se presentaban en gran parte de las interpretaciones historiográficas argentinas. Sostuvo allí que la clave para resolver la relación entre las clases sociales y sus propuestas políticas debía buscarse "en la correlación de las

fuerzas de clase, a condición de establecer con precisión cuáles son las clases sociales, cuál su respectiva posición dentro de la estructura social (es decir, su relación con los medios de producción, la generación y distribución del excedente), su nivel de conciencia y, sobre todo, la dinámica histórica en que se insertan, vale decir, aprehender las fracturas y transformaciones de cada clase". Y concluía: "Es ése el punto más deficitario de la historia argentina" (95).

Por la misma época Jorge Sábato proponía la necesidad de someter a una discusión crítica la interpretación de la clase dominante argentina que, "con la fuerza de una tradición arraigada y aceptada", todavía a fines de los 70, identificaba clase dominante con oligarquía terrateniente (96). Poco después Oscar Ozslak, en un tramo decisivo de su estudio sobre **La formación del Estado Argentino**, se topaba con el problema de la relación entre dicho proceso y la constitución de las clases sociales. Señalaba al respecto que "La historiografía argentina aún carece de una adecuada caracterización de la estructura de clases — particularmente, de la clase dominante— y su evolución a través del extenso período que demandó la consolidación del estado nacional" (97). No es casual que, como veremos luego, todos estos autores sean lectores atentos de Peña y tributarios de muchas de sus anticipaciones.

Pero si todavía en época reciente nuestros historiadores insistían en señalar estos déficits, para la época en que Peña escribe su historia argentina (1955-57) el vacío historiográfico sobre la clase dominante argentina es casi absoluto; no existían siquiera historias de las entidades empresariales argentinas —si exceptuamos ciertas versiones oficiales—, por otra parte tan representativas de nuestra clase dominante y con tanto peso social y político, como la Sociedad Rural o la Unión Industrial (recién a fines de esa década y comienzos de la siguiente la sociología argentina va a ocuparse, con otros métodos y según los parámetros del estructural-funcionalismo, de lo que entonces llaman la "clase alta". En el capítulo siguiente veremos el ajuste de cuentas que ensaya Peña con dicha producción).

Peña trabaja en una doble vertiente: por una parte busca en el marxismo (y también en el "ala izquierda" de la sociología, que lo lleva a descubrir a Wright Mills) recursos teóricos para conceptualizar la clase dominante; por otra parte, reúne un vastísimo fichero con información empírica sobre los sectores agrarios, financieros, comerciales e industriales del país, sobre sus respectivas entidades empresariales, sus principales dirigentes y sus respectivos vínculos con el Estado. Acudirá para ello a las fuentes más diversas y muy poco frecuentadas en la época, incluso por la investigación académica, como los boletines o los anales de las entidades corporativas.

Resultado de esta doble labor son una serie de tesis notables y anticipatorias, que a los fines de una mayor claridad expositiva, dividiremos en cinco ítems: problemas de método, la cuestión de los condicionamientos estructurales y los márgenes de acción de los sujetos, la naturaleza y a especificidad de la clase dominante argentina (a diferencia del "modelo clásico" de clase dominante), el tema de los conflictos intraoligárquicos y, finalmente, el de la reacción entre clase dominante y Estado.

a. Conceptualización y problemas de método: estructura y sujeto

Queda dicho que Peña busca pensar el capitalismo argentino y la clase dominante en el país a través de categorías teóricas no siempre apropiadas para la construcción de un modelo complejo y específico, pero que son las que estaban disponibles para un marxista de su época: la de "país semicolonial", la de burguesía como clase dominante escindida en una serie de fracciones, la de Estado como "instrumento" de clase, la de gobierno o régimen "bonapartista" como resultado de un cierto empate de fuerzas sociales, etc. También señalamos que, si bien Peña no puede sino utilizar esta terminología de la época, forzó los términos para tratar de

pensar más allá de ellos, y si bien no alcanzó el punto de una nueva conceptualización y una crítica de los conceptos antiguos, sentó las bases para que futuros investigadores retomaran sus tesis y pensarán en nuevos términos la naturaleza de la clase dominante argentina.

En primer lugar, y a contrapelo de buena parte de la interpretación revisionista sobre la "oligarquía" argentina, entendida casi siempre como apéndice o mero subproducto del capital extranjero (británico, para la época que estudiamos), Peña construye un modelo más complejo, en que da lugar a una explicación no meramente extrínseca de los intereses y las fuentes de poder de dicha clase. El método que Peña establece para estudiar la clase dominante argentina consiste en pensarla como el resultado sobredeterminado de tres momentos de un mismo proceso: las transformaciones estructurales del capitalismo mundial; la configuración del capitalismo argentino (con su correspondiente lugar en la división internacional del trabajo) y, finalmente, la específica configuración de la clase dominante argentina.

El primer momento es el de la reconfiguración mundial del capitalismo, que pasa entonces de su fase librecambista a su fase imperialista. "En las últimas décadas del siglo XIX las grandes naciones capitalistas evolucionan hacia el imperialismo, y esto modifica no sólo el capitalismo interno de esos países, sino toda la estructura de la economía mundial, que por otra parte recién entonces se convierte en tal. Poco o nada de lo que ocurre en la Argentina a partir de la presidencia de Mitre puede comprenderse si se pierde de vista esta reestructuración de la economía internacional —y su política" (**De Mitre a Roca**, 7-8).

El segundo momento es el de los capitalismo nacionales, el de su reconfiguración en la nueva división internacional del trabajo. Aquí, los distintos países se encuentran en posiciones muy desiguales para integrarse al núcleo de los grandes países desarrollados. "Los Estados Unidos ya habían iniciado para entonces su proceso de industrialización, y las inversiones de capital imperialista que recibieron se caracterizaron por dejar la promoción, el control y la dirección de las empresas en manos de una burguesía yanqui lo suficientemente consolidada". Pero a América Latina le tocó desarrollarse en una fase ulterior, y "nunca como aquí quedó demostrado que la historia no es un simple y tranquilo paso evolutivo en que los que vienen después repiten con algunos años de atraso el camino de los que vinieron antes. La Argentina y algunos de los otros países más adelantados de América Latina —del resto no hay ni que hablar— inician su moderno desarrollo capitalista apenas cincuenta años más tarde que Estados Unidos. Pero en esos cincuenta años las mayores virtudes del capitalismo se han agotado y su maduración imperialista empezaba a poner en juego todas sus lacras, cerrando el camino hacia la civilización a la mayor parte de la humanidad" (**De Mitre a Roca**, 11-2).

No fue otra cosa que una creciente demanda internacional de materias primas a lo largo del siglo XIX la que sentó las bases del capitalismo argentino, bajo la forma de un capitalismo agrario cuyos productos estaban destinados al comercio mundial. Se configura así en nuestro país, a lo largo de este período, un capitalismo agrario complementario del capitalismo industrial europeo. Argentina, "granero del mundo", establece una economía complementaria con Inglaterra, "el taller del mundo".

He aquí, pues, el tercer momento: como resultado de esta peculiar configuración capitalista, se constituye simultáneamente, a partir de las viejas oligarquías provinciales, una nueva clase dominante argentina a nivel nacional, resultado (tras casi un siglo de guerras civiles) de la integración de intereses entre las regiones (oligarquías regionales) y las fracciones de clase (burguesía comercial y burguesía agraria). Pero, como queda dicho a lo largo del presente capítulo, esta clase se va a caracterizar por la ausencia de cualquier estrategia de desarrollo nacional de largo plazo. La abundancia de medios de vida, la prodigalidad de la pampa, la demanda existente del mercado mundial, todo ello convergía y sobredeterminaba la configuración de una clase dominante sin iniciativa autónoma, ni proyecto

nacional, ni espíritu de riesgo, ni una lógica de innovación tecnológica y reinversión productiva. "¿Para qué arañar la tierra? ¿Para qué salir a afrontar río y mar, si la Pampa servía cueros y carne que el mercado mundial reclamaba con tanta avidez como el metal de Potosí o el tabaco de Virginia? Pronto los colonizadores rioplatenses descubrieron que el camino de la fortuna no requería conquistar indios. Bastaba con acaparar tierras, no por la tierra misma, sino por las vacas que sobre ella crecían solas. Así nació, creció y se enriqueció a pasos de siete leguas una oligarquía propietaria de tierras y vacas, y una clase comercial íntimamente vinculada a aquella por lazos de sangre y pesos, que amontonaban cueros primero, carne después, y los exportaban, acumulando capitales que se reproducían automáticamente. Como los plantadores del sur de Estados Unidos, estas clases vivían pendientes de la exportación, y su enriquecimiento no les exigía ni la iniciativa del burgués industrial, ni el trabajo personal del granjero (...). La oligarquía estancieril y comercial se apropió de las riquezas de la Pampa, y con ello edificó una civilización del cuero y la carne, *basada mucho menos en el trabajo productivo del hombre que en la prodigalidad de la naturaleza*" (**Antes de Mayo**, 67-68, subr. de MP). La ganadería, columna vertebral de la economía rioplatense, requería un mínimo de trabajadores y no exigía una creciente productividad del trabajo: era un subproducto de la prodigalidad de la tierra y de la demanda mundial.

La acumulación de capital por parte de los dos principales sectores que componían la clase dominante argentina (comerciantes y estancieros) se asentaba sobre el comercio exterior y la producción para el comercio exterior. No cabía aquí un proyecto de desarrollo industrial ni clase social que lo impulsara. "Para las clases dominantes —y no podía ser de otro modo— la prosperidad nacional consistía en producir para vender en el mercado mundial materias primas, por un lado, y comprar manufacturas por otro. Ellas veían beneficioso perpetuar al país como colonia de la industria europea, con el moderno agregado de que, para ampliar y facilitar ese proceso de intercambio con las imprescindibles obras públicas e industrias se contaba con el capital europeo —inglés ante todo" (**De Mitre a Roca**, 19).

No hay, sin embargo, fatalidad histórica. "En sí mismo el atraso no era en aquel momento un mal insuperable". Inglaterra era incluso menos que la Argentina un siglo y medio antes y otros países fueron capaces de dar el salto en la misma época. Por otra parte, "la Argentina tenía la ventaja de que podía importar directamente todos los elementos técnicos que habían hecho la grandeza inglesa; podía saltar del caballo al ferrocarril sin repetir la evolución de los medios de transporte; podía importar la maquinaria industrial moderna sin repetir la evolución que va del artesanado a la manufactura y a la fábrica. Así lo hizo Estados Unidos" (**De Mitre a Roca**, 20).

Lo que faltó aquí fueron "las fuerzas motrices —es decir, las clases sociales— capaces de salvar el retraso histórico dando un gigantesco salto hacia adelante, aprovechando las conquistas y la experiencia de los que habían evolucionado antes". La oligarquía argentina era muy capaz de engordar al compás de sus vacas y de deslumbrar con sus extravagancias a ciertos círculos parisinos, pero nada más. "Inglaterra necesitaba exportar capital. La Argentina necesitaba importarlo. Nada peligroso había en hacerlo si el Estado hubiera sido controlado como en Estados Unidos o Japón por una clase nacional fuerte, interesada en el desarrollo autónomo de la nación orientado hacia el mercado interno, no sólo hacia el mercado mundial como mero apéndice de la industria europea; una clase capaz de negociar de igual a igual con el capital extranjero, no de transformarse en capataz suyo para la explotación del país. Tal clase no existía. A diferencia de la decrepita parasitocracia china o egipcia, por ejemplo, la oligarquía argentina, preferentemente su ala estancieril bonaerense, era bastante fuerte para resistir los intentos más directos de colonización política, como lo demostró bajo Rosas, pero carecía totalmente de capacidad y de interés en resistir la colonización financiera por la Bolsa de

Londres, aunque ocasionalmente se rebelase —por lo general sólo verbalmente— contra los aspectos más opresivos para sus propias ganancias" (*De Mitre a Roca*, 20-21).

b. Una clase dominante sin vocación nacional: ¿fatalidad o tragedia?

No se trata, pues, para Peña, de un proceso automático o de una causalidad directa y lineal (del tipo: imperialismo inglés — oligarquía argentina), ni sus causas son extrínsecas. Dadas ciertas condiciones estructurales (la configuración del mercado mundial), Peña entiende que existe un cierto margen de acción para salir del atraso. Este margen depende de la peculiar configuración de cada formación social, de las fuerzas motrices internas que sepa generar. "La ubicación de la Argentina en el nuevo mundo que la maduración imperialista del capitalismo comenzaba a estructurar había de ser *decidida por la situación interna del país* en los momentos que se iniciaba su definitiva estructuración capitalista, es decir, en los días del gobierno de Mitre" (*De Mitre a Roca*, 17, subrayado del autor). Por ello, no basta con la dimensión del análisis sincrónico: es necesario atender al despliegue diacrónico de las fuerzas históricas. Por ello, también, los "actores sociales" de la época no son juguetes de un Destino histórico que mueve los hilos de sus actos, eximiéndolos así de cualquier responsabilidad histórica. El juicio histórico, sostiene Peña, debe caer sobre la política de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca y Juárez Celman, pues es en este período cuando el país toma el rumbo definitivo hacia un capitalismo agrario-exportador, pero también es el momento en que —dentro de ciertos límites— pudo haber tomado otro rumbo.

Así, por ejemplo, Peña se pregunta si, dadas ciertas coordenadas históricas, el proceso de creciente endeudamiento del país llevado a cabo por Roca y Juárez Celman (y que condujo a la crisis de 1890), era de naturaleza irreversible: "¿Y era necesario, imprescindible, inevitable para el país soportar esta creciente carga de su endeudamiento al capital financiero internacional? ¿No se lo podía reducir a límites que dieran al país mayor libertad de maniobra y evitasen que la mayor parte de las exportaciones fueran a parar a la caja de compañías extranjeras? Sí, era perfectamente posible reducir el endeudamiento al capital británico. Sólo hacía falta una clase dominante con intereses capaces de darle una orientación nacional a su política" (*De Mitre a Roca*, 72).

De ahí que resulte poco convincente la aludida crítica de Feinmann a Peña en términos de "fatalismo histórico". Peña, al partir del análisis estructural del imperialismo a escala internacional, logra salir del criterio subjetivista del revisionismo que, careciendo de una *teoría* del capitalismo imperialista (a pesar del uso frecuente, pero premarxista, de nociones como Imperio e Imperialismo), dirige contra la clase dominante argentina una crítica fundamentalmente ética. Peña no quiere explicar el destino de la Argentina como país atrasado por la perversidad congénita de una clase dominante cuya esencia la conduciría a la "entrega" al extranjero y al "desprecio por lo nacional". Peña busca *comprender* —lo que no significa *justificar*— el proceso histórico que llevó a configurar una clase dominante sin iniciativa autónoma, sin verdadero proyecto de nación. Pero atención: la ausencia de esta racionalidad — llamémosle jacobina, o burguesa revolucionaria, o bien burguesa nacional— no significa *la ausencia de toda racionalidad capitalista*. Es más, dadas las condiciones en que se configura el capitalismo argentino a partir de la prodigalidad de nuestro suelo y de la demanda externa, la racionalidad capitalista más inmediata (y cortoplacista, pero racionalidad capitalista al fin) empuja a estancieros y comerciantes a "no distraer sus capitales de la ganadería o el comercio —donde se centuplicaban a corto plazo— para invertirlos en empresas vitales para la economía nacional pero que, además de requerir grandes masas de capital, exigían una aplicación a la producción bastante más compleja que la de criar vacas o vender sus productos. Lógicamente estas clases tenían que llegar a la conclusión de que la clave de su prosperidad estaba donde lo

indicaba el encargado de negocios de su Majestad Británica: en empresas inglesas y en el empleo de capitales británicos." (**De Mitre a Roca**, 19).

Peña no participa de la perspectiva historicista según la cual hacer historia significa comprender, lo que a su vez implica justificar. Para Croce, la historia no es justiciera, sino justificadora. En este sentido del término, Peña —como también lo fue Walter Benjamin— es antihistoricista, y su historia, sin dejar de ser comprensiva, busca ser justiciera. Es más: para él son parte de un mismo proceso: es justiciera porque es comprensiva; es comprensiva porque es justiciera. Así, explicando la racionalidad de la clase dominante argentina, advierte: "Y esto se explica, dada la naturaleza de la clase nacional dominante en el país, pero no se justifica, si por justificarse quiere significarse absolver de culpa y cargo a una clase parásita y cegatona, antinacional por su parasitismo incluso allí donde por interés le convenía defender en cierta medida la independencia económica del país" (**De Mitre a Roca**, 70).

Polemizando una vez más con Ramos, quien aligeraba las responsabilidades del juarismo en la crisis del 90 señalando que "Juárez Celman se encontró envuelto en este proceso que no era argentino ni se debía a ninguna particular flaqueza de nuestros gobernantes, sino que reproducía un fenómeno mundial", Peña señalaba que esta perspectiva hacía del presidente una "víctima" de ese proceso en lugar de "un cómplice" y aún un "culpable de sus desastrosas consecuencias para el país". Argumenta Peña: "De acuerdo a este razonamiento —si es que a tan descarada impostura se puede bautizar con tal nombre— todas las clases dirigentes, y sus gobernantes de turno, que desde fines del siglo pasado entregaron por un plato de lentejas sus países al capital imperialista, deben ser absueltas de culpa y cargo, y hasta lloradas un poco en sus mauseleos, puesto que siendo el imperialismo mundial, que se hacía sentir en China tanto como en el Río de la Plata, en Egipto igual que en Rusia o en México, ¿por qué acusar de nada a las clases dominantes china, argentina, rusa, egipcia, que se trocaron en abnegados agentes e introductores de la peste sagrada en sus respectivos países y pueblos?". Sin duda, el resultado había sido la subordinación del país al imperialismo, pero éste no era un proceso fatal: "El fenómeno mundial del dominio imperialista se reprodujo en nuestro país, pero no en Japón ni en Estados Unidos. ¿Por qué de la interacción del capital extranjero y la economía nacional salió una muestra equivalente a la producida en México o Rusia, y no a la que obtuvieron en Japón o Estados Unidos? Eso es lo que hay que explicar..." (**De Mitre a Roca**, 101-2).

Una vez más reaparece, no la figura del destino, sino la de la tragedia, tragedia que resulta de una peculiar combinatoria de la que resultó la ausencia de una estrategia de desarrollo nacional, o mejor, de un sujeto interesado en postularla y capaz de llevarla a cabo. No es que no existieron alternativas, es que los portadores de una política nacional burguesa moderna fracasaron. Quienes la postularon, como Alberdi o Sarmiento, carecieron de fuerzas sociales en qué apoyarse: fueron marginados, neutralizados o cooptados por los sectores hegemónicos que impusieron otro camino.

Este esfuerzo por comprender una específica *racionalidad* en el comportamiento de la clase dominante argentina, a partir de una lógica capitalista predominantemente comercial-especulativa antes que industrial-productiva, fue desarrollado décadas después por Jorge F. Sábato en su notable tesis, ya citada (**La clase dominante en la Argentina moderna**), que guarda una enorme deuda teórica con Peña. Sábato partió de la insatisfacción de las tesis "clásicas" sobre la clase dominante argentina entendida como subproducto precapitalista, cuyo "irracional" acaparamiento de tierras, ausencia de espíritu de inversión y subordinación a Inglaterra habrían impedido el desarrollo del país. Propuso una hipótesis alternativa sobre el comportamiento y la mentalidad de la clase dominante partiendo de la específica configuración del capitalismo agrario argentino. Lo que en muchos autores tributarios de las tesis clásicas aparecía como "irracionalidad" de la oligarquía vernácula, Sábato buscó pensarlo como

resultado de una lógica de inversión y acumulación propias de nuestro capitalismo. El modelo del capitalismo clásico había llevado a colocar la producción como centro y supuesto básico de todo pensamiento económico; en cambio, Sábato sostiene que buena parte del proceso económico argentino se origina en los circuitos de circulación con preferencia sobre los circuitos de producción. Esto no significa que el sistema no sea capitalista, sino que los sectores productivos no han logrado la hegemonía en el sistema global, a diferencia de lo sucedido en los países centrales. Ahora bien, este predominio histórico de los circuitos comerciales y financieros impone una lógica —que la clase dominante hace suya— distinta a la de la hegemonía de los sectores productivos y la competencia entre las distintas fracciones del capital persiguiendo rentas tecnológicas. Retomando una línea argumentativa que se remonta a Peña, Sábato parte, pues, de la revisión crítica de la difundida tesis que atribuye un comportamiento "irracional" a la oligarquía, y postula una tesis alternativa que, buscando comprender una específica "racionalidad" capitalista en nuestra clase dominante, es capaz de explicar no sólo cómo ese modelo desembocó en la crisis y el estancamiento, sino también cómo permitió previamente un ciclo largo de extraordinaria expansión.

c. Oligarquía, clase dominante y sectores de clase

Peña, siguiendo una larga tradición política, entiende que la clase dominante argentina, con su alto grado de homogeneidad social y concentración de poder, constituye una verdadera oligarquía. A pesar de que el Estado argentino presenta para entonces todos los signos exteriores de una república democrático-burguesa, lo cierto es que no funciona una verdadera división de poderes, ni existen auténticos partidos políticos, y el poder circula dentro de una reducida elite. No existe, para Peña, contradicción alguna entre la "modernización" capitalista en el terreno económico y el "atrasado" régimen político oligárquico. Este último es funcional al tipo de capitalismo argentino, pues no se han dado las bases materiales ni simbólicas para la constitución de una democracia burguesa. "De ahí el fraude, la violencia contra los opositores, la corrupción, la utilización de presupuesto como tierra conquistada y todas las características de la 'política criolla', que lo son en verdad de la política de todos los países atrasados, donde no existen bases materiales y culturales para la democracia burguesa, sino apenas para gobiernos oligárquicos" (**De Mitre a Roca**, 25).

Peña habla, pues, de "oligarquía", pero la conceptualiza de otro modo que el nacional-populismo. El primer punto de diferencia con muchas de las tesis del revisionismo o la izquierda nacional consiste en que para Peña se trata de una oligarquía *capitalista*. El segundo es que mientras para los exponentes del nacional-populismo existiría una burguesía industrial ajena a (y hasta enfrentada con) la oligarquía (terrateniente), Peña considera al sector industrial más concentrado y poderoso incluido dentro de esa clase dominante oligárquica. Lejos de ser dos clases sociales diversas o enfrentadas, se trata de sectores sociales diferenciados por la división social del trabajo pero entrelazados por múltiples vínculos financieros. Insistirá, así, contra el "mito bifronte de la oligarquía estancieril perpetuamente entreguista y la fantasmagórica burguesía industrial perpetuamente nacionalista", en la escasa autonomía y la estrechez de miras de esta última y en el limitado pero real carácter "nacional" de la oligarquía (**De Mitre a Roca**, 89).

Pero tampoco el concepto de "clase dominante" de Peña retoma las líneas fundamentales de otros marxistas argentinos (salvo los casos señalados de Antonio Gallo y Silvio Frondizi), pues para Peña agrarios e industriales no constituyen ni siquiera verdaderas *fracciones* de la burguesía argentina, al menos en el sentido fuerte del término. El esquema conceptual que Peña construye para pensar la clase dominante argentina difiere en alguna medida del que Marx construye para pensar, por ejemplo, la clase dominante francesa. En el análisis clásico de El

XVIII Brumario de Luis Bonaparte, Marx explica la dinámica política francesa que va de la revolución de febrero hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón a partir de la lucha entre las clases antagónicas y de los enfrentamientos entre las fracciones de la clase burguesa. El presupuesto material de este proceso consistía en que el capitalismo (clásico o liberal) se consolidaba en la medida en que el capital industrial predominaba sobre el agrario, el comercial y el financiero. Muchos autores creyeron ser fieles al método de Marx pensando que las luchas sociales y políticas argentinas podían ser leídas en clave del enfrentamiento entre la fracción agraria y la fracción industrial de la clase dominante argentina (en un linaje que va de Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos hasta Guillermo O'Donnell, pasando por Murrin/Portantiero o Mónica Peralta Ramos).

La tesis de Peña se inscribe a contrapelo de todo consenso político e historiográfico: sostiene la relativa unidad de intereses al interior de la clase dominante. El núcleo de la argumentación tradicional que sostiene el enfrentamiento entre industriales y terratenientes está puesto en que los primeros producirían para el mercado interno mientras que los segundos lo hacen para el mercado mundial. "Aparentemente, esta diferencia debería acarrear un neto antagonismo económico por cuanto los terratenientes —dependiendo del mercado mundial para colocar sus productos y realizar la renta agraria— tienen interés en que el mercado interno sea abastecido por la industria metropolitana, ya que si a las metrópolis no se les compra tampoco se les puede vender. Pero esto significa la ruina para los industriales. Estos, a su vez, interesados en abastecer el mercado interno, desplazan los productos metropolitanos y por ello dificultan la colocación en el mercado mundial de los productos de los terratenientes" (**La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, 8).

Sin embargo, este esquema debe ser matizado, dado que una serie de factores atenúan este antagonismo entre industriales y terratenientes: primero, en lugar de seguir el curso de la industrialización de los capitalismos centrales, la limitada industrialización argentina ("seudoindustrialización") reduce considerablemente los riesgos de que las metrópolis vean cerrados sus mercados en la periferia; segundo, los industriales dependen para sus inversiones de las divisas generadas en el comercio agropexportador; tercero, los terratenientes son concientes de que cierto crecimiento industrial brinda un mercado interno seguro, valoriza sus productos y les sirve de reaseguro, hasta cierto punto, contra las fluctuaciones del mercado mundial. "La vinculación financiera entre ambas clases, por la territorialización de la ganancia industrial y la capitalización de la renta agraria, hacen el resto en cuanto a soldadura de sus intereses económicos" (Ibid., 8-9).

Los procesos de industrialización de los capitalismos centrales implicaron luchas agudas entre las clases tradicionales y la burguesía, de las que resultaron profundas transformaciones en las relaciones de producción. Pero en países como la Argentina no se repitió este proceso. La burguesía industrial argentina no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma, como la burguesía inglesa, francesa o americana. La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. "Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes".

Esta "unidad de intereses" entre burguesía terrateniente y burguesía industrial no implicaba "identidad", ya que "se produjeron muchas veces roces en torno al problema de proteccionismo reclamado siempre por los industriales, y el librecambio, exigido a veces por los terratenientes". Pero, aclara Peña, sólo a veces porque es falso que en la Argentina los terratenientes hayan sido siempre librecambistas. "Tienden a serlo hasta 1933, pues mientras

"vendían tranquilamente sus productos en el mercado mundial, no dudaban en sacrificar la industria argentina a la competencia extranjera". Pero la propia clase terrateniente advierte desde entonces la necesidad de diversificar la producción, de proteger desde el Estado el crecimiento de una "industrialización" sustitutiva, dando por fin satisfacción a las demandas de los industriales y estableciendo un sólido frente con ellos. De modo que, lejos de negar conflictos entre estos sectores, Peña sostiene que "los múltiples roces y conflictos ocurridos entre la burguesía industrial y la clase terrateniente transcurren dentro del marco y sobre la base del entrelazamiento de sus intereses económicos -que llega a ser fusión en la cúspide de ambas clases- y de la solidaridad de sus intereses sociales, de clases propietarias" (**Industria, burguesía industrial y liberación nacional**).

Peña explicará la dinámica histórica argentina a partir de esta tesis de una clase dominante relativamente homogénea, fuertemente concentrada y que, si bien aparece desde sus orígenes diversificada en una serie de sectores económicos (comercial, agrario, financiero, industrial), esta división del trabajo en su seno no ha configurado verdaderas fracciones antagónicas al estilo clásico. Las pujas interburguesas (o intraoligárquicas), tienen el carácter de luchas por la distribución del excedente, sin llegar jamás a poner en juego el sistema. Sobre la base de este modelo, Peña construye un relato histórico donde predomina la relativa continuidad en la dominación por parte de esta clase, y donde los movimientos populares del presente siglo (radicalismo y peronismo), con sus limitados programas de reforma, como veremos luego, aparecerán como estructuralmente impotentes de cambiar las bases sociales de esta dominación.

Nuevamente debemos destacar la deuda de Sábato con Peña en la formulación de su tesis de una clase dominante no identificada con la burguesía terrateniente, sino como una clase diversificada y multiimplantada en el comercio, el agro, las finanzas, la industria. Sábato postuló que lo que definía la dinámica de la clase dominante argentina era, antes que la especialización y la inversión productiva de capital fijo, su multiimplantación al servicio de una lógica comercial-financiera, en la que predominó el criterio de la disponibilidad de capital líquido con vistas al aprovechamiento de la oportunidad coyuntural. Su postulación de una clase dominante "bastante estratificada pero poco fraccionada sectorialmente", lo llevaba a concluir, de modo afín con Peña, que —a diferencia de las luchas entre fracciones burguesas del modelo clásico— "resultaba más difícil que los conflictos entre estratos pusieran seriamente en juego la organización interna de la clase propietaria. La concentración económica en manos de la clase dominante y su implantación multisectorial eliminaban la controversia de fracciones en la cúspide de cada tipo de actividad económica y, aún, el resto de la burguesía, si bien podía darse con ciertos grupos alguna especialización en actividades económicas determinadas, al no contar con los eslabones más poderosos de las mismas, carecía de la fuerza necesaria para impulsar el debate a fondo. Por lo demás, esos grupos siempre tenían abierta la posibilidad de diversificarse hacia otras actividades para amortiguar las sucesivas variaciones de las tasas de ganancias en cada sector. Los conflictos dentro de la burguesía habrían sido provocados entonces básicamente por la distribución de beneficios entre los estratos en las distintas coyunturas" (Sábato, 152).

d. Conflictos intraoligárquicos: el concepto de "suboligarquía financiera"

Peña busca pensar la historia argentina del período (1862-1916) a partir del modelo de la lucha de las clases: por un lado, entre las clases precapitalistas en desaparición y la nueva clase dominante capitalista; por otro, entre esta clase y las nacientes clases dominadas —proletarios urbanos y rurales, chacareros pobres—; y por último, entre los distintos sectores de la oligarquía. Nos interesa aquí esta última dimensión del problema: en otros términos, cómo

se autorreproduce el régimen oligárquico, cómo se plantean y resuelven los conflictos intraoligárquicos, cuál es la naturaleza de sus crisis, cuáles son las relaciones entre la oligarquía (y sus respectivos sectores) y el Estado. En términos de Peña: "Todo este proceso se desarrolla y es el resultado de la política de los gobiernos de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, [Roca], Juárez Celman. Cada uno de estos gobiernos refleja una combinación peculiar de intereses dentro de la oligarquía, pero el resultado uniforme de su acción es afianzar la riqueza y el poder de la oligarquía y el peso específico del capital extranjero en la economía nacional" (**De Mitre a Roca**, 24-5).

El gobierno de Mitre es revelador de la fragilidad hegemónica propia de esta fracción de la oligarquía, que quedó de hecho dueña del gobierno nacional tras la batalla de Pavón y gracias a la defección de las fuerzas federales que comandaba Urquiza. Una vez en el gobierno, esta "suboligarquía mitrista" buscó aprovechar todos los recursos del Estado para autorreproducirse y perpetuarse en el mismo. "Impuesto por las armas contra el deseo de la mayoría del país, y respaldado en la reducida oligarquía bonaerense, sobre todo en su sector comercial, el mitrismo reflejaba sin distorsiones el carácter parasitario y antinacional de esas clases dominantes. Con la misma intensidad con que era liberal para ceder tierras al capital imperialista, era absolutista para monopolizar los beneficios del aparato estatal e impedir que se beneficiaran con él, no ya los representantes de las fuerzas sociales hostiles a la oligarquía, sino otros grupos políticos oligárquicos. De ahí el fraude, la violencia contra los opositores, la corrupción, la utilización del presupuesto como tierra conquistada y todas las características de la 'política criolla'..."(**De Mitre a Roca**, 25).

Si la suboligarquía mitrista no disponía de la fuerza suficiente para imponer mediante el fraude electoral a sus candidatos (los candidatos del mitrismo son derrotados por Sarmiento en las elecciones presidenciales de 1868 y por Avellaneda en las de 1874), había procurado previamente fortalecer y retener el control de todos los resortes represivos del Estado para retornar al poder aunque fuese por la fuerza. "Terminada su presidencia y derrotado su candidato Elizalde, que era muy popular en la corte de Río de Janeiro, pero que por eso mismo devino en todo el país el rey de los estapanta-votos, Mitre se dedicó a preparar la reconquista del poder para él y su pequeña suboligarquía. El austero republicano quería el poder por cualquier medio, incluso el motín militar contra el gobierno legalmente constituido, y a preparar el motín se dedicó apenas llegado Sarmiento a la presidencia" (**De Mitre a Roca**, 29). El motín estalló en 1874, pero fracasó en la medida en "que lo rechazaba la mayor parte del país y hasta el grueso de la oligarquía porteña —excepción hecha del reducido núcleo directamente ligado al mitrismo por razones de negocios— que veía amenazada la buena marcha de sus negocios por esta alteración del orden que, en caso de triunfar, desencadenaría fatalmente una nueva reacción en cadena de insurrecciones antimitristas" (**De Mitre a Roca**, 30).

El fracaso electoral de Elizalde, el candidato de la suboligarquía mitrista, en el contexto de la guerra contra el Paraguay, expresaba "las resistencias que levantaba el mitrismo en todo el país, e incluso dentro de la oligarquía porteña, cuyos estancieros estaban ya hartos de aventuras épicas que les traían mayores impuestos de exportación y crecientes malones indios sobre sus estancias. La sucesión de la dinastía mitrista se fue a pique, y en su lugar triunfó un candidato imprevisto y sin partido": Sarmiento (**De Mitre a Roca**, 35).

Sarmiento representa para Peña la primera experiencia de lo que, con suma cautela, denomina un "gobierno bonapartista" en el país: "Desde la organización constitucional Sarmiento es el primer tipo de un género de gobierno que hasta nuestros días habría de producirse muchas veces a lo largo de la historia argentina, y que a falta de un nombre más apropiado podríamos denominar bonapartista...un gobierno que, desarrollando en términos generales la política de la

clase dominante, hace de árbitro y se mantiene en equilibrio entre distintos sectores de la misma o entre las distintas clases dominantes incluyendo, en un país semicolonial como la Argentina, al capital financiero internacional. Sarmiento carecía de partido propio, es decir, podía situarse por encima de todos los partidos. Era relativamente independiente frente al federalismo provinciano y, en menor medida, frente al mitrismo ultraporteo, es decir, podía dentro de ciertos límites satisfacer simultáneamente a la oligarquía porteña y a las oligarquías provincianas, y a los estancieros tanto como a la burguesía comercial" (**De Mitre a Roca**, 35).

Sarmiento, tal como Marx había observado sobre los representantes político-intelectuales de una clase, estaba bastante por encima del horizonte intelectual de la oligarquía argentina. Sin embargo, su ambicioso proyecto de una república moderna poblada por colonos-inmigrantes y sustentada en un régimen democrático de propiedad de la tierra, se quedó en palabras: "Sarmiento era independiente respecto a las distintas fracciones de la oligarquía, pero no respecto a la oligarquía en su conjunto" (**De Mitre a Roca**, 36).

La figura política de Roca, en cambio, emerge como resultado de la progresiva integración de distintos sectores oligárquicos de Buenos Aires y del Interior y, simultáneamente, como producto del propio Estado en proceso de gestación. Por una parte, las distintas oligarquías regionales convergen con un sector de la oligarquía bonaerense (el sector ganadero, y aun algunas figuras representativas del sector comercial) en un proyecto hegemónico, que las convierte en una verdadera oligarquía nacional. Lo que no fue posible en 1810, ni en 1829, ni siquiera en 1852 (por la ausencia de condiciones materiales), se hace viable entre 1862 y 1880: una serie de intereses sectoriales convergen en un interés conjunto, a nivel nacional, en torno a determinado modelo que implicaba cierto lugar del país en la división internacional del trabajo (como proveedor de materias primas), la constitución de un mercado interno y la erección de un Estado a nivel nacional. El proceso de organización estatal que se inicia con la presidencia de Mitre significó también el desarrollo de una fuerza militar nacional, de la que Roca emerge como cabal exponente. En un proceso sobredeterminado, la clase oligárquica constituye un Estado que a su vez constituye a la clase oligárquica. Las dos presidencias del general Roca son un momento clave en este proceso.

A contrapelo de la recuperación nacional-populista que cierto revisionismo y algunos sectores de la izquierda nacional (Ramos) ensayaron respecto de Roca como presunto exponente de un "proyecto nacional", Peña reivindica la perspectiva de Roca como político orgánico de la oligarquía argentina y, en ese sentido, establece un linaje en la política oligárquica que enfatiza la relativa continuidad con la estrategia de Mitre. Los nuevos apologistas de Roca lo presentan como exponente del Interior. Roca, observa Peña, es ciertamente un hombre del interior, "pero del Interior ya vencido y domeñado por la oligarquía metropolitana", (**De Mitre a Roca**, 52). Es que en 1880 Roca no es sólo el candidato de las oligarquías del Interior, sino de un importante sector de la oligarquía bonaerense (fundamentalmente, de los estancieros), del capital inglés y de la prensa local y extranjera.

Los intentos revisionistas de presentar la oposición entre Tejedor y Roca como la alternativa entre los intereses de Buenos Aires y los del Interior, con el objetivo de revalorizar a Roca como exponente de una perspectiva "antioligárquica" y "nacional" son cuestionados por Peña: Tejedor expresa los intereses de un porteñismo extremo, ya fuera de época. Los verdaderos representantes de la oligarquía porteña, en 1880, no sólo no tienen ningún temor de la capitalización de Buenos Aires, sino que son además los que apoyan a Roca. El discurso "nacionalista" de Roca se vio favorecido por el ultraporteo de su adversario, pero nada tenía que ver con la alternativa de una estrategia de desarrollo distinta de la oligárquica:

"El porteñismo de Tejedor en 1880 era anacrónico respecto de los intereses de la oligarquía porteña en su conjunto y del capital extranjero invertido en la Argentina [...]. Ellos levantaban el extremismo porteñista como bandera para apoderarse del poder nacional y, a la inversa, Roca levantaba el nacionalismo provinciano con igual propósito. Había bastante demagogia por ambas partes y cada bando gustaba dar a su clientela lo que ésta deseaba escuchar, aunque no tuviera nada que ver con la realidad presente" (**De Mitre a Roca**, 53).

La capacidad hegemónica del partido de Roca (el PAN) se reveló cuando mostró su eficacia en presentarse a sí mismo como una verdadera opción nacional y en presentar a sus adversarios como "una especie de casta o secta que se cree con derecho para gobernar la república". Había terminado de nacer entonces una oligarquía a nivel nacional, capaz de presentar —según la fórmula de Marx que Gramsci desarrolló en su concepto de hegemonía— sus intereses particulares como intereses generales. No obstante, nacional no implicaba nacionalista. El nacionalismo provinciano de Roca no iba más allá de "llenar los puestos públicos con provincianos en reemplazo de porteños mitristas". Es cierto que las oligarquías provincianas que respaldaron su candidatura obtienen una mayor participación en el manejo del Estado, y en este sentido, el de Roca es un gobierno provinciano" (**De Mitre a Roca**, 65), pero esta participación provinciana estaba "al servicio de una política general dictada por los intereses generales de la oligarquía porteña y sus satélites menores en las provincias" (*Ibid.*, 66) (98).

La presidencia de Roca había presenciado un verdadero auge de la economía argentina, pero ya los observadores más lúcidos de la época percibieron tras él ciertos síntomas de una crisis que no iba a tardar en estallar. El crecimiento había sido el resultado de la elevación de los precios de las exportaciones. Pero los enriquecidos estancieros habían demostrado la "más pantanosa falta de iniciativa" al abandonar la industria frigorífica en manos del capital extranjero. La política de reparto de tierras públicas ganadas al malón dentro de la propia elite, el vertiginoso crecimiento de la deuda pública o la política de laicización progresista pero fuertemente influida por Inglaterra, la corrupción, el peculado, eran índices del carácter oligárquico y dependiente del roquismo. "Crecía la economía argentina, sí. Pero con la soga del capital imperialista al cuello, y corroída interiormente por el cáncer creciente del latifundio" (**De Mitre a Roca**, 69).

El fraude, la violencia, la corrupción, el endeudamiento externo y la especulación financiera llegaron a su climax bajo el gobierno del sucesor de Roca, Miguel Juárez Celman. Cuando la mayoría de los observadores esperaba la continuidad de la política de Roca, su sucesor imprimió a la política económica un giro peculiar, poniendo en marcha un enérgico plan para atraer inversiones extranjeras. El plan benefició enormemente a los inversores extranjeros y los especuladores en tierras o cédulas hipotecarias, pero desembocó en la crisis de 1890, cuando la empresa británica Baring Brothers no pudo atraer suscriptores para un préstamo que había garantizado a Buenos Aires, destinado al suministro de agua. Desatada la espiral de la crisis, las medidas del gobierno no hicieron sino agravarla, y para hacer frente a sus deudas éste decidió privatizar dos ferrocarriles del Estado: el Central Norte y el Oeste. Estas medidas provocan la reacción "nacionalista" de todo el arco de la oposición, desde Aristóbulo del Valle a Bartolomé Mitre, así como la privatización de las Obras Sanitarias de la ciudad había obligado poco tiempo antes al mismo Roca a diferenciarse de Juárez Celman, pronunciándose sobre ciertas funciones irrenunciables del Estado (**La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, 58, n. 92).

Hay, pues, tras cierta continuidad en la política oligárquica, una diferencia fundamental entre Roca y Juárez. Roca era la expresión política acabada de la estrategia oligárquica; Juárez

representaba un interés particular de la oligarquía, una verdadera suboligarquía financiera que funciona como intermediaria y gestora del capital imperialista en el país. Con su habitual contundencia, pero al mismo tiempo con su reiterado reparo ante el carácter inadecuado de ciertas nociones, Peña advierte que "con la parcialidad y limitación inevitable de toda definición, pero atendándose a lo más esencial", el gobierno de Juárez Celman "fue el típico gobierno del capital financiero internacional en su época de expansión en un país atrasado que tiene independencia política. Del capital financiero y de sus agentes nativos: los comisionistas de empréstitos, los importadores, los especuladores de todo tipo, los políticos venales. Juárez Celman respondía mucho menos a la oligarquía argentina que al capital financiero internacional, y los directos beneficiarios y sostenedores de su régimen fueron sólo aquellos sectores oligárquicos que como los banqueros o importadores, prosperaban como comisionistas de los Baring y sus colegas. Por eso Juárez, cuando los intereses de la oligarquía argentina en su conjunto, y especialmente su sector más fuerte, los estancieros productores, entran en relativo conflicto con los del capital financiero internacional, se inclina siempre a favor de este último" (**De Mitre a Roca**, 86-7).

La suboligarquía financiera ocupaba un lugar intermedio entre el Estado argentino y el capital financiero internacional. "El vertiginoso endeudamiento al capital financiero internacional no beneficiaba a la clase dominante argentina en su conjunto sino, con un carácter muy particular, a la suboligarquía gestora —que actuaba como intermediaria entre el Estado argentino y los banqueros internacionales. Ese grupo, cuyas ganancias aumentaban en la medida en que aumentaba su desvergüenza y el monto de la deuda argentina en el exterior, era el verdadero sostén de la política juarista. No 'la oligarquía' en general, sino ese grupo intermediario en particular —lo cual no niega que, mientras el endeudamiento estimuló su prosperidad, toda la clase dominante lo toleró tranquilamente; y no pasó de pequeños arrestos defensivos ni siquiera cuando fue seriamente perjudicada, como ocurrió con la venta del Ferrocarril Oeste.

"Con todo, es preciso no perder de vista la diferencia entre el conjunto de la oligarquía, que durante cierto tiempo se benefició indirectamente con el endeudamiento sistemático, y lo toleró, y el grupo intermediario cuya razón de ser y de prosperar era precisamente el endeudamiento y la derrota financiera del país" (**Alberdi, Sarmiento**, el 90, 8-9).

En suma, si en su crítica a Ramos y la izquierda nacional Peña insistía en que Roca era un cabal exponente de la oligarquía, lo que Ramos y la izquierda nacional ven como la quintaesencia de la política oligárquica —el juarismo— no es para Peña sino la expresión de una "suboligarquía financiera". Es que el amplio frente antijuarista formado en 1890 consistió para Peña en una reacción del conjunto de la oligarquía frente a los riesgos antinacionales de una suboligarquía parasitaria e irresponsable: "La oligarquía argentina no podía dejar de advertir que el pequeño sector que tramitaba empréstitos y detentaba el Estado la llevaba a perder el control sobre su propio país hasta un punto demasiado comprometedor". La política juarista "provocó el creciente descontento de todos los sectores de la clase dominante —con la sola excepción de los gestores de empréstitos y concesiones. Desde los grandes terratenientes y vacatenientes hasta los pequeños criadores de ovejas. Incluso la burguesía comercial porteña se vio desfavorablemente afectada, aunque más tarde y en menor medida, porque el endeudamiento proporcionaba divisas frescas que se trasuntaban en grandes importaciones de las cuales era introductora gananciosa. La masa de la clase dominante tenía pues en un momento dado que llegar a rechazar la política del juarismo, que arruinaba al país, y a las clases propietarias en beneficio de capital extranjero y de una pigmea suboligarquía intermediaria" (**Alberdi, Sarmiento**, el 90, 16-7).

El concepto, acuñado por Peña, de suboligarquía gestora (o financiera) iba a hacer fortuna en el análisis histórico: lo harán suyo, o al menos se referirán a él, diversos historiadores contemporáneos. Por ejemplo, Waldo Ansaldi, cuando estudia la configuración de una clase dominante a nivel nacional señala la alianza hegemónica entre "los terratenientes bonaerenses, los agroindustriales tucumanos y los administradores de poder cordobeses, muy vinculados éstos a la que M. Peña llamó suboligarquía financiera" (p. 552). Ansaldi se refiere a ese sector de la oligarquía cordobesa (a la que pertenece Juárez Celman) que, sin inversiones productivas, sean industriales o agrarias, utiliza el aparato de Estado para su actividad especuladora y es este lugar el que le permite afirmar su poder político.

También Alfredo Pucciarelli recurrió a Peña para estudiar el surgimiento de un nuevo grupo social, la "suboligarquía financiera", que se originaba en la "orientación permanente del gran capital excedente hacia las actividades improductivas y lucrativas a corto plazo, y del importante papel jugado por el Estado como promotor indirecto de tales inversiones" (99). Jorge F. Sábato, por su parte, enfatizó no sólo la existencia de una "suboligarquía financiera", sino "su rol estratégico en una economía en la que se destacan, además del desarrollo agrícola, la importancia de los flujos de capital requeridos para realimentar un proceso de crecimiento y los actores sociales que están en condiciones de disponer y controlar dichos flujos" (Sábato, 28)

También Oszlak, estudiando la relación entre la conformación simultánea del Estado y la clase dominante, observa que durante la llamada "organización nacional" se opera un proceso de "implantación de los grupos económicos en múltiples sectores", lo que "dificulta una caracterización en términos convencionales". Apoya su afirmación con referencias a J. F. Sábato y su tesis de una clase dominante multimplantada, con "su control del capital financiero como su principal base de poder económico y político" y a la tesis de la "suboligarquía gestora" de Milcíades Peña (O. Oszlak, 252 y n.3). En un comentario de la obra, Luis Alberto Romero destacó la deuda teórica de Oszlak con Peña: "Sobre todo, es muy sugerente el planteo de la generación de la clase dominante desde el Estado: he allí todo el sistema de garantías a las inversiones, o el suministro a bajo costo de tierras, mano de obra o transportes. He allí todo un segmento de intermediarios o concesionarios —lo que Milcíades Peña, en una de sus notables intuiciones, llamó la suboligarquía gestora— que se expande gracias al Estado" (100).

e. La oligarquía argentina y el Estado

La relación que Peña establece entre la clase dominante y el Estado es cualquier cosa menos simple. En primer lugar, la relación entre el Estado y la oligarquía no es directa ni instrumental: está mediada por la lucha de clases en su conjunto, y en particular por los distintos sectores que componen la oligarquía, proceso a su vez sobredeterminado por las relaciones con el capital financiero internacional.

Ya señalamos, a propósito de la revolución de Mayo, que para Peña el Estado colonial no era la superestructura política de un orden colonial feudal, sino la institucionalización de una relación de fuerzas entre intereses antagónicos. Si bien el personal que lo componía pertenecía a la burocracia española vinculada al comercio de Cádiz, este Estado era la expresión de un precario equilibrio entre los intereses de la Corona y los comerciantes monopolistas, por una parte, y las oligarquías terrateniente y comercial hispano-criollas, por otra. También se señaló que los acontecimientos de mayo de 1810 no involucraron un cambio estructural en el modo de producción, sino que se limitaron a plantear en el plano político el conflicto de poder entre los dos intereses en juego, lo que se resolvió con la expropiación de la burocracia española de su control sobre el Estado.

Las clases o protoclases más dinámicas buscaron, a través de las guerras de la independencia, el disfrute del Estado propio: terratenientes y comerciantes necesitaban, antes que nada, establecer trato directo con Europa sin la intermediación de España; por otra parte, abogados, frailes y militares buscaban una ocupación lucrativa y aspiraron a hacer carrera en el nuevo aparato estatal.

Sin embargo, el período que se abre en 1810 estará marcado por la ausencia de condiciones materiales para la construcción de un Estado. Tras largas décadas de guerras civiles, inserción mundial de la Argentina mediante, estas condiciones comienzan a consolidarse después de Pavón. Las fuerzas centrífugas dejan lugar a las fuerzas centrípetas. Los viejos conflictos entre unitarios y federales, que habían funcionado como "órganos de agrupamientos relativamente antagónicos de clases y regiones", terminan por extinguirse cuando, "después de Pavón, se produce una conciliación entre los sectores básicos de ambos partidos —burguesía comercial porteña, estancieros porteños, estancieros del litoral— a expensas de las provincias interiores. Desaparecen los viejos conflictos de clase por modificación de la situación de las clases y regiones, y queda el país dominado por los estancieros porteños y del litoral, la burguesía comercial y el crecientemente poderoso capital extranjero. Predomina entre todos estos sectores una unidad de intereses y de objetivos en cuanto al tipo de desarrollo que desean para el país, en lugar del violento antagonismo de los tiempos de unitarios y federales" (**De Mitre a Roca**, 37).

Esta unidad de intereses entre clases y regiones, producto a su vez de la inserción del país como exportador de materias primas, sienta las bases materiales para la erección de un sistema estatal. La clase dominante unificada a nivel nacional —aunque escindida en sectores en lucha—, así como el capital financiero internacional, necesitan de un Estado que impulse el desarrollo capitalista, modernice la sociedad y garantice la reproducción del sistema. Es así que las dos décadas que van de la presidencia de Mitre a la de Roca son las que presencian el vertiginoso crecimiento de un aparato estatal a nivel nacional.

Sin embargo, este Estado periférico no puede asimilarse, por su función y por su peso, a los Estados de los países capitalistas centrales. "El Estado argentino presenta todas las características externas de una moderna república democrático-burguesa, pero falta la estructura de clases capaz de sustentar esa organización estatal, porque, a excepción de los estancieros que comienzan a transformarse en terratenientes que explotan sus tierras con arrendatarios, no existen [en 1862-1880] clases modernas, ya que no hay burguesía industrial ni proletariado industrial, ni burguesía agraria" (**De Mitre a Roca**, 37). Así, por ejemplo, los llamados "partidos políticos" que suceden a unitarios y federales, son en este período, más que órganos de alguna clase social, auténticas "empresas políticas destinadas en primer término a usufructuar el aparato estatal" (*ibid.*) (101).

Uno de los momentos decisivos en la conformación del Estado lo constituía la tan postergada capitalización de Buenos Aires. Durante muchos años fue este un objetivo del interior destinado a que la oligarquía porteña perdiese su viejo instrumento de dominación sobre el resto del país. Pero después de Pavón la situación había cambiado: aplastadas las provincias por los ejércitos mitristas, y acentuada aún más su dependencia respecto de Buenos Aires con los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda, "ya no había peligro de que la capitalización de Buenos Aires redujera el control de la oligarquía porteña sobre todo el país". Este objetivo fue realizado finalmente por Roca, "hombre del interior, pero del interior ya vencido y domeñado por la oligarquía porteña" (**De Mitre a Roca**, 51-2). Detrás de Roca, el apoyo de las oligarquías del interior y de la mayor parte de la oligarquía bonaerense, además del capital inglés, contribuyó a resolver uno de los conflictos cruciales para la edificación del nuevo Estado.

Otro de los momentos de la construcción del Estado fue la conformación de un ejército a nivel nacional. Contra el mito populista del carácter nacional-popular del ejército de Roca, sostenido sobre todo por Ramos, Peña insistió en su carácter de instrumento oligárquico, en tanto defensor armado del *statu quo*, como por los lazos económicos y las solidaridades que se establecieron entre Ejército y oligarquía tras la campaña del desierto y la consiguiente política de asignación de las recién conquistadas tierras "públicas" entre oficiales y estancieros (**De Mitre a Roca**, 60 y ss.).

La secularización de la vida civil es otro de los momentos de configuración de un Estado laico que, simultáneamente, contribuye por su parte a la configuración de una sociedad civil moderna. Sin embargo, el laicismo de la oligarquía argentina, con todos sus elementos progresivos, no fue sino un subproducto de la influencia británica sobre esa clase. Lejos de un proceso de revolución burguesa que, como en el caso mexicano, impulsase una lucha de masas por la separación del Estado de una Iglesia aliada al poder terrateniente, "la campaña anticlerical de Roca y Juárez respondió a las necesidades de la alianza entre la oligarquía criolla e Inglaterra y no despierta ningún eco en las masas. Es la mayor parte de la oligarquía quien lucha limitada y ocasionalmente contra su aliado eclesiástico y un reducido sector tradicionalista de la propia oligarquía, con base predominantemente estancieril, para introducir algunas reformas que convienen a su sociedad con el capital británico" (**De Mitre a Roca**, 97).

El Estado argentino expresaba, en suma, la relación de fuerzas interna entre las clases, la relación de fuerzas interna entre las fracciones de la oligarquía y la relación de fuerzas internacional (particularmente con Gran Bretaña). Sin embargo, con todo el carácter atrasado del capitalismo argentino, con toda la dependencia económica, diplomática e ideológica de la oligarquía argentina respecto de Inglaterra, con toda la fragilidad de este Estado oligárquico, no puede desprenderse que la oligarquía no defiende su relativa autonomía política y el disfrute de su propio Estado ante el capital financiero internacional. Cuando la suboligarquía financiera que representa Juárez lleva la enajenación más allá de cierto límite, la oligarquía en su conjunto busca afanosamente recuperar la relativa autonomía de su Estado. Pues "la oligarquía argentina, particularmente los estancieros, tenían interés en conservar en sus manos, o en las de su Estado, algunos sectores de la economía nacional que, en manos del capital financiero, habrían de ocasionarle serias pérdidas". Semejante clase, por su parasitario librecambismo, no podía tener el vigoroso impulso hacia un desarrollo nacional autónomo que caracterizó a los granjeros americanos o los junkers prusianos. "Pero, ligados a la producción y dueños de poderosos capitales, tampoco se hallaban en el nivel de una monarquía china o egipcia que sólo podía vivir abyectamente a los pies del capital imperialista abdicando su soberanía nacional" (**De Mitre a Roca**, 87-8).

¿Con qué concepto de Estado está pensando Peña el Estado argentino y su relación con la clase dominante? Peña parte del aforismo de Marx según el cual el Estado moderno no era otra cosa que "una delegación que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa". Sin embargo, retiene las advertencias de Wright Mills en el sentido de que "el Estado no puede ser entendido como el 'mero' instrumento de las clases poseedoras, pues los poderes de la propiedad están restringidos en el capitalismo por los sindicatos y otras fuerzas que también actúan a través del Estado y contrarrestan el desnudo poder económico y político de la propiedad. Es obvio, además, que en el análisis del Estado no debe incurrirse en determinismo económico y debe tenerse en cuenta la autonomía de las instituciones políticas y militares y su capacidad para originar procesos que inciden en toda la estructura social —recomendaciones de Wright Mills que el marxismo clásico siempre tuvo en cuenta" (**La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, 53-4). Sin duda Peña está pensando aquí en sus referentes más

frecuentes, como el Marx de **El XVIII Brumario** o el Trotsky de la **Historia de la Revolución Rusa**.

Sin embargo, Peña escribe su historia en una época en que el pensamiento marxista había conocido un largo repliegue en torno a las cuestiones del Estado y la política. Pero a pesar de que el resurgimiento del debate marxista contemporáneo sobre esta problemática es bien posterior a la redacción de estos textos, Peña está advertido metodológicamente contra la tentación "instrumentalista", lo que le permitirá pensar productivamente la compleja relación entre Estado y clase dominante (sus lecturas de autores como Wright Mills o H. Lefebvre le ayudarán en ese sentido, como veremos en el próximo capítulo). Su apelación a categorías como las de "bonapartismo" o "suboligarquía financiera" responden a la necesidad de crear un modelo más sofisticado, que permitiera pensar las complejas mediaciones entre el aparato estatal y los sectores de clase, así como la relativa autonomía del Estado. No deja de llamar la atención la sensibilidad teórica de este joven marxista, aprovechando algunas indicaciones agudas de Marx y de Trotsky, y sin haber tenido aún acceso a la obra de Gramsci, ante el problema del Estado moderno, atendiendo tanto a los procesos históricos distintos del "modelo clásico", donde — como en la Argentina— el Estado fue un momento clave en la configuración de la sociedad capitalista, así como al proceso que se inicia en los 30 de ampliación y autonomización del Estado. En palabras de Peña:

"El Estado argentino —como el de todos los países atrasados— goza de una apreciable independencia con respecto a las clases dominantes. Por una parte la debilidad relativa de la burguesía nacional, que necesita del Estado permanentemente, tanto para preservar sus privilegios sociales cuanto para apuntalar la marcha de sus empresas, genera una hipertrofia de la maquinaria estatal, conglomerado social diferenciado con intereses propios. Parafraseando una caracterización de Trotsky sobre el Estado zarista, puede afirmarse que en la Argentina, en el juego de las fuerzas sociales, el equilibrio pende del poder gubernamental, mucho más de lo que se conoce en la historia del desarrollo capitalista clásico. De otra parte, los roces entre las clases dominantes y las metrópolis con frecuencia colocan al Estado en situación de árbitro entre ambos. En fin, el Estado en la Argentina es el único medio de vida que queda disponible para amplios sectores pequeñoburgueses y aún obreros que no encuentran otra ocupación lucrativa en la atrasada estructura económica del país.

"Como producto de todos estos factores y presiones, en la medida en que el Estado no se limita 'simplemente' a realizar la política de la burguesía nacional, o del imperiaismo, o de algún sector de ambos; en la medida en que se afianzan el intervencionismo estatal y el dirigismo económico [desde 1930], el Estado se comporta frente a las metrópolis como un grupo burgués más, que necesita del capital financiero internacional para ampliar su base de sustentación y forcejea con él para obtener una mayor participación en la plusvalía extraída.

"La clase dominante argentina y sus mejores políticos -que fueron todos abogados del capital extranjero-, tuvieron conciencia de que cierto grado de 'capitalismo de Estado', vale decir, de empresas explotadas por el Estado, era vital y necesario para negociar con el imperialismo" (**La clase dirigente...**, 58 y n. 92). Algunas de estas expresiones las encontramos en los más lúcidos ideólogos burgueses, como Sarmiento y Alberdi, aunque también en políticos oligárquicos como Roca o Carlos Pellegrini, pero van a hacerse más frecuentes a partir de los años 30, cuando las condiciones históricas conduzcan a un proceso de mayor autonomización del Estado que va a desembocar en el peronismo.

Ya señalamos ciertas deudas con Peña del trabajo capital de Oszak sobre la formación del Estado argentino. Para concluir, no puede pasarse por alto el influjo del pensamiento de Peña sobre las tesis de Ansaldi en torno a la génesis de la burguesía argentina. Siguiendo las huellas

de Peña, Ansaldi se centró en el largo proceso de luchas y alianzas entre las burguesías regionales y la ulterior transformación de éstas en una clase de alcance nacional. Para este autor, con la crisis del antiguo sistema dominante colonial, irá emergiendo, del seno las antiguas clases subalternas, la burguesía comercial y terrateniente bonaerense como la fracción dominante-hegemónica de la nueva clase fundamental del bloque histórico que reemplazará al antiguo sistema colonial. La constitución de la burguesía como clase fundamental de la sociedad argentina involucra para Ansaldi tres procesos concomitantes y simultáneos: el de las burguesías y/o protoburguesías regionales a burguesía nacional; el de los mercados regionales al mercado nacional; el de los aparatos estatales provinciales a un Estado nacional.

Ansaldi retomará muchas de las intuiciones de Peña para desplegarlas en un marco teórico enriquecido con conceptos de cuño gramsciano y con nuevas perspectivas historiográficas, como la de Tulio Halperin Donghi. Sin embargo, la huella de Peña es visible, por ejemplo, en el análisis de Ansaldi sobre la creciente hegemonía de la burguesía bonaerense: "La heterogeneidad estructural es uno de los elementos que explica las características de la formación social rioplatense decimonónica, pero no es el único. A su lado hay que colocar también la debilidad estructural de las clases y fracciones actoras del proceso. Es ésta la que obstaculiza el camino hacia la formación de la nación, del mercado interno y del Estado nacional, objetivos logrados relativamente cuando la fracción terrateniente de la burguesía del litoral logra hacer de sus intereses particulares los generales de la nación. Justamente, ella es la fracción más dinámica de la sociedad argentina: surge a partir de la burguesía comercial —de la que a menudo no termina de separarse del todo— y en estrecha relación con el mercado mundial y la clase dirigente de Inglaterra, vanguardia del proceso de expansión capitalista a escala mundial" (Ansaldi, 549-50).

También remite a los planteos de Peña la dialéctica entre el carácter simultáneamente progresivo y regresivo del capitalismo emergente y de la nueva clase dominante argentina, pues para Ansaldi la expansión y penetración del modo de producción capitalista es a la vez "progresivo y regresivo": "Es *progresivo* porque destruye las relaciones precapitalistas y expande las superiores relaciones capitalistas; es *regresivo* porque aquella destrucción no se traduce en una generalización de una burguesía capaz de desarrollar una economía capitalista autónoma, sino dependiente", producto de su propia "debilidad estructural" (Ansaldi, 550-1).

También Ansaldi está interesado en mostrar cuáles son las condiciones materiales para la emergencia del Estado nacional: éste recién es posible "cuando se constituye el bloque histórico capitalista a escala de todo el país, afianzado por esa alianza de clases dominantes regionales, cuya columna forman los terratenientes bonaerenses, los agroindustriales tucumanos y los administradores de poder cordobeses, muy vinculados éstos a la que M. Peña llamó suboligarquía financiera" (Ansaldi, 552). También enfatiza este autor el peso del Estado en la configuración de la clase dominante, planteando "un simultáneo y dialéctico proceso en el cual la clase construye al Estado y el Estado construye a la clase" (Ansaldi, 581).

Alberdi y Sarmiento o la tragedia del intelectual

Dos son las figuras históricas que, en tanto tales y en cuanto a su pensamiento político, concentran el interés de Peña, cuyo relieve se destaca tanto más en el contexto de un discurso historiográfico preferentemente despojado de nombres propios, en que las grandes personalidades aparecen desdibujadas en función de los actores históricos que ocupan el centro de la escena: las clases sociales. No es casual que esas dos personalidades resaltadas, Sarmiento y Alberdi, sean tratadas por Peña como dos figuras trágicas, dos figuras de la

tragedia argentina. Uno y otro aparecen como intelectuales burgueses desencantados con su clase, que diseñaban un proyecto de nación a la manera de las emergentes sociedades burguesas de la época, frente a una oligarquía argentina que no tenía el interés ni la capacidad históricos para llevarlo a cabo.

El capítulo que Peña dedica a Sarmiento, Alberdi y al "dilema de Civilización o Barbarie", redactado en 1957, debe inscribirse en la aguda querrela historiográfica que por entonces los tenía, junto a Rosas, por temas predilectos. Peña interviene resaltando la actualidad de Alberdi y Sarmiento, asumiendo plenamente la politicidad del debate: "Las polémicas en torno a Sarmiento y Alberdi —y de rebote Rosas— tienen permanente actualidad en la historia argentina, como el problema de la guerra de secesión en Estados Unidos, y por la misma causa. Los problemas siguen en pie: aquí la construcción de una nación soberana, allá la emancipación de la raza negra. Las polémicas de este tipo llevan una explosiva carga política y los intereses de clase que se agitan detrás de teorías e ideologías aparecen bastante netamente cuando los esquemas intelectuales se ponen en contacto con estos problemas".

Por otra parte, asume la difícil tarea intelectual (en tiempos de creciente hegemonía ideológica del revisionismo histórico) de hacer, en nombre del marxismo, una recuperación por izquierda de Sarmiento y de Alberdi, en debate tanto con la sacralización esterilizante de la historiografía liberal como con la defenestración reaccionaria de la historiografía nacionalista. "Para nosotros, marxistas revolucionarios, que queremos construir una gran nación soberana y socialista, unida al resto de América Latina, Sarmiento y Alberdi, con su programa para el desarrollo nacional y sus luchas, tienen una fresca actualidad. Para nosotros, como para Alberdi y Sarmiento, la nación argentina es una tarea. La nación argentina que ellos programaron está todavía por hacerse; con otra estructura y con otros instrumentos, bien entendido. Pero ambos devendrán más eficientes en la medida en que averigüemos por qué todavía en 1957 tenemos que construir lo que ellos esperaron hacer en 1850. Para eso es indispensable penetrar en Alberdi y Sarmiento, sin lagañas tradicionales" (102). Y luego: "el pensamiento revolucionario argentino tiene que arrancar a Sarmiento y a Alberdi de las garras de la museografía oligárquica, demostrando que estas grandes figuras nacionales murieron denunciando y poniendo en la picota a la oligarquía argentina, incapaz de conducir a su país al gran destino nacional que ellos habían soñado" (Ibid., 82).

La estrategia de recuperación de dos pensadores liberales por parte de un marxista podía resultar un tanto sorprendente, y tanto más en un contexto en que Alberdi y Sarmiento aparecían como patrimonio histórico de la derecha liberal, mientras por otro lado eran severamente cuestionados por las perspectivas nacional-populistas en franco ascenso. No había precedentes de semejante recuperación en la historiografía de izquierda, salvo la solitaria labor de su amigo, el ensayista Luis Franco, de reivindicación del sanjuanino (103). Es cierto que el PC había hecho desde mediados de los 30 una recuperación de figuras como Sarmiento y Alberdi, pero la recuperación comunista, tributaria de la historiografía liberal, los difuminaba dentro del panteón de los próceres oligárquicos, en la incómoda compañía de figuras como Rivadavia e incluso Mitre. También fue blanco de la crítica de las perspectivas nacional-populistas. Todavía en 1973 un autor ironizaba, en obvia alusión a Peña, la pretensión de "nacionalizar a Marx a través de los esquemas del Alberdi póstumo" (104).

En resumen, para Peña "fueron Sarmiento y Alberdi los más lúcidos y consecuentes teóricos de la necesidad de transformar el país respecto a lo que era en 1853". Frente a la tradición escolar y académica que los coloca como los ideólogos de la "organización nacional", Peña insiste en mostrar cómo ambos (y cada uno a su modo) "repudiaron sin mezquinar la voz esa realidad cuya tutoría intelectual se les atribuye y comenzaron a revisar sus programas". Para Peña resulta iluminador en el estudio de las clases dominantes argentinas, "el desencuentro cada

vez más acusado entre ellas y los dos hombres que dedicaron su vida a elaborar un programa de desarrollo nacional que suponía la existencia de clases dominantes, pero —ahí está la raíz última del desencuentro— de clases dominantes menos bárbaras que las padecidas por nuestro desgraciado país" (**Alberdi, Sarmiento, el 90, 58**). A destiempo, ambos "mueren divorciados de la oligarquía argentina, escribiendo cosas infaliblemente certeras contra ella, defraudados en sus esperanzas de construir una gran nación que pudiera equipararse a los Estados Unidos"(Ibid., 59).

Ya pudimos apreciar la provechosa lectura que Peña había hecho, para su propia versión historiográfica, de ciertos tramos de Sarmiento y de otros tantos de Alberdi, especialmente el Alberdi ignorado de los **Escritos póstumos**. Peña entendía que lo mejor del pensamiento de estas figuras, las que más lúcidamente pensaron su país en el siglo XIX, constituían una herencia irrenunciable para la nueva historiografía marxista argentina que se proponía fundar. Peña había logrado reunir, tras años de labor infatigable, un nutrido fichero con citas de estos autores tomadas de las más diversas ediciones (105). Este minucioso rastreo buscaba leer en Sarmiento y Alberdi todas aquellas expresiones de distanciamiento o crítica abierta con la oligarquía que habían sido ciudadosamente recortadas por la historia oficial; pero también intentó responder, con los textos de los propios acusados, las acusaciones que contra ellos dirigieron los revisionistas.

Así, Peña recupera un Sarmiento obsesionado por un urgente desarrollo económico como base indispensable para construir una fuerte nación autónoma. Las dos grandes palancas sarmientinas para el desarrollo, tomando como modelo el país del Norte, eran la reforma agraria y la educación. Pero si la política educativa de Sarmiento fue relativamente exitosa (la instrucción primaria había sido una de las pocas tareas democráticas que la oligarquía argentina fue capaz de realizar en cierta medida), sin embargo, su programa de colonización agraria fracasó, bloqueado por los intereses estancieros. Pero en este asunto estaba una de las claves de la transformación. "Sarmiento podía importar las ideas norteamericanas. Hasta cierto punto podía importar el sistema escolar yanqui. Pero no podía importar la estructura social que engendraba esas ideas y con ellas la grandeza norteamericana. Era el infortunio de Sarmiento y Alberdi que actuaban con un programa que sólo podía llevar a una feliz realización una clase social inexistente en la Argentina: la burguesía industrial" (**Alberdi, Sarmiento, el 90, 62-3**).

Acorde a este esquema de desencuentro entre los ideales y la realidad, entre las tareas a realizar y el sujeto de la realización de las tareas, Peña busca documentar exhaustivamente los signos de animadversión creciente contra la oligarquía: "Sarmiento no puede dejar de advertir que las clases dominantes argentinas, incluso la civilizada oligarquía porteña, eran una traba insuperable para sus proyectos de transformación del país. Y sin alcanzar nunca plena conciencia de este problema, ni sistematizar sus impresiones, dejó constancia de su animadversión con claridad suficiente", como lo había mostrado especialmente en sus últimos años en su campaña contra Roca y Juárez Celman (Ibid., 63). Es en estos últimos años, en que desde el lugar de periodista en **El Censor** cuestiona el poder desde el llano, que su discurso se torna más lúcido y más crítico: lleva a advertir premonitoriamente sobre los riesgos de la política roquista de creciente endeudamiento (Ibid., 68) y, logrando ir más allá de la perspectiva financiero-comercial del roquismo y del mitrismo, advirtió y proclamó la necesidad de sacar al país del monocultivo agrícola-ganadero y desarrollar la industria (Ibid., 77-78).

En contrapartida, Peña reconoce que su estatura de burgués progresista y de intelectual crítico se empequeñece en aquel tramo de su vida en que se coloca a la sombra del poder oligárquico, especialmente el período que va de Caseros a la Guerra del Paraguay. "Los peores momentos de Sarmiento son estos en que se transforma en aliado de la oligarquía porteña, en

desaforado denigrador —y aplastador, la ocasión llegada— de las grandes masas que estorbaban la marcha oligárquica hacia la acumulación capitalista y el acuerdo con la Bolsa de Londres" (Ibid., 71). Pero paradójicamente, esta circunstancia de haber sido colaborador de la oligarquía es la que hace más "trascendente todavía" su distanciamiento y crítica posterior. En general, "nunca aparece más pobre el pensamiento y la actuación públicos de Sarmiento que en el decenio 1852-62, en que —sin identificarse plenamente con el mitrismo, que es la perfecta expresión de la oligarquía porteña— actúa estrechamente junto a ella, contra el resto del país alineado tras la Confederación" (Ibid., 80-81).

Juan Bautista Alberdi aparece, junto a Sarmiento, como "el otro gran sentidor y sobre todo, y más que Sarmiento, teorizador del desencuentro entre la tarea de crear una gran nación y la oligarquía argentina" (Ibid., 94). Uno y otro parecen responder, hasta en sus respectivos caracteres, a las figuras del político y del intelectual, en una relación donde la capacidad crítica está en relación inversa a su práctica política. "En las urticantes polémicas que mantuvieron, la debilidad de Sarmiento provenía de su alianza con la oligarquía porteña, alianza que Alberdi fustigó implacablemente, haciendo extraordinarios aportes al pensamiento argentino. Pero no hay que olvidar que su posición era más cómoda que la de su adversario, por cuanto él no era un político, y podía en cuanto intelectual darse el ujo de estar contra la oligarquía porteña sin confiar demasiado en la oligarquía entrerriana que encabezaba la Confederación, y sin taparse los ojos ante la inevitable esterilidad de los movimientos montoneros tipo Peñalosa". Pero Peña no se contenta con abonar la superioridad de la concepción intelectual de Alberdi, y establece un diálogo imaginario entre ambas figuras sumamente sugestivo. "Sarmiento bien pudo haberle respondido a Alberdi: sí, la oligarquía porteña es antinacional, debo romper con ella, pero, ¿al lado de qué clase actuaré? ¿Al lado de los estancieros entrerrianos? ¿Pero no ve usted, Alberdi, y no lo dice usted mismo, que con esa gente no se puede ir a ningún lado distinto del que se va con la oligarquía porteña? Y si ambos bandos son malos, ¿con quién debo marchar? ¿O debo abandonar la política y dedicarme a la meditación? Esto último fue lo único que pudo hacer Alberdi, quien, demasiado consciente de las limitaciones de todas las fuerzas sociales argentinas, terminó exiliándose permanentemente de la vida política" (Ibid., 95).

Peña no deja de reconocer los límites del programa alberdiano: su concepción librecambista, su oposición a políticas estatales que fomenten el desarrollo industrial, su desprecio por las masas nativas y hasta su traición a la nación cuando buscó el apoyo de las fuerzas extranjeras para dirimir las guerras civiles argentinas. Sin embargo, su distanciamiento y su enorme capacidad crítica condujeron a menudo al liberal Alberdi a ir más allá del liberalismo. Peña recuerda las numerosas ocasiones en que el tucumano observó que la libertad económica "es un medio, no el fin", que la riqueza pública tampoco era un fin en sí mismo, sino que su fin era que estuviese "bien distribuida, bien nivelada y repartida; porque sólo así es nacional". Proponía una política agraria de estímulo al arrendatario antes que al "propietario ocioso y explotador, al revés de nuestro actual sistema de origen romano-feudal, ineconómico y estéril, que sacrifica el trabajo, la población y la riqueza al ascendiente de los señores de la tierra". Incluso alcanzó a poner en cuestión lúcidamente ciertos mecanismos del liberalismo político, como los límites de la libertad de expresión y de prensa en un sistema cerrado entre oficialismo y oposición: "No pretendo desconocer que hay contradicción y debate en esa prensa. Lo que niego es que esos debates sean pruebas de libertad. Hay dos opiniones en choque, porque hay dos gobiernos incompatibles. Cada opinión es libre para atacar al Gobierno rival en defensa del gobierno propio, es decir, que ambas son oficiales. Nadie es libre de atacar a los dos gobiernos, en defensa de la nación explotada por ambos" (Ibid., 98-99).

Peña recoge numerosas referencias en que Alberdi pone en cuestión el parasitismo y la incapacidad de las clases dirigentes, ataca las políticas de endeudamiento y hasta defiende la

soberanía de las naciones latinoamericanas, en nombre del "noble principio de las nacionalidades", ante los que advierte son los riesgos del monroísmo, sosteniendo la necesidad de una confederación de naciones de todo el subcontinente (Ibid., 102-4). Recuerda aquel Alberdi de los **Póstumos** que habría sido el primero en poner en cuestión la historia oficial, y lo presenta como aquel pensador que supo anticipar, en sus análisis de la formación social argentina, una primera visión del desarrollo desigual (cuando recordaba que los pueblos jóvenes no necesitaban recorrer el mismo camino que los más antiguos, aunque en una carrera contra el reloj podían "salvar el tiempo aunque no el trabajo de establecer allí la civilización actual") y combinado ("Se le puede tomar a la civilización su nombre y sus signos externos, para encubrir con todo ello un estado de atraso primitivo") (Ibid., 105 y 110-111).

La recuperación crítica de Alberdi y Sarmiento implicaba disputar el sentido que a su obra y pensamiento habían asignado las corrientes historiográficas dominantes. Por eso su capítulo sobre estas dos figuras es al mismo tiempo un ensayo de crítica historiográfica. La historiografía liberal había optado por una estrategia de asimilación y silenciamiento. Fue eficaz en presentar el proceso denominado de la "organización nacional" (1862-80) como de realización del ideal de nación de Sarmiento y Alberdi, silenciando el creciente desencanto y enfrentamiento de ellos con la élite oligárquica y su desencuentro con la realidad argentina de aquel tiempo. Para Peña, más que los ataques nacionalistas, o las bombas de alquitrán en los monumentos, el peor ataque contra Sarmiento está en sus estatuas y en el culto oficial de su memoria, en el significado que las clases dirigentes han querido imprimirles" (Ibid., 82). Somete, pues, a una crítica severa a las versiones que de Sarmiento realizaran intelectuales como Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Enrique de Gandía o José P. Barreiro, quienes menospreciaron el pensamiento crítico del último Sarmiento, atribuyendo sus ataques a Roca a razones de senilidad o de rencor personal. También con Alberdi la campaña de silenciamiento del mitrismo había sido eficaz en mantener en la penumbra los **Escritos Póstumos**, mientras por otro lado uno de sus presuntos panegiristas (Bernardo Canal Feijóo) entendía sus críticas a Mitre en términos de "resentimiento" y a su postura de "derrotismo revolucionario" en la Guerra del Paraguay como excesiva y aún peligrosa (Ibid., 116-18 y 120-1).

La otra cara de la mistificación historiográfica era la del revisionismo histórico, que repetía los mismos mitos, aunque desde otra valoración de los hechos históricos: se trataba, para Peña, de "los sectores oligárquicos y sus voceros pequeño-burgueses que, al entrar en decadencia ante el imperialismo, empiezan a soñar con un retorno al pasado idílico —con mazorca y todo— de don Juan Manuel y a renegar del destino que tuvo el país después de Caseros, tomando al pie de la letra la calumnia de la historia tradicional y afirmando a pie juntillas que el país se rigió después de Caseros como habían programado Sarmiento y Alberdi" (Ibid., 59).

El meollo del argumento revisionista es, para Peña, el siguiente: "la Argentina no es un país atrasado y semicolonial porque su clase dominante no daba para más; lo es —dice— porque el país fue mal orientado por masones, liberales, antiespañoles-anticatólicos-descastados-yanquieuropeístas como Sarmiento y Alberdi. Si la Argentina hubiera sido gobernada por buenos católicos españoles antieuropeístas como Rosas, todo hoy sería muy distinto" (Ibid., 85).

Según Vicente Sierra, Sarmiento despreciaba lo autóctono y quería hacer del país "la más perfecta imitación de Estados Unidos". Peña replica: "La reverenda miopía de este profesor del Colegio del Salvador prefería al país tal cual era bajo Rosas, es decir, demografía de vacas, estancieros y curas acunada por las campanas y los cencerros. Si el ideal de Sarmiento era hacer a la Argentina comparable a Estados Unidos, es decir, una grande y soberana nación moderna, cabe reconocer la superioridad de ese ideal fallido sobre el de estos nacionalistas del Vaticano..." (Ibid., 85-86).

Cuando Fermín Chávez cuestiona el hincapié de Sarmiento en la civilización en términos de progreso material, Peña comenta: "Cuando los intelectuales que critican a Sarmiento en nombre del nacionalismo aparecen así, defendiendo las bucólicas bellezas de la Argentina dominada por las vacas y sus mentores, surge con bastante claridad que su nacionalismo no es más que la idealización reculativa de la época de Rosas, idealización grata a una clase decadente como los estancieros argentinos, y es un nacionalismo oliente a torta de vaca y sotana, que nada tiene que ver con el auténtico nacionalismo (cuyos claroscuros de amanecer se perciben en Alberdi y Sarmiento antes que en nadie)" (Ibid., 90).

En Ernesto Palacio el anti-intelectualismo y el anti-liberalismo propio de los nacional-populistas llega a su máxima expresión: carga la responsabilidad del enfeudamiento del país al imperialismo sobre los intelectuales europeístas (Alberdi y Sarmiento) que habrían "transformado la mentalidad de nuestra clase dirigente" (sic). Comenta Peña: "Todo este antisarmientismo y antialberdismo encapuchado no puede disimular el aura a sacristía y frigorífico que lo inspira y todos los dilemas que agita como hisopos de exorcismo contra Alberdi y Sarmiento: 'criollos sí; inmigrantes no'; 'curas católicos sí; maestros protestantes, no'; 'patriciado argentino, sí; advenedizos extranjeros, no', etc., no son más que ejercicios verbales para descargar en chivos emisarios (Sarmiento, Alberdi, el gringo, el liberalismo, etc.), la culpabilidad entrañable de los coleccionistas de vacas y latifundios, que prosperan con Rosas y luego se desprendieron de él y aceptaron del programa de Alberdi y Sarmiento lo que a ella le convino, dejando que el resto lo pisoteara las pezuñas. El problema real no era salvar al criollo del inmigrante extranjero sino salvar al criollo de sus viejas clases dirigentes para poder construir una gran nación con ayuda del inmigrante, porque la oligarquía sólo podía construir un gran semicolonias con ayuda de Londres" (Ibid., 92).

Asimismo, mientras el mitrismo acusa a Alberdi de traidor al servicio del Paraguay, Raúl Scalabrini Ortiz lo acusa de traidor al servicio de Inglaterra. "Filisteos de mentalidad irigoyenista, de la pequeña burguesía mesiánica como Scalabrini Ortiz que ni siquiera conocen seriamente la obra de Alberdi, han averiguado que Alberdi pretendía despoblar el país y poblarlo con ingleses: que Alberdi hizo una constitución especialmente para servir los intereses de Gran Bretaña [...]. La verdad meridiana es que fue Alberdi precisamente el que se esforzó por encontrar contrapesos que redujeran la excesiva gravitación británica en el Río de la Plata, y nadie se mostró más lúcido que él en este sentido" (Ibid., 119).

Es que el "europeísmo" o el "norteamericanismo" de Alberdi y Sarmiento no podía ser comprendido por los nacionalistas, que a su vez lo confundían con el europeísmo de la oligarquía. En apoyo del "europeísmo" de Sarmiento y Alberdi, Peña acude a la tradición marxista rusa, que había asumido críticamente la herencia de los "occidentalistas" y antitradicionalistas del siglo XIX (como Bielinsky y Herzen), y hasta se complace en presentar a Alberdi como una suerte de Herzen argentino. No puede, argumenta, confundirse el "europeísmo" de las oligarquías con el de los intelectuales revolucionarios de los países atrasados. "Para los revolucionarios era un compromiso el alcanzar y superar a las metrópolis. Este era el sentido del europeísmo o yanquismo de Sarmiento y Alberdi, y su drama de urgencia y de falta de medios reales, lejos de ser un artificio, era la tragedia de los mejores, de las cabezas más lúcidas y fieles al futuro gran destino nacional en todos los países acunados por la modorra y el atraso" (Ibid., 93).

Si la historia argentina estaba atravesada por antagonismos y conflictos, era totalmente inapropiado pensarlos hoy, desde una perspectiva materialista, a partir de la matriz "civilización o barbarie". "En cierto sentido el lema mentiroso de civilización o barbarie tendía a representar a la oligarquía porteña, queriendo o no, como abanderada de la civilización, y esto era diáfano falso, más todavía que presentar como barbarie las actividades campesinas

que constituirían la mayor riqueza nacional" (Ibid., 71). Sarmiento, retomando un motivo que ya estaba presente en el horizonte intelectual de la generación del 37, había lanzado el estribillo en su **Facundo** en 1845. Ya hemos visto, a propósito de la cuestión unitarios/federales, la certera crítica de Alberdi: "Tenga cuidado el señor Sarmiento, que hay una barbarie letrada mil veces más desastrosa para la civilización verdadera que la de todos los salvajes de la América desierta" (Ibid., 96). Su propio amigo Posse llegó a escribirle señalándole que no eran "los gauchos ignorantes y brutos los inventores de los crímenes políticos, son los doctores, los decentes que con su impaciente ambición de llevar por delante, sin pararse en medios, todo lo que se pone de estorbo. Se ha hallado cómodo echar la culpa al pobre gaucho, que no habla, de las grandes barbaridades de nuestro país, y la verdad es que los crímenes odiosos, como sistema como medio de partido, los han inventado siempre malvados sapientísimos" (Ibid., 65). Según Peña, Sarmiento tuvo que reconsiderar su esquema, que comienza a ver que la barbarie estaba en el latifundio, lo que a su vez lo empuja a "reconsiderar sus actitud despreciativa hacia las masas populares criollas": "Su enfoque sobre el problema educacional revela meridianamente que Sarmiento inclina sus esperanzas hacia las masas populares, no hacia la oligarquía. De allí su énfasis en la instrucción general, elemental, para el pueblo y su despreocupación y subestima por la educación académica y universitaria al servicio de la oligarquía" (Ibid., 65-66).

En suma, para Peña, "Que la oligarquía porteña distaba mucho de encarnar la civilización contra la barbarie del resto del país, Sarmiento lo advirtió, con tardanza tal vez, pero lo advirtió, a expensas de la oligarquía". Por eso habría decidido prescindir de ese título para la traducción inglesa de **Civilización y Barbarie**, argumentando que "no siempre se puede por los hechos saber de qué lado está la barbarie" (Ibid., 70).

Sin embargo, con todo lo reaccionario de su crítica al gauchaje del interior, hay que señalar que ésta "no proviene de que éstas dificultan el monopolio de la aduana de Buenos Aires —esto era lo que le dolía a la oligarquía— sino de que el atraso de esas masas desde el punto de vista de la estructuración de una nación al estilo yanqui, dificultaba la transformación nacional que Sarmiento anhelaba. La mayor falsedad de la posición de Sarmiento no estaba en plantear que era preciso revolucionar el modo de existencia de esas masas y barrer a los recalcitrantes aferrados al pasado; la falsedad fundamental estaba en confiar en que una vez vencida la resistencia de las masas, era la oligarquía porteña la llamada a construir la gran nación. No era falso en sí mismo combatir lo que había de barbarie en la mayoría del país. Lo terrible fue suponer que la oligarquía porteña representaba la civilización". La tragedia consistía en que "no había en el país ninguna fuerza social que representara realmente la civilización, es decir, el desarrollo nacional autónomo" (Ibid., 72-3).

Aún cuando Sarmiento justificaba la conquista de los pueblos atrasados por los avanzados, se mostraba "insospechadamente hegeliano". Pero incluso admitiendo que no se trataba de otra cosa que de una defensa de la expansión mundial del capitalismo, el que, a menudo con métodos violentos, arrastra en su torbellino a los pueblos atrasados, Sarmiento "sólo percibía un momento de la dialéctica histórica, aquél en que los pueblos civilizados cumplen la función progresiva de incorporar a la civilización a los países bárbaros". El historicismo de Sarmiento, en la medida en que se identificaba con los vencedores, era tributario de una dialéctica positiva de la historia. No veía que "con el tiempo esa situación cambiaba y los países civilizadores se transformaban en parásitos que cerraban el paso a los que querían civilizarse, de modo que ante el juicio de la historia los civilizadores de ayer se transformaban en bárbaros y los bárbaros en los más esforzados campeones de la civilización" (74-75).

La antinomia **Civilización/Barbarie**, que desde la perspectiva liberal era presentada en términos de alternativas a escoger, como dos caminos que abrían dos perspectivas antitéticas y

delimitadas, de oposición excluyente e irreductible entre dos mundos, cerrados el uno frente al otro, deviene, en la visión trágica de Peña, lo que él denomina un dilema, "el dilema de Civilización o Barbarie". Los opuestos no aparecen ya perfectamente definidos y encarnados en sujetos históricos precisos, sino trastocados: la Barbarie está inficionada de Civilización y la Civilización de Barbarie. El triunfo de la "barbarie" federal no hubiera conducido a un resultado distinto al que condujo la "civilización" unitario-liberal; y, al mismo tiempo, el triunfo de esta "civilización" estaba preñado de barbarie. En este sentido, Peña, de haberla conocido, hubiera suscripto la dialéctica benjaminiana entre civilización (cultura) y barbarie, contenida en el aforismo según el cual "No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie" (106).

Comenzamos esta sección señalando que no debía ser casual que las únicas dos personalidades sobresalientes en el discurso historiográfico de Peña, Sarmiento y Alberdi, sean consideradas por él como dos figuras trágicas, dos figuras de la tragedia argentina, dos intelectuales burgueses revolucionarios sin burguesía revolucionaria. En este desencuentro se alberga toda su tragedia así como también toda su lucidez. Pues Peña logra hacer del extrañamiento de los intelectuales con su clase un valor positivo, al menos en el plano cognoscitivo, ya que la mayor lucidez crítica es posible a partir del descentramiento, del desencuentro y de la tragedia. Es (des)ubicados en este lugar anómalo donde pueden pensar la historia y la política desde una perspectiva antihistoricista (en el sentido benjaminiano), en que es posible romper con la dialéctica positiva, y ser entroncados desde el presente por el pensamiento revolucionario.

El drama de Alberdi, del Alberdi expatriado, pobre y aislado, no es meramente un drama personal. "En todo caso expresaba muy bien en su drama personal, el gran drama argentino: la falta de clases reales en qué apoyar el programa alberdiano para la construcción de una gran Argentina" (Alberdi, Sarmiento, el 90, 121). Otro tanto podía decirse de Sarmiento: la decepción del último Sarmiento con la Argentina del 80, su extrañamiento con lo que en cierta medida era un producto propio, era su tragedia y era la tragedia de la nación.

No es difícil adivinar la identificación y proyección de Peña con estas figuras, que son, como Peña, intelectuales de la pequeñoburguesía que se zambullen no siempre exitosamente en la política, intelectuales desencontrados con su clase, en cierta medida excéntricos, desmesurados, incomprensidos, combatidos, tergiversados. La identificación por parte de Peña se hace sin duda más intensa con una figura como Alberdi, el Alberdi intelectual que difícilmente había logrado franquear las puertas de la práctica política, de aquel Alberdi que, "demasiado consciente de las limitaciones de todas las fuerzas sociales argentinas, terminó exiliándose permanentemente de la vida política" (Ibid., 95). Incluso los retratos que traza Peña en forma de contrapunto entre Alberdi y Sarmiento no dejan de guardar una sugestiva semejanza con el propio Peña y Nahuel Moreno, en tanto contraposición y conflictiva relación entre el intelectual y el político: "Alberdi: físico endeble, pura lucidez conceptual, incapacidad para la militancia política. Sarmiento: ante todo un artista y un constructor, desbordante de fuerza vital, relativamente débil para el pensamiento puro y sistemático, aunque tremendamente fuerte y con frecuencia lúcido en la captación intuitiva de los problemas. Está claro que, como decía Lugones, decididamente Alberdi y Sarmiento habían nacido para no entenderse" (Ibid., 59).

Es que tanto el Alberdi intelectual, como el Peña intelectual, expresaban con sus propias vidas el desencuentro del intelectual con las masas. Peña se había alejado de la militancia orgánica cuando el pequeño grupo morenista pujaba en vano contra la heteronomía de una clase obrera mayoritariamente peronista, hasta que por momentos se confundía peligrosamente con ella. El discurso revolucionario de Peña no encontraba sino difícilmente interlocutores en las

masas populistas. No es difícil reconocer la identificación con un Alberdi que "no tenía confianza en las masas populares como agentes autónomos del desarrollo nacional. Su drama era que no existía en las masas nacionales ninguna clase capaz de encarnar su programa de estructuración de una poderosa nación capitalista moderna [...]. Los mejores intelectuales del país no confiaban en las masas. Las masas no podían comprender ni sentir la necesidad del programa que formulaban los intelectuales" (Ibid., 114).

Alberdi y Sarmiento, pues, leídos por Peña en clave de figuras trágicas, le permiten plantear la problemática de la conflictiva relación entre el intelectual y las masas y, paralelo histórico mediante, pensar y racionalizar su propia situación de intelectual revolucionario desencontrado con las masas que su discurso dice representar.

El mito del Radicalismo como gobierno de la clase media

Sobre la base de su concepción de una clase dominante relativamente homogénea, fuertemente concentrada y diversificada en una serie de sectores económicos, Peña construye un relato histórico donde predomina la relativa continuidad en la dominación por parte de esta clase, y donde los movimientos populares del presente siglo (radicalismo y peronismo), con sus limitados programas de reforma, aparecerán como estructuralmente impotentes de cambiar las bases sociales de esta dominación.

Entrados al análisis historiográfico del siglo XX, y a medida que nos acercamos al presente, el tono del discurso de Peña se hace más apremiante, el estilo aún más polémico y el balance todavía más crítico. Es que todo el esfuerzo orientado a poner en cuestión los alcances de la "revolución radical" o de la "revolución peronista" era tanto más urgente en la medida en que estos mitos estaban por entonces fuertemente arraigados en la conciencia política de las masas.

En cuanto al primero, Peña busca desmitificar una persistente imagen del radicalismo como partido democrático y antioligárquico, propio de los sectores medios que buscan impulsar una redistribución progresiva del ingreso y del poder. El nacional-populismo (desde los forjistas a la izquierda nacional) forjó una imagen del radicalismo como un movimiento popular que anticiparía algunos de los motivos y los valores del peronismo, en tanto movimiento antioligárquico, democrático (que incorpora a las clases medias a la política), propulsor de un Estado fuerte y de un desarrollo económico nacional (política petrolera, fomento industrial, límites al capital extranjero). Sus límites históricos estarían dados por el horizonte de sus intereses de clase y por su base social (pequeñoburguesa), superados recién por el peronismo, que incorpora a la vida política a una clase con un horizonte de intereses más lejano y con mayor peso social y político: la clase obrera. Con todo, para uno de los voceros del forjismo, "el radicalismo yrigoyenista ha expresado, mal o bien, la posición nacional frente a la oligarquía liberal" (107).

Las ideologías de la modernización, lejos de cuestionarla, reforzaron esta imagen, haciendo menor hincapié en el carácter "nacional" de la política radical, pero insistiendo en el radicalismo como un agente de la modernización política. Este sería aquí el partido de las clases medias urbanas, surgidas en virtud de los cambios en la estructura social que propiciaron el crecimiento económico y la inmigración, a través del cual se habría favorecido el pasaje de una democracia restringida a una democracia ampliada. Para Gino Germani la oposición a lo que llama la "élite" tradicional se encontró, por una parte, en las clases populares, que alimentaron "a los grandes movimientos de protesta en las primeras décadas del siglo" (anarquismo, socialismo) y, por otra, en los "estratos medios", que representaron "el ambiente humano más

propicio al surgimiento del movimiento que debía representar la expresión política de este sector en la vida nacional". Se dio entonces "el paso de los gobiernos de élites —de la democracia de participación limitada— a los gobiernos de clase media", de la democracia de participación ampliada (108).

En su análisis sobre los orígenes del radicalismo, Peña parte de un diagnóstico acerca de la crisis de legitimidad del régimen oligárquico: "Al avanzar la primera década del siglo XX, el sistema de gobierno oligárquico chocaba cada vez más con las necesidades de la burguesía argentina en su conjunto y de su socio mayor, el imperialismo inglés, que era preservar el orden. La falta de democracia arrojaba a amplios sectores burgueses y pequeño-burgueses al camino de la conspiración incesante y el golpe de Estado periódico. Los políticos más sagaces de la oligarquía advierten entonces la necesidad de disponer de una válvula de seguridad para el orden mediante un juego bipartidista que permita a la oposición llegar al gobierno sin llegar a la sedición" (109).

La maquinaria estatal, controlada por la élite tradicional, ya no respondía a los intereses de conjunto de la oligarquía, especialmente a los nuevos sectores surgidos del propio crecimiento del modelo agroexportador. "El régimen oligárquico resguardaba los intereses del imperialismo inglés y del conjunto de la burguesía argentina. Pero la maquinaria estatal se hallaba en manos de una reducida clique íntimamente vinculada al capital británico y sus aliados más directos —los estancieros de Buenos Aires, el gran comercio importador, los consorcios financieros— a la cual no tenían acceso amplios sectores terratenientes, industriales, comerciales y pequeño-burgueses. Del proletariado urbano y rural no hay ni que hablar. El desarrollo capitalista del país reclamaba mayor influencia en el Poder para esos nuevos estratos capitalistas, ligados económicamente a la oligarquía, sí, pero ajenos al núcleo de familias oligárquicas que se reunían en el Jockey Club y monopolizaban el gobierno del país" (Ibid., 8).

Estos sectores de las clases dominantes y de la pequeño-burguesía excluidos del poder político son los que confluyen en la Unión Cívica Radical, a la que se suman, por razones opuestas, las masas pobres de la ciudad y del campo, y el proletariado. He aquí un punto clave de ruptura de Peña con la historiografía dominante en torno a los orígenes y naturaleza social de la UCR: para Peña no es este el "partido de las clases medias", aunque los sectores medios constituyan lo fundamental de su base social y de su clientela política. Recordemos, a propósito de este tema, sus análisis sobre la crisis del 90 a partir de la caracterización de la suboligarquía juarista. Peña observaba que la enérgica oposición popular liderada por el caudillo radical Leandro N. Alem no era, "como quieren creer sus apologistas", una lucha frontal de la multitud descamisada contra la oligarquía. "Las fuerzas de real peso social y político que se movieron tras Alem durante e inmediatamente después del 90 fueron los productores nacionales que aspiraban a una política de relativa contención frente al imperialismo" (110). A contrapelo de la historiografía dominante, y apoyándose en el testimonio de Carlos D'Amico, Peña insistirá en que la llamada "revolución del 90" no tuvo un carácter de auténtica movilización popular: "El del 90 fue un movimiento nacional, de defensa frente al capital imperialista, limitadamente democrático, en virtud de los objetivos que perseguía el alemidismo" (Ibid., 37). En efecto, "nada en el movimiento de 90 denuncia la preocupación por las masas trabajadoras"; todo el programa de Alem y de del Valle consistía en la reivindicación del sufragio universal, lo que significaba "una contundente reforma en el área institucional, como lo era en el terreno económico el programa de no vender el país al capital internacional" (Ibid., 38). Pero nada más.

Sin desconocer sus méritos, Peña cuestionará los mitos en torno al 90 y los orígenes de la UCR sometiendo a debate el análisis clásico de la Revolución del Parque en términos de la oposición Oligarquía/Pueblo, en la medida en que importantes sectores oligárquicos, incluyendo

en un principio al propio mitrismo, confluyeron con los sectores medios en la lucha contra la suboligarquía juarista. "En el movimiento del 90 coincidieron pues la oligarquía y la reivindicación del sufragio universal. Sin embargo el sufragio universal significaba permitir el acceso al Estado de grupos sociales hasta entonces excuidos por la oligarquía. ¿Se trataba acaso de una maniobra demagógica? Había algo más. Los productores nacionales percibían confusamente —Alem expresaba esta confusión mejor que nadie— que sin democratizar el Estado, el control que la oligarquía nacional ejercía sobre el mismo se debilitaba en beneficio del capital financiero internacional. El tradicional mecanismo, consistente en pasarse el Estado de mano en mano entre camarillas oligárquicas, tendía a independizar a los usufructuarios del poder de las fuerzas reales de clase en que se sustentaban; hasta llegar al juarismo, que se había distanciado increíblemente de la oligarquía en interés de sus negocios con el capital extranjero. En esos momentos de crisis el sufragio universal aparecía como un medio para retomar el control más estrecho sobre un Estado que en gran medida se les había escapado de las manos" (Ibid., 39-40).

De ahí el carácter combinado de la revolución del 90. La élite oligárquica había sido enemiga del sufragio universal, pero "en situaciones críticas, una fuerte corriente de los productores nacionales, incluso los productores oligárquicos, se inclinaban por buscar un respaldo de masas destinado a consolidar su posición frente al capital extranjero". De ahí el carácter combinado del 90: "fue un movimiento oligárquico, pero reivindicó la consigna democrática del sufragio universal para apuntalar a los productores nacionales" (p. 0).

Peña discutía con las lecturas comunistas y nacional-populistas (Luis Sommi, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos), que hacían del 90 una gesta popular antioligárquica y de la UCR un partido fundamentalmente de las clases medias nacional-democráticas orientado contra la oligarquía en su conjunto. "Que se trataba de suprimir al régimen juarista es innegable. Que se trataba de liquidar a la advenediza oligarquía gestora que sustentaba a Juárez resulta también evidente. Pero que se pretendiera desplazar a la oligarquía es fabulosamente recurrente, a menos de suponer que los Anchorena, Zuberbühler, Martínez de Hoz, Pereyra Iraola, Campos, Alvear, Ayerza, Yrigoyen y tantos otros oligarcas habían decidido liquidar a su propia clase. En realidad, estos hombres apoyaban el programa de Alem sobre el sufragio universal, no para desplazar a la oligarquía, sino para fortalecerla, para darle una base de sustentación de masas y contrarrestar el peso del capital internacional y sus comisionistas (Ibid., 42-3).

La naturaleza social y el programa de la UCR están marcados por esta génesis en la "revolución" del 90 y su amplísimo frente antijuarista. Nacido de este frente, el partido radical no dejará de ser un conglomerado de clases y sectores de clase (pero hegemoneadas por sectores subalternos de la oligarquía) que "se sumaron y se restaron en la UCR. El radicalismo era el 'gran movimiento de opinión' (Yrigoyen) canalizado por una eficiente maquinaria electoral a quien todo el mundo votaba sin saber exactamente por qué. Pero semejante partido no es otra cosa que un cero grandioso, y efectivamente eso era el radicalismo argentino. Su único programa llamábase 'sufragio universal', reivindicación democrática y burguesa con la cual estaba de acuerdo todo el país —excepto naturalmente la élite oligárquica cuya posesión de poder político se basaba justamente en la inexistencia del sufragio universal. Más allá no iba la UCR. Otras reivindicaciones enteramente democráticas y burguesas pero realmente *radicales* —es decir, que iban a la raíz de los problemas nacionales— tales como la distribución de las tierras de los terratenientes y la liberación del país del yugo imperialista británico, le eran completamente extrañas al partido de Hipólito Yrigoyen" (Masas, caudillos y élites, 9).

El oscuro discurso de Yrigoyen interpelaba a un amplio espectro de sectores sociales, pero manteniendo la fundamental ambigüedad de su programa: "todos votaban por el radicalismo: terratenientes, industriales, pequeñoburgueses, obreros. Pero la UCR no los

representaba a todos, ni todos controlaban a la UCR. El núcleo esencial y dirigente del partido, el que determinaba la política efectiva y desprendía de su propio medio ministros y altos funcionarios, estaba perfectamente mancomunado en ideas e intereses fundamentales con el imperialismo inglés, con la burguesía terrateniente argentina, con el capital financiero e industrial tan íntimamente vinculado a los dos primeros, con el ejército —su guardia pretoriana—, y la Iglesia —su gendarme espiritual. Las cuatro quintas partes de la UCR eran populares, pero el quinto decisivo —el dueño de casa que trazaba y ejecutaba la política— servía al imperialismo y a la burguesía argentina" (Ibid., 10).

Si todavía quedaban dudas acerca de esto antes de 1916, el radicalismo en el gobierno (1916-30) lo confirmó. Peña, contra las lecturas que marcaban en 1916 un corte radical en nuestra historia, va a sostener la tesis de una relativa continuidad entre el radicalismo y los gobiernos oligárquicos: tanto de la modalidad estatal como de los grandes trazos de la política económica. Es cierto que una enorme cantidad de "ilustres desconocidos" pasó entonces a ocupar el lugar de los viejos funcionarios estatales de la oligarquía; pero un cambio del personal en el aparato de Estado no modificaba necesariamente su naturaleza oligárquica. Esta debía establecerse por medio de una evaluación de las políticas estatales y de los intereses favorecidos por ellas. Por otra parte, entre el nuevo personal de "advenedizos", sobresale en el gabinete un puñado de apellidos patricios, y algunos más entre los altos funcionarios del Estado, que funcionan como una señal de confianza y como un reaseguro para la clase dominante nativa y el capital inglés.

Dentro de la continuidad en la estrategia hay, sin duda, cambios en cuanto a estilos y en la puesta en práctica de ciertas políticas. Los cambios de estilo obedecen a la base social plebeya y a los compromisos sociales populares del radicalismo. Las nuevas políticas tímidamente estatistas obedecen más a una respuesta coyuntural en tiempos de guerra que a una estrategia programática. "Desde el primer momento, el gobierno radical continúa la política tradicional de la alianza británico-estancieril que domina la historia argentina, con las variantes impuestas por las modificaciones que la guerra europea introducía en el mercado mundial y en la economía nacional, y por la circunstancia de que el partido gobernante necesitaba el apoyo de las masas, y sólo podía conservarlo mediante una política de ciertos matices populistas y obreristas, que los tradicionales gobiernos oligárquicos no necesitaban ni buscaban" (Ibid., 12).

Así, por ejemplo, esta tensión entre la continuidad y el cambio se expresaba claramente en la política exterior del primer gobierno radical. Yrigoyen continuó con la política de "neutralidad" argentina en la guerra iniciada bajo la presidencia oligárquica de Victorino de la Plaza (neutralidad al servicio de continuar con las exportaciones argentinas a Gran Bretaña), aunque al término de la misma fue capaz de exigir a la Liga de las Naciones la igualdad formal entre todos los Estados, y ante el rechazo del pedido retiró al país de la Liga. "Pero si Yrigoyen pudo dar este paso relativamente atrevido fue porque gracias al apoyo popular podía actuar con más independencia que los gobiernos oligárquicos, sin consultar a cada paso importante con la Embajada Británica". Y agregaba sugestivamente Peña: "El arrastre plebeyo del radicalismo insuflaba una arrogancia particular a la diplomacia de Yrigoyen [mientras] los políticos oligárquicos, incubados en los directorios de empresas extranjeras, pecaban justamente por un exceso de comprensión del poderío imperialista y una notable subestimación de la capacidad del país" (Ibid., 14).

Su política económica fue fundamentalmente continuista: mientras crecían las inversiones inglesas en la economía argentina, la actitud radical ante el imperialismo era enteramente conservadora. Por otra parte, pese a las esperanzas depositadas por chacareros y peones, "el radicalismo respetó y amparó el latifundio, base fundamental del predominio de la burguesía terrateniente y del atraso de país". Bajo su gobierno creció incluso la concentración

de la propiedad territorial (Ibid.,13-19). El relativo crecimiento del intervencionismo estatal no fue tanto el resultado de una estrategia radical como de una coyuntura propicia para ello propia de los tiempos de guerra, cuya tradición se remontaba, por otra parte, a las propias políticas defensivas de la oligarquía (al estilo Roca o Pellegrini). "El gobierno de Yrigoyen realizó o intentó realizar una política de intervencionismo estatal para salvar la ganancia de la burguesía argentina y en especial la renta de los terratenientes, en momentos en que descendían los precios agropecuarios, se desvalorizaba la tierra, etc. Se apoyó en los chacareros con medidas tales como la distribución de semillas (ya realizada por los gobiernos oligárquicos en 1897, 1911, 1912, 1914, etc.) o la reducción de los arrendamientos y la prórroga de los mismos. Pero la medida básica para salvar la economía del campesino, darle la tierra en propiedad, nunca fue ni siquiera esbozada". Por otra parte, la dislocación del comercio mundial producida por la guerra favoreció la asociación de capital local con el capital financiero internacional en empresas antes reservadas al imperialismo, como el transporte marítimo y la construcción de barcos. "Apoyando este tipo de desarrollo de la economía nacional, en base a la conjunción de capital extranjero con el capital nativo, con predominio del primero, continuaba Yrigoyen la política tradicional de la burguesía argentina, que de este modo había desarrollado los ferrocarriles, los servicios públicos y en general todas las industrias del país" (Ibid., 20-1).

Este tibio reformismo del gobierno radical no amenguó, sin embargo, la violenta oposición conservadora: la oligarquía "había sido expropiada políticamente por el radicalismo y no se lo podía perdonar", a pesar de que el gobierno radical "usufructuaba el aparato estatal sin afectar negativamente y favoreciendo positivamente a la oligarquía" (Ibid., 21). "Por otra parte, a fin de conservar su respaldo popular, el radicalismo hubo forzosamente de realizar o proyectar cierta política populista, vagamente obrerista: salario mínimo, rebaja de alquileres, reglamentación del trabajo a domicilio, conciliación y arbitraje en caso de huelgas, con cierta tendencia a favorecer a la parte obrera" (p. 22). Y a pesar de que la política yrigoyenista de arbitraje estatal en la relación capital/trabajo concitó las furias de la oposición, "rindió un efectivo servicio al orden capitalista. Hasta 1916 el sindicalismo argentino tenía un carácter extremadamente combativo y revolucionario, poco dado a la conciliación con la patronal y las tramitaciones ministeriales", pero a partir de Yrigoyen el Estado comenzó a asegurarse cierto control sobre el movimiento obrero. "Pero el obrerismo de Yrigoyen ponía en evidencia su verdadera naturaleza apenas se esbozaba un movimiento independiente de la clase obrera. Entonces el radicalismo masacraba al proletariado con tanta puntualidad y eficiencia como el más reaccionario de los gobiernos oligárquicos" (Ibid., 24).

A su turno, el gobierno radical de Marcelo T. de Alvear, expresión del ala derecha del partido, trajo cierto alivio a la oligarquía. "Alvear y su fracción estaban mucho más cerca del Jockey Club que Yrigoyen y su chusma. A eso se reducía todo el cambio. Respecto de los grandes problemas nacionales —dominio del capital extranjero, latifundio, atraso general de la economía— Alvear como Yrigoyen gobernó sin cambiar nada" (Ibid., 27). La política petrolera de Alvear, leída por otros autores en clave nacional-estatista, es entendida por Peña en términos de la disputa interimperialista por el mercado argentino. En efecto, para Peña es bajo la presidencia de Alvear que el capital norteamericano acelera vertiginosamente su penetración en la economía argentina, a través de empréstitos, empresas de servicios públicos y mediante filiales de los grandes consorcios que instalan fábricas y talleres de montaje para abastecer el mercado interno. Las inversiones norteamericanas se multiplican en aquellos años varias veces. "El imperialismo inglés, cuyas inversiones cuadruplicaban a las de Estados Unidos, veía como el pujante rival que ya lo había desplazado del resto de América Latina avanzaba peligrosamente en la Argentina, y se dispuso a frenarlo. El gobierno de Alvear le prestó su ayuda, y entre otras cosas cerró el camino a las empresas petroleras norteamericanas, desarrollando los

Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) que llevaron una enérgica campaña contra la Standard Oil. Eso sí, sin afectar los intereses de Gran Bretaña, la metrópoli dominante" (Ibid., 28). La "batalla del Petróleo" había provocado un nuevo clivaje en las filas de la clase dominante: fue respaldada por "los aliados históricos del imperialismo inglés, los estancieros de la Provincia de Buenos Aires"; por su parte, "el imperialismo yanqui, a través de la Standard Oil, inició una alianza que habría de ser duradera con la burguesía industrial y terrateniente del Norte argentino" (Ibid., 28). El último gobierno de Yrigoyen continuó con la política de cerrado bilateralismo con Gran Bretaña, concretando un acuerdo con ese país tras la misión D'Avernon, mientras por otra parte proseguía la ofensiva contra la Standard Oil. Durante su breve gestión llegó a proyectarse "una nacionalización del petróleo enderezada ante todo contra el imperialismo yanqui, y en forma tal que los intereses imperialistas predominantes en la industria petrolera argentina, que eran británicos, apoyaban la nacionalización" (Ibid., 32).

Pero el estallido de la crisis mundial precipitó las cosas. Con la caída de los precios de los productos agropecuarios se redujeron también las reservas de oro. "Tocaba a su fin la prosperidad, y el capital nacional y extranjero advertían la necesidad de un gobierno desligado de compromisos con las masas populares y sin veleidades obreristas, un gobierno fuerte capaz de salvar la cuota de ganancia a expensas del nivel de vida de las masas trabajadoras y gobernar en íntimo contacto con los altos círculos capitalistas. Evidentemente, el gobierno de Yrigoyen no era apto para esta función. [...] Había demostrado su eficacia para masacrar al proletariado cuando éste se levantaba, pero necesitado del voto de los trabajadores no podía ir demasiado lejos en una ofensiva permanente contra ellos sin perder su base de sustentación" (Ibid., 32-33).

Recordemos que Peña retoma aquí las notables intuiciones de otro joven historiador amateur: Antonio Gallo. Este había advertido, en su folleto de 1933 sobre el golpe militar de setiembre, que la UCR, ya desde sus orígenes, no había sido meramente la expresión de la reacción de la pequeñoburguesía democrática frente al régimen oligárquico, sino un heteróclito conglomerado hegemonizado por un sector de la clase dominante argentina. "Existe entre las capas dirigentes del radicalismo y la burguesía agropecuaria un entramamiento que es el que ha impuesto, junto al común sometimiento a la oligarquía financiera internacional, las huellas más intensas en la política del partido radical y el país todo. Tampoco excluye esto las inevitables contradicciones en el seno de la burguesía misma y más notoriamente del 'régimen' con la 'causa'. Los grandes propietarios tierras, abogados de capitales extranjeros, jefes del ejército, profesores universitarios, tienen ubicación, aunque en iniguales proporciones, en ambas corrientes. *De idéntico modo que, en mediando los monopolios de comunicaciones, transportes marítimos, ferroviarios, frigoríficos, bancos e instituciones de crédito, empréstitos, etc., el capitalismo financiero internacional, parcialmente o en su conjunto, ejerce un contralor sobre la economía toda del país, valiéndose indistintamente siempre de la una o de la otra tendencia política en servicio de aquellos mismos intereses económicos e influenciando así en el acontecer político*" (111).

Asimismo, Gallo enfatizó la crisis de 1929 como determinante del gope, en términos que luego recogerá Peña: "En tiempos de madurez y florecimiento del régimen capitalista, la burguesía da a sus métodos de dominación social, y hasta de explotación económica, módulos liberales, ordenados, regulares, conservadores, democráticos [...]. Retrospectivamente mirado, el radicalismo gobernó dentro de ese período próspero de nuestro desenvolvimiento económico que transcurre después de la crisis de 1890". Pero en tiempos de crisis los márgenes se angostan para un gobierno como el radical, con sus compromisos distribucionistas con los sectores medios y sus veleidades obreristas. "Un sector del capitalismo como el radicalismo no mostraba ante la crisis más que su incapacidad para salvaguardar los intereses

de aquél en su conjunto (...). Así, la crisis económica planteaba al capitalismo argentino la ruptura con el Estado tradicional que tuvo siempre: aquel Estado burocrático, dadivoso, deficitario, sin capacidad de previsión ni creación, de un *laissez faire, laissez passer* criollo; necesitaba ahora un Estado regido con mano de hierro, ajustado a sus exigencias premiosas" (Ibid., pp. 16-17).

Muchos años después de escritas las páginas de Gallo y de Peña, un historiador profesional de origen británico dedicó al radicalismo una investigación que se ha convertido desde entonces en una obra de referencia. En ella David Rock sostuvo una serie de tesis directamente tributarias de la obra de Peña. Por ejemplo, entendió que "entre 1890 y 1930 la élite siguió siendo, incuestionablemente, el factor de poder dominante en la sociedad argentina" (si bien había dejado de actuar en un vacío político) (112). La reforma política de 1912, lejos de ser una capitulación de las viejas clases dominantes, es entendida como una "retirada estratégica de las élites para apuntalar el orden social existente". Dos condiciones explican que la élite pudiera entonces contemplar la posibilidad de delegar el control del Estado: "La primera es que en 1912 la oposición del radicalismo a la élite era muy superficial; más allá de la competencia por los cargos públicos, la élite y los dirigentes radicales tenían antecedentes muy semejantes y una común adhesión al desarrollo de la estructura económica establecida. La segunda es que en épocas de expansión económica los intereses de la élite y de las clases medias urbanas eran suficientemente compatibles como para posibilitar una alianza política y admitir que estas últimas participaran en cierta medida del poder. Ninguna de estas dos condiciones prevalecían en la década de 1930" (Ibid., p. 266).

También discute Rock "la idea tradicional de que el partido fue desde el comienzo el órgano representativo de la clase media. Antes de 1924, fue controlado en gran medida por una élite muy flexible de terratenientes. En la década de 1890, el radicalismo revivió una pauta ya muy conocida durante el siglo XIX: el pasaje del poder y del control directo del Estado de uno a otro subsector de la élite conservadora. Su aparición fue parte de la reacción (precipitada por la depresión de 1890) que suscitaba el hecho de que los beneficios y subsidios oficiales fueran, en ocasiones, prerrogativa de las camarillas dominantes" (Ibid., p. 266).

Rock ha reconocido estas deudas con Peña, a quien atribuyó "una serie de penetrantes intuiciones" que le habrían permitido destacar "los elementos centrales de la transición del régimen oligárquico al gobierno constitucional de 1912. Peña hace hincapié en que el propósito de la Ley Sáenz Peña era dotar al país de mayor estabilidad política, mediante un proceso de asimilación, como medio de garantizar su atractivo para los inversores extranjeros. Señala asimismo la importancia de los créditos y subsidios oficiales en cuanto a las adhesiones políticas de los terratenientes y el surgimiento del radicalismo. Reconoce que éste constituía una coalición de clases, pero guiada por el mero objetivo de defender el orden establecido. Peña advierte el relevante papel de la política obrera radical al generar la oposición de la élite conservadora, así como la importancia de la Gran Depresión como elemento que precipitó la caída de Yrigoyen en 1930. Todo esto guarda gran correspondencia con mi propia investigación" (Ibid., V. Apéndice 2, p. 284).

La década del 30: nuevos mitos sobre el Estado, la industrialización y la "restauración oligárquica"

El aporte de Peña a la comprensión de los años 30 en la Argentina sobresale dentro del vacío historiográfico que entonces existía sobre este período clave de nuestra historia. Así lo ha reconocido Oscar Terán, quien sin dejar de señalar numerosas reservas en cuanto a la

concepción historiográfica de Peña, ha presentado su obra como un "intento [que] alcanza momentos de indudable estímulo intelectual (como en los estudios acerca del desarrollo de la década del 30 y sus efectos en la conformación de la burguesía industrial)", señalando, además, la "utilización de fuentes económicas en general escasamente atendidas" (113).

Es que hasta hace sólo dos décadas la Argentina de los años 30 estuvo sumergida bajo un cono de sombra, mal comprendida como una etapa de "reflujo", de mero "retroceso", o como la han bautizado los intelectuales revisionistas de FORJA, de "restauración oligárquica". Juan Carlos Portantiero observaba hace algunos años cómo el epíteto que la bautizó como "Década Infame" había obstaculizado, "con el juicio moral descalificante, la posibilidad de analizar racionalmente uno de los momentos más complejos de la historia nacional" (114). Y si el juicio ético de José Luis Torres, aquel periodista nacionalista que la bautizara como "Década Infame" con tanta fortuna, había operado como un obstáculo para su comprensión, otro tanto cabría afirmar de la imagen restauracionista que de la misma construyeron los forjistas, imagen que alcanzó con los años enorme popularidad y devino finalmente sentido común.

Para Scalabrini Ortiz como para Jauretche, "el radicalismo yrigoyenista ha expresado, mal o bien, la posición nacional frente a la oligarquía liberal, gobernante desde Caseros hasta su advenimiento al gobierno". Tras el interregno radical, se produciría la "restauración conservadora", cuyo objetivo es arrasar con cualquier atisbo de soberanía popular y conducir al país a una situación de "quasi factoría británica". En ello convergen los intereses de la oligarquía local, socia menor del imperialismo inglés, y de los hombres del gobierno conservador, reclutados en su gran mayoría entre los empleados y abogados de las compañías británicas. Los principales acontecimientos económicos y político-dipomáticos del período —la misión Roca, la creación del Banco Central tras la misión Niemeyer, el plan Pinedo— son leídos en esta clave de vinculación entre la diplomacia inglesa y sus agentes locales (115).

El presupuesto de esta concepción historiográfica es la contraposición entre Oligarquía —entendida como mero agente o apéndice del imperialismo inglés— y Pueblo —expresión de la Nación—, en tanto sujetos predefinidos. La historia argentina sería el resultado de un movimiento pendular entre estos dos sujetos-proyecto, pues de esta antinomia fundante a su vez se derivan todas las otras antinomias que surcan nuestra historia como liberalismo/nacionalismo, Estado Liberal/Estado Popular, Factoría/Nación, comercio/industria, élites oligárquicas/masas y partidos populares, etc. Peña, en cambio, además de impugnar el núcleo mismo de esta concepción de la historia fundada en una oposición originaria Oligarquía/Pueblo, entiende que estos pares de opuestos no permiten en este caso histórico concreto dar cuenta de un proceso complejo, donde por detrás y por debajo de la aparente restauración comienza a operarse una profunda recomposición (al interior del capital, al interior de las clases subalternas, en la relación Estado/sociedad); donde los llamados sectores populares se muestran impotentes de llevar a cabo cualquier alternativa profunda a la crisis del modelo oligárquico que estalla en 1930, mientras es un sector de la misma élite oligárquica la que comienza a diseñar una nueva política económica y una nueva forma estatal. La "década infame" no es, entonces, una época de "reflujo" sino de transición. Esto es, mientras para la perspectiva nacional-populista los 30, en suma, representan la última etapa de la vieja Argentina oligárquica, para Peña con la crisis del 30 lo que nace es la Argentina moderna.

Tampoco las perspectivas liberal-desarrollistas de la modernización habían brindado un análisis satisfactorio sobre los problemas del período. Los años 50 y 60 asistieron al auge de las ideologías de la modernización, visible en todos los planos pero con enorme gravitación en el campo de las ciencias sociales. Su autodeclaración de cientificidad aparecía como una clara superación del enfoque hiperpolitizado de los revisionistas. Los estudios reunidos por Gino Germani en 1962 bajo el título de **Política y Sociedad en una época de transición**

constituyen, en este sentido, uno de sus textos más representativos. Partiendo de una matriz donde intentaba entender las sociedades reales a partir de un proceso de modernización ascendente, cuyo punto de partida lo constituía la "sociedad tradicional" (arcaica, feudal) y el de llegada la "sociedad industrial" (de clases sociales), Germani entiende al proceso inaugurado en 1930 como de "regresión 'artificial'", luego del período de "democracia representativa con participación ampliada" que habrían representado los gobiernos radicales. Hay, pues, con todas sus diferencias teóricas y políticas, un punto en que coinciden significativamente la concepción nacional-populista reseñada arriba con la liberal-democrática de Germani: ambas diseñan una valoración negativa y regresiva en su evaluación del período. Es que si para aquélla los 30 significaron un retroceso en el proceso de constitución del Pueblo-Nación, para Germani constituyen una regresión en el proceso de modernización. Por otra parte, la decisiva acción intervencionista del Estado en los 30 no aparece contemplada en Germani, pues en su concepción tiende a desdibujarse la dimensión estatal para resaltarse, en cambio, la del régimen político, mientras que la política es pensada en los acotados términos de la "participación". Es cierto que Germani enfatiza los procesos de urbanización e industrialización en el período, así como la emergencia de nuevos sectores sociales —la nueva élite industrial, el nuevo proletariado producto de las migraciones internas—, pero sin embargo no advierte el diseño simultáneo de una nueva modalidad estatal.

Resulta paradójico constatar también que ambas perspectivas, la liberal/desarrollista y la nacional/populista, comparten los mismos supuestos sobre la configuración de las clases sociales en el período en cuestión. Ambas son tributarias de lo que Murmis/Portantiero han identificado como el "modelo clásico" descriptivo de la orientación de las clases y los grupos sociales frente al crecimiento industrial. Este modelo identifica dos clases diferenciadas, con intereses específicos y en cierta forma enfrentados, con distintas tradiciones y diferentes proyectos. Por un lado, los propietarios agropecuarios, genéricamente identificados como la "oligarquía", con un interés objetivo y subjetivo en mantener la preeminencia de la renta de la tierra como la fuente privilegiada de ingreso, status y poder, de lo que se derivaría una fuerte aversión hacia la industrialización; por el otro, la "burguesía industrial", que aparece como el sector "moderno" (o bien "nacional") que busca incrementar su poder económico y político a expensas de la oligarquía, para establecer su propia hegemonía (116).

A partir de los años 50 nuevas interpretaciones buscan poner en discusión este "modelo clásico" o bipolar, proponiendo diversas modificaciones. Según Murmis/Portantiero pueden distinguirse cinco posturas:

"a) Se mantiene el modelo en cuanto a la identificación de las oposiciones de estos dos contendores, pero se supone que el sector industrial no tiene conciencia clara de sus intereses. Se mantendría en este caso a los terratenientes como enemigos de la industria y a los industriales como 'objetivamente' opuestos a los terratenientes. El desarrollo de la oposición exige la actuación de otros grupos, unos poseedores de esa conciencia de la que carecen los propios industriales —el Ejército—, y otros, más dispuestos a la lucha que el propio grupo en cuestión, la clase obrera" (Ibid., 4-5). Un exponente de dicha postura sería Jorge Abelardo Ramos.

"b) Otra versión mantiene el modelo en cuanto a la identificación de los contendores y sus orientaciones, pero en este caso serían los terratenientes quienes, inadvertidamente, habrían favorecido al sector industrial. En este caso parecería suponerse una coincidencia transitoria de intereses muy específicos en medidas tales como el control de cambios, pero una oposición de fondo, tanto en intereses como en actitudes" (Ibid., 5). Serían sus exponentes autores tan diversos como De Tella/Zymelman, Walter Beveraggi Allende y Aldo Ferrer.

"c) Más nos alejamos del modelo clásico cuando, aún manteniendo la imagen del corte, se postulan ciertas discontinuidades de cada uno de los sectores. Así, se admite que el sector terrateniente pasa ya a aceptar cierto tipo de industrialización limitada, liviana y dependiente y que en esa medida consigue aliarse con el sector más concentrado de los industriales, pero que subsisten dentro de los propietarios de la industria grupos no monopolistas que aspiran a un desarrollo manufacturero independiente, con crecimiento de industrias de base y expandido en el mercado interno" (Ibid., 5). Es la postura de los comunistas, representada en nuestro país por autores como Jaime Fuchs, inspirada en las tesis del "capitalismo monopolista de Estado" y proyectada sobre la estrategia de frente antimonopolista (burguesía industrial+ clases medias+ clase obrera).

"d) El alejamiento del modelo inicial es más neto cuando se postula que, en efecto, la oposición se ha redefinido, en cuanto a su contenido, en la forma que el enfoque anterior señala, pero que tanto los terratenientes como los industriales en bloque se benefician con el mantenimiento del desarrollo dependiente de la industrialización, no quedando ningún grupo de origen manufacturero enfrentando la posición del bloque dominante. Lo que se postula en este modelo es una virtual fusión de intereses y de orientaciones entre sectores terratenientes e industriales, sólo enfrentados por la clase obrera. Esta sería la posición desarrollada por Milciades Peña" (Ibid., 6). Podríamos incluir en esta postura las tesis de J. Sábato y J. Schvarzer sobre una clase dominante diversificada y multimplantada, como una reelaboración de la tesis de Peña.

En último lugar (e), señalaremos la perspectiva de los propios Murmis/Portantiero, que en muchos aspectos coincide con los desarrollos posteriores de O'Donnell. Estos autores rechazan la imagen bipolar de la oposición terratenientes/industriales, compartiendo con Fuchs y Peña, "la imagen de una comunidad de intereses entre ambos sectores en esta etapa y también la suposición acerca de las limitaciones que presentaba su propuesta de industrialización". Se acercan más a Peña "en lo que se refiere a la ausencia de un proyecto alternativo de industrialización más profundo dentro de las clases dominantes, pero diferimos de este enfoque en tanto señalaremos que, incluso este proyecto limitado, no era percibido desde un comienzo como el proyecto hegemónico indiscutido de la clase dominante, enfrentado sólo por proyectos de mayor alcance y en manos de la clase dominada, sino que, por el contrario, en la propia clase dominante se daba una oposición y un choque. El proceso no podría, por lo tanto, conceptualizarse como de fusión de intereses, sino de alianza entre fracciones de clase.

"En este sentido, a diferencia de ciertos supuestos acerca de la propensión hacia el desarrollo del mercado interno que sería propia de los terratenientes no incluidos en el sector hegemónico de la clase, encontraremos, precisamente, la oposición más decidida al proyecto industrializador en un sector subordinado de los terratenientes y una clara expresión de esta actitud en un grupo político considerado representante de la clase media y la burguesía productiva: la Unión Cívica Radical".

En suma, para Murmis/Portantiero, el proyecto de intervencionismo estatal e industriaización sustitutiva puesto en marcha por Pinedo, "si bien concita apoyo dentro de la clase dominante, no es el proyecto indiscutido de la misma: será el resultado de ciertas alianzas entre sectores de la clase dominante" (Ibid., 7-8, subrayado del autor). Apelando al arsenal de categorías gramscianas, estos autores repensarán la clase dominante argentina y el proceso de industrialización en los 30 a partir de la configuración de un nuevo "bloque en el poder" como resultado de la "alianza de clases" entre sectores agrarios e industriales que esa coyuntura histórica habría hecho posible. Durante los años 30 la hegemonía dentro del bloque en el poder es mantenida por los hacendados, pero al promediar la década del 40 esta relación de fuerzas se alterará a favor del sector industrial, "por la diferenciación que comenzará a operarse dentro

de los propietarios industriales, por la movilización de las clases populares y por el fortalecimiento adquirido por el Estado, a través, especialmente, de su área más proclive a cierta autonomización: el ejército. Sólo entonces la hegemonía de los hacendados se replegará, abriéndose la posibilidad para un movimiento como fue el peronista" (Ibid., 44-45).

Los estudios de Murmis y Portantiero contribuyeron enormemente a desbloquear el camino a la investigación sobre los 30. Es que además de este ajustado estado de la cuestión, tenían la ventaja de proporcionar un sustancioso cuadro histórico sobre las condiciones que hicieron posible las nuevas alianzas de clases, un minucioso análisis sobre los distintos clivajes entre las clases y al interior de ellas y una propuesta de renovación teórica a partir de conceptos gramscianos como "alianza de clases", "hegemonía", "bloque histórico" y "ampliación del Estado". Su reconsideración de ciertos tramos muy convencionalmente trabajados del período, como el tratado Roca-Runciman, el plan Pinedo o los enfrentamientos entre criadores e invernadores dentro del sector agrario, se convirtieron desde entonces en los análisis de referencia y sus **Estudios sobre los orígenes del peronismo** conocieron, desde su publicación en 1971, una extraordinaria gravitación.

Sin restarle, claro está, mérito alguno a estos trabajos, debemos destacar que la deuda teórica que tienen contraída con Milcíades Peña va mucho más allá del breve reconocimiento que los autores le hacen en el estado de la cuestión citado. Porque si bien Murmis y Portantiero han enriquecido y coherentizado el análisis de Peña, un somero repaso de sus textos escritos quince años antes ponen en evidencia que es a éste a quien se debe el mayor esfuerzo innovador en el replanteo historiográfico de los años 30: lo fundamental del aparato de fuentes trabajado por Murmis/Portantiero como lo más rico de sus tesis, ya había sido adelantado por Peña. Esto no escapó a un observador agudo como Luis Alberto Romero, quien en una reseña acerca de la historiografía de los años sesenta recordaba que a fines de ese período "Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero dieron a conocer un estudio que habría de tener gran influencia, sobre el carácter de la burguesía argentina. En él *reformulaban y ampliaban las originales tesis de Milcíades Peña, un panfletista de notables intuiciones historiográficas*" (117).

En efecto, Peña había desarrollado sus originales tesis sobre los 30 a partir de la "aparente contradicción" entre la política económica de subordinación al imperialismo inglés y la simultánea puesta en marcha de una política "nacionalista" por parte de un sector de la misma élite oligárquica. "Pero mientras aceptaba las imposiciones del imperialismo inglés, al mismo tiempo, la burguesía terrateniente argentina iniciaba una política de 'nacionalismo económico'. Esta aparente contradicción se originaba en una misma y única causa, que era la necesidad de conservar las ganancias y rentas del capitalismo argentino en las condiciones de la desintegración del comercio mundial". Ciertas concesiones a Inglaterra no carecían de racionalidad económica para la élite: "Para esto, la burguesía argentina —particularmente los estancieros de Buenos Aires—, debía aceptar las exigencias del imperialismo comprador de sus productos, y así lo hizo. Pero al propio tiempo, advirtió la necesidad de modificar la forma de su relación con el imperialismo, la urgencia de fortalecer el mercado interno para independizarse en cierto grado del mercado mundial". Para ello "acudió a un activo intervencionismo y al fomento de la industria manufacturera" (118).

Lejos de la imagen establecida de una política económica liberal-conservadora, la élite gobernante pone en marcha una suerte de keynesianismo periférico. "El Estado apuntaló la renta agraria, comprando las cosechas a precios superiores a los del mercado mundial. Además, puesto que las metrópolis imperialistas compraban poco y a bajos precios, a fin de contar con las divisas necesarias para pagar la deuda externa, se estableció el control de cambios, que permitía al Estado restringir las importaciones. Este instrumento sirvió para favorecer a Inglaterra y perjudicar a sus competidores, especialmente Estados Unidos [...]. Pero el control

de cambios sirvió también para proteger a la industria nacional. En fin, los terratenientes procuraron resarcirse de las exacciones imperialistas presionando sobre las empresas ferroviarias, que se vieron coartadas por el Estado en su política de tarifas y, sobre todo, amenazadas en su volumen de tráfico por el impulso dado a un plan vial que tendía caminos destinados a competir directamente con el ferrocarril". El resultado de todo esto fue un tipo de crecimiento industrial que Peña denominó sugestivamente "seudoindustrialización" (119).

De modo que las nuevas condiciones internacionales, tras la crisis de 1929, exigieron una renegociación de las relaciones entre el capital local y el internacional. En el contexto de la industrialización sustitutiva y a través de una estrategia de intervención estatal, "la burguesía argentina procuró atraer capitales extranjeros que se asociasen a ella en la industria fabril. Esto coincidió con las nuevas tendencias del capital internacional a invertirse no ya principalmente en empréstitos o servicios públicos sino en industrias manufactureras que producen para el mercado interno de países atrasados" (Masas, caudillos y élites, 41-2).

Otra recomposición en las relaciones se produjo entonces al interior de la clase dominante local, entre los sectores agropecuario e industrial. "En realidad, nunca hubo entre estos sectores neta diferenciación ni conflictos agudos, porque la burguesía industrial surgió de la burguesía terrateniente, y la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial borran continuamente los imprecisos límites que las separan. Además, terratenientes e industriales estaban íntimamente vinculados al capital extranjero, y todos se hallaban unidos por el común antagonismo contra la clase trabajadora" (Ibid., 43).

De modo que la formulación exacta de Peña no es, como la presentan Murmis/Portantiero, de "fusión" sino de "unidad" de intereses entre sectores, lo que presupone luchas y alianzas de clase. Hay aquí una diferencia de énfasis: mientras Murmis/Portantiero enfatizan la lucha y la alianza dentro de una relativa unidad, Peña hace hincapié en la unidad, sin desconocer las fracturas y las luchas: "Sin embargo, sobre esa unidad general de intereses, se percibían hasta 1933 algunos roces provenientes de que los terratenientes, que vendían tranquilamente sus productos en el mercado mundial, apoyaban una política más bien librecambista que sacrificaba la industria argentina a la competencia extranjera. Los industriales, en cambio, demandaban protección aduanera para la industria, pidiendo que se restringiera la importación de mercaderías y se atrajeran capitales extranjeros que las produjesen en el país (Revista de la UIA, set. 1933). En eso consistía su 'nacionalismo económico'. Pero las condiciones abiertas a principios de los 30 sientan las bases materiales para soldar "una íntima alianza entre los sectores agropecuario e industrial". Es que, a "partir de 1933, los terratenientes, perjudicados por la crisis mundial, se vuelven también ellos proteccionistas, y apoyan el desarrollo industrial" (Ibid., 43-4). Y en otra parte Peña remarcaba: "Sabemos ya cuán profunda resulta la unidad económica y social entre terratenientes e industriales. Pero unidad no es sinónimo de identidad" (120).

Partiendo de este cuadro social complejo, y de su definición acerca de la relativa "independencia del Estado respecto a las clases dominantes", Peña daba cuenta de cómo un sector político de la élite dominante, liderado por Federico Pinedo y su eficiente equipo, podía ir más allá de los intereses inmediatos, corporativos, de la burguesía argentina, e incluso formular en 1940 un plan económico de largo plazo de inspiración keynesiana. Este era el resultado de toda una serie de medidas e instituciones creadas por este equipo a lo largo de los años 30, siendo uno de sus hitos la creación del Banco Central.

La perspectiva nacional-populista había querido ver en la creación del Banco Central por parte de Pinedo y su equipo la continuación y realización del proyectado por el técnico inglés Sir Otto Niemeyer, y cuyo resultado no sería otro que la entrega al capital británico del control

financiero del país (121). Para Peña, en cambio, se trata de dos proyectos distintos, y dedica al análisis de la creación y posterior nacionalización del Banco Central, unas páginas notables.

Parte de considerar el tradicional peso relativo de la banca privada local en la configuración del capitalismo argentino. Entiende que, a diferencia de las casas financieras (de capital fundamentalmente inglés en el período), la banca comercial "fue siempre fundamentalmente nacional, con escasa o subordinada participación del capital extranjero. La burguesía argentina, incluso sectores vinculados tan notoriamente al capital financiero internacional como la Banca Tornquist, procuró conservar el control de la política crediticia y bancaria, tanto como para evitar que el Estado Argentino se deslizase de su posición semicolonial relativamente independiente a una situación simplemente colonial". Por otra parte, recordaba que la columna vertebral del sistema bancario argentino lo constituía el Banco de a Nación, institución nacional y estatal.

De modo que el "proceso que condujo a la creación y posterior nacionalización de Banco Central debe estudiarse en el marco de este tradicional predominio nacional y estatal en el sistema bancario argentino". La creación del Banco Central fue, pues, como el control de cambios, "una medida de defensa de la burguesía argentina ante la crisis mundial", en la medida que el antiguo sistema de la Caja de Conversión se había demostrado rígido e inelástico, supeditando casi automáticamente la economía nacional a las fluctuaciones del mercado mundial. En ese sentido, ya desde 1931 se ordena la aplicación de leyes de redescuento, por las que "desde el momento que se emitía no ya contra metálico sino contra documentos comerciales provenientes del giro de los negocios, desde el momento que la circulación monetaria quedaba desligada de los movimientos del oro, se introducía un elemento de elasticidad en todo el mecanismo". Surgen asimismo una serie de organismos "que configuraban casi la estructura de un Banco Central": la Comisión de Redescuento, la emisión de títulos del Empréstito Patriótico, la Junta Autónoma de Amortización y el Control de Cambios, la Oficina de Control de Cambios y el Fondo de Divisas..."Vale decir que el Banco Central no cayó del cielo: halló su origen en una serie de medidas y organismos que la burguesía argentina se vio obligada a tomar y crear a raíz de la crisis, y respondía a problemas planteados o agudizados por la crisis. Constituye un simplismo infantil creer que el Banco Central se creó en virtud de una maniobra del imperialismo inglés". Por el contrario, la creación del Banco Central propició el vertiginoso crecimiento industrial de la segunda mitad de los 30 y principios de los 40 y afianzó considerablemente la influencia del Estado en la economía argentina. Por otra parte, el "Banco Central creado por Pinedo no es el mismo que proyectó el técnico inglés Niemeyer. Si bien Pinedo siguió los lineamientos generales del proyecto Niemeyer, ambos proyectos divergían en un aspecto fundamental: la intervención acordada al Estado. [...]. El perito Niemeyer concibió la organización de su capital sobre bases absolutamente privadas, en forma de una asociación de los bancos establecidos en la Argentina. El nuevo plan de 1935 no sólo reconoció una parte del capital al gobierno nacional, sino que le dio en él una gran participación, constituyéndolo en el mayor accionista al ortorgarle la mitad de la suscripción".

Durante la guerra, Argentina exportó carne y otros productos a la metrópoli a precios de la preguerra, cobrando con fondos que quedaban bloqueados en el Banco de Inglaterra. Es así que, terminada la guerra, se nacionaliza el Banco Central con un decreto que equiparaba al oro las divisas depositadas a su cuenta en Inglaterra, las que, por lo tanto, servían como respaldo del peso argentino. "En consecuencia, la nacionalización implicó automáticamente que la mayor parte del respaldo del peso argentino quedara constituido por las libras inconvertibles que la Argentina tenía en el Banco de Inglaterra". Paradójicamente, si la creación del Banco Central por parte de un elenco gobernante liberal y probritánico tuvo un carácter defensivo y estatista, la nacionalización del mismo bajo el peronismo trajo aparejada, en cierto sentido, "una mayor

subordinación de la economía nacional a la política monetaria de Inglaterra" (**La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, 60-8).

En otra parte destacamos el aporte original de Peña al estudio del peculiar proceso de industrialización en la Argentina, con especial atención al que se inicia a mediados de los 30 bajo la forma de la "industrialización sustitutiva" (122). Para Peña este proceso de crecimiento industrial que se opera en los países atrasados como la Argentina se distingue de la industrialización (sea capitalista o socialista), ante todo porque la industria crece en Argentina pero no modifica las viejas relaciones de clase y propiedad. Es que las características estrictamente económicas del proceso son también distintas de las de la industrialización y sus efectos en nada se parecen a los efectos progresivos de ésta. Peña denomina al fenómeno "*pseudoindustrialización, parodia o caricatura de industrialización*". Esta pseudoindustrialización se caracteriza, según Peña, por una serie de rasgos típicos que la diferenciaban de la industrialización: no aumenta la composición técnica del capital (el crecimiento industrial se realiza fundamentalmente en base al aumento de la mano de obra y al agotamiento de las instalaciones disponibles); no se desarrollan plenamente las industrias básicas, que producen medios de producción, ni las fuentes de energía, ni los transportes; la productividad del trabajo no aumenta mayormente, los costos son elevados y baja la eficiencia; el crecimiento de la producción de artículos de consumo sobrepasa el incremento en la producción de medios de producción; la agricultura permanece estancada y no se tecnifica.

Peña buscó contrastar sus afirmaciones con precisos análisis de la estructura industrial argentina: sobre su composición técnica del capital, sobre la relación entre industrias de producción de medios de producción y la producción de medios de consumo, sobre el problema de los altos costos y la ineficiencia, sobre la relación industria/agricultura, sobre la relación entre la inversión de capitales y las metrópolis imperialistas. Simultáneamente al análisis sincrónico de la estructura industrial argentina, Peña desarrolló un análisis diacrónico de la trayectoria de la burguesía industrial argentina. Enfatizó la debilidad estructural de esta clase en tanto clase con un proyecto autónomo de desarrollo, en la medida en que el peso decisivo de la industria argentina recaía en el capital internacional o en la clase dominante local, implantada simultáneamente en el agro, el comercio y las finanzas. Acudió para sus investigaciones a fuentes estadísticas directas, a fuentes documentales escasamente trabajadas entonces (como los boletines de las entidades empresariales), así como a las mejores investigaciones sobre el tema. Una de ellas era **The Argentine Riddle** (1944), donde una de las más curiosas figuras de nuestro medio, el intelectual-empresario Félix Weil, radicado por entonces en los Estados Unidos, ofrece uno de los más lúcidos testimonios sobre nuestra clase dominante en los años 30 y 40 (123). Por otra, Peña es deudor de las investigaciones realizadas por dos intelectuales industrialistas (ingenieros de formación, ambos vinculados periféricamente al comunismo argentino, aunque sus obras hayan sido producidas con la mayor independencia de criterio) como Ricardo M. Ortíz, autor de una pionera **Historia económica de la argentina** (1955) y Adolfo Dorfman, autor de **Historia de la industria argentina, Evolución industrial argentina**, 1942 y **La intervención de Estado y la industria**, 1944 (124).

No obstante el respeto intelectual que Peña tenía por éstos últimos, sus tesis sobre la "industrialización trunca" en la Argentina van por otros carriles. Como han destacado Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, mientras estos autores, así como el resto de la tradición industrialista y las teorías del desarrollo, la tradición comunista y la sociología de la modernización buscaron la explicación en el enfrentamiento entre agrarios e industriales, otra perspectiva buscó la clave en el hecho de que "una sólo clase habría reunido en sus manos el control de la economía —agro, industria, comercio, finanzas— en estrecha vinculación con el

capital extranjero. A comprobar esta hipótesis se dedicaron numerosos trabajos elaborados en la década del 60 por un grupo de intelectuales nucleados en torno de la revista **Fichas**, dirigida por Milcíades Peña. Este grupo desplegó un esfuerzo sistemático por analizar la realidad socioeconómica argentina, en debate con investigadores como Germani y Di Tella, y ensayistas políticos como Abelardo Ramos. El tema de la industria figuró centralmente en sus preocupaciones, sobre todo para el período post-30, y sus propuestas más importantes en relación con los problemas anteriores a la Gran Crisis se refieren sobre todo a la cuestión de la burguesía. En este punto, discute con todo énfasis las versiones que postulan la existencia de una burguesía industrial conformada desde abajo a partir del crecimiento de sectores empresarios de origen inmigrante, que habían defendido los viejos marxistas como Ortíz y los más aggiornados sociólogos como Cornblit" (125).

También Jorge Schvarzer ha referido su deuda intelectual con Peña en su estudio sobre la trayectoria de la burguesía industrial argentina. Discutiendo con la "hipótesis de los industriales impotentes", según la cual "los industriales eran pequeños, extranjeros, sin participación política ni capacidad de influir en la evolución económica local", señala: "La crítica más ácida a las posiciones anteriores fue realizada por Peña, quien señaló que el porcentaje de extranjeros entre los industriales no podía analizarse sin tener en cuenta el fenómeno de la concentración; puesto que un centenar de empresas industriales poseía una parte decisiva de la producción local, las referencias a un universo global en que los extranjeros eran mayoría no resultaban suficientes para proyectar dichos resultados al grupo, numéricamente pequeño pero económicamente decisivo, de grandes empresas. En segundo lugar, Peña insiste en que la definición de 'extranjero' disimulaba el hecho de que entre los inmigrantes había quienes llegaban con capital, o en asociación con la industria y el capital europeo, y desde muy temprano se vinculaban con la clase alta tradicional" (126).

Señalemos, finalmente, que una de las escuelas de investigación sobre economía latinoamericana más productivas de los últimos veinte años, la del francés Pierre Salama y el grupo de **Critiques de l'Economie Politique**, han partido de un esquema de análisis similar, contraponiendo los modelos de industrialización en los países centrales a los procesos latinoamericanos que, denominaron, de un modo sumamente afín a Peña, de "semiindustrialización" (127).

Los mitos de la "revolución peronista"

Peña redacta los tramos relativos al peronismo, con los que concluye su relato, inmediatamente después del golpe militar de 1955. A pesar del recurso al distanciamiento historiográfico, la inmediata vigencia del tema exagera en su discurso, más que en tramos anteriores, un tenor fuertemente político. Es preciso reconocer que era muy difícil escribir de otro modo sobre el peronismo en los años 1956 ó 1957, y mucho más para un historiador marxista. Otra vez aparece entonces la apelación al estilo del Marx del **XVIII Brumario**, aquel brillante ensayo de síntesis entre política e historia, entre una intervención política y un cuadro histórico de las fuerzas sociales y políticas en un período dado. Numeros tramos de Peña, como el que sigue, son reveladores de influjo estilístico de Marx. Presentando paradójicamente al gobierno militar instaurado en 1943 como un producto no deseado de la propia clase dominante, escribe Peña: "Desde 1930, los gobernantes conservadores, criaturas incubadas en la Sociedad Rural y el Jockey Club, habían hecho la apoteosis del sable policial, y ahora el sable policial mandaba sobre ellos. Habían perseguido a la prensa opositora, y ahora era perseguida su propia prensa. Sometieron las asambleas populares a la vigilancia de la policía; sus salones se hallaban

bajo la vigilancia de la policía. Decretaron el estado de sitio, y el estado de sitio se decretaba contra ellos. Habían deportado sin juicio a los huelguistas, y ellos eran deportados sin juicio. Habían sofocado todo movimiento de la clase obrera mediante el poder del Estado; el poder del Estado sofocaba todos los movimientos de su sociedad. Se habían rebelado, llevados del entusiasmo por su bolsa, contra los políticos yrigoyenistas; sus políticos fueron apartados de en medio y su bolsa se veía saqueada..." (**Masas, caudillos y élites**, 76).

Pero si la inmediatez del objeto le hacía perder cierta perspectiva, el relato crecía en vigor político y fuerza expositiva. Además, ganaba en información de primera mano: Peña, a pesar de sus escasos veintitrés años, era un contemporáneo del primer peronismo, de aquel fenómeno social que había desafiado con sus enigmas a políticos e historiadores, y al que había consagrado un enorme esfuerzo de comprensión: muchas horas de acalorados debates políticos, de disquisiciones teóricas sobre el modo más adecuado de conceptualizarlo, de recopilación de fuentes primarias (que va reuniendo en lo que luego se publicará en diversas entregas de la revista **Fichas** como "Documentos para una historia del peronismo") (V. infra, cap. V).

Pero para aquellos izquierdistas dispuestos a descifrar el enigma, la tarea no era eminentemente teórica: comprender el peronismo estaba en función de combatirlo como adversario político, de la eficacia política para disputarle su hegemonía sobre la clase trabajadora (del mismo modo que, desde entonces, en los espacios intelectuales peronistas, cuando se planteaba la necesidad de "comprender" el peronismo, esta "comprensión" de raigambre historicista casi siempre implicaba apoyarlo, o aún confundirse directamente con él). Para la izquierda, comprenderlo definitivamente significaba combatirlo efizmente. Para los intelectuales peronistas, "comprenderlo" era incluirse en él (128).

Es en los análisis sobre el peronismo donde la deuda de Peña con Moreno y el grupo morenista se hace más presente. Peña parte del *background* del morenismo, un producto de quince años de experiencias, debates, documentos y artículos publicados en **Frente Proletario** y en **La Verdad**, algunos de ellos de su propia autoría. Sin embargo, el relato de Peña, con su propio acopio de fuentes y con ciertos desarrollos originales, está lejos de constituir una versión oficial u oficiosa de la corriente morenista sobre el peronismo, no sólo por el lugar desde donde Peña escribe, sino también por el momento en que lo hace: los años en que Peña redacta estas páginas sobre el peronismo, son aquellos en que esta corriente está empeñada, más que en un balance crítico de diez años de peronismo, en confundirse políticamente con las masas peronistas (proceso que desembocará en la experiencia "entrista"). Peña entenderá que se apropia, en su relato del peronismo, de lo mejor de cada uno de los dos momentos de la corriente morenista: lo más lúcido de la crítica antiperonista del período 1943-52 y lo más comprensivo del período siguiente, el del "frente único" con las masas peronistas.

Ya nos hemos referido a los alcances y límites de los análisis de los morenistas sobre el peronismo (V. supra, cap. II). Aquí nos interesa recordar que en un primer momento, la política de los morenistas fue de oposición frontal al movimiento que amenazaba estatalizar al movimiento obrero, y que el énfasis en sus análisis estuvo puesto en "desenmascarar" la ideología de la "revolución peronista"; en señalar los límites de su antimperialismo y de su ruptura con la oligarquía. En suma, frente al énfasis de la ideología peronista en la *ruptura* que este movimiento había significado en la vida política del país, la estrategia discursiva de los morenistas consistió en reafirmar la relativa *continuidad* del peronismo con ciertas tendencias presentes en la Argentina conservadora de los 30 y primeros 40. En un segundo momento (a partir de 1952, pero que se profundiza en 1955 con el golpe militar), hay un reposicionamiento político de los morenistas, que apunta al "frente único" antigolpista con los obreros peronistas, en defensa de los derechos adquiridos. Si bien en esta segunda etapa no hay una recaracterización global del fenómeno peronista, la propia táctica obliga a remarcar más las que

ahora van a aparecer como "conquistas históricas" de la clase trabajadora —antes que como concesiones demagógicas— y en todo caso la crítica estará puesta en los límites de Perón y la "dirección burguesa" para enfrentar al "golpe oligárquico" o a resistir bajo la dictadura militar. El relato historiográfico de Peña logra tomar distancia de estos énfasis tácticos y busca elaborar una postura más ponderada: si bien insiste en relativizar los logros de la "revolución peronista", esto es, el hecho de que en 1955 "la República Argentina seguía siendo un país atrasado y semicolonial, dominado por una burguesía terrateniente e industrial trustificada entre sí y con el capital financiero internacional", no deja de reconocer las mejoras sociales para los trabajadores: "Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la 'revolución peronista'" (Masas, *caudillos y élites*, 129-30).

Con todo, el talante global es fuertemente crítico, y aunque tanto la lectura del peronismo de Silvio Frondizi como la de Peña ejercerán un influjo importante en la "nueva izquierda intelectual", es necesario destacar que Peña y Frondizi van a "contramano" de esa nueva izquierda cuya creciente "comprensión" del peronismo desembocará en la peronización en masa de los intelectuales (Terán, 1991; Atamirano, 1992).

1. El mito del antiimperialismo: "Perón, agente inglés"

El Plan Pinedo de 1940 había sido la última ocasión en que el capitalismo argentino "contempló su desarrollo futuro en directa vinculación con Inglaterra y prescindiendo del imperialismo yanqui". El plan contemplaba el ingreso de capital europeo, pero se vincula a medidas que rechazan la colaboración con Estados Unidos. Por su parte, durante su ministerio, "Pinedo llevó hasta las últimas consecuencias la política de cerrado bilateralismo con Inglaterra". Sin embargo, esta lealtad a Inglaterra se había cobrado su precio sobre la industria, que se vio obligada durante la guerra a trabajar con equipos anticuados y sin repuestos. "Pero a partir de 1941 el mercado norteamericano se muestra ávido por los productos argentinos, las exportaciones a Estados Unidos se duplican, y desde entonces hasta el término de la guerra la balanza comercial con Estados Unidos favorecería netamente a la Argentina. [...] Precisamente entonces Pinedo comprende que la vieja metrópoli está agotada y que es imposible desarrollar el capitalismo argentino sin la colaboración del capital yanqui" (Masas, 49-50).

Esta reorientación que Peña denominó "el cambio de metrópoli" jugará un papel clave en el golpe militar de 1943 y en la emergencia del peronismo. Pues un nuevo clivaje divide a la clase dominante argentina: "proingleses" versus "pronorteamericanos". Entre estos últimos se contaba la burguesía industrial y los políticos ligados a ella, como el ministro Federico Pinedo y Robustiano Patrón Costas, el candidato conservador destinado a "suceder" al presidente Ramón Castillo. Pero, por otra parte, como señalaba el empresario-intelectual argentino Félix Weil, radicado entonces en los Estados Unidos: "El continuado predominio de los intereses agrarios significaría el fortalecimiento de los lazos con Gran Bretaña, la intensificación del bilateralismo y mayor restricción del mercado argentino para los artículos norteamericanos. Pero una Argentina industrializada podría liberarse del mercado único para sus exportaciones y ofrecer un gran mercado para las maquinarias, los tractores y autos norteamericanos. En una economía industrial desaparecerían las bases del antagonismo argentino hacia Estados Unidos" (Weil, Félix, *The Argentine Riddle*, op. cit., cit. en Peña, *Masas, caudillos y élites*, 51).

Sin embargo, el presidente Ramón S. Castillo permaneció fiel a la vieja metrópoli británica y a la tradición histórica de los estancieros de Buenos Aires, aliados de Inglaterra y enemigos de los Estados Unidos. Su obstinada política de neutralidad durante la guerra contaba

con el benepácito de la diplomacia inglesa y mantenía a la Argentina lejos de los Estados Unidos. Mientras la potencia del Norte lanza una múltiple presión (diplomática, comercial, etc.) sobre nuestro país exigiéndole que rompa con el Eje, se va gestando un frente interno que reclama el "cambio de metrópoli" (sectores del conservadurismo liberal, radicales, socialistas, e incluso comunistas desde 1941...).

De modo que el golpe liderado por los militares del GOU de junio de 1943 no vino sino a frustrar (o al menos a posponer) este cambio de frente. Porque tanto el triunfo del candidato conservador como el del candidato radical hubiesen conducido a un realineamiento con los Estados Unidos. Pues la política exterior no varió bajo el gobierno militar, y la política económica continuó, según los lineamientos de Pinedo, en la línea del crecimiento industrial, el pleno empleo, la inflación y el fortalecimiento estatal. "El Estado prosiguió apuntalando la renta agraria mediante la compra de las cosechas, y se rescató la deuda externa conforme a los deseos expresados por el gobierno inglés. Las exportaciones argentinas siguieron marchando hacia Inglaterra, a crédito sin interés, a los precios fijados por Gran Bretaña" (**Masas, caudillos y élites**, 63-4).

La orientación del gobierno militar desató mayores presiones por parte de Estados Unidos, y si bien el Foreign Office se vio obligado a efectuar algunos reparos sobre la política Argentina, Peña recalca que tanto el gobierno británico como los inversores de ese país apoyaron sólidamente al gobierno militar y luego la candidatura del entonces coronel Juan D. Perón. "El gobierno militar respondió a la confianza británica. En un país sometido a Inglaterra desde la hora cero de su formación, cualquier gobierno que mantuviera el *statu quo* existente antes de su advenimiento al poder no hacía más que perpetuar el predominio británico. Pero el gobierno militar no se limitó a dejar las cosas como estaban, sino que tomó algunas medidas positivas en beneficio del imperialismo inglés" (**Masas, caudillos y élites**, 67). Y Peña enumera: desde la intervención personal de Perón para frenar la expropiación de la CADE (la compañía de electricidad dependiente de un trust anglo-europeo) y las generosas concesiones a las compañías ferroviarias inglesas en los años del gobierno juniano, hasta la nacionalización en 1947 de estos ferrocarriles "en condiciones desastrosas para el país, subordinando los intereses y necesidades de la economía nacional a las conveniencias de la decadente metrópoli" (**Masas, caudillos y élites**, 97).

¿No resultaba paradójico, como ya se ha observado, presentar como un defensor de los intereses ingleses al gobierno que en definitiva había nacionalizado los ferrocarriles británicos? (Terán, 1991: 55). También Coggiola, desde una perspectiva distinta a la de Terán, critica en Peña la calificación de Perón como "agente del imperialismo inglés", en cuyo caso —argumenta— se perdería la especificidad del peronismo como nacionalismo burgués así como "toda diferencia con la oligarquía" (Coggiola, 1986/1: 18). A estos reparos se suman los de Emilio de Ippola: incluso un observador tan agudo con éste, que ha puesto tanto énfasis en celebrar el carácter innovador de las tesis de Murmis/Portantiero, pareciera que ni sospecha la deuda de éstos con Peña, al punto de que inscribe a este autor dentro de la categoría de las interpretaciones "reduccionistas" por cuanto Peña sostendría que el gobierno de Perón "era poco menos que un sumiso agente de Imperio Británico" (129). Es indudable que Peña retoma y desarrolla aquí la vieja tesis del morenismo de Perón como "agente inglés" (130). Y, ciertamente, se trata de una fórmula desafortunada, propia de la peor jerga política y tributaria, en última instancia, de una concepción conspirativa de la historia que se libraría entre dos "centros" y en la cual todos los otros actores son reducidos a las respectivas "agencias".

Sin embargo, la reargumentación de Peña es más sutil que el planteamiento inicial de los morenistas. Peña entiende que los sectores militares nacionalistas que impulsan el golpe del 43,

y el primer peronismo luego, apoyándose en los tradicionales intereses de los estancieros bonaerenses, vinieron a frustrar el proyectado "cambio de metrópoli" que impulsaban ciertos sectores ligados a la industria así como buena parte del *stablishment* político. La idea es que al establecer un "gobierno de orden", al impedir el giro internacional y mantener el *statu quo*, los militares junianos beneficiaron *objetivamente* los intereses británicos (se convirtieron, de hecho, e independientemente de sus intenciones, en sus "agentes"). La renovada hostilidad del gobierno de los Estados Unidos reforzó aún más los lazos con Inglaterra —dentro de la lógica triangular de las relaciones entre los tres países—, hasta que la decadencia de la vieja metrópoli, que ya no estaba en condiciones de satisfacer las demandas comerciales y financieras del capitalismo argentino, empujó paulatinamente a nuestro país hacia la resistida órbita del panamericanismo (**Masas, caudillos y élites**, 98).

La lectura de Peña, sin dejar de aparecer como sumamente controvertida, se apoyaba en una buena cantidad de fuentes documentales, al menos de las disponibles entonces. Sobre la base de un estudio comparado entre la prensa estadounidense y la inglesa, recababa fuentes significativas sobre el apoyo británico a Perón. Citaba extensamente las ediciones de **The Economist** de mediados de los 40, en que la prestigiosa publicación británica insistía en rechazar las presiones norteamericanas sobre la Argentina: "No está en el interés de ningún británico que sea rota una de las más exitosas sociedades de la historia económica"; "La Argentina no se adhiere completamente al panamericanismo porque desea preservar su relación especial con Europa y Gran Bretaña. Es inútil esperar que Gran Bretaña ayude a presionar a la Argentina para que cambie su punto de vista acerca de sus obligaciones panamericanas" (**The Economist**, agosto 5, 1944, cit. en **Masas, caudillos y élites**, 66). También recurría al **South American Journal** (agosto 4, 1945), cuando este vocero de los intereses británicos en Sudamérica señalaba que "el presente régimen argentino no es parlamentario, pero hay regímenes similares en varias naciones sudamericanas con los cuales Estados Unidos mantiene cordiales relaciones"; o la edición del 9 de febrero de 1946, en que la publicación reconoce la existencia de "una creencia fuertemente extendida en el hemisferio occidental de que intereses británicos están apoyando activamente la campaña presidencial del Coronel Perón" (Cit., p. 86).

Además, Peña se apoya en una fuente diplomática de primer orden: las memorias del embajador inglés en Argentina, Sir David Kelly, aparecidas en 1952 (131). Según sus propios recuerdos, el embajador, en marcado contraste con su par estadounidense, destacaba en sus informes que el gobierno militar argentino "no tiene ninguna conexión estrecha con el nazismo europeo" y que "lejos de ser un grupo de conspiradores que mantienen una dictadura militar, están respaldados por una mayoría sustancial del pueblo argentino" (cit. en **Masas, caudillos y élites**, 66). Por otra parte, sus memorias eran altamente reveladoras de las fluidas y amistosas relaciones establecidas entre la embajada británica y el gobierno militar. Hasta tal punto el gobierno juniano no fomentaba en las masas un sentimiento antibritánico, que incluso en la histórica jornada del 17 de octubre de 1945, cuando intentó acercarse a la casa de gobierno utilizando su automóvil diplomático, Sir David Kelly relata en términos altamente significativos su propia experiencia: "...Al acercarnos a la Casa de Gobierno vimos que la plaza estaba atestada de descamisados [...]. El chofer quería retroceder y tuve que insistir para que siguiera adelante a muy poca velocidad. Tal como había esperado, la multitud nos dio paso no bien vio la bandera inglesa, contentándose con gritar en forma amistosa: ¡Viva Perón! ¡Abajo Braden!" (Ibid., 82-83).

Otro argumento menor, pero también significativo, consistía en que el único diario de que disponía Perón antes de su triunfo electoral, **La época**, "se imprimía en los talleres del **Buenos Aires Herald**, órgano de la colectividad comercial británica en Buenos Aires, con la anuencia de la embajada británica" (**Masas, caudillos y élites**, 85).

Los esfuerzos de Peña hubiesen caído en el olvido de las interpretaciones "reduccionistas" si la apertura de los archivos del Foreign Office y otros departamentos entonces reservados del gobierno británico no se hubieran mostrado sorprendentemente reveladores. Mario Rapoport realizó una investigación sobre esa base documental, enfatizando la centralidad del "triángulo Gran Bretaña-Estados Unidos-Argentina" para la comprensión de comportamiento de las elites dirigentes y, al mismo tiempo, verificando ampliamente "las coincidencias y los acuerdos a que los ingleses llegan con el coronel Perón en esa época" (132). La investigación de Rapoport no confirma globalmente, pero de algún modo matiza y refina la tesis de Peña sobre la orientación política probritánica del primer peronismo.

2. Nuevos mitos sobre peronismo y clase obrera

Ese énfasis de Peña en el carácter en última instancia conservador del peronismo (esto es, de defensor del *statu quo*) también se revelaría en las relaciones que estableció con el movimiento obrero. Para Peña, en principio, no había más que atender a las propias declaraciones de aquel "coronel sindicalista" quien apenas asume como Secretario de Trabajo proclama por radio que su objetivo no era otro que "acabar con la lucha de clases y someterla a la tutela del Estado". Esta política de estatalización del movimiento obrero fue llevada a cabo sobre la base de una doble estrategia: represiva e integradora. Por una parte, apeló a la represión, la proscripción, el soborno, el otorgamiento o la denegación de la personería gremial; por otra, acudió a una política de concesiones en materia de salarios, condiciones de trabajo y arbitraje estatal en los conflictos sindicales. Los trabajadores obtuvieron una serie de importantes beneficios, pero al precio de una renuncia a su autonomía como clase, en la que la CGT devino durante años una repartición del Estado.

Perón tuvo la perspicacia de aprovechar condiciones excepcionales para conquistar esta hegemonía sobre la clase obrera: por un lado, la prosperidad económica de mediados de los 40 permitía conceder mejoras al Trabajo sin perjudicar en lo esencial al Capital; por otro, la misma clase obrera se encontraba dividida gremial y políticamente, amenguada su combatividad y desprestigiada y burocratizada su dirigencia, mientras que la emergente clase obrera de extracción rural carecía de toda experiencia sindical y política. Si era esperable un ascenso combativo del proletariado para fin de la guerra, acompañando el clima de euforia internacional y apoyándose en condiciones económicas favorables (de demanda creciente de fuerza de trabajo), ese proceso fue preventivamente abortado por Perón, que supo canalizar cualquier descontento por vía estatal. "Porque es evidente que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado por conseguir las. La plena ocupación y la creciente demanda de obreros hacía económicamente inevitable que mejorase la situación de los trabajadores. El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista" (**Masas, caudillos y élites**, 61-3 y 70-71).

Los análisis de Peña sobre la clase obrera y el peronismo superaban visiblemente las versiones de socialistas y comunistas, concebidas en términos de "manipulación" y "demagogia". Si bien Peña no investigó la historia de las clases subalternas en la Argentina con la misma exhaustividad que a su clase dominante, su ventaja sobre los análisis de la vieja izquierda residía en la fuerza de su marco estructural (su concepción del capitalismo argentino, de las clases sociales, del Estado). Sin embargo, su análisis se resentía en diversos aspectos que en distintos momentos fueron señalados por posteriores aportaciones.

En efecto, desde la pionera aproximación de Murmis y Portantiero, hasta las investigaciones de Hugo del Campo, Matsushita, Torre y otros (133), los nuevos desarrollos sobre el tema apuntaron a cuestionar lo que ha dado en llamarse la "versión Germani", en alusión al modelo explicativo construido por él pero que se extendía a muchos otros intérpretes, inclusive a la propia izquierda tradicional. Esta versión atribuía a los agentes históricos un rol y un comportamiento determinados en el proceso de modernización: el populismo constituía una suerte de anomalía dentro de este proceso, en tanto la clase obrera aparecía "desviada" del patrón normal de conducta clasista, apoyando líderes populistas en lugar de las tradicionales direcciones políticas de izquierda. Para dar cuenta de esta anomalía, Germani tuvo que postular un corte entre los viejos trabajadores formados en la cultura clasista y refractarios al paternalismo estatal, y la nueva masa de trabajadores inexpertos, migrantes recientes desde zonas rurales, "disponibles" ideológica y políticamente, y susceptibles de manipulación por parte del líder carismático populista (134). Los trabajos antes aludidos fueron cuestionando la "versión Germani" así como muchos de sus presupuestos, mostrando, en otras cosas, "el peso notorio de obreros y organizaciones viejas y de tradiciones reformistas [...] en los orígenes del peronismo" (Murmis/Portantiero, 125). Dichos trabajos cuestionaron la imagen tradicional del corte abrupto en la historia de movimiento obrero argentino en 1945, desplazando la atención hacia las prácticas crecientemente burocráticas y reformistas ya ampliamente presentes en el movimiento obrero en los años 30.

Sobre la base de esta literatura reciente, se ha observado no sin razón que el planteo de Peña "era perfectamente plegable al módulo interpretativo que Gino Germani había desarrollado: la emergencia de un nuevo proletariado proveniente del interior rural, con escasa participación sindical y política, había colocado en la escena argentina a una masa en disponibilidad apta para ser capturada por un líder carismático que al reconocerla la llevó a desconocer su misión histórica en tanto clase intrínsecamente revolucionaria" (Terán, 1991: 56). Si bien la observación es en líneas generales correcta, habría que señalar que en Peña, como ya hemos visto, la argumentación de la "disponibilidad" de las masas obreras de extracción rural ocupa un lugar subordinado dentro su argumentación. El núcleo central de la misma aparece constituido por las "condiciones objetivas" antes que por las "subjetivas", esto es, por la nueva modalidad de acumulación del capitalismo argentino y la nueva forma estatal, condición necesaria para la integración obrera. En otros términos, ajenos a su época pero de aceptación casi universal en la nuestra, el meollo del argumento de Peña consistía en que el peronismo había completado el régimen de acumulación keynesiano configurado en los 30 con un patrón de distribución acorde con él.

En cuanto a las condiciones "subjetivas", Peña es sumamente cauto. En una línea similar a la emprendida luego por la literatura especializada (los citados Murmis/Portantiero, del Campo, etc.), no insiste tanto en el peso del nuevo proletariado de origen rural en la configuración del peronismo, como en el carácter burocratizado y reformista de la dirigencia sindical vigente hasta entonces, y en la consiguiente desconfianza o apatía que generaban en los nuevos y en los viejos obreros. Acude en apoyo de esta tesis al análisis y al testimonio del viejo dirigente sindical trotskista Mateo Fossa, quien en 1941 sostenía que el movimiento obrero argentino en aquellos años previos al peronismo, dominado como estaba por una dirigencia sindical crecientemente burocratizada, vivía un momento caracterizado por el descenso de su combatividad. "En la mayoría de los sindicatos obreros —escribe Fossa—, los reformistas y los stalinistas vienen realizando su política de confusión, falsificación y engaño y conduciendo a la clase trabajadora, a través de ello, a la entrega y a la derrota. Para realizar esta tarea se ocultan tras la máscara demagógica de supuestos triunfos y conquistas que no son tales, pues, en breve lapso de tiempo, la realidad y los hechos han demostrado la mixtificación y el engaño

de esos triunfos y han puesto en descubierto los desastrosos resultados de los bajos procedimientos que emplean esos dirigentes burocráticos bomberos y entregadores, al desvanecerse las falsas ilusiones creadas sobre la eficacia de la colaboración con las reparticiones oficiales y el apoyo de los buenos patrones [...] Todo esto trae el desaliento, el que se refleja en la baja de las cotizaciones y en la falta de entusiasmo y de concurrencia a todos los actos y asambleas que realiza el sindicato donde dirigen aquellos individuos. Clima propicio para que el burócrata sea amo y señor..." (135). Este diagnóstico le lleva a concluir a Peña: "El resultado inevitable era la desmoralización de la clase obrera organizada, la extinción de su espíritu de lucha y la indiferencia y el desarraigo por parte de los obreros recién llegados a la industria" (**Masas, caudillos y élites**, 56).

Con todo, la observación crítica de Terán sí parece pertinente en lo que respecta a cierto obrerismo en la perspectiva de Peña: en su relato, la clase obrera estatalizada por el peronismo se habría apartado, en definitiva, de los intereses y del comportamiento que le corresponderían "en tanto clase intrínsecamente revolucionaria" (Terán, cit., p. 56). Sin embargo, la crítica que es válida para el relato de Peña sobre el peronismo redactado en los años 1955-57, ya no lo es para las nuevas reformulaciones de los primeros 60 aparecidas en la revista **Fichas**. Como veremos luego, a partir de su ruptura con el morenismo, y ayudado por ciertas lecturas —Henri Lefebvre, C. Wright Mills, Isaac Deutscher—, Peña había emprendido un esfuerzo por cuestionar el obrerismo característico del marxismo vulgar. Si bien Peña no alcanzó a reescribir su historia sobre la base de estos nuevos aportes, hizo indudables avances en ese sentido. Incluso dedicó un número íntegro de **Fichas** al tema, llamado, a la sazón, "La clase obrera: mito y realidad del proletariado". En suma, si hay algo que caracteriza el proyecto de la revista, es el espíritu antiobrerista, la incluso machacona insistencia en el carácter "no ontológicamente revolucionario del proletariado". La clase obrera, argumentaba allí Peña, se mueve en un espectro "que va desde la aceptación silenciosa del ... *statu quo* hasta la acción violenta insurreccional"; la afirmación de su carácter revolucionario dependerá de ciertas condiciones históricas (materiales) así como de la acumulación de cierta experiencia y conciencia (condiciones subjetivas), de ningún modo de una "misión" prefijada por una Filosofía de la Historia (136).

Finalmente, señalemos que una de las versiones de la historia de la clase trabajadora argentina más rigurosas y fecundas, la construida por Daniel James en **Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina: 1946-1976**, postulaba la necesidad de apartarse de cualquier esencialismo (sea que interprete a la clase obrera como esencialmente revolucionaria, reformista o anómica), para poder comprender distintas conductas posibles, tanto de resistencia como de integración (137). Ya hemos señalado la reorientación de Peña en ese mismo sentido. Además, James fundó su investigación en la crítica de la arraigada concepción que explica la burocracia sindical, en términos extrínsecos a la propia clase, sobre la base de meras prácticas de violencia, fraude y corrupción, postulándola, en cambio, como un fenómeno no agregado ni artificial sino necesario a cierta experiencia de clase. Si bien Peña sólo alcanzó a conocer colateralmente la obra de E. P. Thompson —de la que James toma su inspiración teórica y metodológica—, también había avanzado en ese sentido, advirtiendo contra las lecturas que mostraban a la burocracia sindical como "freno permanente" a los impulsos de una clase obrera siempre revolucionaria (138).

3. El mito de la burguesía nacional peronista

Se ha señalado que Peña entiende la historia argentina del siglo XX a partir de determinada configuración de clases sociales en el país, según una tesis que va a contrapelo de

casi toda la literatura política y académica. Nuestro autor parte, dijimos, de la tesis de la unidad contradictoria de una clase dominante argentina, cuyos sectores agrario, comercial, financiero e industrial aparecen relacionados por una serie de vínculos económicos y sociales, e incluso trustificados en el vértice de la pirámide de clase. En la medida en que la mayor parte de los intérpretes buscaron entender el peronismo a partir de la diferenciación y el conflicto entre, por un lado, la burguesía industrial (o "nacional") —integrada en la alianza peronista junto a la clase obrera y el Ejército— y, por otro, la burguesía agraria u "oligarquía", la tesis de Peña, que minimizaba este clivaje, parecía poco adecuada para comprender la "naturaleza" del peronismo. ¿Cómo dar cuenta de una figura como Miguel Miranda, de las políticas de promoción industrial dirigidas a la pequeña y mediana industria, de los enfrentamientos del gobierno con la Sociedad Rural o con la UIA y de la emergencia de una entidad empresarial progubernamental como la CGE? Así lo han señalado numerosos autores, y más enfáticamente José P. Feinmann, cuando afirma, refiriéndose a Peña, que "toda su interpretación de la historia, desde Mayo a Yrigoyen, lo imposibilitaba para comprender el peronismo" (139). Pasemos a la argumentación de Peña.

Lejos de considerarla como un actor social preconstituído, Peña entendió que la "burguesía nacional", o bien "industrial", "democrática", y aún "antiimperialista", no era más que una aspiración de deseos del peronismo (o bien de ciertas vertientes de izquierda de orientación nacionalista) y una figura ideológica de su discurso. No es que, advirtámoslo, Peña desconozca la existencia material de empresarios industriales pequeños y medianos que produzcan para el mercado interno. Lo que pone en cuestión es la existencia de una burguesía industrial argentina como clase autónoma (y relativamente enfrentada al capital internacional como a la oligarquía), portadora de un proyecto de industrialización (en el marco de un proyecto histórico democrático-burgués) e impulsora, por lo tanto, de un proyecto político acorde con estos intereses y estas tareas. No se trata, simplemente, sostendrá solitariamente Peña, de que tal burguesía no existe salvo en la fantasía de Puiggrós, Ramos y Codovilla, sino que, por añadidura, de ningún modo puede entenderse al peronismo como una expresión de dicha clase.

Para probarlo, Peña estudió atentamente, en primer lugar, la estrategia global así como las políticas coyunturales de la entidad empresarial de los industriales, la Unión Industrial Argentina, durante el período 1943-46, para comprobar que, pese a las interpelaciones del coronel Perón buscando tranquilizar al Capital por su política obrerista, la central industrial, así como el conjunto de las entidades empresariales del país, *rechazaron sin excepciones el gobierno juniano y la candidatura de Perón en 1946*. "La burguesía en pleno se sumaba a Estados Unidos, horrorizada por el obrerismo de Perón. *La oposición antiperonista más enérgica procedía de la burguesía industrial*, y ello por razones fundamentales. La industria era el sector que más intensamente necesitaba capital norteamericano. Era natural que la burguesía industrial apoyara a Estados Unidos contra Perón, que alejaba al capital norteamericano. Y además, ella era la principal perjudicada por el obrerismo peronista, y sentía verdadero terror ante la organización de las masas obreras, aunque fueran dirigidas desde la Casa de Gobierno" (**Masas, caudillos y élites**, 75; subrayado de autor).

En 1945-46, las clases dominantes argentinas, pues, se habían alineado en masa tras la Unión Democrática, incluyendo a los sectores industriales (Ibid., 84). Pero el triunfo electoral de Perón obliga a la burguesía argentina, sin dejar de recelar de Perón ni de conspirar contra él, a abrir una serie de canales de comunicación con el gobierno con el fin de facilitar negociaciones, asegurarse determinadas prebendas y ejercer ciertas presiones. Este doble juego le permitió a la burguesía argentina recostarse mayormente en la negociación en los primeros años del gobierno peronista en que la alianza de poder se mantenía estable, mientras

que durante la segunda presidencia de Perón, que coincidió con un creciente desgaste de la alianza, se reorientó en el sentido de las presiones y los bloqueos, en un proceso que desembocaría en el golpismo. Así, en los últimos años de gobierno peronista, la burguesía "continúa firme en su antiperonismo, como en 1945, pero sus métodos de combate no varían, y pasa a combinar la preparación permanente de golpe de Estado con una política envolvente, orientada a bloquear al gobierno, y copar desde adentro su conducción económica" (Ibid., 113).

También desde el gobierno hubo una política dual hacia las entidades empresariales, que osciló entre la represión y la cooptación, desde el diálogo y la cooperación hasta la intervención o la misma liquidación. Esta última es la suerte que corrió la UIA, reemplazada por la Confederación General Económica (CGE) en 1953, "un poderoso organismo gremial que agrupa a toda la burguesía argentina y de inmediato obtiene una participación indirecta pero eficaz en el gobierno" (Ibid., 113). El gobierno militar surgido en 1955 iba, por su parte, a liquidar la CGE y rehabilitar la IUA, pero esto no podía entenderse en términos de que la central empresaria de la "burguesía nacional" (CGE) era prohibida mientras que la nueva alianza en el poder sólo daba lugar a la gran industria vinculada a los capitales extranjeros (UIA): no dejaba de resultar sintomático que un vocero tradicional del gran capital reconocía entonces, retrospectivamente, hasta dónde "la CGE desempeñó en su corta existencia importantes funciones representativas", aunque deploraba su pecado original, esto es, "su nacimiento originado, más que en la espontánea reacción de los hombres de empresa, en un impulso del régimen depuesto". No obstante, aclaraba el matutino, muchos hombres del empresariado integraron el nuevo organismo "porque acaso pensaron que así podían salvar algo de lo mucho que el gobierno anterior ponía en peligro..." (La Nación, 9 de febrero de 1956, cit. en Peña, Masas, caudillos y élites, 113, n.).

Peña registra a continuación diversos índices del peso creciente de la CGE dentro del gobierno a partir de 1953, capitaneando la reorientación de la política económica en el sentido de aumentar la productividad, incrementar la disciplina sobre la clase obrera y otorgar una serie de franquicias para los inversores norteamericanos. "De tal modo, el peronismo, que había surgido en 1945 apoyándose en la clase obrera contra la burguesía nacional y el imperialismo norteamericano, diez años después tendía aceleradamente a adecuarse a las necesidades y exigencias de sus enemigos" (Ibid., 115).

¿Pero cómo entender el golpe militar de 1955 cuando Perón cede y se adecua a las "necesidades y exigencias de sus enemigos"? En primer lugar, el peronismo podía aspirar a gobernar en el nombre (y con el apoyo) de la burguesía, pero al precio de negar las expresiones corporativas y políticas de la propia burguesía. "Indudablemente, Perón sentía su vocación de garantizar el orden capitalista. 'Yo estoy hecho en la disciplina. Hace treinta y cinco años que ejercito y hago ejercitar la disciplina'. Pero la fuerza del orden burgués está en la burguesía. Perón se sabía, por lo tanto, representante de la burguesía, y gobernaba en tal sentido. Pero si era ago, era gracias a haber roto y romper diariamente la fuerza política de la burguesía. Pero, al proteger su fuerza material, engendraba de nuevo su fuerza política. La tarea de peronismo consistía, entonces, en mantener viva a causa, pero surpimir el efecto allí donde aquella se manifestara. Pero esto no era posible sin una pequeña confusión de causa y efecto, pues al influir el uno sobre la otra y viceversa, ambos pierden sus características distintivas" (Ibid., 119).

Además, la sindicalización y organización masiva de la clase obrera era, para aquella clase, un arma de doble filo, que hoy servía al orden burgués pero que luego podía volverse contra él. Y "Perón se reconocía frente a la burguesía como el representante de las masas trabajadoras, llamado a hacer felices dentro del orden capitalista a las clases inferiores del pueblo" (Ibid., 119).

Finalmente, si es cierto que "particularmente a partir de 1952 la situación económica obliga al gobierno peronista a marchar continuamente hacia la derecha, desandando el camino iniciado en 1944 [...] no marchaba en este sentido con la celeridad requerida por la evolución — es decir, por el estancamiento— del capitalismo argentino. Desde el punto de vista de la evolución capitalista del país había, pues, sobradas razones para que las clases dominantes en su conjunto contemplaran como una necesidad el derrocamiento de Perón". En esta perspectiva no sólo están alineados los sectores tradicionalistas del país, las clases medias, los partidos políticos y el capital norteamericano, sino también los sectores industriales, para quienes la caída de Perón tiene la ventaja adicional de "eliminar una fuente de fricción con los Estados Unidos y facilitar los acuerdos con la nueva metrópoli, que si a Perón le prestaba equis millones de dólares, era seguro que a un gobierno más manejable le suministrara equis por dos" (Ibid., 119-120).

Por último, el giro del peronismo en la política económica no era capaz de ofrecer una reparación equivalente en el plano político, y la burguesía en su conjunto se va alineando progresivamente en torno al frente opositor, reclamando la plena vigencia de sus viejas corporaciones y sus tradicionales partidos. "Por lo demás, desde 1944 el bonapartismo peronista había diseminado e infectado profundas e irreparables heridas políticas y sociales en el seno de las clases dominantes y de amplios sectores de la clase media. Por competa que fuera la conversión del peronismo a una política económica ortodoxamente conservadora, libreempresista y antiobrera, densos núcleos de las clases dominantes habrían de conservar intacta una pasión política antiperonista que sólo podría satisfacerse con el derrocamiento de Perón" (Ibid., 120). Este se produjo finalmente en setiembre de 1955, y la única clase que se mantuvo leal a Perón, dispuesta incluso a resistir el golpe, fue también aquella que lo sostuvo en 1945-46: la clase obrera. Por su parte, el "día que los jefes de la Revolución Libertadora se hicieron cargo de gobierno, toda la pequeña burguesía acomodada y la burguesía en pleno se volcaron a la Plaza de Mayo. Ni un solo trabajador perturbaba la elegante uniformidad de gente distinguida, engalanada con banderas uruguayas, norteamericanas, del Vaticano, y también argentinas. Se gritaba '¡Libertad!', '¡Viva la Marina!', '¡Viva la Argentina Católica!', y nuevamente '¡Libertad!'" (Ibid., 129).

Ya se ha señalado que diversos autores (R. Puiggrós, J.C. Esteban, J.A. Ramos, J.E. Spilimbergo, E. Jorge, J.P. Feinmann e incluso O. Coggiola) impugnaron en Peña lo que veían como una subestimación de la burguesía nacional, de la que se derivaría su "incomprensión" del peronismo (140). Esta postura "extrema" de Peña de "negación de la burguesía nacional" marchaba a contrapelo de una imagen fuertemente arraigada tanto en los ámbitos políticos como en los académicos y parecía incluso contradecir el mismo sentido común. Sin embargo, muchos investigadores han retomado sus perspectivas, o, cuando menos, han confirmado algunas de sus más irritativas y paradójicas afirmaciones.

Alberto Ciria, por ejemplo, si reconocía que los industriales habían adquirido algún peso político en el gobierno de Perón, entendía que esto debía atribuirse a ciertas figuras individuales, como Miranda o Lagomarsino, más que a la estrategia o a la presión de una clase. "Quienes se separaron de la UIA para volcarse a Perón con sentido táctico de la oportunidad, más los 'nuevos' industriales aparecidos durante la administración de 1946-52, nunca funcionaron con la homogeneidad propia de una clase socioeconómica bien diferenciada". Y remataba: "Todavía está por probarse empíricamente que la 'burguesía nacional' es algo más que un disfraz verbal que abarca muchas situaciones no demasiado compatibles entre sí, aunque

comprendamos por qué pretenden reificarla algunos escritores que consideran al peronismo una auténtica revolución nacionalista burguesa, apoyada por la clase obrera" (141).

Hugo del Campo, estudiando el período 1943-46, ha mostrado exhaustivamente cómo las complejas relaciones del coronel Perón —al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión— con las entidades patronales, incluida la UIA, se fueron tensando, hasta que a fines de 1945 el enfrentamiento entre ambos sectores fue total. Este autor concluye que la ofensiva patronal desatada entonces terminó por unir "a todos los sectores capitalistas en un sólido bloque", sin hallar rastros de ninguna vertiente de la burguesía que apoye la fórmula peronista: "Perón intentó al principio —como lo demuestran todos sus actos y palabras de la época— ganarse al mismo tiempo el apoyo de la clase obrera y de un sector reativamente marginado de la clase dominante: la burguesía industrial. Pero el rechazo que encontró por parte de los representantes de esta última, así como el éxito que tuvo con los de la primera, no le dejó otra alternativa que apoyarse únicamente en ellos. [...] Ahora, contar solamente con el respaldo de la clase obrera —o más precisamente del movimiento sindical— significaba una gran debilidad frente a la poderosa coalición de fuerzas opositoras que se formaba. Recordemos que allí estaban todos los partidos políticos tradicionales, del conservador al comunista; todas las organizaciones patronales; casi toda la prensa; la *intelligentzia*, la Universidad... y todo ello con el respaldo de la primera potencia mundial" (142).

Esta perspectiva se halla también confirmada en la investigación ya citada de Jorge Schvarzer sobre la evolución de la UIA, quien presta especial atención a los clivajes al interior de la misma entre los sectores "conciliadores" y los "opositores" al gobierno peronista, así como a la circulación de grandes figuras industriales entre la UIA y la CGE. En conjunto, el sector industrial que representa la UIA no constituye, para Schvarzer, una clase portadora de un proyecto de industrialización sin el poder suficiente como para imponerlo, sino que es "parte de la clase dominante local", y, como tal, se trata de una institución fuerte, capaz de hacerse oír y de obtener satisfacción para sus reclamos, sólo que éstos han estado bastante lejos de un programa global de modernización capitalista (143).

Finalmente, el investigador germano Peter Waldmann, que cita abundantemente a los ignotos Gustavo Polit y Alfredo Parera Dennis en su obra **El peronismo. 1943-1955**, también discute agudamente la tesis de la "burguesía nacional". Si reconoce que las medidas del gobierno peronista de fomento industrial efectivamente beneficiaron a los pequeños y medianos industriales, "Resulta, en cambio, muy dudoso que las medidas proteccionistas hayan sido el resultado de presiones o, aunque más no sea, de iniciativas de ese sector parcial, y que ellas hayan inducido a los integrantes de dichos grupos a comprometerse en favor del gobierno. En lo que respecta al primer punto, no debemos olvidar que esos industriales no disponían por entonces de un órgano propio que representara sus intereses. Eso no sólo es un indicio de que su conciencia de grupo aún estaba muy poco desarrollada, sino que también revela la falta de canales de comunicación institucionados, a través de los cuales pudieran llegar al gobierno las ideas y las aspiraciones de este sector. [...] El segundo aspecto —es decir, que las medidas de protección y estímulo en favor de este sector pueden haber asegurado la lealtad y el apoyo al régimen de sus integrantes— también merece un juicio escéptico. Dada la tradicional adhesión de los industriales a la clase alta, es difícil concebir que, de buenas a primeras, éstos se hayan liberado de esa influencia dominante y se hayan animado a establecer un pacto con el gobierno, que si bien favorecía sus intereses, estaba en abierta oposición con la actitud de las restantes fuerzas económicas" (144).

Y si es cierto que desde fines de los 40 comienza a manifestarse, especialmente en el interior del país, una conciencia más clara de sus intereses por parte de los industriales, la constitución de la CGE en que remata este proceso tampoco desenvolverá un programa acorde

con la postulación de una burguesía nacional: "si creemos, afirma Waldmann, que la CGE representaba una concepción económica fundamentalmente distinta de aquella sustentada por los tradicionales círculos económicos dirigentes, nos veremos defraudados. Sus resoluciones no se diferencian mucho de las aspiraciones y pretensiones expuestas al gobierno por la Bolsa de Comercio. Como ésta, la CGE reclamaba la urgente derogación de los precios máximos, exigía un aumento de las importaciones de materias primas, petróleo, maquinarias y bienes de inversión, solicitaba un otorgamiento más liberal de créditos y una reducción de los impuestos, y se quejaba de las excesivas cargas sociales, sobre todo del sistema de las cajas jubilatorias. Incluso en lo referente a la intervención del Estado en el proceso económico, que parecería haber sido vital para la burguesía nacional, la CGE coincidía en lo esencial con la Bolsa de Comercio al declarar que las intervenciones estatales debían ser sensiblemente reducidas. Tampoco se declaraba, por principio, en contra de la instalación de industrias extranjeras en el país, ni de la importación de capitales; simplemente solicitaba que éstos no entraran en competencia con las ramas de la industria local..." (Ibid., p. 203). Para Waldmann, en suma, lo "que determina el curso de las relaciones entre el gobierno y los grupos de intereses económicos es, más bien, la conducta de las fuerzas tradicionales, las cuales luego de una actitud inicial indecisa, declaran la guerra al régimen en 1945, celebran un armisticio con éste luego de la victoria electoral de Perón y, a partir de 1952, no ven la hora de que el cambio en la política económica sea seguido por un cambio en el poder, es decir por la caída de Perón" (Ibid., 204).

4. El peronismo como bonapartismo

Las primeras interpretaciones del peronismo fueron simultáneas a su abrupta emergencia como fenómeno político nuevo, y con ellas se inicia una larga e intrincada querrela de interpretaciones que se extenderá por décadas. Esos primeros abordajes, provenientes de socialistas y comunistas, coincidiendo con radicales, conservadores y aún con el Departamento de Estado norteamericano, tendieron a identificar al peronismo con el nazifascismo, como un mero reflejo de la realidad europea, y en los casos más burdos, como una maniobra de la embajada alemana (145).

Observa Peña sobre aquellos años: "El tema de la campaña democrática era 'batir a nazi-peronismo'. A los peones agrarios, que por primera vez en la historia del país habían recibido una serie de elementaes mejoras económicas y sociales, a los arrendatarios a quienes Perón prometía darles tierra en propiedad, se les ofrecía como candidatos a los terratenientes de la Sociedad Rural Argentina, que eran 'progresistas', según reciente descubrimiento de Partido Comunista. 'Por la libertad y la democracia contra el nazismo', proclamaba la Unión Democrática. ¿Pero qué sentido tenían para los trabajadores la libertad y la democracia voceadas por los candidatos de las organizaciones patronaes? El peronismo les recordaba que eso significaba la libertad de morirse democráticamente de hambre, 'como antes de Perón'. Por otra parte —remata Peña—, era falso llamar 'nazi' al peronismo. El nazismo es la guerra civil de la pequeña burguesía dirigida por el gran capital contra la clase obrera. Perón se apoyaba en la clase obrera contra el gran capital y la pequeña burguesía. Esto era lo esencial, y no se modifica porque los métodos totalitarios del peronismo fueran un intento de calcar los métodos nazis" (**Masas, caudillos y élites**, 87-88).

Para Peña, en cambio, el régimen surgido del golpe militar de 1943 "configuraba un gobierno *bonapartista*: no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos entre las diversas clases e imperialismos. Su apoyo directo lo hallaba en las fuerzas del orden: ejército, policía, burocracia, clero". El peronismo era la

expresión de una coyuntura histórica de empate entre clases y sectores: entre el decadente imperialismo inglés y el pujante imperialismo americano; entre los sectores agrarios y los industriales; entre la clase obrera y el empresariado industrial...

Acudía en apoyo del concepto de *bonapartismo* acuñado por Marx, quien, a partir de regímenes como los de Napoleón I y Napoleón III en Francia, o de Cromwell en Inglaterra —Engels lo haría extensivo al régimen implantado por Bismarck en la emergente Alemania—, los definía como:

- regímenes de excepción, producto de una situación de crisis, de "empate" social en que las clases en pugna están equilibradas;

- en que la clase dominante no es capaz de mantener su dominación directa por los medios constitucionales y parlamentarios, esto es, a través de sus políticos tradicionales: pero se ve obligada a delegar su poder y sus derechos políticos para asegurar el orden y la expansión económica;

- de modo que dicho equilibrio entre clases y sectores propicia una autonomía creciente del Estado respecto de la sociedad ,

- y especialmente del Ejecutivo y del Ejército dentro del mismo; al frente del Ejecutivo aparece una figura carismática, con poderes casi dictatoriales;

- donde la autonomización del poder estatal respecto de todas las clases, incluso las dominantes, significa que el Estado bonapartista debe hacer cumplir los intereses de esta, aún contra su abierta oposición;

- el resultado histórico objetivo es una transformación social, una "revolución desde arriba" (146).

Ya se ha señalado, a propósito de la difusión del marxismo en el subcontinente (V. supra, cap. II) y de ciertos tramos de **La realidad argentina** de Sívio Frondizi (V. supra, cap. III), que el concepto de bonapartismo había sido recuperado por primera vez para analizar regímenes latinoamericanos, por León Trotsky en la etapa de su exilio mexicano. Los marxistas argentinos de los años 40 conocían de primera mano, claro está, los textos de Marx y Engels sobre el bonapartismo, pero la productiva utilización que hace Trotsky del concepto de bonapartismo para pensar distintos tipos de regímenes de excepción, incluso latinoamericanos, debe haberles facilitado aún más este camino teórico (habría que reparar en el hecho de que los comunistas argentinos, que también conocían los textos de Marx y Engels, fueron absolutamente refractarios a recuperar la categoría de bonapartismo para pensar nuestra realidad). Es indudable (por la apropiación que hace de la metáfora final en un texto citado infra) que Peña conoció esta sugestiva definición del bonapartismo por parte de Trotsky: "Cuando la ucha entre dos campos sociales —los poseedores y los proletarios, los explotadores y los explotados— alcanza la más alta tensión, se establecen las condiciones para la dominación de la burocracia, de la policía y de la soldadesca. El gobierno se hace 'independiente' de la sociedad. Recordemos una vez más lo siguiente: si se colocan simétricamente dos tenedores en un corcho, éste podrá mantenerse incluso sobre la cabeza de un alfiler. Éste es precisamente el esquema del bonapartismo. Naturalmente, un gobierno así no deja de ser el criado de los poseedores. Pero el criado está sentado sobre el espinazo de amo, le aprieta la nuca y no le importa frotarle, si es necesario, la cara con su bota" (147).

Ante la emergencia del peronismo como un fenómeno político inédito en el país, no es de extrañar que muchos marxistas argentinos hayan echado mano, antes que del epíteto de nazi-fascista, de la definición marxiana del bonapartismo, que parece responder cabalmente a su naturaleza. Peña bromeará a menudo, señalando que el peronismo era algo así como la "quintaesencia del bonapartismo". De modo que el texto de Peña se convierte, por momentos en

una glosa de Marx, en otros en una glosa de Trotsky: "La increíble corrupción de los partidos políticos burgueses —y la indiferencia y el hartazgo de las masas ante la política— sugirieron en los cuarteles la conveniencia de descargar por completo a la burguesía argentina del cuidado de gobernarse a sí misma. Parafraseando a Marx, cabe decir que el cuartel tenía necesariamente que dar en esta ocurrencia, con tanta mayor razón cuanto que de este modo podía esperar también una recompensa mayor por sus servicios. El último gobierno conservador gobernaba mediante el estado de sitio. ¿Por qué el ejército no podía declarar el estado de sitio en su propio interés, sitiando al mismo tiempo las bolsas burguesas? Al 3 de junio de 1943, todo era propicio para que las fuerzas del orden, cuya misión específica es servir a la clase dominante, se transformaran en usufructuarias del poder para sí, desplazando a los equipos de políticos traicionales" (**Masas, caudillos y élites**, 68-69).

El régimen de Napoleón III, el caso paradigmático a partir del cual Marx construyó el concepto de bonapartismo, si bien hablaba en nombre de todos los sectores de la sociedad francesa, se sustentaba en una "clase de apoyo" (Poulantzas), los campesinos parcelarios. La "clase de apoyo" del bonapartismo peronista, su poder de chantaje frente a los sectores dominantes, parecía constituirlo, en el análisis de Peña, el proletariado urbano. El bonapartismo peronista fundaba todo su poderío en la clase obrera como base social y en el control del ejército como fuerza de orden. "El proletariado y el ejército continuaron [en la segunda mitad de los 40] apoyando firmemente al peronismo, y sobre esta sólida base el gobierno pudo construir — *sin chocar con la mayoría de pueblo y ante su indiferencia*— un aparato semi-totalitario de captación y represión" (Ibid., 101, subr. de MP). No obstante "sus intentos en tal sentido, el peronismo estuvo inmensamente lejos de alcanzar la estructura totalitaria, que hace desaparecer a la oposición entre el Estado y la sociedad y realiza el ideal de un gobierno que no conoce ninguna limitación. Bajo un régimen totalitario, la administración del Estado se convierte en una sucursal del partido único, y a través de sus ramificaciones el partido penetra en la sociedad hasta sus núcleos más periféricos y menos importantes. Bajo el bonapartismo peronista, en cambio, el centro de gravedad del poder continuó siendo el aparato estatal. Este aparato hacía sentir pesadamente su autoridad sobre toda la población, pero, a diferencia de lo que ocurre en un régimen totalitario, la población no fue regimentada políticamente y sometida autoritariamente a una disciplina política. El bonapartismo peronista intentó algunos pasos en esta dirección, pero estuvo muy lejos de encuadrar al país en un modo totalitario".

Y concluye Peña: "todo eso lo hace el peronismo sin perder en ningún momento su carácter de gobierno bonapartista, que se apoya en la clase obrera y en las fuerzas del orden para imponerse a la burguesía y resistir a los Estados Unidos" (**Masas, caudillos y élites**, 107-8).

Fueron los trotskistas argentinos quienes apelaron por primera vez a la categoría de bonapartismo para dar cuenta, primero del gobierno juniano y, luego, del peronista (N. Moreno, J.A. Ramos, Niceto Andrés, E. Rivera, S. Frondizi, M. Peña). Desde allí el concepto se irradió a otras corrientes políticas e inclusive a los medios académicos. El término "bonapartismo" aparece numerosas veces en la prensa de la "izquierda nacional" desde mediados de los 40. Es habitual, no obstante, referir que la primera apelación al "bonapartismo peronista" provino de Jorge Abelardo Ramos en **América Latina, un país** (1949). Sin embargo, no hay en este libro una auténtica utilización conceptual del peronismo como bonapartismo, sino tan sólo ligeras menciones al término, a partir de la analogía histórica entre Bismarck y Perón (148). Una apelación más precisa al concepto de bonapartismo puede hallarse en la obra posterior de Ramos, en libros tales como **Revolución y contrarrevolución en la Argentina** (1957),

cuyo capítulo sobre el peronismo se editará tiempo después como **La era del bonapartismo** (149).

Por su parte, el morenismo ya habría adoptado la caracterización de bonapartismo al menos en 1948, año en el que, según un testimonio de la época, en un acto de homenaje a Trotsky organizado por el GOM, el "orador central sostuvo: 'Todos los gobiernos han sido protectores de los terratenientes, lo mismo Juan [sic] José de Urquiza, que Yrigoyen que Castillo y que Perón' [...]. Analizó luego el gobierno y al Partido peronista señalando a Perón como *bonapartista de tipo clásico* y, en última instancia, agente, aunque bonapartista, del Imperialismo inglés" (150).

Hemos visto que Silvio Frondizi también apela a dicho concepto para su análisis del peronismo en **La realidad argentina** (1955-56), de donde desprendemos que Peña, en su caracterización del bonapartismo peronista, no hace sino retomar y reelaborar las lecturas de Moreno y de S.Frondizi.

Diversos autores han impugnado la validez de esta categoría de análisis, en algunos casos señalando que sacrifica las especificidades históricas a partir de una generalización abusiva, mientras que otros han rechazado sin más la pertinencia de "esquemas de análisis elaborados a partir de procesos históricos europeos" (151). Debe aceptarse que muchas veces el término bonapartismo ha funcionado como un clisé en los análisis políticos, y que a menudo ha corrido el riesgo de convertirse en una categoría tan general y abstracta que remite a cualquier proceso de "autonomización de lo político" (152). Sin embargo, su uso se ha irradiado a lo largo de toda la cultura política marxista internacional e incluso mucho más allá de ella. Señalemos para concurir que, además de los autores citados, en nuestro país dicha utilización se extendió en las décadas siguientes a otros ensayistas políticos (como Rodolfo Puiggrós, Ezequiel Martínez Estrada, Ismael Viñas, Juan José Sebreli, Osvado Calello, etc.) y hasta hizo fortuna en el mundo académico (Torcuato di Tella, Mario Rappoport y otros) (153).

El legado historiográfico de Peña: olvido y presencia

Después de su muerte prematura, la mayor parte de los manuscritos de Peña había quedado inédita. Algunos de ellos habían sido actualizados para su publicación en la revista **Fichas**, pero Peña no había llegado a publicar en vida el conjunto de su **Historia**. A esta tarea se abocó parte del grupo de amigos del equipo de la revista. Jorge Schvarzer tuvo a su cargo el trabajo de edición: revisión de originales, actualización de citas bibliográficas, corrección de las pruebas de galera. Luis Franco se ocupó de la revisión estilística de los originales inéditos (que aunque respetó en lo esencial, no pudo evitar redoblar el punzante estilo de Peña con algunos de sus propios recursos, que llevan el sello inconfundible de su propio estilo). El editor y distribuidor fue Pedro Sirera, el que ya había tenido a su cargo la distribución de la revista, y para darle continuidad con ésta, los libros aparecieron bajo el sello de Ediciones Fichas.

Por razones de costo editorial, el conjunto de la historia se dividió en seis volúmenes, cuyos títulos y subtítulos, escogidos por los editores, guardaban estrecha afinidad con las fórmulas estilísticas del propio Peña. Después de varios años de trabajo conjunto de Schvarzer y Franco, en 1968 la colección se iniciaba, alterando el orden cronológico, con los dos primeros títulos: **La era de Mitre. De Caseros a la guerra de la triple infamia y De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglocriolla. El paraíso terrateniente. Unitarios y federales forjan la civilización del cuero** los siguió en 1969 y al año siguiente aparecieron **Antes de Mayo. Formas sociales del trasplante español al nuevo mundo y Alberdi, Sarmiento, el 90. Límites del nacionalismo argentino en el siglo XIX**. En 1972 se publicaban los documentos que Peña había reunido sobre el peronismo y que se habían publicado originariamente en la revista **Fichas: El Peronismo. Selección de documentos para la historia**. En 1973 apareció el último volumen de la historia: **Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón y La clase dirigente argentina frente al imperialismo**. En 1974 se publicó su extensa polémica con Ramos desarrollada originalmente en **Fichas** bajo el título **Industria, burguesía industrial y liberación nacional**. Fuera de Ediciones Fichas, la única recopilación de trabajos de la revista **Fichas** fue realizada dentro de la Biblioteca argentina de historia y política que Pablo Constantini dirigió para la editorial Hyspamérica: se tituló **Industrialización y clases sociales en la Argentina**, 1986.

Al éxito de venta de la revista **Fichas** siguió el éxito comercial de los libros de Peña. Antes del golpe militar, en que fueron censurados y retirados de circulación, algunos títulos alcanzaban la

tercera edición. Con la transición democrática fueron reeditados, y a pesar de la relativa modestia de la casa editora, los libros volvieron a alcanzar importante circulación. Una venta promedio de 10.000 ejemplares por título, teniendo en cuenta los años de "congelamiento" bajo la dictadura, pueden dar una cierta pauta de su irradiación.

¿Quiénes fueron los lectores de libros de Peña? Quizás deberíamos colocar en primer lugar a los militantes políticos: los libros de Peña formaron a tres generaciones de militantes de izquierda: a los hombres de su propia generación, a la joven generación de fines de los años 60 y primeros 70, a la nueva generación de militantes que emerge con la crisis de la dictadura militar. Su historia no sólo fue leída y venerada por los partidos trotskistas: también militantes comunistas y aún peronistas, sorteando muchas veces las lecturas oficiales, aprendieron el abecé de la historia argentina en sus páginas. El PRT había incluido la historia de Peña en sus cursos de formación. Sus libros fueron, pues, lectura obligada en cursos de formación, en los campamentos de las juventudes políticas, en las "escuelas de cuadros" partidarias.

Paradójicamente, en relación al influjo alcanzado por la historia de Peña sobre todo el arco de la izquierda, la corriente política que mantuvo una relación más oblicua con ella fue la morenista. En cierto sentido, el partido podía con provecho habérsela apropiado simbólicamente (lo que no era poca cosa: era la primera ocasión que se presentaba a un partido trotskista de la Argentina de ofrecer no sólo un programa socialista para el futuro sino también una proyección hacia el pasado, una versión propia de la historia argentina, una genealogía que entroncara el pensamiento y las luchas presentes con el pensamiento revolucionario y las luchas populares de ayer). Pero, por otro lado, Peña era un ex-militante, que si bien se había alejado silenciosamente del partido, había colaborado activamente con la fracción del grupo "Liberación" y había terminado por romper políticamente con él a través de sus artículos de *Fichas* (154). Según los estrictos roles que funcionaban en la organización morenista, el alejamiento de Peña era significado y justificado por la corriente morenista por su presunto carácter de "intelectual pequeñoburgués". Esta organización no podía tolerar, a riesgo de poner en cuestión su propia cohesión, que Peña hubiera desarrollado lo mejor de su obra teórica al margen de ella, en tensión con ella y, finalmente, más allá de ella (dicho sea esto sin negar la deuda teórico-política de Peña con la corriente que lo formó en el programa trotskista). Una organización de este tipo debe cuestionar al expulsado o a quien se aleja de ella, debe catalogarlo en términos de "fundido", de persona "incapaz" de aceptar la disciplina, los riesgos y los desafíos de una dura vida de partido. No había lugar en ella para los intelectuales pequeñoburgueses, salvo aquellos dispuestos a renegar de su clase. Así lo había expresado el propio Peña en su polémica con Frondizi (155).

Nace así, dentro de la corriente morenista, una "versión" oficiosa sobre la vida y la obra de Peña: que éste, fiel a su condición de intelectual pequeñoburgués, no habría soportado los rigores de la militancia política; que se habría ido del partido apropiándose de las ideas originales de Moreno, y que, gracias a su dedicación intelectual-pequeñoburguesa a la escritura, se habría apresurado a publicarlas con su nombre; que, no obstante eso, habría permanecido solidario políticamente con el partido hasta su muerte. En el siguiente capítulo buscamos documentar minuciosamente el intrincado proceso que conduce a Peña a *romper políticamente* con la corriente morenista. Anticipemos aquí que, a los fines de la autojustificación y la autopreservación, esta corriente buscó convertir estas *diferencias* en *cuestiones personales*. Para el morenismo era más sencillo atribuir la ruptura a la debilidad militante que responder a los cuestionamientos sobre su seguidismo a la burocracia sindical o su incapacidad de entender nada menos que la revolución cubana.

Disuelto el grupo *Fichas*, y no contando Peña con una corriente que asuma su defensa pública, la versión oficiosa del intelectual-pequeñoburgués-incapaz-de-militar-que-roba-las-ideas-de-Moreno circuló ampliamente durante muchos años y fue paralela a una política de silenciamiento público de su obra. En 1972 el propio Moreno dicta un curso editado bajo el título de **Bases para una interpretación científica de la historia argentina**, donde Peña es mencionado sólo una vez, y para señalar que repitió a Moreno: "He discrepado, junto con Peña, *aunque éste muchos años después*, con la concepción de que el Banco Central es una creación directa del imperialismo inglés" (156). En 1975 el folletito del curso es amplificado a formato libro por Hugo Kasevich, quien tuvo a su cargo la ardua tarea de ilustrar con fuentes, datos y citas de historiadores las tesis historiográficas de Nahuel Moreno (157). Otra vez el aporte de Peña es soslayado, aunque Kasevich incluye a pie de página silenciosas referencias de la revista *Fichas*, citando a Peña sólo a través de sus numerosos seudónimos. Inclusive en 1974, como ya hemos señalado, la editorial del partido morenista reeditó un folleto de Peña bajo el nombre de Moreno (158). La incomodidad de Moreno con

la obra de Peña se ponía de manifiesto en una autoentrevista realizada en su propio partido en 1974, en la que recordaba que entre fines de los 40 y primeros 50 "tratamos el problema de la colonización, los trabajos sobre historia argentina" y donde reivindicaba para sí que "más o menos la mitad [...] de lo que escribe después (Milciades) Peña es trabajo de investigación mía; otra parte es de él, por ejemplo lo de Roca es de él, y otras cosas. Peña colabora conmigo, es mi ayudante y mi gran amigo también en esta época" (159).

Ya señalamos la importancia de la deuda de Peña con Moreno y la corriente morenista: si bien Peña era un adolescente sumamente intelectualizado y politizado cuando llega al GOM, es en este grupo cuando por primera vez milita en una organización de tipo leninista, que se forma en el programa del leninismo y el trotskismo, que aprovecha el período de mayor esfuerzo de esta corriente por estudiar la historia y la estructura social argentinas. Peña nunca desconoció esta deuda, como lo testimonian las escrupulosas referencias bibliográficas a ignotos artículos de **Frente Proletario**, especialmente para el período de la historia argentina que va de los años 30 a los 50. Dicho esto, y reconocidos los méritos político-intelectuales de una corriente compuesta por sectores obreros y de clase media baja, sin intelectuales en su seno, es necesario señalar el carácter amateur, inorgánico y a menudo descriptivo de estos trabajos, incluidos los de Moreno. Lo que éste denomina sus "investigaciones" no eran más que lecturas críticas, propias de un militante inquieto, de fuentes secundarias; lo que denomina el "método científico" para una interpretación de la historia argentina, brilla por su ausencia en un discurso historiográfico que siempre permaneció invertebrado. Sean cuales fueren sus deudas con Moreno, fue Peña quien realizó el trabajo metódico propio del historiador, con su lectura de fuentes primarias, su sistematicidad, su capacidad de plantear problemas y de vertebrar un discurso historiográfico coherente y unitario. Es indudablemente cierto que Peña se ubicaba, en la época que recuerda Moreno, en un lugar subordinado, pero no es menos cierto que el discípulo logró realizar una obra propia en tanto y en cuanto logró sacudirse el yugo de su maestro (160).

A esta paradoja entre el olvido y el menosprecio por parte de su corriente política de origen y su presencia en la lectura de varias generaciones de militantes, se suma otra paradoja, que se relaciona con el otro grupo de lectores de la obra de Peña: los historiadores. La obra de Peña, por una parte, nunca entró legítimamente en la academia, nunca se llevó a cabo una edición crítica de su obra, nunca el campo historiográfico argentino mostró siquiera curiosidad por estudiar a esta figura que sigue siendo hoy, como hace cuatro décadas, un marginal, un *outsider*, un francotirador. Sin embargo, sus obras se han mantenido vigentes, en la medida en que también han sido leídas y retomadas por buena parte de los historiadores y economistas profesionales contemporáneos. Como ha quedado sobradamente resaltado a lo largo de este capítulo, muchas de sus notables anticipaciones han sido recuperadas por autores como Jorge Schvarzer, Jorge F. Sabato, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Waldo Ansaldi, Luis Alberto Romero, Alejandro Rofman, Alberto Ciria... Con todo, las referencias a Peña siguen siendo escasas en nuestro humilde campo historiográfico, donde todavía es "poco correcto" citar a un autor como Peña, a pesar de que la productividad de su obra sea inalcanzable para tantos y tan correctos escritores de proliferas monografías. Ajenos o distantes de estas minúsculas querellas, los historiadores del extranjero han podido reconocer sus deudas con Peña sin tantos rodeos, como hemos visto en el caso de autores como el inglés David Rock, el alemán Peter Waldmann o el uruguayo Juan Manuel Casal.

¿Cómo pudo producirse esta curiosa recepción de un autor tan poco presentable en la Academia? El actual agotamiento del imaginario populista favoreció sin duda la comprensión de aquellas perspectivas que, como la de Peña, permitieron una posición de distanciamiento crítico frente a la sociedad y la ideología peronistas, a las que trataron de comprender como momentos dentro de un proceso histórico más extenso. Pues en la euforia populista de los primeros 70, una perspectiva como la de Peña que enfatizaba los límites estructurales del nacional-populismo, no podía sino ser desvalorizada como "pesimista" o como "agorera"; nuestro autor aparecía entonces como el prototipo del "intelectual pequeñoburgués" que "no comprendió el peronismo". El fracaso de la experiencia peronista entre 1973 y 1976, al mismo tiempo que tornaba súbitamente inactuales las perspectivas de los nacional-populistas, abría la posibilidad de una nueva lectura productiva de la obra de Peña. Los años del "Proceso de Reorganización Nacional" primero, y los de la transición democrática después, fueron testigos de esta relectura y apropiación de la obra de Peña por parte de muchos historiadores.

Pero este proceso de apropiación fue paralelo a otro de transfiguración de la intelectualidad argentina, que en el campo historiográfico adoptó la modalidad de una despolitización de la historia así

como de un encierro corporativo de la disciplina dentro del cual el historiador abandonaba cualquier pretensión de instalarse como intelectual para recolocarse como profesional. El diagnóstico del campo realizado recientemente por Tulio Halperin es altamente significativo al respecto. En los últimos tiempos, observa Halperin, se ha alcanzado una producción regular, erudita, con mayor control de calidad, pero desvinculada de cualquier proceso social. Es una historiografía que tiene su fin en sí misma, que "crece como el resultado de un imperativo categórico: que tiene que haber historiografía". Esto es para el autor de **Revolución y guerra** el correlato de que en la sociedad argentina ya "no hay alternativas de fondo, y que en la medida que no hay alternativas de fondo el debate ideológico se hace no sólo muy poco interesante sino también muy poco estimulante. [...] Creo que esto se refleja también en el crecimiento muy regular y muy sólido de una historiografía que crece como una formación

coralina, por agregación..." (161). En suma, si por un lado la historiografía reciente podía reconocer y recuperar muchos hallazgos de la perspectiva de Peña, no podía recuperar la perspectiva misma. Porque es la postura de Peña como intelectual revolucionario, su vinculación de la historia con la política, su estilo franco y corrosivo, tan lejano al tenor siempre distante y sereno de la prosa académica contemporánea, su *ethos* trágico, lo que lo torna una figura inasimilable a la academia (162).

Algo de esto debe haber intuido el doctor Olegario Becerra, entonces profesor de la pontificia Universidad Católica Argentina, cuando en octubre de 1978, bajo la última dictadura militar, advirtió que uno de los libros de Peña (**De Mitre a Roca**) había sorteado milagrosamente la censura, y aparecía perdido dentro de la lista bibliográfica que el Ministerio de Cultura y Educación recomendaba para la enseñanza de la historia en el nivel medio. En una indignada carta a los medios de prensa, el Dr. Becerra advertía contra esa "salida hacia el infierno", esta "historia panfletaria, alimento de las barricadas", esta historia "meramente denigratoria" plagada de "perfidia documental" y "falacias logísticas"... Desde entonces, los libros de Peña, que ya se exhibían limitadamente, fueron retirados de circulación por su editor, para volver a distribuirse recién a fines del período dictatorial (163).

Silenciada por la corriente morenista, fustigada desde el nacional-populismo, el comunismo oficial y la izquierda nacional, censurada bajo la dictadura militar, sin ninguna corriente política o grupo que la sostenga, la obra de Peña ha sobrevivido a todos ellos y al paso del tiempo, y ha seguido vivificándose en su permanente apropiación por parte de militantes e historiadores.

(1) El texto de la primera (y única) entrega apareció en la sección "Documentos" de la **Revista de Liberación** nº 4, 1961, con el título de "Historia del Pueblo Argentino" y bajo el seudónimo de Romero Kolbek, con la siguiente nota de la redacción: "A partir del presente número de **Liberación** comenzamos la publicación de la presente 'Historia del Pueblo argentino', de Romero Kolbek -que irá con numeración de páginas separada- por entender que constituye un valioso aporte al conocimiento de la historia argentina. **Liberación** no comparte ni rechaza las tesis sustentadas por el autor, se limita a publicarlas en mérito a las consideraciones arriba apuntadas. Comenzamos por el segundo capítulo, 'Colonización', por ser el más adecuado para entrar en materia. La primera, que se refiere a España, aparecerá más adelante".

(2) El plan de la obra se componía de este modo: "1. España y América. 2. Colonización. 3 La Independencia. 4. Unidad y desintegración. 5. Después de Mayo Unitarios y Federales. 6. Rosas. 7. Caseros. 8. Entre Urquiza y Mitre. 9. La Guerra de la Triple Infamia. 10. El problema del 'imperialismo'. 11. Afianzamiento de la oligarquía anglo-criolla (de Sarmiento a Juárez Celman). 12. 'Civilización' y 'Barbarie'. 13. El 90: imperialismo y 'clases nacionales'. 14. Apogeo de la oligarquía anglo-criolla (1891-1915). 15. El radicalismo y los gobiernos radicales. 16. La semirestauración conservadora. 17. 1943: ejército más vacas más Inglaterra más sindicatos igual bonapartismo. 18. Peronismo: el último estertor de la independencia argentina frente a Estados Unidos. 19. Revolución Libertadora y colonización yanqui", cit., p.2. La edición póstuma recogió los capítulos del siguiente modo: **Antes de Mayo** (puntos 1, 2 y 3), **El Paraíso Terrateniente** (4 a 7), **La Era de Mitre** (8 y 9), **De Mitre a Roca** (10 y 11), **Alberdi, Sarmiento, el 90** (12 y 13), **Masas, caudillos y élites** (15 a 18).

(3) La expresión entrecorrida es de Tulio Halperin Donghi, "El revisionismo histórico como visión decandentista de la historia nacional", **Punto de Vista** nº 23, Buenos Aires, 1985. V. también su libro **El revisionismo histórico argentino**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971 y el de Quattrocchi-Woisson, Diana, **Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina**, Buenos Aires, Emecé, 1995.

(4) Para una lúcida reflexión sobre la relatividad histórica de la "derrota" y la "victoria", v. el apéndice de Isaac Deutscher a **Trotsky, el profeta desterrado**, México, Era, 1969, llamado, precisamente, "Victoria en la derrota", pp. 458 y ss.

(5) Sobre la tragedia en Unamuno, de tradición pascaliana, véase fundamentalmente **Del sentimiento trágico de la vida**, Buenos Aires, Losada, 1964. Sobre Trotsky como figura trágica hay numerosas observaciones en Deutscher y otros autores, pero particularmente se han detenido en ello Steiner, Georg y Tarcus, Horacio,

"Trotsky, el profeta trágico de la revolución", *El Cielo por Asalto*, nº 1, verano 1990-1991. Sobre Alberdi como pensador trágico, véase infra.

(6) **De la Colonia a la Revolución**, Buenos Aires, AIAPE, 1940; **La herencia que Rosas dejó al país**, Buenos Aires, Problemas, 1940, **Los caudillos de la Revolución de Mayo**, Buenos Aires, Problemas, 1942, **Rosas, el pequeño**, Montevideo, Pueblos Unidos, 1944, **Historia económica del Río de la Plata**, Buenos Aires, Futuro, 1946, **La época de Mariano Moreno**, Buenos Aires, Partenón, 1949, **La España que conquistó el nuevo mundo**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964.

(7) Puiggrós, Rodolfo, **De la Colonia a la Revolución**, cit. Cito, de aquí en adelante, de la sexta edición: Buenos Aires, Cepe, 1974, pp. 34-35.

(8) "Al declinar la vida comercial e industrial de las ciudades se hizo cada vez más escaso el tráfico interior y menos frecuente la mezcla de habitantes de las distintas regiones, se descuidaron los medios de comunicación y se abandonaron los grandes caminos. Así la vida local de España, la independencia de sus regiones y municipios, la diversidad del estado de la sociedad, fenómenos basados originariamente en la configuración física del país y desarrollados históricamente por la diversidad de los modos cómo las distintas regiones se emanciparon de la dominación mora para formar pequeñas entidades independientes, todo eso se vio finalmente reforzado y confirmado por la revolución económica que agostó las fuentes de la actividad nacional. Y así la monarquía absoluta encontró en España una base material que por su propia naturaleza repelía la centralización, ella misma hizo además cuanto estuvo en su poder para impedir que se desarrollaran intereses comunes basados en una división nacional del trabajo y en una multiplicación del tráfico interior...", apuntaba Marx en 1854. Véase Marx-Engels, **Revolución en España**, Barcelona, Ariel, 1960. Trad. y prólogo de Manuel Sacristán.

(9), Marx, Carlos, **El Capital**, México, FCE, 1946, t. I, Cap.XXIV, "La llamada acumulación originaria".

(10) Saylor, John, **La política económica de España en la época del mercantilismo**, Madrid, Anales de Economía, 1948; Larraz, José, **La época del mercantilismo en Castilla**, Madrid, 1945; Carande, Ramón, **Carlos V y sus banqueros**, Madrid, Revista de Occidente, 1943; Hamilton, Earl J., **El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica**, Madrid, Revista de Occidente, 1948; Colmeiro, Manuel, **Historia de la Economía Política española**, Madrid, 1863.

(11) Vilar, Pierre, **Crecimiento y desarrollo**, Barcelona, Ariel, 1964.

(11 bis) Halperin Donghi, Tulio, **Historia Contemporánea de América Latina**, Madrid, Alianza, 1969, p. 20. Aunque casi no se registran referencias de Halperin a la obra de Peña, es interesante constatar que muchas de las intuiciones avanzadas por Peña serán luego retomadas, reformuladas y fundamentadas por este historiador profesional, aunque subsumidas en un discurso historiográfico muy distinto, sujeto a otras estrategias discursivas. Por su parte, las tesis de Peña no pudieron beneficiarse de la obra madura de Tulio Halperin Donghi, aunque conoció sus primeros escritos, uno de los cuales recogió en **Fichas**. V. infra.

(12) Elliot, J.H. "La decadencia española", en Trevor Aston (ed.), **Crisis en Europa. 1560-1660**, Madrid, Alianza, 1983, pp.185-6; Chaunu, H. y P., **Séville et l'Atlantique (1504-1650)**, Paris, 1955-59, 8 vols.; Lynch, John, **España bajo los Austrias**, Barcelona, Península, 1970-72, 2 vols.; Braudel, Ferdinand, **La méditerranée et le Monde Méditerranéen á l'époque de Phelippe II**, Paris, 1949 (trad. cast. de FCE de México); Anderson, Perry, **El Estado absolutista**, Madrid, Siglo XXI, p. 57 y 77, 1979; Jordi Nadal, **El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913**, Barcelona, Ariel, 1975, p.227.

(13) Chiamonte, Jose Carlos, **Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica**, México, Grijalbo, 1984, p.30.

(14) Ibid., p.65 y ss. Para una evaluación de la obra de Ingenieros, v. la introducción de Oscar Terán a la antología su obra: **Antimperialismo y nación**, México, Siglo XXI, 1979, reproducida luego en Terán, O., **En busca de la ideología argentina**, cit.

(15) Mariátegui, José Carlos, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, Lima, Amauta, 1878, p. 82 y ss.

(16) Chiamonte, op.cit., pp.83-84. V. también el **VI Congreso de la Internacional Comunista**, México, Pasado y Presente,

(17) Puiggrós, op.cit., p.45.

(18) Sweezy, Paul, **Teoría del desarrollo capitalista**, México, FCE, 1945.

(19) Rodney Hilton (ed.), **La transición del feudalismo al capitalismo**, Barcelona, Grijalbo, 1977.

(20) Bagú, Sergio, **Economía de la sociedad colonial**, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p.143 y Chiamonte, op.cit., p. 89. Recordemos la grata sorpresa que significó para M. Peña y N. Moreno la aparición del libro de Bagú, confirmando sus intuiciones. V. **Estrategia** nº 1, Buenos Aires, 1957, p. 83-84.

(21) En un estudio sobre la mita en el Potosí, Enrique Tándeter entiende que sobre la base de esta institución se constituyó una relación de producción peculiar, que denomina renta mitaya, distinta tanto de la servidumbre feudal como de cualquier forma de trabajo "libre", es decir, asalariado. **Trabajo forzado y trabajo libre en el Potosí colonial tardío**, Buenos Aires, Estudios CEDES, 1984.

(22) Puiggrós, op.cit., p.63.

(23) Con la excepción de Luis Vitale, que reconoce su deuda con Peña, nadie recuerda su nombre en el debate sobre los modos de producción en América Latina. V. Vitale, Luis, "América Latina: ¿feudal o capitalista?", reproducido parcialmente en J. Petras-M. Zeitlin, **América Latina: ¿reforma o revolución?**, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, p.37. No aparece siquiera mencionado en la por otra parte exhaustiva

reconstrucción de las diversas filiaciones del debate llevada a cabo por J.C. Chiaramonte, op. cit. Sólo el investigador uruguayo Juan Manuel Casal rinde tributo a la obra de Peña. V. **El modo de producción colonial en el Río de la Plata**, Nuevo Mundo, Montevideo, 1978. Una síntesis de toda esta problemática la presentada por C.F. Santana Cardoso y H. Pérez Brignoli en **Los métodos de la historia**, Barcelona, Crítica, 1976.

(24) Tándeter, Enrique, "Sobre el análisis de la dominación colonial", en **Desarrollo Económico** nº 61, vol. 16, Buenos Aires, abril-junio 1976. André Gunder Frank, **Capitalismo y subdesarrollo en América Latina**, Buenos Aires, Signos, 1970. La primera edición es de 1965.

(25) La polémica Puiggrós-Frank se había desarrollado en las páginas de **El Gallo Ilustrado** de México en 1965 y fue reproducida en Frank-Puiggrós-Laclau, **América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?**, Colombia, La oveja negra, 1972. V. también Assadourian, Cardoso, Ciafardini, Garavaglia, Laclau, **Modos de producción en América Latina**, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1973.

(26) Laclau, Ernesto, "Feudalismo y capitalismo en América Latina", *ibid.*, pp. 23-24 y ss. En el mismo sentido argumenta también Ciafardini en el texto incluido en **Modos de producción...**, *cit.*

(27) V. las contribuciones de Dobb y de Merrington en: Hilton (ed.), op. cit.

(28) Puiggrós, Rodolfo, **De la Colonia a la Revolución**, Buenos Aires, Partenón, 1949, 3a. edición, pp.22-23. En las posteriores ediciones el autor modificó el texto, eliminando el pasaje relativo a los "gérmenes".

(29) Marx, Carlos, **El Capital**, *cit.*, I, p. 651.

(30) *Ibid.*, I, pp.428-429.

(31) *Ibid.*, I, pp.429-430. Como ha señalado Perry Anderson, el marxismo contemporáneo ha desatendido los determinantes geográficos de la estructura social, pero "ninguna historia verdaderamente materialista puede silenciar las condiciones geográficas, como si se tratara de algo meramente externo a los modos de producción. El mismo Marx insistió en el medio natural como un factor primario e irreductible de toda economía", **El Estado absolutista**, *cit.*, p. 566, n. 213. Para Juan Manuel Casal, Peña recupera el método marxiano de investigación, al punto de afirmar "que si Marx hubiese escrito una historia de la Colonia hispanoamericana, posiblemente hubiera procedido como él. Está presente en el trabajo de Peña el método de investigación que Marx propone en el Prólogo a la segunda edición de **El Capital**, consistente en analizar primero en detalle el objeto de estudio, después, las formas de su desarrollo y sus enlaces internos y sólo finalmente, el modo en que se inserta y articula en los procesos históricos generales. También campea en las páginas de Peña aquel estilo impactante e irónico que caracterizó a Marx", *op.cit.*, p.78, n.70.

(32) *Ibid.*, p.430, n. 5.

(33) *Cit. en de Gandía, op. cit.*, p. 256.

(33 bis) Sobre Mitre historiador sigue siendo una obra de referencia el trabajo que le consagró José Luis Romero hace más de medio siglo: "Mitre: un historiador frente al destino nacional", en **La experiencia argentina**, Buenos Aires, FCE, 1989. Nicolás Shumway no ha dejado de observar "la escasez de estudios críticos sobre Mitre" en su **La invención de la Argentina**, Buenos Aires, Emecé, 1993, pp. 232 y ss.

(34) Scenna, Miguel Angel, **Los que escribieron nuestra historia**, Buenos Aires, La Bastilla, 1976, p. 241.

(35) Discurso de Rosas en el Fuerte de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1836 y reproducido en **La Gaceta Mercantil** del 25 de mayo de 1843, y en sucesivas fechas patrias. *Cit. por de Gandía*, pp. 246 y ss.

(36) Alberdi, Juan B., **Escritos Póstumos**, Buenos Aires, Imprenta Europea, Impr. A Monkes e Impr. J. B. Alberdi, Buenos Aires, 1895-1901, 16 tomos. La referencia al discurso de Rosas se halla en **Del gobierno de Sudamérica según las miras de su revolución fundamental**, t. IV, p. 64, nota. Una presentación y selección accesible del conjunto puede encontrarse en Oscar Terán, **Alberdi póstumo**, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

(37) Alberdi, Juan B., **Belgrano y sus historiadores**, en *op. cit.*, t. V. Reeditado como **Proceso a Mitre**, Buenos Aires, Caldén, 1967, p. 33.

(38) Mitre, Bartolomé, **Historia de San Martín**, Buenos Aires, Albatros, 1950, dos tomos, t. I, cap. 1, VIII, p. 35.

(39) De Gandía, Enrique, *op. cit.*

(39 bis) Este paradójico linaje construido por los comunistas puede apreciarse directamente en su iconografía: el ya citado **Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina** (1947), se abría con unas imágenes de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y se cerraba con otras de San Martín, Moreno, Rivadavia, Belgrano, Sarmiento y Alberdi (p. 7 y 150, respectivamente). Las imágenes de éstos últimos fueron utilizadas por los comunistas incluso en grandes pancartas para manifestaciones callejeras, como pudo apreciarse en un tramo de la película **La república perdida** (Miguel Pérez, 1993) que trata de mediados de los años 40.

(40) Mitre, *cit. en Peña, M., Antes de Mayo*, p. 95.

(41) Marx, Carlos, **Prefacio a la Contribución a la Crítica de la Economía Política**, Buenos Aires, Estudio, 1973.

(42) Una reconsideración del Prefacio de 1859 y de la problemática de la determinación desde una perspectiva no economicista puede encontrarse en Raymond Williams, **Marxismo y Literatura**, Barcelona, Península, 1980.

(43) El ejemplo más acabado de marxismo vulgar "aplicado" a la historia argentina, sin duda el de Leonardo Paso (después de Puiggrós, el historiador oficial del Partido Comunista Argentino), ha rendido explícito tributo a la

historiografía liberal. En 1974 el equipo de historiadores comunistas presidido por Paso entendía que "la escuela historiográfica del liberalismo argentino sigue siendo en parte valiosa para la futura gran historia argentina que habrá que realizar teniendo en cuenta todos sus elementos rescatables". Y se refiere particularmente a Mitre. Paso insiste en que el Mitre político debe distinguirse prudentemente del Mitre historiador, y que uno de sus principales aportes se encuentra en la historia del período de las luchas de la independencia. V. Leonardo Paso, "Las corrientes historiográficas como fundamento de la liberación nacional: revisionismo rosista y liberalismo", en **El llamado "socialismo nacional", ¿es socialismo?**, Buenos Aires, Centro de Estudios, 1974, y Leonardo Paso y otros, **Corrientes historiográficas**, Buenos Aires, Centro de Estudios, 1974, cap. La historiografía liberal, pp. 41-46.

(44) Feinmann, José Pablo, **Filosofía y Nación. Estudios sobre el pensamiento argentino**, Buenos Aires, Legasa, 1982, pp. 162-165.

(45) Marx, Carlos, **Manifiesto del Partido Comunista**, en Marx-Engels, **Obras Escogidas**, Moscú, Progreso, s/f, 2 vols, vol. I, p. 26. Una notable lectura del **Manifiesto** como documento de la modernidad puede encontrarse en Marshall Bermann, **Todo lo sólido se desvanece en el aire**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989. Un rastreo de la evolución del pensamiento de Marx desde una imagen más bien lineal del desarrollo capitalista hacia una concepción más compleja, que tiende al concepto de desarrollo desigual del capitalismo (con especial atención a los casos de la dominación británica en Irlanda y en la India, así como al caso ruso) puede consultarse en G. Haupt, Michael Löwy y Claude Weil, **Los marxistas y la cuestión nacional**, Barcelona, Fontamara, 1982 y en Shanin, Teodor (ed.), **El Marx tardío y la vía rusa**, Madrid, Revolución, 1990.

(46) V. infra, nota 163

(47) Enrique Rivera en **Cuadernos de Indoamérica**, 1952-55, cit. en Galasso, Norberto, **La izquierda Nacional y el FIP**, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 67 y ss.

(48) "Varios procesos se desenvuelven a la vez con el desarrollo de la crisis orgánica [desatada en 1806]. Tres de ellos aparecen en un plano destacado: la creación de la nación, la constitución de un mercado interno y la formación del Estado nacional. Los tres, en definitiva, son otras tantas expresiones de un proceso globalizador: la constitución de la burguesía como clase fundamental de la sociedad argentina". Ansaldi, Waldo, "Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880", en E. Florescano (coord.), **Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955**, México, Nueva Imagen, 1985, p. 543.

(49) "Con la independencia, las tendencias hacia la autonomización regional se vieron reforzadas por el debilitamiento de los antiguos ejes dinámicos de la economía colonial (v. g. los centros proveedores de metales preciosos) y el creciente aislamiento, que dificultó el desarrollo e integración de nuevos circuitos económicos. El período independentista se caracterizó así por tendencias secesionistas que desmembraron los virreinos y modificaron drásticamente el mapa político de América Latina. En tales circunstancias -como señala Furtado- la estructuración de los nuevos estados se vio condicionada por dos factores: la inexistencia de interdependencia real entre señores de la tierra, que se ligarían unos a otros o se someterían a uno de entre ellos en función de la lucha por el poder; y la acción de la burguesía urbana que mantendría contactos con el exterior y exploraría toda posibilidad de expansión del intercambio externo al cual se irían vinculando segmentos del sector rural". "Como gruesa generalización, podríamos aceptar al menos que la efectiva posibilidad de creación de una economía más integrada y compleja, sumada -en algunos casos- a la preservación de ciertas instituciones coloniales como instrumentos de control político, suministraron el cemento que amalgamaría a la sociedad territorialmente asentada y al incipiente sistema de dominación, en un estado nacional. Esto explicaría por qué, en casos como los de Argentina o Colombia, la precariedad de las economías regionales, la extensión territorial, las dificultades de comunicación y transporte, el desmantelamiento del aparato burocrático colonial y las prolongadas luchas civiles que reflejaban la falta de predominio de una región o de un sector de la sociedad sobre los otros, demoraron por muchos años el momento en que tal amalgama se produciría". Oszlak, Oscar, **La formación del Estado argentino**, Buenos Aires, E. de Belgrano, 1982, pp.22-23 y 25.

(50) Svampa, Maristella, **El dilema argentino: Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 46 y ss. Si bien la historiografía liberal retomará para su proyecto esta lógica de la matriz sarmientina, la autora destaca la ambigüedad y la riqueza del **Facundo**, donde esta lógica de la exclusión se encuentra en tensión con una lógica de la implicación (pp. 52-53 y ss.).

(51) Romero, José Luis, **El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Nuevo País, 1987, pp. 30-31.

(52) Puiggrós, Rodolfo, **Rosas el pequeño**, Buenos Aires, 2a. ed., 1953, pp.7-11.

(53) Puiggrós, Rodolfo, **Los caudillos de la revolución de Mayo**, Buenos Aires, Corregidor, 1971, p. 7.

(54) Ramos, Jorge Abelardo, **Revolución y contrarrevolución en la Argentina**, Buenos Aires, Amerindia, 1957; 2ª, La Reja, 1961; 3ª., ampliada, Plus Ultra, 1965. Esta última edición, además de otros agregados, incluye un capítulo dedicado a Artigas. En ediciones ulteriores la obra se ha desglosado en varios volúmenes correlativos. La cita corresponde a la 3ª ed. cit., p. 40. Siempre y cuando no haya variaciones significativas en relación a la primera edición, en adelante citamos en el texto, por comodidad, de la 3ª edición.

(55) La cita de Puiggrós está tomada de **La herencia que Rosas dejó al país**, Buenos Aires, Problemas, 1940, p. 81.

(56) La cita de J. A. Ramos está tomada de **América Latina, un país**, op. cit., p. 82.

(57) Feinmann, José Pablo, Op. cit.

- (58) Frías, Félix, **La gloria del tirano Rosas y otros escritos políticos y polémicos**, Buenos Aires, El Ateneo, 1928, p. 254-55, cit. en Sebrelli, Juan José, **Apogeo y ocaso de los Anchorena**, Buenos Aires, 1972. Cito de la 2ª ed., 1974, p. 188.
- (59) Alberdi, Juan B., **Escritos póstumos**, Buenos Aires, Impr. A. Monkes, 1897, t. V, reeditado en dos volúmenes como: **Proceso a Mitre y Proceso a Sarmiento**, Buenos Aires, Caldén, 1967, de donde cito. La cita pertenece al primero, p.188.
- (60) *Ibid.*, cito de **Proceso a Sarmiento**, cit., p. 23.
- (61) Includo en O. Terán, **Alberdi Póstumo**, cit., p. 102.
- (62) Ernesto Quesada (1898), **La época de Rosas**, El Restaurador, 1950, cit. en Clementi, Hebe, **Rosas en la historia nacional**, Buenos Aires, La Pleyade, 1970, pp.12 y ss.
- (63) Jauretche, Arturo, **Política nacional y revisionismo histórico**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973, p. 86.
- (64) "Razón de ser y fundación del Instituto", en **Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas**, año I, nº 1, 1939, cit. en Clementi, Hebe, *cit.*, pp.51-3. De aquí en más citada como **RIIHJMR**.
- (65) Cit. en Sebrelli, cit., p. 185 y ss.
- (66) Cit. en Clementi, H., cit., p. 60.
- (67) Franco, Luis, **El otro Rosas**, Buenos Aires, Claridad, 1945; 2ª ed.: Buenos Aires, Reconstruir, 1956; 3ª ed.: Buenos Aires, Schapire, 1968. Nótese que ya aparece aquí, en diversos tramos, acaso por primera vez, la invocación al espíritu de la tragedia en la comprensión de la historia argentina.
- (68) Ramos, Jorge Abelardo, **América Latina, un país**, cit., pp. 88-89 y ss. Una primera crítica a las tesis de Ramos fue la que hizo E. Rivera en los **Cuadernos de Indoamérica**, nº 1 a 3, ed. a mimeógrafo, 1952-55, cit. en Galasso, N., **La izquierda nacional y el FIP**, cit., p. 70 y ss. Sin duda Peña, aunque no coincidía plenamente con el grupo de **Frente Obrero**, los tuvo en cuenta al hacer la crítica de Ramos. Nótese que estas críticas deben haber impactado en Ramos, quien corrigió sus tesis en libros posteriores, como ya es visible en **Revolución y contrarrevolución en Argentina** (Buenos Aires, Amerindia, 1957) donde, a la inversa que en 1949, entiende los límites del nacionalismo de Rosas a partir de los intereses y del horizonte de la clase que representa.
- (69) Rosa, José María, en **RIIHJMR**, nº 15-6, cit. en Clementi, H., cit., p. 234-5.
- (70) Puiggrós, Rodolfo, **Rosas, el pequeño**, Montevideo, 1943; cito de la 2ª ed.: Buenos Aires, Perennis, 1953.
- (71) Peña, Milcíades, **El paraíso terrateniente**, cit., pp. 93-94. De aquí en más, citado en el texto.
- (72) Franco, Luis, **El General Paz y los dos caudillajes**, op. cit., p. 22.
- (73) Sommi, Luis, **Hipólito Yrigoyen**, Buenos Aires, Monteagudo, 1947, p. 11.
- (74) Ramos, Jorge A., **América Latina, un país**, cit., p. 104.
- (75) Cárcano, Miguel Angel, **La guerra del Paraguay**, Buenos Aires, Domingo Viau y Cía, 1939, t. I, pp. 11 y ss. A pesar de una búsqueda de distanciamiento "científico", esta obra monumental -en tres gruesos volúmenes- se resiente por su matriz positivista y su enfoque canónicamente liberal, aunque es rica en la utilización de fuentes diplomáticas de primera mano, a las que el autor tuvo acceso tras una larga misión en Río de Janeiro.
- (76) Rodolfo Puiggrós, **Historia económica del Río de la Plata**, Buenos Aires, Futuro, 1945, p. 211.
- (77) Alberdi, Juan B., **Belgrano y su historiador**, en **Escritos Póstumos**, cit., t. V. pp. 114-124. De aquí en más, cito en el texto de la reedición preparada por León Pomer: Juan B. Alberdi, **Proceso a Mitre**, Buenos Aires, Caldén, 1967, pp. 90-91.
- (78) Alberdi, Juan B., **Les dissensions des Républiques de la Plata et les Machinations du Brésil**, en **Escritos Póstumos**, ed. cit., t. IX, e incluido, en castellano, junto con algunos otros de sus escritos sobre el tema, en el volumen **La Guerra del Paraguay**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, p. 74, de donde citamos de aquí en más.
- (79) Canal Feijóo, Bernardo, **Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi**, México, FCE, 1955, p. 542.
- (80) Una defensa póstuma de Alberdi ante los ataques de la prensa mitrista fue la realizada por el historiador santafesino David Peña en una serie de trabajos compilados por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhade en: Peña, David, **Alberdi, los mitristas y la Guerra de la Triple Alianza**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1965.
- (81) Alberdi, Juan B., **Escritos Póstumos**, cit., IX, frag. incluido en Terán, Oscar, **Alberdi póstumo**, cit., p. 261. Subrayados del autor. Sobre su "traición", su "odio a Buenos Aires", v. p. 262. Sobre los costos humanos y materiales de la guerra, v. p. 263-66.
- (82) Una recopilación de esos autores "malditos" fue realizada por León Pomer en: Guido y Spano, C./Andrade, O.V./ Alberdi, J.B./Navarro Viola, M./Gutiérrez, Juan M./ Seeber, F., **Proceso a la Guerra del Paraguay**, Buenos Aires, Caldén, 1968. Selección y prólogo de León Pomer.
- (83) Palacio, Ernesto, **Historia de la Argentina**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1954. Cito de la segunda ed., en dos volúmenes, corregida y aumentada, vol. 2, p. 202. Subrayado mío. V. también el Cap. VII: "La guerra inicua",

- pp. 208-216. V. también: Chávez, Fermín, **Civilización y Barbarie**, Buenos Aires, Trafac, 1956; Giménez Vega, Elías S., **Testigos y actores de la Triple Alianza**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1961.
- (84) Ramos, Jorge Abelardo, **América Latina, un país**, ed. cit., p. 123.
- (85) Peña, Milcíades, "La guerra de la tripe infamia", en **La era de Mitre**, cit., pp. 47-48. De aquí en más cito en el texto.
- (86) Pomer, León, **La Guerra del Paraguay ¡gran negocio!**, Buenos Aires, Caldén, 1968; **Conflictos en la cuenca del Plata en el siglo XIX** (1979), Buenos Aires, Riesa, 1984; **Cinco años de guerra civil en Argentina**, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.
- (86 bis) Chávez, Fermín, **Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina**, Buenos Aires, 1956; cito de la 3ª ed., Buenos Aires, Theoría, 1974, pp. 67 y ss.
- (87) Rivera, Enrique, **José Hernández y la Guerra del Paraguay**, Buenos Aires, Indoamérica, 1954, p. 8 (presentación editorial, presumiblemente escrita por el propio Rivera).
- (88) Hernández Arregui, Juan José, **Imperialismo y cultura**, Buenos Aires, Amerindia, 1957; cito de la 3ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 162 y 164 respect.
- (89) Ramos, Jorge Abelardo, **Crisis y resurrección de la literatura argentina**, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 30 y 38, respect. (1ª ed. 1954).
- (90) Halperin Donghi, Tulio, **José Hernández y sus mundos**, Buenos Aires, Sudamericana/I. Di Tella, 1985, p. 11.
- (91) Peña, Milcíades, **De Mitre a Roca**, Buenos Aires, Fichas, 1968, pp. 40 a 59.
- (92) Feinmann, José Pablo, "Complementación y librecambio. El extraño nacionalismo de José Hernández", en **Envido**, 1, 1970.
- (93) Feinmann, José Pablo, **Filosofía y Nación**, Buenos Aires, Legasa, 1982. El cap. séptimo, "El pensamiento de la Confederación Argentina" (pp. 169 y ss.) es una versión revisada del artículo de **Envido**. V. Carlos Altamirano, "Una versión de la historia", en **Punto de Vista**, nº 17, abril-julio de 1983 (una "lectura clasista de Martín Fierro, según una perspectiva clasista que debe mucho a las tesis de Milcíades Peña), y la réplica de Feinmann, **PV** nº 18, agosto 1983.
- (94) Halperin, cit., 1985, pp. 223-4.
- (95) Ansaldi, Waldo, "Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880" [1978], en E. Florescano (coord.), **Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955**, México, Nueva Imagen, 1985, p. 548-9.
- (96) Sábato, Jorge F., **La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características** [1979], Buenos Aires, CISEA, 1988, p. 19.
- (97) Oszlak, Oscar, **La formación del Estado argentino**, Buenos Aires, Belgrano, 1982, pp. 250.
- (98) Observemos al pasar que a pesar de cierta impronta instrumentalista en la concepción del Estado que maneja Peña, no cae en el error frecuente señalado por N. Poulantzas de definir el carácter de clase del Estado directamente por la extracción social del personal del aparato estatal. V. Miliband/Poulantzas/Laclau, **Debates sobre el Estado capitalista**, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991. Retomamos más abajo el concepto que Peña construye para pensar el Estado argentino.
- (99) Pucciarelli, Alfredo, **El capitalismo agrario pampeano. 1880-1930** [1974], Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 283 y p. 300, n. 14.
- (100) Romero, Luis A., "Historia política desde las ciencias sociales", comentario bibliográfico a O. Oszlak, **La formación del Estado argentino**, en **Punto de Vista**, nº 17, abril-julio 1982.
- (101) Para Peña, pues, no se trata entonces de los partidos clásicos de la política moderna como representantes de intereses de clases y sectores de clases. Así, "Alsinistas, mitristas, crudos, cocidos, nacionalistas, autonomistas, republicanos, etc., se mueven sobre la base de los intereses de los estancieros, la burguesía comercial y el capital extranjero cada vez más poderoso. Es imposible encontrar diferencias de fondo en sus banderas de lucha y en la composición social de sus cuadros dirigentes. No hay detrás de ellos el interés de clases distintas en lucha por dirigir a su modo la vida nacional" (**De Mitre a Roca**, 38-9). Resulta, por lo tanto, poco convincente la crítica de Terán en torno al "reduccionismo de clase" de Peña, cuando señala que en este autor "incluso un conflicto tan difícilmente filiable en términos de clases como la oposición entre mitristas y alsinistas es reconducido a la última *ratio* económica". V. su **En busca de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 239-40.
- (102) Peña, Milcíades, "El dilema de civilización o barbarie", en **Alberdi, Sarmiento, el 90**, 57-8, n.1.
- (103) Si bien Franco se ocupa de Sarmiento en diversos ensayos, es el tema central de dos de sus libros: **Sarmiento y Martí**, Buenos Aires, Lautaro, 1958 y **Sarmiento entre dos fuegos**, Buenos Aires, Paidós, 1968. Realizó, además, junto a O.O. Amaya, una antología de sus **Textos Fundamentales**, Buenos Aires, Fabril, 1959, 2 vols.
- (104) Feinmann, Juan Pablo, "Cooke: peronismo e historia", en **Envido** 8, marzo de 1973, p. 16.
- (105) Recordemos que si de Sarmiento existía una edición de **Obras Completas** (Buenos Aires, Luz del Día, 1948), la obra de Alberdi se hallaba entonces —y se halla hoy día— dispersa (**Obras Completas, Obras Selectas, Escritos Póstumos**), a menudo en ediciones poco prolijas, por no hablar de la dispersión de su epistolario. Lo que observaba Peña en 1957 de las obras del tucumano no ha perdido aún su vigencia: "nada bueno

- para la oligarquía porteña había que aprender en los libros de Alberdi, por eso todavía constituyen una rareza bibliográfica" (ibid., 117).
- (106) Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", en **Ensayos escogidos**, Buenos Aires, Sur, 1967.
- (107) Jauretche, Arturo, "FORJA y la Década Infame" [1962], en **VVAA, La Década Infame**, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1974.
- (108) Germani, Gino, **Política y sociedad en una época de transición**, Buenos Aires, Paidós, 1962, 299. Una versión ulterior, más elaborada, pero inspirada en la sociología de la modernización, es la de Ezequiel Gallo y Silvia Sigal, "La formación de los partidos políticos contemporáneos. La UCR (1891-1916)", en Germani, Gino, **Argentina, sociedad de masas**, Buenos Aires, EUDEBA, 1965. Para un balance crítico de esta corriente, v. David Rock, **El radicalismo argentino. 1890-1930**, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, apéndice 2.
- (109) Peña, Milcíades, "El radicalismo y los gobiernos radicales", en **Masas, caudillos y élites**, p.7.
- (110) Peña, Milcíades, "La Revolución del 90", en **Alberdi, Sarmiento, el 90**, cit., 36.
- (111) Gallo, Antonio, **Sobre el movimiento de Septiembre. Ensayo de Interpretación Marxista**, s/e, 1933, pp. 15-16, subrayados del autor. Para un análisis de este texto, v. supra, cap. II.
- (112) V. Rock, David, **El radicalismo argentino. 1890-1930**, cit., p. 264 y ss.
- (113) Terán, Oscar, **Nuestros años sesentas**, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 55.
- (114) Portantiero, Juan Carlos, "Transformación social y crisis de la política", en **La Ciudad Futura**, nº 4, marzo, 1987, p. 14.
- (115) V. Jauretche, Arturo, "FORJA y la Década Infame" [1962], y Scalabrini Ortiz, Raúl, "Política británica en el Río de la Plata" [1940] en **VVAA, La Década Infame**, cit.
- (116) Murmis, Miguel/Portantiero, Juan C., **Estudios sobre los orígenes del peronismo/1**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 4.
- (117) Romero, Luis Alberto, "La historiografía: de la historia social al revisionismo", en **Todo es Historia**, nº 280, octubre de 1990, p. 55.
- (118) Peña, Milcíades, "El gobierno directo de los estancieros y el imperialismo inglés. 1935-mayo 1943", en **Masas, caudillos y élites**, cit., pp.40-1.
- (119) Para una evaluación de este nuevo concepto acuñado por Peña, v. infra, cap. V.
- (120) Peña, Milcíades, "La clase dirigente argentina frente al imperialismo", en **La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, cit., pp.8-9.
- (121) Ramos, Jorge Abelardo, **América Latina...**, cit., p.158.
- (122) V. nota 119.
- (123) Weil, Félix, **The Argentine Riddle**, New York, The John Day Co., 1944. Dos capítulos han sido traducidos al español e incluidos en M. Rapoport (comp.), **Economía e historia**, Buenos Aires, Tesis, 1988. Sobre el singular itinerario de Lucio Félix José Weil (1898-1975) v. Eisenbach, Helmuth Robert, "Millonario, agitador y doctorante. Los años estudiantiles de Félix Weil (1919) en Tubinga", en **Espacios**, nº 15, dic.1994-marzo 1995 y Traine, Martín, "El enigma de Lix Argentina. Lucio Félix José Weil, el mecenas de Frankfort", en **Espacios** nº 16, abril-mayo 1995.
- (124) Ricardo M. Ortíz, **Historia económica de la argentina**, Buenos Aires, Raigal, 1955, 2 vols. Adolfo Dorfman, **Historia de la industria argentina**, Buenos Aires, **Evolución industrial argentina**, Buenos Aires, Losada, 1942 y **La intervención de Estado y la industria**, Buenos Aires, E. Argentina de Finanzas y Administración, 1944. De las dos primeras hay reediciones actualizadas por el autor en Ed. Solar.
- (125) Korol, J.C./Sábato, Hilda, "La industrialización trunca: una obsesión argentina", Buenos Aires, PEHESA, paper, 1988, p. 28.
- (126) Schvarzer, Jorge, **Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina**, Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi, 1991, p. 33.
- (127) Ver infra, cap. V.
- (128) El caso paradigmático lo representa José Pablo Feinmann, quien postula francamente una epistemología populista: "consideramos que sólo desde el peronismo es posible explicar el peronismo". Feinmann, José Pablo, "Sobre el peronismo y sus intérpretes", en **Envido**, nº 6 y 7, julio y octubre de 1972; reprod. en **El peronismo y la primacía de la política**, Buenos Aires, Cimarrón, 1974, y luego como **Estudios sobre el peronismo**, cit., p. 37.
- (129) de Ippola, Emilio, "El peronismo y sus espejos", en **Investigaciones políticas**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989, p. 37, n.1.
- (130) "Los hechos desde hace mucho tiempo nos vienen demostrando cómo el gobierno no es más que un agente político de la city de Londres": "Perón y el convenio con Inglaterra", en **Frente Proletario**, nº 1, octubre de 1946.
- (131) Kelly, Sir David, **The ruling few or the human background to diplomacy**, London, Holis & Carter, 1951, cap. XIV: Argentina: 1942-46. Este capítulo fue editado luego por separado como **El poder detrás del trono**, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, con prólogo de J[orge] A[belardo] R[amos].

- (132) Rapoport, Mario, **Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945**, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1983, esp. cap. III. Señalemos que Rapoport remite en numerosas ocasiones a tramos de la revista **Fichas**, pero que a diferencia del análisis de Peña introduce una distinción entre la actitud de la diplomacia británica, por un lado, y la de la comunidad comercial británica en la Argentina, por otro. Destaca que la si bien la primera adoptó una actitud de apoyo abierto, la segunda, sin ser negativa, se vio sacudida por algunos conflictos locales (V. pp. 226 y ss.).
- (133) Murmis, Miguel/Portantiero, Juan Carlos, "El movimiento obrero en los orígenes del peronismo", en **Estudios sobre los orígenes del peronismo/1**, cit.; del Campo, Hugo, **Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable**, Buenos Aires, Flacso, 1983; Matsushita, Hiroshi, **Movimiento obrero argentino. 1930-1945**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.; Torre, Juan Carlos (comp.), **La formación del sindicalismo peronista**, Buenos Aires, Legasa, 1988.
- (134) Germani, Gino, **Política y sociedad en una época de transición**, Buenos Aires, 1962. Para una crítica global de Peña a Germani v. infra, cap. V.
- (135) Fossa, Mateo, "La acción de reformismo y del stalinismo sólo trae desaliento", **Lucha Obrera**, Organo de la LOR, año III, nº 17, julio-agosto de 1941, p. 3.
- (136) V. esp. Polit, Gustavo [seud. de M. Peña], "El legado de bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina", en **Fichas**, 3, setiembre de 1964.
- (137) James, Daniel, en **Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina: 1946-1976**, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- (138) Polit, Gustavo, op. cit., pp.77-78.
- (139) Feinmann, José Pablo, "Sobre el peronismo y sus intérpretes", en **Envido**, nº 6 (pp. 15-16, n.) y continúa en el nº 7, julio y octubre de 1972; la afirmación se repite en su reedición incluida en **El peronismo y la primacía de la política**, cit., p. 35, n. 23, pero fue eliminada en su última (?) versión, **Estudios sobre el peronismo**, cit., p. 40.
- (140) Puiggrós, Rodolfo, **El proletariado en la revolución nacional**, Buenos Aires, Trafac, 1958, p. 52, nota; Esteban, Juan Carlos, **Imperialismo y desarrollo económico**, Buenos Aires, Palestra, 1961, pp. 103 y 107; Ramos, Jorge A., **La lucha por un partido revolucionario**, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964, p. 109 y ss.; Spilimbergo, Jorge E., **El socialismo en la Argentina**, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969, p. 327 y ss.; Jorge, Eduardo, **Industria y concentración económica**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 29-30; Feinmann, J. P., cit. supra; Coggiola, Osvaldo, **El trotskismo en la Argentina (1960-1985)/1**, Buenos Aires, CEAL, 1986, pp. 19-20. En el cap. V nos ocuparemos extensamente de la réplica de Ramos y la contrarréplica de Peña.
- (141) Ciria, Alberto, **Perón y el justicialismo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 57-58
- (142) Del Campo, op. cit., p. 193; v. también pp.159-69; pp. 229 y ss. La segunda cita está tomada de: Del Campo, Hugo, "Continuidad y cambio en el movimiento sindical argentino", **Cuadernos de Sur**, 3, julio-sept. 1985.
- (143) Schvarzer, Jorge, **Empresarios del pasado**, cit., p. 101 y ss; 245 y ss.
- (144) Waldmann, Peter, **El peronismo. 1943-1955**, Buenos Aires, Sudamericana, 1981, pp. 190-93. Recordemos que Ismael Viñas había retomado, en una serie de artículos, la problemática de la burguesía nacional en continuidad con los planteos de Peña; v. esp. su "¿Existe una burguesía nacional?", **Revista de problemas de tercer mundo**, nº 1, abril de 1968.
- (145) Para un tratamiento de la querrela de las interpretaciones sobre el peronismo, v. Fayt, Carlos, **La naturaleza del peronismo**, Buenos Aires, Viracocha, 1967, segunda parte; Alberto Ciria, **Perón y el justicialismo**, cit., caps. 1,2 y 3; Sebrelli, Juan José, **Tercer Mundo, mito burgués**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975, cap. III y **Los deseos imaginarios del peronismo**, Buenos Aires, Legasa, 1983, cap. I y II. Un eco tardío de la querrela, discutiendo las tesis de éste último, puede hallarse en: Tarcus, Horacio, "Crítica del socialismo solitario", en **Praxis** 3/4, 1984. Un último balance de conjunto es el de de Ippola, Emilio, "El peronismo y sus espejos", cit.
- (146) V. Marx, Carlos, **La lucha de clases en Francia y El XVIII Brumario de Luis Bonaparte**; Engels, Federico, **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, en Marx-Engels, **Obras Escogidas**, Moscú, Progreso, s/f, dos vols.; voz "bonapartismo" en Bottomore, Tom (dir.), **Diccionario del pensamiento marxista**, Madrid, Tecnos, 1984, firmada por R[alph] M[iliband]; Poulantzas, Nicos, **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista**, México, Siglo XXI, 1969; Rubel, Maximilien, "Bonapartismo"; Draper, Hal, "La teoría del bonapartismo de Marx y Engels"; Volpi, Mauro, "El bonapartismo: historia, análisis y teoría", en **Críticas de la Economía Política**, ed. latinoamericana, nº 24/25, México, El Caballito, 1985, espec. Los bonapartismos.
- (147) Trotsky, León, **La lucha contra el fascismo**, Barcelona, Fontamara, 1980, p. 206.
- (148) Ramos, Jorge A., **América Latina**, un país, op. cit., p. 172 y 184.
- (149) Ramos, Jorge A., **Revolución y contrarrevolución en la Argentina**, op. cit.; por su parte, el libro **La era del bonapartismo**, afectado por lo que Sebrelli ha denominado, no sin humor, un proceso de creciente "nominalismo", pasó a llamarse, en ediciones posteriores, **La era del peronismo**.
- (150) **FP** nº 21, 15 de setiembre de 1948. Subrayado nuestro. Pocos meses después, Moreno afina algo mejor la definición: "La camarilla militar que toma el gobierno [el 4 de junio de 1943] al amparo de una situación excepcionalmente favorable para todos los sectores de la burguesía nacional —que permite distraer una parte de

sus cuantiosos beneficios en mejoras para la clase obrera— y como expresión bonapartista de estos sectores, puesto que separadamente ninguno puede primar, se apoya en el proletariado, decepcionado por las traiciones de sus partidos tradicionales, para realizar su política externa e interna. En el orden nacional no sólo aplasta la resistencia del PS y el PC recurriendo a variados métodos, sino que oficia de árbitro entre las clases y dentro de la propia burguesía amenaza a uno u otro sector, según lo indiquen las circunstancias. En la faz externa su política tiende a apoyarse en el imperialismo inglés —con el cual la unen estrechos intereses— para oponerse al imperialismo yanqui, aprovechando e pasajero debilitamiento de éste motivado por la guerra. Fruto de esto es la precaria conquista de los mercados latinoamericanos y del sud de Africa. Pero es importante remarcar que *en ningún momento* sus enfrentamientos tuvieron o tienen un carácter antimperialista". S/firma [N. Moreno], "El 1º de mayo y la clase obrera", en **Frente Proletario**, nº 25, mayo de 1949. Subr. en el orig.

(151) Para la primera postura v. Ciria, cit., pp. 17-18; para la segunda. v. Feinmann, cit. Es llamativo, por otra parte, que Feinmann lamente que la tesis de bonapartismo peronista de Peña lo conduzca a hacer de este gobierno "un resultado superestructural de procesos ocurridos en la estructura económica" (Feinmann, 1983: 30), cuando una abundante literatura, de Poulantzas a Laclau, ha mostrado la relevancia de esta categoría como punto de partida para fundar, precisamente, una teoría de la (relativa) autonomía de lo político.

(152) V. al respecto las observaciones de R. Miliband a N. Poulantzas, en op. cit.

(153) Puigrós, Rodolfo, Resoluciones de la primera Asamblea Nacional del Movimiento Comunista, en **Clase Obrera**, nº 50, abril 1955, p. 7, cit. en Sebrelí, 1983, pp. 24 y 45, n. 3; Martínez Estrada, Ezequiel, **¿Qué es esto?**, cit; Viñas, Ismael, **Orden y progreso**, cit; Sebrelí, 1975 y 1983, cit.; Osvaldo Calello, **Peronismo y bonapartismo**, Buenos Aires, CEAL, 1986; Di Tella, Torcuato, **El sistema político argentino y la clase obrera**, Buenos Aires, EUDEBA, 1964; Rapoport, cit.

(154) V. al respecto cap. V.

(155) V. supra, cap. III.

(156) Moreno, Nahuel, **Bases para una interpretación científica de la historia argentina**, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Arquitectura y urbanismo, 1972, 1972, p. 61. Peña no figura ni siquiera en la bibliografía.

(157) Nahuel Moreno. Con la colaboración de Hugo Kasevich, **Método de interpretación de la historia argentina**, Buenos Aires, Pluma, 1975. El posterior alejamiento del partido le costó a Kasevich su "desaparición" incluso como colaborador: la segunda edición omite cuidadosamente su nombre).

(158) Se trata del folleto publicado bajo el nombre de: Socialismo Revolucionario Trotskista, **¿Quiénes supieron luchar contra la revolución libertadora antes de 16 de setiembre de 1955?**, Buenos Aires, s/e, c. 1957. No hay mejor prueba de que se trata de un texto elaborado por Peña, sobre la base de editoriales del periódico **La Verdad**, que el hecho de que, salvo el último apartado, fue publicado simultáneamente en **Estrategia/1** (setiembre de 1957), bajo la firma de Hermes Radio, revista que se editó sobre la base de un acuerdo entre Peña y Moreno. El último apartado, que responde a la inconfundible pluma de Peña, debe haber sido omitido para su edición en **Estrategia**, pues las fuertes críticas a Silvio Frondizi y otras figuras o grupos, podían dificultar el carácter abierto, de "frente único intelectual" que pretendía la revista. Puede alegarse que los editoriales sin firma de **La Verdad** hayan sido escritos o inspirados por Moreno, pero lo cierto es que fue Peña quien confeccionó, subtuló, presentó y dio unidad al texto. En la edición de Pluma de 1974 el nombre de Peña sólo aparece firmando el prólogo (p. 86), mientras en tapa y en portada la autoría se atribuye íntegramente a Moreno. ¿Quién plagia a quién?

Por otra parte, no deja de llamar la atención el desinterés de la corriente morenista en apropiarse del capital simbólico que entonces representaba la obra de Peña: el año en que aparece esta reedición del texto de Peña bajo el nombre de Moreno, es el mismo en que se completa la edición de los libros de Peña.

(159) Citado en González, Ernesto (coord.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Buenos Aires, Antídoto, 1995, p. 179.

(160) El más simple cotejo entre las "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa" de Moreno y los textos de Peña sobre el mismo tema (**Antes de Mayo**), o entre las **Bases para una interpretación científica...** de Moreno y cualquier tramo de la **Historia del Pueblo Argentino** de Peña, hablaría por sí solo.

(161) Halperin Donghi, Tulio, entrevista en: Hora, Roy/Trímboli, Javier, **Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 47.

(162) Compárese el estilo de Peña con la preceptiva de R. Levene, la que a pesar del enorme peso de la tradición polémica de nuestra historiografía (Sarmiento, Alberdi, Mitre, López...), ha terminado por imponerse: "La forma y el estilo [del método histórico] es la ordenación de material ilustrativo y demostrativo, que debe hacerse sin sentido polémico. Llamaremos historiadores espectacular —condecorándolo con el título— al que le interesan únicamente los detalles de la explosión de pasiones y apetencias que existen en el pasado humano y quiere traer a la vida actual —ápices y hez de la historia— y busca al contendor y promueve la controversia con escándalo, sentenciando dogmáticamente de un modo opuesto al generalmente demostrado y admitido [...]. El alegato o la detracción sirve a fines sectarios y políticos y alimenta la malsana curiosidad de los menos. La historia comprensiva [...] es la que evoca la emoción del pasado con elevación y serenidad, y esa historia comprensiva es sustancia para la cultura de un pueblo", cit. en Quatrocchi-Woisson, op. cit., p. 153.

(163) V. diario **Convicción**, octubre de 1978.

CAPITULO V
EL INTELLECTUAL REVOLUCIONARIO
O LA PRECARIA UNIDAD DE LA PRAXIS/II
(S.FRONDIZI Y M. PEÑA, 1960-1965)

La revista *Estrategia* y los dilemas del "entrismo" en el peronismo

La reorientación del grupo morenista hacia la actividad político-sindical en condiciones de clandestinidad posterior al 55 propició el distanciamiento de Peña y su encuentro con el trabajo intelectual *full-time*. Entre 1955 y 1957 Peña escribió los borradores de su **Historia del Pueblo Argentino** y buena parte de los correspondientes a su libro sobre burguesía e industrialización.

Había acumulado muchos materiales escritos, pero no tenía entonces ninguna perspectiva de publicación. Por otra parte, el proyecto de publicar una historia argentina para la editorial chilena Zigzag, que lo había llevado a conocer a Luis Franco, finalmente se ve frustrado. La situación del país invitaba cada vez más a una intervención histórico-política: en 1956 es ya visible el fracaso del proyecto de la "Revolución Libertadora", la sociedad vive un agudo proceso de politización, y aparecen ciertos signos de politización y renovación en el campo intelectual.

¿Tendría la organización trotskista interés en su producción? ¿Existiría la posibilidad de lanzar una revista del partido donde ir publicando los resultados de las investigaciones de estos últimos años? El grupo morenista había diluido hacia afuera su imagen de organización socialista para facilitar su nueva política de "entrismo" en el peronismo. Virtualmente desarticulado el PSRN, los morenistas habían perdido cualquier resguardo político legal. El periódico **La Verdad** es clausurado en 1955. Unos meses después, en 1956, se buscó retomarlo bajo el nombre de **Frente Obrero**, pero también fue prohibido por el gobierno militar. Los morenistas entendieron que la clase obrera, el último apoyo del peronismo, debía enfrentar la resistencia al nuevo gobierno militar careciendo de una dirección sindical y política, y es así que orientaron todos sus esfuerzos al trabajo político-sindical, apostando a una recomposición de los trabajadores donde su grupo se legitimara como nueva dirección. Favorecieron entonces la creación de agrupaciones sindicales con vistas a la participación en las elecciones para la "normalización" de los gremios convocadas por el interventor militar en la CGT. Su nueva denominación política abandonaba las clásicas apelaciones al socialismo o la revolución, para autodesignarse discretamente como Movimiento de Agrupaciones Obreras (MAO). Durante un breve tiempo editaron el periódico **Unidad Obrera**(1956) e inmediatamente después **Palabra Obrera**(1956-1963). Si el primero, desde el título mismo, apuntaba a ganar a la clase obrera peronista a través del espacio en común que parecía abrirse para trotskistas y peronistas combativos, el segundo daba un paso más al buscar camoufflar su ideología marxista bajo una jerga populista que lo hiciera aparecer como periódico de los sectores combativos del peronismo. No sólo no aparecen en él apelaciones al socialismo o al marxismo, sino que debajo de su título se advierte que está editado bajo "la conducción del general Perón y el Comando Nacional Justicialista". Con el tiempo la sigla MAO caerá en el olvido y el grupo morenista, buscando ahora practicar la táctica "entrista" en el peronismo, será nombrado por el título de su periódico: **Palabra Obrera** (1).

Sin embargo, el grupo entrista, además de los documentos internos estrictamente secretos, necesitaba de alguna publicación de carácter marxista que sirviera a la cohesión ideológica entre los miembros, que funcionara como un canal de discusión y que, finalmente,

contribuyera a legitimizar teóricamente la línea entrista. La experiencia entrista era audaz, pero arriesgada: muchos militantes se alejaban, disconformes con la nueva línea, otros no lograron pasar la dura prueba de la asimilación a otro discurso y a otro medio...

La nueva revista fue el resultado de un encuentro. Del deseo de Peña de editar una revista marxista propia, tras varios años de acumulación intelectual, y de la necesidad de Moreno de contar con una publicación formalmente independiente del grupo pero que sirviera a los fines de la cohesión y la legitimación, surgió el acuerdo que iba a dar origen a **Estrategia**.

Peña ya no estaba orgánicamente encuadrado en el grupo morenista. Inclusive, este distanciamiento le había permitido ir precisando algunas diferencias con los morenistas en la comprensión de algunos procesos políticos latinoamericanos y en la caracterización misma de la etapa que atravesaba el subcontinente, que se agudizarán con motivo de la revolución cubana. No obstante, Moreno mantenía en aquellos años la suficiente autoridad política y personal como para reclutarlo periódicamente para distintas tareas, a las que Peña, bajo su seudónimo partidario de Hermes Radio, respondía con fidelidad hacia la línea oficial, como hemos visto en las tareas de redacción del periódico **La Verdad** o en el ajuste de cuentas con **La Realidad Argentina** de Silvio Frondizi (v. cap. IV).

Otra ocasión propicia para la reaparición del polemista Radio fue la necesidad de salir al cruce de la demagogia obrerista de la que hicieron gala ciertos sectores nacionalistas entre 1955 y 1958. En efecto, el grupo de militares y civiles nacionalistas que acompañaron la breve gestión del gral. Lonardi tras el golpe militar de setiembre de 1955 (Mario Amadeo, Justo León Bengoa, Juan José Uranga, Juan Carlos Goyeneche, etc.) se oponía al antiperonismo a ultranza de los "gorilas" (Pedro E. Aramburu, Isaac Rojas, radicales, socialistas, etc.) y sostenía la necesidad de un gobierno de "unidad nacional", que contemplara incluso cierta representación del sindicalismo peronista en el gobierno. Desplazados los nacionalistas del poder tras la caída de Lonardi, se reagrupan desde junio de 1956 en el quincenario **Azul y Blanco**, dirigido por Marcelo Sánchez Sorondo. El periódico se presenta, en un principio, desprovisto de la agresiva retórica nazifascista, advirtiendo contra la "desnacionalización" del país a que conduciría el nuevo rumbo que tomaba el gobierno de la "Revolución Libertadora" (Plan Prebisch) y apelando incluso a la clase obrera peronista en aras de un gobierno de unidad nacional. El secretario de redacción del periódico, Mariano Montemayor, edita en octubre de 1956 un folleto en que, a propósito de relatar la frustrada experiencia en el gobierno del grupo nacionalista, presenta una suerte de programa político de **Azul y Blanco**. Por su parte, alcanza cierta relevancia en los medios políticos e intelectuales el relato que hace de esta misma experiencia el excanciller Mario Amadeo, en el contexto de un balance de las últimas décadas de la política argentina realizado desde la perspectiva de los grupos nacionalistas y donde propugna el lanzamiento de una nueva fuerza política: **Ayer, hoy y mañana**. El escritor Ernesto Sábato le dirigió entonces en respuesta a su libro una "Carta abierta a Mario Amadeo": **El otro rostro del peronismo**, que desde otra perspectiva daba cuenta también de la creciente fragmentación del frente antiperonista de 1955 (2).

Amadeo, principal mentor del grupo, autor del citado libro que Peña llama "la Biblia de **Azul y Blanco**", entiende que el "principal enemigo" de la "unidad nacional mediante la reconciliación de las clases sociales" no es el comunismo clásico, sino el trotskismo: "La izquierda liberal no nos preocupa como posibilidad de futuro; se trata de un fantasma evanescente al que pronto perderemos de vista. En cambio, la izquierda revolucionaria y marxista tiene temibles posibilidades de futuro porque sus temas son actuales, porque es un movimiento trasnacional y porque las luchas ideológicas de nuestra época se dan en un terreno que sobrepasa nuestras fronteras. No nos preocupa que los mineros bolivianos o los salitreros chilenos puedan sentirse atraídos por el lema 'Mayo y Caseros'. Pero nos inquieta la posibilidad

de un gran alzamiento de masas bajo el signo conjugado de la doctrina marxista y de la revolución mundial..." (Amadeo, p. 206).

Los morenistas, que desde 1951 revalorizan la vieja táctica lanzada por el Komintern del Frente Unico Antimperialista, están empeñados en ganar la dirección de las masas peronistas disputando la hegemonía del "frente nacional". Por su parte, los ideólogos del nacionalismo tradicional entienden que después de 1955 se abrió una oportunidad para ellos y operan un cierto giro populista que busca establecer puntos de contacto con la vieja burocracia sindical peronista. En suma, el obrerismo trotskista se acerca, peronismo mediante, a la problemática "nacional"; el nacionalismo, peronismo mediante, busca aproximarse a la clase obrera. De este encuentro surgirán las advertencias de Amadeo frente al riesgo que representan los trotskistas en el movimiento obrero y la crítica del nuevo folleto de Hermes Radio que busca no sólo desenmascarar la demagogia obrerista de los azulblanquistas sino también el limitado nacionalismo de Amadeo y su grupo ("nacionalismo pasado por agua").

¿Cómo entiende Peña/Radio el "antimperialismo" y el "obrerismo" de **Azul y Blanco**, y que en alguna medida engloba a la orientación de la revista frigerista **Qué?** "La segunda etapa de la libertadora -iniciada con la caída de Lonardi-, explica Peña, dividió el campo político patronal en dos corrientes distintas. Una tendencia, continuadora de la Unión Democrática, está integrada por socialistas, demócrata progresitas, conservadores de Basavilbaso y todos los radicales antifrondicistas. Como en 1945, su aglutinador es la embajada yanqui, su norte Norteamérica, su enemigo más odiado la clase obrera. Esta es la corriente incondicionalmente defensora del plan Prebisch-Verrier, en los hechos si no en las palabras. Detrás de ella se encuentra el gran capital nacional y extranjero, predominantemente los bancos y las casas financieras, los terratenientes y los grandes industriales [...]

"Frente a ellos, los sectores patronales a quienes el plan Prebisch-Verrier afecta en sus bolsillos -ganaderos, industriales pequeños y algunos grandes- se han movilizado con **Azul y Blanco y Qué**, predominando tras **Azul y Blanco** los estancieros oligárquicos y detrás de **Qué** los industriales. Todos estos grupos tienen intereses bastante contradictorios entre sí, uniéndolos flojamente solo el perjuicio que sufren a manos de los augustos Prebisch y Verrier. ¿Qué es lo que buscan? Procuran ante todo que el imperialismo yanqui y sus agentes nativos más directos contemplen sus necesidades y les presten capital sin exigirles intereses usurarios. Con este fin necesitan hacer lo que hizo el peronismo para enfrentar a Braden, es decir, conseguir apoyo obrero. Por eso piden que se vayan los interventores de los sindicatos. En tren de piropear a la clase obrera esta corriente patronal se halla muy dispuesta a reconocer que la clase obrera es la columna vertebral de la nación. Pero se reservan para ellos -**Azul y Blanco** para los azulblanquistas, Frondizi para los frondicistas- el papel de cabeza dirigente. Cabalgando sobre la espina dorsal de la Nación, es decir, sobre la clase obrera, aspiran a llegar al Gobierno para desde allí hacer sus negocios con el imperialismo" (3). El grupo nacionalista se quedará en el camino -el Partido Azul y Blanco será disuelto incluso antes de las elecciones de febrero de 1958-, pero Frondizi conseguirá a través del pacto con Perón el voto obrero, y desde el gobierno, efectivamente, negociará con los inversores extranjeros la puesta en marcha de un nuevo modelo de acumulación cuyo elemento dinamizador será la inversión internacional de capitales.

Peña, finalmente, aprovecha su polémica con Mario Amadeo, Mariano Montemayor y los azulblanquistas para llevar a cabo un análisis político de la "Revolución Libertadora", de las relaciones entre Argentina y las metrópolis en los años del posperonismo, del Plan Prebisch, etc., para terminar exponiendo el programa del grupo morenista, proponiendo el frente único antimperialista, el frente obrero y la necesidad de construir el partido obrero revolucionario.

El acuerdo concertado en 1956 entre Moreno y Peña para editar la revista significaba para éste un reconocimiento por parte de la organización. Esta no sólo había dejado de cuestionarlo como "intelectual-pequeñoburgués", sino que además, periódicamente, solicitaba sus funciones en tanto que intelectual orgánico o, digamos, semiorgánico. Y en este caso se le confiaba nada menos que la dirección de una revista que funcionaría como órgano teórico oficioso del "partido".

En 1956 se anunció su inminente aparición bajo el título **Marxismo. Teoría y programa de la revolución socialista latinoamericana**, pero sólo aparecerá su primer número un año después como **Estrategia de la emancipación nacional**, para ser **Estrategia** a secas a partir del segundo número. Se editaron tres números entre setiembre de 1957 y junio de 1958.

El cuidado atento por parte de Peña de todos los aspectos de la revista, desde el nivel de los artículos hasta el discreto pero avanzado diseño de las tapas, contrasta con la rusticidad de otras publicaciones izquierdistas de la época. Es una revista-libro de más de cien páginas, con el interior impreso a un color y la tapa, de cartulina, a dos colores. A pesar del abundante material reunido, son escasas las erratas que se pueden localizar.

Pero lo que más llama la atención es la reunión en una misma publicación de autores marxistas enrolados en posturas políticas y teóricas de lo más diversas. Así, junto a las firmas de Peña, Moreno y Franco, aparecen las de figuras como Silvio Frondizi, Rodolfo Puiggrós, Carlos Astrada, Enrique Rivera o Eugenio Werden.

Según se dice en su editorial, "**Estrategia** será una tribuna del pensamiento revolucionario argentino. Publicará trabajos pertenecientes a los representantes más destacados de distintas corrientes marxistas, y también de aquellos especialistas que por su dominio de determinados problemas puedan contribuir a elaborar una estrategia de emancipación nacional" (4). Y agrega que la revista "reunirá a diversas tendencias del pensamiento marxista argentino. La editorial no comparte ni rechaza las posiciones sostenidas en cada artículo; se limita a publicarlas. El autor de cada trabajo sabe de antemano que páginas más adelante sus opiniones pueden ser rebatidas y atacadas por otro autor. La revista asegura a todos entera libertad de crítica y polémica". Insiste en que su objetivo es el de servir para "confrontar distintos enfoques teóricos y diversas políticas sobre los problemas nacionales". A partir del nº 3 se decide incluir "trabajos de colaboradores extranjeros, así como traducciones de interés para el pensamiento marxista" (5).

De modo que Peña, entre 1956 y 1957 expone el plan de la revista a diversos marxistas independientes, solicitando su colaboración. El más cercano de todos será su amigo Luis Franco, que escribe para cada uno de los tres números. También se acercará a Rodolfo Puiggrós y a Enrique Rivera, que están encuadrados en posiciones populistas de izquierda, pero son personalidades que Peña, más allá de sus diferencias, respeta intelectualmente, y son ahora, en los tiempos del entrismo, interlocutores del proyecto. Peña aprovechará también la ocasión para abrir las páginas de la revista a Carlos Astrada con motivo de su disputa filosófico-política con el PC. La aparición de **Estrategia** será, finalmente, una nueva ocasión para un acercamiento con Silvio Frondizi, quien responde a la invitación de Peña escribiendo un artículo para la revista.

La delimitación de la línea editorial es clara: solo quedan excluidos comunistas y socialistas, esto es, los más fervientes y militantes antiperonistas, comprometidos incluso en el golpe militar de 1955. La revista puede dar cabida a las figuras intelectual y personalmente honestas de la izquierda nacional, como Rivera, pero excluye categóricamente a las que no responden a esas características, como Ramos. Las principales figuras del trotskismo, de la actual generación y también de la anterior, tenían cabida en el proyecto. Si no Héctor Raurich,

empujado ahora por el fervor antiperonista a las filas del socialismo, sí al menos Liborio Justo, quien alejado de la política desde 1943 e instalado desde entonces en las islas del Ibicuy, mantenía el prestigio ideológico del precursor. Hasta allí se dirige Peña en febrero de 1956, para interesarlo en el proyecto de **Estrategia**.

Justo, que aún no conocía personalmente a Peña, lo recibe con amabilidad y acepta, luego de extensas conversaciones políticas que se extienden durante una semana, formar parte de la revista. El nombre mismo de "Estrategia" había sido tomado de un proyecto nunca realizado del propio Justo, lo que hacía que la propuesta apareciera incluso como un reconocimiento al viejo militante trotskista. Pero luego de que se marcha Peña del Ibicuy, Justo repiensa la cuestión y llega a la conclusión de que su colaboración, luego de muchos años de silencio político, sería entendida como un respaldo ideológico a la táctica entrista de los morenistas. Justo se traslada inmediatamente a su casa en Buenos Aires y le dirige a Peña la carta que transcribimos abajo, seguida de la respuesta de Peña:

"Buenos Aires, febrero 27 de 1956

Estimado compañero M. Peña:

Decididamente, no colaboraré con ustedes ni en la revista ni en editorial de ninguna especie. Ya le había expresado mi opinión sobre el compañero Moreno, lo cual no excluye mi simpatía personal hacia él, aunque esto políticamente no interesa. Esta opinión la he hecho extensiva a usted después de conocerlo.

Creo que, aunque marchen un poco por delante de las Praxis, UOR, PORT y demás, están lejos de tener posiciones verdaderamente revolucionarias, las que yo pueda apañar con una colaboración como la que se proyectaba. Prefiero quedarme solo.

Como le dije personalmente, ustedes ven los árboles, quizás demasiados árboles, pero no el bosque. La aventura que corrieron juntos, el año pasado, con Esteban Rey [referencia a la experiencia, tanto del grupo de Moreno, como del de Esteban Rey, en el PSRN, NdA] debe hacerlos meditar sobre el valor de las posiciones que ustedes sostienen. Por lo demás no creo que sea posible auspiciar en un periódico verdaderamente marxista-leninista el retorno de Perón, como ustedes lo hacen en el que editan [referencia a **Palabra Obrera**, NdA], cuando éste ya se ha entregado por completo al imperialismo yanqui, sino exponerlo en esa situación en cada número y en cada página para desenmascararlo ante los obreros que aún creen en él. Usted dice que eso los alejaría de la masa y yo le contesto que la función de un partido de vanguardia es, precisamente, orientar a esa masa y no seguirla en sus errores.

Lo saluda,

Liborio Justo"

"La Plata, febrero 28, 1956

Estimado camarada Justo:

Con la sorpresa imaginable -y con un poco bastante de consternación- recibí ayer su carta fechada también ayer. No es del todo habitual despedirse de una persona un sábado a las 10 de la mañana con el acuerdo de realizar una empresa común concertada y planificada en detalle a lo largo de una semana y encontrarse el lunes a las 16 con que el socio ha cambiado de opinión en el curso de las 30 horas intermedias. Por otra parte, comprendo muy bien su deseo de dejar sentada por escrito su posición ante nosotros, pero escapa a mi comprensión por qué no me manifestó personalmente su nueva actitud y prefirió el expediente un tanto...huidizo, diríamos, de enviarme una carta.

Sus opiniones acerca de nuestra línea política y de nuestra actuación el 31 de agosto de 1955 ya las hemos discutido in extenso en la isla y varias generaciones de mosquitos son testigos de ello. Yo y Moreno y todo el Partido nos enorgullecemos de nuestra actitud el 31 de agosto y el 16 de junio o de

setiembre, porque supimos estar junto a nuestra clase, sin temerle a los aviadores navales y, menos todavía, a la opinión pública pequeño-burguesa que podía sentir horror de nuestro 'peronismo'. No hay para qué insistir aquí sobre lo archiconocido. Quiero sentar, sí, dos inexactitudes de su carta. *Primero*, no se ajusta a la verdad ni a **La Verdad** su afirmación de que nuestro periódico "auspicia el retorno de Perón". Simplemente, afirmamos que el único juez con derecho a decidir si Perón debe o no volver no es la burguesía, ni usted ni yo, sino la clase obrera. Y para que ésta pueda dar su veredicto es preciso que Perón y su Partido tengan derecho a actuar en el país. *Esto* es lo que nosotros exigimos. *Segundo*, es totalmente inexacto poner en mis labios -como usted lo hace, sin duda por un error de interpretación- la tesis de que "no debemos desenmascarar a Perón" porque eso "nos alejaría de las masas". La colección de las publicaciones del POR, y particularmente la colección de **La Verdad**, que obra en su poder, son el mejor testimonio -¡y el único válido!- de que jamás hemos adulado el peronismo de las masas. Recuerdo ahora, por ejemplo, un artículo de **La Verdad**, diciembre 12 de 1955, p. 5, col. 3 y 4, con un título que es el más visible de la página, diciendo con todas las letras: 'EL PERONISMO NO ES UNA AUTENTICA DIRECCION OBRERA'. Lo que nosotros no decimos -pero eso es un mérito, no un error- es que Perón 'ya se ha entregado por completo al imperialismo yanqui', opinión suya, camarada Justo, que el imperialismo yanqui no comparte, a juzgar por el hecho notorio de que auspició una revolución precisamente para deshacerse de Perón.

Afectuosa y respetuosamente,

Milcíades Peña"(6)

El primer número de **Estrategia** se abría con una vigorosa estampa intelectual de Marx escrita por Luis Franco. A continuación, el mismo Franco desplegaba una aguda crítica de la intelectualidad argentina, de aquellos hombres que habían tomado el relevo de la universidad y de la cultura peronistas y que entonces ocupaban el centro de la escena en el campo literario. El autor de la **Biografía Patria** quiere contrastar la tradición intelectual que remonta a Alberdi y Sarmiento, en tanto figuras desencontradas con los poderes dominantes de su tiempo, con la de los intelectuales del poder, con los que denomina "la gendarmería de la pluma". Traza entonces una sucesión de perfiles de escritores argentinos (y de algunos latinoamericanos) en una prosa irónica, sutil pero devastadora, que recuerda la mejor tradición polémica de un Aníbal Ponce. Desfilan así Paul Groussac, "un normaliano, un humanista fuera de época, un virtuoso del saber oficial y libresco" que durante cuarenta años se erigió en fiscal de nuestra inteligencia colonial; Almafuerte, "poeta de nombradía continental y mal gusto oceánico; una especie de mezcla de Hipólito Irigoyen, el cura Brochero y Contursi, con porciones insolubles de Nietzsche y el profeta Elías"; Enrique Larreta, el "argentino más sobrado de tiempo y dinero [que] consiguió con paciencia y habilidad chinas restaurar la tinta que usaron los escritores del siglo XVI español"; Ricardo Rojas, el "poeta más inocuo de toda la cristiandad"; Ricardo Güiraldes, cuyo "estilo recuerda al de las talabarterías de lujo"; o Jorge Luis Borges, "el Christian Dior de nuestra literatura"... Sólo rescata las buenas intenciones de Martínez Estrada, la poesía de Enrique Banchs y algunas páginas de Lugones, a pesar de su "filofascismo" y su "filouriburismo". "Lo cierto -asevera- es que el país padece docenas y docenas de Larretas, Rojas y Gálvez de todo formato. En los años recientes nuestros literatos se han bifurcado políticamente en dos ramas mellizas: los palaciegos del peronismo y los palaciegos de la democracia oligárquica. No bien triunfante la neorevolución septembrina, estos últimos adhirieron a los nuevos jerarcas y a la nueva distribución del presupuesto -diarios, revistas, cátedras, bibliotecas, diplomacia- con el mismo desinteresado fervor con que adherían al viejo régimen las líricas sanguijuelas peronistas [...].

"Y bien: los literatos que colaboran con tales partidos, adentro o afuera, en la burocracia nacional o en la Unesco o en las universidades de Braden, son los boletineros de la traición, los Quisling de pluma, sépanlo o no: queremos significar que los Borges, los Bernárdez, los Mallea, los Mujica Láinez *e tutti quanti* de hoy, están al mismo nivel, y aún un grado por debajo, de los Ivanisevich, Rega Molina, Marechal y Américo Barrios de ayer" (7).

En el mismo número Silvio Frondizi condensa en un artículo las principales tesis de **La realidad argentina** y Rodolfo Puiggrós resume la estrategia del MOC ante el peronismo en su "Carácter y perspectivas de la revolución peronista". Nahuel Moreno decide publicar sus "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa", resultado de estudios históricos realizados en común con Peña hacia 1948 (ver cap. IV).

Peña, por su parte, publica tres trabajos. Uno de ellos, con el seudónimo partidario de Hermes Radio, es una documentada y razonada justificación de la política del grupo morenista frente el golpe militar que derrocó a Perón: "¿Quiénes supieron luchar contra la 'revolución libertadora' antes del 16 de diciembre de 1955?". El artículo transcribía *in extenso* editoriales y artículos del periódico **La Verdad** aparecidos entre 1954 y 1955 (ver cap. III).

El segundo trabajo no está concebido, como el anterior, a pedido del partido (ni siquiera fue preparado a partir de acuerdo con Moreno), sino que era un tramo de su proyectado libro sobre el imperialismo, la industrialización y las clases sociales: "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina". Consiste en una crítica minuciosa y demoledora a la tesis nacional-populista del carácter nacional y antimperialista de la burguesía industrial argentina y a todos aquellos que sostienen al peronismo como alianza entre la clase obrera, el ejército y la burguesía con vistas a la revolución nacional (Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Enrique Rivera, Jorge Abelardo Ramos). Para refutarla despliega un pormenorizado análisis de la estructura industrial argentina y la formación y desarrollo de la burguesía industrial. Ampliamente documentado en investigaciones académicas (como las de Adolfo Dorfman, Félix Weil o Gino Germani), en revistas de economía altamente especializadas del país y del extranjero (como **Economía y Finanzas**, la **Harvard Business Review**, etc.) y en fuentes primarias (boletines y anuarios de empresas y de corporaciones empresariales), puede considerarse a "Rasgos biográficos..." como el primer análisis marxista con base empírica de esta clase social realizado en la Argentina. Todavía hoy llama nuestra atención cómo un investigador *amateur* de veinticinco años, completamente aislado, ha logrado construir una verdadera "base de datos" propia sobre las empresas industriales en la Argentina, su historia, sus ramificaciones, sus directorios, sus vinculaciones internacionales, su paquete accionario, etc.

Contra los mitos tejidos en torno a esta clase, Peña se propone demostrar: 1º, que no existe antagonismo estructural entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial argentina; 2º, que tampoco existe antagonismo estructural entre dicha burguesía y el capital imperialista. Su estrategia consiste en contrastar el modelo europeo-americano de la formación de burguesías industriales con el específico proceso de formación de la burguesía industrial argentina. Esta no surge, como pretenden sus apologistas, en oposición a la oligarquía terrateniente, sino como diferenciación en su seno. Lejos de estar enfrentada a ella, la unen numerosos lazos de ida y vuelta: de capitalización de la renta agraria, de territorialización de la ganancia industrial. Para probarlo, Peña construyó, sobre la base de la **Guía de Sociedades Anónimas**, un cuadro que muestra cómo en las principales empresas o grupos financieros, hay una pronunciada participación de capitales de origen terrateniente. Por otra parte, la burguesía industrial, lejos de estar interesada en impulsar ninguna revolución antilatifundista, aprovecha la existencia del latifundio que, si bien reduce su mercado potencial en el campo, actúa como

bomba impelente de mano de obra barata, arrojando hacia las ciudades una ola de chacareros y peones desarraigados.

Su mismo origen y su misma dinámica de clase la acercan a la oligarquía terrateniente. Contra todos los mitos de su origen plebeyo y artesanal, Peña se empeña en demostrar que nació monopolista y que ésta es su marca de origen. No supo, como su pariente europea o americana, de competencia, de inversión, de conquista de mercados. Gozó desde un principio de una elevada cuota de ganancia (mano de obra barata, elevado porcentaje de trabajo vivo), de superbeneficios que provenían del atraso del país (compra y venta de tierras, préstamos hipotecarios, mercado negro de divisas, etc.) y de privilegios monopólicos (tarifas aduaneras) que determinaron la falta de incentivos para rebajar los costos de producción mediante el progreso técnico. Esta unidad de intereses aparecía claramente en la política estatista/industrialista llevada a cabo por Federico Pinedo, ministro de hacienda bajo la "restauración conservadora". En momentos de crisis, los terratenientes apuntaron a desarrollar industrias, con el fin de ahorrar divisas y contar con un mercado interno que consumiera sus productos. A partir de los 30, invertir el excedente agrario en la actividad industrial era un negocio seguro, dada la existencia de una demanda insatisfecha de productos industriales, la protección tarifaria y todos los estímulos de las políticas oficiales.

Por otra parte, también son íntimas la ataduras que unen la burguesía industrial argentina al capital financiero internacional. Peña presenta ejemplos de cómo los consorcios financieros internacionales están presentes en los orígenes de la industria argentina, de cómo se hace cada vez mayor la presencia del capital extranjero (especialmente norteamericano) a través de empresas nacionales asociadas o directamente absorbidas por consorcios internacionales. Sobre la base de la **Guía de Sociedades Anónimas**, de las investigaciones de Weil y Dorfman y de información recabada personalmente, Peña construye un mapa de las principales empresas industriales de la Argentina ligadas al capital extranjero: medio millar de firmas, pero que ocupan el 50% de los obreros empleados y que arrojan el 65% del total de la producción... Peña llega a poner en cuestión que la burguesía industrial pueda ser considerada, incluso, en algún sentido válido del término, una clase "nacional". En efecto, y siguiendo algunas pistas que da Félix Weil, insiste en presentarla, más que como clase nacional con intereses propios en el desarrollo local, como testaferrero del capital internacional... La burguesía industrial argentina se ha territorializado, fundido con la propiedad terrateniente; simultáneamente, se ha confundido a tal punto el "capital nacional" con el internacional, que se hace difícil distinguirlos. La conclusión era, pues, terminante: no existen ni los intereses históricos ni el sujeto interesado en llevar a cabo revolución nacional, antilatfundista y antimperialista alguna. El desarrollo industrial es una de las tareas heredadas por la futura revolución obrera.

El volumen se cierra con una virulenta crítica de Peña a Jorge Abelardo Ramos, a propósito de la aparición de **Revolución y contrarrevolución en la Argentina** (1957): "Desvergüenza y contravergüenza en la cortesana roja de Apold". El mote, que aludía al color rojo de la cabellera de Ramos y a sus relaciones con Raúl A. Apold, el secretario de prensa y difusión del gobierno peronista, iba a hacer fortuna en las filas de la izquierda. La crítica tiene dos partes: la referida al libro y la referida a la figura del propio Ramos. Peña, que no conoce personalmente a Ramos, pero que representa para él la condensación de oportunismo político, deshonestidad personal e inconsistencia intelectual, traza en estos términos su zigzagueante biografía: "teorizará con benevolencia para la Unión Democrática cuando ésta tenga posibilidades de ganar; y se hará peronista desde 1946, cuando ya el peronismo ha triunfado; y será rosista y proclerical cuando el rosismo y la iglesia tallen dentro del peronismo, pero se volverá anticlerical cuando Perón rompe con la iglesia -todo ello sin dejar de escribir libros

para la editorial de la Unión Cívica Radical (por las dudas...)" (p. 141). Peña, fiel a su método, ha documentado minuciosamente la trayectoria de Ramos, y apoya su crítica en testimonios escritos de otros militantes que lo conocieron (Liborio Justo en los 30, Enrique Rivera en los 40). A continuación, desmenuza el libro, buscando "poner en evidencia los groseros disparates y errores que esgrime Ramos", las lagunas de interpretación e información, y hasta las ausencias en la bibliografía de obras de investigación decisivas (como Weil y Dorfman). El corolario de la crítica es que a la "prostitución" de la práctica política de Ramos no le correspondía sino la "prostitución intelectual" de sus libros. Es así que el tono de diatriba se sostiene a lo largo de todo el artículo, para rematar de modo fulminante: "En resumen, para utilizar palabras del autor, cabe afirmar de **Revolución y contrarrevolución en la Argentina** que no es más que prostitución, simplemente prostitución intelectual, sin revolución ni contrarrevolución. Lenin dijo un día que el movimiento obrero necesita cerebros lúcidos y manos limpias. Desde ambos puntos de vista el señor Jorge Abelardo Ramos, varios alias, es el prototipo de lo que el movimiento obrero *no* necesita. En la revista **Qué** hay vacantes a su disposición" (p. 151) (8).

En diciembre de 1957, tres meses después, aparecía el número dos, que se abría con un texto de Lenin sobre el tema del imperialismo y el destino de las naciones oprimidas. Otra vez aparecían colaboraciones de Luis Franco y Nahuel Moreno. Franco buscaba rescatar la figura de un Sarmiento nacional y antioligárquico frente a las críticas del nacional-populismo que ofrecían una imagen de un Sarmiento extranjerizante, mientras Moreno, por su parte, analizaba la crisis del stalinismo tras la revolución húngara de 1956 y el discurso de Kruschev en el XX Congreso del PCUS. Se publicaba además un documento de la organización universitaria del grupo morenista nacida en 1955, ARUBA (Agrupación Reformista Universitaria de Buenos Aires), cuya estrategia era acercar a un sector del estudiantado y de la intelectualidad a las direcciones combativas del movimiento obrero.

El número se fortalecía con dos colaboraciones sustanciales en el terreno de la filosofía local. Eugenio Werden, del MIR-Praxis, presenta el debate filosófico de la época en términos de la disputa entre la dialéctica (Hegel/Marx) y la fenomenología husserliana y su continuador, el existencialismo heideggeriano. En segundo lugar, una polémica de Carlos Astrada con **Cuadernos de Cultura**, la revista del frente cultural de los comunistas. Astrada le solicita a Peña la publicación de una carta que dirigiera a Ernesto Giúdice contestando a la crítica que éste hiciera de su libro **Hegel y la dialéctica**, y que **Cuadernos de Cultura** se negó a publicar.

Astrada, luego de tomar distancia crítica de su formación filosófica heideggeriana, se había orientado a mediados de los 50 hacia el marxismo, publicando una serie de libros y artículos bajo el signo de Hegel, de Marx y de Lenin, pero de gran erudición y mostrando un espíritu independiente de cualquier ortodoxia. Si la nueva orientación se vislumbra ya en su obra de transición, la del primer ajuste de cuentas con su maestro Heidegger (**La revolución existencialista**, 1952), los primeros libros de esta nueva época en el pensamiento de Astrada son **Hegel y la dialéctica** (1956), **El marxismo y las escatologías** (1957) y **Marx y Hegel** (1958). Luego de un largo itinerario filosófico bajo el signo de un nacionalismo existencialista, que lo llevó a acompañar políticamente la experiencia del peronismo, Astrada redescubre, vía Hegel, a Marx y a Lenin, y busca establecer cierto acercamiento con los comunistas argentinos. Producto de este encuentro será la edición de **El marxismo y las escatologías** por parte de un sello editorial oficioso o cercano al partido (Editorial Procyon). Pero el encuentro va a ser fugaz. Por un lado, la mayor parte de los filósofos comunistas del partido, con su catecismo marxista de tercera mano (un Marx leído por los soviéticos releídos a su vez primero por H. Lefebvre y luego por Garaudy), no estaban a la altura de las preocupaciones filosóficas de Astrada (9). Pero por otro, el giro hacia el marxismo del autor de

El mito gaucho, con su pasado nacionalista y existencialista, fue recibido con recelo y desconfianza por los comunistas. Y el recelo se transformaba en acusación abierta de "revisiónismo" cuando la lectura, por parte de Astrada, de Hegel, Marx y Lenin, no se encuadraba en la ortodoxia establecida.

El caso es que Astrada, en el libro en cuestión, señala brevemente que la teoría del conocimiento como "reflejo", como "copia", de lo real en la mente humana, tal como ha sido formulada por Lenin en su obra **Materialismo y Empiriocriticismo** y luego convertida por el Diamat soviético en "'teoría del conocimiento del materialismo dialéctico', está en flagrante contraste con la dialéctica marxista" (Op. cit., p. 87). Desde el lugar de la ortodoxia respondió a la herejía Ernesto Giúdice, quien al reseñar el libro de Astrada en **Cuadernos de Cultura**, defiende la teoría leninista del "reflejo" (alegando que el conocimiento no es para esta sólo copia *pasiva* de la realidad externa, sino que a este primer momento sigue un segundo momento *activo*) y achaca a Astrada un resabio de "idealismo" que lo llevaría a "ver todavía el marxismo a través de algunos elementos del existencialismo" (p. 50 de CC). A esta defensa de la ortodoxia marxista, Giúdice agrega una referencia desafortunada al pasado político de Astrada (10).

La carta de Astrada tiene dos partes. En la primera desarrolla su crítica de la lectura mecanicista de la teoría del reflejo, apoyándose sobre todo en los **Cuadernos Filosóficos** de Lenin, en que el revolucionario ruso, sobre la base de una lectura de primera mano de la **Gran Lógica** de Hegel rectifica viejas posiciones materialistas vulgares. Astrada entiende la dialéctica no en términos del automovimiento, del despliegue del objeto que ulteriormente se refleja en el sujeto, sino en términos de una dialéctica sujeto/objeto, "vale decir que ambas actividades o movimientos suponen la unidad sujeto-objeto y el carácter procesal histórico-dialéctico de esta unidad dinámica" (p. 6). En la segunda parte, responde vigorosamente a las insinuaciones acerca de sus antiguos compromisos políticos y devuelve la crítica hacia Giúdice y los comunistas, a quienes su sedicente "punto de vista materialista y militante" no les impidió ayer "ir del bracet con lo más pintoresco, ominoso y colonialista de la oligarquía argentina" ni hoy elogiar la "sensibilidad democrática" del gobierno de facto.

Peña prosigue su ajuste de cuentas con la historiografía de izquierdas y en este número se ocupa de Liborio Justo, que acaba de publicar **Estrategia revolucionaria** (1957), una defensa retrospectiva de las posiciones pro-liberación nacional de la LOR en los años 30. En el artículo, Peña da a conocer el episodio del fracasado intento de colaboración para coeditar **Estrategia** y presenta a un Justo detenido en el tiempo, fijado en las viejas disputas del pasado, incapaz de posicionarse "ante los grandes problemas que enfrenta la clase obrera argentina": "Apenas hemos hallado una colección de documentos internos del movimiento trotskista argentino anterior a 1943, documentación que lamentablemente no sirve ni siquiera como aporte a la historia de ese movimiento, porque ha sido reunida con el sólo propósito de demostrar que -Liborio Justo/Quebracho aparte- todos los militantes trotskistas eran un sucio paquete de 'cerdos', 'simios' y 'microcéfalos', según la científica terminología que emplea Liborio Justo/Quebracho para sus caracterizaciones políticas" (11).

Pero el aporte sustantivo de Peña a este número es la publicación de otro tramo de su libro inédito: "El imperialismo y la industrialización argentina". Peña volvía sobre el tema un año después de que apareciera el segundo volumen de **La Realidad Argentina** (1956), para el que había redactado el capítulo correspondiente a la "Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional" (ver cap. III). Pero mientras que entonces se había limitado a presentar un informe sobre el tema a partir del cual Frondizi había hecho la redacción final, aquí tiene la posibilidad de explayarse extensamente sobre una de las cuestiones que más lo apasionaban y sobre las que más había trabajado.

En la primera parte presenta un modelo de industrialización capitalista, siguiendo el proceso de los países adelantados en Europa y los Estados Unidos. Si bien lo hace en el marco de la teoría marxista del desarrollo capitalista y de la teoría del imperialismo de Lenin, intenta, sobre la base de investigaciones contemporáneas, mostrar la actualidad de estas teorías. Pero lo original del trabajo es su tesis acerca de la "pseudoindustrialización" argentina, más desarrollada y mejor sustentada que en artículos anteriores o que en los textos de Frondizi, donde aparece formulada por primera vez. Para Peña el capital imperialista, en su búsqueda afanosa de superganancias en el mundo colonial, se beneficia del atraso y busca perpetuarlo. Ahora bien, el capital financiero internacional no ha promovido, como postulaban sus apologistas, el desarrollo capitalista y la industrialización en el mundo periférico, sí ha favorecido, en cambio, un cierto crecimiento industrial, tal como se ha presenciado en nuestro país, especialmente desde los años 30. "Pero este proceso de crecimiento industrial se distingue de la industrialización, capitalista o socialista. Ante todo porque la industria aumenta en Argentina pero no modifica las viejas relaciones de clase y propiedad. Y, además, las características estrictamente económicas del proceso son también distintas de las de la industrialización y sus efectos en nada se parecen a los efectos progresivos de ésta. Denominamos al fenómeno *pseudoindustrialización, parodia o caricatura de industrialización*" (12). Esta pseudoindustrialización —que se presentaba no sólo en Argentina, sino en otros países de América Latina (Brasil, Chile, México), en Asia (India, China antes de 1949), en Medio Oriente (Egipto) y en Europa Oriental (Polonia y Yugoslavia hasta 1945) y en la Rusia zarista— se caracterizaba por una serie de rasgos típicos que la diferenciaban de la industrialización:

a. No aumenta la composición técnica del capital. El crecimiento industrial se realiza fundamentalmente en base al aumento de la mano de obra y al agotamiento de las instalaciones disponibles;

b. No se desarrollan plenamente las industrias básicas, que producen medios de producción, ni las fuentes de energía, ni los transportes;

c. La productividad del trabajo no aumenta mayormente, los costos son elevados y baja la eficiencia;

d. El crecimiento de la producción de artículos de consumo sobrepasa el incremento en la producción de medios de producción;

e. La agricultura permanece estancada y no se tecnifica.

"Pero todos estos aspectos económicos de la pseudoindustrialización no son sino manifestaciones de la característica esencial de la misma, a saber, la permanencia de la vieja estructura social, de las viejas relaciones de propiedad". La pseudoindustrialización no subvierte la vieja estructura, sino que se inserta en ella (p. 51).

A continuación Peña busca contrastar sus afirmaciones con precisos análisis de la estructura industrial argentina: sobre su composición técnica del capital, sobre la relación entre industrias de producción de medios de producción y la producción de medios de consumo, sobre el problema de los altos costos y la ineficiencia, sobre la relación industria/agricultura, sobre la relación entre la inversión de capitales y las metrópolis imperialistas. Digamos que, en síntesis, este trabajo presenta el análisis estructural que complementa el análisis histórico-genético de los "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina".

El modelo de industrialización/pseudoindustrialización construido por Peña presentaba en muchos aspectos un carácter innovador en relación a otras perspectivas izquierdistas de la época. Por un lado, no repetía en bloque el esquema leninista sobre el imperialismo, sino que lo había utilizado para orientar una lectura provechosa de investigaciones contemporáneas sobre la dinámica del capitalismo. Además, su tesis de la pseudoindustrialización le permitía adoptar una posición equidistante frente a los apologistas del fin del imperialismo como a las teorías

catastrofistas del atraso. En efecto, los epígonos leninistas o trotskistas que se aferraban a la letra de sus maestros, eran incapaces de dar cuenta del proceso de crecimiento industrial iniciado en los 30, pues se aferraban esquemáticamente a las tesis del imperialismo como "última etapa", de "decadencia y putrefacción del capitalismo", de la imposibilidad de desarrollo de las fuerzas productivas. Por otro, los economistas burgueses presentaban el *boom* económico de la posguerra y la industrialización sustitutiva en la periferia capitalista como evidencias del fracaso de las tesis de Lenin y Trotsky. Frente a las posturas dogmáticas y catastrofistas, Peña buscó crear un modelo que sin estar reñido con la teoría del imperialismo, permitiese dar cuenta de ciertas formas, bien que parciales y limitadas, de crecimiento económico. Contra los apologistas de la "industrialización argentina", desde los liberales a los desarrollistas pasando por los nacional-populistas, sostendrá que la pseudoindustrialización promueve un tipo de crecimiento que ni pone en cuestión las viejas formas de dominación agraria ni fortalece al país frente al capital imperialista, sino que acentúa aún más la dependencia económica, tecnológica, financiera y diplomática con el imperialismo.

También en otro aspecto los trabajos de Peña se diferencian marcadamente de otros análisis contemporáneos y aún ulteriores sobre "atraso, subdesarrollo y dependencia": Peña no establece una relación extrínseca entre centro y periferia, desarrollo y subdesarrollo, cuya lógica conduciría a la teoría de la "explotación entre naciones" o entre bloques (Norte/Sur), etc. Consecuente con su análisis clasista, el freno para el desarrollo industrial y la "modernización", no es meramente externo, sino también interno. No hay, pues, como en la construcción de los comunistas, un capitalismo nacional a defender (burguesía nacional antimonopólica) frente a un imperialismo (capitalismo internacional monopolista) que funciona como obstáculo externo al desarrollo, sino una clase trabajadora sojuzgada por un sistema capitalista de peculiar configuración, en el que se ensamblaron -no sin diferencias ni roces- la explotación agraria tradicional, la explotación industrial y el capital imperialista.

Además, su teoría de una pseudoindustrialización en Argentina incentivada fuertemente en los 30 por las condiciones de cierre de la economía, al mismo tiempo que le permitía presentar una imagen más realista de la clase dominante argentina (menos quietista que la que ofrecía el nacional-populismo), le permitía tomar distancia frente a los apologistas del peronismo, que insistían en presentar el crecimiento industrial del período peronista como iniciado a mediados de los 40 como resultado de las políticas industriales de Perón. Peña instala el análisis en un nivel más profundo, atendiendo al movimiento estructural del capital, más allá de la coyuntura gubernamental. Los debates entre liberales, peronistas y desarrollistas, las evaluaciones respectivas del plan Pinedo, los planes quinquenales del peronismo o el Plan Prebisch serán considerados, pues, en esta clave. Recordemos lo dicho supra, finalmente, sobre los puntos en común entre el concepto de "seudoindustrialización" de Peña y el de "semiindustrialización" acuñado posteriormente por la escuela francesa de Pierre Salama y el grupo de **Critiques de l'Economie Politique** (13).

Uno de los autores más cuestionados en los trabajos de Peña sobre imperialismo, industrialización y clases sociales, Rodolfo Puiggrós, acusó recibo de la crítica. En su libro **El proletariado en la revolución nacional**, defendiendo la tesis contraria, según la cual la "política estatal industrialista" del peronismo había impulsado "el crecimiento de las fuerzas productivas nacionales en contradicción con el carácter dependiente del imperialismo de la economía del país", agregó: "Algunos trotskistas y otros antidialécticos niegan la existencia de contradicciones entre la burguesía nacional y el imperialismo y atribuyen la industrialización exclusivamente a las inversiones de capital extranjero imperialista. Nos acusan de 'idealizar' a la burguesía industrial o de ser los 'ideólogos' de ella. Pero como la verdad no se prueba con citas sino con hechos, nos atenemos al análisis de tres cuartos de siglo de vida argentina" (14).

Peña replicó señalando que "Rodolfo Puiggrós responde escabullendo el bulto con la poco original acusación de que nosotros 'negamos la existencia de contradicciones entre la burguesía nacional y el imperialismo' y atribuímos la industrialización 'exclusivamente a la inversión de capital imperialista'. [...] Esto es lo que se llama hablar de los peces de color y confundir concientemente los problemas para salir del paso y ocultar la debilidad de las propias teorías. Nosotros no negamos la existencia de contradicciones entre la burguesía nacional y el imperialismo: afirmamos que -contra lo sostenido por Puiggrós en base a frases sin fundamento real- de esas contradicciones no se desprende ninguna virtud revolucionaria para la burguesía nacional, que tiene con el imperialismo contradicciones de competidor chico con el competidor grande, y aspira a llegar a acuerdos con el imperialismo, no a liquidarlo. Tampoco decimos nosotros que la llamada industrialización sea obra 'exclusivamente' del capital imperialista. Basados en documentos, nosotros afirmamos —contra las frases de Puiggrós y Cía.— que el capital imperialista tiene un peso decisivo en el crecimiento de la industria, que la burguesía industrial está íntimamente ligada al capital imperialista, y aspira a ligarse aún más. [...]" (15).

El tercer y último número de **Estrategia** aparecerá en junio de 1958, incluyendo ahora, junto a los colaboradores locales, traducciones de artículos extranjeros. El año de 1956 -el de la rebelión húngara contra el dominio soviético, el del XX Congreso del PCUS y las "revelaciones" de Krushev- había sacudido al comunismo mundial. Especialmente muchos intelectuales comunistas terminaban de convencerse de aquello que no se atrevían a admitir hasta entonces, y rompen con sus partidos. Así E. P. Thompson y un grupo de eminentes intelectuales comunistas ingleses salen del PCGB; así 1956 será un hito clave para el distanciamiento de Sartre del PCF y para la ruptura de Henri Lefebvre, consumada poco más de un año después. Si 1956 había significado el fin del idilio de los intelectuales marxistas con el comunismo iniciado en los años de la guerra (e inclusive en los años 30), también era el comienzo de una época signada por las esperanzas de renacimiento de una nueva contestación en el Este, de nuevos movimientos de base, del resurgimiento de un marxismo renovado y antiburocrático. Moreno se había ocupado en el número anterior de **Estrategia** de la revolución húngara; en este número se traducía un artículo del trotskista francés François Manuel sobre "El renacimiento del pensamiento comunista en Europa Oriental". Por otra parte, el novelista americano Howard Fast, sacudido por estos acontecimientos, rompía con el PC de los Estados Unidos y publicaba su novela **El Dios desnudo**. Dado que las agencias de prensa soviética presentaban el asunto en términos de que Fast habría roto "con el marxismo" y se habría "pasado al imperialismo", y las norteamericanas celebraban la salida del libro proclamando "Fast abandona el comunismo", Peña reproduce la información que al respecto acababa de publicar la **International Socialist Review**, aclarando que Fast renegaba del stalinismo, pero seguía siendo "firmemente anticapitalista y prosocialista" (16).

Este número se abría hacia otras manifestaciones culturales: incluía un poema de Alberto Hidalgo que, a propósito de la cuestión argelina, llora Francia "como otros lloran lágrimas"; y dos artículos de dos plásticos y teóricos del arte que se habían acercado al movimiento trotskista: Alfredo Hlito y Tomás Maldonado (17).

Pero los artículos que dan cuerpo a la revista se centran en la problemática del peronismo y la clase obrera. Luis Franco hace un análisis que comienza con el significado histórico del peronismo y termina con un diagnóstico del recientemente electo gobierno Frondizi. Enrique Rivera, invitado a colaborar en la revista, envía un artículo donde señala los alcances y los límites de una analogía entre peronismo y stalinismo en tanto formaciones burocráticas.

Por su parte, Nahuel Moreno busca legitimar la táctica entrista en el peronismo procurando construir un linaje en la literatura marxista clásica: los textos de Marx y Engels

acerca de su "entrismo" en el partido democrático en 1948, los documentos sobre los movimientos nacionales y coloniales de los primeros congresos del Komintern, las recomendaciones de Trotsky a sus camaradas para que practiquen el "entrismo" en los partidos socialistas en los 30. Moreno reconoce que "Personalmente he estado en contra de trabajos como ala del movimiento [nacional] por causas circunstanciales y tácticas" pero es evidente que hoy, cuando su olfato político lo orientó hacia el entrismo, plantea la imperiosa necesidad de "comenzar el estudio del problema teórico del entrismo revolucionario a los movimientos nacionales" (18).

El dirigente de Palabra Obrera concluye que de la lectura de estos textos se desprenden "dos indicaciones preciosas: Primero: se apoya sin reticencias todo movimiento nacional, lo dirija quien lo dirija y tenga la ideología que tuviere; Segundo: se acompaña al movimiento obrero, con nuestras posiciones y organización, a través de las formas organizativas e ideológicas que se dé" (p. 51). Los riesgos de desoir estas enseñanzas eran, para Moreno, dos: el sectarismo (al estilo de la UOR, del POR-T de Posadas, o del MIR-Praxis), por no apoyar al movimiento nacional e ingrase en él; el oportunismo (al estilo de Ramos), por no luchar dentro del movimiento nacional por independizar al movimiento obrero y no conservar "la organización pura, no contaminada, como el foco luminoso, conciente, del proceso en su conjunto" (p. 51).

Es que la táctica entrista de los morenistas en el peronismo ha provocado una serie de reacciones, y el periódico **Palabra Obrera**, camouflado como publicación peronista combativa, no era un lugar apropiado para responderlas. Silvio Frondizi desde el MIR-Praxis, Enrique Rivera desde **Política Obrera**, J. Posadas desde **Voz Proletaria**, órgano del POR-T, la cuestionaban desde la izquierda, acusando al grupo morenista, que inicialmente había caracterizado al peronismo como movimiento reaccionario, de oportunista. Por otra parte, desde el campo peronista, Arturo Jauretche denunciaba en **Mayoría** "la infiltración trotskista en nuestras filas" y advertía contra los riesgos de radicalizar "el planteo revolucionario social" y provocar así el desplazamiento hacia fuera del peronismo de la burguesía nacional (19).

A través de una respuesta a estos críticos, es Peña quien elabora la más sólida justificación teórica de la táctica entrista del grupo morenista. Es la que publica en el mismo número bajo el seudónimo de Hermes Radio: "Peronismo y revolución permanente; política obrera y política burguesa para los obreros". Peña-Radio comienza por plantear francamente la contradicción que le imputan sus críticos de izquierda: si nuestro pensamiento estratégico apunta a la revolución socialista liderada por los obreros, peones y chacareros, sin embargo, "nuestra actividad política diaria no se centra en la consigna de 'por un gobierno obrero'. Ni siquiera en la mucho más moderada de 'por un Partido Obrero'. Toda nuestra lucha política gira sobre la consigna 'legalidad para Perón y el peronismo'. ¿Hay contradicción entre nuestra concepción programática y nuestra conducta política? ¿O somos acaso oportunistas o 'demagogos' que se disfrazan de peronistas para ganarse la confianza de los obreros?" (20).

Según Peña, que sistematiza aquí toda la argumentación de los morenistas, esta contradicción "superficial" oculta una unidad fundamental. Es que "después del 16 de setiembre de 1955 toda perspectiva actualmente revolucionaria de la clase obrera, toda perspectiva de su maduración política y ascenso al Poder, pasa a través de la lucha por el retorno de Perón" (p. 55). Prohibido desde entonces el partido peronista por el gobierno de la "Revolución Libertadora", aquella reivindicación adquiría un carácter "elementalmente democrático", pues la clase trabajadora había sido privada de uno de sus derechos más elementales: el de votar por su propio partido. Pero esta consigna adquiría además, por la dinámica que abría, un carácter *transicional* -según el sentido que le había asignado Trotsky a ciertas consignas nacional-democráticas en su **Programa de Transición** (1938). Esto es, la lucha por la legalidad de

Perón y el peronismo favorecería las tendencias a la unidad y la reorganización del movimiento obrero (abrumadoramente peronista) para imponer y sostener a su gobierno e incentivaría la lucha contra la oligarquía y el imperialismo. En esa situación de agudización entre las clases extremas de la sociedad, se favorecerían las condiciones para el desplazamiento de la burguesía de la conducción de ese "frente nacional" con dirección burguesa y base obrera que era el peronismo, se fortalecería la hegemonía proletaria en dicho frente, y esto plantearía las condiciones para el surgimiento de una dirección obrera revolucionaria al frente del mismo (p. 58-59).

La clase obrera no siente por entonces la necesidad de un partido revolucionario de clase. La experiencia del GOM-POR, la de la constitución de un partido revolucionario que luche contra la marea peronista, había quedado clausurada. El entrismo había proporcionado a los morenistas la certeza de que ahora sí estaban "haciendo política", de que disputaban la hegemonía "desde dentro del movimiento". La táctica del partido independiente era relegada como propia de las "sectas" que persisten en actuar "desde afuera". "Quede para los profesionales del sectarismo, corredores internacionales de la revolución mundial y fundadores de partidos obreros para uso doméstico -señala Peña en alusión al POR posadista-, reconocer que 'el movimiento obrero es peronista en su aplastante mayoría' y paralelamente sacar periódicos de 8 páginas llenos de invocaciones en abstracto a la independencia del proletariado pero carentes de una sola línea -ni que hablar de una campaña o un artículo de fondo- que reivindique o siquiera aluda a la legalidad del peronismo y de Perón" (p. 64).

La praxis política revolucionaria pasaba por la lucha política dentro del "frente nacional". La alianza de clases que estructuraba este frente sólo podía producirse: "1) por la ruptura de la clase obrera con el peronismo; o 2) por la transformación del peronismo en un movimiento exclusivamente obrero. Los sectarios y comentaristas pequeñoburgueses [la alusión es, sin duda, a los posadistas y a Silvio Frondizi, respectivamente, NdA] se mueven con aquella perspectiva anunciando cada dos años que las masas 'han madurado' y están rompiendo con Perón'. Así viven muy felices, corriendo la carrera del león en la jaula, como decía Trotsky. En cambio, la clase obrera se orienta, cuidadosa pero firmemente, tras la segunda perspectiva. La tarea de los revolucionarios es ayudarla a encontrar ese camino, mediante una audaz política dentro del movimiento peronista" (p. 65).

Esta política, según Peña la definía, al mismo tiempo que aceptaba tácticamente participar de una alianza con los sectores peronistas-burgueses, debía esforzarse por cuestionar el liderazgo de Perón y la hegemonía burguesa, por no alimentar en las masas ilusiones de tipo nacionalista-burgués. Sin embargo, en la práctica, las críticas explícitas eran limitadas en aras de la unidad del movimiento. Esta tensión se hace evidente cuando, después de trabajar durante meses dentro de las agrupaciones peronistas por el voto el blanco con vistas a las elecciones de febrero de 1958, Palabra Obrera termina acatando la orden de Perón de votar por la fórmula Frondizi-Gómez. "Días antes del 23 de febrero, conocida la orden de Perón de votar a Frondizi, creíamos necesario acatarla pese a haber sostenido el voto en blanco. Lo contrario hubiera sido ayudar a dividir el proletariado, rompiendo su unidad política estructurada en torno a Perón" (p. 62). Buena parte del proletariado combativo no entendió lo mismo, y una amplia franja del mismo votó en blanco en las elecciones que terminaron consagrando al candidato de la UCRI.

Aparecen en este trabajo muchas de las virtudes de la mejor prosa de Peña: su argumentación contundente, su estilo corrosivo, su razonar paradójico, su audacia para ir al núcleo de las cuestiones. Con su habitual claridad, retoma las críticas y reafirma sin ambages: "Así es: somos trotskistas-peronistas". Pero se hacen evidentes en él muchos de sus límites. En primer lugar, un claro forzamiento del planteo trotskista de la dinámica de las consignas

transicionales: "Pero como la legalidad del peronismo y de Perón -con su consecuencia previsible que es el retorno de Perón al gobierno- la oligarquía no puede otorgarla sino cuando sienta un fusil obrero en la nuca, resulta que la lucha por la legalidad del peronismo conduce a la insurrección obrera. Y al armamento del proletariado, porque las masas obreras -que en la mañana del 16 de junio de 1955 ni soñaban con la necesidad de ocupar las calles arma en mano- hoy no ignoran que en la Casa Rosada sólo habrá el gobierno que ellas quieran cuando lo impongan por la fuerza. Pero la insurrección obrera planteará de inmediato el problema de la propiedad y de la expropiación de la oligarquía. De tal modo, por toda la relación entre las clases existente hoy día en la Argentina, la lucha democrática por la legalidad del partido y el líder que agrupan a la clase obrera, conduce directamente a la lucha socialista por el armamento del proletariado y la expropiación de la oligarquía" (p. 55).

En segundo lugar, no deja de llamar la atención esta ferviente ilusión en la potencial autonomía de la clase obrera en relación a Perón y a su dirección burguesa, si se la coteja con su análisis del peronismo en la **Historia del pueblo argentino**, escrito tan sólo un año antes, y donde la relación clase obrera/Perón es concebida en términos de una heteronomía irreductible. Veremos luego que, después de esta experiencia con el grupo morenista, Peña volverá a adoptar, y hasta a enfatizar, su visión crítica acerca de los efectos "conservadores" del peronismo sobre la conciencia obrera.

Todos estos límites se pueden imputar, seguramente, a su carácter de escrito "por encargo", o a lo sumo de trabajo nacido, antes que de la conclusión necesaria de su propia concepción histórica sobre el peronismo, de la solidaridad política y afectiva con el que había sido su grupo político. No es casual que esté firmado con el que había sido su seudónimo partidario. En "Peronismo y revolución permanente" la tensión entre el intelectual revolucionario y el intelectual orgánico del partido, entre el antiperonismo de Peña y el "peronismo-trotskyismo" de Radio había llegado a su punto de máxima tensión. A juzgar por el itinerario sucesivo, la tensión se resolvió a favor de Peña, que se alejará definitivamente del grupo morenista y no volverá a utilizar el seudónimo de Radio.

Lecturas del marxismo

Los años 50 fueron el inicio de un proceso de renovación intelectual que se irradiaría sobre los 60 y 70. La teoría marxista no sólo no fue ajena a este proceso, sino que fue uno de los pivotes en torno a los cuales giró dicha renovación. En parte es un proceso que tiene sus raíces en el viejo continente: buena parte de la joven intelectualidad europea se había sentido atraída en los años de la guerra y la posguerra por el marxismo, y esa generación contribuyó a desarrollarlo y fecundarlo con nuevas ideas. El marxismo conoce por entonces un desarrollo bastante sofisticado y es considerado durante tres o cuatro décadas como un saber de avanzada, atractivo tanto por su complejidad como por su secreta potencialidad subversiva.

La renovación del marxismo argentino se demoró una década en relación a Europa y estuvo ligada, en parte, a la introducción del nuevo marxismo europeo. La década peronista no había sido propicia, aún, para su introducción. El marxismo no tenía cabida, desde luego, dentro de las políticas culturales del peronismo, pero tampoco dentro del frente peronista opositor, aglutinado por una ideología liberal-democrática. Sólo la ruptura de frente antiperonista después de 1955 hará atractivo el marxismo para la nueva generación. Tampoco encontró espacio en la Universidad: el marxismo seguía siendo ajeno a ella, no sólo en la universidad peronista sino aún en la pos (o anti) peronista.

Durante las décadas del 30 y del 40 la cultura marxista aparecía ligada fundamentalmente al PC. El comunismo argentino contaba entonces con un aparato de difusión cultural de notable capacidad, por lo que, durante décadas, la edición de los clásicos del

marxismo y en gran medida su interpretación, fue casi monopolio de los comunistas. Todavía en los 50, un núcleo de veteranos dirigentes partidarios (Héctor Agosti, Ernesto Giudici), rodeados de algunos jóvenes intelectuales comunistas (Juan Carlos Portantiero, José Aricó, Raúl Sciarreta...) tradujeron o produjeron innumerable cantidad de libros y artículos para las revistas teóricas del partido (las principales fueron **Nueva Era** y **Cuadernos de Cultura**) y las innumerables editoriales oficiales u oficiosas. En esa década desplegaron una enorme actividad editorial, como la publicación de los clásicos del pensamiento científico y filosófico que Gregorio Weinberg dirigía para la Editorial Lautaro o la traducción de los clásicos del marxismo —particularmente la monumental edición de las **Obras Completas** de Lenin en 44 tomos por Editorial Cartago. No podría hacerse una evaluación de la producción cultural de la época sin considerar la labor de las innumerables editoriales comunistas durante aquellos años: Lautaro, Cartago, Fundamentos, Platina, Proteo, Procyón, Problemas, Capricornio, Cartago, Anteo, Futuro, Partenón, Argumentos, Arandú...

Semejante esfuerzo se veía empañado, no obstante, por los límites políticos y teóricos de la política cultural comunista: su concepción doctrinaria de la teoría, su clausura hacia otros horizontes intelectuales de la cultura contemporánea, su ingenuo realismo epistemológico y su tosco materialismo, comprometían una lectura muy restrictiva de Marx. Leyeron al marxismo en clave staliniana, a través de los filósofos soviéticos de la Academia de Ciencias de la URSS o de la retraducción que de los mismos hacían comunistas occidentales como el filósofo del PC francés Roger Garaudy o el italiano Palmiro Togliatti. Un intento teórico renovador, pronto malogrado, provino del grupo liderado por Héctor Agosti, que buscó tomar distancia del marxismo soviético a través de la incorporación de la obra de Antonio Gramsci (21).

Los años posteriores a 1956 harán propicia una relectura humanista y antistalinista del marxismo. Por un lado, el inicio de lo que entonces aparecía como la "destalinización" en la URSS bajo Krushev; por otro, con el surgimiento de un pensamiento marxista disidente en los países del "glacis" de Europa Oriental. Esto a su vez repercutió sobre los intelectuales comunistas de Europa Occidental y de los Estados Unidos. Este múltiple movimiento coincidió con la divulgación de algunos de los textos juveniles de Marx, en primer lugar los llamados **Manuscritos económico-filosóficos** de 1844, que por primera vez se editan en la URSS en edición completa (1956) y desde allí se multiplicarán las ediciones a las lenguas latinas. La década que abarca la segunda mitad de los 50 y la primera de los 60 estará caracterizada por la emergencia de una nueva lectura de Marx y del marxismo, que, a grandes rasgos, revalorizará su relación con la filosofía de Hegel, su carácter humanista e historicista, se centrará en la problemática de la dialéctica histórica, de la alienación y del sujeto. Son los años de la irradiación de la obra de Gramsci más allá de Italia, del redescubrimiento del joven Lukács (primero por M. Merleau-Ponty y luego por L. Goldmann), de Karl Korsch, de la revalorización de Rosa Luxemburg. Son los años de apogeo del marxismo de Sartre (en 1960 aparece en Francia **La crítica de la razón dialéctica**), de la escuela de Frankfurt, del neogramscismo en Italia, de la emergencia de la *New Left* en Inglaterra y Estados Unidos. Una nueva izquierda emerge en Francia en torno a las revistas **Les Temps Modernes**, **Arguments** o **Socialisme ou Barbarie**. Simultáneamente, surge el marxismo disidente en Europa del Este, que tiene uno de sus epicentros en la revista **Praxis** de Zagreb (fundada en 1964), y que está asociado a figuras como el yugoslavo Gajō Petrovic, el checo Karel Kosik, el polaco Adam Schaff o el alemán Ernst Bloch..

En nuestro país fueron los intelectuales de izquierda independientes los que sostenían una perspectiva abiertamente antistalinista y humanista del marxismo: Mondolfo, Astrada, Raurich. Su interés en un marxismo humanista centrado en las categorías de la dialéctica sujeto/objeto,

la praxis o la alienación, en contraposición con las perspectivas objetivistas y teleológicas de los comunistas, en parte anterior e independiente a la incorporación del nuevo marxismo europeo, fue el resultado de su conocimiento de primera mano de la obra de Hegel o la del joven Marx.

Rodolfo Mondolfo (1877-1976), italiano instalado en Argentina desde 1939, era en aquellos años un filósofo marxista de envergadura internacional, comprometido con un socialismo humanista y reformista. Discípulo directo de Antonio Labriola, contemporáneo de Antonio Gramsci, su obra **El materialismo histórico en Federico Engels** (1912) fue precursora de muchos de los temas del marxismo occidental. Sin embargo, el núcleo principal de sus estudios marxistas fue desarrollado fundamentalmente durante el período italiano, mientras que en su estadía argentina se consagró a la docencia universitaria y la investigación en torno a los estudios clásicos. Aunque no profesó el marxismo en la cátedra, sus estudios marxistas se hicieron conocidos al público argentino durante estos años: en 1956 se hizo la edición argentina de su obra sobre el pensamiento filosófico de Engels (gracias a la labor de la Editorial Raigal) y muchos de sus anteriores trabajos sobre teoría y política marxistas se reunieron y reeditaron en la primera mitad de los años 60, especialmente **Marx y marxismo** (México, FCE, 1960) y **El humanismo de Marx** (México, FCE, 1964). A él y a su esposa Augusta Algranatti se debe la primera versión castellana de la **Ciencia de la Lógica** de Hegel (Buenos Aires, Hachette, 1956). Su obra, no obstante su extraordinaria productividad, permaneció ajena al centro de los debates del campo intelectual argentino. Mondolfo se mantuvo siempre vinculado al socialismo argentino, pero prefirió tras su jubilación una vida retirada y silenciosa, de estudio e investigación, en compañía de un reducido núcleo de amigos. (21 bis)

La otra gran figura de la filosofía marxista, también marxista humanista pero solidario políticamente con el mundo comunista, fue Carlos Astrada (1894-1970) que, como se dijo, provenía del existencialismo alemán. Egresado de la Universidad de Córdoba, completa sus estudios de filosofía en las universidades de Friburgo y Colonia, Alemania, con figuras como Max Scheler, Nicolai Hartmann, Edmund Husserl y Martin Heidegger. De vuelta al país se consagró a la docencia universitaria, al tiempo que desarrolló en una serie de libros y artículos una profusa obra filosófica inspirada en el idealismo alemán. Ya hemos señalado que, a mediados de los 50, se había orientado hacia el marxismo, publicando en una década y media más de diez libros bajo el signo de Hegel, Marx y Lenin: **Hegel y la dialéctica** (1956), **El marxismo y las escatologías** (1957), **Marx y Hegel** (1958), **Humanismo y dialéctica de la libertad** (1960), **Nietzsche y la crisis del irracionalismo** (1961), **Dialéctica y positivismo lógico** (1961), **La doble faz de la dialéctica** (1962), **Fenomenología y praxis** (1967), **La génesis de la dialéctica** (1968), **Dialéctica e historia** (1969) y **Heidegger** (1970). Pero tampoco Astrada profesó el marxismo en la cátedra: su acercamiento al marxismo coincidió con su jubilación como docente.

Directamente ajeno a los claustros universitarios, la silenciosa figura de Héctor Raurich (1903-1963) prosigue sin embargo su labor docente a través de cursos y charlas en pequeños cenáculos. Igual que Mondolfo y Astrada, Raurich es un marxista humanista, tributario de la herencia filosófica de Hegel. A sus cursos sobre el pensamiento de Hegel, dictados entre 1952 y 1955, asistirán algunos de los jóvenes de la generación de **Contorno**, como Juan José Sebrelli y Oscar Masotta.

Además de estas figuras, Silvio Frondizi y Milcíades Peña formaron parte de este proceso de renovación del pensamiento marxista argentino. Sin conocer la totalidad de aquel conjunto de corrientes y autores, fueron sensibles a esta reorientación en la lectura de Marx y contribuyeron a recibir y difundir muchas de sus ideas. En su lucha teórico-política con el

stalinismo local, era vital para ellos fortalecer una lectura alternativa del marxismo, en la perspectiva del marxismo humanista, y dar a conocer a marxistas heterodoxos que no eran introducidos por los comunistas ni por el mundo de la filosofía académica.

Algunas de las traducciones del joven Marx que ignoraban los comunistas se debían a los trotskistas del grupo Raurich: Angélica Mendoza había traducido la **Filosofía del Derecho de Hegel** antecediéndolo con la **Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel** y Carlos Liacho había traducido la **Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel** (22). Pero ya por entonces ser un marxista abierto y actualizado significaba conocer los idiomas francés, inglés e italiano. Tanto la vieja generación de Raurich y Frondizi como la siguiente, de Peña y Kaplan, se actualizaban permanentemente con los libros y las revistas extranjeras de cultura socialista que con facilidad podían adquirirse en librerías de la capital, como Galatea (para libros en francés) o Leonardo (para ediciones italianas). Estas eran, además, un espacio de encuentro para los intelectuales izquierdistas de los años 50 y 60 (23).

Uno de los autores clave a partir del cual los marxistas críticos argentinos buscaron tomar distancia del dogmatismo comunista fue el francés Henri Lefebvre (1901-1991). A través de su obra, marxistas de todo el mundo conocieron los textos juveniles de Marx o los **Cuadernos Filosóficos** de Lenin que ponían en entredicho la codificación staliniana del *Dia-mat*. Lefebvre fue un autor leído y discutido dentro del grupo Praxis. Su editorial publicó en 1952 una introducción a su obra preparada por Eugenio Werden y prologada por Silvio Frondizi (24). Milcíades Peña también siguió atentamente su trayectoria intelectual y política, difundió algunos tramos de su obra en **Fichas** y tradujo, junto a Jorge Schvarzer, dos extensos volúmenes de sus **Obras Escogidas** (25).

Frondizi había llegado al marxismo desde el liberalismo crítico. Pero su hilo conductor entre un sistema y otro había sido el humanismo: si el liberalismo se mostraba incapaz de defender y potenciar las fuerzas humanas cuando éstas se veían amenazadas por la crisis, las guerras y los totalitarismos, era ahora el socialismo marxista quien rescataba y daba nuevas esperanzas al humanismo. Pero su recuperación humanista del marxismo, sus lecturas de los textos del joven Marx, no se compadecían con la codificación del marxismo por los comunistas. Ya habíamos señalado (cap. I) que su relación con Mondolfo en la Universidad de Tucumán a fines de los 30 y principios de los 40 debía haber contribuido al descubrimiento de la dimensión humanista de la obra de Marx. Pero en los años 50 era Lefebvre quien, a pesar de militar en las filas del PCF, ofrecía un respaldo a su marxismo humanista contemporáneo. Frondizi buscará, pues, apoyarse en Lefebvre para defender al marxismo como un sistema abierto: "no pretende ser un sistema acabado, ni un dogma, sino un método" (p. VII del pról. a Werden). Frondizi hablaba en 1952 de un "renacimiento" de los estudios marxistas "que ya ha comenzado a producirse en diversos países, incluso el nuestro" (p. VII). Entendía que se debían "poner en claro las causas de las distintas interpretaciones dentro del propio campo marxista". A la lectura "voluntarista" del revisionismo socialdemócrata había reaccionado el "economismo" del marxismo soviético. El mérito de Henri Lefebvre, señalaba, fue el de rescatar "la índole francamente humanista de la concepción del materialismo dialéctico" al mismo tiempo que guardaba distancia con el creciente "irracionalismo" de las "distintas corrientes filosóficas de la burguesía" (pp. VII-VIII).

"Es precisamente a estos dos últimos aspectos que ha dedicado su investigación Henri Lefebvre. Al frente de una verdadera escuela se ha dedicado principalmente al estudio de los aspectos filosóficos del marxismo: cuestiones de lógica, metodología e historia del pensamiento; análisis y esclarecimiento del humanismo materialista; teoría de la mistificación ideológica; etc. Entretejida con su amplia e importante obra ha ido produciendo y sigue elaborando todavía, una

exposición del materialismo dialéctico cuya trascendencia no podría ser exagerada. La publicación tardía del **Manuscrito económico filosófico** [sic] y de la **Ideología alemana** sirvió para esclarecer muchos aspectos importantes del materialismo dialéctico, tornando urgente e indispensable un nuevo estudio de la teoría que los tomara en cuenta y los relacionara con el humanismo de **La Sagrada Familia**, de **La cuestión judía** y de la **Introducción para** [sic] **la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel**, y con trabajos económicos posteriores que, lejos de contradecir las posiciones filosóficas asentadas en las primeras obras (como se ha afirmado a veces con mucha ligereza), las explicitan y enriquecen. Lefebvre ha cumplido esa tarea -la reelaboración y *mise au jour* de la teoría- en el curso de sus obras" (pp. VIII-IX).

La apuesta de los marxistas críticos por Lefebvre tuvo su recompensa: el autor de **El materialismo dialéctico** terminó por romper con el PCF en 1958 y se convirtió desde entonces en un marxista independiente que dedicó gran parte de su producción posterior a poner en cuestión el marxismo convertido por los comunistas en Sistema Filosófico y en ideología de Estado.

Prologando años después un texto de Lefebvre, Peña recorre el itinerario político-teórico del filósofo francés. A partir de 1928, relata, Lefebvre adhiere al marxismo y al PCF: "Como un militante disciplinado, Lefebvre se dedicó a sistematizar y difundir el 'materialismo dialéctico', desconocido entonces en Francia. Pero para ello debió abandonar la crítica radical de la filosofía que había emprendido poco antes de su adhesión al Partido. No advirtió que así se dejaba empujar por la presión directa e indirecta del Partido hacia una posición de compromiso con la cual habría de permanecer durante treinta años" (Presentación, cit., p. I). Pero aún dentro de este compromiso, observa Peña, su esfuerzo por recuperar la dimensión humanista del marxismo, por replantear la problemática de la alienación, por rescatar los textos de Hegel, del joven Marx o del Lenin de los **Cuadernos Filosóficos**, "contrastaba más que visiblemente con el código filosófico que Stalin acababa de decretar" con su codificación "Materialismo histórico y materialismo dialéctico" (p. II). Así, publicó durante años "obras de muy distinto valor": algunas "panfletarias y dogmáticas" como **El existencialismo** (1946), otras precursoras y profundas como la **Crítica de la Vida Cotidiana** (1947).

Finalmente, la ruptura. Relata Peña: "Muchos acontecimientos y pruebas fueron necesarios para arrancar a Lefebvre de su propia complacencia con el dogmatismo stalinista. Fue preciso sobre todo el extraordinario primitivismo filosófico de los trabajos publicados por los filósofos oficiales", el establecimiento de un *dia-mat* que funcionaba como un obstáculo en la comprensión de nuevos fenómenos (como la cibernética, la teoría de la información o la lógica operacional) y servía para combatir "a quienes trabajan efectivamente en acrecentar los conocimientos". "La caída de Stalin y la insurrección húngara aplastada por el Ejército Rojo, agudizaron las contradicciones entre Lefebvre y el stalinismo y condujeron a un estallido final" (p. III). Este se produciría con la publicación de **Problemas actuales del marxismo** (1958), donde planteaba la existencia de una "crisis del marxismo" dado que esa teoría de la libertad y la potencialidad humana se había transformado, con el stalinismo, en una ideología mistificadora, apta para justificar algunas de las injusticias y crímenes más grandes de la historia. "A raíz de **Problemas actuales del marxismo** -remata Peña con su habitual sentido de la ironía- Lefebvre fue expulsado del PC francés. Esta sanción disciplinaria ha sido el más importante -mejor dicho, el único- aporte del PC francés al pensamiento marxista" (p. IV).

El programa teórico de Lefebvre, como el de toda esa generación, era el de la "vuelta a Marx". Esto, en el terreno del pensamiento teórico, significaba el cuestionamiento del marxismo como filosofía, de su constitución en sistema al estilo del *Dia-mat*. Los sistemas de la filosofía clásica no serían, pues, *abolidos* en nombre de uno nuevo, el Sistema Marxista, sino que la

filosofía sería, finalmente, *realizada*. En ese sentido decía el viejo Engels que el heredero de la filosofía clásica alemana era el proletariado alemán. En otros términos, la supresión del proletariado implicaba la realización, el fin, de la filosofía. Pero, constata Peña, la revolución proletaria no tomó los caminos "previstos", y su largo e intrincado proceso mantuvieron como tales al proletariado y a la filosofía. "Ni el proletariado como tal ni la filosofía como tal se han superado. Así se manifiesta el desarrollo desigual y combinado, dolorosamente largo, de la revolución proletaria mundial anunciada por Marx. La obra de Lefebvre es un elemento esencial para arribar a una conciencia más clara, a una conciencia elucidada, de la época de transición entre el capitalismo y el socialismo" (p. V).

Por su parte, la profesión de fe marxista humanista de Silvio Frondizi aparece explicitada en su conferencia de 1959 "Interpretación materialista dialéctica de nuestra época" (26). Es donde mejor define su marxismo según un carácter abierto, humanista, utopista, autogestionario, y aún libertario:

* comienza por señalar lo que considera son "algunas lagunas, algunos desajustes; yo diría resquebrajaduras y grietas" en el pensamiento marxista. Los fundadores, a pesar de su extraordinaria labor, dejaban a las futuras generaciones problemas por resolver. Entre ellas, Frondizi contaba "el estudio de la nueva sociedad, la socialista". Postulaba, pues, la necesidad de un trabajo creativo de puesta al día de la teoría marxista. Esta necesidad de "replantear los problemas no significaba para él "negar el marxismo" si por él entendíamos "un método dinámico, abierto siempre al progreso; es decir, a la necesidad de reelaborar la doctrina para ponerla a tono con el adelanto general de la época" (pp. V-VIII) (V. también **La realidad argentina**, cit., t. 2, 249-50).;

* la profundización de la teoría marxista significaba retomar la teoría del conocimiento como praxis que había establecido Marx (en sus "Tesis sobre Feuerbach"), y que Engels y Lenin malinterpretaron en el sentido de la "teoría del reflejo". "Debemos reconocer, pese a las discrepancias de tipo ideológico y político que tenemos con el profesor Rodolfo Mondolfo, que este autor vio claro el problema y que lo vio sin contar con el material filosófico marxista, descubierto con posterioridad a la publicación de sus libros fundamentales sobre el tema. Podríamos citar también a Henri Lefebvre y a otros autores europeos, que utilizaron, en general sin mencionarlos, los aportes de Mondolfo" (p. X);

* para su marxismo, la realidad social no es otra cosa que el resultado de la praxis humana; a través del concepto de praxis, Marx habría recuperado el humanismo desde una perspectiva materialista, en la cual el hombre, al mismo tiempo que produce sus condiciones de vida, se produce a sí mismo (p. XVI-XVII);

* Frondizi recupera de Marx, vía Lefebvre, la problemática de la alienación y el fetichismo: el hombre no puede producir ni autoproducirse sin que su poderío se vuelva contra él, asuma la forma de exterioridad y lo domine como una fuerza extraña. "Hay, por ende, un íntimo desgarramiento en el hombre y su esencia se forma en el desgarramiento" (p. XVIII);

* la verdad, además, no preexiste, sino que reside "en el proceso mismo de la praxis. Y podemos agregar, de la praxis como expresión de la totalidad". Y para ello se apoya en **Historia y conciencia de clase**, de Georg Lukács, en la que posiblemente sea la primera referencia a este "libro maldito" dentro del marxismo argentino: "No es el predominio de los motivos económicos en la explicación de la historia lo que distingue de una manera decisiva al marxismo de la ciencia burguesa, sino que es el punto de vista de la totalidad. La categoría de la totalidad, la preponderancia universal y determinante del todo sobre las partes, constituye la esencia misma del método que Marx ha tomado de Hegel y ha transformado de manera de

constituir el fundamento original de una ciencia enteramente nueva [...]. El predominio de la categoría de totalidad es el soporte del principio revolucionario en la ciencia" (p. XVI);

* entiende que el desafío decisivo para el marxismo está en resolver la dialéctica entre estructura y superestructura, pues "en él reside la principal falla e insuficiencia de nuestra doctrina [...]. El materialismo dialéctico, lamentablemente, se ha ido transformando en buena parte en un economismo" (p. XIX)

* dado que "la producción teórica materialista dialéctica dejó de lado el estudio del aspecto decisivo, tanto en lo social como en lo personal, de lo humano", Frondizi entiende que para fundar una teoría materialista de la subjetividad es necesario acudir, no sólo a la reflexología pavloviana, sino también a los desarrollos de la "bibliografía burguesa en sus manifestaciones progresistas", en primer lugar al psicoanálisis (Freud) y los desarrollos en el sentido de una "psicosociología" (Erich Fromm, Wilhelm Reich, Abraham Kardiner) (p. XXI);

* la recuperación de la problemática de la alienación lo advirtió contra cualquier idealización del proletariado. Entendía que las clases no podían comprenderse abstractamente como universos cerrados, que las ideologías -en tanto concepciones del mundo- atravesaban al conjunto de la sociedad otorgándole su "unidad general". "En este sentido no puede negarse que el proletariado está también sumergido en la crisis de la sociedad burguesa y sufre la deformación consiguiente". Con resonancias de Babeuf, quien reconocía que "la burguesía nos ha inficionado con sus vicios más depravados", Frondizi creía que la burguesía había "ido impregnando a la masa obrera con sus propios vicios" (pp. XXVI-XXVII);

* no obstante sus reparos a la idealización obrerista, buscó comprender a las masas trabajadoras en sus múltiples dimensiones. Entendía, como Gramsci -a quien lee por esta época- que para transformar revolucionariamente la sociedad no bastaba la fuerza: era necesario integrar al conjunto de los oprimidos según una concepción amplia y superadora. No bastaba una organización política; era necesario un nuevo estilo de vida. "Cualquier fuerza social que quiera reemplazar a la burguesía en la conducción del mundo, debe desarrollar una concepción general del universo y de la vida. [...] Si conseguimos llevar al ánimo de las masas populares la conciencia de que se trabaja para su liberación integral, la crisis argentina estará superada. Pero esa conciencia no será alcanzada sin un plan integral; tengo a este respecto el firme convencimiento de que las agrupaciones progresistas han menospreciado la jerarquía de los hombres de pueblo, y han creído que era suficiente hablarles de la solución de los problemas económicos y hacerlo en forma abstracta y general.

"La realidad es totalmente distinta; el hombre de pueblo es ante todo y sobre todo un hombre total; es decir, un hombre que produce, tiene afectos y pasiones, se instruye, se divierte y desea la solución de estos problemas, no sólo por medio de una solución doctrinaria, sino también a través de los grandes y pequeños episodios de la vida cotidiana" (pp. XXIII-XXIV).

Ya en la respuesta a la encuesta de Strasser, buscando cuestionar "el argumento de la falta de cultura de la masa popular" para emprender un proyecto autoemancipador, declaraba: "ante todo tengo plena confianza en la capacidad creadora de las masas y en su posibilidad de sortear cualquier obstáculo" (Strasser, 1959: 42).

* de ahí, también, la necesidad de replantear la modalidad de la organización revolucionaria, de ir ensayando ya nuevas relaciones sin necesidad de suspenderlas hasta después de la revolución: "no debemos esperar que caiga la putrefacta sociedad burguesa para iniciar la organización de la sociedad socialista. No, debemos comenzar a construirla desde este momento, y para ello nada mejor que comenzar por transformarnos a nosotros mismos" (p. XXII). Recordemos, en este sentido, lo señalado a propósito del prólogo de Frondizi y del texto de Kaplan "Política y vida cotidiana" (v. cap. IV).

Un valioso testimonio de la orientación marxista humanista de Frondizi es su intercambio epistolar con otra notable personalidad político-filosófica en los años 1963-4. Se trata de Raya Dunayevskaya (1910-1987), una revolucionaria de origen ucraniano pero instalada desde niña en los Estados Unidos. Raya había residido un par de años en México como secretaria de Trotsky, cuando en 1939 el pacto de Stalin con Hitler la llevaría a repensar la naturaleza del Estado soviético -ella entiende desde entonces que no se trata ya de un "Estado obrero degenerado" sino de un sistema de capitalismo de Estado- y a la ruptura política con Trotsky. Desde entonces retornó a los Estados Unidos para desarrollar una amplia actividad política e intelectual. En 1958 había aparecido en Nueva York su obra **Marxism and freedom**, que según la visión retrospectiva de su propia autora se trató de "la primera declaración cabalmente teórica de humanismo marxista" en los Estados Unidos (27). La obra introducía al pensamiento americano los manuscritos juveniles de Marx, así como los de Lenin sobre Hegel (que se publicaban como apéndices al texto), y llevaba un prefacio de Herbert Marcuse. Cuando el libro llegó a conocimiento de Silvio Frondizi, éste le escribe desde Buenos Aires a Detroit para manifestarle su acuerdo con la orientación del libro y ofrecere la gestión para la traducción al castellano:

Buenos Aires, 28 de marzo de 1963

Estimada Srita. Dunayevskaya:

[...] Quiero decirle que estoy sumamente interesado en la traducción al español de su libro, el cual espero sea un éxito. Estoy dispuesto a hacerme cargo de ella y creo que la publicación puede incluir todos los apéndices que usted crea necesarios. Aunque tenemos el original del **Manifiesto económico y político** [sic: debe ser una errata por **Manuscritos económico-filosóficos** de Marx] y las traducciones inglesa, italiana y española, pienso que siempre es interesante considerar una nueva versión. También tenemos las ediciones francesa e italiana de los **Cuadernos filosóficos** de Lenin, pero no una traducción española. Su folleto "Nationalism, Communism, Marxist-Humanism and the Afro-Asian Revolutions" también puede incluirse en la publicación.

Le enviaré todos nuestros materiales tan pronto sea posible, excepto los que están agotados. Usted advertirá que algunos de ellos están pasados de moda, pero así tendrá la oportunidad de conocer lo que hicimos hasta ahora.

Nosotros nos haremos cargo de lo que usted sugiera en relación al tema y comenzaremos un intercambio regular de materiales.

Espero tener en breve noticias tuyas y me gustaría encontrarla por aquí para poder discutir personalmente,

Muy sinceramente suyo,

Silvio Frondizi" (28)

Raya Dunayevskaya le responde desde su residencia en Detroit aceptando el proyecto de la traducción española de **Marxism and freedom**, le solicita a Frondizi "una introducción especial para la edición latinoamericana" y le manifiesta su deseo de viajar a Buenos Aires para la aparición del libro (2 de abril de 1963). Un mes después, luego de recibir y leer los libros que le había enviado Frondizi, vuelve a escribirle para manifestarle sus coincidencias teórico-políticas, pero también marcar ciertas diferencias en torno a la naturaleza social (de clase) de cada organización:

"Detroit

"29 de mayo de 1963

Estimado compañero Frondizi

Gracias por la dedicatoria que me inscribió en **La Realidad Argentina** y por enviarme sus otros libros, así como los de sus colaboradores, Marcos Kaplan y Eugenio Werden. Es muy emocionante descubrir que sus ideas fueron formuladas durante las mismas dos décadas -1943-1963- que las nuestras. Mientras que en sus líneas generales las aspiraciones internacionalistas y revolucionarias del marxismo humanista están a un mismo nivel -o como usted lo dice en **Doce años de política argentina**, 'que aspira a superar las limitaciones y la antítesis del stalinismo y el trotskismo'-, las diferencias de origen y ambiente de los marxistas humanistas americanos y argentinos no deben ocultarse.

Lo quintaesencial es que, finalmente, después del nunca acabado vacío teórico que comenzó con la muerte de Lenin, por fin se haya establecido entre nosotros un diálogo en un nivel de seriedad, y que como consecuencia de ello salga a luz la edición española de **Marxism and freedom**, la cual, espero, cuente con su introducción para los lectores latinoamericanos. Naturalmente, al mismo tiempo, veré que sus trabajos sean leídos por nuestra gente, y aunque la situación de este país no permite la traducción y publicación de sus obras, sin falta veré qué es lo que se puede hacer.

Si usted me permitiese llamar su atención sobre el método de mi libro, creo que podríamos observar en dónde difiere el énfasis que usted ha puesto en sus distintas obras. Su grupo me impresiona por lo serio y lo totalmente intelectual [all intellectual]; el nuestro es serio, pero es casi 50% proletario. Por esta razón, mientras tenemos obras teóricas como **Marxism and freedom** y el folleto sobre las revoluciones afro-asiáticas, y próximamente la declaración del Consejo Editorial Nacional sobre "American Civilization on Trial", tenemos no sólo la combinación única del trabajador y del intelectual en el periódico mensual **News & Letters**, sino también folletos escritos por trabajadores o jóvenes negros, como "Workers Battle Automation", "Freedom Riders Speak For Themselves", etc. Este énfasis en dejar que los trabajadores hablen por sí mismos..." (pp.168-9).

Raya continúa manifestándole su interés por su obra, y más que por sus desarrollos en la filosofía política, por su puesta en juego en análisis concretos. Coincide con Frondizi en "que de veras se ha subestimado a Rodolfo Mondolfo en Europa y se le desconoce en Estados Unidos" y agrega: "Recuerdo la impresión que me causó su **Marx y marxismo**, especialmente su ataque a las pretendidas corrientes marxistas que se oponían al 'genuino marxismo, el cual está animado por una profunda conciencia histórica y la más grande demanda de libertad'" (p. 170). Vuelve luego sobre el itinerario de su libro, partiendo de Marx, pasando por Lenin y Trotsky, hasta el renacimiento del marxismo humanista en América y Europa Oriental. Insistiendo en la unidad de la praxis, no deja de cuestionar a Lefebvre, Merleau-Ponty y Sartre, que "se expresan de una manera cuando hablan de abstracciones..., pero se conducen de otra bastante diferente en el frente político y organizativo". Y agrega: "Prefiero quedarme con los proletarios y seguir *su* movimiento real por la reconstrucción de la sociedad" (p. 171).

Frondizi responde en otra carta del 14 de junio de 1963, reveladora de los avatares de su vida cotidiana en aquellos años. Por otra parte, el relato de su propio compromiso militante, si bien no específicamente proletario, parece eximirlo de cualquier insinuación de "intelectualismo":

"Estimada Srta. Raya:

"Recibí ayer su carta del 29 de mayo [...]. Quiero decirle que es realmente emocionante descubrir que nos habíamos encontrado en el mismo sitio al mismo tiempo.

"según mi opinión hay muchas posibilidades de llevar a cabo la edición española de su libro este año, considerando las dinámicas condiciones de los asuntos argentinos; me haré cargo, con mucho placer, de la introducción al libro.

"No puedo expresarle ahora mis opiniones sobre el tema de su carta, pero lo haré tan pronto como recobre mi salud. El domingo 9 fui puesto en libertad después de haber sido arrestado a causa de un pequeño curso de lectura sobre neoliberalismo, neocatolicismo y neomarxismo en la Universidad de Córdoba. Mi detención se convirtió en un gran suceso. El lunes de esta semana he retornado a mi cargo de profesor en la Universidad de Buenos Aires.

"Muy sinceramente suyo,

"Silvio" (pp. 171-2).

Otro testimonio de la perspectiva marxista humanista de Frondizi lo encontramos en su labor docente, particularmente la que desplegó durante los interregnos constitucionales, entre los sucesivos golpes militares con los que era una y otra vez expulsado de la universidad. Abordó en sus clases la concepción materialista de la historia al menos en dos oportunidades durante su ciclo docente 1958-1966: en el curso sobre "Teorías políticas contemporáneas" (complementario a su cátedra de Derecho Político) que dictó en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la U.N. de La Plata y en la introducción metodológica a su curso de Sociología Argentina Contemporánea, que dictaba en la Carrera de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA desde 1963. De su curso de La Plata, dedicado a estudiar el pensamiento político desde el período de entreguerras siguiendo tres vertientes: el neoliberalismo, el catolicismo y el materialismo histórico, sólo se ha conservado la primera parte, referida a las dos primeras corrientes. Vuelve a insistir allí en el carácter "incompleto" del marxismo, en su necesidad de careo con otras concepciones del pensamiento contemporáneo. Que no se trata de una postulación formal, da cuenta la notable amplitud de su horizonte intelectual, el minucioso conocimiento de autores y corrientes sumamente alejados de su propia orientación. Pasa revista a los que considera los principales autores de cada vertientes: como exponentes del liberalismo contemporáneo trata a John Maynard Keynes, Benedetto Croce, Ortega y Gasset, Wilhelm Röpke y Friedrich Hayek, y los confronta con la teoría marxista. En el caso de Croce, además de un análisis de primera mano, se apoya en "uno de sus más eminentes críticos [...]. Nos referimos a Antonio Gramsci, que tanta influencia ha ejercido entre nuestra juventud, a través de su obra **Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce**, como parte de sus **Opere di Antonio Gramsci**, en la edición de Einaudi (1955). Este volumen circuló mucho en la traducción publicada por la Edit. Lautaro, Buenos Aires, 1958" (29).

Entre los teóricos del Estado totalitario analiza, entre otros, a Giovanni Gentile y al propio Mussolini, y se detiene en las críticas de Franz Neumann, León Trotsky y Daniel Guerin; de los teóricos del Estado democrático trabaja a Hans Kelsen, Joseph Shumpeter y Georges Bourdeau, a quienes discute desde su propia teoría roussoniano-marxista de la democracia.

La última parte de las clases que se han conservado está dedicada a la evaluación del pensamiento católico contemporáneo: Emmanuel Mounier, Henri de Lubat, Teilhard de Chardin, Cornelio Fabro, Pierre Bigo y Jean-Ives Calvez. Frondizi entiende que el pensamiento católico ha acusado el impacto del materialismo histórico, ya que en el esfuerzo de comprenderlo había ido incorporando una serie de problemas propios del marxismo, así como desarrollando una nueva sensibilidad social. Si bien "la Iglesia católica se está poniendo a tono con la situación contemporánea y por tal motivo se presenta como un digno adversario del materialismo dialéctico humanista" (p. 206), Frondizi advierte sobre los riesgos de una asimilación del carácter irreductiblemente inmanentista y ateo del marxismo por el humanismo católico. Los católicos habían realizado un extraordinario esfuerzo de comprensión de la obra de Marx, relevando incluso los textos de juventud que ignoraban los "ortodoxos" stalinistas, y esto era encomiable. Pero "Confesemos que este auge de los estudios marxistas nos preocupa también desde otro punto de vista. Es necesario estar alerta frente al cambio de posición de la burguesía.

Primero tuvimos que luchar contra la tentativa que ella realizó de impedir todo estudio sobre el materialismo dialéctico. Como fracasó en sus intentos por la marcha arrolladora de la realidad y de la concepción, está pasando al polo opuesto: facilita el estudio del marxismo, para deformarlo y neutralizarlo. Tal podría ser el caso de Erich Fromm, en su último y conocido ensayo sobre el marxismo, y en particular sobre el **Manuscrito económico-filosófico de Marx**" (p. 149).

Es en estas clases en que desarrolla su concepción marxista humanista, cuestiona el materialismo objetivista de los comunistas y se propone "rescatar el materialismo dialéctico desde el punto de vista de la filosofía de la praxis", como "lo vio con toda claridad Antonio Gramsci" (p. 149). Es el que aparece ya en los escritos de juventud de Marx, condensado en sus tesis sobre Feuerbach. Para éste la verdad está en la dialéctica sujeto/objeto de la actividad humana, práctico crítica. Por su parte, "Engels no supo ver que la 'verdad' es de carácter relacional. Es decir, para él, la objetividad está determinada exclusivamente por el objeto. Para nosotros, la objetividad no es inherente a alguno de los dos términos de la relación sujeto-objeto (en realidad, hombre-naturaleza), sino a la *relación* misma..." (p. 145). Apoyándose en Labriola, Mondolfo, Gramsci, Lefebvre y Raya Dunayevskaya -cuyo **Marxism and freedom** recomienda a sus alumnos (p. 166)-, continúa presentando los avatares del pensamiento dialéctico a través del desencuentro de Lenin con el mismo en **Materialismo y empiriocriticismo**, y su reencuentro, vía la lectura de Hegel, en sus **Cuadernos filosóficos** (pp. 154 y ss.).

No se han conservado versiones íntegras de sus clases sobre el marxismo. Dos de ellas, sin embargo, correspondientes a las "cuestiones metodológicas" introductorias a su curso de Sociología Argentina Contemporánea (1966) y referidas a los orígenes del marxismo, nos dan una idea del esfuerzo realizado en esos años por Frondizi de reevaluar el marxismo clásico y contemporáneo en sus fuentes directas (30). Los temas de estas dos clases son: las fuentes del marxismo; el idealismo alemán; periodización del pensamiento de Marx; los jóvenes hegelianos; el joven Marx. Para los textos de Marx recurre, entre otras, a la edición francesa de Althusser y a la italiana de della Volpe. Para sus interpretaciones se apoya en Lukács, Mondolfo, etc.

Notemos, para concluir, el énfasis que pone Frondizi en estas clases en la dimensión humanista del marxismo, en la necesidad de recuperar su capacidad anticipatoria, en un sentido similar al que en la misma época ensayaba un E. P. Thompson en Gran Bretaña. Habla en sus clases del "plus" que es necesario agregar al materialismo dialéctico: el adjetivo humanista. Pues si los padres fundadores, especialmente en su obra de madurez, habían acentuado el estudio de las leyes que regían el sistema capitalista mientras se negaban a ensayar cualquier anticipación de la sociedad futura, de modo tal que "la noción humanista quedó en segundo plano", hoy, luego de la experiencia de la "dictadura burocrática" de la URSS en nombre del marxismo, debía volverse al espíritu humanista del primer Marx. "La modificación en la situación general del mundo obliga a un cambio de enfoque práctico y doctrinario. En efecto, junto al planteo necesario de llevar adelante el proceso revolucionario, debe considerarse en forma preponderante, las características de la nueva sociedad a edificar. Más aún, este aspecto, el aspecto humanista, debe privar en todo momento" (pp. 11-12).

También Milcíades Peña desplegó un notable esfuerzo por estudiar los desarrollos clásicos y contemporáneos de la teoría marxista. Su nombre apareció siempre vinculado a estudios de índole social y económica y nunca tuvo, en su breve vida, la oportunidad de volcar por escrito algunas de sus múltiples elaboraciones teóricas. Sin embargo, una versión de un "Curso de iniciación marxista" dictado en la segunda mitad de los 50 constituye un invaluable testimonio para comprender cómo leía y entendía Peña el marxismo en aquellos años.

En 1958 un grupo de estudiantes universitarios de la Facultad de Ingeniería de la UBA que animan una agrupación estudiantil independiente -MAR: Movimiento de Afirmación Reformista-, se plantean la necesidad de reafirmarse teórica y políticamente en una dirección socialista y antistalinista. Los jóvenes que quieren estudiar marxismo son Jorge Schvarzer, Félix Kierbel, Hugo López y Alberto Kasulín. Deciden comenzar solicitando una serie de entrevistas a cuatro personalidades de la izquierda: Silvio Frondizi, Marcos Kaplan, Nahuel Moreno y Milcíades Peña. Particularmente atraídos por la propuesta de estudio del entonces director de **Estrategia**, le solicitaron un "Curso de iniciación al marxismo" que se desarrolló durante el mes de agosto de 1958, durante ocho clases, en el Centro de Estudiantes "La línea recta" de aquella facultad (31). El temario de las mismas seguía el siguiente ordenamiento: una introducción al problema del conocimiento; una primera aproximación a la naturaleza del marxismo; la filosofía marxista; el análisis de la sociedad o la sociología marxista; la evolución de las sociedades o la concepción materialista de la historia; el análisis de la dinámica del capitalismo; la teoría de la sociedad socialista; el problema de la política marxista; los nuevos problemas y los nuevos enfoques con que hoy se enfrenta el marxismo.

De estas clases se desprenden preocupaciones y lecturas semejantes a las de Frondizi. Meneja no sólo la obra de Marx editada en castellano, sino las versiones francesas o italianas de los manuscritos de 1844 e inclusive de la Introducción de 1857 a los **Grundrisse**. Pero la mayor parte de las referencias de su curso, así como la apoyatura de toda su obra, está centrada en los tres volúmenes de **El Capital**. Simplificando un poco, podría decirse que, de acuerdo a la idiosincrasia y formación peculiar de cada uno, Frondizi es un marxista de los textos juveniles de Marx y Peña un marxista de **El Capital**. Si bien el curso lo revela tributario de la lectura que Lefebvre hace de Marx, conoce de primera mano la obra de Hegel y los **Cuadernos Filosóficos** de Lenin (en la versión francesa de Editions Sociales). Complementa la perspectiva historicista y humanista de Lefebvre con Labriola -editorial Claridad de Buenos Aires había editado su **Filosofía y socialismo**-, Ernst Bloch - **Sujeto/Objeto** había sido editado en español por FCE-, el Lukács de **Historia y conciencia de clase** -el primero de sus ensayos lo había publicado **Arguments**-, en L. Goldmann - **Sciences humaines et philosophie**, de 1952- y en Antonio Gramsci, de quien cita **Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce** (Torino, Einaudi, 1952).

Para Peña el marxismo no es una filosofía, ni una economía, ni una política. Trata de comprenderlo según una triple dimensión: el marxismo es crítica de la realidad existente, es un programa de transformación revolucionaria de esa realidad y es, antes que nada, una visión general del mundo, una determinada concepción del hombre. Es esta concepción del hombre lo fundante en el marxismo, pues tanto la crítica como la acción encuentran en ella su punto de partida (lección I, p. 3) . Para el marxismo la realidad social es el resultado de la praxis humana, donde "teoría y práctica no son más que momentos de un mismo proceso que es la praxis, la acción del hombre. La concepción marxista de la praxis significa la mundanización, la terrenalización absoluta del pensamiento. Praxis significa que quien forja al hombre, a su mundo, a su destino, no es ninguna fuerza extrahumana ni infrahumana. Praxis significa que el hombre no es producido ni condicionado ni por 'Dios', ni por la 'Historia', ni por la 'Razón', ni por el 'Instinto', ni por la 'Herencia', ni por el 'Medio', ni por la 'Raza', etc. Praxis significa que lo único que produce al hombre y que lo condiciona es la propia actividad teórico-práctica del hombre" (III, 4).

Habitualmente se entiende al marxismo en términos de un determinismo económico, y sin duda la "escolástica soviética" ha contribuido a ello. Pero Marx entendía que todas las formas que parecían dominar al hombre en la sociedad capitalista como ajenas y por encima de él -el Dinero, el Capital, etc.- no eran otra cosa que formas enajenadas del propio poder humano,

proyectadas fuera y más allá de él, y que adoptaban la forma de poderes superiores. Pero el marxismo no sólo es ajeno a la antropología del "homo oeconomicus", sino que es la primera concepción que permite comprenderla como ideología y realizar su crítica teórica y práctica. El marxismo es al mismo tiempo que una teoría de la alienación humana una lucha por su desalienación, por la recuperación por parte del hombre de sus poderes enajenados. "En el marxismo todo lo demás son medios para este fin. El desarrollo material de las fuerzas productivas y elevación del nivel de vida es importante, porque constituye la base material para la desalienación del hombre. La liquidación del capitalismo es fundamental porque constituye a su vez la condición básica para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas. El ascenso de la clase obrera al poder es imprescindible porque constituye a su vez el requisito básico para la liquidación del capitalismo. Todo esto es fundamental y está muy bien, como están muy bien todos los satélites y las grandes centrales eléctricas y los tractores, etc., etc. Pero, para el marxismo, eso son sólo los medios y nada más. Porque lo que el marxismo quiere -y esto es la *esencia del marxismo*- es un nuevo tipo de relaciones sociales entre los hombres, en que los hombres no estén dominados por cosas ni fetiches; en que el hombre sea el amo absoluto, dueño soberano de sus facultades y sus productos, y no esclavo de la mercancía y el dinero, de la propiedad y el capital, del Estado y la división del trabajo" (I, 9. Subrayado de MP).

Este "salto del reino de la necesidad al reino de la libertad" no será producto de ninguna forma de fatalismo histórico, ni hay en el marxismo de Peña una concepción teleológica de la historia, ni fin que clausure el proceso histórico. Su insistencia en el carácter inmanente y abierto del proceso histórico es constante: "El marxismo no cree que la historia se detendrá un día, que vendrá un diluvio y luego la humanidad se precipitará en un infierno eternamente lleno de torturas o un paraíso donde no habrá problemas de ninguna naturaleza. El marxismo cree que siempre habrá problemas, luchas y conflictos" (I, 4). Pues si Marx sostuvo que el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo sentaba las bases necesarias, creaba las condiciones materiales para el advenimiento del socialismo, no lo entendió en términos de ineluctabilidad. "Pero si, como afirmaban los escolásticos de la burocracia reformista de la II Internacional, o los escolásticos de la burocracia moscovita, el socialismo es una cosa que ya está inscrita en los hechos; si es algo que vendrá sea bueno o no, quiera el hombre o no, con tanta seguridad como vendrá la luz solar mañana a la mañana, entonces el papel conciente revolucionario del hombre queda reducido a nada, y en cambio se eleva a las nubes a los aparatos burocráticos, cuya función sería esperar que se realice esa supuestamente ineluctable aparición del socialismo. [...] Para esta gente 'La Historia', así con mayúscula, viene a sustituir la fe en la Divina Providencia con que se consuelan los religiosos. El marxismo, repitámoslo, es justamente la antítesis y la negación de todo esto" (III, 3-4).

Las afirmaciones de los marxistas en términos del futuro del socialismo se inscriben en términos del deseo, de la apuesta, de la confianza en la capacidad del hombre "de forjar un destino en que el hombre no explote a otro hombre, en que el hombre pueda aplicar el grueso de su capacidad creadora no a luchar contra otros hombres para comer y vertirse, sino a crear una vida más llena de confort y de belleza, de solidaridad y de libertad, es decir, una vida más propiamente humana".

En otros términos, el marxismo no es fatalista sino optimista. Aquí es donde su crítica de la ideología del progreso y del optimismo fundado en la marcha en el "sentido de la historia" adquiere acentos benjaminianos: "Pero atención -advierte Peña. Atención. El optimismo revolucionario del marxismo no tiene nada que ver con el 'progresivismo'. El 'progresivismo' cree que las contradicciones se resuelven por sí mismas, a lo largo del tiempo. Así oculta al hombre su propio papel y anula el elemento humano activo, sin el cual no puede haber ningún progreso (Lukács). La confianza ciega en el ilimitado progreso del 'campo de la URSS y del

socialismo' -por ejemplo- es la réplica seudomarxista de la confianza que tenían los liberales spencerianos del siglo pasado en la paz perpetua y el medio de fraternidad librecambista que se alcanzaría por el comercio universal. El marxismo tiene optimismo y confía en el porvenir. Pero su optimismo no es el optimismo ciego y complaciente del 'progresismo'. El marxismo sabe que la categoría de peligro es esencial, es parte integrante y fundamental de todo proceso de avance y desarrollo, y también del proceso de desarrollo de la humanidad. Y por lo tanto el marxismo sabe que el termino de ese proceso puede ser la catástrofe, y que las más grandes posibilidades de crear un mejor destino humano van incesantemente acompañadas por las más tremendas posibilidades de volver hacia atrás y anular todo futuro humano. Y el único que tiene la llave de cambios para indicar el camino que se tomará es el hombre..." (I, 4-5) (32).

Teniendo en cuenta que su concepción de la historia está construida según un esquema clasista, y dado que en su **Historia** no están explicitados sus supuestos teóricos, es interesante atender al tramo de su curso en que define su concepción de las clases sociales. Contra cualquier forma de reduccionismo clasista, entiende que el marxismo sólo "afirma que hay un aspecto de la realidad que es el que más profundamente penetra en el hombre y más completamente lo circunscribe, condicionando el curso general de su vida exterior e interior. Ese aspecto de la realidad es el de la clase social a que pertenece el individuo". No es que los individuos sólo estén configurados en clases sociales: Peña, sin haber podido beneficiarse con el posmarxismo de Ernesto Laclau desplegado cuatro décadas después, observa en su curso de 1958 que todo individuo está atravesado por múltiples posiciones de sujeto: "El individuo es una persona cuando trata a sus superiores en el trabajo y otra cuando trata a los que están abajo de él; es una persona cuando está en la peluquería y otra cuando está en una reunión social; el individuo es un amante padre de familia desde la noche a las 8 de la mañana y un perfecto burgués de 8 de la mañana a 8 de la noche" (II, 1). Sin embargo, entiende que algunas de estas posiciones sociales tienen un peso mayor que otras y, siguiendo a Goldmann, ve "en la existencia de las clases sociales y en la estructura de sus relaciones, el fenómeno clave para la comprensión de la realidad social". En ese sentido, Peña pudo hacer suya legítimamente la siguiente afirmación de Goldmann: "y ésto no por razones dogmáticas, de fe o de ideas preconcebidas, sino simplemente porque nuestra propia investigación, así como todos los trabajos que hemos podido conocer, nos han demostrado siempre la importancia excepcional de este grupo social con relación a todos los otros" (V, 8).

De modo semejante a S. Frondizi, hay en Peña un careo constante del marxismo con ciertos desarrollos de las ciencias positivas, particularmente de la sociología, la psicología y la antropología americanas, de las que muestra un notable conocimiento. Entiende que incluso "todo el trabajo de la sociología no marxista de nuestros días -trabajo que se realiza principalmente en los EEUU, ciudadela del imperialismo, y al grito de '¡Abajo Marx!-', todo ese trabajo no hace más que poner en evidencia, empírica y hasta matemáticamente, la decisiva importancia de las clases sociales en la configuración del hombre contemporáneo" (V, 9). Cuestionando la lectura hiperdeterminista y economicista del marxismo sobre la relación base/superestructura, y apoyándose en Labriola y Gramsci, Lukács y Lefebvre (V, 5), Peña entiende a la clase social como una configuración que se realiza a partir de las posiciones estructurales: "la clase social es una constelación, una configuración, una totalidad de condiciones y formas de vida, que siempre tienden a marchar juntas, y que se estructuran en torno a la relación que diversos grupos humanos establecen respecto a otros en el proceso de trabajo mediante el cual se mantiene la sociedad entera" (V, 9).

Aunque el texto conservado del curso se interrumpe cuando precisamente está comenzando a exponer su lectura de la concepción materialista de la historia, es interesante observar -en el tramo inicial que se conservó- su perspectiva fuertemente anti-lineal y

antifuncionalista. El objetivo teórico-político consiste en cuestionar la codificación staliniana de los sucesivos y necesarios modos de producción (antiguo, esclavista, feudal, capitalista, socialista), la dinámica histórica fundada en las contradicciones de la base económica y la correlación funcional base/superestructura. Para Peña la historia se desenvuelve no según un desarrollo lineal y armónico, sino de acuerdo a un proceso desigual y combinado. A la "madurez" de la "estructura" para el socialismo, no necesariamente le corresponde la "madurez" de la "superestructura": la organización y la conciencia del proletariado, y viceversa, lo que significa "que un proletariado política y socialmente más maduro para conquistar el poder aparezca en países cuya estructura económica está muy lejos de hallarse madura para alumbrar relaciones de producción socialistas". De modo que, concluye Peña: "Las relaciones de producción condicionan de modo general la evolución de la sociedad. Si se quiere puede decirse - a mí no me gusta- que la estructura condiciona de modo general la superestructura. Pero esto no significa que entre ambos niveles haya una correspondencia o un encaje perfecto y sin contradicciones. Al contrario: las relaciones entre la esfera llamada estructura y las restantes esferas de la sociedad son relaciones extremadamente contradictorias, discordantes y explosivas. Es fundamental insistir y subrayar que el pensamiento marxista -por ser concreto, el pensamiento más plenamente concreto- capta y pone en evidencia no sólo la existencia de una 'estructura' que condiciona de un modo general la 'superestructura'; el marxismo capta también, al mismo tiempo, la existencia de una superestructura relativamente autónoma, que evoluciona conforme a sus propias leyes y cuyas relaciones con la 'estructura' constituyen un complejo entrecruzamiento de tendencias contradictorias que es preciso analizar en cada caso y que no pueden ser explicadas con ningún esquema simplista" (VI, 8).

El método del materialismo histórico es, pues, el que emplea Trotsky en su **Historia de la Revolución Rusa** -obra que constituye para Peña, después de **El Capital**, la principal contribución del marxismo contemporáneo-, donde el viejo revolucionario no se limita a "aplicar" a Rusia un esquema histórico general, sino que busca comprender la "anomalía" rusa según una metodología materialista; donde las clases no brotan de modo necesario de un modelo preestablecido, sino que se estudia la peculiar configuración de las clases en el nivel específico de la "formación social"; donde la conciencia de clase no es el "reflejo" de las condiciones económicas, sino que es el producto de un largo proceso construido a partir de las experiencias comunes de todos aquellos que comparten una posición (estructural) de clase.

En suma, la versión lineal, progresista y funcionalista del marxismo era la versión "tranquilizadora", la que alimentaba la "fe" y el optimismo fácil (I, 4; III, 3-4); la otra, la que no aseguraba de antemano la "síntesis" ni la "correspondencia", era la que se atrevía a pensar un proceso histórico complejo y abierto. Por otra parte, ¿cómo dar cuenta de la tragedia de la historia argentina, y de la propia tragedia de sus intelectuales revolucionarios, si no era a partir de una dinámica histórica donde objeto y sujeto, base y superestructura, condiciones objetivas y subjetivas no coincidían?

La puesta a prueba de la teoría: la revolución cubana

El propio Frondizi es conciente, en el transcurso mismo del año 1959, que se ha producido un nuevo vuelco en su vida, comparable al del año 1943 -el del abandono de la universidad tucumana, el del arribo a Buenos Aires, el del giro de sus estudios hacia la realidad argentina, el del lanzamiento hacia la política. Visto hoy, con las ventajas de la perspectiva histórica, es llamativa esta capacidad de autopercepción, cuando todavía no hay manifestaciones concretas del cambio. Estas se van a hacer visibles sólo a partir de un año después. La crisis y

disolución del MIR-Praxis, y la consecuente recolocación política de Frondizi como intelectual revolucionario, serán su inmediata consecuencia.

Un primer cimbronazo con la realidad fue para Frondizi el viaje de principios de 1959, en que visitó los principales países de Europa. Llegó a dictar conferencias y a participar en numerosas mesas redondas en centros universitarios de Italia, Francia y Yugoslavia, permitiéndole esta experiencia acceder a un conocimiento de primera mano de lo más avanzado del pensamiento europeo y de la realidad política de esos países. Según sus propias palabras, "se ha producido en mi vida un nuevo episodio que para cualquiera podría parecer circunstancial, que marca una nueva etapa: mi último viaje a Europa. La posibilidad de la meditación serena haciendo un alto en el camino, el conocimiento directo de la situación económica y social de la Europa actual, la ampliación de la visión general y la posibilidad de realizar comparaciones, la visión a la distancia de nuestro país, etc., produjeron, lo confieso, un impacto y, consecuentemente, un replanteo de todos los problemas. Y más que nada sobre lo realizado y sobre el futuro de nuestra acción" (33).

Esta última observación sobre "el futuro de nuestra acción", referida al MIR-Praxis, es particularmente significativa. Es posible que el contacto directo con los grandes procesos políticos europeos, las gigantescas organizaciones políticas de la izquierda, la experiencia del "socialismo autogestionario" yugoslavo, le hayan permitido tomar cierta distancia crítica en relación a la paciente actividad que desarrollaba aquí al frente de su pequeño grupo. Acaso la perspectiva que ofrece la distancia le haya permitido cotejar la marcada desproporción entre los grandes procesos políticos contemporáneos y la escasa eficacia política, real y potencial, que podía ejercer un intelectual revolucionario rodeado de un puñado de jóvenes. Aún en el realismo casi cínico de la crítica de ciertos populistas al estilo Jauretche, había un gramo de verdad cuando ironizaban sobre las ilusiones revolucionarias de los intelectuales alejados de las masas...

Sin embargo, en Cuba acababa de triunfar una revolución que se inició con la acción militante de un pequeño puñado de hombres (el primer núcleo guerrillero de la Sierra Maestra que sobrevivió a la experiencia del Granma era de 12 hombres) . Estos también habían estado liderados por un intelectual, que, como Frondizi, era igualmente un abogado. La incipiente revolución cubana parecía confirmar muchos aspectos del programa de **La realidad argentina**. Antes que nada, la incapacidad de la vieja izquierda para darse una estrategia revolucionaria, su divorcio con las necesidades de las masas. Pero además, parecía confirmarse el carácter permanente de la revolución latinoamericana, pues una revolución como la cubana que se inicia con demandas nacional-democráticas, se transformaba en el curso de unos pocos meses en revolución socialista. Incluso el Movimiento 26 de Julio podía ser definido en términos de una "nueva izquierda", enfrentado a la izquierda tradicional, organizado no en los rígidos términos del "partido revolucionario" sino de un "movimiento" y, como queda dicho, liderado por un intelectual que se radicalizaba en el curso de la lucha... Sin embargo, había un mundo de distancia entre los hombres que desembarcaron del Granma y los jóvenes del MIR-Praxis, entre la eficacia política del discurso de los castristas y el círculo de hierro intelectual del que no lograban salir los praxistas. Silvio Frondizi sigue refiriéndose, hacia 1959-60, a las grandes proyecciones históricas de su MIR-P, pero es perceptible cierto malestar del líder con la propia organización que creó, y en su discurso de entonces puede entreverse la búsqueda afanosa de una reorientación. El catalizador del giro será, sin duda, su visita a la Cuba revolucionaria.

Frondizi viaja a Cuba invitado por la Secretaría de Relaciones Exteriores del Movimiento 26 de Julio (M-26), y permanece en la isla de mayo a junio de 1960. La invitación provino de las gestiones que desde allá venía realizando el peruano Ricardo Napurí, que estaba instalado en Cuba apenas iniciada la revolución y que iba a convertirse en el enlace entre el Che y la nueva

izquierda armada latinoamericana. Las nuevas organizaciones armadas iban a retomar el nombre MIR, en Chile, en Perú, en Venezuela, etc., pasando a considerarse a la organización argentina fundada por S. Frondizi "el primer MIR de América Latina".

Ernesto Guevara aparecía entonces como el mejor interlocutor de Frondizi en la isla. Era el más interesado de todos los dirigentes de la revolución en cuestiones de teoría, el primero en reivindicarse como marxista, el menos apegado a las tradiciones nacionalistas, el más atento a las voces y las ideas internacionales. Napurí, además, preparó al Che, entonces presidente del Banco Central de Cuba, para el encuentro con Frondizi, le habló de su formación, le facilitó algunos de sus libros.

—Pero este hombre es trotskista— le habría advertido Guevara al leer los textos de Frondizi— y tengo entendido que esto del trotskismo es una mala cosa...

—¿Quieres leer directamente algo de Trotsky? —le propuso Napurí, y ante la respuesta afirmativa del Che, le facilitó una vieja edición de **La Revolución permanente**. A los pocos días, Guevara le habría reconocido a Napurí:

—¿Sabes tú que este viejo tiene razón? Estoy de acuerdo con él, sólo que yo escogí otro camino...(34).

Es así que Frondizi tuvo varios encuentros con el Che hacia mayo de 1960, de los que no se ha conservado ningún testimonio escrito. Según Napurí, que había sido el hombre de confianza de Frondizi y entonces lo era del Che, los dos revolucionarios —el intelectual y el guerrillero— conversaron apasionadamente durante horas. No obstante la impresión que cada uno parece haber provocado en el otro, el encuentro no tuvo resultados concretos. Frondizi saludaba con la revolución cubana el inicio de la revolución latinoamericana y así se lo hizo saber al Che. Pero le señaló una serie de reparos, que en lo fundamental tenían que ver con ciertos límites en la formación teórica y política de los cuadros revolucionarios cubanos, la ausencia de una política oficial hacia la cultura y el enorme riesgo de seguir dejando la universidad de La Habana en manos de la reacción. El otro aspecto que le preocupaba a Frondizi se vinculaba con los previsibles costos del apoyo soviético a Cuba y de la alianza del Movimiento 26 de Julio con el Partido Socialista Popular (los comunistas cubanos). El autor de **La realidad argentina** entendió ya en 1960 que la revolución sólo se podía consolidar en Cuba si se extendía por el subcontinente. El gran error estratégico de los cubanos podía ser concentrar todas sus energías en la construcción de un orden revolucionario en Cuba y abandonar la política externa en manos de los comunistas. Para evitar el encierro de la revolución y estrechar vínculos entre los cubanos y la izquierda latinoamericana no reformista, Frondizi habría propuesto a Guevara la creación de una Internacional revolucionaria latinoamericana.

El distanciamiento le daba a Frondizi una perspectiva que Guevara sólo adquiriría en los próximos años. Este se encuentra por entonces imbuido en los problemas de la organización postrevolucionaria cubana. Menos de un lustro después, cuando sea conciente de los límites de la edificación del socialismo en un país aislado y atrasado, y para colmo sofocado por la "ayuda" de los comunistas, se lanzará abiertamente al proyecto de dar unidad al movimiento guerrillero latinoamericano (a través del Ejército de Liberación Nacional). Pero estamos todavía en mayo de 1960. Guevara le propone a Frondizi, en contrapartida y atendiendo a muchos de sus reparos, instalarse en la isla, con el objetivo de crear una editorial revolucionaria latinoamericana y le ofrece el cargo de rector de la Universidad de La Habana.

La invitación no era, por cierto, despreciable: uno de los principales líderes de la revolución cubana le ofrece, a poco de conocerlo, un lugar destacado en la construcción del nuevo orden socialista. Pero Frondizi no aspiraba a un reconocimiento en su mero papel de editor o profesor de izquierdas, sino a ganarse un lugar como conductor político; no quería un lugar subalterno en una revolución triunfante, sino liderar una revolución en su propio país. Y para

ello, la experiencia cubana le había dado una serie de pistas para reorientar políticamente el MIR-Praxis a su regreso a la Argentina.

La revolución cubana parecía poner en entredicho los pronósticos y la estrategia de todos los reformismos y fortalecer las orientaciones de los praxistas. En efecto, mientras los acontecimientos de la revolución cubana sacudían a todas las organizaciones políticas de la Argentina, provocaban debates, adhesiones y rechazos entusiastas y fracturas políticas, los aparatos tradicionales reaccionaron con lentitud. Tanto los comunistas de Codovilla como los trotskistas de Moreno tardaron en comprender los acontecimientos y en posicionarse positivamente hacia ellos, mostrando una primera actitud de recelo y desconfianza ante la nueva dirección revolucionaria que surgía en Cuba y comenzaba a proyectarse por América Latina.

La primera actitud de Frondizi fue, apenas estallaron los primeros acontecimientos, de simpatía por la revolución. Esto sin duda fue facilitado por el peso que el "sector latinoamericano" -fundamentalmente, de militantes de izquierda exilados provenientes de distintos países de América Latina- tenía dentro de Praxis. No en vano el peruano Napurí fue uno de los primeros en reaccionar, viajando a Cuba en enero mismo de 1959, a los pocos días que las tropas rebeldes entraron en La Habana. Pero sin duda un acontecimiento como la revolución cubana era más congruente con la perspectiva estratégica de **La realidad argentina** que con la de los comunistas o los trotskistas "ortodoxos". Y esto es lo que Frondizi busca poner de relieve en su libro sobre la revolución cubana, que se apura a redactar a su retorno de La Habana.

La revolución cubana. Su significación histórica, cuya advertencia está fechada en setiembre de 1960, aparece en diciembre de ese mismo año. Fiel a su método de no limitarse a una interpretación general según un esquema *a priori*, Frondizi aprovechó intensamente los dos meses de estadía en Cuba para imbuirse de todo tipo de información sobre la historia pasada y presente de Cuba. "Recogimos materiales escritos, recorrimos instituciones, hablamos con gente de todas las condiciones" (35). El volumen tenía el atractivo de ofrecer, además de un marco de interpretación de la revolución, una enorme masa de información de buena fuente y seriamente presentada.

Frondizi busca en el curso del libro comprender la revolución en el marco de las tesis marxistas -por él reactualizadas- del desarrollo desigual del capitalismo, de la contraposición entre países centrales y periféricos, de las contradicciones que se acumulan en los "eslabones más débiles de la cadena imperialista", como es el caso de Latinoamérica. Más específicamente, busca explicar el curso de la revolución cubana en términos de revolución permanente: "Empezó [...] con caracteres pequeñoburgueses de frente nacional, sin discriminaciones de ninguna clase; su meta fue al comienzo el derrocamiento de la dictadura de Batista. Bien pronto se transformó en una lucha antimperialista, con un frente más restringido, para concluir en una acción en profundidad en contra de determinados sectores de la burguesía nacional; es decir, empieza a colocarse en los umbrales del socialismo" (p. 149).

Frondizi entiende -un año y medio antes de la Segunda Declaración de La Habana- que esta es la dinámica de la revolución cubana: de revolución nacional-antimperialista a revolución socialista. Pero si bien esta es la tendencia de la dinámica social, todavía en 1960 la revolución se encuentra, según Frondizi, en una disyuntiva. "Es decir, la revolución cubana tiene dos caminos. Uno es el de contemporizar con los representantes de la reacción, el imperialismo, la iglesia y la gran burguesía. No creemos que la revolución siga ese camino, que la conduciría al desprestigio y al desastre a través de la entrega. El otro camino es el de profundizar la revolución, porque si quiere sobrevivir no puede detenerse; y no puede hacerlo tanto en el orden interno como en el externo. En el primero, la misma dinámica de la lucha contra la reacción

internacional y nacional le ha ido obligando a tomar medidas económico-sociales de carácter cada vez más socialista. Las fuerzas sociales del país -particularmente el pueblo en armas- la empujan en ese sentido" (p. 137).

Si la revolución cubana sólo se puede salvar, al decir de Frondizi, "profundizándola en su interior y expandiéndola en el exterior" (p. 142), dos grandes tipos de obstáculos tenía ante sí este gran proceso histórico. Uno se refería a los propios límites de la dirección cubana; el otro, a los riesgosos vínculos que iba estrechando con el comunismo local a internacional. El horizonte político inicialmente nacionalista de los dirigentes cubanos podía comenzar a constituirse en un obstáculo para la internacionalización de la revolución:

"Es decir, la revolución debe tomar espacio, amplitud continental o será ahogada. De aquí que los dirigentes cubanos se vean frente a una disyuntiva: su propia mentalidad y las necesidades objetivas. Al hablar de mentalidad, nos referimos a la preparación ideológica de los dirigentes de Cuba, que no es de contenido revolucionario en el sentido profundo de la expresión, sino más bien de tipo pequeñoburgués, nacionalista".

No son concientes aún, según Frondizi, de la imperiosa necesidad de una estrategia de internacionalización de la revolución: "Miran al exterior como apoyo a la propia revolución, y no con la concepción de una estrategia continental..." (p. 143). Su horizonte ideológico es, para el autor de **La realidad argentina**, también limitado, como se pone de manifiesto en "la exaltación de la doctrina de Martí" (p. 158). Recordemos que los pronunciamientos estratégicos de la dirigencia cubana por el socialismo y la adscripción al "marxismo-leninismo" serán inmediatamente posteriores y que, como ha señalado Carlos M. Rama, en "los primeros años de la Revolución cubana [...] sus protagonistas directos se reclamaban de ideas más tradicionales, y por cierto no estrictamente socialistas. Para su revista **Humanismo** (que en México dirigía Raúl Roa), se trataba de una versión del 'humanismo político', forma racionalizada del radicalismo finisecular, y, lo mismo que para el propio Fidel Castro, suponía una continuación de las ideas del líder espiritual de la independencia cubana en las guerras de 1868 a 1898, José Martí" (36).

El otro gran obstáculo para la expansión de la revolución estaba dado, para Frondizi, por el "cerco comunista": "Esta es para nosotros la más grave contradicción de la revolución cubana y la que puede llevarla al desastre: por un lado necesita de la ayuda de los partidos comunistas continentales y de la URSS y, por el otro, tanto los unos como la otra tratan de impedir la propagación de la revolución" (Frondizi, 1960: 144). Esta necesidad de apoyo externo ha empujado a la dirección castrista a una creciente alianza con los comunistas cubanos, que fueron ajenos a la revolución y hoy buscan reacomodarse dentro de ella. Los hombres del PSP no tienen peso alguno dentro de la isla, pero "en el orden externo, la situación es al revés. Los cubanos necesitan romper el cerco de silencio en algunos casos y de mentiras en otros, que les impone el imperialismo, y el único vehículo para hacerlo son los partidos comunistas en general, y en particular los latinoamericanos. Cuba está llena de dirigentes latinoamericanos de dichos partidos y casi todos ellos, si bien se ven obligados a aplaudir la revolución, son ultrarreformistas en lo que se refiere a las posibilidades de revolución en sus respectivos países" (p. 160).

La revolución cubana implicaba en sí misma una ruptura con las estrategias reformistas, de "revolución por etapas", de frente nacional con las burguesías criollas, propias de los comunistas. Pero la necesidad cubana de apoyo internacional les daba a los dirigentes del PSP un lugar y una legitimidad que no se habían ganado como revolucionarios. Para peor, todavía en 1960 negaban el carácter permanente de la revolución cubana, buscando constreñirla en los términos de una revolución agraria-antimperialista (37).

La revolución cubana había despertado una extraordinaria ola de entusiasmo entre los intelectuales latinoamericanos. Abundaron por entonces, en la década del 60, los libros de viajeros a la isla, los testimonios, los ensayos políticos. Si bien puede incluirse por muchos motivos el libro de Frondizi dentro de esta constelación, hay también en él un punto claro de diferenciación. Frondizi es capaz de integrar, en un mismo movimiento, un fervoroso elogio de la revolución y sus logros, con una puntualización aguda de sus riesgos. Sólo puede pensar los procesos problemáticamente, a través de contradicciones, y así piensa la revolución cubana.

Por una parte, Frondizi entiende que el nuevo Estado cubano implica una ruptura cualitativa con el Estado burgués y su modalidad de representación. Para el autor de **La revolución cubana** los comités populares, así como el ejército rebelde, representan formas de autogobierno, de democracia directa, que le dan un carácter distintivo al Estado revolucionario. Consecuente con el programa democrático-roussonianiano de su juventud, entiende que la revolución cubana es un primer paso en el sentido de superar el callejón sin salida de los Estados fundados en la representación política: "Por el contrario, el pueblo debe deliberar y gobernar por sí mismo; y debe empezar a hacerlo desde ya, para comenzar a ser gobierno" (Frondizi, 1960: 155).

Pero esta "institucionalización de la revolución" también tiene sus riesgos, que Frondizi se atreve a puntualizar: "Confesamos que en nuestra estada en Cuba tuvimos el temor de la burocratización, a través del aparato estatal civil y el Ejército Rebelde [...]. En efecto, caído un sistema con todo su equipo, le sustituye otro, formado por un lado por revolucionarios, pero por el otro por gente que toma el gusto al buen vivir, con todo lo que significa estar en el poder. Así, lentamente, se va formando una nueva burocracia, que bien pronto empieza a presionar para que la revolución entre en componendas y se mantenga en esa forma el 'statu quo' que le favorece económica, política y socialmente hablando. Y en Cuba vimos algunas familias, pocas, de revolucionarios que vivían demasiado bien. He aquí el origen de nuestra duda" (pp. 153-154).

Frondizi respondió a la invitación oficial cubana comprometiéndose con la causa de la revolución, pero no se sintió obligado, ni mucho menos, a pintar un cuadro idílico ni a hacer la apología de sus dirigentes. Antes bien, dejó estampada en su libro la repulsa que le provocaron muchos "revolucionarios" que comenzaban a vivir de la revolución:

"En este sentido el espectáculo es realmente deprimente; individuos que nada representan en sus respectivos países, o que representan el más asqueroso reformismo, van a Cuba a hacer cuentos de las mil y una noches y a prometer revoluciones, etc.

"Buscan prestigio y dinero a costa de los cubanos. Al comienzo, según propia confesión del dirigente cubano, le 'vendieron varios tranvías'; ahora se han hecho más recelosos y no se les engaña tan fácilmente. Entonces los caballeros de industria se conforman con alcanzar prestigio y vivir con toda comodidad en los hoteles de lujo, construidos para los turistas norteamericanos.

"Así se pasan meses y meses viviendo a costas del sufrido pueblo cubano, sin ninguna actividad positiva para la revolución, salvo la de escribir cartas o postales a los amigos. Engordan tomando sol y comiendo en los magníficos solarium. Después de esto, nada, salvo el consabido elogio ditirámico a los líderes revolucionarios; es el precio que pagan por las atenciones que reciben" (pp. 162-163).

No pasará mucho tiempo del encuentro entre Frondizi y el Che antes de que éste defina una serie de posturas convergentes con las de **La revolución cubana**. Frente a la estrategia etapista de los comunistas, Guevara reafirmará la posibilidad de la revolución socialista en América Latina y la vigencia de la revolución en el subcontinente. Advertirá también de ciertos riesgos de la burocratización en la revolución y, tras regresar desengañado de sus misiones en

la URSS y China, se referirá críticamente al "aburguesamiento" de los Estados Obreros. Será la expresión más cabal del pensamiento marxista dentro del M-26 en la etapa misma de su gestación, distante tanto del populismo socialcristiano de un Camilo Cienfuegos, como del humanismo revolucionario de Fidel Castro. Cuando el finalmente unificado Partido Comunista Cubano adopte el dogma "marxista-leninista", el marxismo del Che mantendrá un carácter sumamente heterodoxo. En su gestión económica, su preocupación por los "estímulos morales para la producción" daban una pauta de su distanciamiento de cualquier construcción de las "bases objetivas", "materiales", del socialismo, sin construir simultáneamente una nueva subjetividad. El "hombre nuevo" de Guevara tenía, sin duda, muchos puntos de contacto, con el "militante integral" que postulaba Frondizi (38).

Sin duda, Guevara arribó a estas conclusiones y atisbó estos problemas a través de su propia y trágica experiencia. Pero no es aventurado conjeturar que Silvio Frondizi haya enviado un ejemplar de su libro a su compatriota y más agudo interlocutor en Cuba. Y no es descartable que el Che, ávido por entonces de literatura marxista, le haya prestado atención. ¿Habría jugado **La revolución cubana** de Silvio Frondizi algún papel en la evolución ideológica del Che?

M. Peña: la ruptura con Moreno y la experiencia de la revista *Liberación* (1960-1964)

Entre 1958 y 1959 Peña termina por desvincularse definitivamente del grupo morenista. Además de los conflictos crónicos con la organización derivados de su discriminación por su condición de intelectual y de la conflictiva relación personal con Nahuel Moreno, los años 50 fueron acumulando diferencias políticas entre Peña y el partido.

Según la declaración de algunos entrevistados, en 1952 y en años sucesivos se habrían planteado discusiones entre Moreno y Peña en torno a la caracterización de la revolución boliviana, de las que no han quedado testimonios escritos. Estas diferencias se extenderían luego a la evaluación de la situación en América Latina. Esta tendencia se habría fortalecido tras el viaje de Peña a Santiago de Chile en 1955. Este habría aprovechado la ocasión para visitar a algunos miembros de la dirección del Partido Obrero Revolucionario (POR) de ese país, organización hermana a la de Moreno y encuadradas ambas en una organización latinoamericana de partidos trotskistas de la región -Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo, SLATO- enfrentada a la del Buró Latinoamericano -BLA- liderado por J. Posadas y que contaba con el respaldo de la IVª Internacional. Si bien el grupo de Moreno y el POR que lideraba Enrique Sepúlveda coincidían dentro del SLATO en cuestionar la orientación de acercamiento a las corrientes nacional-populistas propiciado por el BLA, el partido chileno parece haber adoptado una actitud menos zigzagueante y sectaria que los morenistas ante estos movimientos latinoamericanos. Peña había estrechado lazos de amistad, antes de su partida de Argentina, con Luis Vitale, por estos años radicado en Santiago como militante del POR e historiador del movimiento obrero chileno. Reencontrados los amigos luego de varios años, escribieron juntos un artículo para la revista del partido chileno donde se intentaba caracterizar la nueva situación latinoamericana tras la revolución boliviana ("Nueva etapa en América Latina"), que implícita y sutilmente polemizaba con las posturas latinoamericanas de Moreno (39).

Pero el punto decisivo de la ruptura política se producirá con motivo de la revolución cubana. Mientras Peña saluda el advenimiento de la primera revolución socialista en el continente (v. infra), el grupo de Moreno no acierta a caracterizar correctamente los acontecimientos de la revolución, sin poder ir más allá de una disparatada proyección de la situación argentina a Cuba (por otra parte, ampliamente extendida a muchos observadores

políticos de la época). Según artículos aparecidos en **Palabra Obrera**, diversos documentos e intervenciones públicas, el dictador depuesto en la isla, Fulgencio Batista, es entendido como el "Perón cubano" y la revolución que lo derroca en enero de 1959 como una nueva "Revolución libertadora", realizada con el aval de los Estados Unidos. Fidel Castro es una suerte de Kerenski cubano. Según el citado Vitale, Moreno habría sostenido en la Conferencia del SLATO realizada en Santiago de Chile, en 1960, "que Batista representaba la burguesía nacional cubana" y que la revolución castrista no había alterado la bases sociales y políticas de ese país: "el Estado cubano seguía siendo en esa fecha esencialmente burgués" (40).

Pero las dificultades para la organización morenista no sólo se le planteaban en la caracterización de la situación exterior. La táctica entrista en el peronismo planteaba graves problemas organizativos y políticos. Uno de los picos más altos de conflicto se planteó cuando, en su táctica de acatamiento a la dirección peronista, Palabra Obrera, fiel a su lema de funcionar "bajo la disciplina del General Perón y del Consejo Superior Peronista", llegó al extremo de llamar a votar en 1958 por el candidato de la UCRI, Arturo Frondizi. Uno de sus dirigentes justificaba muchos años después esa decisión dentro de la táctica entrista en los siguientes términos: "cuando Perón ordenó votar por Frondizi, nosotros acatamos para acompañar la experiencia de los trabajadores diciendo (no callando) que esa decisión era un error trágico y que Frondizi no iba a cumplir nada de lo que había prometido..." (41). Recordemos que, por otra parte, buena parte de la clase trabajadora argentina, y en especial los sectores combativos del peronismo, no acataron la directiva de su líder, y votaron en blanco en las elecciones de 1958. No es difícil imaginar el alto precio que aquella generación de militantes formados en el marxismo (y en una de las tradiciones más antiperonistas del marxismo argentino) tenía que pagar para poder formar parte de las luchas obreras del momento: la renuncia a su autonomía política, la renuncia a su identidad pública.

El sectarismo en la política latinoamericana, las contradicciones propias del entrismo, el desgaste de muchos militantes, provocaron no pocos conflictos en las filas morenistas. Uno de los más serios, a principios de 1959, culminó en una escisión del partido de una parte importante del sector sindical. Rechazando la táctica entrista, acusando a la dirección morenista de "liquidacionismo organizativo", de "aventurerismo ideológico", de "sumergirse completamente en la marea peronista", y de dejar de "impulsar la lucha independiente del movimiento obrero", rompen con Palabra Obrera, entre otros: Héctor Fucito, secretario del sindicato de obreros navales, Domingo Arrans, secretario del gremio de los trabajadores de la lana, Rubens Vitale, entonces obrero metalúrgico y hermano del historiador Luis Vitale; finalmente, se agregará al grupo el militante Enrique Morandeira. El líder del grupo, Pepe Speroni, uno de los más viejos militantes de la corriente morenista, había sido el responsable legal del periódico **La Verdad** y llegó a ser secretario general del sindicato de los publicitarios. Había sido dirigente en el período más combativo de las 62 organizaciones y, recientemente, con motivo del movimiento huelguístico de enero de 1959, había sido designado miembro del Comité Nacional de Huelga.

En un principio, la orientación del grupo no es precisa. Acuerdan en rechazar la estrategia entrista y seguir trabajando por la organización independiente del movimiento obrero. Poco después, plantearán incluso la necesidad de conformar un partido obrero revolucionario. No obstante, tratándose de militantes obreros, formados en el fragor de las luchas peronistas y en un grupo trotskista que realizaba su experiencia entrista, no son ajenos a las seducciones del discurso del nacional-populismo. Su publicación llevará esa impronta: se llamará primero **Liberación nacional y social** (1960-1961) y luego **Revista de la Liberación** (1963-1964). Peña, amigo personal de Pepe Speroni, participará en sus reuniones y colabrá número a número en la revista. Por otra parte, la asimilación de Peña al "grupo

Liberación", que se acababa de enfrentar a Moreno en un debate que había terminado en la fractura del partido, significaba su definitiva delimitación con Palabra Obrera.

El primer número de **Liberación nacional y social**, subtitulada **Revista mensual por la revolución nacional y latinoamericana**, apareció en agosto de 1960. Hasta principios de 1961 aparecen cuatro números con una periodicidad bimensual. Su factura es modesta -está impresa a mimeógrafo-, pero prolifica -el tipeado, mecanografiado en máquina de escribir, está sumamente cuidado, y recubierta por una tapa de cartulina impresa en offset. Desde un principio **Liberación** se parece bastante poco a un boletín gremial o al periódico de una fracción sindical. Trata temas no sólo sindicales, sino de política nacional e internacional, buscando dirigirse a amplios sectores de la izquierda y del movimiento obrero combativo. Hay, a lo largo de toda su trayectoria, una tensión en su discurso entre las interpelaciones obreras y las nacional-populares. Esta tensión se vislumbra ya en el primer editorial: "Si la clase obrera no erige en dirigente del movimiento nacional, con un programa de acción que sirva para arrastrar en la lucha a las masas explotadas de la ciudad y del campo, a la clase media urbana, sombrías serán las perspectivas para el país". **Liberación** quiere, según dice, "contribuir con su voz al diálogo necesario e imprescindible para provocar un nuevo renacer de las fuerzas obreras", y al mismo tiempo invita a colaborar en ella "a todos aquellos que se ubican en una línea antimperialista obrera nacional" (42).

El grupo hereda de la experiencia entrista en el peronismo una matriz conceptual para pensar la realidad argentina en términos de clases sociales que luchan por la hegemonía dentro del "frente nacional". El peronismo había sido, desde el gobierno, un frente nacional, pero la falta de una política por parte de la dirección peronista para reconquistar el poder había sumido a las masas obreras en un vacío de dirección. Huérfanas de una verdadera dirección, buscaron espontáneamente impedir el golpe de setiembre de 1955, organizaron la resistencia bajo la "revolución libertadora" y encabezaron las luchas contra el frondicismo en el poder (43). Pero hasta el nº 3 sólo se habla de la necesidad de un programa y de una nueva dirección para el movimiento obrero, dentro del frente nacional. Recién en el nº 4 (enero/febrero/marzo de 1961) se señala que esto era "demasiado general" y se postula la necesidad, por parte de la clase obrera, de tomar el poder político "si sus elementos más concientes se organizan en un Partido Obrero Revolucionario". El grupo incorpora a un sector que rompía del MIR-Praxis de Silvio Frondizi y la revista comienza a ocuparse del balance crítico de las fuerzas de izquierda ("Evolución del socialismo argentino", "El movimiento obrero y la izquierda", la izquierda y el movimiento estudiantil, etc.). Al mismo tiempo, este es el número en que la tensión entre las interpelaciones nacionales y las de clase deviene contradicción abierta, como es manifiesto en el debate que sobre las jornadas del 17 de octubre de 1945 mantienen Enrique Morandera y Milcíades Peña.

Peña, a pesar de no provenir de la fracción sindical, se integra vía Pepe Speroni al grupo **Liberación**. El grupo, lejos de exigirle su "proletarización", valoraba la colaboración de Peña como intelectual. Es significativo que, pese al carácter mayoritariamente obrero del grupo, postulase la necesidad de integrar a "la clase media urbana" al frente nacional hegemonizado por el proletariado. Esto es aún más llamativo en el contexto y en la tradición de las izquierdas trotskistas, de desprecio de la pequeño-burguesía (de la que, por otra parte, provenían muchos de sus dirigentes). Y es más notable aún que en el citado editorial del nº 4 postule la necesidad de la "formación y organización de una inteligencia obrera, tarea esencial y decisiva en la que fracasaron todos los grupos que intentaron infructuosamente formar el partido". Incluso llega al punto de sostener que "Toda clase social, para poner a resguardo sus intereses y luchar por sus fines históricos, necesita destacar de su seno a un grupo de vanguardia". Así como la burguesía tiene sus teóricos y sus políticos profesionales que crean doctrinas, programas y diversas

teorías, "la clase obrera, por su situación desfavorable, acostumbrada a que le quiten y a no quitar, habituada a la condición de desposeída, es la que más necesita esa vanguardia consciente para compensar sus desventajas [...] formando un cuerpo de intelectuales, capaces de transformarse en hábiles políticos, que contrarresten la terrible presión ideológica burguesa, que se ejerce sobre las masas trabajadoras" (**Liberación**, nº 4, cit., p. 1-2).

Es probable que esta enfática defensa del trabajo intelectual proviniera, antes que de los ex-morenistas, del grupo de ex-militantes del MIR-Praxis, que acababan de incorporarse al grupo **Liberación**. Pero también es cierto que algunos de los primeros, particularmente Pepe Speroni y su amigo Milcíades Peña, eran intelectuales en proceso de profesionalización, y no es difícil suponer que habrían aceptado de buen grado las posturas de los ex-praxistas. Pero sea como fuere, estas declaraciones eran un respaldo y un aval para el trabajo de Peña dentro del grupo.

En el artículo titulado "Yanquis o ingleses" del primer número, Peña, bajo el seudónimo de José Golan, trata de "las relaciones político-económicas del país a partir de 1955". En ningún momento apela, como es característico en el discurso de izquierda de la época, a explicaciones del tipo de la "traición" Frondizi, o la "infiltración" de los hombres del imperialismo (Alvaro Alsogaray) en el gabinete nacional. Busca comprender, más allá de los movimientos de figuras o desacuerdos parciales, las causas estructurales del giro de la clase dominante argentina, posterior a 1955, hacia las inversiones norteamericanas. En realidad, aclara, "desde la primera guerra mundial comienza a sentirse en la Argentina la influencia de la nueva gran potencia mundial: los EEUU, que aumenta continuamente desde entonces. Con la segunda guerra -de la cual Gran Bretaña sale prácticamente exhausta- se agudiza ese proceso que culmina el 16 de setiembre de 1955" (44). Con gran acopio de información, producto de sus investigaciones sobre la clase dominante argentina, busca demostrar que fue esta clase la que logró recuperar el control directo del aparato de Estado tras el golpe militar de 1955 y, desde entonces, su estrategia "consiste en integrar en forma total y absoluta a nuestro país en la órbita del gran capital financiero internacional, para atraer capitales extranjeros" (p. 17). Ese objetivo se habría ido logrando a través de "concesiones" y "reparaciones" a todos los grupos económicos extranjeros que se consideraron perjudicados por las anteriores medidas de nacionalización, con el levantamiento de todas las restricciones a la repatriación de ganancias y capitales extanjeros, y con el ingreso de la Argentina a los organismos financieros internacionales (FMI, Banco Mundial, etc.). Pero Peña remarca que el problema no consiste en que "el imperialismo" dicta la política económica nacional, sino que, "Estas medidas, independientemente del FMI, constituyen en líneas generales el programa de acción de la gran burguesía argentina" (p. 17).

Ahora bien, si la nueva política económica posterior a 1955 busca restablecer las relaciones con el gran capital financiero internacional en su conjunto, y si las medidas no buscan perjudicar ni a EEUU ni a Gran Bretaña en particular, "¿cuál es el imperialismo que domina en la Argentina?", se pregunta Peña. Y argumenta: "Los dos grandes rubros que conforman la esencia de esas relaciones son el intercambio comercial y la inversión de capitales. En el lapso que nuestra economía basaba su existencia en el comercio de carne con Gran Bretaña, unido a la propiedad de nuestro sistema de transporte por parte de aquélla, el país estuvo supeditado al capitalismo inglés.

"Pero en las últimas décadas se ha producido en el país un cambio de estructura con el desarrollo industrial que ha creado nuevas necesidades, fundamentalmente la capitalización de ese sector que para ello tiene dos caminos, que está recorriendo al mismo tiempo: la restricción del consumo (léase reducción del salario obrero) y el recurrir a las inversiones extranjeras. frente a ellas el intercambio comercial es completamente secundario, pues la inversión de

capitales da la propiedad de los medios de producción, lo que permite explotar directamente la fuerza de trabajo y adquirir el control económico y político del país" (pp.18-19). Y mientras Gran Bretaña ha dejado de ser el gran mercado de capitales del mundo, el relevo lo han tomado los EEUU, los grandes beneficiarios, junto a la gran burguesía argentina, del nuevo rumbo político-económico del país.

En el segundo número -setiembre-octubre de 1960-, Peña, siempre bajo el seudónimo de José Golan, se ocupa de las "Perspectivas de la revolución cubana". El grupo **Liberación**, a diferencia de los morenistas, había saludado desde su primer número a la revolución cubana. Peña, dentro de este espíritu pero buscando ir más allá de él, entiende que esta revolución ha abierto la primera brecha de importancia dentro del nuevo cuadro de dominación de Estados Unidos sobre Latinoamérica. La diferencia entre otros intentos nacional-antimperialistas fracasados (como el de Perón en Argentina o el del coronel Arbenz en Guatemala) y el triunfo del proceso cubano radicaba, para Peña, en que "el pueblo cubano ensaya la participación *directa* de las masas en el poder". El pueblo autoorganizado y armado no es sólo la única condición para ejercer el poder, sino también para obtenerlo.

En coincidencia con el diagnóstico de Silvio Frondizi, señala la necesidad y también los riesgos de la ayuda del mundo comunista a Cuba, y si bien reconoce "el valor, el coraje, la actividad de los jefes de la Revolución", así como "la evidente confianza popular en ellos", no deja de observar la necesidad de que se constituya en la isla un partido obrero con estrategia clara y coherencia ideológica. Es probable que también se deba a la pluma de Peña, escondido bajo otro de sus tantos seudónimos, otro artículo aparecido en el mismo número. Se trata de un documentado análisis, basado en información estadística, sobre la evolución de los salarios reales de los obreros industriales en la Capital Federal y sobre la relación entre salarios y desarrollo económico.

En el nº 3 (noviembre-diciembre de 1960), uno de los editores de la revista, Mora (Enrique Morandeira), el más inclinado a las interpelaciones nacional-populares, publica un artículo de conmemoración de los quince años de las jornadas del 17 de octubre de 1945 (45). Según Mora, "Han pasado 15 años de aquel 17 de octubre de 1945, el del terror de la oligarquía y de todos los opresores, el de los 'negros' refrescándose los pies cansados de la caminata en la fuente de la Plaza de Mayo, con la indignación de toda la gente 'culto y democrática' del país, el de las masas perdiendo poco a poco la paciencia ante el desconocimiento de la situación del coronel, que representaba para ella todas las aspiraciones, el de la capitulación de la burguesía ante los trabajadores reflejado en la libertad de ese hombre y la vuelta a la calma de las masas ya inflamadas ante su aparición. Quince años de aquella gesta magnífica, e incomprendida por muchos honestos luchadores, que se movían por esquemas extranjeros, de los países adelantados de Europa. Quince años de la más grande huelga, manifestación coronada por el triunfo de nuestra clase trabajadora" (p. 35).

El autor quiere aprovechar el aniversario para recalcar que esas luchas obreras de 1945 fueron llevadas a un callejón sin salida por la dirección peronista, en el gobierno hasta 1955, y fuera de él desde entonces. Y señalar que en las condiciones actuales (1960) ya no bastan los movimientos espontáneos de las masas, posibles entonces, sino que es necesario que la vanguardia obrera se agrupe en un partido revolucionario. Pero lo innovador del planteo de Mora, por provenir de un trotskista ajeno a la "izquierda nacional", era incluir la jornada de octubre dentro de las tradiciones de lucha revolucionaria de la clase obrera argentina.

Pero Peña golpeó incisivamente sobre el intento de Mora, presentando a la redacción un artículo en que puntualiza nueve diferencias. Su título era inequívoco con respecto a la orientación: "A propósito de un artículo apologético sobre el mito del 17 de octubre". En primer lugar, enrostra una contradicción en el proyecto político de **Liberación**: una revista que

postula la revolución de los trabajadores y que al mismo tiempo busca "perpetuar aquellos mitos peronistas que constituyen una traba real y política en el camino de la clase trabajadora argentina". En segundo lugar, señala que las loables intenciones del autor de cuestionar la actual burocracia peronista a partir de aquella jornada es un despropósito: el mito del 17 de octubre, "difundido durante años por la Secretaría de Propaganda que dirigía Apold y por escribientes 'rojos' que para ella trabajaban" -en referencia a Jorge Abelardo Ramos-, no es otra cosa que la "justificación histórica", el mito fundante, la fuente ideológica de legitimación de aquella burocracia. En tercer lugar, y retomando sus análisis sobre los orígenes del peronismo escritos pocos años atrás, pero todavía inéditos, señala que en el 17 de octubre los trabajadores argentinos "consiguieron alcanzar sus objetivos del momento sin movilizarse como clase, sin emplear métodos revolucionarios, sin contar con dirección propia, tan solo sencillamente, sirviendo de masa de maniobra disciplinada y obediente a los generales, los burócratas, los políticos burgueses, los curas y los jefes de policía que arreglaban sus cuentas con otros generales y otros políticos". En cuarto lugar, precisa que el 17 no fue, como pretende Mora, "una capitulación de la burguesía ante los trabajadores", pues "los agentes que la burguesía emplea para ejercer y administrar su poder sobre los trabajadores -es decir, Ejército, Clero, Burocracia Estatal, Políticos- *no fueron derrotados*". Por otra parte, Perón representaba una forma de orden burgués, aún cuando la burguesía argentina no lo aceptase.

¿Pero puede entenderse al menos al 17 de octubre como un movimiento nacional antimperialista? No, responde Peña, dada la rivalidad entre el imperialismo inglés y el americano por el dominio de la Argentina, el 17 de octubre debe entenderse como "un movimiento de militares, burócratas, curas, policías, políticos burgueses y obreros [que] derrotaron a la oposición proyanqui y devolvieron la tranquilidad al gobierno proinglés de Farrell-Perón". ¿Pero fue, al menos, un movimiento espontáneo, autónomo y revolucionario de la clase obrera? Tampoco: la clase obrera salió a respaldar a Perón, pero no espontánea ni autónomamente: fue convocada por "la burocracia estatal (Cnel. Mercante y su séquito de Trabajo y Previsión), el Ejército y la Policía que está controlada por el Ejército (Cneles. Velazco, Mitelbach, Pistarini, Sosa Molina), curas y políticos burgueses (Colon, Bramuglia, Eva Duarte, Benítez) y burócratas sindicales inspirados por la iglesia y manejados por Trabajo y Previsión (Reyes), [quienes] deciden convocar a la huelga general". En realidad, la derrota decisiva de la coalición bradenista se había producido el 15 de octubre, cuando la sola fuerza de la Policía Federal logró derrotar en la calle el levantamiento del general Vernengo Lima, apoyado por los estudiantes de la FUBA y los comandos civiles. "Allí quedó sellada la suerte del golpe antiperonista de octubre de 1945. Las masas fueron llamadas después...para completar el triunfo político, cuando ya lo decisivo estaba resuelto. Igual método empleó el peronismo en setiembre del 51 cuando el conato de Menéndez, y en junio del 55 cuando el ensayo general de la Libertadora, y lo mismo hubiera hecho en setiembre si Lonardi y Rojas hubieran fracasado. Es decir: el control de los sucesos se confiaba al Estado, al ejército, a los burócratas. Después las masas eran llevadas a la Plaza para aplaudir, cantar y victorear" (46). La crítica era respetuosa, pero sin concesiones, y daba en el centro de las contradicciones del grupo **Liberación**. Peña, con su artículo, les señalaba: ¿era posible luchar por la emancipación de la clase trabajadora y, al mismo tiempo, reproducir los mitos que contribuían a mantenerla sometida? Peña libraba la batalla en el campo en que se sentía más fuerte, el del debate historiográfico, el de la perspectiva por constituir una tradición socialista propia. Pero golpeaba en un aspecto político central del proyecto de Speroni y su grupo: ¿era posible hacer y pensar la política en términos de "frente nacional", por más que en sus aspiraciones este debiera ser liderado por la clase obrera? ¿Debía esta clase, en la lucha por su emancipación, educarse en la tradición nacional-popular o en la de la autonomía obrera? En suma, la pregunta era: ¿populismo

o clasismo, política nacional o política de clase? No sería desatinado pensar que, a través de la crítica a Mora, Peña rompe definitivamente con el marco de análisis que justificaba la táctica entrista de los morenistas. La crítica a Mora es también, pues, una crítica al Hermes Radio de "Peronismo y revolución permanente", y una vuelta de Peña a la vena más polémica y corrosiva de sus análisis sobre el peronismo.

Aparentemente, el grupo no quería o no estaba en condiciones de replantearse su estrategia en estos términos. El comité editor se limitó a publicar el texto de Peña acompañado de una extensa declaración, en la que sin desmentir los asertos de Peña, se buscaba salvar las posiciones de Mora y guardar la integridad del grupo.

El nº 4 de **Liberación** se cerraba con otras dos colaboraciones de Peña, también de orden historiográfico y que apuntaban a deslindarse del nacional-populismo. Por una parte, la primera entrega de su "Historia del Pueblo Argentino", firmada con el seudónimo de Romero Kolbek (ver. supra, cap. IV). Por otra, una nueva crítica demoledora a Jorge Abelardo Ramos, a propósito de la aparición de su **Historia Política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la Industria Pesada** (1959), firmada con el seudónimo de Juan Guerrero.

Ramos se había propuesto inventar (en el sentido de Hobsbawm) una tradición popular y patriótica en el ejército argentino, cuya historia no sería otra que la disputa entre dicha tradición, "la tradición verdadera del ejército" y "otra tradición, más pequeña y oscura", la oligárquica, al servicio de Buenos Aires y su burguesía portuaria. La tradición del ejército popular es la que va de San Martín a Mosconi; la tradición del ejército oligárquico es la que va de Mitre a Aramburu. Ramos escribe en un tono sencillo, casi tanto como para que pudieran entenderlo los mismos militares, apuntando a las aletargadas tradiciones populares del Ejército que acababa de derrocar al gobierno de Perón: "Desde 1955 el Ejército ha perdido el viejo rumbo y no ha logrado encontrar otro nuevo; en esto, como en todo lo demás, refleja la situación del país. Desde entonces su alejamiento de la clase obrera ha sido cada vez más notorio y su crisis interna tan profunda como dicha ruptura. ¡Qué abismo se ha abierto entre aquella oficialidad que garantizó el desarrollo pacífico de la huelga general del 45 y esta otra que movilizó a los gremios, recogió la basura de las calles, condujo tranvías y recluyó luchadores obreros en el Sur! La oligarquía aplaudió por primera vez en mucho tiempo a los oficiales, antes detestados, y todo el tilinguero del Barrio Norte arrojó flores al paso de aquel Ejército, desembarazado al fin de las chusmas obreras. El Ejército que había iniciado con Savio la construcción de la industria pesada, presidiría con Aramburu y Frondizi la recolonización económica del país. De Ejército nacional se buscaba transformarlo en fuerza de policía" (47). Para Peña, se trata, más que de un libro de historia, de "un manual para las fuerzas armadas", de un catecismo escolar que busca interpelar a las presuntas corrientes "nacionales" del ejército. Además de discutir ciertos tramos del libro -la interpretación de Roca, o la de Aramburu en 1955-, se pregunta por el significado de un texto cuyo autor, en un período de la historia nacional convulsionado por los golpes y las intervenciones militares, desde la "Revolución Libertadora" hasta el Plan Conintes, "se acuerda del ejército popular, nacional, federal..." (48).

Habrá que esperar dos años para que el proyecto se relance, ahora bajo el título de **Revista de Liberación**. La nueva revista ya no se parece a una publicación semiclandestina de una fracción sindical. Ya no está hecha a mimeógrafo, sino que está impresa, diseñada con fotografías e ilustraciones y con una tapa a dos colores. La distribución ya no es personal, sino que el grueso de la revista tiene una distribución comercial, a cargo de Pedro Sirera, el dueño de aquel kiosco de diarios y revistas de Corrientes 1557, frente al cine Lorraine, que funciona

por entonces como el punto de encuentro de las publicaciones izquierdistas. Aparecen en ella avisos comerciales de editoriales argentinas.

Revista de Liberación no fue exactamente una publicación de la nueva izquierda intelectual, pero fue un paso significativo hacia ella. Su director, Pepe Speroni, seguía siendo un dirigente sindical; pero su secretario de redacción, Ricardo Piglia, uno de los jóvenes más inquietos del campo intelectual de izquierdas. La temática sindical —que sigue apasionando a Speroni—, sin desaparecer, retrocedió frente a los artículos de política latinoamericana o los relativos a cuestiones de teoría marxista. Un lector peronista, de extracción sindical, no dejaba de lamentar esta orientación (49). El espectro de colaboradores se amplió hacia el campo intelectual. Se mantienen, del viejo equipo, Speroni, Arrans y Peña, pero se agregan Luis Franco, Carlos Astrada y Alfredo Llanos, José Sazbón, Abelardo Castillo, Bernardo Kordon... Se publican entrevistas a Juan José Sebreli y Juan Carlos Portantiero, y traducciones de artículos de Garaudy, Sartre, Lukács y Mao Tse Tung. Sus grandes temas serán el capitalismo argentino y la penetración imperialista, la clase obrera, el peronismo y las izquierdas en la Argentina y la nueva situación en América Latina tras la revolución cubana. A pesar de los cambios, se mantuvo como publicación independiente de la izquierda, con un ojo puesto en el campo político-sindical, otro en el campo intelectual.

Las colaboraciones de Peña no son tan frecuentes en esta nueva etapa, pues está abocado con su grupo a la preparación de su revista propia, **Fichas**. No obstante, en el número dos, bajo el seudónimo de Víctor Testa, hace conocer "El imperialismo impide la industrialización de los países atrasados". Se trata de una versión actualizada de "El imperialismo y la industrialización argentina" que en 1957 había publicado en **Estrategia** (v. supra) y que continuará retrabajando luego para ser publicada en **Fichas** y, finalmente, en su frustrado libro sobre imperialismo e industrialización.

Pero el trabajo original más importante de esta etapa lo constituye, sin duda, sus "16 tesis sobre Cuba", escrito en colaboración con Jorge Schvarzer para la tercera entrega de **Revista de Liberación**. Proponiéndose "señalar los principales problemas teóricos que plantea la Revolución Cubana" (50), las tesis constituyen, sin nombrarlas, una refutación sistemática a las tesis que, sobre el mismo problema, había elaborado Nahuel Moreno en **La revolución latinoamericana** (51).

Moreno se había repositionado hábil y rápidamente ante su inicial caracterización de la revolución cubana. El fervor entusiasta que la revolución había desatado entre los trabajadores, los estudiantes y los intelectuales latinoamericanos, así como la progresiva radicalización del proceso cubano, condujeron al líder de Palabra Obrera a "adoptar una actitud extremadamente autocrítica como homenaje a ese ejemplo de revolución antidogmática que es Cuba" (Ibid., p. 1).

¿Por qué esta necesidad de "autocrítica"? ¿Por qué Cuba constituía un ejemplo de revolución "antidogmática"? En primer lugar, la revolución cubana había hecho añicos el dogma stalinista: ponía en cuestión la estrategia comunista de "revolución por etapas", la tesis de que ciertos países estaban "inmaduros" para el socialismo, que antes que plantearse tareas socialistas debían completar la etapa democrático-burguesa de la revolución. El proceso cubano, con su rápida radicalización desde demandas democrático-nacionales a las socialistas, parecía confirmar, en cambio, la estrategia trotskista de la revolución permanente. No obstante, Moreno señala que los trotskistas no podían limitarse a ufanarse de la exactitud del pronóstico general del curso de la revolución mundial para observarlo cruzados de brazos. Reconoce, pues, un conjunto de problemas y desafíos teórico-políticos que se plantean a los trotskistas: la revolución cubana es socialista pero no está dirigida por la clase obrera, sino que su base social fue fundamentalmente campesina; su dirección no es trotskista, sino de extracción pequeñoburguesa y orientación democrático-nacional. Para resolver estas cuestiones es

necesario, plantea, no sólo poseer la caracterización general correcta, el programa estratégico adecuado, sino el programa y la táctica adecuados para intervenir en la dirección de los mismos.

Moreno buscaba sacar al trotskismo del aislamiento a través de un doble movimiento. Teóricamente, el programa bolchevique de Lenin y Trosky debía *aggiornarse* con Mao y Castro. "En lo que sigue -proponía-, trataremos de cumplir con la obligación revolucionaria de dar nuestra respuesta a esos problemas, y de sintetizar la teoría y el programa general correcto (trotskista), con la teoría y el programa particular correcto (maotsetunista o castrista)" (p. 70). El bolchevismo y el trotskismo, al sintetizar la experiencia de un movimiento revolucionario fundamentalmente europeo, le otorgaba una centralidad a la clase obrera que no se ajustaba a la realidad de muchos países semicoloniales. China primero y Cuba después habían roto "el dogma de que la única clase que puede cumplir las tareas democráticas es la obrera ... Sectores de la clase media urbana y el campesinado son, en ocasiones, los caudillos revolucionarios" (p.55). Prácticamente, preconizaba la integración de los grupos trotskistas en los movimientos de masas, tanto en la Argentina (peronismo) como en Cuba (castrismo): "Concretamente, así como hemos descubierto que no solamente la clase obrera puede acaudillar la revolución permanente, lo mismo podemos decir de los movimientos políticos: no sólo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos y organizaciones democráticas o agrarias. Es una obligación estar allí, y dar una tónica conciente a esa posibilidad revolucionaria" (p. 71). No sólo, pues, aconsejaba el entrismo, sino que apuntaba a que los trotskistas se integrasen con otras fuerzas en el "partido único de la revolución", ya que "La realidad (sic) exige un solo organismo revolucionario en cada país. En ese sentido, el partido único de Cuba señala el camino"(p. 62).

Peña adoptará esta vez no la crítica abierta sino el método de contraponerle 16 tesis afirmativas, pero que pueden leerse como otras tantas contratesis a las de Moreno. Comienza por remarcar (tesis 1) que para cualquier análisis materialista es revolucionario todo movimiento que, más allá de su alineamiento político internacional, su programa explícito y su autodenominación, subvierta las relaciones de producción capitalista y su Estado: "Todo movimiento que, cualquiera sea su ideología o su denominación política, liquide la propiedad privada capitalista de los medios de producción, elimine al Estado burgués sustituyéndolo por un nuevo tipo de Estado que defienda la propiedad estatal y sienta las bases para la planificación de la economía, es desde el punto de vista marxista un movimiento revolucionario e históricamente progresivo". Cuba se ha constituido en "el primer Estado Obrero de Occidente" no por el liderazgo revolucionario de la clase obrera industrial y su partido, sino "bajo la dirección de un movimiento político vagamente populista (nos referimos a la primera etapa de la revolución), que desde su gestación y aún después de obtenido el triunfo [...] tuvo amplio apoyo de los sectores más tradicionales de los explotadores cubanos y del imperialismo norteamericano". No obstante, "El Movimiento 26 de Julio de Castro fue más allá de lo que su naturaleza pequeñoburguesa hubiera permitido en condiciones 'normales' [...]: porque la opción era seguir adelante por el camino de la revolución o perecer en la hecatombe de toda la sociedad" (tesis 2). Ahora bien, ¿da cuenta el marxismo de estas cuestiones o necesita ser "actualizado", como propone Moreno? Para Peña "La circunstancia de que en un país como Cuba la revolución haya triunfado y se haya levantado un Estado Obrero sin participación preponderante de la clase obrera, sin participación de un partido obrero; al contrario, bajo la dirección de un movimiento político pequeñoburgués y sustentado en la movilización de masas pequeñoburguesas y proletarias del campo, no constituye nada que ponga en duda o en crisis el método marxista de interpretación de la realidad. Excepto, por supuesto, para los dogmáticos, que confunden el marxismo con una religión cuyo Dios se denomina proletariado y su hijo redentor el partido obrero, que están en todas partes como el Espíritu santo, y son responsables y únicos autores

posibles de todas las obras piadosas en oposición a ese Lucifer llamado pequeña burguesía o proletariado rural que siempre y en todas partes es la encarnación del mal. El marxismo enfoca y estudia la realidad tal cual es, sin preconceptos, sin prejuicios ni pro ni anti obreros, ni pro ni anti pequeñoburgueses. Observa que la evolución de la sociedad plantea determinado tipo de tareas y que la clase que en el seno de la sociedad tiene mayores necesidades y mayores probabilidades de realizar estas tareas es la clase obrera. Esto no significa que otras clases - las grandes masas explotadas de la pequeñoburguesía, los proletarios rurales, amplios sectores medios del campesinado, los intelectuales revolucionarios- no tengan interés en o no deseen realizar estas tareas. Lo que sucede es que estas clases o sectores de la sociedad tienen, por todo su régimen de vida, por todo el contexto de su vida cotidiana, menos probabilidades de desarrollar las aptitudes para derrocar a los explotadores y de desprender de su seno el instrumento político apto para efectuar ese trabajo". Sin embargo, la experiencia demuestra que en ciertas condiciones históricas ésta, la variante menos probable, es la que se da, y el proletariado cede la primacía del proceso revolucionario a los sectores pequeñoburgueses, campesinos o semiproletarios (tesis 3).

Contra lo que afirma Moreno, para quien el **Programa de Transición** de Trotsky (1938) ha quedado parcialmente superado, Peña entiende que no hay en él obrerismo ciego a otros sectores oprimidos (recuerda a propósito aquel tramo que invoca "a todos los explotados"), ni imprevisibilidad ante fenómenos como el chino o el cubano. El viejo revolucionario ruso, recuerda Peña, en modo alguno descarta la hipótesis, "menos probable" pero posible, de que, "bajo la influencia de una combinación muy excepcional de circunstancias (guerra, derrota, crisis financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.), los partidos pequeñoburgueses, sin exceptuar los stalinistas, pueden llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de la ruptura con la burguesía" (p. 24).

El seguidismo que pregona ahora Moreno a las direcciones de los movimientos de masas coloca a los revolucionarios en un punto ciego para entender y prevenir ciertos riesgos. Si Cuba es un Estado Obrero, y su gobierno es una "dictadura revolucionaria de obreros y campesinos", la inexistencia de órganos de poder de las masas "implica obvios peligros de degeneración para el Estado revolucionario y corresponde a los marxistas realizar una enérgica campaña de esclarecimiento ideológico para subrayar la necesidad de democratizar en cada momento la conducción de la revolución cubana y estimular la participación de las masas en la dirección y manejo del Estado" (tesis 9). Asimismo, "El bloqueo imperialista, la constante amenaza de la contrarrevolución, indudablemente también la falta de claridad ideológica por parte de los dirigentes del M26, han motivado un progresivo cercenamiento de las libertades democráticas y de prensa y palabra". Sobre esta conflictiva situación, la URSS aprovecha la necesidad que Cuba tiene de su apoyo material y político-militar para "transformar una dictadura revolucionaria en una dictadura burocrática situada por encima de las masas" y convertir finalmente a la isla en un satélite de su propio campo (tesis 10 y 13).

Los marxistas revolucionarios no podían abandonar, como hacía Moreno con su tesis del "partido único de la revolución", lo mejor de la tradición de la democracia socialista que abogaba por un sistema posrevolucionario con pluralidad de partidos y neta diferenciación de éstos en relación al nuevo Estado. "El mito del partido único, la teoría de la 'unidad del partido y el Estado' y otras teorías semejantes son parte integrante de la ideología de la burocracia soviética y sus agentes en todo el mundo. En Cuba, era el staliniano PSP quien buscaba imponer el modelo del partido único "En abierta contradicción con la realidad de la revolución" (tesis 11).

La defensa incondicional del Estado Obrero Cubano por parte de los marxistas, concluye Peña, no impide señalar ciertos límites ni advertir posibles riesgos. Una perspectiva marxista antidogmática era capaz de dar cuenta de la novedad del proceso histórico, sin caer en "el

fetichismo de la táctica de guerrillas como supuesto único medio correcto para alcanzar los objetivos de la revolución latinoamericana", o sin desembocar en "el fetichismo de los movimientos agrarios como únicos conductores posibles de la revolución en Latinoamérica", sin caer en el fetichismo de la práctica. Contra la estrategia de Moreno, Peña cree que la "tarea del marxismo es denunciar como oportunistas tales interpretaciones de la Revolución Cubana" (tesis 16).

Si Moreno buscaba dotar a su pragmatismo político de una justificación teórico-política con su tesis de la necesidad de los revolucionarios de integrar todo movimiento de masas, Peña concluía que las lecciones de Cuba no avalaban, sino que contradecían la táctica entrista en el peronismo argentino. No era congruente hacer castrismo en Cuba y peronismo en la Argentina, pues la revolución cubana mostraba "-por contraste- el papel contrarrevolucionario, nefasto para el destino de las naciones latinoamericanas y de las masas trabajadoras, de los gobiernos burgueses y pequeñoburgueses que, encaramados en los grandes movimientos de masas llegan al poder y desde el primer momento transaron ante el imperialismo. En particular, el espejo de la revolución cubana refleja con una claridad que no da lugar a confusiones el carácter miserable, traidor a los intereses de la nación y de los trabajadores, de los gobiernos de Perón o Arbenz" (tesis 8).

Por ello, y como remate de su crítica a la estrategia entrista de los morenistas, Peña concluye señalando que la tarea de los marxistas revolucionarios es aquí "señalar al partido peronista como el principal agente de la creciente explotación y miseria que soportan las masas argentinas, desenmascarando la falsedad de la división entre las líneas 'dura' y 'blanda', que en realidad no son más que dos caras de una misma moneda. Los discursos 'revolucionarios' de Framini y sus escribientes 'rojos' [en obvia alusión a los morenistas, NdA] sólo tienen por objeto chantajear un acuerdo 'más digno' para la línea blanda en el frente integracionista en gestación, con evidente apoyo gubernamental, y la reubicación de la burocracia sindical peronista ante la clase trabajadora, luego de haberla conducido a un callejón sin salida. Las interpretaciones de que las líneas 'dura' y 'blanda' responden a la extracción obrera y burguesa de cada tendencia es falsa, y sirve para fomentar el mito del 'giro a la izquierda del peronismo'.

"La liberación de la clase obrera y las masas explotadas argentinas sólo podrá ser realidad si éstos son capaces de romper sus ataduras ideológicas con la burguesía. Y los lazos más fuertes de tales ataduras son el peronismo y la burocracia sindical peronista. No aclarar a fondo y en cada momento, dejar la menor posibilidad de duda respecto al verdadero rol histórico del peronismo, es la mejor forma de postergar la Revolución en nombre de la cual pretendemos actuar" (tesis 16).

Siguen quedándonos en la oscuridad los motivos que llevan a Peña a no explicitar el blanco de su crítica. ¿Acaso hacerlo implicaba romper un secreto que pondría al desnudo el carácter clandestino de la táctica entrista de los morenistas? ¿Existían aún ataduras afectivas con su vieja organización? Sea como fuere, ni los morenistas ni el lector izquierdista de **Liberación** fueron ajenos a la clave, de modo tal que todos lo leyeron como el texto de ruptura política pública y definitiva de Peña con el grupo morenista.

El eje de la ruptura era doble: el significado del peronismo, el significado de la revolución cubana, los dos grandes procesos que atravesaron a toda aquella generación argentina de revolucionarios. Las críticas de Peña al morenismo se desprenden fácilmente del texto: pragmatismo, lectura dogmática del marxismo, culto del partido, fetichismo de la clase obrera... Nótese, por ejemplo, que entre los sujetos de la revolución aparecen, por primera vez en el discurso de Peña, los "intelectuales revolucionarios", formando parte de esa pequeñoburguesía que para la izquierda dogmática era "siempre y en todas partes la encarnación del mal" (p. 24). Mídase la distancia entre esta enunciación valorativa del intelectual

revolucionario, así como de las ambiciones revolucionarias de ciertas franjas de los sectores medios, con el olímpico desdén con que eran tratados en **Profesores y revolucionarios**, aquella acerba crítica contra Silvio Frondizi. En aquel texto de 1956, como lo indicaba su mismo título, se oponía la figura del revolucionario con la del intelectual, el "actor" con la del "comentarista", el "militante" con la del "profesor". Tanto es así, que el pequeñoburgués que aspira a la revolución sólo puede ser consecuente renunciando a su clase, "proletarizándose". Frondizi era cuestionado como parte de aquellos "intelectuales que quieren dirigir la revolución desde su escritorio *sin tomarse el trabajo de dejar de ser intelectuales*" (52).

El partido ha dejado de ser el lugar de unión entre teoría y práctica. Intelectuales y partido, teoría y práctica, ambos momentos de la *praxis* se han dissociado. Mientras el intelectual revolucionario, portador de la teoría, busca afanosamente su realización, el partido continúa una lucha infatigable pero desorientada, sin otra guía que la sola práctica. La precaria unidad de la *praxis* ha vuelto a romperse, y la tragedia del practicismo del partido no es sino la otra cara de la lucha solitaria del intelectual.

La crisis del MIR-Praxis (1960-64)

El crecimiento de la autoridad político-intelectual del MIR-Praxis se vio súbitamente sacudido por la represión que comenzó a caer sobre las corrientes de izquierda, especialmente desde principios de 1960. En marzo de ese año se pone en marcha el Plan Conintes (Connmoción Interna del Estado) y tres meses después se aprueba una ley de represión contra el "terrorismo". El MIR-Praxis, junto a otras organizaciones de izquierda, es ilegalizado, prohibido su periódico y disuelta su editorial. La dirección imparte la directiva a todo el "Movimiento" de suspender momentáneamente toda actividad política. Meses después, a comienzos de 1961, se relanza la actividad pero ahora bajo un nuevo signo. El periódico **Revolución** es reemplazado por **Movimiento**, editado no ya como órgano político del MIR-Praxis, sino auspiciando "un movimiento popular revolucionario".

El año 1961 será, pues, el del "gran viraje" en la orientación programática y organizativa de los praxistas. Será también el principio del fin del MIR-Praxis, su disgregación en un sinúmero de grupos que alimentarán a diversas corrientes y formaciones de la nueva izquierda intelectual de los años 60.

El "gran cambio" que expresaba la nueva línea política es el que se anuncia súbitamente en el folleto "Bases y puntos de partida para una solución popular" (1961) firmado por Silvio Frondizi (53). El folleto pone en práctica una nueva estrategia discursiva donde la "revolución socialista" ha sido desplazada por la "solución popular", el movimiento de liberación ha tomado el lugar del partido revolucionario, la estrategia de la revolución internacional es eclipsada en aras de una "salida argentina", "auténticamente nacional", hacia el socialismo. Se reconoce cierta matriz de pensamiento frondicista, pero el cambio de registro discursivo entre, por ejemplo, el periódico **Revolución** y el folleto "Bases..." es notable:

"...cumplida su misión, la concepción burguesa-liberal entró, como todos los sistemas anteriores, en franca y violenta crisis. De sistema positivo y progresista, se transformó en negativo y reaccionario. Es evidente que ya no puede cumplir con su misión.

"Esta incapacidad queda al descubierto en innumerables ejemplos claros y sencillos para todos. En primer lugar, debemos indicar el injusto desarrollo de algunas potencias dominantes, frente a los países subdesarrollados, a los que aplastan y explotan terriblemente.

"Esto se manifiesta dentro de países como el nuestro, en la explotación y opresión de los poderosos sobre las clases populares. En esto se llega a contradicciones tremendas e inhumanas,

tales como la actitud de grandes productores de mercancías, que prefieren destruirlas, quemarlas, arrojarlas al río, antes que entregarlas al consumo popular.

[...] Así como el sistema burgués liberal reemplazó al feudalismo y se transformó en capitalismo, el actual sistema tendrá que ser reemplazado por otro más avanzado, es decir, que esté de acuerdo con el desarrollo general de la humanidad" (pp. 8-9).

Si el esfuerzo de Frondizi, desde **El Estado Moderno**, había consistido en abandonar ciertas nociones liberal-humanistas para ir precisando el carácter clasista de la dominación moderna en términos del modo de producción capitalista y sus contradicciones, ahora escoge desandar el camino, para retornar, en un tenor didactista, a aquellas viejas nociones: los desarrollos justos o injustos, los poderosos, las masas explotadas, el consumo popular...

Asimismo, hay un esfuerzo por hacer aparecer la nueva propuesta como la expresión y el resultado de tradiciones políticas e ideológicas nacionales. Han desaparecido las apelaciones a Marx, Lenin o Trotsky, mientras se buscan las raíces en... el federalismo decimonónico. El mundo, argumenta, marcha hacia el socialismo. "Este sistema nos alcanzará también a nosotros, querámoslo o no. Es la marea histórica mundial que terminará por barrer con todo. Es necesario resolver si lo vamos a importar o recibir mecánicamente de los países que lo están ensayando de acuerdo a sus propias características o si por el contrario lo aplicaremos de acuerdo a nuestra idiosincracia particular, y como integrantes de un sector subcontinental: Latinoamérica" (p. 9).

No hay una perspectiva de ruptura, sino más bien, como se decía en la época, *integradora*. El bosquejo histórico que presenta, desde el yrigoyenismo hasta el gobierno de su hermano Arturo Frondizi (pp.12-6), se propone como un balance distanciado capaz de ponderar los logros y los límites de cada fuerza política, para superarlos en una propuesta políticamente integradora. Ante la crisis en curso del gobierno frondicista y frente a la renovada presión imperialista sobre el país, el nuevo discurso busca interpelar, no sólo a unas masas populares peronistas huérfanas de dirección, sino a la "pequeña empresa, auténticamente argentina", la clase media "productiva y empobrecida" y no falta incluso una equívoca alusión a unas fuerzas armadas desencontradas con su pueblo...

Pero el eje central de la nueva estrategia propuesta por S. Frondizi es el de la recuperación, a través de una renovación de la tradición federalista, de una soberanía popular enajenada. "En efecto, nuestra tradición histórica nos muestra, desde la época colonial en adelante, que la organización institucional se basa, o pretende basarse, en la autodeterminación de los pueblos. Cuando ésta fue negada se produjeron graves trastornos en el país. [...] Esta política centralista y agobiante para los pueblos de la República Argentina se ha ido acentuando en los últimos tiempos y está en contra de la tradición histórica del país y de todos nuestros antecedentes constitucionales. En efecto, *esa tradición se basa en la estructura federal del país, preexistente a la misma organización nacional*".

"Es decir que la soberanía total estuvo originariamente y debe volver a estar en manos del pueblo de la república, que la ejerce a través de sus propias instituciones básicas, por ejemplo de carácter comunal. Para el mejor ejercicio de su actividad, los pueblos han delegado determinadas funciones a organizaciones políticas superiores, tales como las Provincias [...]. A su vez las Provincias delegan determinadas funciones en la Nación, manteniendo los poderes no delegados" (pp. 10-11).

La crisis y ruptura del sistema no se inscribe sino difusamente en términos internacionales (crisis del capitalismo mundial, contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, "integración mundial del capitalismo", etc.), sino nacionales: es la contradicción entre la tradición de la soberanía popular, asentada en la misma Constitución nacional de 1853, y la "tendencia de los grupos de poder económico, político y militar a

centralizar todo en sus manos, negando el derecho inalienable de los pueblos a gobernarse por sí mismos" (p. 12).

Fronidzi entiende haber encontrado en la tradición federalista el punto de partida para una vía nacional al proceso mundial hacia el socialismo. "En otras palabras, la solución debe ser nacional con sentido universalista, de respeto a la autodeterminación de los pueblos, popular y humana" (p. 22).

A la recuperación de su antiguo repertorio democrático-roussonian, parecen agregarse las interpelaciones nacional-populares y ciertos usos del concepto de hegemonía de resonancias gramscianas: "La liquidación del privilegio y la planificación de la economía por y para la comunidad y las masas trabajadoras, exigen y posibilitan un proceso ininterrumpido de democratización del Estado, del régimen jurídico y la sociedad. El Estado debe pasar de manos de un sector de la sociedad que lo emplea en su propio beneficio, a manos de la comunidad y en beneficio de toda ella. Debe impulsarse y dar dirección ordenada al ascenso de las masas y a la *hegemonía* de los trabajadores en la conducción de la economía, del Estado y de la vida social en su conjunto" (p. 23, subrayado del autor). Tanto en este folleto como en el siguiente (v. infra), con sus referencias a la hegemonía, la crisis, lo nacional-popular, es visible la huella del marxista italiano Antonio Gramsci, autor al que Silvio Frondizi leyó desde la mitad de los 50 .

En suma, a este nuevo registro discursivo (nacional, popular, democrático, donde las interpelaciones clasistas y revolucionarias están cuidadosamente implícitas) corresponde una redefinición de la estrategia: la acción ya no se orienta a la sociedad política sino antes que nada a la sociedad civil. Específicamente, a la promoción de formas de democracia directa en los que se veían como los órganos "naturales" de poder popular en un nivel molecular (sociedades de fomento, vecinales, municipales, etc.). La construcción de la hegemonía proletaria debía realizarse ahora "de abajo a arriba": "Es precisamente a través de organizaciones populares de este tipo —por supuesto que ampliando las esferas de su acción— en donde podremos hallar el mecanismo que permita al pueblo organizarse, luchar y dirigir. Partiendo del control de las organizaciones locales, de éstas al municipio, del municipio a las provincias y luego a toda la Nación, el hombre de pueblo, el trabajador, podrá ejercer efectivamente su papel de dirigentes y lo hará en un régimen que, entonces sí, merecerá llamarse democrático. [...] El Movimiento que quiera salvar al país tendrá que tomar el poder a través de una acción popular, la que debe continuar luego como función de gobierno" (pp. 24-5).

El periódico **Movimiento** (1961) despliega la estrategia anunciada en el folleto. Sin referencias al MIR-Praxis, sin notas firmadas —salvo por Silvio Frondizi—, los artículos se mueven dentro del nuevo registro discursivo: "El pueblo ya está en marcha", "Así se frena al pueblo", "La revolución cubana y la ofensiva de Mr. Kennedy", "CGT: ¿Qué debe hacer el movimiento obrero para convertirla en un eficaz instrumento de lucha para su liberación social?" (54). Además de las notas de balance de la situación nacional e internacional, de los informes de los conflictos gremiales, el periódico busca centrarse en los informes de los conflictos y logros que se dan en diversas organizaciones populares: sociedades de fomento, juntas vecinales, municipios. Un artículo informa sobre la creación de una sociedad de fomento en Hurlingham, un vecino de la localidad bonarense de Morón escribe una carta sobre el problema del suministro de energía eléctrica a su barrio, otra nota informa del abandono en que se encuentra el partido de Moreno...

¿Qué llevó a Frondizi y a la dirección de Praxis a una reorientación tan drástica? ¿Fue decisiva la prohibición que pesó sobre la organización desde 1960 o sólo fue un factor desencadenante? ¿Acaso no existía tiempo atrás en Silvio Frondizi un cierto malestar con la lenta política de construcción? ¿No lo anunciaba subrepticamente en la conferencia de 1959 cuando se refería a sus muchas reflexiones sobre "el futuro de nuestra acción"?

La experiencia del viaje a Europa, primero, y a Cuba después, va a precipitar otro corte en el pensamiento de Silvio Frondizi. Ya señalamos, sobre la base de su propio testimonio autobiográfico, que los viajes le permitieron cierta serenidad y una relativa distancia para reflexionar sobre su proyecto político. El contacto con grandes organizaciones políticas en Europa, y fundamentalmente con la experiencia cubana, sin duda le exigía una reflexión en términos comparativos con su propia experiencia política. Si bien entendía que el proceso cubano confirmaba su diagnóstico del carácter permanente de la revolución latinoamericana, por otro comenzaba a entrever que el itinerario del Movimiento 26 de Julio, su transformación de un pequeño grupo de intelectuales en un movimiento popular que termina liderando una revolución, ponía en entredicho su concepción acaso excesivamente racionalista de la construcción de una organización revolucionaria a partir de una prédica fundamentalmente intelectual. Es posible que Frondizi haya evaluado que la difusa ideología nacional-antimperialista del primer castrismo haya contribuido más a forjar un movimiento popular que la explicitación de una ideología marxista, ya sea por su complejidad, ya sea por sus interpelaciones centralmente proletarias.

También debe haber influido en la reorientación de Silvio Frondizi la prohibición que pesó sobre el grupo bajo la presidencia de su hermano Arturo. Habría que considerar que Silvio Frondizi no era un hombre formado para trabajar en condiciones de anonimato ni de clandestinidad. Si había pasado de ser un intelectual tradicional a un intelectual revolucionario, nunca había sido un militante profesional, probado en experiencias semejantes. Según el testimonio de un grupo de praxistas platenses, el giro político se desencadenó tras la ilegalización, en momentos en que "el Movimiento vivía una etapa de notable expansión en su actividad y afianzamiento de sus cuadros militantes, más vinculados entre sí por la vía de nuevas estructuras organizativas y en contacto diario con la realidad política. A partir de una coyuntura de este tipo se abrían dos caminos: uno era continuar la línea trazada, realizar actividad política del mismo contenido ideológico que la anterior en circunstancias seguramente expuestas, y el otro acatar el decreto de disolución para poder reaparecer más adelante. A la dirección le correspondió la iniciativa, e impuso la primera actitud, que el Movimiento acató, pero con críticas: suspensión drástica y total de la actividad. A partir de esto comenzó a preparar el aparato del Movimiento el gran cambio" (55).

Los ex-militantes praxistas no ahorraron críticas a su personalismo, sus ilusiones legalistas (le atribuyen la frase: "Si nos dejan llegar por la vía electoral, ¿cómo no la vamos a aprovechar?"), sus sueños de liderar un frente integrando distintas fuerzas políticas con vistas a las próximas elecciones presidenciales ("Para el 64 podemos ser gobierno"), cuando "otro Frondizi" fuera capaz de concretar un pacto no ya "espúreo", sino legítimo, con las masas peronistas (Ibid., v. pp. 51, 52, 54). Más allá del celo crítico propio de los discípulos desengañados, estas observaciones resultan sintomáticas. Es indudable que en Silvio Frondizi, heredero de la Ilustración, convivían dos almas: cierto espíritu democrático-libertario y cierto elitismo paternalista. A menudo se piensa a sí mismo como intelectual revolucionario enfrentado al poder; pero en otros momentos gusta representarse como futuro estadista. No es descartable, además, que la rivalidad personal con su hermano Arturo haya tenido también su peso relativo.

Pero lo cierto es que el giro de 1961, en lugar de ampliar el espectro de la organización, fue el desencadenante de su crisis definitiva. La propia base militante del "Movimiento" descubre la nueva orientación recién a través del folleto de su dirigente y asiste con desconcierto a su puesta en práctica. Según el citado testimonio, "la mayoría de los militantes no alcanzó a comprender, desde sus comienzos, el contenido de la maniobra. Es verdad que hubo críticas, resistencias, pero no existió una visión de conjunto y una salida positiva" (p. 55).

El MIR-Praxis, a pesar del prestigio político-intelectual ganado en esos años, no logró sobrevivir a la nueva situación signada por la revolución cubana, un movimiento obrero persistentemente peronista y poco permeable a los discursos socialistas y una creciente represión estatal sobre las organizaciones de la izquierda. El influjo de Cuba había empujado a algunos de los militantes latinoamericanos hacia otros horizontes. La pérdida más gravosa era la del peruano Ricardo Napurí, que marcha a Cuba en 1960 y que de regreso en Perú, participará junto a Luis de la Puente Uceda en la formación del APRA Rebelde (fracción del partido aprista de Haya de la Torre) y luego del MIR peruano. Luego de una experiencia bajo el signo del castrismo, participará en reiterados intentos de crear una organización trotskista en el Perú.

Pero el giro de 1961 había provocado dos tipos de reacciones en el MIR-P. Un sector llevó la estrategia popular movimientista hasta sus últimas consecuencias, postulando, tras el yrigoyenismo y el peronismo, la viabilidad de un "Tercer Movimiento Histórico" (Jorge Bolívar, Jorge Castro, Aldo Comotto, Alberto Ferrari, Arturo Lewinger y otros) (56). Otro sector, en cambio, denuncia el "viraje oportunista" y rompe en dirección al trotskismo ortodoxo. Un grupo de la Capital Federal liderado por Jorge Altamira (entre los que se cuentan su hermano Julio Magri, Marcelo Norwestern, Claudio Perinetti, Alberto Guillis) dará lugar, luego de numerosos reagrupamientos, a Política Obrera en 1964. Otro grupo que denuncia la "línea populista" es el del MIR-P de La Plata, liderado por el abogado Ramón Horacio Torres Molina, y que se disolverá pocos años después. Su principal dirigente se destacará años después en las filas del peronismo de izquierda (57). Otro sector, en fin, ingresa en el grupo de la revista **Liberación** que dirige Pepe Speroni (58).

Finalmente, tras el abandono del proyecto de la mayor parte de los militantes, terminará por alejarse el propio "delfín" de Silvio Frondizi. Marcos Kaplan, después de vivir quince años bajo el ala de su maestro, rompe discretamente con él sin hacer nunca públicos los motivos de su alejamiento. Abandona desde entonces toda militancia política para abocarse íntegramente a la investigación y la docencia, traduciendo al lenguaje de la ciencia política académica muchas de las tesis originales de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, ahora desde una perspectiva desarrollista-cepaliana. Una vez alejado de Frondizi, colaboró fugazmente con Peña en el proyecto **Fichas**, para luego marchar al extranjero: Chile durante algunos años y finalmente México.

Frondizi, con un reducido núcleo de colaboradores, intentará en los primeros 60 ensayar diversos reagrupamientos de las organizaciones vecinales. Alentará efímeras organizaciones políticas municipales: las Ligas de Resistencia y Lucha Popular, la Fuerza Autónoma Popular en Moreno (Provincia de Buenos Aires). En 1964 volverá a la carga con su propuesta política en un nuevo folleto: "Manifiesto de la Reconstrucción Nacional"; retomando y profundizando las ideas de 1961, postula la creación del "Gran Movimiento Nacional que la Argentina espera y necesita" (59). Nuevamente reaparecen su diagnóstico de la crisis política del país, el pueblo como sujeto de la transformación, el federalismo (leído en clave roussoniana) como tradición a recuperar. Lo significativo de este nuevo texto es la profundización de la dimensión nacional-popular, la apelación implícita al acervo gramsciano en términos que, en poco más de un lustro, serán apropiados por amplios sectores de la nueva izquierda intelectual en su reorientación, vía Gramsci, al peronismo. Frondizi se refiere a la Argentina, apelando a una conocida fórmula gramsciana, como un país "a mitad de camino entre un sistema que agoniza y otro nuevo que comienza a nacer". Y define a la crisis argentina en términos que recuerdan a la conceptualización de la "crisis orgánica" en los **Cuaderni**: "Un sistema que cesa de expandirse y caduca pierde un elemento fundamental de cohesión entre las distintas clases y grupos. El equilibrio social se rompe. Se resquebraja la connivencia entre las clases y dentro de cada clase.

"Se desencadena un proceso de desintegración, que afecta a todo el país y a sus distintos componentes, debilita el sentido de comunidad, y puede llegar a ser irreversible. Clases sociales, partidos políticos, fuerzas armadas, organizaciones profesionales, universidades: nadie está al margen de la disgregación y la anarquía que amenazan envolver e impregnar la realidad total del país". Y luego:

"Las organizaciones políticas tradicionales se desintegran y pierden necesariamente representatividad. Se convierten en aparatos formales, carentes de contenido, divorciados de la realidad, y obligados por consiguiente a negar en su seno las premisas democráticas que proclaman en su propaganda para el país. [...] De allí también que el país entero, y sobre todo las masas populares, no se sientan en absoluto representadas ni expresadas por los partidos tradicionales que pretenden seguir ejerciendo un liderazgo ficticio" (pp.3-5, sin numeración en el original).

El pequeño grupo, sometido a una serie de tensiones internas y presiones externas, había terminado por estallar. Internamente, Praxis quiso postular y ensayar un nuevo modelo de organización política, donde un partido de izquierdas respetaría la libertad del individuo. No sólo buscaría cuestionar la rígida división del trabajo que termina por dividir a la organización en dos (la base militante obediente y consagrada al trabajo rutinario por debajo de la dirección creativa que elabora la línea), sino que estimularía al militante de base a una formación teórico-práctica en la perspectiva del "militante integral". Pero la propia práctica de la organización desmentía tan encomiable postulado. Tuvo desde el principio su centro en S. Frondizi, que reunía en su persona las múltiples figuras del fundador, el teórico, el líder político, el hombre público, el maestro. Frondizi aparecía rodeado en su estudio de la avenida Corrientes por el estrecho círculo de la "familia" de sus más inmediatos allegados (Napurí, Werden) y por Marquitos, el "delfín". Todos ellos siguen la línea de Frondizi con todo rigor y bajo el estricto control del maestro. Funcionan como el amortiguador entre Frondizi y el mundo, un sistema de protección eficaz que servía también para introducir nuevos adeptos potenciales. El círculo de la "familia" desarrollaba y aplicaba el pensamiento del maestro en libros, artículos y conferencias. Por fuera de la guardia, está el entorno de la base militante, organizada en células: son ex-alumnos de Frondizi, familiares (como sus sobrinos) y amigos, lectores de **La Realidad Argentina**, jóvenes captados por la guardia a través de la venta del periódico. Dentro de la base militante hay también una cierta jerarquía: están los que tienen acceso a "Corrientes" (el estudio de Frondizi) y los que no lo tienen. Hay un invisible "centralismo", una marcada jerarquía de saber y poder que se incrementa a medida que nos aproximamos a Frondizi, su centro. Los cursos de formación, las "escuelas de cuadros" en Córdoba, el estímulo para la lectura y el estudio no podían, ni con mucho, revertir esta estructura en el lapso de uno o dos lustros. En las organizaciones políticas ortodoxamente leninistas, que racionalizan el poder de sus dirigentes sobre la base bajo la forma de una "teoría de la dirección" y la instrumentación del "centralismo democrático", el malestar militante es con frecuencia menor. Pero es posible que la dinámica del micropoder de la familia frondicista provocase malestar creciente en una base militante reclutada a partir de las invocaciones libertarias de una organización de nuevo tipo.

Pero las tensiones internas se sumaron a (y se articularon con) las presiones externas. El MIR-Praxis buscaba aparecer como una organización de izquierda novedosa, en ruptura con todo el arco de la izquierda tradicional, sin asimilarse a ninguno de los "ismos" existentes, sin filiación con ningún referente internacional. Esta era su innovación y su fuerza teórica, pero también su debilidad: los comunistas extrañan y renovaban su legitimidad del "mundo socialista"; los castristas, de la experiencia cubana; los trotskistas, de los primeros años de la revolución rusa; los peronistas de izquierda, de la edad de oro perdida de los años 1943-49...

Los praxistas carecían de cualquier fuente externa de legitimidad. Su recuperación de ciertas tradiciones marxistas era oblicua: reivindicaban a Marx contra los marxistas, a Lenin contra los leninistas, a Trotsky contra los trotskistas. Eran marxistas revolucionarios, pero sensibles a las experiencias populares (como el peronismo) y abiertos a otras experiencias revolucionarias (como el castrismo).

Las presiones de estas fuerzas fueron más fuertes que las todavía frágiles postulaciones de una "tercera vía". Las tensiones que el MIR-Praxis había intentado mantener entre teoría y práctica, entre investigación teórica y militancia activa, entre trotskismo y castrismo, terminó por estallar. Algunos se alejaron de la investigación y tomaron el camino del activismo; otros, al contrario, se centraron en la teoría a expensas de la práctica política. Unos se orientaron hacia el castrismo, otros hacia el peronismo, otros al trotskismo "ortodoxo".

El grupo Praxis arrastrará su frágil existencia entre 1961 y 1963, para terminar de derrumbarse definitivamente en 1964. Sólo Silvio Frondizi, junto a un reducido número de nuevos colaboradores, continuará en los años siguientes con su programa teórico y político, ahora bajo la solitaria figura del francotirador.

¿Qué saldo dejaba la experiencia de Praxis para la futura izquierda argentina? Por un lado, como ya se dijo, el primer saldo lo constituirán unos cincuenta cuadros políticos que van a animar las formaciones políticas de signo más diverso de la nueva izquierda de los años 60. Por otro, aportaba un diagnóstico de la crisis de la izquierda tradicional y de su forma de hacer política, y la postulación de una nueva izquierda ligada a una nueva concepción de lo político. El grupo había fracasado en su intento de realizar este programa, subestimó los poderosos obstáculos con que se enfrentaría, pero tuvo el mérito de postularlo en la segunda mitad de los años 50. Incluso el grupo de praxistas disidentes de La Plata consideraba este programa como una conquista irreversible: "creemos que no habría aporte más constructivo para nuestra organización, y para la izquierda argentina, que la de rastrear hasta en su más lejana expresión todos los antecedentes que aporten luz al camino recorrido por nosotros. Entre los temas a los que les prestamos especial atención están los siguientes: la teoría de la integración [mundial del capitalismo, NdA], el falangismo, el papel de la burguesía, el hombre total, el militante integral, el grupo de trabajo, el partido revolucionario, su organización, representatividad y dirección" (60).

No obstante, el carácter que asumieron las organizaciones de izquierda a lo largo de los 60 y 70, las alejó cada vez más de este proyecto. A medida que la izquierda fue permeada progresivamente por los valores y las prácticas del populismo, a medida que se aceleraban las formas de lucha armada y de militarización de las organizaciones, mientras se precisaban acuciantemente, antes que preguntas y aperturas de horizonte intelectual, afirmaciones claras y cohesivas para la práctica militante, la separación entre teoría y práctica, entre política y vida cotidiana, terminó por abismarse. La utopía de la organización revolucionaria como prefiguración del futuro, del militante integral y toda la batería de postulados del proyecto praxista pertenecían irreversiblemente al pasado.

La trayectoria de la revista *Fichas* (1963-66)

Tampoco el grupo Liberación que piloteaba Pepe Speroni sobrevivió más allá de 1963, dispersándose sus miembros y colaboradores en las distintas formaciones de la nueva izquierda. Peña, que como todas estas figuras era hombre de grupos, acostumbrado al trabajo y el debate colectivos, había logrado consolidar un pequeño pero sólido equipo de trabajo político-intelectual a partir del puñado de estudiantes de ingeniería que animaban el MAR: Jorge Schvarzer, Félix

Kierbel, Alberto Kasulín y Hugo López. Al grupo se agregó en 1961 el estudiante de sociología Daniel Horacio García y a menudo se sumó a sus reuniones Pepe Speroni.

Los jóvenes hicieron propio el proyecto de estudio que Peña presentó en el curso de iniciación al marxismo de 1958. A partir de entonces, comenzaron a trabajar con el ritmo de una reunión semanal donde Peña trazaba los planes y proponía los textos a leer y debatir a la semana siguiente. Las reuniones -el grupo de discípulos en torno al joven maestro- se hacían en un principio en la vieja casa paterna de Peña en La Plata. Se iniciaban el sábado por la tarde y a menudo se extendían hasta el amanecer. Por las manos de los jóvenes rotaban los ya ajetrechos libros de la biblioteca personal de Peña, considerablemente trabajados y reescritos con innumerables indicaciones que le permitiesen encontrar el pasaje preciso en el momento de ser citados en un trabajo o en un tramo de la conversación. Su frondosa biblioteca, a pesar de contar con ejemplares raros, no era la de un bibliófilo. Su relación con los libros era instrumental: eran para él herramientas de trabajo. En épocas en que no existían las fotocopias, no dudaba en desencuadernar un libro para repartir las partes entre los discípulos. Sin duda podría haber hecho suyas las palabras de Marx a Lafargue: "Los libros son mis esclavos y han de servirme como yo quiera".

Peña nunca había logrado una pertenencia estable en otros grupos, como el morenista o el grupo Liberación. Finalmente, a los 25 años de edad, se demostró capaz de constituir su propio grupo de trabajo. Sólo tres o cuatro años mayor que sus amigos, ocupó con comodidad el centro de la escena. Cultivado no sólo en teoría económica y social sino también en filosofía, psicología, antropología, amante del cine y la literatura, conversador incansable, fue capaz de transmitir al grupo su insaciable curiosidad intelectual, su acendrado espíritu crítico y algo de su propia disciplina de trabajo intelectual. Condujo el trabajo del grupo durante varios años, sabiendo equilibrar este influjo con cierto distanciamiento personal, cuyo signo más visible era el tratamiento de "usted", por otra parte propio de los vínculos entre varones en aquella época.

Entre 1958 y 1963, Peña les hizo leer a Marx y a Trotsky, a Dobb y a Sweezy, a Lefebvre y a Lukács, a Isaac Deutscher y a C. Wright Mills. Simultáneamente les fue dando a conocer los borradores de la **Historia del pueblo argentino** y del libro sobre industrialización y clases sociales. Con el tiempo, se fue instalando la idea de lanzar una revista donde se fueran publicando tramos de estos libros, ensayos realizados por los jóvenes y avances inéditos en castellano de lo mejor de la producción marxista internacional.

Pusieron manos a la obra. Una de las tareas centrales consistía en revisar los libros de Peña, escritos entre 1955 y 1958, a fin de actualizarlos para su publicación. El grupo funcionó entonces como un cable a tierra para Peña, que presentaba sus textos a un puñado de jóvenes ingenieros que, si no eran aún intelectuales de su estatura, eran al menos alumnos exigentes que le requerían rigor en la demostración. Sin los compromisos afectivos ni las ataduras que a menudo arrastran quienes tuvieron un pasado militante en la izquierda, sirvieron a la depuración de lo más sectario y dogmático de las primeras formulaciones. Los trabajos actualizados y las traducciones comenzaron a acumularse, el perfil del proyecto se dibujaba con mayor nitidez. Uno de aquellos sábados, entrada la noche, Peña propuso bautizar la revista como **Fichas de investigación económica y social**.

La consolidación del grupo propio y el proyecto de la revista propia, ahora sin compromisos políticos con ninguna organización, hablaban en Peña de un proceso de profesionalización como intelectual. Paralelamente transcurre otro proceso, simultáneo, de consolidación personal. Después de varios años de noviazgo, y a pesar de que el joven pretendiente, absorbido íntegramente por el trabajo intelectual, no tiene ningún trabajo rentable, Milcíades Peña y Regina Rosen deciden casarse en 1957. Su esposa sostendrá con su

trabajo durante algunos años a la pareja, pues la jornada de "trabajo" de Peña en la sala de lecturas de la biblioteca nacional, a la que viajaba diariamente desde La Plata, no tenía ninguna retribución económica. Dos años después, en 1959, nace su hija Clara Leticia y la necesidad de ganarse la vida por sus propios medios apremia.

Peña decidió explotar entonces otra de sus muchas habilidades de autodidacta. La asidua lectura de la ciencia social americana de los 50 lo orientó al estudio de las técnicas de investigación de mercado. Considerando que estos estudios eran aún incipientes en el país, se lanza a crear en 1960, con la ayuda de su esposa, una de las primeras agencias de marketing en la Argentina, a la que llamó, sin más: "Milcíades Peña, Investigaciones de Mercado". Trasladado con su esposa y su hija a la Capital, instala una pequeña oficina en el centro de la ciudad (Suipacha 927) y lanza desde allí una enérgica campaña publicitaria destinada al empresariado, a través de avisos en los diarios, folletos y artículos donde se explican los sutiles mecanismos y los beneficiosos resultados de estas novedosas técnicas americanas. Numerosos medios se hicieron eco del suceso e importantes empresas e instituciones contrataron los servicios de "Milcíades Peña Investigaciones de Mercado" (entre ellas: Molinos Río de la Plata, Banco Societé Generale, Odol, Editorial Atlántida, Canal 13, Siam Di Tella, y hasta las mismísimas Unión Industrial Argentina y Fabricaciones Militares), ignorando tranquilamente la filiación política del que aparecía como su Presidente. En los tres primeros años de actividad, la nueva empresa había realizado 135 trabajos para 43 clientes, y Peña pareció encontrar al fin un reconocimiento social y económico por su trabajo, al mismo tiempo que una preciosa y detallada fuente de información sobre la clase empresaria argentina (61).

En 1964, instalado con su familia en la Capital, Peña reparte su tiempo entre las investigaciones de mercado y el lanzamiento de **Fichas**. La mejor prueba de que se trató de un proyecto muy madurado la dio la regularidad en la salida y la fidelidad, a lo largo de sus diez números, al modelo inicial. Y este modelo era muy singular para una revista de la izquierda marxista, porque su formato (y en buena medida su propio nombre) estaba tomado de las revistas americanas de investigación social de las cuales Peña era lector voraz. Sin invocaciones ostensibles al Socialismo o la Clase Obrera, ajena también al periodismo o aún al ensayismo político, sus notas aparecían bajo la forma de "Investigaciones", "Tesis", "Recensiones", "Fichas de actualización profesional para Economistas", "Fichas de actualización profesional para Sociólogos"... En sus páginas son frecuentes los diagramas, los cuadros estadísticos, la búsqueda de controles empíricos de todo lo afirmado. Su "Junta de Editores", sin embargo, aparece compuesta por nombres ignotos para las ciencias sociales argentinas: Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit, Víctor Testa... Es que Milcíades Peña vuelve a jugar uno de sus juegos predilectos: el del ocultamiento permanente, el de la máscara detrás de la cual se esconden otras máscaras... En vano suponer que cada nombre puede ser leído como un seudónimo correspondiente a cada miembro de la revista. Nadie tiene un seudónimo propio y definitivo: en la extraña simbiosis del trabajo colectivo, los seudónimos son intercambiables. Jorge Schvarzer será a veces Jorge Sagastume, Pepe Speroni aparece como Daniel Speroni y el que figura como Manuel López Blanco es Hugo López; Peña es frecuentemente Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit y Víctor Testa, pero hay notas colectivas que aparecen firmadas por estos tres nombres conjuntamente, en un juego de desplazamientos donde Peña es todos y es ninguno.

Para complejizar aún más la situación y para mayor desconcierto del lector, Peña llevó lejos el juego: decidió crear para el número dos biografías apócrifas para Víctor Testa y Gustavo Polit, donde se los presentaba como profesionales argentinos que habían realizado estudios de posgrado en los Estados Unidos y que actualmente se desempeñaban como consultores de empresas u organismos internacionales. Cada biografía iba acompañada incluso de

una foto apócrifa, tomadas de biografías reales de investigadores sociales aparecidas en revistas americanas.

La notable seriedad con que se concibió el proyecto contrasta abiertamente con el juego de las biografías apócrifas, aunque esta no es la única paradoja de **Fichas**. Es también una revista que, bajo una apariencia de legalidad (con su declaración de marca registrada, su registro de la propiedad intelectual, sus derechos reservados), pone en práctica una constante y premeditada violación de los derechos de autor, asunto que despertó en su época no pocas reacciones airadas. Recordemos, finalmente, que es una revista de pensamiento marxista que se edita bajo la discreta apariencia de un boletín de investigación social.

Pero quizás la principal paradoja que recorre el proyecto es su actitud ante la modernización. **Fichas** puede ser leída como una de las revistas que contribuyó a lo que se ha llamado la modernización cultural de los 60, con su formato de revista americana, con su apelación a las nuevas técnicas de investigación social, con su diseño avanzado (Ernesto Rollé, aquel artista plástico amigo de Peña, había realizado —sobre la base de las muestras de revistas americanas que éste le facilitó— un diseño que respondía a la estética de "lo moderno"). Sin embargo, si hay algo que animó el espíritu de **Fichas** fue la crítica a la ideología de la modernización, la insistencia en que que tras ciertos "índices" superficiales de modernización la Argentina era un país atrasado, así como la recuperación del método marxista frente al método de las ciencias sociales. No es difícil leer entre líneas en esta revista aparentemente dirigida a los profesionales de las ciencias sociales un subterráneo desprecio por el mundo universitario, académico, profesional, al que Peña había sido siempre ajeno. El contraste entre **Fichas** y **Primera Plana**, más allá de ciertos temas y preocupaciones comunes, es total, en la medida en que **Fichas** es la contrapartida de la mitología modernista de **Primera Plana**.

Sus grandes temas serán el de la estructura de clases de la Argentina, el análisis comparado de los modelos de industrialización, las transformaciones de la clase obrera, la naturaleza de los "socialismos reales", el peronismo, la teoría marxista y el método de las ciencias sociales. El primer número apareció en abril de 1964 como un especial dedicado a la evolución industrial y la clase empresaria argentina (62). Estaba casi todo escrito por Peña y consistía en adelantos de lo que iba a ser su libro sobre industrialización. Firmado con el seudónimo de Víctor Testa se publicaba el estudio denominado "Crecimiento (1935-1946) y estancamiento (1947-1963) de la producción industrial argentina". Como ya lo sugiere su mismo título, Peña vuelve a arremeter contra el mito de la industrialización peronista, afirmando con abundantes pruebas empíricas que, contra el sentido común establecido en la época, "uno de los períodos de más fuerte ascenso de nuestra evolución industrial se produjo durante los gobiernos conservadores" amparado por la protección aduanera. Las razones del estancamiento industrial argentino, señalaba, había que buscarlas en su propia génesis y en su misma estructura: en su incapacidad estructural para alcanzar un desarrollo autosostenido, en su crecimiento inarmónico, originado por exigencias del mercado mundial o por la necesidad de sustituir importaciones de bienes de consumo. También firmado por Víctor Testa, el trabajo "Energía, mecanización e ineficiencia en la industria argentina" completaba el cuadro atendiendo aquí a dos índices determinados: el de consumo de energía y el de electromecanización, que ponían en evidencia la baja productividad de la industria nacional.

"Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado", firmado por Víctor Testa era una actualización del trabajo de **Estrategia** "El imperialismo y la industrialización argentina" (v. supra), e "Imperialismo e industrialización de los países atrasados", también firmado por Testa, proporcionaba el marco teórico para comprender el caso argentino: el capital financiero, el carácter de las nuevas inversiones imperialistas (orientadas ahora a la

industria ligera de los países atrasados), el nuevo vínculo de dependencia semicolonial. Si en estos se polemizaba con los mitos populistas de la industrialización peronista, y principalmente con Jorge Abelardo Ramos, en el artículo firmado por Gustavo Polit, "¿Es Argentina la tierra prometida de la movilidad social en la industria?", Peña arremete contra el mito del origen artesanal de la burguesía industrial tal como es expresado en "el pétreo lenguaje ginoparsoniano del profesor Torcuato S. Di Tella".

Finalmente, bajo la firma de Gustavo Polit, Peña actualiza y amplía otro trabajo dado a conocer en 1957 en **Estrategia**: "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", donde fundaba su vieja tesis de la burguesía industrial como el resultado de una diferenciación en el seno de la clase terrateniente. Se mantenía la polémica con los voceros de la izquierda tradicional (J. A. Ramos, E. Astesano), pero como entre 1957 y 1964 la sociología profesional argentina, en pleno desarrollo, se venía ocupando de la problemática de la relación entre terratenientes e industriales, Peña se propone extender el ajuste de cuentas a esta nueva literatura.

La revista, editada por un consejo editorial de desconocidos, donde ni siquiera figuraba el nombre de Peña, plagada de cuadros estadísticos y de gráficos, fue sin embargo un suceso. El primer número, particularmente compacto y fuertemente polémico, agotó en poco tiempo los 3.000 ejemplares de su tiraje y fue necesario reeditarlo. Ganó desde entonces lectores fieles y enemigos acérrimos. El mundo académico guardó silencio ante los ataques de un *outsider*, pero consumió **Fichas** provechosamente. Los sectores más intelectualizados de la izquierda, desde los comunistas hasta los trotskistas, la siguieron con atención. Es significativa, al respecto, la irónica nota que Peña stampa en el siguiente número, congratulándose por el hecho de que muchas de las tesis aparecidas en **Fichas** nº 1 hayan sido retomadas "textualmente y/o con variación en algunas palabras" por parte de **Táctica y Pasado y Presente**, las revistas que animaban el grupo de los "gramscianos argentinos" que había roto recientemente con el PC: "Hacemos público nuestro reconocimiento por la aceptación dispensada a esas ideas y nuestro pedido de que, cuando se las transcriba, se indique la fuente" (62 bis).

Esta respuesta de los lectores, así como la rápida asimilación de algunas de sus ideas por las formaciones de la nueva izquierda, sumada al hecho de que casi no había página de la revista donde las posturas y la figura de Jorge Abelardo Ramos no fueran cuestionadas, obligaron a éste a replicar con la misma virulencia a través de un extenso texto llamado "La cuestión nacional y el marxismo" (63). Su argumento central consistía en que **Fichas**, inscripta en la tradición "antinacional" de Juan B. Justo y el "socialismo cipaya", hablaba en nombre de los intereses imperialistas en el país: "La quiebra total de la izquierda cipaya ha movido al imperialismo a usar su propia voz en el debate sobre la naturaleza de las clases sociales en la Argentina. La publicación de la revista **Fichas de investigación económica y social** posee ese significado. Dirigida a 'economistas y sociólogos' profesionales, este órgano enmascarado con el pseudo-cientificismo yanqui, se propone en realidad remachar la vieja sumisión de la izquierda cipaya a las categorías abstractas y extranjerizantes que siempre la distinguieron. Todo esto no pasaría de una simple curiosidad 'sociológica', si no fuera que su perceptible redactor, el Sr. Milcíades Peña, no intentara emplear una amalgama de 'marxismo' y estadística destinada a volver más accesible a los incautos su mercadería antinacional y antimarxista" (pp. 111-2). Según Ramos, la

"revista **Fichas** resume en su contenido todas las ineptias antimarxistas de tres cuartos de siglo, enderezadas a impedir la adopción de la política leninista en la cuestión nacional. Las citaremos por su orden:

"1º Desconocer el carácter semicolonial de la Argentina.

"2º Atribuir a su industria una dependencia completa del capital imperialista.

"3º Negar en consecuencia todo nacionalismo a la burguesía industrial o al movimiento nacional burgués.

"4º Negar, además, toda divergencia entre terratenientes e industriales.

"5º Negar toda 'movilidad social' en la industria, o en lenguaje más simple, afirmar que la inmensa mayoría de los directivos industriales son actualmente los mismos que dirigían la industria antes de 1946.

"6º Afirmar que la oligarquía agropecuaria fue la más enérgica promotora de la industrialización argentina.

"7º Negar, además, que el gobierno de Perón impulsó la industrialización.

"8º Negar la existencia en la política argentina de una política *nacional* entre los diversos grupos de las clases dominantes. Cada uno de ellos sería servidor de uno u otro imperialismo extranjero.

"9º Propugnar un gobierno de obreros, peones y...chacareros" (pp. 118-9).

Para Ramos, en realidad, la "Argentina de 1964 no ha cambiado esencialmente el carácter histórico-social que le atribuía Lenin", esto es, el semicolonial. Su burguesía nacional nació como resultado de la crisis imperialista, y sus intereses son contrarios a los del bloque agrario-imperialista. Si es parcialmente cierto lo relativo a su debilidad y su estrechez de miras políticas, Peña desatiende el hecho de que en los bonapartismos latinoamericanos ha sido el Ejército el que "se subroga a la burguesía, especuladora y rapaz, para imprimir al Estado una orientación nacional burguesa". La perspectiva "socialista cipaya" y su consecuente antiperonismo habrían conducido a Peña a la "idealización de la oligarquía": "¡El gobierno ganadero defiende la industria y el gobierno industrialista la sume en la decadencia!", exclama Ramos. Y retomando buena parte de la batería de argumentos de la crítica de Liborio Justo a Gallo y Raurich, concluye que la perspectiva de la revolución socialista que se desprende del planteo de **Fichas**, de la lucha simultánea contra el enemigo interno (burguesía) y externo (imperialismo), al colocar "en el mismo plano al país opresor y al país oprimido", bloqueaba las posibilidades de consolidar el frente nacional. Su "internacionalismo abstracto", en las antípodas de la teoría leninista de la "cuestión nacional", no era otra cosa que "la máscara de los socialimperialistas en los países opresores y de los más declarados opresores en los países semicoloniales" (pp. 109-136).

Ramos, al hacerse eco de la crítica, había dado el pie para la contrarréplica de Peña. Esta se extendió a lo largo de cuatro números de **Fichas** (nº 4, 5, 6 y 8), fue ampliamente comentada en los medios de izquierda en su momento y reimpresa varias veces, pasando a constituir desde entonces una suerte de sistematización de las críticas del trotskismo a la izquierda nacional (64). En este trabajo desplegaba, bajo la forma de una polémica, el fruto de sus investigaciones sobre la industrialización y las clases sociales, y de algún modo terminó supliendo el volumen que Peña pensaba dedicar al tema y que nunca llegó a completar (65). La fuerte personalización de la crítica de Ramos en la figura de Peña (su persistente señalamiento de que se trataba de un "investigador de mercado", de un "asesor de empresas"), obligó a éste a salir del anonimato. Por primera vez aparecía su verdadero nombre firmando una nota en la revista, pero lo inscribió acompañándolo por dos de los seudónimos. La contrarréplica apareció, pues, firmada por Milcíades Peña, Gustavo Polit y Víctor Testa. La triple firma daba la idea de un trabajo en equipo -en cierta medida todo el grupo **Fichas** trabajó en ella, aunque es indudable que la inspiración y la pluma pertenecían a Milcíades-, pero fundamentalmente Peña no quiso dar por acabado el juego de los seudónimos.

En cuanto al texto, no se podría concebir crítica más aplastante. Peña discute el texto de Ramos frase por frase, devuelve ironía por ironía, demuele piedra sobre piedra. Parte de la contrarréplica está destinada a desmontar los procedimientos manipulatorios de Ramos en la discusión ("Cómo polemiza un impostor"); las otras secciones se ocupan de la burguesía industrial, de la dinámica del capital imperialista, del peronismo y del carácter de la revolución latinoamericana.

Peña comienza desmontando la acusación de que **Fichas** desconoce el carácter semicolonial de la Argentina: no sólo no lo desconoce, sino que ha hecho un esfuerzo de conceptualización para definirlo que se contrapone a la imprecisión con que Ramos lo usa. Mientras que para éste la clave del atraso y la dependencia hay que buscarla en la "balcanización" de América Latina en pequeños Estados, o bien en la ausencia de una industria pesada en ellos, Peña busca definir con precisión el status semicolonial de Argentina según distintos niveles: "*Primero*, la Argentina no ha pasado por un proceso de revolución industrial. En consecuencia, la productividad del trabajo es baja o, lo que es lo mismo, hay una baja intensidad de capital en todos los niveles de la producción; *segundo*, la Argentina es un país deudor, dependiente de las metrópolis del mundo capitalista; *tercero*, en el mercado mundial desempeña exclusivamente el papel de proveedor de alimentos y materias primas; *cuarto*, por el Tratado de Río de Janeiro, la carta de la Organización de Estados Americanos y otros compromisos semejantes, ha delegado atributos esenciales de su soberanía, en particular el declarar la guerra, en un superestado continental controlado por Estados Unidos" (4, p. 59).

Pero si tanto Ramos como Peña apelan a la autoridad intelectual de Lenin y hablan de la Argentina como semicolonia, detrás de la misma etiqueta hay diferencias sustanciales. Vuelve aquí a plantearse el mismo malentendido que, tres décadas atrás, se presentó con el debate Gallo/Justo (v. supra, cap. II). Recordemos que Antonio Gallo entendía que la Argentina era una "semicolonia avanzada", lo que significaba que la dominación imperialista no era abierta (como en una colonia) o relativamente disfrazada por la inexistencia de una auténtica clase dominante local (como en una semicolonia atrasada), sino que estaba *mediada* por una burguesía capitalista local, entrelazada por lazos económicos y diplomáticos con el imperialismo, pero con sus propios intereses económicos en el país, con el control de su propio Estado, su Ejército, su sistema de partidos, etc. El capitalismo argentino, sin embargo, padecía una debilidad estructural, se había constituido tardíamente, no era el resultado de una verdadera revolución industrial. La clase dirigente argentina nacía cuando la burguesía mundial había perdido su carácter revolucionario. Las tareas incumplidas de la "revolución democrático-burguesa" no entraban en su horizonte; era el proletariado el que debía incorporarlas a su programa de revolución socialista. Liborio Justo, en cambio, presentaba a la Argentina como un país semicolonial *tout court*, dominado por el imperialismo (especialmente inglés) a través de sus socios menores, las clases dominantes nativas (la oligarquía ganadera y la burguesía comercial). Estas son presentadas como un mero subproducto de la penetración imperialista en el país, como clases parasitarias, incapaces de inversión productiva y de sostener una acumulación capitalista centrada en el país. Su carácter "antinacional" se evidenciaba en la "entrega" creciente del país al capital extranjero o en las concesiones a la diplomacia británica.

Ramos, que hereda y lleva hasta sus últimas consecuencias el esquema interpretativo de Justo, entiende a la Argentina como una semicolonia inglesa, dominada por dicha metrópoli a través de una oligarquía terrateniente y antiindustrialista, una verdadera clase antinacional. La industrialización argentina habría sido una respuesta de los sectores nacionales (Ejército, burguesía industrial, proletariado) en el sentido de recuperar su soberanía. Para él se libraba entonces la lucha entre la hegemonía del bloque agrario (que de triunfar definitivamente

devolvería a la Argentina su pleno status semicolonial) y la del bloque nacional (que de imponerse sobre el anterior continuaría con la recuperación de la soberanía en la senda de la industrialización pesada y la integración latinoamericana). En esta lucha se libraba, pues, el destino del país: nación o semicolonía, y en esta disyuntiva no había espacio para estrategias socialistas que no hacían más que dividir el frente nacional.

Peña hereda y reformula la perspectiva de Gallo. Su originalidad está en sostener que un cierto tipo de industrialización propio de los países atrasados (que denomina, dijimos, pseudointustrialización) no pone en cuestión su status semicolonial, ni los intereses de la oligarquía terrateniente ni los del capital imperialista, sino que, por el contrario, es funcional a ellos. El modelo que Peña construye de la Argentina semicolonial, de su estructura de clases y de sus relaciones con el capital internacional, es mucho más complejo y sofisticado que el de la perspectiva nacional-populista y sus conclusiones son paradójicas frente al sentido común populista instalado entonces en la sociedad argentina.

Fichas no niega, aclara Peña, "todo" nacionalismo en la burguesía industrial: se "limita a demostrar que es un nacionalismo de trocha angosta, el cual de ningún modo se propone terminar con el dominio imperialista —acto que implica destruir las bases mismas del ordenamiento capitalista de la sociedad argentina— sino tan sólo regatear los términos con que el imperialismo, en cuanto socio mayor, participa con la burguesía en la explotación del país" (4, p. 61). Los procesos de industrialización de los capitalismos centrales implicaron luchas agudas entre los clases tradicionales y la burguesía, así como una profunda transformación de las relaciones de producción. Pero en países como la Argentina no se repitió este proceso. "La burguesía industrial argentina no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma, como la burguesía inglesa, francesa o yanqui. La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes" (4, p. 62).

Esta "unidad de intereses" entre burguesía terrateniente y burguesía industrial no implicaba "identidad", ya que "se produjeron muchas veces roces en torno al problema de proteccionismo reclamado siempre por los industriales, y el librecambio, exigido a veces por los terratenientes". Pero, clara Peña, "Digo a veces porque es falso que en la Argentina los terratenientes hayan sido siempre librecambistas". Tienden a serlo hasta 1933, pues mientras "vendían tranquilamente sus productos en el mercado mundial, no dudaban en sacrificar la industria argentina a la competencia extranjera" (4, 62). Pero la propia clase terrateniente advierte desde entonces la necesidad de diversificar la producción, de proteger desde el Estado el crecimiento de una "industrialización" sustitutiva, dando por fin satisfacción a las demandas de los industriales y estableciendo un sólido frente con ellos. De modo que, lejos de negar conflictos entre estos sectores, Peña sostiene que "los múltiples roces y conflictos ocurridos entre la burguesía industrial y la clase terrateniente transcurren dentro del marco y sobre la base del entrelazamiento de sus intereses económicos -que llega a ser fusión en la cúspide de ambas clases- y de la solidaridad de sus intereses sociales, de clases propietarias" (4, 62).

De ahí que la burguesía nacional ni siquiera puede considerarse como una aliada del proletariado y el conjunto de los explotados en la lucha por la emancipación nacional. Cuando Ramos advierte contra los riesgos izquierdistas de "lanzar a la burguesía a la barricada de la contrarrevolución", Peña le responde: "En la Argentina, como en todos los países atrasados y semicoloniales del siglo XX, las tareas nacionales y democráticas no se realizarán junto a la burguesía, sino *contra* ella. Y, después del 16 de setiembre del 55, que no nos vengan los

pensadores de la línea nacional con el cuento de que estos son 'esquemas' que ignoran 'la realidad nacional'. Aquí no se trata de lo que dijeron Lenin o Trotsky, ni de las consignas bolcheviques de 1905 ó 1917, ni del Kuomintang ni de Mao Tse Tung. Aquí se trata de que los sectores burgueses 'nacionales' que integraron el peronismo —murmurando siempre contra la influencia de la CGT— abandonaron el peronismo o lo hundieron desde adentro apenas sintieron la necesidad urgente de congelar los salarios y degollar delegados. Sin necesidad de ser 'lanzada por el señor Peña', la burguesía estuvo el 16 de setiembre en su barricada, es decir, en la barricada de la oligarquía y el imperialismo" (8, p. 41).

En suma, era el proletariado hegemonizando al conjunto de los sectores oprimidos el que iba a resolver las tareas democrático-nacionales incumplidas en el país, pero sin detenerse en ellas: "la revolución tendrá un carácter permanente, pues será democrática y nacional por sus objetivos inmediatos, obrera y socialista por sus métodos y por la clase que la realiza" (4, p. 60). La liberación nacional no era una etapa previa sino una de las dimensiones de la lucha, uno de los momentos de la lucha de clases.

La extensa contrarréplica continuaba con un análisis acerca de los límites de la política "industrialista" del gobierno peronista, discutía ciertos problemas de estrategia política y concluía con un retrato político de Ramos ("Un impostor de frente y de perfil"), donde contrastaba los distintos virajes y etapas de su trayectoria: "Años 1946-47: apologista vocacional del gobierno peronista. Años 1947-50: apologista venal del gobierno peronista. 1950-52: colaborador de la Unión Cívica Radical y exiliado en el Uruguay intenta hacerse pasar por 'víctima de la tiranía peronista'. Años 1952-55: nuevamente apologista venal del gobierno peronista. Año 1955, junio a setiembre: conforme a las instrucciones del gobierno peronista, niega la inminencia de un golpe militar respaldado por la Marina y la Aeronáutica, ridiculiza a quienes alertábamos a las masas peronistas acerca del golpe, hace la apología de las fantasmagóricas "milicias obreras" y otros cuentos para dormir de pie difundidos por la burocracia sindical y exalta al Ejército como fiel defensor del gobierno peronista y del movimiento obrero. Año 1955, setiembre a noviembre: como vocero oficioso de la burocracia sindical predica la colaboración con el gobierno de Lonardi y sabotea la huelga general espontánea del 17 de octubre de 1955. Años 1958-62: apologista de la política petrolera del gobierno Frondizi, aclama al general Eisenhower como enviado del pueblo norteamericano y aliado de la emancipación nacional argentina. Años 1963-65: en esta etapa, aún en curso, el impostor ofrece sus servicios a burócratas sindicales peronistas, a industriales nacionalistas financiados con capital extranjero, a rectores reformistas y a oficiales de buena voluntad, jóvenes y viejos. Aún no ha encontrado compradores firmes" (8, pp. 49-51).

En el mismo número de **Fichas** en que se inicia la contrarréplica a Ramos, Peña publica bajo el seudónimo de Alfredo Parera Dennis un estudio donde sistematiza su postura sobre el tema de la "Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis". La insatisfacción con el rótulo demasiado general de "semicolonia" lo lleva aquí a considerar la distinción del economista Ernest Wageman entre países semi y neocapitalistas. Los primeros, señala, son los países de "capitalismo parcial", como India o China antes de 1949, grandes poblaciones que durante siglos mantuvieron una estructura asiática o feudal, y adonde el capitalismo penetró parciamente; los neocapitalistas o países de "capitalismo incipiente", como Argentina o Sudáfrica, son aquellos constituídos como resultado de la expansión capitalista mundial, de escasa población fundamentalmente de origen inmigratorio, donde las relaciones dominantes son capitalistas, y donde el peso de las exportaciones (agropecuarias) es decisivo en sus economías (4, p. 4 y 40). Esta distinción permite a Peña seguir inscribiendo a la Argentina dentro del conjunto de países atrasados, independientes políticamente pero

dependientes en lo económico (semicolonias de Lenin), pero discriminar dentro de este conjunto y atender a la especificidad de la formación social argentina.

En este trabajo Peña construye un esquema complejo sobre esta formación social, la estructura de sus clases dominantes y sus vínculos con el capital imperialista, ilustrado con numerosos ejemplos históricos. La burguesía terrateniente (la tradicional oligarquía) no es considerada como "antinacional", como "entregada" al imperialismo por naturaleza, tal como aparece en el imaginario nacional-populista. "La relación de los terratenientes con el capital imperialista no es simple -advierde Peña. Mientras las metrópolis compran sus productos a buen precio, los terratenientes son fieles amigos de las mismas y sus entusiastas aliados, llegando a actuar como quinta columna imperialista en detrimento de todos los otros intereses burgueses de la nación, e incluso de los sectores más débiles de la propia clase terrateniente. Cuando ocurre lo contrario, y en especial durante las crisis, los terratenientes reclaman medidas antimperialistas llegando, incluso, a pedir la expropiación de empresas imperialistas" (4, p. 8). La historia de la burguesía terrateniente, señalaba Peña, "está llena de episodios que la enfrentan al imperialismo no comprador, la alejan de la metrópoli no compradora, la contraponen a poderosas empresas imperialistas, etc.", como la reacción de la Sociedad Rural en 1871 frente a las medidas proteccionistas norteamericanas en desmedro de la lana argentina, o con la misma metrópoli inglesa, cuando, por ejemplo, en 1900, ésta cerró sus puertas a la importación de ganado en pie (la mismísima Sociedad Rural afirmaba: "La ley de las represalias, en economía política, es perfectamente lógica y honesta. ¡Y la República Argentina está en admirables condiciones para tomar represalias de la gran Inglaterra!") (4, 12).

Es que "los terratenientes procuran fortalecer su posición ante el capital imperialista haciendo más complejas sus relaciones con él" (4, p. 8). Buscan, en condiciones de crisis, diversificar y balancear la economía, para no depender exclusivamente de los precios que el mercado mundial fija a sus productos, aunque dependen del mismo capital imperialista para que otorgue préstamos o realice inversiones directas. Tampoco el Estado argentino puede entenderse como un Estado virreynal, directamente sometido al dictado de las metrópolis, sino que los sectores dominantes necesitan y defienden el control de su propio Estado soberano. "La clase dominante argentina y sus mejores políticos -que fueron todos abogados del capital extranjero-, tuvieron conciencia de que cierto grado de 'capitalismo de Estado', vale decir, de empresas explotadas por el Estado, era vital y necesario para negociar con el imperialismo" (4, p. 19, n. 92).

Por otra parte, si la burguesía terrateniente no era *por naturaleza* "entreguista", tampoco era antioligárquica y antimperialista *por esencia* la burguesía industrial. Peña insiste en este trabajo, con abundante apoyatura en información histórica de situaciones de conflicto entre clases y sectores de clase, en que dado su origen concentrado, monopólico, dependiente del capital agrario y del capital imperialista, no puede entenderse a la burguesía industrial como una clase autónoma, con su propio proyecto de nación. "La burguesía industrial argentina nace como una segregación de la clase terrateniente. Y nace y se desarrolla en la época del imperialismo, en momentos en que la evolución de la técnica ha impuesto una dimensión tal a las empresas que desde el comienzo requiere grandes masas de capital. Esta circunstancia impide que la industria crezca desde abajo según el modelo de la Inglaterra y de Estados Unidos en los siglos XVIII y XIX. La burguesía industrial argentina, en la medida en que no proviene de la clase terrateniente o de la burguesía comercial, sino del llano, se ha fusionado desde el comienzo con el gran capital proveniente de actividades extraindustriales: comercio, banca, finanzas y, en fin, con el capital imperialista. La burguesía industrial se vincula al imperialismo 'desde los dientes de leche' y crece en constante dependencia del capital y la técnica imperialista. Cada

eslabón en su desarrollo 'la vincula más estrechamente al capital financiero, del cual es esencialmente el agente" (4, p. 14).

El nº 4 de **Fichas**, además de este trabajo y de la réplica a Ramos, se completaba con otros dos polémicos trabajos de Peña sobre el tema de la nacionalización de los ferrocarriles. En ellos sostenía, contra el carácter "progresivo" de la medida afirmado por Puiggrós, Ramos y los nacional-populistas, que la nacionalización peronista de los ferrocarriles, lejos ser un "golpe para el imperialismo inglés", respondía a las exigencias del capital imperialista de ese país y sólo sirvió, en las condiciones en que se hizo, para descapitalizar a la economía nacional. En conjunto, puede decirse que el número 4 de **Fichas** constituía una continuación y una vuelta de tuerca sobre el tema del primer número.

Otro de los ejes del proyecto **Fichas** fue el careo del marxismo con la sociología. Pero si esta preocupación atraviesa todos sus números, constituye el tema central del número 2, dedicado a Wright Mills. El sociólogo norteamericano C. Wright Mills (1916-1962) constituía por entonces una de las más vigorosas figuras intelectuales de la posguerra, cuyo influjo había trascendido las fronteras de su país. Formado inicialmente en el espíritu de la filosofía pragmatista anglosajona y en el de la sociología clásica, su obra volvió lo que él entendía era la "gran promesa" de aquel pensamiento -el establecimiento en la sociedad de las fuerzas de la razón y la libertad- contra la sociología profesional contemporánea, crecientemente burocratizada y comprometida con el poder. Sus investigaciones sobre la clase trabajadora americana y los sindicatos obreros, sobre las clases medias, sobre lo que denominó la "élite del poder" en la sociedad norteamericana, alcanzaron vasta irradiación más allá del campo académico y fueron rápidamente accesibles al lector de habla hispana, al menos desde los años 50 (66). Su abierto enfrentamiento con el *establishment* académico de su época —especialmente su desafío al estructural-funcionalismo de Talcott Parsons— y la creciente radicalización política de su inicial credo liberal-democrático —revolución cubana mediante— condujeron a Mills a un tardío pero fructífero encuentro con Marx y el marxismo. Este encuentro fue favorecido por el contacto que estrechó con los docentes alemanes emigrados y establecidos en la Universidad de Wisconsin (Hans Gerth en primer lugar, de quien fue discípulo y con quien luego trabajó conjuntamente, aunque también habría que señalar la influencia de otros emigrados como Adorno, Horkheimer y Marcuse —además de Franz Neumann, establecido entonces en la Universidad de Columbia). Fruto de su careo con Marx y sus distintas corrientes de seguidores fue su libro **Los marxistas**, que se publicó poco después de su prematura muerte, en 1962. Si Mills nunca había sido un mero sociólogo profesional, en los últimos años de su vida se había transformado en un intelectual que supo intervenir provocativamente en los grandes acontecimientos de la vida política nacional e internacional, para convertirse en una de las figuras fundantes de la *new left* anglosajona.

No es difícil advertir los motivos de la rápida recepción que Peña hace de la obra de Mills, cuyo itinerario sigue atentamente, año tras año, a partir de las ediciones americanas de sus libros. Es que Mills representaba para Peña el modelo de intelectual independiente que no sólo era capaz de producir una obra considerable integrando preocupaciones teóricas con investigación empírica, conjugando autonomía teórica con vocación política, sino que además convertía su propio programa de trabajo en un proyecto teórico-político en abierto desafío con el *stablishment* académico. Sin desatender las preocupaciones universalistas por la política y la teoría, Mills había consagrado su vida a estudiar sistemáticamente la sociedad norteamericana, sus clases sociales y sus conflictos, con la misma vocación y pasión con que Peña consagró su vida a estudiar la sociedad argentina. Y si ambos buscaron comprender el conjunto de los sectores sociales, es indudable que entendieron que la clave de la comprensión radicaba en

desentrañar la naturaleza y los mecanismos de reproducción del poder de las poderosas y concentradas elites que dominaban en cada país.

No es difícil adivinar la identificación de Peña con Mills a través del cálido retrato que a la muerte de éste realizó su maestro Hans Gerth y que Peña traduce y edita en este número de **Fichas**. Pues Peña también admiró, como Mills, "a los escritores de pensamiento vigoroso, a los que transuntaban nobleza de ideales y no tenían pelos en la lengua para decir lo suyo" (n, 2, p. 35). Peña no pudo dejar de reconocerse en estas pinceladas: "las frases por él acuñadas y sus drásticos epítetos produjeron irritación en hombres que pretendían alentar creencias ortodoxas. [...] Me atrevo a decir que Mills, desde sus años de cadete, no reveló jamás condiciones para acomodarse a disciplinas de ninguna clase. Le faltaba el don y el gusto de ello. [...] Era hombre de asimilación rápida, con cierta propensión para lo extranjero. Y, como un hombre que lleva prisa, tomó cuanto encontró útil a su propósito" (p. 36). Finalmente, también Peña, como el Mills que recordaba Gerth, "se zambulló en la vida" y "condensó varias vidas en una y bebió su copa hasta la última gota en sorbos profundos acelerados" (p. 34).

Si no faltaban motivos para la identificación, las diferencias entre uno y otro también eran grandes. Mills era un crítico del campo académico, pero nunca dejó de pertenecer a él, mientras Peña fue siempre un crítico externo. Mills era un sociólogo que salió al encuentro del marxismo; Peña era un marxista que salió al encuentro de las ciencias sociales. Pero el marxismo que desde una perspectiva crítica recupera Mills, y que denomina el "marxismo creador", es convergente con el marxismo de Peña. También hay afinidades y contrastes en sus respectivos análisis de las elites dominantes. Peña estudia a la elite oligárquica según los parámetros del marxismo clásico de la clase dominante, mientras que Mills construye, a partir de ciertos elementos de la sociología clásica, el concepto de "élite del poder". Este entiende que expresiones como "clase dominante" o "clase dirigente" eran inapropiadas: "'Clase' es un término económico; 'dirigir' es término político" y si ellas daban cuenta del hecho de que la "clase económica dirige políticamente", no concedían "bastante autonomía al orden político y sus agentes", desatendiendo, por ejemplo, el peso de las élites político-burocráticas o las militares en la configuración de una élite de poder (67). Por su parte, en la conceptualización sumamente original de Peña sobre la clase dominante argentina no es difícil advertir cierto influjo de Mills, como por ejemplo cuando entiende que la verdadera elite dominante no es exactamente la "oligarquía terrateniente", sino aquella cúpula en que se entrelazaban y concentraban los intereses agrarios, comerciales, financieros e industriales. Por otra parte, en su trabajo sobre la "Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis" se hacía eco de las advertencias de Mills ante los riesgos instrumentalistas de la teoría marxista del Estado. Y si bien, a pesar de todos los recaudos, volvía sobre la tesis de que "el Estado es en la sociedad capitalista el instrumento coercitivo de la burguesía, principal clase propietaria" (4, p. 17), no dejaba de insistir en lo que luego se denominaría su "autonomía relativa", o bien, en la diferencia entre el "poder de clase" y el "poder estatal": "El Estado argentino -como el de todos los países atrasados, goza de una apreciable independencia con respecto a las clases dominantes [...]. Como producto de todos estos factores y presiones, en la medida en que el Estado no se limita 'simplemente' a realizar la política de la burguesía nacional, o del imperialismo, o de algún sector de ambos; en la medida en que se afianzan el intervencionismo estatal y el dirigismo económico, el Estado se comporta frente a las metrópolis como un grupo burgués más, que necesita del capital financiero internacional para ampliar su base de sustentación y forcejea con él para obtener una mayor participación en la plusvalía extraída" (4, p. 19) (68).

El número especial dedicado a Mills incluía tres capítulos de su obra póstuma **Los marxistas** y dos artículos de la recién fundada revista americana **Studies on the Left**: uno era el retrato de su maestro H. Gerth citado arriba y en el otro su discípulo Irving Horowitz reconstruía el último tramo del pensamiento de Mills a través de sus manuscritos inéditos. El *dossier* se cerraba con una intervención del propio Peña a propósito del prólogo de G. Germani a la edición castellana de **La imaginación sociológica**.

Los marxistas constituía una severa advertencia teórico-política a los científicos sociales en el sentido de considerar seriamente la obra de Marx y el marxismo, al mismo tiempo que una recuperación de lo que Mills llama las tradiciones del "marxismo creativo" (*plein*) frente al "vulgar". La "Ciencia Social en cuyo nombre se ignora o se rechaza el marxismo" no era para Mills otra cosa que "una ciencia social del enfoque estrecho, del detalle trivial, del dato abstracto, todopoderoso e insignificante". Y agregaba: "Nadie que no se adentre a fondo en las ideas del marxismo puede ser un científico social idóneo", pero simultáneamente advertía contra los riesgos del dogmatismo marxista: "nadie que crea que el marxismo ha dicho la última palabra puede serlo tampoco" (69). En conjunto, el libro de Mills era al mismo tiempo una antología de lo mejor del pensamiento marxista reunido con ponderado equilibrio, un balance de conjunto de las distintas tradiciones marxistas, una síntesis de las principales tesis del materialismo histórico y una serie de objeciones críticas a ciertas imprecisiones, lagunas o callejones sin salida de la teoría marxista (70).

Si Peña dio calurosa bienvenida a la obra de Mills, la ciencia social académica no hizo ni podía hacer lo propio. Desde 1956 al frente del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y particularmente desde 1957, en que promueve la creación de la Carrera de Sociología, Gino Germani (1911-1979) y un reducido grupo de colaboradores habían logrado ir constituyendo laboriosamente el campo de la sociología académica en la Argentina según parámetros teóricos del todo ajenos al marxismo. Nada más apropiado a aquellos tiempos, vividos como experiencia de modernización, que la institucionalización de la teoría de la modernización de cuño americano. "Era el momento de apogeo del estructural-funcionalismo — recuerda Ricardo Sidicaro—. Lo que en esa teoría se caracterizaba como el paso de lo tradicional a lo moderno no resultaba ajeno ni desagradable al clima intelectual argentino. Los sociólogos norteamericanos de orientación estructural-funcionalista estudiaban los países menos desarrollados con una matriz evolucionista que acordaba bien con el optimismo reinante en esta orilla del Río de la Plata, pero, también, con el resto de América Latina. Las clases medias, pensadas como protagonistas de los procesos de modernización, incluyendo en su definición componentes tan disímiles como los empresarios industriales, los profesionales o los profesores universitarios, debieron ser no sólo una categoría conceptual aceptable, sino también una imagen de sí mismos halagadora para quienes en la época impulsaban el desenvolvimiento de la sociología en el continente. Las interpretaciones estructural-funcionalistas no ignoraban la existencia de 'los obstáculos al desarrollo y a la democracia', designación que en sí misma incluía la direccionalidad de los cambios venideros y el carácter provisorio de las trabas opuestas en su camino" (71).

En el esfuerzo de Germani por introducir la concepción y la metodología del estructural-funcionalismo, por institucionalizar la disciplina fijando las reglas del juego así como sus límites, la crítica de Mills a la burocratización de la sociología, su llamamiento al retorno del trabajo intelectual artesano y su recuperación del marxismo no podían sino constituir una amenaza a su proyecto. No obstante, era altamente desaconsejable hacer frente abiertamente a este sociólogo díscolo que venía ganando un auditorio cada vez mayor en América Latina. Es así que, con una sutil pero reconocible estrategia discursiva, Germani prologa la edición castellana de **La imaginación sociológica** con el objetivo de acotar los alcances de la crítica de Mills a

la realidad norteamericana para neutralizar sus efectos sobre el resto del continente. Desde un principio advierte que "el examen que realiza Mills no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América Latina: en este sentido la 'traducción' requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario" (72). Es que, señala Germani, mientras en Estados Unidos, con su larga tradición sociológica empírica, toleraba y hasta necesitaba de una "reacción" como la de Mills, esto parecía inapropiado en América Latina, que se incorpora en los últimos años al esfuerzo ecuménico de universalización, profesionalización e institucionalización de la sociología para superar una tradición opuesta a la americana, marcada por el 'ensayismo', el culto de la palabra y la falta de rigor (pp. 18-9).

Peña, lector entusiasta de Mills, advierte la estrategia de neutralización de Germani y reacciona con un artículo encendido: "Gino Germani sobre W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego" (73). Recuperando la categoría acuñada por el propio Mills del *academic statesman*, esto es, del académico dotado de la habilidad para imponer las reglas de juego dentro del propio campo y para negociar ante la élite de poder el financiamiento que lo sostiene, Peña afirma que "El profesor Germani se comporta frente a Wright Mills como un verdadero estadista académico, es decir, con aplomada hipocresía. 'Con acierto Mills señala', escribe Germani en su prólogo, y a renglón seguido pasa a explicar que lo señalado por Mills es inactual, o exagerado, o inaplicable aquí y ahora. 'Solución excelente sin duda' dice Germani calificando la recomendación de Mills acerca de la artesanía intelectual como arma para combatir la burocratización de la sociología, y a continuación sugiere que Mills exagera, que su recomendación es un anacronismo, y así por el estilo" (p. 38).

Germani, argumenta Peña, no comparte las ideas de Mills: "aprovecha el prólogo para exponer como cosa evidente por sí misma un pensamiento contrario al de Wright Mills, sin hacer explícito el desacuerdo, pero peor aún, mencionando a Mills como si compartiera sus ilusiones profesionales sobre la sociología 'científica' y 'positiva'" (p. 39). Sobre esa estrategia, Germani induce al lector a creer "que el pensamiento de Mills no tiene otro valor que el de una reacción contra circunstancias específicamente norteamericanas y, más importante aún, que la estéril gran teoría a lo Parsons, el miope empirismo abstracto de los técnicos de encuestas, el ethos burocrático en fin, no son en sí mismos malos sino malos en su exagerada versión norteamericana. Los mismos métodos que en Estados Unidos convierten a la sociología en ideología y en herramienta al servicio de la Elite de Poder son según Germani perfectamente recomendables fuera de Estados Unidos a poco que los sociólogos no norteamericanos exhiban una 'vigilante percepción', una 'actitud vigilante' y otras ejemplares virtudes de que al parecer carecen los sociólogos profesionales norteamericanos y que probablemente poseen sus colegas argentinos, comenzando a contar por el profesor Germani" (p. 39).

Pero Mills no se limitaba a recomendar una "actitud vigilante" por parte del sociólogo, sino que abogaba -siguiendo la tradición de la sociología clásica- por "el pensamiento individual frente a los equipos de tecnócratas, la artesanía intelectual frente a los institutos burocráticos dedicados a levantar encuestas y cuantificar trivialidades. Frente a esto, el profesor Germani dice: a) que Mills procede 'con acierto' al señalar el ejemplo de los sociólogos clásicos; b) que la propuesta por Mills es una 'solución excelente sin duda', pero que, c) en punto a cómo asimilar los nuevos métodos de investigación 'para Mills el problema ni siquiera aparece'; d) que 'es imposible volver a poner la cuestión en aquellos términos' sugeridos por Mills y que, e) en fin, la defensa de la artesanía intelectual 'sólo puede ser entendida como reactivo' ante las exageraciones propias de los norteamericanos pero no ante las 'poderosas técnicas de investigación' que Mills criticaba.

"De modo que en veintiún líneas consecutivas el profesor Germani afirma simultáneamente que Mills tiene razón pero se equivoca, que sus soluciones son excelentes pero

en realidad ignora de qué está hablando y que, en fin de cuentas, no vale la pena hacer mucho caso de Mills pues su pensamiento es meramente una reacción extremista contra anomalías de las que fuera de Estados Unidos se está a salvo, la carrera de investigador científico mediante" (pp. 39-40).

A pesar de la distancia que Germani se ve obligado a tomar en el prólogo a Mills con respecto a la sociología profesional americana, él y su grupo no son otra cosa, arguye Peña, que "importadores e imitadores compulsivos de los más nocivos 'achaques' y 'manías'" de dicha sociología. Así lo testimoniaba su obra **La sociología científica** (1962), recuerda Peña, donde Germani recomendaba, para imprimirle un giro científico a la investigación social en América Latina, apelar al modelo de "la sociología anglosajona y en especial norteamericana". Es que Germani y su grupo necesitan neutralizar el alcance de la crítica de Mills pues precisamente "educan a los futuros sociólogos profesionales en el estilo de investigación burocrático y parcelario que caracteriza al empirismo abstracto. Como explicaba Wright Mills, decirles a los jóvenes que sólo pueden conocer 'científicamente' la realidad social mediante un tipo de investigación inevitablemente burocrático es poner un tabú, en nombre de la Ciencia, sobre sus esfuerzos para hacerse hombres independientes y pensadores originales. Es minar la confianza del artesano individual en su propia capacidad para conocer la realidad. Por ello ese estilo de investigación es esencialmente antidemocrático y no puede tener un papel educativo liberador para los investigadores sociales.

"Pero además el profesor Germani y Asociados importan del empirismo abstracto otro de sus vicios: la obsesión por las investigaciones diminutas sobre pequeños ambientes con olvido, de hecho si no de palabra, de las estructuras sociales fundamentales. Acerca de esto Germani guarda prudente silencio en el prólogo a **La imaginación sociológica**, pero en otra parte critica a Wright Mills por sus ataques a las investigaciones en escala reducida. Lo malo no es circunscribir el trabajo empírico a una investigación en pequeña escala sino la ignorancia del contexto global, sentencia Germani. La dificultad reside precisamente en que toda la estructura intelectual y social (burocrática) de empirismo abstracto origina la tendencia irreversible a circunscribir la sociología a multitud de aparatosas investigaciones sobre ambientes microscópicos, con olvido y postergación, expreso o tácito, del 'contexto global'" (p. 40).

Para Peña, pues, el que Germani y su grupo "no constituyen una excepción a esta tendencia son testigos irrecusables los productos intelectuales del Departamento de Sociología". A través de su crítica, en este caso a través de una crítica intrínseca a la obra de propio Germani, Peña buscará poner en evidencia que "los vicios de la sociología profesional denunciados por Wright Mills no son un fenómeno norteamericano puramente local como pretende Germani, sino el producto natural de la estructura intelectual y social de esa sociología" (p. 40).

Germani volvía en su reciente libro **Política y sociedad en una época de transición** (1963) sobre las prescripciones metodológicas tendientes a "evitar o limitar las connotaciones valorativas" por parte del investigador (74). Peña no sólo cuestionará teóricamente la separación propia de la tradición positivista entre hechos y valores, sino que buscará poner en evidencia los juicios de valor implícitos en la obra de Germani. Pues si su **Estructura social de la Argentina** (1955) consistía en un "correcto y valioso análisis estadístico", la obra siguiente de Germani, hasta la reciente **Política y sociedad en una época de transición**, "aparece cada vez más rica en ideología y más pobre en conocimiento" (p. 48). La crítica central de Peña apunta al corazón de la teoría de la modernización de Germani, entendida como el proceso de transición entre dos tipos ideales: de la sociedad tradicional, preindustrial a la industrial o desarrollada. Este proceso se manifiesta, según Germani, en ciertos cambios esenciales en la estructura social: entre ellos, se modifica el tipo de acción social (desde formas prescriptivas a formas electivas, "racionales"), se

"institucionaliza el cambio" y se complejizan y especializan las instituciones (Germani, pp. 93-4).

En primer lugar, Peña pone en cuestión la tipología que Germani establece de "los tres principios básicos de la estructura social: el tipo de acción social, la actitud frente al cambio y el grado de especialización de las instituciones". Observa Peña: cada uno puede producir conocimientos desde el nivel de abstracción que considere adecuado, pero aquí el problema es que "Germani escoge para sus estudios teóricos un nivel de generalidad en el cual las realidades sociales (cambios, estructuras, instituciones) aparecen tan divorciadas de sus características específicas, tan hipertrofiadas en aquellos rasgos casi siempre secundarios que comparten en un plano general, que a fuerza de abstracción devienen pura nada". Es así que en un libro cuyo eje central es "el cambio", los tres niveles postulados del cambio son tan abstractos, generales e inespecíficos que nada nos dicen sobre los sujetos históricos, la modalidad de los cambios o las formaciones sociales: "¿Y las agencias del cambio (clases, estratos, naciones...)? ¿Y los métodos del cambio (revolución, acomodación, guerra...)? ¿Y el tipo de estructura inicial y el nuevo tipo de estructura social que emerge del cambio? ¿Y la interacción entre todos estos aspectos del cambio?" (p. 41).

Siguiendo a Parsons, Germani entiende que las sociedades modernas "institucionalizan el cambio": en ellas el cambio deviene algo natural, instituido por las mismas normas. Pero, pregunta Peña, "¿Cuáles clases de cambio en cuáles sectores de la realidad?". Pues si las modernas sociedades capitalistas promueven diversas formas de cambio y movilidad (de mercancías, de capital, geográficas, ocupacionales, de los hábitos de consumo, etc.), lo hacen siempre dentro de los parámetros estructurales que definen al sistema: de modo que, "en lo que se refiere a la separación entre el productor y los medios de producción, en lo que hace al reparto de roles y productos entre los propietarios de medios de producción y los propietarios de la fuerza de trabajo, en lo que concierne a la posesión de la riqueza y del poder, en todos estos niveles la sociedad industrial capitalista se ajusta plenamente a la definición ginoparsoniana de la sociedad tradicional", pues "se basa sobre el pasado, todo lo nuevo es rechazado y se tiende a afirmar la repetición de las pautas preestablecidas" (p. 44-45).

Y si el concepto de cambio de Germani se develaba abstracto e inespecífico, otro tanto acontecía con otros dos conceptos centrales en su obra: modernización y racionalidad. Así, en su esquema del proceso de "modernización" "aparecen yuxtapuestos y adosados mecánicamente, de un modo puramente exterior y sin cuidado alguno por la concatenación interna, todos los criterios que en un plano de amplísima generalización, y de todavía más amplia exterioridad, es posible compilar para diferenciar la sociedad tradicional de la sociedad industrial, desde la 'acción prescriptiva' hasta el 'giroscopio' y el 'radar'. No del todo inesperadamente, pese a la abundancia de texto, es imposible hallar en este esquema clave alguna para determinar con precisión el estadio de desarrollo en que se encuentra un país". Germani quiere aplicar este esquema universal también a América Latina, "sin excluir a la Argentina ni establecer cualificaciones al respecto". El resultado es que, según el esquema germaniano de la "modernización", el nuestro "resultaría un país desarrollado e industrial -lo cual es tan obviamente falso que probablemente ni el profesor Germani lo cree" (p. 42).

Asimismo cuestiona Peña el "empleo acrítico y puramente fetichista" que Germani hace del concepto de "racionalidad" en su teoría de la modernización. Pues, argumenta Peña, "no existe ninguna muralla china que separe tajantemente lo racional de lo irracional, y tal vez la diferencia más esencial entre razón e irracionalidad consiste en que la razón es en cada caso conciente de sus límites -no absolutos, sino relativos a cada etapa y nivel-, de sus condicionamientos, y de su contradictorio pero cercano parentesco con lo irracional. Todo esto es el abc, pero se le escapa al profesor Germani, quien parece orgánicamente incapaz de

relativizar sus criterios y de analizar críticamente sus supuestos". El resultado que se deriva de estos supuestos es que, en primer lugar, termina legitimando como "racional" a las economías de mercado, sin poder apreciar la irracionalidad propia del fetichismo de la mercancía, del dinero o del capital. En segundo lugar, el proceso de transición entre la sociedad tradicional y la industrial es entendido por Germani "como una trayectoria rectilínea y en un solo sentido desde la irracionalidad hacia la racionalidad económica". Es, pues, incapaz de dar cuenta del carácter contradictorio del proceso de transición desde las formas precapitalistas a las capitalistas, esto es, de su carácter desigual y combinado, que "se da en distintos niveles dentro de una esfera económica, y en algunos de esos niveles el pasaje no es un movimiento desde lo menos hacia lo más racional, sino a la inversa". En tercer lugar, Germani no es capaz de considerar en su especificidad la industrialización socialista, pues su concepción precisamente se desentiende de esos "pequeños detalles" que son las clases sociales y las formas de propiedad. Por ello, sin necesidad de "prosternarse a adorar la racionalidad de la racionalidad soviética, plagada de irracionalidad y arbitrariedad burocrática", Peña enfatiza que los intentos de planificación socialista, significan "una mayor racionalidad" y que en un análisis sobre el desarrollo no pueden ser colocadas, "al estilo Gino Germani en plano de igualdad con la coja racionalidad de la economía capitalista" (pp. 43-4).

Toda la pretensión teórica, los recaudos metodológicos y esfuerzos por fundar una Sociología Científica no impidieron a Germani, concluye Peña, repetir con ropaje científico las mismas ilusiones ideológicas que durante décadas circularon en el campo de la política: así, por ejemplo, la adscripción de América Latina al modelo europeo de la transición del feudalismo al capitalismo, la leyenda del origen humilde e inmigratorio de la burguesía industrial, el yrigoyenismo entre 1916-1930 entendido como "el gobierno de las clases medias", el peronismo, una vez más, leído en clave de fascismo, pero con un insólito aditamento: el de un "fascismo basado en el proletariado"... En suma, esta "compilación de ensayos" ambiciosamente titulada **Política y sociedad en una época de transición** no escapa al "culto a la palabra" y "la falta de rigor" propia de la ensayística que dice criticar. Nada nos dicen "acerca de los aspectos más vitalmente esenciales de la transición, de los elementos estratégicos que deciden si hay transición o no. Sin duda en algunos círculos esto debe resultar encomiable, pues pasa por ejemplar prudencia científica. Pero es apenas gazmoñería de sociólogos presupuestados que temen chamuscarse los dedos. La ciencia, pero la ciencia social más todavía, requiere el exasperado coraje de conocer. Y esto no lo da la traducción de Parsons ni lo presta la vicepresidencia de la International Sociological Association" (p. 44).

No se trataba en esta áspera polémica, como se ve, de una mera querrela de interpretaciones sobre la obra de C. Wright Mills. Germani y Peña comparten una serie de preocupaciones vinculadas a la problemática de la industrialización. Pero por sus respectivos encuadres, sus métodos, sus colocaciones en el campo intelectual, sus perspectivas políticas y hasta sus temperamentos, ocupan posiciones antitéticas. Germani es el introductor autorizado del estructural-funcionalismo mientras Peña es el introductor del marxismo crítico y la sociología crítica (Mills). Germani dicta las reglas desde el centro del campo académico, Peña las cuestiona desde fuera. Germani habla desde el centro del campo intelectual, Peña desde sus márgenes. Germani hace un diagnóstico optimista de la modernización argentina, mientras Peña está comprometido con un diagnóstico crítico sobre el atraso y el subdesarrollo del país. Todo su esfuerzo estará volcado a mostrar que los índices de "modernización" del país que construye la sociología son superficiales, pues ignoran la realidad estructural del atraso. La sociología académica, en suma, no sólo era impotente para comprender la estructura social argentina, sino que cumplía además una función apologética. Toda la fuerza de la crítica de Peña se fundaba en el autoconvencimiento de que el potencial de su rol de investigador-artesano, junto a su pequeño

grupo de jóvenes, fecundado por un marxismo crítico y animado por aquel "exasperado coraje de conocer", era enormemente superior al de la sociología institucional, con todos sus recursos materiales y humanos.

Si bien esta es la crítica más sistemática de Peña a la sociología académica argentina, el ajuste de cuentas con ella atraviesa toda su trayectoria. Recordemos que en el número anterior Peña había realizado un análisis comparativo entre las ediciones de 1945 y 1960 de la **Guía de Sociedades Anónimas** para poner en evidencia la escasa movilidad social en la industria argentina, buscando cuestionar el mito del origen artesanal de la burguesía industrial tal como es expresado en "el pétreo lenguaje ginoparsoniano del profesor Torcuato S. Di Tella" (1, p. 51 y ss.). También en el primer número de **Fichas**, al actualizar su artículo "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", había hecho extensos agregados para confrontar los resultados de su investigación con otros provenientes del Instituto de Sociología. En primer lugar, confronta con José Luis de Imaz, quien bajo la dirección de Gino Germani y en el marco del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras había llevado a cabo entre 1958-9 una encuesta sobre "actitudes y opiniones de la clase alta de Buenos Aires" (75). Imaz había realizado una encuesta sobre un universo de unos 150 presuntos exponentes de la "clase alta" de Buenos Aires, y entre otras cuestiones se les consultó sobre su orientación industrialista o agropecuaria. El inesperado acento de los encuestados en la primera orientación fue para el investigador motivo de sorpresa: "El resultado es curiosísimo [...] este hecho es singular y llama poderosamente la atención". Arriesga, no obstante una interpretación: "El investigador se atreve a formular una hipótesis, que como tal, quedará en el terreno de lo presumible, o contingente y lo dudoso. Debe haberse producido una fuerte motivación: tal magnitud tuvo tiempo atrás la campaña publicitaria y periodística tendiente a identificar como 'reaccionarios' a quienes se expresen en favor del mantenimiento de una política agropecuaria y como 'nacionalistas' y 'progresistas' a quienes opinaron lo contrario, que muchos de los encuestados tuvieron presente ese hecho y suministraron respuestas de tipo motivacional, claras y expresas, precisamente para ponerse a resguardo frente al encuestador" (p. 64).

Peña, por su parte, lo comentó en estos términos: "El problema de las relaciones entre industriales y estancieros se presta admirablemente para un estudio cuantitativo del monto de la incultura histórica prevaleciente en la sociología profesional argentina que se mueve entre la solemne paja seca de Gino Germani y los neologismos estériles de Talcott Parsons. Contémplese el caso del profesor José Luis de Imaz [...] ¡Qué sabroso apareamiento de puerilidad escolar y pomposidad académica! Para cualquiera que esté minimamente familiarizado con la trayectoria histórica de los estancieros argentinos esos hechos tienen tanto de sorprendente o novedoso como la esfericidad de la tierra. Pero la historia es libro herméticamente cerrado para estos mediocres técnicos en encuestas también llamados sociólogos profesionales. Por eso el profesor Imaz, a falta de cultura histórica, en ausencia de la imaginación sociológica que reclamaba Wright Mills, 'se atreve a formular una hipótesis que, como tal, quedará en el terreno de lo presumible, lo contingente y dudoso'. [...] ¿Hipótesis presumible? Sólo para analfabetos. ¿Contingente y dudosa? En grado sumo. ¿Jocosa? También. Pero por sobre todo ignorante. Ignorante en una medida que linda con la indignidad, porque quien estampa estos balbuceos inconscientes es un profesor, y la condición de profesor exige mayor responsabilidad intelectual, aún cuando se trate de profesorados baratos como los que otorga el Instituto de Sociología. Para ilustración del profesor Imaz y sus alumnos, transcribimos a continuación, en cuerpo apto para cortos de vista, algunos de los muchos documentos que muestran y explican cómo y por qué los estancieros argentinos han auspiciado y estimulado el crecimiento industrial

en los hechos, desde el siglo pasado, mucho antes de que los encuestadores del profesor Imaz les impulsaran a 'fingirse' industrialistas" (**Fichas** 1, p. 69).

A continuación arremete contra otro de los sociólogos del Instituto. Hugo Berlatzky había realizado en 1959 una investigación sobre las "Relaciones entre el sector industrial y el sector agropecuario: un caso especial de conflicto", de la que Peña publica el informe en este mismo número de **Fichas**. Esto no impide que unas páginas más adelante, en su artículo sobre "la famosa burguesía industrial", lo someta a su crítica despiadada: "El sociólogo Berlatzky se propuso establecer con precisión cuantitativa si entre el sector industrial y el sector agropecuario existe en Argentina conflicto o colaboración. Para ello efectuó un trabajo serio y meritorio (que por lo demás ya otros habían realizado diez años antes): leyó y analizó las publicaciones de la Unión Industrial Argentina y pasó revista a los contactos entre los dirigentes de la industria y la Sociedad Rural Argentina. Como no podía menos de suceder, el sociólogo Berlatzky constató lo que otros habían constatado diez años atrás: a) los industriales siempre se manifestaron amigos de los estancieros y negaron tener intereses antagónicos; b) los dirigentes de la industria pertenecían a la Sociedad Rural o mantenían intenso y amistoso contacto social con los estancieros.

"Sin embargo el sociólogo Berlatzky titula a su trabajo 'un caso especial de conflicto' y no, como se desprende de sus resultados, 'un caso especial de colaboración'. ¿Acaso se trata de que este sociólogo no sabe escribir? Peor aún. No sabe pensar..." (1, p. 69).

Pero la crítica de **Fichas** no se limitó a la sociología académica, sino que se hizo extensiva a la sociología ensayística. En 1964 había aparecido -alcanzando enorme repercusión- **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, un ensayo de una de las figuras jóvenes que provenían del grupo Raurich y que había hecho su pasaje por **Contorno**: Juan José Sebreli. También Sebreli, desde fuera de la academia, buscó conjugar un marxismo crítico (leído a través de Sartre) con lo mejor de la tradición sociológica americana (Veblen, Mumford, Mills), pero para ensayar una sociología urbana de Buenos Aires que diera cuenta de la localización, la arquitectura, los hábitos y costumbres de cada una de las clases sociales de la ciudad. La originalidad del proyecto se malograba en parte por la adscripción populista del autor (que acudía al respaldo intelectual de autores como Ramos y Puiggrós) y que lo conducía a recaer en los viejos mitos de las contradicciones entre la "oligarquía" (o "burguesía agraria") y las "nuevas clases burguesas". Y para mayor ira de los redactores de **Fichas**, Sebreli discute abiertamente con la tesis de la unidad de intereses entre oligarquía y burguesía industrial tal como aparecía en el artículo que al respecto habían publicado en **Estrategia** siete años antes (76). "Ciertos autores -señala Sebreli- niegan la existencia de una diferenciación económica entre la burguesía terrateniente y la burguesía industrial. Milcíades Peña, por ejemplo, cree descubrir la identidad de intereses entre ambos sectores basándose en la Guía de Sociedades Anónimas, donde la mayoría de las empresas industriales que figuran están encabezadas por un apellido tradicional de innegables intereses agropecuarios tales como Anchorena, Santamarina, Braun Menéndez, etc. Lo que no advierte Peña es que la participación de estos grandes apellidos en los Directorios de las Sociedades Anónimas resulta, casi siempre, más nominal que real, y su inclusión se debe al fácil acceso que tienen en las altas esferas cuando es necesario gestionar una concesión o un crédito. Si no admitimos las contradicciones entre burguesía agropecuaria y burguesía industrial, no podemos explicarnos al Estado peronista ni su lucha contra la oligarquía y el imperialismo" (pp. 54-55).

Esta vez el encargado del contraataque por parte de **Fichas** fue Jorge Schvarzer. Con el seudónimo de Jorge Sagastume dedicó cinco de las nutridas páginas de la revista a demoler teórica, política y metodológicamente al libro y a su autor: "'Vida cotidiana' y 'alienación' - categorías esenciales del pensamiento moderno- han sido utilizadas recientemente, con una

completa falta de responsabilidad intelectual, para facilitar la venta de un libro que firma Juan José Sebreli" (77). Así, todo un apartado -denominado "La receta de los Sebreli"- insistía en presentar al libro como el resultado de una manipulación intelectual con fines comerciales: "¿Cuál es en definitiva la receta de Sebreli para estudiar la vida cotidiana y la alienación? Héla aquí: Dígase marxista: nombre algunas veces al marxismo (si no lo conoce no se preocupe, los demás tampoco); deslice explicaciones en términos de frustraciones psicológicas y sexuales; agregue elogios a la clase obrera (o, al menos, méncionela melancólicamente); y luego intercale cualquier narración más o menos bien escrita (si es posible con citas de escritores franceses). Agregue un título con las otras categorías sociológicas de moda... y ya está. Su cocktail literario alcanzará sin duda alguna un éxito resonante entre la 'inteligentzia' argentina. ¡Ah!, no se olvide. Para rematar el éxito de la obra critique estridentemente, sin sentido pero con mucho sonido, a esa misma inteligentzia que comprará el libro; sentará así fama de 'enfant terrible' y venderá montones de ejemplares. Si alguien duda de la infalibilidad comercial de esta fórmula, que pase de inmediato a leer **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** de Juan José Sebreli" (pp. 61-62).

Otro de los ejes de **Fichas** fue el tema de la clase obrera, al que se consagró el tercer número de la revista, significativamente titulado "Mito y realidad del proletariado". El equipo armó aquí un número íntegramente monográfico, cuidadosamente estructurado, que se abre con textos de autores extranjeros y se cierra con tramos de los trabajos de Peña. El objetivo del conjunto estriba en recuperar para un marxismo abierto una concepción racional y empíricamente fundada de la centralidad del proletariado a partir de la crítica de todos aquellos mitos izquierdistas -comunistas, trotskistas, populistas- que hacían del Proletariado el Mesías Salvador. El número se abre con una serie de citas de Marx, Engels y Lenin al respecto, buscando resaltar el carácter antidogmático y antimesiánico que animó a los padres del socialismo en sus respectivos intentos por definir y organizar la centralidad obrera. Entre ellas, resulta altamente significativo el rescate de aquella intervención de Marx en la Liga de los Comunistas en que contrasta la actitud del partido proletario con la de la secta: [En aquélla] "La minoría suplanta la observación crítica por la intuición dogmática, la intuición materialista por la idealista. Para ella, la rueda motora de la revolución no son las circunstancias reales, sino la simple voluntad. Mientras que nosotros decimos a los obreros: tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, y no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiaros a vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros le decís todo lo contrario: 'Es necesario que conquistemos inmediatamente el Poder, o si no, podemos echarnos a dormir'. Y mientras que nosotros hacemos ver especialmente a los obreros alemanes que el proletariado alemán no está todavía suficientemente desarrollado, vosotros aduláis descaradamente el sentimiento nacional y los prejuicios de clase de las artesanos alemanes, lo que no dudo que os valdrá más popularidad. Hacéis con la palabra proletariado lo que los demócratas hacen con la palabra pueblo: la convertís en objeto de adoración" (78). Puede decirse que en estas advertencias de Marx a las sectas de su época estaban contenidos los elementos de una crítica contemporánea a la idealización izquierdista-sectaria del proletariado: de una parte dogmatismo, idealismo, inmediatismo, voluntarismo, afán de poder, demagogia...; de otra, sentido crítico, materialismo, mirada de largo plazo, autotransformación...

Para este número Peña actualiza dos tramos de los borradores de su **Historia del Pueblo argentino** -los que van de 1935 a 1946. Pero entiende que para una cabal comprensión del proceso de transformación que sufre entonces la clase trabajadora argentina, del proceso de burocratización sindical a lo largo de los 30 y de cuasi-estatización bajo el

peronismo, es necesaria una reconceptualización de la clase trabajadora en el marco de un marxismo renovado así como un balance histórico de las experiencias de movimiento obrero, tanto de las exitosas como de las fallidas. Es así que reúne, bajo el rubro de "La clase obrera 'en sí' dentro de la sociedad capitalista", tramos de una investigación del sociólogo norteamericano Ely Chinoy sobre los trabajadores de la industria automotriz. Según el copete de presentación del texto, la paradoja que se desprende del texto es que sus condiciones de alienación en el trabajo no parecen empujar a los trabajadores hacia la "conciencia de clase" sino "que estimula en ellos el interés y el deseo de transformarse en pequeños empresarios o en trabajadores por cuenta propia" (p. 4).

Para definir lo que aparece bajo el rubro de "El esquema referencial", Peña y su equipo tradujeron tramos de la **Introduction a la Modernité** de Lefebvre y de la monumental biografía de Trotsky en tres tomos realizada por Isaac Deutscher, por entonces inéditos en español. Un modelo de análisis histórico concreto del proletariado es para Peña el que Trotsky realiza a propósito de la situación, las potencialidades y las tareas del proletariado ruso en 1905. La originalidad y la audacia de las tesis de Trotsky -la reformulación más radical de la estrategia proletaria desde 1848, según el juicio de Deutscher- no surgían de un *a priori* dogmático sino que sólo eran posibles partiendo de un conocimiento minucioso de la historia y la estructura social rusas. Peña se vale de la reconstrucción que el historiador polaco radicado en Londres, Isaac Deutscher, lleva a cabo de las tesis del autor de la revolución permanente. Deutscher (1907-1967) había logrado reunir sabiamente las dotes de historiador que congeniaba sus propias simpatías políticas con un adecuado distanciamiento historiográfico de su objeto. Es necesario llamar la atención sobre el influjo que sobre Peña ejerció en estos años la lectura de la obra de Deutscher -aparecida en inglés en los años cincuenta y sesenta-, como recuperación crítica y laica del pensamiento de Trotsky. El autor de la trilogía sobre Trotsky era, pues, como Peña, un intelectual revolucionario que también proviene de las filas del trotskismo partidario, y que sin involucrarse en la interminable querrela de los trotskismos, logra recuperar lo mejor del pensamiento del revolucionario ruso para las futuras generaciones.

También aprovecha Peña ciertos tramos del Lefebvre crítico de los mitos stalinistas en torno a la Clase Obrera o el Estado, propios de su etapa posterior a la ruptura con el PCF. Conforme a los conceptos de Marx, argumentaba Lefebvre, el proletariado ha demostrado ser una fuerza social y política a escala mundial. Sin embargo, admitía, no se ha mostrado aún capaz de cambiar el curso de la historia, desalienándose a sí mismo al mismo tiempo que al resto de la sociedad. "Hoy en día estamos menos convencidos que Marx de un fin absoluto de la alienación. Esta no ha desaparecido. Por el contrario. Si en algunos sectores se atenuó, en otros se agravó. La dialéctica alienación-desalienación- se muestra mucho más compleja y accidentada (como el devenir mismo que ella jalona) de lo que Hegel y Marx lo previeron. Las desalienación o tentativas de superación han producido nuevas alienaciones. [...]. Debemos renunciar a la idea de un fin de la alienación a partir de un acto absoluto, filosófico (Hegel) o socio-político (Marx)" (p. 8) . Esto implicaba, para Lefebvre, renunciar a entender la revolución meramente como "la toma del poder del Estado y el refuerzo del Estado así remodelado", a la clase obrera como "revolucionaria por esencia ontológica" y al partido de la clase obrera como único, omnisciente, omnipotente, omnipresente (pp.7-14). Lefebvre busca erradicar el esencialismo del marxismo, sus lastres obreristas, estatistas, sustituyistas, atendiendo a la dimensión utopizante, a la subjetividad, a la negatividad histórica, a las prácticas autogestivas que reintegren el sentido de la gestión social (no estatal) de los medios de producción.

Asimismo, el número incluye numerosos fragmentos de obras de Lenin y Trotsky referidas a la clase obrera: un texto del Lenin más libertario, contemporáneo a **El Estado y la revolución** (1917), en que remarca la necesidad de la iniciativa espontánea de las masas

obreras para crear un nuevo orden laboral, cultural y social frente a los riesgos de imponer una "uniformidad desde arriba"; otros de Trotsky relativos a dimensiones extraeconómicas y (en el sentido restrictivo del término) extrapolíticas, como la cultura y la vida cotidiana de la clase obrera rusa tras la revolución.

El conjunto de textos reunidos en el dossier (Marx, Lenin, Trotsky, Deustcher, Lefebvre) había sido estructurado como para terminar convergiendo en (y contribuyendo a sostener) el trabajo con que se cerraba el volumen: "El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina". Frente a, por un lado, los mitos izquierdistas y populistas que idealizaban de un modo o de otro a las masas obreras y, por otro, al conservadorismo de los sociólogos profesionales que consideraban la condición asalariada según sus patrones de "normalidad", Peña se propone llevar a cabo un análisis descarnado, libre de mitos, de "lo que la clase obrera es" en nuestro país. Por supuesto, advierte, que no es la suya una aspiración de "imparcialidad", sino de una "objetividad" en la cual los juicios de valor del autor deben explicitarse (79).

Entiende Peña que el comportamiento de la clase obrera "puede inscribirse en un continuo que va desde la aceptación silenciosa del *statu quo* hasta la acción violenta insurreccional". Desde el punto de vista de su actividad, su comportamiento oscila entre el quietismo y la combatividad, entre el acatamiento a sus direcciones tradicionales y su insubordinación, entre su heteronomía y su autonomía; desde el punto de vista de su conciencia, la clase obrera oscila desde posiciones de aceptación del orden social hasta otras de abierto desafío al mismo, las que tienden a desembocar en una insurrección. Denomina a estas cuatro posiciones: quietismo/combatividad; conservadorismo/revolucionarismo y construye un cuadro de doble entrada, que permite pensar situaciones donde una clase obrera nacional "puede ser quietista y conservadora, como la clase obrera argentina a partir de 1945; o conservadora pero no quietista sino combativa y activamente militante, como la clase obrera norteamericana desde 1920; o quietista pero no conservadora, como la clase obrera francesa desde 1958; o, en fin, ni quietista ni conservadora sino combativa y revolucionaria, como la clase obrera rusa hasta 1926, o como la clase obrera española desde 1930 hasta 1939" (pp. 71-2).

Se ha querido ver en este artículo, escrito "en el estilo de la sociología académica", un "planteo ahistórico" que "nada tiene que ver con el marxismo: es funcionalismo puro" (80). En verdad, el crítico de Peña se despista frente al discurso de **Fichas**, incapaz de entender la ironía que Peña desplegaba en ella como revista marxista que *aparecía* como revista de ciencia social, pero donde se revalorizaba el marxismo crítico y se cuestionaba a la sociología académica. Pero el fondo del desacuerdo del crítico con Peña es su desaprobación y su disgusto ante un registro de análisis que, partiendo de la puesta en cuestión del supuesto izquierdista de que la clase obrera es ontológicamente revolucionaria, busca discriminar entre distintos comportamientos históricos en las distintas clases obreras nacionales. Peña busca salir de las afirmaciones generales del marxismo vugar acerca de una clase obrera homogénea, siempre heroica y dispuesta al combate, para atender a variables tales como su composición, su relativa heterogeneidad, sus específicas condiciones de vida, ingreso, consumo, grado de organización, disposición a la lucha, autonomía, conciencia política, etc. Por lo demás, en su intento por *historizar* a la clase obrera, es conciente de los límites de su esquema referencial: "El quietismo y el conservadorismo son categorías -es decir: puntos de vista, apostaderos desde los cuales nos acercamos al estudio de la clase obrera- obviamente analíticos y por lo tanto unilaterales, abstractos. El ser real de la clase obrera es más rico, más real que tales abstracciones, como que consiste precisamente en la suma de esas y otras muchas abstracciones" (p. 71).

El objetivo de Peña es aquí enfatizar, a contrapelo de los análisis de la izquierda tradicional y aún de la nueva izquierda, que el peso de la experiencia peronista en condiciones de heteronomía había dejado una huella profunda en la clase obrera argentina. Una nueva clase obrera se había constituido desde mediados de los 40 sobre la base de prácticas paternalistas por parte del Estado, de concesiones otorgadas "desde arriba", de una organización sindical jerárquica y disciplinadora, de marchas y manifestaciones garantizadas desde el Estado por las fuerzas del orden. Incluso herramientas de lucha de la clase como la huelga habían logrado ser parcialmente institucionalizadas mediante una burocracia sindical que garantizaba el control negociado de todo conflicto.

Sin embargo, esta realidad desencantada aparecía ante los ojos de los espectadores de aquella Argentina en forma invertida, *como si* fuera otra cosa que la que realmente es. A propósito de lo que podríamos llamar el "fetichismo de la Argentina", Peña escribió una de sus páginas más irónicas e inspiradas: "La Argentina es el país del 'como si'. Durante muchos años lució como si fuera un país moderno en continuo avance, pero en realidad era un país atrasado, que iba quedando cada vez más atrasado respecto a las naciones industriales. Luego, desde 1940 hasta 1955, pareció como si la población toda se tornase cada vez más próspera, pero en realidad el país se descapitalizaba velozmente día tras día y mientras se iba quedando sin medios de producción se atiborraba de heladeras, de telas y de pizzerías. Naturalmente, el ingreso *per capita* en la Argentina es relativamente alto, más que el de Japón, por ejemplo, como si tuviera un alto grado de capitalización, pero desde luego es pura ilusión, y la capitalización *per capita* es mucho más elevada en Japón. Y así por el estilo.

"En fin, el peronismo fue en todo y por todo el gobierno del 'como si'. Un gobierno conservador que aparecía como si fuera revolucionario; una política de estancamiento que hacía como si fuera a industrializar al país; una política de esencial sumisión al capital extranjero que se presentaba como si fuera a independizar a la Nación; y así hasta el infinito.

"En la clase obrera el 'como si' peronista dejó huellas profundas. El Estado peronista dio a luz una poderosa institución sindical que parecía como si fuera un producto surgido del seno de la clase obrera; pero en realidad le había sido dada desde arriba, desde las cúspides del Estado, y desde allí era manejada. El peronismo incrementó la participación de los obreros en la renta nacional y pareció como si este y otros beneficios concedidos fueran conquistas obreras; pero en realidad la clase obrera los obtuvo sin lucha, yendo 'de casa al trabajo y del trabajo a casa'. Pero, además, el peronismo utilizó las huelgas, las concentraciones masivas, las canciones que hablaban de 'combatir al capital', y hasta la proclamación de las milicias obreras, todo como si fuera un combativo movimiento obrero, revolucionario incluso; pero en realidad todo ello era solamente libreto, un libreto en el cual la clase obrera era mera masa de maniobra, una impotente multitud de extras convocados al teatro político para representar la farsa histórica de la revolución peronista.

"Los dirigentes sindicales peronistas han heredado el arte de dirigir a la clase conforme a una política perfectamente conservadora pero capaz de impresionar como si fuera revolucionaria o, por lo menos, como si rompiera los marcos del quietismo y el conservadorismo. Tal es el caso del 'Plan de Lucha' de la CGT y sus ocupaciones de fábrica. En principio, la ocupación de fábricas involucra un abierto desafío a la propiedad privada de los medios de producción y plantea en cada fábrica el problema del poder. Es, pues, un arma de la lucha de clases apreciablemente explosiva, sobre todo por la iniciativa, la independencia y la decisión que tiende a movilizar en los obreros. Pero la dirección sindical peronista, acompañada por el conjunto de la clase obrera, ha hecho en la Argentina como si ocupara las fábricas, incluso como si tomara rehenes entre los patrones, sin despliegue significativo de iniciativa, de independencia o de decisión por parte de la clase, que de esas jornadas extrajo tanta

experiencia combatiente como experiencia militar extraen los conscriptos en un desfile, o menos aún" (pp. 73-4).

La burocracia sindical es expresión, al mismo tiempo que refuerzo, del quietismo y el conservadorismo de la clase obrera argentina. Esta capacidad de disciplinamiento de la clase obrera por la burocracia sindical no fue exclusiva del gobierno peronista. Aún después de 1955, cuando la clase obrera sufre una significativa pérdida de posiciones en el reparto de la renta nacional, en condiciones en que el aparato sindical es expulsado del Estado y de endurecimiento de la presión empresaria, la nueva dirección sindical que emerge desde la base, enfrentada a un Estado por momentos hostil (aunque conciliador en otros), se reveló tan quietista y conservadora como la que funcionó como una casta estatal entre 1945 y 1955. En efecto, si "después de 1955 ha debido apelar con cierta frecuencia -o mejor dicho: hacer como si apelara- a métodos clásicos del movimiento obrero (huelgas, paros, ocupaciones de fábrica)", lo ha llevado a cabo "estimulando siempre el quietismo de la clase, y compartiendo y estimulando su conservadorismo, por comisión consciente de una política de conciliación de clases, y por omisión, mitad consciente y mitad inconsciente, de todo intento de educar a la clase obrera en pautas de conducta distintas a la rutina habitual" (pp.77-8).

Sin embargo, en esta visión desencantada de las luchas obreras, había que dar cuenta de situaciones agudas de conflicto obrero posteriores a la caída de Perón, como la "resistencia peronista" al régimen de "la Libertadora" o de las huelgas de los frigoríficos bajo Frondizi. Para Peña se trató de desbordes momentáneos, de alteraciones significativas pero finalmente controladas, que no lograron transformar cualitativamente a la clase en un sentido autónomo de la burocracia o de la ideología peronista. "En las ocasiones en que la clase obrera evidenció alguna tendencia a alejarse un tanto del quietismo -entre octubre y noviembre de 1955, cuando todos los sindicatos fueron declarados en estado de asamblea, o en enero de 1959- la actuación de la burocracia sindical, mezcla de ineptitud y perfidia, fue decisiva para extirpar esos brotes y lograr que la clase retornara al quietismo" (p. 78).

¿Cuál era la base material, social, que permitía explicar este carácter quietista y conservador de la clase obrera argentina posterior a 1945? Para Peña, la clave estaba dada en la propia estructura económico-social del país, "que posibilitaba una ligera redistribución de la renta nacional en beneficio de los asalariados, sin conmociones sociales". La clase obrera industrial, entiende Peña, posee un nivel de ingresos relativamente alto comparado con el de los restantes asalariados del campo y la ciudad, y aún con sectores medios pauperizados (jubilados, pensionistas, empleados administrativos). Las altas tasas de ganancia de la burguesía industrial argentina, la crónica inflación de nuestra economía y el funcionamiento eficaz de una burocracia sindical negociadora contribuyeron a dibujar la fisonomía de la clase obrera argentina: "esta situación ha estimulado necesariamente el quietismo del proletariado, su confianza en la posibilidad de alcanzar todos sus objetivos económicos de modo pasivo, mediante la capacidad negociadora de la burocracia sindical. Y ha estimulado también una mentalidad conservadora favorable a la conciliación de intereses que existe entre obreros y empresarios industriales en cuanto ambos se benefician de una estructura económica que genera altas ganancias y altos salarios industriales en perjuicio absoluto de los estratos pequeñoburgueses de ingresos fijos y en detrimento relativo de los empresarios y trabajadores agropecuarios" (p. 78).

Pero además de estas condiciones estructurales, también la dimensión histórica, la de la tradición, la de la experiencia, habían contribuido a modelar esta clase. La coyuntura de prosperidad económica habida entre 1943 y 1952 favoreció la emergencia de un gobierno bonapartista que utilizó todos los recursos del Estado para otorgar a la clase obrera (y a su burocracia sindical) una serie de beneficios que redundaron en una mentalidad de progreso fácil, "logrado más bien como regalo de Dios que como producto de un esfuerzo sostenido". Y concluía

Peña: "De tal modo el bonapartismo peronista desarrolló y arraigó profundamente en la clase obrera actitudes favorables hacia el orden social, las cuales se expresaban de modo concentrado en la ideología de la unidad de clases, de la comunidad de intereses entre obreros, capitalistas, militares y funcionarios. Es un hecho que luego de 1955 la clase obrera perdió algunos de los beneficios que le fueron dados, pero la pérdida no ha sido tan grande ni tan dramática como para ser percibida de modo tal que conmoviera las actitudes existentes y su expresión ideológica. Se requirió la crisis de 1929 y la desintegración del mercado mundial para sacudir la confianza de la clase dirigente argentina en que la Pampa, las vacas y Dios eran garantía harto suficiente de su perpetuo enriquecimiento. El futuro dirá qué concatenación de hechos se requiere para sacudir el temperamento quietista, la confianza de la clase obrera en que se puede marchar ordenadamente del trabajo a casa y de casa al trabajo, puesto que su bienestar y prosperidad están garantizadas por el Estado benefactor y por la habilidad de la burocracia sindical para maniobrar entre patrones, militares y funcionarios" (pp. 79-80).

Otra vuelta de tuerca sobre el tema de la clase obrera, vinculado también al pensamiento de Wright Mills, fue una sección aparecida en el nº 6. En ella se reunían un fragmento de un viejo texto de Mills referido a la clase obrera norteamericana y a la dirigencia sindical, un artículo de Stanley Aronowitz aparecido en **Studies on the Left** y un fragmento de Deutscher (81). Mientras el trabajo de Mills se centraba en la apatía política del trabajador norteamericano y en la burocratización e institucionalización de la dirección sindical, Aronowitz relativizaba históricamente su postura, alegando que la estimación de Mills descansaba sobre la base del boom capitalista de la posguerra, pero que el propio Mills hubiese podido corregirla sobre la base de las condiciones actuales del fin de la expansión económica y la consiguiente aparición de ciertos factores desequilibrantes en el sistema. Por su parte, Isaac Deutscher, admitiendo que la historia contemporánea había sometido a una dura prueba la tesis marxista del proletariado como sujeto de la revolución, entendía que considerada en el largo plazo (el último siglo) la tesis de Marx se había mostrado correcta: "A pesar de las derrotas sufridas y de las frustraciones experimentadas en lo que se refiere a alcanzar el fruto de sus victorias, y más aún, a pesar de la frustración de no tomar parte decisiva en las conmociones de las dos últimas décadas, no es posible despojar al proletariado de su papel histórico como 'agente primordial del socialismo', galardón obtenido en el lapso de un siglo. Es preciso apelar al sentido de la proporción y de la perspectiva, a fin de no formular generalizaciones de largo plazo, acerca de todo un proceso histórico, en base a sólo un aspecto particular del mismo" (p. 65).

Otro de los temas favoritos de **Fichas**, obviamente vinculado con el anterior, será el peronismo. El nº 7 fue un especial dedicado al tema, para el cual Peña actualiza el capítulo de la **Historia del Pueblo Argentino** correspondiente al período 1945-55 y reúne una serie de "Documentos para la Historia del Peronismo" cuya publicación se va a extender hasta los dos números siguientes. A contrapelo de la tendencia a la revalorización del peronismo propia de la nueva izquierda intelectual (Terán, Altamirano), Peña, con el grupo de **Fichas**, recuperará la vena crítica y desmitificadora de sus viejos textos sobre el movimiento que lideró el general Perón. Ya el *collage* de tapa del nº 7 nos instalaba en ese espíritu desmitificador: reunía en abierto contraste la foto de una manifestación peronista, obreros con los puños en alto, con la foto de Perón y Eva Duarte tomando café en una plácida sobremesa. Entre una y otra foto, se reproducía un titular del diario entonces oficialista Democracia de setiembre de 1955, días antes del golpe militar que lo derrocó: "Me quedaré, afirmó el líder, pero a condición de que cada uno se prepare para luchar / Perón por el Pueblo / Empezaremos una nueva vigilia en

armas, dijo el presidente en memorable asamblea / Impondremos la calma a cualquier precio..." (82).

El capítulo de la **Historia del Pueblo Argentino** referido a los gobiernos peronistas que actualizó para este número fue rebautizado "el gobierno del 'como si'". Pues si Argentina era el país del "como si", aquel mundo invertido donde las cosas aparecen como lo contrario de lo que son, el peronismo era el "como si" llevado al paroxismo: un gobierno conservador que aparecía como revolucionario; una política que nace con un notable sometimiento al imperialismo inglés y termina sometiéndose al imperialismo estadounidense, pero que luce como antimperialista; una política de estancamiento que hacía como si fuera de industrialización... Las polémicas tesis de Peña sobre el peronismo como una forma de bonapartismo conservador se acompañaban de una minuciosa selección de documentos que abarcaban el período 1945-55. Prolijamente estructurados según temas (la campaña electoral de 1946, Perón e Inglaterra, Perón y los EEUU, Perón y la economía, peronismo y lucha de clases, la política internacional peronista, etc.), con su correspondiente indicación de fuentes, constituían para Peña un "muestreo de información, realizado en base a discursos de Perón y sus colaboradores, a editoriales de la prensa nacional y extranjera, a documentos oficiales y a otras fuentes que el lector hallará indicadas al pie de cada transcripción" (7, p. 22). Entre ellos aparecen textos de diplomáticos británicos apoyando a Perón; del presidente del Banco Central, don Miguel Miranda, en las negociaciones sobre la nacionalización de los ferrocarriles británicos; un crítico balance realizado por el **Economic Survey** del proyecto del primer plan quinquenal; una celebración del entonces capitán de navío Isaac Rojas (1952) "por el General Perón, por la señora Eva Perón y por la CGT"; o confusas declaraciones de Perón -ya incitando a la violencia, ya llamando a ir "de casa al trabajo y del trabajo a casa"- en las vísperas de setiembre de 1955...

Mención aparte merece el capítulo dedicado a recoger distintos testimonios de Eva Perón, que Peña tituló "El bonapartismo con faldas". Pero si esta sorprendente selección de textos -en que Evita se despacha con inusitadas comparaciones históricas, como aquella en que pone a la "Revolución Peronista" por encima de la Revolución Francesa, y a Perón por encima de los líderes de la revolución francesa y la revolución rusa- apunta (dentro del conjunto de documentos seleccionados) a sostener una contraimagen del peronismo, destacando aquellos aspectos que evidencien el carácter improvisado, conservador y hasta farsesco del peronismo, hay una cierta matización en el caso de Eva. El número incluye un texto de Luis Franco, "A propósito de Eva Perón", donde se pregunta si fue una "aventurera de gran estilo" o una "mujer de pueblo orgánicamente identificada con sus dolores y sus sueños": "¿Era Evita una aventurera de gran estilo, típica de una época de aguda descomposición y transición, guiada sólo por una vanidad y una ambición sin lastre? ¿Era una mujer del pueblo, orgánicamente identificada con sus dolores, su servidumbre y sus sueños de reivindicación? Sin duda fue algo virginalmente inédito: una emocionante combinación de Madama Pompadour y Luisa Michel" (7, 60) (83).

El tratamiento crítico del peronismo fue, más allá del especial preparado para el nº 7, uno de los ejes en torno de los cuales giró el proyecto de **Fichas**. Recordemos que buena parte de la polémica con Ramos estuvo destinada a discutir las afirmaciones de éste en torno al peronismo como "agente propulsor de la industrialización" (8, pp. 33-8) y que el nº 9, dedicado a evaluar los alcances y límites de la política de industrialización y reforma agraria de Gamal Abdel Nasser en Egipto (el llamado "socialismo egipcio"), concluía con un paralelo entre peronismo y nasserismo (9, pp. 14-8).

Otro tema que se reitera obsesivamente en **Fichas** es el de los modelos de industrialización. Manuel López había preparado un informado trabajo sobre el proceso chino de acumulación, al que se lo cotejaba con el soviético (nº 5 y 6). Para el estudio del proceso

soviético, se traducen textos de Trotsky, de Deutscher y un capítulo de la obra inédita de Alexander Erlich (**The soviet industrialization debate**) donde se expone la postura entonces escasamente conocida del economista de la oposición E. Preobrazhenski (nº 2 y 5). El nº 9 se centró en otro proceso de industrialización en curso: el del Egipto de Nasser. El nº 10, finalmente, se centró en el cotejo entre "Argentina y Estados Unidos, bases reales de dos destinos diferentes". Reunía una serie de estudios sobre los primeros síntomas de la crisis de la economía keynesiana en el Norte y el surgimiento de las movimientos de contestación: los negros, los estudiantes y los intelectuales que comienzan a poner en cuestión la guerra en Vietnam (uno de los artículos, el de Harry Magdoff, había sido extraído de **The Socialist Register** y otros dos de la **Studies on the Left**). El número se completaba con un ensayo donde Luis Franco cotejaba las dos grandes figuras de cada subcontinente (Sarmiento y Lincoln) y una actualización del texto de Peña centrado en la comparación entre la colonización española y la inglesa en las dos Américas (84).

A la invitación de la revista a enviar colaboraciones sólo habían respondido Marcos Kaplan y Luis Franco. Kaplan, recientemente desvinculado de Silvio Frondizi, colaboró primero con un artículo sobre los "Orígenes de la política petrolera argentina" en el período anterior al yrigoyenismo (nº 4) y luego con una extensa investigación, publicada por partes, sobre la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), aquel proyecto de creación de un mercado común en el subcontinente que se intentó poner en marcha a comienzos de la década (nº 5, 6, 7 y 8). Franco, como queda dicho, colaboró con su provocativo texto sobre Eva Duarte (nº 7) y con su paralelo entre Sarmiento y Lincoln (nº 10).

Es cierto que en la revista aparecen otros nombres de investigadores contemporáneos, pero deberíamos incluirlos dentro de un rubro especial: los colaboradores forzosos. Recordemos la inclusión del texto de H. Berlatzky sobre la relación entre ganaderos e industriales (nº 1), al que se sumaron artículos como el de Oscar Morgenstein sobre los riesgos de error en las estadísticas (nº 2), un fragmento de **The Argentine Riddle** de Félix Weil (nº 7), un trabajo de Juan Carlos Rubinstein sobre el peronismo (nº 8), una ponencia de Tulio Halperin Donghi en que traza un estado de la cuestión de la historiografía económica argentina (8), otra ponencia presentada en las mismas jornadas de Ruggiero Romano sobre el desarrollo económico (8) o una conferencia de Horacio Flores de la Peña sobre planeación y desarrollo en América Latina (9).

Es también reveladora la política de traducciones de **Fichas**. Ya nos hemos referido a la publicación de textos desconocidos o poco conocidos de Trotsky. Pero esto no es lo distintivo. Hay que destacar la sistemática edición de fragmentos de la obra de Isaac Deutscher, de Henri Lefebvre y de C. Wright Mills, a quienes ya nos hemos referido. Pero además de la difusión de estas figuras que apadrinarán a la "nueva izquierda", **Fichas** dará a conocer textos extraídos de las revistas típicas de ese movimiento, como la americana **Studies on the Left** (artículos de I. Horowitz, S. Aronowitz), la inglesa **The Socialist Register** (artículos de Deutscher y Magdoff) o la francesa **Arguments** (de la que extrae un artículo de Jean-Claude Filloux sobre decisión colectiva y autogestión socialista). No deja de llamar la atención la anticipación con que la revista se ocupa de dar cuenta de la escuela estructuralista europea, con la publicación, dentro de la sección "Fichas de actualización profesional", de un texto titulado "La noción de estructura" -sin duda escrito sobre la base de textos de Lefebvre.

El testamento político de Milcíades Peña

La respuesta del público es entusiasta: los números de **Fichas** se agotan en los kioscos y muchos de ellos serán reeditados y nuevamente agotados. Su radio de venta incluyó el interior del país y alcanzó un buen número de suscriptores extranjeros (toda buena biblioteca de Europa o Estados Unidos cuenta con su colección de **Fichas**, aunque es casi inconseguible en las hemerotecas de la Argentina). En 1965 sale a la venta el primer volumen encuadernado de **Fichas** (nº 1 a 6) y se suma a la edición de la revista la colección de los "Cuadernos de Fichas", cuyo primer número es un texto de Henri Lefebvre ("¿Es el marxismo una filosofía?") presentado por el propio Peña (85). Pero en contraste con la respuesta del público, la aparición de **Fichas** fue recibida silenciosamente por el resto de las publicaciones, sea de la izquierda tradicional, sea de la nueva izquierda. No es aventurado conjeturar que, sin embargo, hayan sido estos sectores el principal público consumidor de **Fichas**, como lo ponen en evidencia la obligada respuesta de Ramos o el silencioso influjo de muchas de sus tesis sobre las figuras intelectuales de la nueva izquierda, como Ismael Viñas o J. C. Portantiero (86).

Dado que el silencio era el políticamente esperable, es posible afirmar que, a fines de 1965, con 8 números en la calle, el proyecto **Fichas** aparece definitivamente consolidado. Peña parece haber logrado a través de él su merecido reconocimiento intelectual, al mismo tiempo que había logrado cierto éxito con su empresa de investigaciones de mercado. Además, en 1964 se había agrandado la familia con el nacimiento de Milcíades hijo. Todo parecía indicar entonces que la consolidación familiar, profesional y político-intelectual habían finalmente asentado una estructura de personalidad que había sufrido graves fracturas desde su infancia.

El número 8 de **Fichas**, aparecido en diciembre de 1965, anuncia para la próxima entrega un artículo de Peña: "Preguntas y respuestas sobre el peronismo". Pero el número 9, de abril-mayo de 1966, se abre con esta nota: "El 29 de diciembre de 1965 quedaban abandonados sobre el escritorio de Milcíades Peña los bocetos de las 'Preguntas y respuestas sobre el peronismo'. Su autor a los 32 años de edad, había muerto repentinamente, dejando trunco su trabajo. Con su desaparición **Fichas** pierde mucho más que el artículo prometido para este número; pierde su principal inspirador y consejero.

"Pero el estudioso que sentía palpitar en él los problemas del país y de nuestro tiempo, el intelectual que dedicó su vida al análisis y desmenuzamiento de la estructura y de las relaciones de poder en nuestro país, como paso previo hacia su transformación revolucionaria conciente, ha dejado una valiosa herencia. Los miembros de la Junta de Editores de **Fichas** están trabajando ya sobre el abundante material (estudios, artículos, esbozos) dejado por Peña con el fin de poder entregarlo a sus lectores. Ese el mejor homenaje que pueden hacer a la memoria de Milcíades Peña, revolucionario, maestro, amigo" (87).

En efecto, Milcíades Peña se había suicidado (mediante la ingestión de pastillas) la noche del 29 de diciembre de 1965 en su estudio de la calle Suipacha. Desde entonces, se tejieron en torno a esta postrer decisión las más inverosímiles conjeturas. Una de ellas, que circuló preferentemente entre los círculos de la "izquierda nacional", aludía a las contradicciones de su doble rol de intelectual marxista y de investigador de mercado. Don Arturo Peña Lillo, que lo conoció en tanto distribuidor de **Fichas** y editor de su traducción de Lefebvre, se hace eco de ella en sus memorias: "Es dramático —reflexiona— conciliar ideales con la diaria realidad. Ese desgarramiento esquizoide se salva comúnmente racionalizando las contradicciones hasta hacer del hombre una caricatura de sí mismo. Tal vez, Milcíades Peña no pudo soportar el doble mensaje" (88).

De acuerdo al cuadro de situación que puede reconstruirse sobre la base de los testimonios de sus familiares y amigos, la conjetura de Peña Lillo es simplificadora pero guarda una cierta dosis de verdad. Pues si la apariencia era la de la consolidación profesional, familiar

y político-intelectual, de los testimonios parece desprenderse que Peña sólo podía sostener su empresa, su familia y su vida pública al precio de múltiples conflictos. De ello hablan su conflicto de identidad (la confusa adopción por parte de sus tíos, las visitas a su madre creyendo que es su tía, el tardío descubrimiento de sus hermanos), su peculiar proceso de socialización (entre mayores, sin demasiado contacto con otros niños), su tardía incorporación al mundo del trabajo, sus dificultades para que el éxito final de su empresa revirtiera en una cierta estabilidad económica, sus consiguientes dificultades para sostener materialmente a la familia o para asumir su paternidad... Entonces, si es posible hablar en términos, como hace Peña Lillo, de disociación, o de un cuadro esquizoide, este tiene sin duda raíces más profundas que los cortocircuitos que podían producir sus dos roles de intelectual revolucionario e investigador de mercado.

Otra conjetura sobre su suicidio circuló en los medios trotskistas militantes, vinculándolo a una presunta "desilusión política". De ella se hace eco O. Coggiola, cuando asocia la decisión de Peña de quitarse la vida a sus últimas posturas sobre el conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina (1986: 20-24). Sin embargo, un análisis atento de dos de los últimos textos de Peña parecen desmentir taxativamente semejante conjetura. Uno de ellos es un artículo político, pero en que se refiere a su experiencia en la izquierda y a sus propias expectativas presentes; otro, es un documento personal.

El primero es su contribución al especial de **Fichas** sobre la clase obrera, una suerte de condensación de sus ideas y de ajuste de cuentas con la izquierda argentina que bien puede considerarse su testamento político. Es significativo que en él se ocupe tangencialmente de sus clásicos adversarios, el comunismo y la "izquierda nacional", y se centre en el balance de la izquierda trotskista, de la que proviene. Los izquierdistas, afirma allí, "alimentados por el entusiasmo militante, tienden sistemáticamente a confundir lo que la clase obrera es, con lo que los izquierdistas desearían que fuera" (89). De ahí que, partiendo del "carácter ontológicamente revolucionario de la clase obrera... dedican la mayor parte de sus energías a dos tareas concurrentes y afines: Primero, denunciar la supuesta contradicción entre el supuesto activismo militante de la masa obrera (a la cual siempre describen como 'empujando'), y el quietismo y conservadorismo de la dirección sindical (a la que siempre presentan como 'frenando'); y segundo, descubrir y captar políticamente a los sectores 'de vanguardia' que supuestamente experimentan con mayor conciencia y disposición militante el antagonismo de la clase frente al quietismo y el conservadorismo de la dirección sindical. Durante los últimos diecinueve años, esos grupos han creído descubrir la vanguardia obrera ora en los activistas sindicales, ora en los delegados de sección, ora en las comisiones internas de fábrica, ora en las oposiciones sindicales o en las listas opositoras que compiten con la dirección sindical establecida" (p. 72). Y cita como ejemplo dos textos de las publicaciones trotskistas (uno de Nahuel Moreno, dirigente de Palabra Obrera y otro de la recientemente creada Política Obrera) donde efectivamente los deseos y los propios y módicos esfuerzos con vistas al surgimiento de una nueva dirección obrera se proyectan ilusoriamente sobre la realidad de la clase trabajadora.

Polemiza también con las ilusiones neopopulistas de la nueva izquierda intelectual, como aparecen expresadas en Juan Carlos Portantiero, quien considera que el fracaso de la izquierda en su intento de penetrar en la clase obrera se debe a su incomprensión absoluta del peronismo (90). Replica Peña: "Por 'incomprensión absoluta' este autor quiere significar la ausencia de posiciones coincidentes con las suyas propias, pero su información es deficiente" (72-3). Pero ignora que desde hace dos décadas un cierto número de grupos marxistas vienen trabajando con un alto grado de devota actividad militante sobre la clase obrera desde las más diversas posturas políticas, desde el clasismo más antiperonista hasta el entrismo liso y llano. Las líneas políticas de esos grupos —replica Peña— componen en su conjunto la gama de prácticamente

todas las posiciones estratégicas y tácticas con que es posible acercarse a la clase obrera con un punto de vista marxista —desde la abstracta prédica literaria del socialismo, hasta el ingreso organizativo en el peronismo y la actuación como corriente peronista; desde la apología del peronismo como movimiento nacional revolucionario, hasta la crítica acerba del peronismo como gobierno bonapartista conservador del *statu quo* atrasado y semicolonial. Pese a tal variedad de programas, que cubre toda la gama de programas que es concebible, y pese a la intensa actividad militante puesta al servicio de cada programa, los grupos marxistas no han logrado en el curso de veinte años ninguna influencia real entre sector alguno de la clase obrera, ya sea que esa influencia se mida por el número de adherentes obreros, por el número de dirigentes sindicales que responden a su disciplina, por la circulación de su prensa, por el número de votos obtenidos en las elecciones, o por cualesquiera otros criterios relevantes. Lo más cercano a influencia obtenido hasta hoy por los grupos ha sido el actuar esporádicamente como asesores periodísticos u oratorios de algunos dirigentes sindicales" (p. 72).

Es que Portantiero, como el resto de la vieja y la nueva izquierda, parte del presupuesto subjetivista "según el cual la clase obrera está siempre dispuesta a escuchar a los revolucionarios a condición de que éstos sean capaces de realizar 'un análisis correcto de la estructura económico-social de un país, de las correlaciones entre las clases y las contradicciones fundamentales'. Desde luego este enfoque no tiene nada que ver con el marxismo; y ni aún con el sano buen sentido experimental" (p. 73). Si los grupos trotskistas acudían al fácil expediente de explicar el fracaso de la izquierda por su oportunismo, Peña critica también la política de los "contornistas", quienes, con su apoyo a la candidatura de Frondizi, explicarían "la ineficacia de los grupos marxistas no por su 'oportunismo' sino precisamente por su falta de oportunismo" (p. 73).

Y unas líneas más abajo, extiende su crítica a las incipientes organizaciones armadas de la Argentina: "El florecimiento de corrientes guerrilleras y terroristas entre los grupos marxistas no es meramente una consecuencia de la Revolución Cubana. En gran medida, proviene del desencanto de quienes contaban con la clase obrera como agente de cambio llamada a convertir a la Argentina en un país socialista. Los guerrilleros o aspirantes a guerrilleros no esperan derrocar o siquiera desorganizar al Estado mediante sus guerrillas, sino que confían en las guerrillas como un medio de excitar o estimular a la clase obrera. El guerrillerismo es pues el medio mediante el cual procuran descargar su indignación y su energía revolucionaria quienes desean trabajar por un cambio revolucionario y descubren que, ahora y aquí, la clase obrera argentina no es, ni evidencia propensión, a devenir a corto plazo un agente de cambio histórico" (p. 73).

¿Se trata, pues, de la desilusión de un intelectual izquierdista con respecto a la clase obrera y sus organizaciones? Resulta claro que el doble objetivo de Peña en este trabajo es, al mismo tiempo que el ajuste de cuentas con la izquierda argentina realmente existente, la comprensión realista y descarnada de la clase obrera argentina. El hecho de que esta clase no se comportara (revolucionariamente) como se esperaba comprometió el destino de las izquierdas argentinas: el comunismo buscó suplirla por la burguesía nacional, la "izquierda nacional" por el ejército, las nuevas corrientes guerrilleras por el "foco" y los trotskistas ensayaron todas las tácticas de penetración posibles, creyendo una y otra vez que roto el obstáculo que los separaba de ella (la burocracia sindical, las direcciones traidoras) su hora sonaría por fin. La revista **Fichas**, y en particular este ensayo, marca pues el punto más audaz y creativo del marxismo de Peña: significa no sólo el punto de ruptura con el comunismo y el nacional-populismo, sino también con las ilusiones obreristas del trotskismo vulgar. Es, al mismo tiempo que una crítica política y metodológica del proceso que conduce a ciertos grupos izquierdistas a proyectar sus deseos sobre la realidad, confundiéndolos con ella, una reafirmación de la relativa autonomía de

la teoría frente al politicismo, así como del intelectual revolucionario frente a las organizaciones políticas.

¿Está Peña efectivamente desilusionado del proletariado, como sostiene Coggiola? De su ensayo, se desprende más bien una desilusión con respecto a las organizaciones de la izquierda existente. En relación al potencial revolucionario del proletariado, busca fundar su esperanza, más allá de la ilusión o de la fe, en una base racional: "Creemos que el proletariado es la clase que tiene mayor probabilidad de actuar consecuentemente y hasta el fin como agente de cambio histórico capaz de construir la sociedad socialista. Y creemos que en un país atrasado y semicolonial como la Argentina es el proletariado la clase que tiene mayores probabilidades de sacar al país del atraso y la subordinación, construyendo con métodos socialistas la nación moderna e independiente que el capitalismo fue incapaz de lograr" (p. 70).

Pero para el marxismo vulgar es inconcebible esta formulación abierta, no planteada en términos de "necesidad histórica", de ineluctabilidad del socialismo, sino en términos de potencialidad, de posibilidad... Para el marxista vulgar, cuya rutina es sostener que el régimen burgués siempre está en crisis y que el proletariado siempre está en lucha, cualquier afirmación de la relativa estabilidad del sistema o de la relativa pasividad de la clase obrera es poco menos que una claudicación. Pero Peña, que en la etapa de **Fichas** había terminado por comprender que para el marxismo la producción de conocimiento era algo totalmente distinto que la literatura de propaganda, parece haberse anticipado en veinte años en responderle a su crítico sobre su presunto pesimismo. Escribe Peña:

"Estas observaciones sobre la clase obrera argentina no se proponen ser edificantes, y han sido formuladas sin preocupación alguna por los grados de pesimismo u optimismo que puedan estimular en revolucionarios necesitados de fe militante o en conservadores ávidos de orden..."

"Para los revolucionarios marxistas que confían en la clase obrera como agente de cambio histórico, el conservadurismo y el quietismo actuales de la clase obrera argentina no ofrece motivo alguno de entusiasmo. Requiere, en cambio, una buena dosis de madurez y firmeza, por el estilo de los que revelaba Lenin [...]. Desde luego, el reconocimiento del conservadurismo y quietismo actuales de la clase obrera sólo pueden generar pesimismo en quienes alimentan su optimismo revolucionario con el menguado combustible de una confianza irracional en el triunfo inmediato o cercano" (p. 80).

A pesar de la contundencia de estas palabras, llama la atención el mito pertinaz según el cual Peña nunca terminó de romper políticamente con la organización morenista. Ya hemos observado (cap. IV) cómo esta organización contribuyó a fabricar el mito de un intelectual pequeñoburgués que, incapaz de asumir un auténtico compromiso militante, se aleja de la organización para escribir una versión de la historia argentina cuya inspiración se debía, en lo fundamental, a Moreno. Existe un curioso testimonio escrito, antes citado, de un viejo militante morenista que volcó al papel el conjunto de los mitos que cohesionaron durante décadas a esa organización. En esta verdadera versión mitológica de su propia historia, el autor sostiene que el problema no era para Peña terminar de romper con un modelo de pensamiento y de práctica política, sino que se trataba de una cuestión "privada", de sus límites y contradicciones personales: "él no sufría por 'la necesidad de superar las limitaciones teóricas del marxismo cristalizado' [...], sino esencialmente por la constatación diaria de sus propias contradicciones y limitaciones personales" (91).

En apoyo de su afirmación, Lagar nos ofrece su propio testimonio:

Me encontré con Milcíades Peña poco antes de su muerte. Largos años de recuerdos comunes, evocaciones, bromas, y la pregunta inevitable: '¿Qué pasaba entre él y el partido?'. Su respuesta me reveló un Peña tan profundo y talentoso como el que había conocido:

—Yo soy el trotskista de siempre, y me siento miembro del partido que me educó como revolucionario. No milito porque no soporto más el esfuerzo y la disciplina. Eso es todo...

Y remata Lagar más abajo: "Siento ahora la obligación de dar testimonio de aquellas palabras, porque las considero el verdadero Testamento Político de Peña" (p. 97-99).

No deja de resultar curioso que una presunta confesión de impotencia personal pueda resultarle a alguien un desideratum de "profundidad", "sabiduría" y hasta convertirla en un legado para las futuras generaciones... Pero retengamos, antes que nada, todo el esfuerzo puesto en "despolitizar" el tema Peña, en desconocer tantos testimonios de ruptura política, todo el acento puesto en sus limitaciones privadas, en tanto "intelectual pequeñoburgués". Y recordemos que esta mitología morenista ha trascendido sus propias filas: el mismo Jorge Enea Spilimbergo remarcaba hace muchos años que Peña "se retiró de Palabra Obrera *sin romper políticamente con ella*", manteniendo con Moreno "una suerte de división del trabajo", por la que Moreno se dedicaba a la práctica política y Peña quedaba como el depositario de la "doctrina pura". Como resultado de esta "rara simbiosis", **Fichas** no era más que "una amplificación o una repetición de las lucubraciones morenianas, puestas en pretencioso lenguaje erudito y estadístico, sin consistencia marxista, pero grato al paladar de los sociólogos e investigadores de mercado norteamericanos" (92). Más recientemente, O. Coggiola vino a repetir la mitología de un Peña que, tras su desvinculación con la organización morenista, se mantuvo "políticamente solidario con ella" (93).

Entendemos que después de haber seguido atentamente el itinerario político-intelectual de Peña, podemos afirmar, no sólo sobre la base de testimonios directos, sino también sobre una base documental firme, que Peña había consumado en los 60 su crítica a la vieja izquierda, incluida la izquierda morenista. Hemos visto que su ruptura con ésta no fue fácil, ni puede datarse en un momento preciso. Sin embargo, las tensiones dentro del partido por su condición de "intelectual pequeñoburgués", las diferencias políticas que se inician con la caracterización de la revolución boliviana y llegan a su agudización con la revolución cubana, su participación en el grupo "Liberación" y, finalmente, este balance crítico de la izquierda en la etapa de **Fichas**, marcan los sucesivos momentos de esta ruptura. Remarquemos, de todos modos, que fue éste un largo e intrincado proceso, que, en los años 50, se caracterizó por una serie de idas y vueltas, de acuerdos y desacuerdos entre Peña y la organización. Debe tenerse en cuenta, para comprender este largo y doloroso proceso, que Peña, como cualquier integrante de un grupo humano que busca separarse, debió necesitar un buen tiempo para elaborar afectivamente su separación con el grupo que lo había iniciado en la práctica política, que había funcionado como familia sustituta, donde había hecho amistades duraderas, donde había encontrado incluso una figura paterna en la persona de Moreno. Romper con el morenismo era en parte romper con todo este universo, al mismo tiempo, político y afectivo, era simultáneamente un proceso externo e interno. Era matar a Hermes Radio para que termine de emerger Milcíades Peña.

En este difícil proceso político-personal, debe considerarse la presión emocional que, en estos casos, ejerce el propio grupo político, que habitualmente funciona bajo la forma de una doble presión: la de descalificar al que se aleja (que pasa a ser el excluido, el paria, el vencido, el "fundido"...), y la de culpabilizarlo, manteniéndolo de algún modo sujeto a la organización bajo una forma subalterna (como "solidario", "colaborador", "cotizante", invitado a los grandes eventos, etc.). Casi todos los militantes pasan mucho tiempo, a menudo varios años, por esa suerte de purgatorio de la militancia, en un tironeo con el partido y un tironeo interno. Según las

situaciones o el interlocutor que encuentren durante ese período, volcarán sobre la organización su faz crítica o su faz culposa. De ahí que resulte plausible una situación como la que revela la anécdota relatada por Lagar, en que Peña, ante un viejo camarada, inhibe sus diferencias críticas y exhibe una racionalización culposa. Lo que resulta poco confiable es la fecha en que Lagar la data: días antes de su suicidio. Si tenemos en cuenta todo lo que escribió Peña contra el morenismo, especialmente entre las "16 tesis sobre Cuba" y "Quietismo y conservadurismo...", además de numerosos testimonios directos, sería mucho más plausible pensar que a Lagar lo traiciona en este punto su memoria y ubicar la anécdota a fines de los años 50.

Pero la anécdota que trae Lagar no es inocente. Viene a cuento de postular que el verdadero legado revolucionario nunca es teórico sino político-organizativo: es el Partido. Y éste, razona Lagar, lo forjó trabajosamente Moreno al frente de un núcleo de valerosos militantes. Y Peña sólo contribuyó marginal y transitoriamente a su construcción. En palabras de Lagar: "creo que valorar biográficamente la personalidad de Peña, o de cualquier otro revolucionario, es tarea indisolublemente ligada a la concepción que se tenga de la necesidad del partido en este período de la humanidad, y de la importancia que se le asigne a su construcción" (Op. cit., p. 97). Lagar escribe estas líneas en 1988, cuando Peña era apenas el recuerdo de un intelectual malogrado y Moreno (fallecido en 1986) era la presencia colosal de un partido trotskista que soñaba convertirse en partido de masas. El verdadero legado, razonaba Lagar, lo había dejado Moreno. Pero el andar de estos pocos años, con la crisis política y la diáspora del MAS, mostró el revés de la trama: la fragilidad de las organizaciones cuando carecen de sustento político y la importancia capital de la teoría como momento imprescindible de la praxis política.

El otro testimonio de que su suicidio no obedeció a una decepción política es la nota que deja a sus compeñeros del equipo de **Fichas**. Escrita nerviosamente en lápiz sobre un pequeño trozo de papel y pinchada en el pizarrón de su oficina, decía escuetamente: "Leer LT, **Diary in Exile**, ed. Harvard, p. 167, leer 'psichycal' donde dice 'physical'". Encima de su escritorio sus amigos descubrieron el libro indicado, una vieja edición inglesa de textos de Trotsky y en la página correspondiente dieron con el **Testamento** del viejo revolucionario. Al leerlo, pudieron desentrañar la clave del mensaje:

"Agradezco calurosamente a los amigos que me siguieron siendo leales en las horas más difíciles de mi vida. No nombro a ninguno en especial porque no puedo nombrarlos a todos.

"Sin embargo, creo que se justifica hacer una excepción con mi compañera, Natalia Ivanovna Sedova. El destino me otorgó, además de la felicidad de ser un luchador de la causa del socialismo, la felicidad de ser su esposo...

"Fui revolucionario durante mis cuarenta y tres años de vida conciente y durante cuarenta y dos luché bajo las banderas del marxismo. Si tuviera que comenzar todo de nuevo trataría, por supuesto, de evitar tal o cual error, pero en lo fundamental mi vida sería la misma. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico, un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente, aunque sí más firme, que en mi juventud...

"...me reservo de decidir por mi cuenta el momento de mi muerte. El 'suicidio' (si es que cabe el término en este caso) no será, de ninguna manera, expresión de un estallido de desesperación o desaliento. Natalia y yo dijimos más de una vez que se puede llegar a tal condición psíquica [original: "física"] que sea mejor interrumpir la propia vida o, mejor dicho, el proceso demasiado lento de la muerte... Pero cualesquiera que sean las circunstancias de mi muerte, moriré con una fe inquebrantable en el futuro comunista. Esta fe en el hombre y su futuro me da aún ahora una capacidad de resistencia que ninguna religión puede otorgar" (94).

Notas:

- (1) González, Ernesto, **Qué es y qué fue el peronismo**, Buenos Aires, Pluma, 1974 y **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Buenos Aires, Antídoto, 1995.
- (2) Montemayor, Mariano, "Las dos revoluciones del 16 de setiembre", Cuadernos de Azul y Blanco, Buenos Aires, octubre 1956; Amadeo, Mario, **Ayer, hoy y mañana**, Buenos Aires, Gure, 1956; Sábato, Ernesto, **El otro rostro del peronismo. Carta Abierta a Mario Amadeo**, Buenos Aires, s/e, 1956).
- (3) Hermes Radio, "Azul y Blanco y la clase obrera", Cuadernos del Frente Nacional, 1, Buenos Aires, 1957. El folleto, a pesar de ser una exposición polémica del programa de Palabra Obrera, no llevaba ninguna sigla que comprometiera a la organización morenista. Su diseño responde casi exactamente al folleto de Mariano Montemayor, del que constituye no sólo una réplica política, sino también una réplica material.
- (4) **Estrategia de la emancipación nacional**, 1, setiembre 1957, Advertencia de la Editorial, p. 1.
- (5) **Estrategia**, 3, junio 1958, "Nota de la Editorial", p. 1.
- (6) Transcriptas en Peña, Milcíades, "Cuando los muertos resucitan... (*In memoriam* de Quebracho)", **Estrategia**, 2, dic. 1957.
- (7) Franco, Luis, "La gendarmería de la pluma", **Estrategia** nº 1, cit., p. 13 y 16 respectivamente. No deja de llamar la atención la referencia al pasar, propia de cierta imagen difundida en la época, pero característica de la orientación morenista, al "galopín yanqui Fidel Castro" (p. 13).
- (8) **Qué** era el semanario político frigerista donde entonces convergieron los nuevos desarrollistas con los antiguos populistas en torno a la candidatura de Frondizi.
- (9) Piénsese en todo el desprecio contenido en estas imágenes, donde Astrada presenta a los comunistas argentinos sometidos a "un positivismo inconfesado que se arrastra ramplonamente, con un atraso de más de treinta años, por los suburbios de la cultura". Astrada, Carlos: "La teoría del reflejo... y el 'reflejo' de un sectarismo masivo", en **Estrategia** nº 2, cit., dic. 1957, p. 4.
- (10) Giudici, Ernesto, "La teoría del reflejo y la lógica según Lenin. Problemas actuales", en **Cuadernos de Cultura** nº 28, marzo de 1957.
- (11) Peña, Milcíades, "Cuando los muertos resucitan... (*In Memoriam* de Quebracho), cit., p. 103 y ss.
- (12) Peña, Milcíades, "El imperialismo y la industrialización argentina", en **Estrategia** nº 2, cit., 51.

(13) V. la colección de **Critiques de l'Economie Politique**, Paris. Hay varios volúmenes en castellano; v. esp. VVAA, **La formación del subdesarrollo**, A. Redondo, 1971. De la abundante obra de Pierre Salama, v. esp. **El proceso de subdesarrollo, México**, ERA, 1972. Este autor argumenta en términos similares a los de Peña: "La industrialización [latinoamericana a partir de los 30] se desarrolla sin crear conflictos agudos entre los diferentes grupos. La industrialización es más el resultante de un compromiso que el objeto de una estrategia.[...] La ausencia de antagonismos mayores no significa la ausencia de conflictos. Los conflictos aparecen paralelamente a la expansión de la industrialización y la necesidad de su continuación para ciertos grupos. Esos conflictos encuentran su solución en la instalación en el poder de gobiernos llamados populistas y aún 'desarrollistas' (Vargas, Perón...) apoyados por las capas populares. La llegada al poder de esos grupos no significa, sin embargo, una ruptura violenta con la oligarquía. [...] Al tiempo que permanecen subdesarrolladas, estas economías [...] experimentan una estructura productiva heterogénea, pero relativamente avanzada. Las llamaremos economías semiindustrializadas, con el objeto de distinguirlas de las economías subdesarrolladas menos industrializadas" (p.20-3).

(14) Puiggrós, Rodolfo, **El proletariado en la revolución nacional**, cit., p. 52, nota.

(15) Radio, Hermes [seud. de M. Peña], "Peronismo y revolución permanente; política obrera y política burguesa para los obreros", en **Estrategia** nº 3, junio de 1958, pp. 76-77, nota).

(16) Manuel, François, "Renacimiento del pensamiento comunista en Europa Oriental", y s/firma, "El caso Fast", en **Estrategia**, nº 3, junio de 1958).

(17) Hidalgo, Alberto, "Libelo de las lágrimas"; Hlito, Alfredo, "Notas para una estética materialista"; Maldonado, Tomás, "Los artistas concretos, el realismo y la realidad", en **Estrategia** nº 3, cit. Estos dos últimos habían aparecido originariamente en la revista **Arte concreto**, agosto 1946.

(18) Moreno, Nahuel, "Comentarios a algunas citas de marxismo sobre las relaciones entre los movimientos nacionales democráticos y el movimiento obrero", **Estrategia** Nº 3, cit..

(19) **Política Obrera**, nº 1 y 3, 1957; Enrique Rivera, **¿Adónde va el peronismo?**, Buenos Aires, Política Obrera; **Voz proletaria**, 21 de febrero de 1958; **Mayoría**, 22 de julio de 1957.

(20) Radio, Hermes (seud. de M. Peña), "Peronismo y revolución permanente; política obrera y política burguesa para los obreros", en **Estrategia** nº 3, cit., p. 54.

(21) Aricó, José, **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

(21 bis) Mondolfo, Rodolfo, **El materialismo histórico en Federico Engels [1912]**, Buenos Aires, Raigal, 1956; **Marx y marxismo**, México, FCE, 1960; **El humanismo de Marx**, México, FCE, 1964. Es llamativo que, más allá de los homenajes del que fuera su grupo de amigos y de algún abordaje de tipo académico a su vida y su obra, no exista ninguna evaluación del Mondolfo marxista y de su lugar en el pensamiento de izquierdas argentino.

(22) Buenos Aires, Claridad, 1937 y 1946 respectivamente.

(23) Valga como ejemplo: en la correspondencia con R. Dunayevskaya de la que se habla abajo, S. Frondizi dice disponer de las versiones alemana, inglesa, italiana y española de los **Manuscritos económico-filosóficos** de Marx, y de las ediciones francesa e italiana de los **Cuadernos Filosóficos** de Lenin. V. carta del 28 de marzo de 1963; los primeros volúmenes de los **Cuaderni** de Gramsci son citados por Frondizi y por Peña de las ediciones italianas de Einaudi de los primeros 50.

(24) Werden, Eugenio, **El materialismo dialéctico según Henri Lefebvre**, Buenos Aires, Praxis, 1952, pról. de S. Frondizi. En adelante citado en el texto.

(25) Lefebvre, Henri, **Obras Escogidas**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967, dos vol. Trad. de Germán Sánchez del Cerro [seud. de M. Peña y J. Schvarzer] y prólogo de L.S.R. [M. Peña]. Nótese que el título de la obra que consta en la portada y la portadilla es otro: **El marxismo sin mitos**. Puede conjeturarse que el cambio se debió a una decisión de último momento del editor, cuando los interiores estaban impresos.

(26) Frondizi, Silvio, "Interpretación materialista dialéctica de nuestra época", Buenos Aires, Liberación, 1960. Incluida como Introducción a la segunda edición del vol. 2 de **La realidad argentina**, Buenos Aires, Praxis, 1960.

(27) Dunayevskaya, Raya, **Marxism and freedom**, New York, Bookman, 1958; trad.: México, Juan Pablos, 1976; la referencia fue tomada de otra de sus obras: **Filosofía y revolución. De Hegel a Sartre y de Marx a Mao**, México, Siglo XXI, 1989, p. 286.

- (28) Esta y las siguientes cartas fueron tomadas de: Raya Dunayevskaya, **Womens's Liberation and the Dialectics of Revolutions: Reaching for the Future**, New Jersey, Humanities Press International, 1985, chapter 20: The Latin America Unfinished Revolutions, pp. 163 y'ss. Trad. del autor.
- (29) Frondizi, Silvio, **Teorías políticas contemporáneas**, Buenos Aires, Depalma, 1965, p. 26-7.
- (30) Frondizi, Silvio, "Sociología Argentina Contemporánea (La burguesía argentina)", Cuadernos de Derecho Político, nº 2 y 3, La Plata, Centro de Estudiantes de Derecho, 1966.
- (31) Peña, Milcíades, "Notas de iniciación marxista", Buenos Aires, impr. a mimeógrafo, s/e, 1958. Incompleto: sólo se editaron las lecciones de I a VI.
- (32) Cfr. Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia" en **Ensayos escogidos**, Buenos Aires, Sur, 1967.
- (33) Frondizi, Silvio, "Interpretación Materialista Dialéctica de nuestra época", cit., p. IV.
- (34) Testimonio de Ricardo Napurí, noviembre de 1987.
- (35) Frondizi, Silvio, **La revolución cubana**, Montevideo, Ed. Ciencias Políticas, 1960, p. 7. De aquí en más la paginación se cita en el texto.
- (36) Rama, Carlos M. **Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo**, Barcelona, Laia, 1976, p. 118.
- (37) V. Roca, Blas, **La revolución cubana. VII Conferencia del Partido Socialista Popular de Cuba, realizado (sic) el 21 de agosto de 1960**, Buenos Aires, Fundamentos, 1960, pp. 43-47.
- (38) V. Löwy, Michael, **El pensamiento político del Che Guevara**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.
- (39) Entrevista con Luis Vitale, noviembre de 1985. Véase Milcíades Peña/Luis Vitale, "Nueva etapa en América Latina", en revista **POR**, setiembre de 1955.
- (40) Vitale, Luis, **Historia General de América Latina**, s/e, tomo VIII: Gobiernos, partidos e historias nacionales del siglo XX, cap. V: El movimiento trotskista, p. 275. También O. Coggiola, **El trotskismo en América Latina**, Buenos Aires, Magenta, 1993, pp. 50-51.
- (41) González, Ernesto, **Qué fue y qué es el peronismo**, cit., p. 83.
- (42) **Liberación nacional y social. Revista mensual por la revolución nacional y latinoamericana**, nº 1, agosto 1960, p. 2.
- (43) S/a [¿José Speroni?], "Un solo camino", **Liberación**, 1, cit., pp. 7-10.
- (44) Golan, José [seud. de M. Peña], "Yanquis o ingleses", **Liberación** nº 1, cit., p. 15.
- (45) Mora [seud. de Enrique Morandeira], "A quince años del 17 de octubre", en **Liberación** nº 3, cit., pp. 35-37.
- (46) Melt [seud. de Milcíades Peña], "Críticas al artículo de Mora sobre el 17 de octubre: A propósito de un artículo apologético sobre el mito del 17 de octubre", **Liberación** nº 4, cit., pp. 43-48.
- (47) Ramos, Jorge Abelardo, **Historia Política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la industria pesada**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, pp. 76-77.
- (48) Guerrero, Juan (seud. de Milcíades Peña, "Historia Política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la Industria Pesada, de Jorge Abelardo Ramos", en **Liberación** nº4, cit., pp. 49-51.
- (49) "Cartas", en **Revista de Liberación** nº 2, segundo trimestre de 1963, p. 2 y 51.
- (50) Golan, José [seud. de Milcíades Peña, con la colab. de Jorge Schvarzer], "16 tesis sobre Cuba", en **Revista de Liberación**, nº 3, primer trim. 1964, p. 23.
- (51) Moreno, Nahuel [seud. de Hugo Bressano], **La revolución latinoamericana**, Buenos Aires, s/e, 1962.
- (52) Radio, Hermes, **Profesores y revolucionarios**, cit., p. 4, subrayado mío.
- (53) Frondizi, Silvio, "Bases y puntos de partida para una solución popular" Buenos Aires, 1961.

- (54) Algunos titulares del nº 1 de **Movimiento. Por un movimiento popular revolucionario**, junio de 1961.
- (55) "¿Táctica... o entrega? La política del Profesor Silvio Frondizi", La Plata, MIR-Praxis, 1961, p. 55.
- (56) "Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico", Buenos Aires, Ediciones 3MH, 1964. No deja de ser significativo que la trayectoria de este grupo haya sido la inversa que da título a su folleto: todos ellos terminaron en el peronismo, algunos en su extrema derecha y otros en su extrema izquierda.
- (57) V. el folleto "¿Táctica... o entrega?", cit.
- (58) V. Editorial y artículo de R. Diégués en **Liberación** nº 4, cit.
- (59) Frondizi, Silvio, "Manifiesto de la Reconstrucción Nacional", Buenos Aires, s/e, 1964.
- (60) "¿Táctica... o entrega?", cit., p. 56.
- (61) Algunos de los folletos de propaganda, notables tanto por lo informado de sus textos como por lo avanzado de su gráfica, son: "Milcíades Peña Investigaciones de mercado informa"; "Un vistazo de 'Milcíades Peña Investigaciones de Mercado'"; "Manual general de operaciones"; "La organización, servicios y filosofía de Milcíades Peña investigaciones de mercado"; "Facts on Milcíades Peña research"; "Reprint from 'Comments' on Argentine trade august 1963"; editados entre 1960 y 1963. Una serie de avisos publicitarios de la empresa fueron publicados en **La Nación**, **Clarín**, **Buenos Aires Herald**, **Primera Plana** y **El Cronista Comercial**. En 1964 el **Boletín Publicitario** le hacía una entrevista, donde Peña instaba a los empresarios gráficos a "estudiar la plaza con métodos modernos" y el diario **La Razón** daba a conocer algunos resultados de su estudio sobre los profesionales argentinos: "El profesional, ese desconocido" (10 de julio de 1964). Peña también fue entrevistado por el semanario **Primera Plana**.
- (62) **Fichas de investigación económica y social**, año I, nº 1, abril 1964. De aquí en más, cit. como **Fichas**.
- (62 bis) Nota sin firma, sin duda redactada por Peña, en **Fichas** nº 2, cit. El reclamo se dirige seguramente al artículo de **Pasado y Presente** en que J. C. Portantiero aprovecha la ocasión de la aparición de un libro del comunista B. Marianetti para hacer un ajuste de cuentas con la historiografía de este partido, en la senda de las críticas que el propio Peña venía haciendo a esta corriente desde los tiempos de **Estrategia**. V. Portantiero, J. C., "Un análisis 'marxista' de la realidad argentina", en **Pasado y Presente**, 5-6, abril-set. 1964. Es aún más notoria la influencia de **Fichas** en el único número aparecido de **Táctica**, órgano de una de las efímeras formaciones de la "nueva izquierda", Vanguardia Revolucionaria, como se trasunta en las notas de J. C. Portantiero y de E. Meisterra, en que hacen suyos conceptos, hipótesis e incluso los ejemplos recurrentes de Peña, aunque para extraer conclusiones políticas distintas a las de **Fichas**. V. Portantiero, J. C., "Crisis en la izquierda argentina" y Meisterra, Enrique, "La grandeza terrateniente y el poder", en **Táctica**, 1, en-febr. 1964.
- (63) Ramos, Jorge Abelardo, "La cuestión nacional y el marxismo", en **La lucha por un partido revolucionario**, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.
- (64) Micíades Peña, Gustavo Polit, Víctor Testa [todos seudónimos de M. Peña], "Industrialización, burguesía industrial y marxismo (Una crítica a **Fichas** y una respuesta con fines educativos)", en **Fichas**, nº 4, 5, 6 y 8, 1964-5. Fue reimpressa por el grupo trotskista Política Obrera en su revista **América India** (nº 1 y 2, 1972) y luego como volumen por Ediciones Fichas bajo el título **Industria, burguesía industrial y liberación nacional**, Buenos Aires, 1974 .
- (65) Algunos tramos de los manuscritos del período 1955-57 del libro sobre industrialización, como se ha indicado, fueron actualizados por Peña y publicados en **Fichas** (luego parcialmente reeditados en libros). Pero muchos otros manuscritos de ese período, que no fueron actualizados, permanecieron definitivamente inéditos. Algunos están presumiblemente perdidos, otros originales inéditos se preservan: son el capítulos 3 ("El desarrollo combinado"), 6 ("Teorías de la descolonización"), 8 ("La industrialización y la lucha antimperialista") y 9 ("Industrialización socialista o colonización imperialista").
- (66) Las principales obras de Wright Mills, con sus correspondientes traducciones al castellano, son las siguientes: **Sociology and Pragmatism**, New York, Paine-Withman-Publishers, 1963 (Buenos Aires, Siglo Veinte, 1968); **The New Men of Power**, New York, Harcourt, Brace & C, 1948 (**El poder de los sindicatos**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1965); **White Collar**, 1951 (**Las clases medias en Norteamérica**, México, Aguilar, 1951); (con Hans Gerth) **Character and Social Structure**, N. York, Harcourt, Brace, 1953 (**Carácter y estructura social**, Buenos Aires, Paidós, 1963); **The Power Elite**, Oxford, Oxford University Press, 1956 (México, FCE, 1957); **The Causes of the World War Three**, N. York, Simon & Shuster, 1958 (Buenos Aires, Palestra, 1960); **The Sociological Imagination**, Oxford, Oxford University Press, 1959 (México, FCE, 1961, con pról. de Gino Germani); **Images or Man**, 1960; **Listen Yankee**, N. York, McGraw-Hill Book Company, 1960 (México, FCE, 1961); **The Marxists**, Dell, 1962 (México, ERA, 1964); **Power, Politics and**

People, Oxford, 1963 (México, FCE, 1964); **De hombres sociales y movimientos políticos**, México, Siglo XXI, 1969 (ensayos póstumos editados inicialmente en castellano).

(67) Mills, C. W., **La élite del poder**, cit., p. 260, n.

(68) No es difícil percibir en los trabajos de Peña, y particularmente en "Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis", una cierta tensión entre el instrumentalismo y el esfuerzo por superarlo. Es posible que las lecturas de autores -por otra parte tan disímiles- como Gramsci, Lefebvre o Mills le hayan ayudado a fundamentar ciertas intuiciones de su análisis histórico sobre la relativa autonomía del Estado. Pero remarquemos una vez más que Peña quiere pensar nuevos problemas pero todavía se ve obligado a harcerlo con las antiguas nociones de "Estado", "clase dominante" o "país semicolonial", y recordemos que los desarrollos más creativos de la teoría marxista sobre la política y el Estado se inician recién con la obra de Ralph Miliband y Nicos Poulantzas, así como con el debate mantenido entre ellos, varios años después de la muerte de Peña. V. Miliband/Poulantzas/Laclau, **Debates sobre el Estado capitalista**, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.

(69) El texto está traducido en **Fichas** nº 2, cit., pero de aquí en más cito de la traducción mexicana de C. Wright Mills, **Los marxistas**, cit., p. 2 y 3. Nótese que cuando Mills habla de *plein marxism* la edición mexicana traduce "marxismo creador", mientras que Peña "marxismo a secas".

(70) El objeto y el método de **Los marxistas** recuerda en más de un sentido a las **Consideraciones del marxismo occidental** de Perry Anderson, escrito veinte años después. Ambos textos, tanto el del padre como el del hijo de la *new left*, fueron concebidos como introducciones a antologías de textos marxistas, aunque el último sólo se publicó como volumen independiente.

(71) Sidicaro, Ricardo, "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina", en **Cuadernos Hispanoamericanos**, 517-9, Madrid, julio-set. 1993, pp. 66-7.

(72) Germani, G., Prólogo a **La imaginación sociológica**, cit., p. 9. En adelante, citamos la paginación en el texto entre paréntesis.

(73) Parera Dennis, Alfredo [seud. de Micíades Peña], "Gino Germani sobre C. W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego", en **Fichas**, 2, cit., p. 37 y ss.

(74) Germani, Gino, **Política y sociedad en una época de transición**, Buenos Aires, Paidós, 1963. De aquí en más, cito en el texto de la reed. de 1968. V. también del mismo autor: **Estructura social de la Argentina**, Buenos Aires, Raigal, 1955; **La sociología científica**, México, UNAM, 1962; **La sociología en América Latina**, Buenos Aires, EUDEBA, 1964 (donde se reproduce el prólogo a Mills); **Sociología de la modernización**, Buenos Aires, Paidós, 1969.

(75) de Imaz, José Luis, **La clase alta de Buenos Aires**, Buenos Aires, Investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, 1965.

(76) Sebrelli, Juan José, **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964. En el texto, cito de la 15ª ed. El artículo de Peña cuestionado por Sebrelli es "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", en **Estrategia**, nº 1, set. de 1957.

(77) Jorge Sagastume [Seud. de Jorge Schvarzer], "Buenos Aires, vida cotidiana y alienación", **Fichas**, 5, marzo 1965.

(78) "Definiciones y puntos de partida", en **Fichas**, 3, setiembre 1964. Número especial dedicado a: La clase obrera. Mito y realidad del proletariado, p. 3.

(79) Polit, Gustavo [seud. de Micíades Peña], "El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina", en **Fichas**, 3, cit. Incluido en Peña, M., **Industrialización y clases sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

(80) Coggiola, Osvaldo, **El trotskismo en la Argentina**, cit., vol. I, pp. 20-1.

(81) C. Wright Mills, "Una estrategia para los sindicatos" (fragmento de **The New Men of Power**, cit); Stanley Aronowitz, "¿Qué puede esperarse de la clase obrera norteamericana?" (de **Studies on the Left**, Fall 1963); I. Deutscher, "Acerca de C. Wright Mills y de la clase obrera como agente de cambio histórico" (frag. de **The Age of Permanent Revolution. A Trotsky Antology**, New York, Dell Publishing Co., 1964), en **Fichas** nº 6, junio 1965.

(82) **Fichas**, año 2, nº 8, octubre de 1965. El *collage* de tapa se completaba con un gráfico que revelaba el estancamiento de la economía argentina en la década peronista.

(83) Franco, Luis, "A propósito de Eva Perón", **Fichas**, 7, 60. En el texto de Franco, aparecido originariamente en su **Biografía Patria** (1956), están contenidas en escorzo muchas de las tesis

desarrolladas por Juan José Sebrelli en **Eva Perón, ¿aventurera o militante?**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1966.

(84) **Fichas**, año 2, nº 10, junio-julio 1966.

(85) Lefebvre, Henri, **El marxismo sin mitos. I. ¿Es el marxismo una filosofía?**, Buenos Aires, Data, 1965, presentación de L. S. R. [seud. de Milcíades Peña], reproducida luego como introducción a H. Lefebvre, **Obras escogidas**, cit.

(86) Finalmente, y acaso como reacción ante el reclamo de Peña, uno de los articulistas de **Pasado y Presente** hace el correspondiente reconocimiento bibliográfico a **Fichas**, citándola numerosas veces en notas al pie: v. Carlés, Guillermo, "La teoría de Prebisch y el desarrollo del capitalismo contemporáneo", **Pasado y presente**, nº 9, abril-setiembre 1965.

(87) **Fichas**, año 2, nº 9, abril-mayo 1966, ret. de tapa. Nota sin firma, redactada por Jorge Schvarzer. Tras la muerte de Peña, el grupo de amigos decidió seguir editando **Fichas**, cuyo último ejemplar correspondió al nº 10 (junio-julio 1966), pues el golpe militar de junio de 1966 encabezado por el general J.C. Onganía hizo inviable la continuidad de la revista. Jorge Schvarzer, con la ayuda de Luis Franco, rescató los manuscritos inéditos de Peña para ir publicando, entre 1968 y 1973, los volúmenes de la **Historia del Pueblo Argentino**, los documentos sobre la historia del peronismo, el debate con Ramos y algunos de los ensayos del proyectado libro sobre industrialización y clases sociales. Por otra parte, de todo el grupo de discípulos, fue en Jorge Schvarzer sobre quien recayó el proyecto y la herencia intelectual de Peña, como lo ilustran algunos títulos de sus libros. Como homenaje póstumo al maestro, y para mayor desorientación en torno de las identidades, utilizó desde entonces y hasta 1976 uno de los seudónimos de Peña: Víctor Testa... Con este nombre publicó **Empresas multinacionales e imperialismo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972; **La explotación entre naciones**, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1974 y **El capital imperialista**, Buenos Aires, Fichas, 1975. Como Jorge Schvarzer, entre otros: **La política económica de Martínez de Hoz**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987; **Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina**, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991; **La industria que supimos conseguir**, Buenos Aires, Planeta, 1996.

(88) Peña Lillo, Arturo, **Memorias de papel. Los hombres y las ideas de una época**, Buenos Aires, Galerna, 1988, pp. 86-7.

(89) Polit, Gustavo [seud. de Milcíades Peña], "El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina", en **Fichas**, 3, cit., p. 70. De aquí en más cito en el texto.

(90) Portantiero, Juan Carlos, "Crisis en la izquierda argentina", en **Táctica**, 1, enero 1964, p. 19.

(91) Lagar, Horacio, **Testimonios de la primera década (Acumulación primitiva partidaria)**, mimeo del autor, agosto de 1988, p. 97. Un extracto de esta sección fue publicado como carta de lectores de **El Periodista**, nº 79, marzo de 1986, en que el autor —firmando con su seudónimo de H. Valencia— discute nuestra interpretación sobre Peña .

(92) Spilimbergo, Jorge E., **El socialismo en la Argentina**, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969, pp. 327-331, subrayado de JES.

(93) Coggiola, Osvaldo, cit., pp. 9. Coggiola se equivoca cuando señala que "Peña sólo criticaría públicamente al morenismo en un artículo póstumo, publicado cuando ya se había suicidado" (Ibid., p. 9), ya que si se refiere a "Quietismo y conservadurismo...", éste fue publicado en vida de Peña. Por otra parte, Coggiola parece desconocer la etapa de Peña en el grupo "Liberación", y particularmente sus "16 tesis sobre Cuba", analizadas supra.

(94) Trotsky, León, "Testamento", en **Escritos**, Bogotá, Pluma, 1976, tomo XI, vol. 1, pp. 216-7.

EPILOGO
EL ULTIMO SILVIO FRONDIZI
(1965-1974)

*Para el asesinato del ruiseñor,
venían tres mil hombres
armados de lucientes cuchillos.*
Federico García Lorca

Los agitados '60 y los violentos '70 serán para Silvio Frondizi años menos propicios para la producción propiamente teórica. Convertido desde principios de aquella década en un intelectual revolucionario sin partido, concentrará sus esfuerzos en la actividad docente y en la defensa de presos políticos y gremiales. Aunque siempre actualizado en sus lecturas políticas y teóricas, no volverá a emprender en estos años un proyecto intelectual comparable a **El Estado Moderno** o **La Realidad Argentina**. En los últimos diez años de su vida, sólo publicará en libro parte de sus lecciones impartidas en la cátedra de derecho político (**Teorías políticas contemporáneas**, 1965) y un trabajo realizado por encargo de la Universidad Autónoma de México sobre los antecedentes federalistas en nuestro país: **Argentina: la autodeterminación de su pueblo** (1973). También aparece entonces una nueva reedición del primer tomo de **La realidad argentina** (1). Pero el S. Frondizi de estos años, más que un pensador ávido de nuevos horizontes teóricos, es un intelectual revolucionario que cuenta con el respaldo de un nombre y una obra considerable, y que busca afanosamente ponerlos al servicio de la transformación del país.

Su pasión de estos años siguió siendo la política, pero el Frondizi de entonces es un hombre solo. Sin duda mantiene todavía cierto influjo sobre algunos sectores jóvenes que lo rodean a menudo, pero entonces no tiene, como en los '50 o los primeros '60, un proyecto político para ofrecerles. Los avatares de su vida política (y de la vida política del país) hicieron que nunca alcanzase a consolidar grupos de trabajo estables. El más duradero (Kaplan, Napurí y otros) se había dispersado irreversiblemente. Durante aquellos años desfilaron por su casa y su estudio decenas de simpatizantes, discípulos, amigos, que luego se perdían con el tiempo, que rompían con él, que se alejaban para sumarse a las organizaciones políticas de la época. De haberlas conocido, bien podría haber hecho suyas aquellas palabras nostálgicas del viejo Sartre cuando comparaba su soledad presente con el pasado: "¡Cuántos amigos he perdido que siguen viviendo! No fue culpa de nadie; eran ellos, era yo; los acontecimientos nos hicieron y nos acercaron, los acontecimientos nos separaron" (2). De aquella vieja guardia de colaboradores, en los últimos años de su vida mantiene el vínculo con Eugenio Werden, a quien prologa otro de sus libros (2 bis).

Sigue siendo, de todos modos, un referente para la vieja generación. Su reputación político-intelectual se había extendido por todo el continente: para muchos revolucionarios de América Latina era un teórico marxista de envergadura, era el interlocutor del Che, era el creador del primer MIR latinoamericano. Por entonces Frondizi deviene en una suerte de asesor informal de todas las corrientes revolucionarias de América Latina. Así como en el Londres del siglo XIX la casa de Marx en el Soho o la de Herzen en Putney se habían convertido en la visita obligada de todos los emigrados o viajeros, en el Buenos Aires de los '60 y primeros '70 el estudio jurídico de la calle Lavalle o la casa particular de los Frondizi de la calle Cangallo eran el destino obligado de todos los revolucionarios latinoamericanos que llegaban al país.

Son éstos años de intensa actividad docente en Buenos Aires y en La Plata, donde a pesar de la hostilidad que en general sufrió por parte de las sucesivas autoridades universitarias,

contó como contrapeso con el respaldo del movimiento estudiantil. Su carrera universitaria fue sumamente accidentada: debió renunciar a sus cargos docentes con los golpes militares (como en 1943 y en 1966), y si retornó a la docencia universitaria acompañando a los gobiernos constitucionales, las "normalizaciones" no siempre buscaron incorporarlo, como en 1957 y en 1973.

En las complejas condiciones de la "normalización universitaria" que propició la llamada "Revolución Libertadora", Silvio Frondizi se postuló en los concursos recién abiertos para cubrir el cargo de profesor titular de una de las dos cátedras de Derecho Político de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Sometido el concurso a muchas idas y vueltas dada una serie de impugnaciones, finalmente una comisión asesora integrada por los doctores Enrique Martínez Paz, Benjamín Villegas Basavilvaso, Ricardo Caillet Bois, Alfredo Palacios y Luciano Molinas dictamina en unanimidad a favor de los otros dos postulantes, los abogados Rodolfo Martínez Paz (h) y Ambrosio Romero Carranza. En una carta al rector interventor de la UBA, Dr. Alejandro Ceballos, Frondizi impugna el procedimiento del concurso, denunciando que el mismo había "tenido como único objeto eliminarme por motivos ideológicos, pero sin tener la valentía de declararlo públicamente y asumir así la correspondiente responsabilidad". Y agrega Frondizi en su descargo: "El caso proporciona un nuevo y muy ilustrativo ejemplo de las finalidades reales de la llamada 'Revolución Libertadora' en la esfera de la Universidad: la 'recuperación' proclamada con aquella tuvo por objeto facilitar el asalto de posiciones, en general por obra y para beneficio de muchos incapaces". Y luego de citar otros casos flagrantes de exclusión por parte de las camarillas que recapturaron la universidad en 1955, concluye: "Hechos repugnantes, tanto más cuanto que fueron realizados o consentidos por hombres que durante años tronaban contra el régimen peronista, acusándolo de inmoralidad, degradación e incompetencia en la organización y funcionamiento de las cátedras universitarias y del país en general. Ello demuestra que la 'lucha' de estos señores contra el peronismo no fue determinada por lo que éste tenía de corrupción, sino por lo que éste agitaba a las masas, al tiempo que excluía a aquéllos de las prebendas del poder. Hoy repiten las mismas prácticas corrompidas que criticaron en un tiempo, con el agravante de que lo hacen en nombre y con el apoyo de un gobierno anti-popular" (3).

Después de su exclusión de las aulas bajo el gobierno peronista y el posperonista, retornó a la Universidad en 1958, con la vuelta del país al orden constitucional, ocasión en que gana el concurso para titular de la cátedra Derecho Político en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Fue en el marco de esta materia cuando, hacia 1964, dictó el curso complementario sobre las teorías del liberalismo, el catolicismo y el materialismo histórico sobre cuya base se editó su libro **Teorías políticas contemporáneas**.

En 1962 asume además como titular de la cátedra de Instituciones del Derecho Público en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, de la que Marcos Kaplan fue profesor adjunto. Un año después es elegido, a pedido del centro de estudiantes, para dictar la cátedra paralela de Sociología Argentina Contemporánea en la Carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), cuyo dictado estaba entonces a cargo de Carlos Alberto Erro (4). La izquierda estudiantil busca apoyarse en la perspectiva teórica de Frondizi, con su articulación entre la sociología y el marxismo, para construir una alternativa frente a la sociología académica pura. Sus clases son seguidas con entusiasmo, animadas por debates políticos, editadas y difundidas por los centros estudiantiles. Pero este nuevo encuentro entre S. Frondizi y la juventud universitaria se interrumpe otra vez con el golpe militar de 1966, tras el cual renuncia a todos sus cargos universitarios (UNLP y UBA).

En una entrevista realizada en 1970 tiene oportunidad de referirse a la experiencia de la

llamada "Revolución Argentina". Retomando su tesis de la crisis de hegemonía de la burguesía argentina busca explicar el peso y la relativa autonomía que va ganando el poder militar: "La caducidad de la burguesía como fuerza impulsora del progreso argentino llevó a las fuerzas armadas a dirigir el proceso político o por lo menos tener en último término la responsabilidad del mismo" (5). De la presión sobre el gobierno de su hermano Arturo, pasando por la experiencia de "gobierno paramilitar" bajo la presidencia nominal de José María Guido, a las presiones ejercidas sobre el gobierno constitucional de Illia, las fuerzas armadas asumen directamente el poder en 1966 "mostrando por primera vez en el país una verdad en forma descarnada: la de que el pueblo nunca fue el titular del poder constituyente" (p. 53). Sin embargo, la nueva dictadura militar no está en condiciones de resolver la crisis, sólo puede intentar descargar su peso "sobre las clases populares, en especial la clase obrera". La resistencia de estudiantes, intelectuales y, finalmente, de la clase obrera, terminó por poner en evidencia el carácter irresuelto de la crisis. Todo este proceso de resistencia desembocó, en 1969, en el Cordobazo, aquellas "jornadas obrero-estudiantiles de mayo último, las que a mi entender tienen una importancia decisiva para el futuro del país" (p. 53).

Sin duda, señala Frondizi, "el topo histórico del que habla Hegel ha realizado su tarea". Pero el gran problema es la inexistencia de una expresión política del descontento popular. Por lo que, advierte proféticamente Frondizi: "La incongruencia de la situación actual está dada por la ausencia de una estructura de tipo político que represente la nueva situación y pueda canalizar las ansias populares. Esta es la tarea fundamental del momento: la transformación de todas las estructuras sociales. *La otra alternativa es la guerra civil*" (p. 54).

Mientras escribe estas líneas se está operando, al calor de una marcada radicalización de los sectores medios y de un alto grado de combatividad obrera, un proceso de recomposición de la izquierda argentina, al margen de S. Frondizi pero en alguna medida tributario de muchas de sus ideas. El viejo Partido Comunista, desbordado por sus tibias propuestas de convergencia cívico-militar, había conocido a fines de los '60 una crisis que culminó en la ruptura del que sería luego el Partido Comunista Revolucionario (ulteriormente de filiación maoísta). El socialismo había virtualmente estallado en pedazos, muchos de los cuales alimentaron las formaciones de la nueva izquierda: de una de sus vertientes surgió Vanguardia Comunista, también de orientación maoísta. El trotskismo no había sido ajeno a la crisis: el grupo de Moreno había abandonado en 1965 la experiencia entrista para fusionarse con una pequeña organización liderada por Mario Roberto Santucho, lo que dio origen al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), inicialmente vinculado a la IVa. Internacional. A los tres años de una conflictiva coexistencia, el PRT se dividió en dos sectores: el PRT-El **Combatiente** (por el nombre del periódico que editaba), liderado por Santucho, iba a tomar el camino de la lucha armada, mientras el PRT-La **Verdad**, dirigido por Moreno, volvería sobre los cánones del partido trotskista orientado sobre todo a la acción política sindical y a la clase obrera. El grupo de Ramos, más parecido a un grupo de propaganda ideológica, que había crecido a expensas de la diáspora socialista y de los sectores medios intelectuales y estudiantiles, pasó a denominarse Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN). Por su parte, el grupo Política Obrera, que provenía del MIR-Praxis, se había lanzado a la proletarianización de sus cuadros. Un sinnúmero de vertientes provenientes del peronismo, los movimientos cristianos y la izquierda tradicional va a converger a partir de 1970 en la organización llamada Montoneros, que buscará constituirse en "brazo armado del peronismo". Finalmente, en 1970 el PRT-El Combatiente decide, en su Vº Congreso, pasar a la lucha armada lanzando el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

La vieja izquierda había virtualmente desaparecido o al menos se había transfigurado. El intenso movimiento de discusión y renovación de ideas de la segunda mitad de los '50 y los

primeros '60 de algún modo había llegado a su fin, y había desembocado en la configuración de un nuevo mapa político de la izquierda, cuya radicalización se acentuaba en condiciones de clandestinidad y resistencia bajo la dictadura militar y de agudización creciente de la lucha de clases. La prolongada crisis de legitimidad de las clases dominantes latinoamericanas (su imposibilidad estructural de legitimar su dominación dentro de las reglas formales del juego democrático) , reflejada en la práctica del fraude electoral, la proscripción de los partidos populares o la recurrencia a los golpes militares, así como su contraparte, la enorme legitimidad que fue capaz de construir por entonces el modelo cubano, constituido a partir del método de la guerra de guerrillas, empuja a importantes sectores de la izquierda (y de la sociedad) al camino de la lucha armada.

En la Argentina de la primera mitad de los '70, cuando ha fracasado visiblemente el proyecto de la "Revolución Argentina", el conjunto de la clase dominante argentina termina por aceptar que sólo el retorno de Perón y la legalidad de su partido podían cerrar, o al menos amortiguar, la aguda crisis de hegemonía que sacudía al país. Cuando el general Lanusse, exponente de esta estrategia, convoca al proceso de "institucionalización" del país (normalización institucional, elecciones generales, legalidad para el partido peronista), dominan la escena de la izquierda dos organizaciones armadas: Montoneros, de orientación nacional-populista de izquierda, que busca ponerse al frente del conjunto del movimiento peronista bajo el ala de su líder; y el PRT-ERP, que a pesar de su alejamiento del trotskismo internacional mantiene una perspectiva internacionalista, socialista y clasista (6).

Fronidzi es ajeno a este proceso de recomposición de la izquierda, pero lo sigue con atención. Numerosos dirigentes de la nueva izquierda armada toman contacto con él, le hacen conocer sus publicaciones y a menudo solicitan su ayuda, en tanto que abogado dotado de una cierta inmunidad dado su renombre, para defender detenidos políticos. Frondizi aceptaba tomar la defensa legal de presos políticos y gremiales más allá de las banderías políticas, aunque es indudable que, con la agudización del conflicto social y político a lo largo de los años 73-74, un cúmulo de acontecimientos tienden a empujarlo a un acercamiento político con el PRT-ERP. ¿No era acaso este un partido que se reclama, no ya del trotskismo, sino del marxismo revolucionario, internacionalista y proletario tal como Frondizi se había propuesto construirlo en los '50? ¿No era el PRT la organización hermana de los MIR latinoamericanos que habían tomado su nombre y muchas de las ideas del MIR-Praxis? ¿No se trataba de una corriente receptiva a sus ideas acerca de la crisis de legitimidad de la burguesía y del agotamiento del peronismo como proyecto de revolución democrático-burguesa?

El sindicalismo clasista y las organizaciones izquierdistas se enfrentaban a un grave dilema ante la perspectiva de las elecciones de 1973: ¿debían reconocer que desde 1955 las masas lucharon por el retorno de su líder y la legalización de su partido y apoyar por lo tanto a los candidatos peronistas, o bien presentar candidatos independientes yendo a contracorriente del movimiento de masas? A fines de 1972 se intentó motorizar para las elecciones que se aproximaban, por parte de organismos sindicales clasistas, el PRT y otras organizaciones izquierdistas, dos candidaturas obreras: la de los sindicalistas clasistas Agustín Tosco y Armando Jaime.

Esta fue la propuesta que sostuvo Silvio Frondizi desde el quincenario **Nuevo Hombre** entre 1972 y 1973. Intelectual revolucionario sin partido, tuvo en 1972 la oportunidad de volver a ejercer el periodismo cuando asumió la dirección de este periódico independiente de izquierda, que había fundado un año antes el periodista Enrique Walker, y donde colaboraron figuras como Alicia Eguren, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo L. Duhalde, etc. Walker abandona el periódico en 1972 para volcarse de lleno a la acción política y desde entonces hasta 1973 Silvio Frondizi lo toma en sus manos. Desde esa fecha hasta fines de 1974, en que deja de salir, el periódico se

transforma en una suerte de vocero del FAS —Frente Antimperialista por el Socialismo—, cuando su director pasa a ser Rodolfo Mattarollo.

Silvio Frondizi apoya desde **Nuevo Hombre** la perspectiva de una candidatura clasista con vistas a las elecciones de 1973. Así, por ejemplo, en ocasión de responder la carta de un lector peronista combativo que lamentaba el giro "gorila" que habría adoptado el periódico cuando asume su dirección S. Frondizi, éste aprovecha para fijar su postura política: no es su propósito —sostiene— "dividir aguas entre peronistas revolucionarios y marxistas revolucionarios, más bien las dividiríamos entre peronistas burocratizados y burgueses, y marxistas de escritorio, burgueses también en última instancia". La divisoria de aguas pasa para Frondizi, en cambio, entre "los salvadores del capitalismo con sus diversas tácticas y colores (Gran Acuerdo Nacional, dictadura militar, etc.)" y, por otra parte, "la clase obrera y el pueblo luchando desde la base contra sus enemigos y contra sus falsos amigos, es decir, contra quienes usurpan las banderas populares para frenar y traicionar, para expandir el maccartismo y el desaliento en la revolución". El peronismo, según Frondizi, no constituía un bloque homogéneo, sino que estaba atravesado por esta contradicción. Sin embargo, no sólo la derecha peronista formaba parte de este último sector, sino el mismo general Perón: "Cuando se desata la lucha revolucionaria, ¿el gral. Perón llama a pelear contra la explotación y la miseria? ¿O por el contrario inunda diarios, paredes y radios con mensajes pacifistas y llamados a la 'reconstrucción nacional'?" (6 bis).

Pero las expectativas políticas que generaba el frente peronista que encabezaba Héctor Cámpora en nombre del general Perón eran enormes, y enorme era también la presión que ejercía sobre el movimiento obrero y buena parte de la izquierda que buscaba presentar una opción político-electoral independiente. Esto contribuyó a que las negociaciones que se llevaban a cabo para impulsar la candidatura de los sindicalistas clasistas Agustín Tosco y Armando Jaime finalmente fracasaran, con lo que las vertientes del clasismo sindical y político, como el PRT, se quedan entonces sin referente político electoral. Aquí, los caminos entre el PRT y Frondizi parecen alejarse: el partido de Santucho llama entonces al voto en blanco, mientras que Frondizi entiende que hay que participar a cualquier precio en la contienda electoral, incluso al costo de abrir una breve tregua con uno de sus tradicionales adversarios políticos: el nacional-populismo de izquierdas. Es en esta coyuntura en que, no sin vacilaciones, decide aceptar la propuesta del recientemente creado Frente de Izquierda Popular que lidera Jorge Abelardo Ramos de presentarse como candidato extrapartidario a senador.

El aplastante triunfo electoral del peronismo no logró resolver la doble crisis que atravesaba el país: la crisis de acumulación del capitalismo argentino y la crisis de legitimidad de la dominación burguesa. Los compromisos de Perón con la gran burguesía y el alto poder de presión del sindicalismo terminaron por romper en poco tiempo con la política de "pacificación", "conciliación nacional" y "pacto social". El enfrentamiento entre el ala derecha del peronismo, que va conquistando los puestos claves de gobierno, y el ala izquierda, montonera, se va agudizando y se torna imparable tras la muerte de Perón, en julio de 1974.

Frondizi busca afanosamente un puesto en la lucha, pero no hay ningún puesto a su medida. Asume un lugar de compromiso y de alto riesgo con la defensa de los presos políticos y gremiales, pero esto no le basta. Según algunos testimonios, ingresaría al PRT en 1974 (7), pero dada su condición de abogado defensor de presos políticos no podría hacerse pública su afiliación, por lo que se decide que sólo aparezca como dirigente de uno de los frentes legales del partido, el FAS. Efectivamente, Frondizi integró en 1974, junto a Salomón, Armando Jaime, Rodolfo Ortega Peña, Alicia Eguren y Montenegro, la mesa directiva del FAS -Frente Antimperialista por el Socialismo-, un organismo político frentista, donde si bien el PRT era hegemónico, reagrupaba a corrientes peronistas y a diversos grupos independientes de

izquierda. Según otros testimonios, más verosímiles, Frondizi sólo habría mantenido contactos políticos con el PRT, así como con otras organizaciones izquierdistas de la época (como la "Fracción Roja", una ruptura del PRT de orientación cuartista, la Liga Comunista Revolucionaria, el Peronismo de las Bases, etc). Si bien compartía la orientación política del FAS, muchos de sus allegados de la época testifican sus reservas ante lo que Frondizi advertía como desviaciones sustituidas y "foquistas" en el PRT. Ante las opiniones encontradas sobre la filiación política de los últimos meses de su vida, es posible conjeturar que buena parte de la opinión pública de la época juzgara su carácter de portavoz del FAS y de defensor de detenidos del PRT-ERP como compromiso orgánico con este partido. Aparentemente, la militancia del PRT lo consideraba como "uno de los nuestros", así como la Triple A lo condena como militante orgánico de esa organización. Es indudable que si había entre Frondizi y el PRT un cierto margen de acuerdos, habría también un gran malentendido de fondo: para Frondizi se trataba de ampliar la esfera de la acción política y de fortalecer acuerdos con otros sectores a través del FAS; mientras el PRT recorre el camino inverso: el FAS tiende a convertirse progresivamente en la fachada política legal de una corriente que tiende a militarizarse y a despolitizarse aceleradamente. Señalemos finalmente que el Frondizi de 1974 no desapruueba el método de la lucha armada, pero la subordina a la acción política de masas. Las organizaciones armadas de entonces, en cambio, terminaron subordinando progresivamente la lucha política a la lucha militar.

En ese sentido, el itinerario de Silvio Frondizi, un hombre de formación liberal que arriba finalmente a la conclusión de la necesidad histórica de la violencia revolucionaria como forma legítima para acabar con toda violencia, señala la parábola de la política argentina en el siglo XX y condensa en su vida toda su tragedia.

Tras los años de dictadura militar, el retorno a la universidad en 1973 no había sido fácil para Frondizi. A la resistencia de las camarillas profesoras había que sumarle ahora la indiferencia que provenía de un movimiento estudiantil crecientemente ganado por la juventud peronista, para el cual el autor de **La realidad argentina** era poco menos que un desconocido. En este clima intelectual poco favorable, y por momentos hostil, Silvio Frondizi llega incluso a perder a comienzos de 1973 otro concurso para profesor titular, ahora en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), aunque en el siguiente cuatrimestre es nombrado titular de Introducción a las Ciencias Políticas para la Carrera de Sociología de esa misma facultad. Es profesor adjunto Julio Godio y su jefe de trabajos prácticos el abogado José Luis Díaz Colodrero. Al año siguiente, en que lo sorprende la muerte, está dictando en esa misma casa de estudios la materia Sociología Política.

Con la agudización del proceso político, la escalada de violencia y la creciente militarización del Estado, en 1974 su actividad de abogado de presos políticos y gremiales de la izquierda se hace cada vez más riesgosa y su relativa inmunidad cada vez más relativa. Pero Frondizi, aún presintiendo el trágico desenlace de la contienda, desoye cualquier advertencia y sigue su camino. Rechaza medidas de seguridad, custodias, cambio de domicilio. Visita regularmente a los presos en la cárcel de Villa Devoto, algunas veces solo, otras acompañado tan sólo por su mujer.

El 10 de agosto de 1974 un comando del ERP, de alrededor de 80 hombres, es sorprendido mientras se apresta a tomar el 17 Regimiento de Infantería Aerotransportado de Catamarca. Tras el fallido intento del comando guerrillero, el general Benjamín Menéndez se convierte en una suerte de gobernador plenipotenciario de la provincia. Al mando de un gigantesco operativo de ejército y policía de unos 2000 hombres, pertrechados con un moderno equipo antiguerrilla que cuenta inclusive con helicópteros, el general dirigió una increíble cacería sobre esos

escasos 80 hombres, que culmina en la muerte en combate de unos pocos y la captura de los restantes, de los cuales muchos fueron fusilados en el acto y otros sobrevivieron como prisioneros.

Se han presentado en el feudo de Menéndez los abogados defensores de los detenidos quienes van a investigar la masacre de Catamarca: son Julio César Marcoli, Alfredo Curutchet y Silvio Frondizi. Todavía regían, al menos formalmente, las garantías constitucionales, y el pequeño dictador no podía negarse a la investigación. Pero podía recurrir a todos los medios de intimidación posibles. La orden para los abogados, antes de permitirles ingresar en el terreno de los hechos, era la de desnudarse, como requisito previo de "seguridad".

-Yo no voy a desnudarme -dijo el mayor de los abogados, mirando fijamente a los ojos del general. Y agregó, lacónica pero firmemente: -Soy Silvio Frondizi.

El general respondió al desafío con su mirada altiva. Los dos hombres se miraron, frente a frente, a los ojos. Se sucedieron tensos minutos de silencio. A través de estos dos hombres, de estas dos miradas, se enfrentaban dos tradiciones, dos símbolos, dos países.

-Está bien. Pase, doctor.

En el *tête a tête*, había cedido al revolucionario. Pero en el plano de las fuerzas sociales en que se encarnaban estas personalidades, la resolución del enfrentamiento fue la inversa. Aquí la fuerza sometió a la razón, la barbarie a la inteligencia, el poder militar al poder popular. La tradición militar y clerical pudo, una vez más, por sobre la tradición laica, modernizadora y revolucionaria. Las fuerzas sociales que encarnó el general Menéndez demostraron una solidez y una coherencia compatibles con la definición de un proyecto estratégico de país sumamente acabada; las fuerzas sociales que encarnó Silvio Frondizi no lograron cohesionarse en un proyecto hegemónico alternativo, sólido y unitario.

La lucha continuaba, pero las cartas estaban echadas (8).

Al volver a Buenos Aires, Frondizi convoca a una conferencia de prensa en "la que da a conocer a la opinión pública los resultados de la pericia médica y otras pruebas que permitían llegar a la conclusión de que los revolucionarios muertos en Catamarca no habían perecido en combate sino que habían sido detenidos con vida y luego fríamente ejecutados" (Santucho, 1988: 205). La denuncia revestía enorme gravedad, pues en la represión habían intervenido las fuerzas armadas en primera persona. Los allegados y amigos recomiendan a Silvio Frondizi alejarse del país. El viejo revolucionario se niega: "éste es mi puesto de lucha", responde escuetamente.

En la conferencia de prensa, Frondizi había acusado personalmente al comisario de la policía federal Alberto Villar de "haber presidido la tortura de otros doce [guerrilleros] en Catamarca" (Gillespie, 1987: 193). Es que el jefe de la policía era una de las cabezas de una fuerza parapolicial y paramilitar que se venía organizando desde 1973 y cuyo "ensayo general" había sido en ese año la masacre de Ezeiza sobre la muchedumbre que esperaba el retorno de Perón: la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Con el respaldo político de José López Rega, ministro de Bienestar Social, y con la provisión de armas por parte del ejército (cuyo enlace lo constituía el entonces Capitán Mohamed Alí Seineldín), estas bandas armadas formadas por personal que provenía mayormente de la policía, se fueron preparando durante varios meses hasta que, tras la muerte de Perón en julio de 1974, desataron una estrategia de terror sobre las organizaciones del movimiento de masas. Con plena libertad de acción e impunidad absoluta, anunciaron sus listas negras, secuestraron y asesinaron a mansalva. Entre julio y setiembre de 1974 produjeron 220 atentados (casi tres por día), 60 asesinatos de dirigentes políticos y gremiales (uno cada 19 horas) y 44 víctimas resultaron con heridas graves. Realizaron en el mismo lapso 20 secuestros, uno cada dos días (9).

El entonces diputado Rodolfo Ortega Peña, amigo de Frondizi, que desde la revista **Militancia** no dejaba de denunciar la represión política y que había puesto su banca de diputado y su profesión de abogado al servicio de la defensa de las libertades populares, es ametrallado en plena calle céntrica el 31 de julio. El 30 de agosto, a las dos de la madrugada, una bomba de alto poder incendia el estudio de Silvio Frondizi de la calle Lavalle. Pero el revolucionario sigue, imperturbable, su labor de investigación y denuncia. Días después, estalla en su domicilio particular una granada antitanque. Más que nunca, la desgarrada figura del viejo abogado recorre las cárceles, los calabozos, los tribunales de justicia. El 10 de setiembre es asesinado otro amigo de Frondizi, uno de los abogados defensores de los guerrilleros de Catamarca, el Dr. Alfredo Curutchet. El círculo se va estrechando.

El viernes 27 de setiembre será el golpe definitivo: un comando de las Tres A dirigido por el subcomisario Juan Ramón Morales y el subinspector Rodolfo Eduardo Almirón Sena penetra en su domicilio de la calle Cangallo, y lo secuestra golpeándolo salvajemente -episodio que costó la vida de su yerno, el ingeniero Luis Angel Mendiburu, militante de la Juventud Peronista. Así relataba el episodio un diario de la época:

"Ayer a las 14.30 un grupo armado que integraban 5 ó 6 personas secuestró y posteriormente asesinó al abogado Silvio Frondizi, en una acción en la cual perdió la vida también un yerno de la víctima, Luis Angel Mendiburu, y resultaron heridas la esposa de Frondizi y una vecina del lugar del hecho. El asesinato se lo adjudicó la organización que se conoce como AAA, que calificó al dirigente como fundador de la organización declarada ilegal [en referencia al PRT-ERP, NdA].

"El suceso se desarrolló en Cangallo 4474, domicilio de Mendiburu [y de Frondizi], cuando algunos de los integrantes del grupo descendieron de dos automóviles y entraron al edificio allí ubicado, del cual sacaron por la fuerza al dirigente político.

"Según informaciones recogidas en la víspera por la agencia oficial Télam, Frondizi fue arrastrado hasta la calle, en tanto su yerno, ante los gritos de auxilio proferidos por la esposa, persiguió a los secuestradores. Mendiburu fue ametrallado por tres individuos que se hallaban en la vereda de enfrente de la casa, mientras los raptos huían en un automóvil estacionado en la calle Río de Janeiro" (10).

Dos horas más tarde, un comunicado de las Tres A se atribuye el crimen, informando que su cuerpo había sido arrojado en un descampado en la zona de Ezeiza, provincia de Buenos Aires. Vale la pena transcribirlo, no sólo como testimonio de una época en que el terror ya se había instalado en la vida política y en la cotidiana, sino por el interés que reviste la figura de la acusación: la de "traidor". Aún más: la del "traidor de traidores", la del intelectual que renegó de sus valores, del hombre que renegó de su clase y de su origen:

"Comunicado al pueblo argentino: sepa el pueblo argentino que a las 14, 20 fue ajusticiado el disfrazado número uno, Silvio Frondizi, traidor de traidores, comunista y bolchevique, fundador de ERP. Bajo el mandato de su hermano fue el infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud. Murió como mueren los traidores, por la espalda. Como nuestro querido pueblo argentino y patriota observa, cumplimos lentamente, pero sin pausa, nuestra palabra, y no nos identifiquen con los mercenarios zurdos de la muerte, sino con patriotas peronistas y argentinos que queremos que del dolor actual nuestro país tenga un futuro argentino y no comunista. No adjuntamos documentos porque el traidor no los tenía encima, pero pueden encontrarlo en el acceso al centro recreativo Ezeiza, pasando el primer puente con barandas de madera, 50 metros sobre la mano derecha.

"Viva la patria. Viva Perón. Vivan las Fuerzas Armadas. Mueran los bolches asesinos.

"Alianza Anticomunista Argentina. Comando Tres Armas" (11).

Allí, efectivamente, fue encontrado el cuerpo de Frondizi, violentamente golpeado y luego acribillado por la espalda. Según los resultados de la autopsia, el cuerpo presentaba unos 50 impactos de bala. Pero el ensañamiento continúa. Las fuerzas policiales que entonces dirige el comisario Villar, interceptaron el cortejo fúnebre, dos días después, agrediendo a los acompañantes y secuestrando los féretros de Frondizi y Mendiburu, los que finalmente debieron aguardar largas horas antes de su inhumación.

Según las crónicas periodísticas de aquellos días, durante el sábado 29 familiares, amigos y numerosos allegados despiden los restos de Silvio Frondizi y de su yerno en el aula magna de la Universidad Tecnológica Nacional, donde Mendiburu, militante de la Juventud Peronista, era docente. Una enorme pancarta recorre el aula: "La sangre derramada no será negociada". A las 10 de la mañana

"se procedió a sellar los féretros, en los cuales se introdujeron insignias y escritos de carácter político. De inmediato, tras escucharse la palabra de algunos oradores, se cantaron el Himno Nacional, la Internacional y la marcha Los muchachos peronistas.

"Movilizado el cortejo, a las 10.40 se advirtió una fuerte movilización policial, lo que creó un clima de nerviosismo. Esto se agudizó a partir del momento en que los concurrentes -más de 1500 personas- comenzaron a entonar estribillos y consignas, que condenaban enérgicamente las circunstancias en que fueron muertos los dos profesionales.

"Encabezaba la columna un automóvil policial, flanqueado por dos motocicletas. Cerraba la marcha, tras el público, un carro de asalto. Al llegar a Malabia y Córdoba, se advirtieron más fuerzas policiales. El doctor Risieri Frondizi, hermano de una de las víctimas, intentó parlamentar con el jefe de las mismas. No obstante ello se produjeron de inmediato los primeros choques, durante los cuales las fuerzas policiales hicieron algunas cargas, usando la guardia de infantería y a la de orden urbano. Los choques se generalizaron en Scalabrini Ortíz (ex Canning) y Córdoba, donde la policía arrojó gases lacrimógenos. Allí, el hijo del doctor Silvio Frondizi intentó trepar al coche fúnebre, aferrándose al ataúd que llevaba a su padre, secundado por el hijo del doctor Risieri Frondizi. Durante el forcejeo con elementos policiales, uno de los jóvenes cayó pesadamente al suelo. Dominada la situación, la policía, bajo fuerte custodia, se llevó el coche fúnebre hacia la Chacarita, como medida preventiva para impedir nuevos desórdenes, según informó la repartición. Ambos féretros fueron ubicados en el depósito transitorio nº 5, impidiéndose el acceso del público a la necrópolis. Durante los hechos hubo 25 detenciones" (12).

Su esposa, Pura, y sus dos hijos, Isabel Silvia y Julio Horacio, parten al exilio para no volver. Tres años después, en 1977, fuerzas del Ejército allanan el departamento de Cangallo que estaba a cargo de un familiar (la hermana de Pura Campos), secuestrando la biblioteca, el archivo, la correspondencia, los manuscritos...

La noticia provoca una enorme conmoción dentro y fuera del país, donde es anunciada en los titulares de los principales diarios del mundo. Sin embargo, este asesinato pronto va a perderse dentro de otros miles de asesinatos, en el cuadro de la vorágine de violencia de aquellos años. Luego, tras el terror, el silencio. La represión que sobrevino no sólo fue eficaz en liquidar físicamente a Frondizi, sino en imponer tal transformación en el país que ya no hubo auditorio para sus ideas ni lugar para la memoria. Desde entonces, no ha vuelto a reeditarse ninguna de sus obras. Ninguno de sus libros se estudia en la universidad. Ninguna corriente de la izquierda ha buscado recuperarlo en su tradición. Una de las escasas voces discordantes que lo recordó es la de David Viñas, rescatándolo bajo la figura del "intelectual de izquierda". En tanto que tal, decía Viñas hace algunos años, no habló por otros o en nombre de otros, sino por sí mismo. Lo que

"lo lleva a considerarse como el único responsable de sus palabras y sus actos.

"Qué duda: así como las ambivalencias o los contrapelos son resultado de las propias contradicciones antagónicas de las fachas de hierro que pretenden ostentar los 'intelectuales orgánicos' del sistema, el intelectual de izquierda se hace cargo de su espalda, de sus sombras, de sus fracasos y sus miedos.

"[...] Porque si a causa de cierta degradación del pensamiento de los últimos tiempos se ha difundido que ni la izquierda argentina ni sus intelectuales se hicieron cargo de todo eso, como que tampoco sabían del país, de su historia y de su gente, Silvio Frondizi -mediante su vida y su obra- demuestra lo contrario" (13).

El asesinato de Silvio Frondizi parece cerrar así una vida signada por el espíritu de la tragedia. Pues al contrario de lo que entienden sus verdugos, Frondizi fue un "traidor" a su clase, pero no a sus valores. Más aún, defendió los valores humanistas contra la clase que los abandonaba o los desvirtuaba. Y los defendió con toda consecuencia, aún cuando al final de su vida entreveía el desenlace de la tragedia.

Una clave para comprender el itinerario de su vida parece encontrarse en la definición que hace el joven Lukács de la vida trágica, donde "cada final es siempre al mismo tiempo una llegada y un cesar, un afirmar y un negar; cada minuto culminante es una cima y un límite, el cruce entre la muerte y la vida. La vida trágica -concluye el autor de **El alma y las formas-** es la más excluyentemente cismundana de todas las vidas. Por eso su límite vital se funde siempre con la muerte". Aún agrega que, para la vida trágica, la muerte "es una realidad siempre inmanente, indisolublemente unida con cada uno de sus acontecimientos". Así, pues, trágicamente, vivió y murió Silvio Frondizi.

Notas:

- (1) **Teorías políticas contemporáneas**, Buenos Aires, Depalma, 1965; **Argentina, la autodeterminación de su pueblo**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1973. Este último había sido redactado hacia 1965 y editado previamente en un volumen colectivo: **VVAA, Los sistemas federales del continente americano**, México, FCE, 1972; **La realidad argentina: El sistema capitalista**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1973, vol. 1.
- (2) Sartre, Jean-Paul, **Situations**, IV, Paris, cit. en Cohen-Solal, Annie, **Sartre. 1905-1980**, Madrid, Edhasa, 1990, p. 577.
- (2 bis) Werden, Eugenio, **La tragedia ética de la sociedad moderna**, Buenos Aires, Aquí y Ahora, 1966. Se trata de un ensayo de inspiración lukacsiana sobre los escritos del joven Hegel.
- (3) "La Universidad recuperada' al descubierto", carta de Silvio Frondizi al rector de la UBA, Dr. Alejandro Ceballos, del 27 de febrero de 1957, en **Revolución**, año II, nº 7, mayo 1957, p. 5.
- (4) Se conservan las lecciones 2a. y 3a., editadas en los "Cuadernos de Derecho político, nº 2 y 3, Centro de Estudiantes de Derecho, La Plata, 1966.
- (5) Frondizi, Silvio, "Caducidad de la burguesía", encuesta sobre "Revolución y cambio en la Argentina", **Testigo**, 5, enero a marzo de 1970, 52. Continúo citando en el texto.
- (6) Para este período v. De Riz, Liliana, **Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista**, México, Folios, 1981. Sobre la izquierda armada, v. Gillespie, Richard, **Soldados de Perón. Los Montoneros**, Buenos Aires, Grijalbo, 1987; Mattini, Luis, **Hombres y mujeres del PRT-ERP**, Buenos Aires, Contrapunto, 1990; Santucho, Julio, **Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo**, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- (6 bis) Frondizi, Silvio, "Cartas del lector", en **Nuevo Hombre**, año II, nº 35, seg. quincena de noviembre, 1972, p. 2.
- (7) Santucho, Julio, **Los últimos guevaristas**, cit., afirma escuetamente que "fue militante del PRT" (p. 203). Según otro dirigente perretista, Enrique Gorriarán Merlo, Frondizi simplemente "apoyaba" al PRT-ERP. V. Blixen, Samuel, **Conversaciones con Gorriarán Merlo**, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 35. Este último testimonio debe tomarse cautelosamente: se trata en verdad de una autoentrevista donde el autor busca relegitimarse ante la sociedad mediante un operativo de dilución de la identidad política del PRT en las difusas aguas de las "luchas populares" que habrían comenzado con la resistencia peronista en 1955.
- (8) Testimonio de Manuel Gaggero, recogido por Marcelo Frondizi. Según el relato, el enfrentamiento de S. Frondizi habría sido con el gral. Vilas. Según mi investigación, fue Menéndez y no Vilas quien estaba al frente de la provincia, quien dirigió política y militarmente la represión, y deduzco que fue con él y no con Vilas con quien se enfrentó Frondizi.
- (9) González Janzen, Ignacio, **La Triple-A**, Buenos Aires, Contrapunto, 1986; Centro de Estudios Latinoamericanos, **Cuando la magia toma el poder**, Buenos Aires, El Cid, 1984; Gillespie, cit., pp. 191 y ss; Santucho, cit., p. 201 y ss.
- (10) **El Cronista Comercial**, 28 de setiembre de 1974, p. 11. V. además las ediciones de los días 27 (verspertina), 28 y 29 de **Clarín** y **Crónica** y la nota aparecida en el semanario **Así** del 1º de octubre de 1974: "La trágica muerte de Silvio Frondizi".
- (11) Reprod. en **Crónica**, 27 de setiembre de 1974, 6a. ed.
- (12) **Así**, 1º de octubre de 1974, cit.
- (13) Viñas, David, "Un intelectual de izquierda", en **El periodista** nº 2, set. 1984; v. en el mismo número: Juárez, Francisco, "Los muertos que no murieron". Estas dos columnas y las dos del autor en **Crisis y Sur** (v. Bibliografía) constituyen todo lo que se ha escrito sobre Frondizi desde su muerte, hace ya más de veinte años.

BIBLIOGRAFIA

A. Bibliografía de Silvio Frondizi:

A. 1. Libros:

- Introducción al pensamiento político de John Locke**, Tucumán, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, 1943.
- El Estado Moderno. Ensayo de crítica constructiva**, Buenos Aires, Losada, 1945 (2ª.ed., corregida: Buenos Aires, Depalma, 1954; 3ª.ed.: Buenos Aires, Depalma, 1960, con nuevo prólogo). Las citas en el texto remiten a la 2ª edición.
- La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica**. Vol.I: El sistema capitalista; Vol.II: La revolución socialista, Buenos Aires, Praxis, 1955 y 1956 resp. (2ª.ed.: 1960; 3ª.ed. del vol.I: Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1973).
- Doce años de política argentina**, Buenos Aires, Praxis, 1958.
- La revolución cubana. Su significación histórica**, Montevideo, Ciencias Políticas, 1960.
- Teorías políticas contemporáneas**, Buenos Aires, Machi, 1965,
- Argentina. La autodeterminación de su pueblo**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1973 (redactado en 1965 para la ed.colectiva **Los sistemas federales del continente americano**, México, FCE, 1972).

A. 2. Folletos

- El feudalismo. Ensayo de interpretación histórica**, Tucumán, Violetto, 1940.
- La crisis política argentina. Ensayo de interpretación ideológica**, Buenos Aires, ADI, 1946.
- La evolución capitalista y el principio de soberanía**, Buenos Aires, Centro de Estudios Políticos, 1946.
- La integración mundial, última etapa del capitalismo (Respuesta a una crítica)**, Buenos Aires, ADI, 1947. 2ª. ed.: Buenos Aires, Praxis, 1954, con una advertencia de M. Kaplan y R. Napurí.
- La crisis de la democracia**, Buenos Aires, Praxis, 1953.
- Interpretación materialista dialéctica de nuestra época**, Buenos Aires, Liberación, 1960.
- Bases y puntos de partida para una solución popular**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1961.
- Manifiesto de la reconstrucción nacional**, Buenos Aires, s/e, 1964.
- El pensamiento político de J. J. Rousseau**, Buenos Aires, Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, 1963.
- Nicholo Macciavello**, Edición del Centro de Estudiantes de Derecho, s/f.

A. 3. Prólogos

- a Jesús Reyes Heróles, **Tendencias actuales del Estado moderno**, Buenos Aires, Depalma, 1945.
- a Eugenio Werden, **El materialismo dialéctico según Henri Lefebvre**, Buenos Aires, Praxis, 1952.
- a Marcos Kaplan, **Economía y política del petróleo argentino (1939-1956)**, Buenos Aires, Praxis, 1957.
- a Humberto Cuenca, **Ejército, Universidad y Revolución**, Buenos Aires, Movimiento, 1963.
- a Eugenio Werden, **La tragedia ética de la sociedad moderna**, Buenos Aires, serie Aquí-ahora, 1966.

A. 4. Entrevistas, Encuestas, Mesas redondas

- Entrevista en **Orientación**, Córdoba, 21 de julio de 1956.
- Entrevista en **La Nueva Provincia**, Bahía Blanca, 5 de agosto de 1956.
- Mesa Redonda "La Reforma Constitucional", coordinada por A. Siperman, donde intervienen B. del Carril, C. Fayt, S. Frondizi, S. V. Linares Quintana, B. Marianelli y A. Spota, reprod. en **Revista de Derecho y Ciencias Sociales**, año III, nº 5, Buenos Aires, 1957.
- Encuesta realizada por Carlos Strasser, **Las izquierdas en el proceso político argentino**, Buenos Aires, Palestra, 1959. Responden: S. Frondizi, R. Ghioldi, A. M. Hurtado de Mendoza, A. A. Latendorf, N. Moreno, R. Puiggrós, Quebracho, J. A. Ramos, E. Rey, I. Viñas.
- Entrevista en el diario italiano **Paese Sera**, 1961.
- Encuesta sobre "Revolución y cambio en la Argentina", en **Testigo**, nº 5, Buenos Aires, 1970.

A. 5. Principales artículos

- "La Edad Media. Su interpretación histórica", en **Cursos y Conferencias**, año VIII, nº 5/6, 1940.
- "El pensamiento político de N. Macciavello", en **Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales**, Tucumán, enero-abril 1943.
- "Liberalismo y Democracia", en **Aequitas**, revista del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales de la UNT, marzo 1943.
- "La juventud universitaria frente al problema político", en **Opinión Argentina**, año II, nº 14, setiembre 1945.*
- "Actualidad de los estudios políticos", en **Cursos y Conferencias**, año XIV, nº 161-2, ag.-set. 1945.*
- "La Unidad Democrática", en **Opinión Argentina**, año II, nº 15, set. 1945.*
- "Breves reflexiones sobre la crisis política", en **Art. 14**, año I, nº 3, 24 de nov. 1945.*
- "Ensayo sobre la evolución de la sociedad moderna", en **Revista del Colegio de Abogados de**

Rosario, t. XVII, 1946.

- "El imperialismo y Perú", en **Revista del Centro de Estudiantes Peruanos**, Buenos Aires, 1953.
- "El imperialismo y Latinoamérica", en **CESA**, órgano del Centro de Estudios Sociales Latinoamericanos, Buenos Aires, oct. 1953.
- "Reformismo y revolución", en **Nuevos Rumbos**, año I, nº 5, Santiago de Chile, abril de 1955.
- "La encrucijada argentina", en **Liberación**, año I, nº 1, noviembre 1955.
- "El dilema económico-social del país (El Plan Prebisch: miseria para el obrero)", en **El líder**, 18 de diciembre 1955.*
- "Universidad y Comunidad", en **Revolución**, año I, nº 3, febrero 1956. *
- "El problema de la enseñanza", en **Libertad**, año I, nº 3, 16 de mayo 1956.*
- "El dilema político-social argentino", en **Revolución**, año I, nº 4, mayo 1956.*
- "El dilema político del país", en **El reformista**, año I, nº 1, jun.jul. 1956.
- "Fundamento, crisis y porvenir de la democracia", en **Revista de Derecho y Ciencias Sociales**, año II, nº 2, otoño 1956.
- "El problema de la libertad", cursillo dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, filia Bahía Blanca, agosto 1956, y resumido en **La Nueva Provincia**, Bahía Blanca, 5 de agosto 1956.
- "Presente y futuro de la democracia", cursillo dictado en la Federación Universitaria del Norte, en Tucumán, en octubre 1956 y resumido en **La Gaceta**, Tucumán, 29 de octubre 1956.
- "La situación política argentina", en **Revolución**, año II, nº 6, enero 1957.
- "La soberanía popular en la reforma constitucional", en **Avanzada**, Bahía Blanca, 5 de abril 1957. Reprod. en **Revolución**, año II, nº 7, mayo 1957.*
- "El derecho soviético", en **Enciclopedia Jurídica Omeba**, Buenos Aires, UTEHA.
- "La revolución democrático-burguesa en los países semicoloniales (Argentina)", en **Estrategia**, año I, nº 1, setiembre 1957.
- "El pueblo ya está en marcha. La situación política argentina por Silvio Frondizi", en **Movimiento**, año I, nº 1, junio 1961.

No hemos incluido una buena cantidad de artículos, de índole político-periodística, de carácter más coyuntural, muchos de ellos sin firma, aparecidos en **Revolución**, **Movimiento** y **Nuevo Hombre**.

* Incluidos en la recopilación **Doce años de política argentina**, op. cit.

B. Bibliografía de Milcíades Peña:

B. 1. Libros (todos editados póstumamente)

- **Antes de mayo**, Buenos Aires, Fichas, 1970.
- **El paraíso terrateniente**, Buenos Aires, Fichas, 1969.
- **La era de Mitre**, Buenos Aires, Fichas, 1968.
- **De Mitre a Roca**, Buenos Aires, Fichas, 1968.
- **Alberdi, Sarmiento, el 90**, Buenos Aires, Fichas, 1970.
- **Masas, caudillos y élites**, Buenos Aires, Fichas, 1973.
- **El Peronismo. Selección de documentos para la historia**, Buenos Aires, Fichas, 1972.
- **La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, Buenos Aires, Fichas, 1973.
- **Industria, burguesía industrial y liberación nacional**, Buenos Aires, Fichas, 1974.
- **Industrialización y clases sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

B. 2. Folletos

- "Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi", Buenos Aires, mimeografiado, s/f (c. 1956) (con el seudónimo de Hermes Radio).
- "Azul y blanco y la clase obrera", Buenos Aires, Cuadernos sobre el Frente Nacional, 1957 (con el seudónimo de Hermes Radio).
- "¿Quiénes supieron luchar contra la Revolución Libertadora ANTES del 16 de setiembre de 1955?", Buenos Aires, 1957 (con el seudónimo de Hermes Radio).

B. 3. Prólogos

- A Henri Lefebvre, **El marxismo sin mitos**, Buenos Aires, Data, 1965 (con el seudónimo de L. S. R.). Luego reproducido como prólogo a Lefebvre, **Obras Escogidas**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967, 2 vols.

B. 4. Artículos

Hay numerosos artículos sin firma en **Frente Proletario** y otros periódicos de la época de los que probablemente sea autor. Sólo consignamos aquí los artículos firmados con su nombre o con alguno de sus seudónimos fehacientemente reconocidos.

- "La Argentina y el imperialismo", en **Frente Proletario**, nº 48, 1º de mayo de 1951 (seud. H. Radio).
- "La crisis del stalinismo", en **Frente Proletario**, nº 48, 1º de mayo de 1951 (seud. H. Radio).
- "Nueva etapa en América Latina", en revista **POR**, Santiago de Chile (en colab. con Luis Vitale).
- "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", en **Estrategia** nº 1, setiembre 1957.
- "¿Quiénes supieron luchar contra la Revolución Libertadora ANTES del 16 de setiembre de 1955?", *ibid.* (seud. H. Radio).
- "Desvergüenza y contravergüenza de la Cortesana Roja de Apold (a propósito de un libro de Jorge Abelardo Ramos)", *ibid.*
- "El imperialismo y la industrialización argentina", en **Estrategia** nº 2, diciembre 1957.

- "Cuando los muertos resucitan... (*In memoriam* Quebracho)", *ibid.*
- "Peronismo y revolución permanente", en **Estrategia** nº 3, junio 1958 (seud. H. Radio).
- "Yanquis o ingleses", en **Liberación nacional y social**, nº 1, Agosto 1960 (seud. José Golan).
- "Perspectivas de la revolución cubana", en **Liberación** nº 2, set.-oct. 1960 (seud. José Golan).
- "A propósito de un artículo apologético sobre el mito del 17 de octubre", en **Liberación** nº 4, en.-febr.-marzo 1961 (seud. Melt).
- "Reseña crítica a '**Historia política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la Industria Pesada**', de J. A. Ramos", *ibid.* (seud. Juan Guerrero).
- "Historia del Pueblo Argentino", *ibid.* (seud. Romero Kolbek).
- "El imperialismo impide la industrialización de los países atrasados", en **Revista de Liberación** nº 2, segundo trimestre 1963 (seud. Víctor Testa).
- "16 tesis sobre Cuba", en **Revista de Liberación** nº 3, primer semestre 1964 (con la colaboración de Jorge Schvarzer; seud. común: José Golan).
- "Crecimiento (1935-1946) y estancamiento (1947-1963) en la Producción Industrial Argentina", en **Fichas** nº 1, abril 1964 (seud. Víctor Testa).
- "Energía, mecanización e ineficiencia en la industria argentina", *ibid.* (seud. Víctor Testa).
- "Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado", *ibid.*, (seud. Víctor Testa).
- "Imperialismo e industrialización de los países atrasados", *ibid.*, (seud. Víctor Testa).
- "¿Es Argentina la tierra prometida de la movilidad social en la industria?", *ibid.*, (seud. Gustavo Polit).
- "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", *ibid.* (seud. Gustavo Polit).
- "Gino Germani sobre W. Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego", en **Fichas**, nº 2, julio 1964 (seud. Alfredo Parera Dennis).
- "A propósito de las estadísticas del Consejo Nacional de Desarrollo: II. Las cifras cambian; el estancamiento queda", *ibid.* (seud. Víctor Testa).
- "Significación del capital internacional en la industria argentina: I. El capital norteamericano", *ibid.* (seud. Víctor Testa).
- "El gobierno directo de los estancieros y del imperialismo inglés: 1935-mayo 1943", en **Fichas** nº 3, set. 1964 (seud. Alfredo Parera Dennis).
- "El gobierno bonapartista de los estancieros y el imperialismo inglés: junio 1943-1946", *ibid.* (seud. Alfredo Parera Dennis).
- "El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina", *ibid.* (seud. Gustavo Polit).
- "Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis", en **Fichas** nº 4, diciembre 1964 (seud.: Alfredo Parera Dennis).
- "Orígenes y resultados de la nacionalización de los ferrocarriles argentinos", *ibid.* (seud. Gustavo Polit).
- "Factores objetivos y subjetivos en la crisis de los ferrocarriles argentinos", *ibid.* (seud. Gustavo Polit).
- "Industrialización, burguesía industrial y marxismo. Una crítica a Fichas y una respuesta con fines educativos", en **Fichas** nº 4, 5, 6 y 8 (firmado con su nombre más dos seudónimos: Gustavo Polit y Víctor Testa).
- "Claves para la historia argentina: la revolución del 90", en **Fichas** 6, junio 1965 (seud. Alfredo Parera Dennis).
- "Apuntes para la historia del peronismo: 3. El gobierno del 'como si': 1946-1955", en **Fichas** nº 7, oct. 1965 (seud. Alfredo Parera Dennis).
- "Documentos para la historia del peronismo", en **Fichas** nº 7 (oct. 65), 8 (dic. 65) y 9 (abril-mayo 1966).
- "Claves para entender la colonización española en la Argentina", en **Fichas** nº 10, jun.-jul. 1966.

B. 5. Manuscritos inéditos

Son algunos tramos de los manuscritos del período 1955-57 del libro sobre industrialización: son los capítulos 3 ("El desarrollo combinado"), 6 ("Teorías de la descolonización"), 8 ("La industrialización y la lucha antimperialista") y 9 ("Industrialización socialista o colonización imperialista"). Los otros capítulos están presumiblemente perdidos.

Se han preservado también, además de diversos apuntes manuscritos, recortes, cartas, etc., una serie de cuadernos con sus resúmenes de los tres volúmenes de **El Capital** y un prólogo inédito que preparó Luis Franco tras la muerte de Peña para la edición póstuma de la **Historia del Pueblo Argentino**. En el archivo del autor.

C. Otras fuentes primarias del período

C. 1. Publicaciones periódicas

- **Frente Proletario**, órgano del Grupo Obrero Revolucionario, luego Partido Obrero Revolucionario. Director: Elías Rodríguez. Años 1946-1954.
- **La Verdad**, órgano de la Federación Bonaerense del Partido Socialista de la Revolución Nacional. Director: José Speroni. Años 1954-55.
- **Liberación**, órgano del MIR-Praxis. Director: Marcos Kaplan. Nº 1, noviembre 1955.
- **Revolución**, órgano de esclarecimiento político. Órgano del MIR-Praxis. Director: Marcos Kaplan. Años 1956-1960.
- **Estrategia**. Director: Milcíades Peña. Años 1957 (nº 1 y 2), 1958 (nº 3).
- **Movimiento. Por un movimiento popular revolucionario**. Director: M. P. Relles (luego M. Kaplan). Año 1961.
- **Liberación nacional y social**. Director: José Speroni. Años 1960 (nº 1 a 3), 1961 (nº 4).
- **Revista de Liberación**. Director: José Speroni. Años 1963 (nº 1 y 2), 1964 (3).
- **Fichas de investigación económica y social**. Director: Manuel López Blanco. Años 1964-66 (10

números).

-**Nuevo Hombre**, años 1971-74. Directores sucesivos: Enrique Walker, Silvio Frondizi, Rodolfo Mattarolo.

Además de estas publicaciones que se han trabajado centralmente, se han consultado y utilizado parcialmente colecciones de **Cursos y Conferencias**, **Babel**, **Cuadernos de Cultura**, **La Hora**, **Mayoría**, **Azul y Blanco**, **Pasado y presente**, **Envido**, etc. cuyas referencias precisas se citan en el texto.

C. 2. Libros y folletos

- Amadeo, Mario, **Ayer, hoy y mañana**, Buenos Aires, Gure, 1956.
- Astrada, Carlos, **Hegel y la dialéctica**, Kayrós, Buenos Aires, 1956.
 - El marxismo y las escatologías**, Buenos Aires, Procyon, 1957.
 - Marx y Hegel**, Buenos Aires, 1958.
 - Humanismo y dialéctica de la libertad**, Dédalo, Buenos Aires, 1960.
 - Nietzsche y la crisis del irracionalismo**, Dédalo, Buenos Aires, 1961.
 - Dialéctica y positivismo lógico**, Devenir, Buenos Aires, 1961.
 - La doble faz de la dialéctica**, Devenir, Buenos Aires, 1962.
 - Fenomenología y praxis**, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967.
 - La génesis de la dialéctica**, Juárez, Buenos Aires, 1968.
 - Dialéctica e historia**, Juárez, Buenos Aires, 1969.
 - Martin Heidegger**, Juárez, Buenos Aires, 1970.
- Boglich, José, **El problema agrario y la crisis mundial**, Buenos Aires, 1933.
 - La cuestión agraria**, Buenos Aires, Claridad, 1937.
- "Breve reseña cronológica del Movimiento Cuartinternacionalista argentino", Bs. As., Liga Obrera Revolucionaria, 1941 [folleto anónimo, presumiblemente redactado por Liborio Justo].
- "Documentos para la unificación del movimiento cuartinternacionalista argentino", Buenos Aires, Liga Obrera Revolucionaria, 1941 [ibid.].
- Dunayevskaya, Raya, **Marxismo y Libertad**, México, Juan Pablos, 1990.
 - Women's Liberation and the Dialectic of Revolution: Reaching for the Future**, New Jersey, Humanities Press International, 1985, esp. cap. 20.
- Espinosa, Enrique [seud. de Samuel Glusberg], **Conciencia histórica**, Santiago de Chile, A. Bello, 1973.
- Franco, Luis, **El general Paz y los dos caudillajes**, Rosario, Rosario, 1946.
 - Antes y después de Caseros**, Buenos Aires, Reconstruir, 1954.
 - El otro Rosas**, Buenos Aires, Reconstruir, 1956.
- Gallo, Antonio, **Sobre el movimiento de septiembre**, Buenos Aires, s/e, 1933.
- Giudici, Ernesto y otros, **Qué es la izquierda**, Buenos Aires, Documentos, 1961 (reed. de **Cuadernos de Cultura** nº 50, 1960)
- Gunder Frank, André/Puiggrós, Rodolfo/Laclau, Ernesto, **América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?**, Colombia, La oveja negra, 1972.
- Hernández Arregui, Juan José, **La formación de la conciencia nacional**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.
 - Imperialismo y cultura**, Buenos Aires, Hachea, 1964.
 - Nacionalismo y liberación**, Buenos Aires, Hachea, 1969.
- Jauretche, Arturo, **Política nacional y revisionismo histórico**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.
 - Prosa de hacha y tiza**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.
- Kaplan, Marcos, **Economía y política del petróleo argentino (1939-1956)**, Buenos Aires, Praxis, 1957, con pról. de S. Frondizi.
 - La crisis del radicalismo**, Buenos Aires, Praxis, 1958.
 - Política y vida cotidiana**, Buenos Aires, Liberación, 1960.
- Mariátegui, José Carlos, **Correspondencia**, Lima, Biblioteca Amauta, 1984, dos vols.
 - Obras completas**, Lima, Biblioteca Amauta, 1959 y ss., 20 vols.
- Martínez Estrada, Ezequiel, **¿Qué es esto?**, Buenos Aires, Lautaro, 1956.
- Medunich Orza, Miguel, **Los intelectuales de izquierda vistos por un obrero**, Buenos Aires, Astral, 1970. Con pról. de Luis Franco.
- Mondolfo, Rodolfo, **El materialismo histórico en Federico Engels [1912]**, Buenos Aires, Raigal, 1956.
 - **Marx y marxismo**, México, FCE, 1960.
 - **El humanismo de Marx**, México, FCE, 1964.
- Montemayor, Mariano, "Las dos revoluciones del 16 de setiembre", **Cuadernos de Azul y Blanco**, Buenos Aires, octubre 1956.
- Moreno, Nahuel (seud. de Hugo Bressano), **1954, año clave del peronismo**, reed. en **El golpe goria de 1955**, Buenos Aires, Pluma, 1974.
 - Y después de Perón, que?**, Buenos Aires, Marxismo, 1956.
 - La revolución latinoamericana**, Buenos Aires, s/e, 1962.
 - Argentina, un país en crisis**, Motevideo, Estrategia, 1964.
 - Bases para una interpretación científica de la historia argentina**, Córdoba, U. N. de Córdoba, 1972.
- Narvaja, Aurelio; Perelman, Angel; Ramos, Jorge Abelardo, **Cuarenta años de peronismo**, Buenos Aires, Mar Dulce, 1985.
- Ontiveros, A. [seud. de Antonio Gallo], **¿Adónde va la Argentina?**, Rosario, Ed. J. C. Mariátegui, 1935.

- Palacio, Ernesto, **Historia de la Argentina**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1965.
- Peña Lillo, Arturo, **Memorias de papel**, Buenos Aires, Galerna, 1988.
- Paso, Leonardo, **De la Colonia a la Independencia nacional**, Buenos Aires, Futuro, 1963.
- Posadas, J. [Seud. de Homero Cristalli], **El peronismo**, Buenos Aires, Ciencia, Cultura y política, 1983.
- Puigrós, Rodolfo, **De la Colonia a la Revolución**, Buenos Aires, AIAPE, 1940.
 - La herencia que Rosas dejó al país**, Buenos Aires, Problemas, 1940.
 - Los caudillos de la Revolución de Mayo**, Buenos Aires, Problemas, 1942.
 - Rosas, el Pequeño**, Montevideo, Pueblos Unidos, 1944.
 - Historia económica del Río de la Plata**, Buenos Aires, Futuro, 1946.
 - La época de Mariano Moreno**, Buenos Aires, Partenón, 1949.
 - Historia crítica de los partidos políticos**, Buenos Aires, Argumentos, 1956.
 - El proletariado en la revolución nacional**, Buenos Aires, Trafac, 1958.
 - La España que conquistó el Nuevo Mundo**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964.
- Quebracho [seud. de Liborio Justo], **Prontuario. Una autobiografía**, Buenos Aires, Gure, 1956.
 - Estrategia revolucionaria**, Buenos Aires, Fragua, 1957.
- Ramos, Jorge Abelardo, **América Latina, un país**, Buenos Aires, Octubre, 1949.
 - Revolución y contrarrevolución en la Argentina**, Buenos Aires, Amerindia, 1957.
 - De Octubre a Septiembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.
 - Historia política del Ejército argentino**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.
 - El Partido Comunista en la política argentina**, Buenos Aires, Coyoacán, 1962.
 - La lucha por un partido revolucionario**, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.
- Raurich, Héctor, **De la crítica como creación**, Buenos Aires, Marymar, 1966.
 - Notas para la actualidad de Hegel y Marx**, Buenos Aires, Marymar, 1968.
- Real, Juan José, **Treinta años de historia argentina**, Montevideo/Buenos Aires, Actualidad, 1962.
- Rey, Esteban, **¿Es Frondizi un nuevo Perón?**, Buenos Aires, Lucha Obrera, 1957.
- Reyes Heróles, Jesús, **Tendencias actuales de Estado Moderno**, Buenos Aires, Depalma, 1945. Prólogo de S. Frondizi.
- Rivera, Enrique, **José Hernández y la Guerra del Paraguay**, Buenos Aires, 1954.
 - Peronismo y frondizismo**, Buenos Aires, Patria Grande, 1958.
- Sábado, Ernesto, **El otro rostro del peronismo. Carta Abierta a Mario Amadeo**, Buenos Aires, s/e, 1956.
- Sommi, Luis, **La Revolución del 90**, Buenos Aires, Gonzalo Pineda, 1973.
- Spillimbergo, José Eneas, **El socialismo en la Argentina**, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969.
 - y otros, **El revisionismo histórico socialista**, Buenos Aires, Octubre, 1964.
- Strasser, Carlos, **Las izquierdas en el proceso político argentino**, Buenos Aires, Palestra, 1959.
- Werden, Eugenio, **El materialismo dialéctico según Henri Lefebvre**, Buenos Aires., Praxis, 1952. Pról. de S. Frondizi.
 - La tragedia ética de la sociedad moderna**, Buenos Aires, Aquí y Ahora, 1966.

D. Fuentes secundarias sobre el período:

D. 1. Libros y folletos

- Alexander, Robert, **Trotskyism in Latin America**, California, Hoover Institution Publications, 1973, esp. cap. 3.
- Aricó, José, **Marx y América Latina**, México, Alianza, 1982.
 - La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- Altamirano, Carlos, **Peronismo y cultura de izquierda**, Mimeo, 1992.
- Cattaruzza, Alejandro, **Historia y política en los años 30: comentarios en torno al caso radical**, Buenos Aires, Biblos, 1991.
- Coggiola, Osvaldo, **El trotskismo argentino. 1929-1960**, Buenos Aires, CEAL, 1985.
 - **El trotskismo en la Argentina. 1960-1985**, Buenos Aires, CEAL, 1986, 2 vol.
 - **El trotskismo en América Latina**, Buenos Aires, Magenta, 1993.
- Carrasco, Carmen/ Cuello, Hernán Félix, **Nahuel Moreno. Esbozo biográfico**, Buenos Aires, Correo Internacional, 1988.
- Ferreya de Cassone, Florencia, **Angélica Mendoza: una mujer en la tormenta**, Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas, ed. prevista para 1995.
- Galasso, Norberto, **El FIP y la izquierda nacional**, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- González, Ernesto (comp.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Buenos Aires, Antídoto, 1995. Tomo I: Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN.
- Halperin Donghi, Tulio, **El revisionismo histórico argentino**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Löwy, Michael, **El marxismo en América Latina**, México, ERA, 1982.
- Maitán, Livio, **Apuntes para una historia del trotskismo en América Latina**, Bogotá, Eris, 1978.
- Mattini, Luis [seud. de Arnol Kremer], **Hombres y mujeres del PRT-ERP**, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.
- Quattrocchi-Woisson, Diana, **Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina**, Buenos Aires, Emecé, 1995.
- Santucho, Julio, **Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército**

Revolucionario del Pueblo, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

-Seoane, María, **Todo o nada**, Buenos Aires, Planeta, 1991.

-Sigal, Silvia, **Intelectuales y poder en la década del '60**, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

-Terán, Oscar, **Nuestros años sesentas**, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

- **En busca de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

-Vitale, Luis, **Historia General de América Latina**, s/e, tomo VIII: Gobiernos, partidos e historias nacionales del siglo XX, cap. V: El movimiento trotskista.

D. 2. Artículos:

-Juárez, Francisco, "Silvio Frondizi: los muertos que no murieron", en **El periodista**, nº 2, setiembre 1984.

-Halperin Donghi, Tulio, "El revisionismo histórico como visión decadentista de la historia nacional", en **Punto de Vista**, nº 23, 1985.

-Portantiero, J. C.; Aricó, J.; Caldelari, M.; Nudelman, R.; Forster, R.; Ansaldi, W.; Terán, O.; Rapalo, M. E.; Sammaritano, S.: "La Argentina de los años 30. Momentos y figuras de la crisis", suplemento/3 de **La Ciudad Futura**, nº 4, marzo 1987.

-Sebreli, Juan José, "Héctor Raurich: un desconocido", en **El riesgo de pensar**, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

-Sigal, Silvia y Terán, Oscar, "Los intelectuales frente a la política", en **Punto de Vista**, nº 42, abril, 1992.

-Tarcus, Horacio, "Milcíades Peña: historia de un olvido", en **El Periodista**, 75, 14 al 20 de febrero de 1986.

- "Silvio Frondizi, un pensamiento trágico de la crisis", en **Crisis**, 56, diciembre 1987.

- "Silvio frondizi, pensador trágico de la crisis", en el suplemento "Las palabras y las cosas", del diario **Sur**, 17 de junio de 1990.

-Viñas, David, "Un intelectual de izquierdas", en **El periodista**, nº 2, setiembre 1984.

-Vitale, Luis, "A la memoria de Milcíades Peña", en revista **POR**, Santiago de Chile, 1966.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIRECCION DE BIBLIOTECAS